

BV4254

.S6

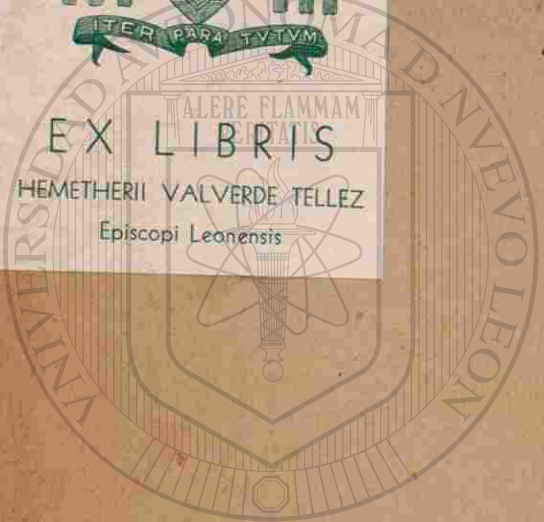
M8 1

002631



1080015305

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

EL

SEÑOR PÍO IX,

COMO UNA HUMILDE

MANIFESTACION DE SU REVERENTE GRATITUD,

EL

el Cabildo Eclesiástico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE MICHOACÁN.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

QUE EN LA

SOLEMNISIMA Y RELIGIOSA FUNCION DE GRACIAS

CONSAGRADA AL TODOPODEROSO

POR EL REGRESO DE

N. S. P. EL SEÑOR PIO IX

A LA CIUDAD DE ROMA,

PREDICÓ

En la Santa Iglesia Catedral de Morelia el 30 de Junio de 1850,

EL SEÑOR LICENCIADO

el Sr. *Elemente Munguía, D.*

Canonigo de la misma Santa Iglesia, Archidiacono
y Capitulario del Obispado.

PUBLICADO

Por disposicion del M. I. y V. Cabildo Eclesiastico de Michoacan.

México 1851.

IMPRENTA DE LA VOZ DE LA RELIGION.



BV 4254

.56

M81



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

habia creído.—Vanas tentativas de la reforma.—De la asamblea constituyente y de la filosofía moderna.—Ventajas de la unidad católica aun bajo el aspecto social.—Todo en ella respira tolerancia y union.—De los cargos poco fundados de intolerancia que se hacen al clero y á la unidad exclusiva del catolicismo..... 121

CAPITULO IV.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL CATOLICISMO EN LOS SEIS PRIMEROS SIGLOS.

Sumario.

Los embates contra el catolicismo han precedido casi siempre de los sistemas históricos erróneos.—Método en la esposicion de los hechos.—En qué sentido es inmutable y móvil el catolicismo.—Su establecimiento.—Movimiento de dilatacion en este periodo.—Se dirige al individuo, y reforma el hombre intelectual y moral.—Pintura de lo que era entonces la antigua sociedad.—Tres siglos de persecucion.—Consideraciones sobre la divinidad del catolicismo.—De su unidad y tolerancia.—De su doctrina sobre la sumision que se debe á la potestad. Constantino da la paz á la Iglesia.—El cristianismo, siempre invariable, se muestra favorable al progreso.—Heregias, Concilios.—Respuestas á las diversas acusaciones que se han hecho á la fé cristiana de que ha variado durante los primeros siglos.—Discusion de los hechos.—Esposicion de su doctrina.—Hombres de talento dedicados á la defensa de la Iglesia.—De la civilizacion que propaga en medio de la inundacion de los bárbaros.—Conversion de Clodoveo.—Gregorio el Grande.—Conversion de Inglaterra..... 174

CAPITULO V.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO VII HASTA EL XIII.

Sumario.

Carácter de este periodo.—La vida de accion social predomina á la de la inteligencia, que solo interviene

002631



para servirla.—Fusion del elemento bárbaro y del elemento cristiano.—Accion social del catolicismo.—De su unidad.—De su tolerancia para con los bárbaros.—Mahoma.—Monotelitas, iconoclastas.—La fé cristiana se va propagando.—Proteccion que Carlo Magno concede á la Santa Sede.—Respuestas á las consecuencias que se sacan de los hechos alegados contra la unidad de la doctrina católica.—Honorio.—Asamblea de los iconoclastas.—La unidad de doctrina contribuye á producir y afirmar la unidad nacional.—Empresas de Carlo Magno.—Cuán favorable se muestra al progreso el catolicismo.—Contiene la decadencia en lo exterior por espacio de medio siglo.—Los claustros se convierten en asilos para las ciencias, las letras y las artes mecánicas y liberales.—Efectos de cada uno de los dos elementos que entran en fusion para reharer la sociedad.—Cuadro de los horribles excesos del elemento bárbaro.—Del Papa Gregorio VII.—Opinion de diversos escritores sobre este Pontífice.—Respuestas á las diversas acusaciones de que es objeto.—Bajo el sistema feudal la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política.—Cruzadas.—Su carácter.—Sus resultados sociales.—El catolicismo permanece invariable en medio de los siglos.—Beren-gario, Abelardo, Pedro de Bruys, Gilberto de la Porca, Arnaldo de Brescia, albigenses, valdenses.—S. Bernardo asombra al mundo con su talento y virtudes.—S. Anselmo es el primero que une con la teología la precision dialéctica y el método escolástico.—Conclusion. 206

CAPITULO VI.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO XIII HASTA AGOSTO DE 1842.

Sumario.

El catolicismo es el principio de unidad en la civilizacion anterior á la Europa moderna.—De la sociedad europea.—Esplicacion filosófica de la doctrina católica.—Preséntase en este periodo bajo la forma de evidencia racional.—Enumeracion de los

principales acontecimientos políticos.—Juicio de las cuatro últimas cruzadas.—La manifestacion del movimiento racional traspasa la línea de la ortodoxia.—Cismas y heregias del siglo XIII.—De la inquisicion.—Pugna entre las dos potestades.—Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.—Concilio de Viena que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara.—Abolicion del órden de los templarios.—Condenacion de diversos novadores y reunion de los griegos y latinos.—Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo.—Grandes hombres de la época.—Reforma de las costumbres públicas.—Palabras notables del señor Royer Collard.—Señal de la reforma de Lutero.—De su verdadera causa.—Juicio del señor Guizot sobre la materia.—Tolerancia del Papa para con Lutero.—Sus opiniones religiosas.—Sus principales discipulos.—Calvino.—Concilio de Trento.—Guerras de religion.—Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos distintos.—Progreso intelectual y social en el siglo XVI, favorecido por el catolicismo.—Resultado de las contiendas religiosas para la razon. Indicios de la revolucion de 1789. Su verdadera causa.—Testimonio del señor Thiers en favor de la tolerancia del clero.—De su inviolable adhesion á la unidad con motivo de la constitucion civil y bajo el directorio.—Condenacion de la constitucion civil.—De las diferencias entre Napoleon y Pio VII.—Testimonio patente de unidad de los obispos de Francia en el Concilio de Paris, año de 1811.—Estado del catolicismo en tiempo de los Borbones de la rama primogénita durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X.—Causa de la caida del trono.—Revolucion de 1830.—De sus primeras consecuencias.—Estado del catolicismo en el reinado de Luis Felipe I.—Novadores del siglo XIX.—Documentos justificativos de la unidad y de la tolerancia del catolicismo.—De su impulso al progreso.—Motivos de fusion entre los hombres, de cualquier opinion y partido que sean. 228

CAPITULO VII.
DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LA FILOSOFIA
DEL SIGLO XIX.

Sumario.

Resumen de los capitulos precedentes.—Diversos puntos de vista bajo los cuales considera la filosofia del siglo XIX al catolicismo.—En vez de individualizar generaliza.—De su tendencia á sustituir la razon universal á la revelacion.—Opiniones de nuestros filósofos en esta parte.—La soberanía de la razon universal resume todos sus sistemas.—Pruebas en apoyo.—Sin embargo, se reconoce como indispensable á la sociedad el elemento moral.—Consecuencias en favor de la alianza de una verdadera filosofia con el catolicismo.—Juicio de la teoria de la soberanía de la razon universal en sus pruebas, principios y consecuencias.—La filosofia no corresponde á las urgentes necesidades de nuestra época.—Lejos de atraer á la fé, conduce al ateismo.—En vez de propender al progreso se agita dentro de la esfera del escepticismo, y no puede producir mas que la discordia y el egoismo.—Muchas pruebas en apoyo.—La filosofia impotente y estéril bajo el aspecto social, debe volverse hácia el catolicismo.—Ventajas que debe esperar de aqui.—Para efectuar esta union no tiene que correr una distancia tan grande como comunmente se piensa.—Tentativas infructuosas hechas hasta aqui por la filosofia.—Propendian nada menos que á destruir el catolicismo.—Admita la filosofia el hecho divino y sus rigorosas consecuencias, y se efectuará la alianza.....

275

CAPITULO VIII.
EL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX.

Sumario.

De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el ele-



Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus.

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz á los hombres en la tierra.

LUC. II V. 14.

Señores:

YA comprendereis que no he tenido que revolver las Santas Escrituras para encontrar la clave sagrada que ha de encerrar mi pensamiento y ocupar vuestra religiosa atencion en la solemnidad presente. Hanse encontrado nuestros sentimientos con los cánticos sagrados que resuenan en las bóvedas

de esta basílica: el himno angelical de Belen resume de una manera divina el grande y santo objeto de esta ceremonia, y por la mas feliz de todas las coincidencias, hemos recogido en un punto la dilatada carrera de diez y nueve siglos, para volver al cielo, con la espresion de un santo reconocimiento, los ecos augustos de aquellas inteligencias sublimes que descendieron á la cuna del Salvador para cantar en los trasportes de un escelso regocijo, la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. ¿Dónde podian representarse mejor el pensamiento y las mas íntimas afecciones de la numerosa y respetable concurrencia que me escucha? En el órden de los acontecimientos humanos, fácilmente reconocereis el espíritu de la religion y el espíritu de la filosofia. Ora ecsamine los hechos, ora los pese con fidelidad en la balanza de su criterio, ya gire por los espacios para seguir la carrera de los mundos, ó bien tenga que reconcentrarse en un punto para estudiar la constitucion de un ser imperceptible, el filósofo, siempre sucesivo en su discurso, siempre parcial en su comprension, pasa la carrera de una vida inteligente y laboriosa, para quedar figurando como un simple eslabon de esa cadena tradicional que compone la historia del espíritu humano. Muy de otra suerte juzgamos del genio de la religion: espresion soberana del pensamiento de Dios, engólfase sin cesar en lo infinito, desdeña lo que nos es inmenso, esquiva lo que declina un tanto de los últimos términos de la

perfeccion, y nunca se muestra mas elevada, que cuando abraza con una sola de sus espresiones inspiradas, las generaciones, los acontecimientos y las ideas que han venido pasando por el inmenso curso de los siglos. ¡Desdichado de aquel que, ministro del santuario, dueño de la fé, árbitro de la esperanza, tutor nato de la caridad evangélica, se sintiese avergonzado de no poder seguir el misterioso laberinto de la política, cuando tiene que arrastrar al templo los grandes sucesos de la vida social, como otros tantos medios que la Providencia pone á su arbitrio para desenvolver en la tierra y llevar á su feliz consumacion los magníficos planes del que reina en los cielos!

Nunca he apreciado mas, como ministro del Altísimo, la feliz ignorancia en que me coloca mi escentricidad de esa esfera donde gira el pensamiento esclusivamente político, que en la ocasion presente; pues inmune de esas delicadas tentaciones que podrian esterilizar la fecundidad propia de la palabra de Dios, puedo hablar aquí á Su Magestad, como intérprete de la Iglesia y del Estado de Michoacan, esplicando su reconocimiento con las augustas emociones de la caridad cristiana, por el suceso nunca bastantemente encarecido del regreso de Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX á la ciudad de Roma.

La Iglesia y el Estado, que algunas veces se asocian en un pensamiento político, colócanse hoy entrambos, á la presencia del Rey de los reyes que

está en ese tabernáculo, bajo la influencia feliz del pensamiento religioso. El grande acontecimiento que nos ocupa fecunda las dos ideas. A la hora de esta, la religion habrá ya recibido mil cumplidos homenajes en las tribunas parlamentarias de los pueblos con motivo tan plausible, mientras nosotros, haciéndolo servir todo á la idea religiosa, no volveremos nuestros ojos al órden puramente humano, sino movidos por la gracia del Espíritu Santo, y para ver concentradas en la accion permanente de la voluntad divina, las esperanzas de la sociedad entera.

Hay, señores, algo de misterioso en el empleo que hace la Iglesia de estas palabras de mi testo. Repítense millares de veces cada dia en todo el orbe católico. ¿Qué será? El hombre naturalmente distraido de la presencia de su Criador y de su fin, ha menester sin duda de un estímulo tan constante como este, que precisando su razon y su voluntad en cuanto piensa, concibe y ejecuta, le obligue, digámoslo así, á no ser la víctima continua de la fascinacion de las ideas y de los prestigios de las pasiones. Jesucristo, viniendo al mundo, le trajo dos cosas, perfeccion y felicidad; y los ángeles, proclamando en su cuna la gloria de Dios y la paz de los hombres, establecieron definitivamente los datos en que pudieran cifrarse nuestro juicio sobre la importancia relativa de los principios, de las instituciones y de los acontecimientos. Todo lo que puede volverse á Dios sin inconveniente es digno de su

gloria: todo lo que no es digno de su gloria es estéril, ó mejor dicho, ruinoso para la felicidad humana. En este punto, permitidme la frase, los intereses de Dios y los del hombre son inseparables.

¿Por qué estoy yo en la cátedra del Espíritu Santo? Me direis que porque debo predicar el Evangelio á toda criatura. Pero yo preguntaba otra cosa: quiero encontrar una idea bastante fuerte, bastante enérgica, que convierta el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre en un asunto adecuado al sagrado carácter de la predicacion religiosa. Yo diré, pues, que me encuentro aquí, porque mi asunto cae muy bien en la cátedra del Espíritu Santo, porque en él vienen á concretarse las palabras que he elegido por testo, pues la mas leve reflexión dará sobradas luces para reconocer en el plausible suceso que nos tiene reunidos al presente en la casa del Señor, no ya uno de esos acontecimientos colosales que dominan todo el campo de la historia, sino un hecho consumado en que aparece mas visible que nunca aquel irresistible poder que, sin tocar en lo mas leve la libertad de los hombres y de los pueblos, encadena victoriosamente á los unos y los otros dentro de ese círculo inamovible y providencial que ha trazado á los destinos de todas las naciones. Dirélo de una vez, y dirélo sin frases. Vengo á celebrar en la cátedra de la verdad el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre á la capital de sus Estados, porque esto me da motivo para reconocer la gloria de Dios en las alturas y la paz de

los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta del Sr. Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del orden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precursores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la unción por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de vos los mas insignes favores.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

He dicho, señores, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo menos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo

al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso del Sr. Pio IX á la ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando, pues, el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, señores, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fé, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? como lo estais viendo; porque sin fé no podian aceptársela sus principios, sin esperanza no podia confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningún católico, porque desde que lo dijo S. Juan, lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo es nuestra fé*, dice el Evangelista (1); pero la razon de los filósofos, apelando á la

(1) Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Joann. Cap V, v. 4.

los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta del Sr. Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del orden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precursores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la unción por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de vos los mas insignes favores.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

He dicho, señores, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo menos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo

al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso del Sr. Pio IX á la ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando, pues, el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, señores, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fé, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? como lo estais viendo; porque sin fé no podian aceptársela sus principios, sin esperanza no podia confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningún católico, porque desde que lo dijo S. Juan, lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo es nuestra fé*, dice el Evangelista (1); pero la razon de los filósofos, apelando á la

(1) Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Joann. Cap V, v. 4.

ironía para librarse de la humillacion, correspondió al oráculo con una sonrisa. Preciso era que le llegase su turno; y la religion, que nunca se apresura, esperó con paciencia, como siempre espera. Ha llegado el mundo varias veces, como ahora, al borde de un abismo; y la razon silbada por la desgracia de los pueblos, señalando la víctima, ha dicho: *he aquí mi obra*, para retirarse del teatro y dejar el campo libre á la accion restauradora de la fé. Siempre sucede esto, porque nunca puede suceder otra cosa: la fé, símbolo de lo infinito, vale siempre lo que representa; la razon, símbolo de lo finito, imperfecto y limitado, tiene un valor siempre relativo á su localidad, el de cero cuando está sola, el de millares cuando está á la derecha de la fé. Esto se le ha dicho mil veces al hombre; pero el hombre, raras veces accesible al idioma de la persuasion, parece condenado siempre á no entender sino á el amargo y doloroso lenguaje del infortunio. ¿Lo quereis palpar? No os condeno á una larga carrera: una rápida ojeada sobre tres siglos, un mirar mas circunspecto sobre la última revolucion de Italia, no pido mas, para contar con vuestro convencimiento.

Raras veces el hombre y la sociedad se contienen en su órbita: raras veces por lo mismo hay virtudes sociales y felicidad pública. Los acontecimientos mas importantes en la historia del mundo político, frecuentemente favorecen las conjeturas de sus genios mas esclarecidos, haciéndoles colum-

brar desenlaces plausibles en las crisis de las naciones, y esperanzas lisonjeras en el porvenir de la sociedad. Vencida muy apenas la infancia de aquel siglo que alumbró la reaparicion de las muchas glorias que habian quedado hundidas al cabo de tantos acontecimientos en el caos impenetrable de la edad media, pareció que habia sonado la hora feliz, no solo para los fueros de la inteligencia, mas tambien para las nobles prerogativas de la virtud, y para el advenimiento de la paz y de la bien entendida dicha de los pueblos. No fué así empero, y parece que algunos restos de luz, salvando los límites conocidos del horizonte hasta entonces descubiertos, dibujaban muy confusamente, y para muy pocos, acá en el porvenir la lucha de dos principios igualmente falsos y tenaces que, aliándose al indiferentismo religioso, habia de abalanzarse á sangre y fuego sobre los destinos del mundo civilizado. Soñó la razon que lo sabia todo, miéntras la voluntad social aspiró á la omnipotencia; y estos, que allá fueron unos delirios, pasaron mas tarde al campo de la vida práctica, plantando en las dos estremidades de tres siglos, dos monumentos colosales, que habian de marcar la carrera que durante ellos hiciese la sociedad. Partiendo de la reforma, el mundo político debia venir al socialismo, anunciando muy altamente de este modo, con la luz de toda la esperiencia y el poder de todos los desengaños, que la razon nada consume con su poder, que la voluntad nada puede tampoco por sí

misma en la línea del bien; que la pretendida independencia en que se ha querido suponer á la tierra respecto del cielo, es el mas funesto delirio que ha podido imaginarse entre los hombres; que salirse del órden espiritual es fabricar en el aire, ó cuando menos sobre una arena movediza; que buscar los caractéres legítimos de este órden saliéndose del influjo de la gracia y de la fé, será siempre divertirse con quimeras; y que no habiendo alianza entre la razon y la fé, entre la voluntad y la gracia fuera del principio católico, el cristianismo no ha dejado de ser un solo instante la forma legítima de la sociedad moderna, y la única garantía real y positiva de sus instituciones políticas.

Señores: este es un raciocinio; pero un raciocinio que ha costado tres siglos de trabajos á la inteligencia, tres siglos de lágrimas y miserias á la humanidad, y que parece escrito con la sangre de las víctimas y sobre el sepulcro de los pueblos y de los reyes. El renacimiento de las letras y la reforma en el Norte de la Europa, suministraron las primeras ideas; el movimiento intelectual de la filosofía incrédula desde Luis XIV hasta Luis XVI, fijó su sentido; la revolucion francesa las dió sus aplicaciones prácticas; la restauracion las habia como adormecido; las fuertes conmociones de la Europa en los dos años corridos, convirtiéndonos á la Alemania, donde habian hallado asilo y proteccion los últimos restos de aquellos dos principios, que ya parecian estirpados, y desde donde socavaban y

cebaban la inmensa mina que habia de traer á tierra todas las instituciones mas respetables, esta revolucion, digo, ha hecho lo que faltaba para dar una leccion terrible y dirigir un discurso muy elocuente á cuantos rigen los destinos de las naciones. Mas todo esto corria un peligro para la verdad, un peligro para la virtud, un peligro para la felicidad; el de quedar, por explicarme así, como derramado y resumido en toda la superficie de la tierra, sujeto á la diferencia de los cálculos humanos, avasallado al poder de la ciencia y vendido al influjo de los intereses y de las pasiones. Contra este triple peligro no habia mas que un remedio, el de que todo se reconcentrase en una sola revolucion, en un solo imperio, y si posible fuera, en un solo hombre. La Providencia divina sin duda siente aun tiernamente del mundo: provocada mil veces, muestra todavía lo infinito de su ser en el amor que nos tiene; y á juzgar por el acontecimiento que nos reúne á todos en este lugar santo, visto es, que Dios tiene aun en su razon de Padre á las moribundas sociedades de nuestros dias. Dios ha dado estas tres precauciones contra aquel triple peligro; ha recogido en los Estados pontificios todos los combustibles esparcidos por el mundo para atraer á su ruina las instituciones sociales; ha figurado en el gobierno temporal de aquel monarca todo cuanto quiere y puede hacer el orgullo de la razon y la pretendida omnipotencia de la voluntad social contra los derechos de una autoridad legitima y los deberes de

la obediencia, y ha elegido á Nuestro Santísimo Padre, el Sr. Pio IX, como el único personage que para una mision tan sublime pudiera presentar el mundo. Vicario de Jesucristo y Rey de unos Estados en cuya capital están archivados todos los siglos antiguos, y de donde son tributarios todos los siglos modernos, colocado le veis entre los cielos y la tierra, situado en las primeras cumbres del orbé político, á la vista y para la enseñanza de los pueblos y de los reyes.

Desde este momento la carrera política del nuevo Pontífice no pudo ya separarse de la condicion presente y futura de la sociedad actual, y la sagrada y eminente persona del Sr. Pio IX, fué una recapitulacion viva de todas las graves y terribles cuestiones que agitaban á la Europa. Las cosas habian llegado á tal punto, que los intereses y los principios contendientes, no pudiendo arribar á una solucion definitiva de otra suerte, necesitaban un fenómeno semejante en el mundo moral y político: los elementos de restauracion todo lo aventuraban obrando separadamente, y la misma anarquía social, ¡parece una paradoja! no podria triunfar definitivamente sino en la unidad de la víctima. Asid con fuerza este pensamiento, católicos: sorprendo en él un rayo de luz que puede favorecer la débil inteligencia de los hombres, para columbrar un tanto el cómo Dios obliga soberanamente á todas las contradicciones humanas y á las mas irreconciliables pasiones políticas á filiarse en una idea y suscribir á un designio.

La historia es y será siempre la expresion de una vasta, de una indefinida carrera de pensamiento y de accion; pero esta carrera nunca corresponde mas que á tres pasos gigantescos que da la sociedad: de las doctrinas á las opiniones, de estas á las revoluciones, y de aquí á la vida ó á la muerte. Esto es todo: vedlo bien, y no encontrareis otra cosa fuera de esto. Y esto se halla tan encadenado, que nada pueden para dislocarlo ni la razon con todas sus teorías, ni la voluntad con todos sus recursos y elementos de accion. La sociedad, lo mismo que los individuos, llegarán á la vida ó á la muerte; esto pende de ellos: pero no penderá nunca el poner en contradiccion ó en armonía el resultado final con los principios, los medios y los elementos de su carrera. La infancia del hombre es el primer asilo de las doctrinas paternales que se le inculcan, y de donde parte para pensar por sí, como suele decirse, y formarse una opinion; su juventud es el vastísimo y complicado teatro donde luchan de un lado las verdades y los errores, y de otro lado las pasiones y la moral; la edad madura es un periodo de reforma, de restauracion ó de consolidacion; la vejez será, pues, el tiempo de la paz y de la dicha, ó bien el de los desengaños inútiles y tardíos, el de la impotencia luchando con el instinto, el de la desesperacion y la muerte.

Yo me he divagado por una comparacion innecesaria; pero sin detenerme á suprimirla, os traigo con rapidez á mi primera idea. La sociedad no

puede ser feliz sin la unidad, sin la fortaleza y la conservacion: luego no puede serlo sin doctrinas unas, fuertes é infalibles, sin doctrinas intransigibles en todo el vasto sistema de sus principios, incontrastables en su poder sobre los pueblos, inaccesibles al tacto resbaladizo de la razon humana. Si puede disputarse esto tratándose del individuo, que reduce á su persona el objeto de su pensamiento y de su albedrío, nadie puede disputarlo cuando se habla de la sociedad, donde se agitan ideas tan diversas, opiniones tan varias, intereses tan opuestos, donde se trata de que las masas indómitas se coloquen bajo la influencia de los principios, y hagan brillar en el conjunto la armonía social. Mucho tiempo ha que el genio de la política vuela tras de cuatro fantasmas que le traen fuera de sí: hablar con la filosofía al espíritu de las masas, reconstruir el mundo con las revoluciones y el cálculo, crear el orden con el equilibrio de los intereses, y sostenerle con el poder militar: y, ¿qué ha resultado? A cada pensamiento una objecion, á cada cálculo una burla, á cada victoria física una reaccion tambien física, á cada combinacion de intereses sociales una revolucion mas, y un gobierno menos. Háseles olvidado á los que en esto influyen, que todo irá mal, si no se cuenta con Dios, y que no habrá garantía ninguna, mientras los filósofos y los políticos le tengan declarada la guerra al cielo.

No, señores, no os engañeis: ¿quereis que la sociedad sea una, firme, incontrastable? no la brindeis

teorías; dadla un símbolo, y todo está hecho. ¿Y quién dará un símbolo á la sociedad? ¿Los filósofos? No, señores: los filósofos no saben mas que discurrir. ¿Los políticos? Tampoco: los políticos no saben mas que calcular. ¿Los guerreros? Mucho menos: los guerreros no saben mas que destruir. ¿Los que todo lo ignoran, las masas? ¡Qué delirio! su historia no es mas que la del entusiasmo y el ódio, su carácter fijo la versatilidad, su freno único la obediencia. No hay medio: palabra de Dios ó palabra del hombre; verdad constante, ó mezcla confusa de verdades y de errores; autoridad conocida, ó autoridad siempre disputada; unidad, ó anarquía; el orden en la libertad, ó el desenfreno y el despotismo en el mundo.—Escoged.—He dicho mal: aplaudid, porque todos habeis reconocido el principio católico.

De este modo, señores, veo aceptados de nuevo los principios políticos de la religion católica en las últimas páginas del periodo histórico que al presente nos ocupa. En 1848 se combatian con orgullo, se desechaban con énfasis: en 1850 se han paseado con magestad por las galerías mas ilustres de la Europa, y han sido saludados, digámoslo así, por los primeros oráculos de la política, en el nombre de Dios. Pero no me basta, señores, haceros advertir el triunfo de los principios católicos en el estado actual de las opiniones: tratamos aquí de una victoria total, y una victoria como esta complica tambien las esperanzas y la felicidad del géne-

ro humano. Seguidme aun en el curso de mis ideas. Mas yo, deseando ver distintamente los caracteres de esta triple gloria, me he fijado para ello en dos objetos, metódicos si quereis, pero de suma importancia para afirmar un concepto: las tendencias impías y ruinosas que arrojaron al Sr. Pio IX de la capital de sus Estados, y el carácter de los medios que facilitaron su regreso á Roma. Pero esplicándome de esta suerte, me propongo menos entrar en un compromiso formal con las severas leyes de la arte oratoria, que poner en vuestras manos la clave de mi pensamiento. No ha sido mi ánimo hacer un discurso, sino seguir sin esfuerzo el movimiento de la sociedad, para buscar en él la accion de la Providencia y los agentes de la religion. *No hay arcano que no haya de revelarse* (1), dijo el Divino Fundador de la Iglesia católica, y yo veo una espléndida prueba de este oráculo en la historia contemporánea.

Las revoluciones humanas tienen una cosa de particular, y es mentir en sus resultados, obligando á los hombres á llegar á donde no esperaban. ¿Por qué así? Los principios son siempre un punto de apelacion para los hechos, y el *fiat* eterno del que reina en las alturas, un decreto que, aun humanamente hablando, nunca deja de cumplirse, sin tocar por esto en lo mas pequeño á la libertad de los pueblos. Este es un misterio sin duda: misterio,

(1) Nihil autem opertum est quod non reveletur neque absconditum, quod non sciatur.—Luc. cap. XII, v. 2.

porque no se comprende el *cómo*; pero revelacion explícita, porque está ya para cumplir catorce siglos de esperiencias.

Toda la revolucion de Roma tuvo sin duda un pensamiento, porque sin pensamiento es absolutamente imposible el movimiento de la sociedad; pero este pensamiento fué falso: falso, porque le faltaron los principios; falso, porque le falló el resultado. El principio fué, ya lo sabeis, que la soberanía temporal de los Pontífices era un hecho y no un derecho: un hecho anticuado, porque pugnaba con las ideas dominantes del sistema actual; embarazoso, porque entrañaba siempre en las cuestiones políticas el principio católico, declarado extranjero hace dos siglos; perjudicial, en fin, porque frustrando el desarrollo práctico de todas las teorías mas ó menos plausibles que habian sido saludadas por el entusiasmo popular, y que reportaban la gloria del movimiento político de la Europa, colocaba en una posicion escepcional, esto es, *retrograda*, al Estado pontificio.

Esta opinion no era solo de Roma: hallábase su cátedra en Alemania, distribuía sus escuelas por toda la Europa, y hasta en las jóvenes naciones del Nuevo Mundo, en los puntos trasatlánticos mas remotos, se habian estado cruzando por mas de medio siglo sus ecos. No había mas diferencia, sino que allá de los mares pasaba la cuestion como un proceso ya relegado á los archivos de la filosofia; mientras acá nos arrancaba ciertos tartamu-

deos irónicos, muy parecidos á la risa de la barbie.

¿A dónde tendia, pues, esta revolucion determinada por semejantes principios? A la consumacion de un hecho que, aislando para siempre los dos poderes, redujese á los Pontífices á ser los simples sucesores de los Apóstoles en el gobierno espiritual. (1) Y así parecia, señores, á lo menos, á juzgar por las conjeturas de algunos políticos. El sueño de Juliano se repitió en el año de 1848: la muerte del poder temporal de los Pontífices no careció de profetas; y para que nada faltase, el Sr. Pio IX, teniendo que ceder á la situacion, dejó á Roma en manos de su propio consejo.

Atacando el poder temporal de los Pontífices, no imaginaban los autores de la revolucion italiana (y se hubieran reido de quien se lo dijese), que

(1) Tal vez parecerá que explicándome de esta suerte considero la abolicion del poder temporal de los Pontífices como el objeto final de la revolucion, pero no es así. Para mí esa idea es prominente, y si se quiere de la primera magnitud; pero no el todo, ni mucho menos el fin de la revolucion europea. Siempre he creido necesario distinguir entre el pensamiento de la revolucion que se identifica en cierto modo con el movimiento de los siglos, y el pensamiento de sus agentes, que de ordinario sigue la razon de las circunstancias y anda por la carrera de los obstáculos. ¿Para qué tratar de las diferencias entre el Austria y Roma? ¿Para qué discurrir especialmente sobre la célebre cuestion de la independencian italiana? En el estado actual de las cosas, nunca podemos detenernos aquí, porque la cuestion de independencian sería cuando mucho el primer acto de un drama en extremo complicado, vago y general para reducir á solo ella el pensamiento de la revolucion. Una cosa importa saber, y es la razon en que se halla con esta y con el movimiento general de la Europa el poder temporal de los Pontífices. Vi-

hacian retroceder la sociedad. ¿Y no mas esto? No, señores: mas, mucho mas, mil veces mas; la hacian morir: porque su muerte era inevitable, si no retrocedia mas de dos mil años: retroceso imposible, señores, y por lo mismo esterminio seguro.

Tal vez os sorprendeis, pero en verdad, que no he vertido una paradoja, ni siquiera he permitido una hipérbole: mas bien he enunciado una demostracion, y para mí, acrisolada en todos los criterios. No sé si me equivocaré; pero á lo menos, escuchadme; porque sospecho que con una ligera explicacion, nos hallaremos enteramente de acuerdo.

niendo á este punto, no he temido concretar en este poder el pensamiento mas inmediato de la revolucion. ¿Por qué? Oigamos á uno de los que mas se interesan en ella, y de los menos favorables por lo mismo al triunfo de los principios católicos. "La Italia, dice Mazzini, es el centro de la Europa tradicional é histórica, y en consecuencia, el blanco de todas las fuerzas revolucionarias desarrolladas por este siglo y el precedente. Mientras exista la Italia católica, papal y tradicional, no podrá la Europa renovarse, porque la Italia es la suprema autoridad conservadora de todos los principios, de todos los derechos y de todos los intereses de lo pasado. De tres siglos acá, la Europa conspira contra Roma, &c., &c." (*) He aquí por qué no temí concretar la revolucion europea en la revolucion italiana, esta en la de Roma, y el blanco de la de Roma en la autoridad y en el poder temporal del Sr. Pio IX. He creido siempre que el catolicismo con sus tradiciones, su historia, su pensamiento y sus destinos, se reconcentra, considerado bajo un aspecto político, en la institucion del poder temporal de los Pontífices, y que por tanto, mientras este viva, será mas ó menos clara ó encubiertamente el primer objeto de la revolucion europea, y por lo mismo de la de Italia y de la de Roma.

(*) De l'Italie dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne.—Tom. II.

El reino temporal del Papa no es una institucion divina, porque este es privilegio esclusivo de la Iglesia; pero es una institucion providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores.

Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el universo, el principio de la fé encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la providencia en el orden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debia ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo.

Los que veian el gobierno temporal como una prerogativa innecesaria para la conservacion de la Iglesia, discurrían bien, pero fuera de camino. ¡Qué lejos estaban de sospechar que la cuestion era otra! Ni podían: la sospecha debia brotar de una revolucion provocada por el mismo espíritu ciego que no la sentia. La cuestion es otra: supuesto el catolicismo, ¿pueden conservarse los principios, el orden y las esperanzas de la sociedad sin el poder temporal de los Pontífices?—¿Y por qué no?—He aquí el movimiento sordo del siglo XVII, el furioso clamor del XVIII y la espresion enfática del XIX. Oídlos:—“La sociedad humana, dicen, se constituye y rige por la inteligencia, se conserva por la voluntad. El hombre la basta, con su poder la sobra. Un Pontífice en el trono es la espresion anticuada de otro siglo, y hoy no figura sino como

una ironía”—He aquí el resúmen de la revolucion filosófica. Estas ideas estaban arraigadas: el tiempo de los milagros, el de los martirios y el de las controversias habia pasado ya: el mismo racionalismo varió de tema: la indiferencia en lo especulativo y el materialismo en lo práctico fueron ya el nuevo símbolo que se quiso representar para lo venidero. Esto suponía un punto de partida, y era la reforma; traía una consecuencia práctica, y es el socialismo.

Os he dicho, señores, que la reforma y el socialismo son dos monumentos colosales que el orgullo del espíritu humano ha erigido en sus aberraciones sobre las dos estremidades de tres siglos, como un punto de partida y un término necesario: los errores tienen su lógica y las turbulencias una filiacion reconocida. La reforma, señores, no es hija de Lutero, no es hija de Enrique VIII; sino de catorce siglos de preparacion intelectual y política: en ella vino á refundirse el espíritu de turbulencia que habia estado agitando continuamente al cristianismo. (1) Le llegó su hora y tuvo gefes, esto es, todo; y para que estallase el incendio, bastaban dos chispas arrojadas con cierta oportunidad. Aquellos dos personajes tuvieron su destino en los anales del error: no pasan de aquí los títulos de su

(1) Los fundamentos de este juicio histórico pueden verse en una obra mia titulada: CURSO DE JURISPRUDENCIA UNIVERSAL, TOMO 2.º, DISERTACION 1.ª, publicada en Morelia desde 1844, es decir, un año antes que se conociese aquí la obra del Sr. Balmes titulada: EL PROTESTANTISMO, &c.

funesta celebridad. Pero la reforma entrañaba pensamientos confusos, que bien se echaron de ver en tantos designios abortados; y esos pensamientos no podían á la verdad surtir su efecto sin tocar á todos los elementos de la sociedad. La filosofía del siglo XVIII debía venir, pues, en consecuencia de la reforma; aquellos movimientos desastrosos, que cubrieron de sangre el territorio de la nación francesa, fueron la personificación activa de la filosofía. Después acá, las teorías, las revoluciones, las calamidades más inauditas han figurado sin cesar en el teatro político, sin dejar de positivo sino dos frases enfáticas, profundamente verdaderas y altamente misteriosas: *No lo sé, no lo entiendo*. Estas dos frases parecen indicar la sinopsis de la nueva lucha social y doctrinal, y abandonar el porvenir ó al triunfo de la fé, que reserva sus revelaciones sublimes para los sencillos y pequeños, ó al triunfo del orgullo racionalista. ¿Qué sucederá? La razón ha quedado convencida de impostura, por la confesión de ella misma; el poder físico perdió su ascendiente, cambiando de carácter y haciéndose precario; las opiniones no tienen corriente fija, ni los intereses aplomo. ¿Qué sucederá, pues?.....

Una nueva secta, aprovechándose de esta circunstancia tan oportuna, dirige su mensaje á las naciones, prometiéndolo todo, con la reforma de todo, sobre la ruina de todo. El socialismo, como los espectros de la Fábula, levantó su frente, asustó al mundo, y volvió á la fosa; pero volvió sin de-

sesperar: bastábale saber, que con solo imprimir sobre la sociedad el vestigio de un delirio, le llegaría su época. Su sueño duró seis lustros; y al cabo de ellos, señores, ¿qué veis? El socialismo en los libros, el socialismo en los periódicos, el socialismo en los parlamentos, el socialismo en los gabinetes, el socialismo en el mundo. Marcha con los pasos del gigante, y ya no parece inverosímil que sus enseñas lleguen á tremolar sobre un inmenso promontorio, donde hayan quedado sepultados todos los antiguos elementos de la sociedad humana.

Ahora bien, ¿el socialismo salvará la sociedad? No: la vida nunca puede hallarse fuera de la verdad. ¿Sucumbirá al influjo de un enemigo parcial de otra doctrina falsa, de otro poder precario? No: el socialismo solo teme á uno, no más que á uno: fuera de él á nadie teme, y los vence á todos. A este poderoso enemigo le cumplimenta, le afecta respetar, se alía con él, le reforma según su juicio, &c., &c. ¿Cuál es, pues, este enemigo? *El catolicismo*. Pero este, siempre fuerte en la cuestión religiosa y eclesiástica, era ya débil en la cuestión social, y no podía sin un milagro renacer para la política de sus simples elementos. Pero sí podía renacer de su sepulcro civil, esto es, del último estrago de una revolución organizada y desfogada contra él: he aquí la revolución europea recogida en la revolución italiana.

Espliquemos todavía más: señores, la obra de Constantino y de Carlo-Magno, largo tiempo cali-

ficada de un homenaje digno del Supremo Pastor de la Iglesia, no fué solo esto; fué tambien un punto definitivo para la constitucion de la sociedad universal, una condicion ratificada sobre el equilibrio político de la Europa. Aquellos dos grandes hombres fueron mas que políticos; pronunciaron con un hecho tan ilustre una profecía sobre el porvenir de la sociedad moderna. Con beneplácito ó sin él, debia ser aceptada por esta la condicion de aquellos reyes; y si empezó á disminuir mas y mas el concepto de los grandes genios sobre la soberanía temporal de los Pontífices, fué precisamente á medida que se invadía su soberanía espiritual, haciendo problemático el influjo del catolicismo en las instituciones políticas.

Este grande título tradicional, histórico y filosófico de los Pontífices habia sufrido ya una nueva prueba, y prueba bien terrible, vuelvo á decirlo y lo repetiré mil veces, la reforma protestante en el Norte de la Europa. Ella fué la guerra mas enconada que pudo hacerse al poder temporal; porque desconociéndose hasta la autoridad soberana de la Iglesia, se salvaban con mucho los términos de la oposicion en la materia.

¿Qué podia esperar el mundo, laesado aquel resorte? ¿con qué infalibilidad podian contar entonces las doctrinas sociales? ¿dónde hallar garantías para sacar adelante de las ecsageraciones diversas las trabas constitucionales puestas á los poderes públicos? ¿qué poner en lugar de ese vínculo

universal de sentimientos, verdadera *fraternidad* humana, representado en la caridad, garantido en el decálogo y conservado por mas de diez y ocho siglos en la Iglesia católica? ¡Ah! sutilezas, despechos de la vanidad, ilusiones del genio, prestigios de la gloria, movimientos funestos, revoluciones desastrosas, crímenes sobre crímenes, cadalsos sobre cadalsos.

Sin embargo, estos combustibles, aglomerados de siglos atras bajo las bases de las instituciones sociales, preparaban una gran crisis; las opiniones vagaban por el espacio en diferentes curvas, como para no recogerse nunca bajo la influencia de los verdaderos principios: las teorías políticas, los intereses materiales eran todo; la verdad y el sólido bien de las naciones fueron nada. En semejante crisis las discusiones eran ya impotentes, las precauciones inútiles ó imposibles, y podia decirse á la letra de la sociedad, que todo estaba perdido, porque absolutamente no habia quien entrara en sí mismo, como dice el Espíritu Santo: *Nullus est qui recogitet corde.* (1) Comenzóse por declinar de los verdaderos caminos, siguióse por hacer magníficos ensayos de insignes frivolidades; y desde entonces la impotencia para el bien fué un hecho consumado en la historia de la sociedad. Esto no me sorprende, porque estaba escrito: *omnes declinauerunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* (2) Estos son

(1) Jerem. XII v. II.

(2) Ps. XIII v. 4.

los lances, católicos, que Dios emplea en dar á la sociedad grandes y terribles lecciones: los tiempos en que empieza á regir á las naciones con vara de hierro, como lo anunciaba el Profeta, y en que deja caer desde las alturas una sonrisa de indignacion sobre los delirios del espíritu humano: *Qui habitat in caelis iridebit eos, et Dominus subsanabit eos.* (1)

¡Insensatos! agitando en sacrilegos y nocturnos clubs las funestas cuestiones que tienden á destruir la sociedad, se creen omnipotentes, porque son pensadores; componen á su placer los destinos del mundo; precipitan acaso la irrupcion terrible, mas para quedar insepultos bajo su ardiente lava. El fenómeno de imaginar sin término y de estrellarse sin cesar, es viejo entre los hombres: tiempo hace que estos consejos ingeniosos y ocultos ocuparon una sublime ironía en el canto del Profeta—rey, cuando ponía en contraste, para pintar la miseria humana, las perpetuas vicisitudes entre los proyectos y los desengaños: *Cogitaverunt consilia quae non poterunt stabilire* (2).

Tales eran, señores, las circunstancias en los momentos precisos en que el Pontífice reinante estaba para ocupar la sila de Pedro y el trono de Roma. Dispuesto se hallaba todo, y creo no equivocarme si aseguro que uno de los grandes beneficios que la Providencia dispensó á Nuestro Santísimo Padre el Señor Gregorio XVI, fué el haberle llamado al

(1) Ps. II v. 4.

(2) Ps. XX, v. 12.

cielo la víspera de una conflagracion universal en la tierra. Políticos puramente humanos han tomado á su cargo el análisis de los acontecimientos que desde entonces empezaron á correr, y el respetable nombre de Pio IX, este nombre que se difundió rápida y dulcemente por todo el mundo, que restituyó la calma á toda la Iglesia católica, penosamente agitada por la expectativa del nuevo Pontífice en las circunstancias mas deplorables, y en la crisis mas imponente y amenazadora para una eleccion de esta naturaleza, este nombre que fué ya el símbolo de la esperanza para todo buen católico, bien recordareis que fué tambien conducido en triunfo por la fama política, para empezar á sufrir muy pronto los tormentos de una celebridad poco segura; que en la misma capital del orbe cristiano sufrió una terrible bilocacion en los *vivas* enfáticos de aquella multitud entusiasta; que el nombre de *viva Pio IX* fué la contradictoria del nombre de *viva el Papa*; que todos los partidos especulaban con la bondad del nuevo Soberano, sin comprender su pensamiento y menos todavía su mision política; y que el respetable y santo Pastor de la grey de Jesucristo, sufrió solo esa corriente indómita de una turba mal satisfecha con las concesiones, é irritada con los obstáculos. Lo demas, bien lo sabeis: el Señor Pio IX muy pronto se anunció al mundo desde Gaeta, y la ingrata ciudad que le habia arrojado de su seno, quedó sirviendo de espectáculo á la compasion del universo.

Señores: os ofrecí examinar un primer hecho que sirve de antecedente al concepto que debemos formar sobre el triunfo de la religion en el regreso de Nuestro Santísimo Padre á Roma, y acabo de cumplirlo. Las tendencias de la revolucion italiana corrian delante, aunque por la misma línea, de las tendencias de la revolucion europea: (1) destruir con el poder temporal de los Pontífices el obstáculo insuperable á la realizacion de esos proyectos ultra democráticos, al planteo del socialismo, á la abolicion completa del elemento espiritual y el elemento material, de Dios en las doctrinas, y de la propiedad en los derechos y en las garantías. Pues bien, los agentes de la revolucion italiana pudieron seducirse con esta especie de destierro del Papa, conceptuándose haber dado un paso gigantesco hácia lo que llamaban ellos reformas útiles y progresos sociales. ¿Pero qué sucedió de facto? Pio IX desterrado y la Europa conmovida, sufrieron las consecuencias de una esplosion volcánica; mas á muy poco, ¡cosa admirable! el órden político renace, y las instituciones sociales parecen empezar á tomar su aplomo sobre un terreno mas firme. El Soberano que habia salido acosado por el fanatismo de una multitud fascinada, el Pontífice venerable que se habia retirado como el Profeta, á llorar las desgracias de Jerusalén desolada, dejando correr con sus lágrimas de pastor su paternal ternura sobre toda

(1) Ya he fundado en otra parte este concepto, en la nota de la pag. 22.

la Iglesia católica, penosamente atormentada por la crisis terrible á que habia llegado la persona que rige sus destinos, el grande, el esclarecido, el inclito, el inmortal Pio IX volvió despues precedido de los desengaños, invocado contra los desastres de la Italia, solicitado por el corazon de todos sus hijos, llamado como libertador por los clamores lastimosos de los trastornos y de las calamidades de sus pueblos, volvió rey como habia salido de Roma, volvió entre las felicitaciones universales, entre las aclamaciones del pueblo. Pero dejemos esto de felicitaciones y aplausos; ya es tiempo de desengañarnos: la mas brillante conquista que se ha hecho en nuestros tiempos, es descubrir que su valor positivo es igual á su valor negativo: vengamos á las grandes ideas de la Religion ornando sus triunfos con esos terribles desengaños sobre la versatilidad de las opiniones y la inconstancia de los entusiasmos populares. El sábio vive de la verdad, y la sociedad no puede estar contenta con solas ilusiones. La multitud necesita quimeras, quimeras para divertirse, quimeras para fascinarse; pero no para ser feliz. Estudiemos, pues, el grande acontecimiento: la empresa no es difícil, solo se trata de ver, y el objeto tiene dimensiones colosales.

Si, *dimensiones colosales*; y dos nada mas; vedlas aquí: tendencias de la revolucion italiana; resultado de la revolucion italiana. ¿A dónde tendia? A la mas completa abolicion del poder temporal de los Pontífices. ¿Cuál fué su resultado? la reinstalacion

de este poder con la vuelta del soberano, y por consiguiente, el triunfo de los principios católicos. ¿Dónde está ese triunfo? en la naturaleza de los medios que determinaron por último este final resultado. ¿Dónde están figurados estos medios? En las convicciones que hicieron triunfar la idea católica, en los desengaños que cambiaron el sistema de la conducta de Europa, en los procedimientos que fijaron el verdadero carácter de las relaciones entre el Papa y los otros Estados.

Las convicciones, de que ya os he hablado, no podían reaparecer sin un sacudimiento desastroso de la primera magnitud: único remedio contra la indiferencia en que yacía la célebre cuestion sobre el influjo político y social del catolicismo. En las grandes crisis de la sociedad, todo vuelve á pasar por la revision y el escámen; y en esta nueva discusion que sufrió á la faz del mundo y al calor de los mas grandes intereses, la cuestion política del Sr. Pio IX, el poder temporal de los Pontífices fué ya considerado como un punto de apelacion hecha por la sociedad á la Providencia, para salvarse del mas funesto desequilibrio, siendo ya incontestable que de otra suerte quedaria vendido á las preponderancias accidentales de cada potencia el orden permanente de todas las sociedades.

¿Y qué resultó de aquí? Las convicciones costosas, hijas por lo comun de insignes desengaños, vienen de ordinario á refluir en el sistema de la conducta; y he aquí por qué, al consumarse sobre

la situacion de la Europa la conquista sublime de la fé, comenzó tambien á desenvolverse el poder tutelar de la esperanza, y á prepararse para la sociedad política el influjo de esa virtud inmensa que hace entrar en en su seno á todos los mundos, y tiene lazos para estrechar á todas las generaciones. ¿No lo veis? La Santa Iglesia católica vuelve á recibir hoy aquella mision sublime del orden, de concordia y de prosperidad pública que despues de tres siglos de sangre, le fué roconocida por el gran Constantino, y que mas tarde le fué ratificada por el insigne Clodoveo. Con ¡cuánta espontaneidad se la reconoce y aclama poseedora de los verdaderos principios sociales, garantía necesaria del orden, depositaria esclusiva de la moral! ¡Feliz culpa, podíamos esclamar, á la vista de los resultados tan plausibles! ¡Venturosos desastres, que sembrando su camino tortuoso de ilustres desengaños, han regenerado la razon pública, rehabilitado prácticamente los principios, y enriquecido la sociedad con ideas legítimas, con pensamientos fecundos! ¡Dichosísima revolucion, que comenzando por precipitar sobre todo el mundo político inmensas y tempestuosas nubes, precursoras de la muerte, acabó por dibujar sobre los extremos del horizonte el iris bello de una nueva alianza, que habia de ser como el crepúsculo del mas grato porvenir! ¡Ah! mi alma se siente enagenada delante de un cuadro tan magnífico y sublime; y no acierto á dar crédito á mis ojos, cuando veo lo que pasa hoy en la ciudad

eterna! Se diría que un fuego celestial, descendiendo misteriosamente sobre las siete colinas, ha reanimado el depósito augusto de tantas glorias diversas, de tantos pensamientos fecundos, de tantas tradiciones venerables, de tanta virtud y de tanta grandeza, como se han reunido en la morada de los Pontífices, desde que el mundo tuvo una capital por el principio católico. ¿Y os ocultaré, señores, una emoción profunda que me está agitando en este momento? No: porque es dulce para mí, grata para vosotros y acepta para el alto y santo personaje que ocupa nuestra atención. Vosotros pensáis y sentís como yo: no he dicho bien; yo soy aquí el intérprete de vuestras ideas y el órgano de vuestros sentimientos. Vuestros labios han prorumpido ya en dulces y santos himnos de reconocimiento, cuando al insolente clamoreo de las naciones fascinadas y al extravasado concierto de los grandes que se habían levantado, como dice el Profeta (1), contra el Señor y contra su Cristo, miráis suceder ese cuadro á par humilde que sublime de todo un mundo vuelto en sí por la desgracia, convertido al cielo por los desengaños, y adicto al Vicario de Jesucristo por el dulcísimo sentimiento de la esperanza. De este modo ¡gran Dios! haceis resplandecer sobre los hombres vuestro poder, vuestra sabiduría y vuestra misericordia. Ellos os olvidan, pero vos

(1) *¿Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?—
Asúterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus
Dominum et adversus Christum ejus. Ps. II vv. 1 et 2.*

nunca les perdeis de vista: os desconocen, pero nunca dejáis de ser su Padre: os insultan, pero convirtiéndoles de su ceguedad, les llamáis otra vez á vuestra misericordia; y de este modo nunca vuestra gloria es exaltada en la tierra, sin que se abran los cielos para favorecer sin medida á los mortales.

Ved cómo triunfa la religión por la esperanza en este ilustre acontecimiento, alumbrando la resurrección de simpatías convertidas cuando ménos en indiferencia, reincorporando de nuevo entre los elementos de la sociedad exigencias imperiosísimas tenazmente combatidas, atando los lazos de dos mundos que vagaban escéuticos, digámoslo así, el mundo político y el mundo filosófico. ¿Quién hubiera podido imaginar, señores, que dos años de turbulencias habían de reformar la obra de tres siglos, depurando los principios, afirmando las esperanzas, y haciendo revivir los sentimientos religiosos de tantas naciones? ¿Será extraño, pues, que las convicciones y los desengaños hayan conducido las cosas hasta el punto de rejuvenecer, digámoslo así, bajo la influencia del catolicismo triunfante en los principios y en las esperanzas, aquella tierna solicitud, que la Iglesia llegó á inspirar en sus más bellos siglos á los supremos jefes de las naciones? ¿Qué cuadro tan sublime, señores, el de la Europa y Pío IX durante su asilo en Gaeta!

Aun no había desplegado sus labios el ilustre y santo Pontífice para condenar la ingratitud de sus hijos, cuando los anatemas de todos los pueblos cul-

tos invadieron el territorio de los romanos. No hubo nacion que no alzase el noble grito, para condenar aquella revuelta impía; y por uno de esos movimientos inexplicables, un estremecimiento simultáneo de indignacion contra los rebeldes, y de solícita y respetuosa feruza para con el santo Pontífice, alzó con un golpe de desengaño las esperanzas de los filósofos impíos, anunciando de una manera imponente y sublime *el catolicismo del mundo*. ¿Cuándo perderán su interés y su encanto para los verdaderos católicos, aquellas manifestaciones francas, magníficas, espontáneas y tiernas al mismo tiempo, con que N. Smo. Padre el Sr. Pio IX, fué saludado en Gaeta por todas las naciones que le reconocían por el Padre común de todos los fieles? No le faltó ningún homenaje, no se le escaseó ningún recurso, y nunca su gloria pontificia pareció lanzar sobre el orbe rayos mas esplendentes, que cuando la ingratitud romana se esforzaba en humillarle, dejándole en Gaeta como un ser extraño á los destinos políticos de la nacion.

No hablaré de España: nadie cuestiona los antiguos y respetables títulos de este pueblo para figurar en la primera gerarquía de los homenajes al Pontífice: Isabel II sabia muy bien, que ocupaba el trono de San Fernando. Tampoco recordaré á esta noble reina de la América española, á esta República mexicana, que no mintió á sus timbres y á su gloriosa ascendencia, cuando se trató de conducir hasta Gaeta los sentimientos eminente-

mente católicos que afectaban á sus Iglesias á la par que á su gobierno nacional. Algo ecsistia sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rey, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordaos, señores, de que Francia asió con fuerza un título que creian todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que la hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia menos fuerte, y que restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima y republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habeis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice-rey al gobierno de sus Estados? ¿Por qué, pues, tan extraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, señores? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crisis, Dios quiso corre-

gir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino también desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al explicarme de esta suerte, me agita, señores, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algún partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la Religión. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una exclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningún sistema político, sino demostrar que la santa Religión que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, señores, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transición paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesión que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razón, de la voluntad y el poder. Conciértase la razón consigo misma, mediante la fé; conciértase la voluntad consigo misma, mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia, mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fé, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí, cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, señores, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razón de esto es muy sencilla, y díganlo, si no, primero, la guerra de doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto

gir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino también desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al explicarme de esta suerte, me agita, señores, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algún partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la Religión. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una exclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningún sistema político, sino demostrar que la santa Religión que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, señores, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transición paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesión que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razón, de la voluntad y el poder. Conciértase la razón consigo misma, mediante la fé; conciértase la voluntad consigo misma, mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia, mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fé, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí, cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, señores, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razón de esto es muy sencilla, y díganlo, si no, primero, la guerra de doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto

sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el órden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de puros escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, mientras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hay tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros dias, á cuyo juicio llegan crisis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro, para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las estremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabeis. ¿Se ha curado enteramente? Nadie puede presumirlo; pero lo que hay de claro es, que con la vuelta providencial del Pontífice rey, anuncia los síntomas de una brillante convalecencia.

Bajo este punto de vista quiero colocaros, para dar toda la exactitud á mis ideas. No entra en mi plan la presuntuosa asercion de una conquista perdurable, cuando se trata de la paz entre los hombres. ¿Cambió ya la naturaleza humana? ¿se destruyeron ya esas encrucijadas, digámoslo así,

en que suelen chocar de frente la libertad y la ley? ¿han muerto, por ventura, los elementos primitivos de esas turbulencias frecuentes que agitan á las sociedades, lo mismo que á los hombres? ¿no tiene aquella mas razon que el Apóstol para quejarse como él, cuando se sentia impelido por dos principios opuestos, la ley de la carne y la ley del espíritu? (1) Lo mas grande que tiene el catolicismo, señores, para las sociedades modernas, es haberlas colocado entre la anarquía ó la precision de quedar necesitadas á pedir lo mismo mañana. Dios no es menos rico, menos sábio, menos omnipotente, porque la humanidad eleve á él sus clamores todos los dias; y la religion católica nunca dejará de ser la eterna depositaria y suprema dispensadora de la paz entre los hombres, porque estos abandonándose al impulso de sus caprichos, prosigan siempre en la guerra.

¿Qué será, pues, del mundo político en el porvenir? ¿Cómo encarnará en él esa eminente idea restauradora que saludan hoy todos los pueblos en la sagrada persona del Señor Pío IX? ¿Qué influjo va á tener su restitucion á Roma en la política europea? ¿Está resuelto ya el ruidoso problema? ¿La revolucion está encadenada? ¿Las negociacio-

Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem; video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae et captivantem me in legi peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis illius?—Ad roman. VIII, v. 22, 23 et 24.

nes diplomáticas han ganado fuerza expansiva y regularizadora en la centralización de alguna idea irrevocablemente aceptada? ¿La silla temporal del Señor Pio IX está bastante firme, ó vacilará todavía? ¿su atmósfera política se halla enteramente depurada, ó nuevas y mas espesas nubes posarán otra vez sobre el Quirinal, y nuevos dias de lágrimas tendrán que pasar todavía el orden político y la Iglesia?

¿Qué multitud de cuestiones! ¿Cuántas sombras apiñadas sobre la inteligencia! ¿qué de espinas y escombros regados por la carrera de la prevision en la línea del porvenir! ¿Y por qué las he propuesto yo? Solo para una cosa, señores: para decir que no me importan, que no me afectan, que no me perjudican. No me importan, porque soy del santuario, y no de la política: no me afectan, porque el catolicismo tiene siempre atado mi corazon con una cadena de oro hácia la Providencia: no me perjudican, porque no vengo á profetizar hoy lo que ha de suceder mañana, sino lo que se ha de verificar siempre que el espíritu reinante, la idea elevada sobre el acontecimiento que hoy celebramos, influya en la marcha de las naciones: para lo primero, necesitaría ser político, y esta es una ciencia de pocos: para lo segundo, me basta ser católico, y esta es una ciencia de muchos.

No me olvido que acabo de hacer una concesion al pretendido poder revolucionario, porque acabo de conjeturar las lágrimas de la Iglesia. Llorará la

Iglesia, sí: llorará despues, como antes ha llorado; mas no llorará por ella, sino esas lágrimas que son el símbolo de la gloria: sí, llorará por sus hijos extraviados y pervertidos, por sus hijos infelices: llorará por el Estado: ¿lo entendeis? Esto es lo que queria decir.

Viniendo, pues, á los Estados, digo, que su tributo no ha quedado sin recompensa. Ellos han dado gloria á Dios, restituyendo á Roma al Vicario de Jesucristo; y la Iglesia les da la paz, convirtiendo en provecho suyo todos sus ricos elementos para mantener la verdad, la justicia y el orden en la tierra.

Sin duda que se ha conseguido mucho con la aceptacion de los principios y la renovacion de las esperanzas católicas, como os dije en la primera parte, y no poco fruto se ha recogido en esta iniciacion sublime de caridad representada en el movimiento católico de todo el mundo civilizado. De esto os hablé tambien algo, porque poco debia decirlos tratando de la cuestion especulativa. La caridad es toda práctica, bien lo sabais, y en verdad que Jesucristo no quiso que se le probase mas que con las acciones. Simbolizóla en la ley, y con solo esto, echó por tierra las cavilaciones indignas de los sofistas y los manejos malvados de los hipócritas. No son de poco precio, á la verdad, el pensamiento y la palabra que se filian bajo la bandera del bien; pero si la filosofia puede hallar un todo perfecto en el pensar y en el decir, la religion jamas concede

su diploma, sino á solo aquello que, iniciándose en la fé, se consume en la caridad por medio de las buenas obras. *No amemos, hijos*, decia el Apóstol San Juan, *con las palabras y con la lengua, sino con las obras y la verdad.* (1) Digo, pues, arreglándome á esta doctrina, que la valiosa conquista del Estado viene á tener su consumacion, digámoslo así, en la parte positiva y en los efectos prácticos del ilustre acontecimiento. El Sr. Pio IX ha vuelto á Roma, no por la puerta escusada ni por la línea desapercibida de una combinacion estraña al pensamiento práctico que domina en toda la sociedad actual, sino por esas vías espaciosas y francas por donde se precipita todo el presente siglo. Si; la vuelta del Sr. Pio IX es un hecho social. ¿Que-reis medir la estension de su resultado? Apreciad sus relaciones íntimas con la sociedad política. Estas relaciones nos conducen á reconocer, primero, una mayor estabilidad en la combinacion positiva de los elementos del orden; segundo, una garantía permanente de la unidad, alcanzada como un precioso resto en el naufragio comun en que iban á perecer los primeros Estados del mundo; tercero, una solucion práctica de las cuestiones mas prominentes que los ejércitos han estado agitando hace mas de medio siglo á sangre y fuego en el teatro de las disensiones civiles; cuarto y último, un escarmiento colosal que predomina sobre

(1) *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua; sed opere et veritate.*—I Juann, cap. 1, v 13,

todas las emergencias turbulentas y desorganizadoras que surgen aquí y allá en el dilatado campo del universo político. Me encargo de estos cuatro puntos para sacar avante la segunda proposicion, que me propuse hacer sensible para bien de la moral pública en el aspecto social que, con permiso de la religion santa, he dado á mi discurso; pero encerrando en los estrechos límites de una produccion de este género una materia que seria todavía fecunda y amplia para un libro, creo me escusareis de buena gana, si me reduzco á simples y generales indicaciones.

Los elementos del orden, señores, no pueden combinarse hoy, dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad, y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabeis; porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria (os dejo la eleccion) cualquiera, la que querais, en las épocas anteriores al cristianismo, y no formareis un todo, sino solo en vuestra fantasía. Del cristianismo acá, principalmente cuando él hubo difundídose por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada: porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba, pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el

mundo, como el hijo pródigo, ha recogido varias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado mas glorioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe; de ello no tiene la culpa el padre que le crió, porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades estraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo, sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia.

Vuelvo á decir, que el mundo de hoy es otro; sus esfuerzos por el cisma no le librarán jamas de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoy parecen los miembros de un mismo cuerpo, y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta espresion de familia: sospechamos que corre por ellos la misma sangre; y, señores, ahora conozco que no es una sospecha, sino una realidad: corre por ellos la sangre de Jesucristo.

El catolicismo creó, pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la ley de su naturaleza progresiva y per-

fectamente desarrollada, es política, y no puede ser otra cosa, así como la religion católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas, y la fuerza expansiva de las cosas, son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temais que deje de serlo, porque no debeis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los ateos y á los deistas que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, encomendadlos á Dios; pero no temais que deje de serlo. ¿Qué veis en la infancia del mundo? El orden doméstico en la sociedad patriarcal: ley de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? ley escrita de un lado, códigos imperfectos de otro, sociedad puramente civil: orden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío; politeísmo, es decir, falsas formas de la idea religiosa, en el mundo gentil: en suma, heterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Qué por último, en la madurez presente del género humano? y no olvideis que os hablo del carácter del conjunto, desdénando los pormenores: ¿qué? sociedad política y religion católica: católico es lo universal en la idea religiosa; político es lo universal en la idea social. ¿En qué venimos, pues, á parar? En que á pesar de

la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagadores entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico y político*.

Y ¿por qué un fenómeno tan extraño en las previsiones de ciertos políticos? Porque la sociedad ha comprendido mejor, ó por lo menos ha sentido con mas fuerza, el valor político del catolicismo. La revolucion, que tendia á desnaturalizarle, ha restituidole todo su vigor social, poniendo en claro dos importantes verdades. ¿Cuáles? primera, que la religion y su Iglesia no están en oposicion con las combinaciones legítimas de la sociedad: que nunca se afecta de las formas, sino para perfeccionarlas y cubrirlas con el esplendor de la magestad; que ella es madre comun de las monarquías y de las repúblicas, y que en su inagotable fecundidad halla siempre recursos infalibles para afirmar todas las instituciones sociales. Segunda, que fuera de su círculo no puede haber sino contradicciones en las doctrinas, oposiciones en las ideas, choques en los intereses y anarquía en la sociedad.

Sí, señores: la religion es católica, porque es universal, y es universal porque es de todas partes y está en todas partes. El catolicismo no es un ropaje que la cubra solo por medio lado: veréisla ca-

tólica donde quiera que esté. Si está en la política, allí es católica: ¿y seria católica en la política, si escluyese algun linage de instituciones? San Pablo no distinguió entre las formas políticas cuando mandó á los pueblos que obedeciesen á sus autoridades: justo era, pues, que las autoridades no hiciesen alto en la situacion, cuando se trata de rendir al Ser Supremo los honores que le son debidos. *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César:* (1) dijo Jesucristo estas dos palabras, y con ellas constituyó la sociedad moderna. Con ellas, señores, os hago una invitacion: estudiad la historia de los desastres públicos: no os escijo la fé; pero sí la lógica y el criterio. ¿Por qué tantas desgracias? por una de tres cosas, y por ninguna otra: ó porque no se dió á Dios lo que es de Dios, ó porque se rehusó al César lo que es del César, ó por todo junto. Esplicadme, si no, de otra suerte las revoluciones del Norte de la Europa, la revolucion francesa, y últimamente la revolucion italiana. En este artículo fundamental están, pues, garantizadas la libertad de los pueblos, la autoridad de los gobiernos, la paz de las naciones y la gloria de Dios.

Siglos hubo en que tales convicciones figuraron en el cuadro animado de la sociedad, en que realmente se dió á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y en que garantida, por espli-

(1) Redite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Deo Deo. Math. cap. XXII. v. 21.

carne así, la vida social de la idea con la inalterable concordia de la Iglesia y del Estado, todo marchaba con magestad; y es muy digno de notarse, que la sociedad no empezó á retroceder, sino desde que idolatró en una invencion aérea, sacando el idioma de sus quicios, y poniendo con énfasis la palabra *progreso* en las instituciones sociales. Creyóse sorprender, y de facto se sorprendió, la atención pública con esta palabra. Entró en la filosofía, y acabó con la verdad; entró en las artes, y acabó con la belleza; entró en los intereses, y acabó con la justicia; entró en la moral, y acabó con la virtud; entró en la política, y acabó con el órden; entró por último, en la sociedad, y acabó con sus instituciones. Calma, señores, criterio, recuerdos bien analizados, relaciones bien fijas; he aquí lo que os pido. ¿Lo habeis pensado bien? Pues decidme ahora, ¿puede vivir esta palabra sin las revoluciones políticas? *Sí*, en su significacion natural, en su idea legítima, como habia vivido siempre, porque es contemporánea del mundo. *No*, en esa significacion arbitraria y caprichosa, si bien enfática, con que juega en los labios de ciertos políticos: porque aquí no puede tener mas atributo que ser el tema general de todas las revoluciones. Bien sabeis que esta palabra es jóven todavía, y lo peor es que debe serlo siempre; porque ella no puede llegar nunca á la edad madura, ni fallecer en la senectud: vive en las revueltas, y espira en la paz; medra en los trastornos, y acaba en el órden.

Pero qué, ¿el catolicismo está en oposicion con el *verdadero progreso* de la sociedad? Abrid, señores, los ojos, y reflexionad bien que el catolicismo es precisamente quien ha definido, enseñado, propagado é instituido en el teatro de la sociedad esta idea, hija legítima de la naturaleza humana, y que no puede contraponerse sino solo á la naturaleza divina. Dios es el *alpha* y la *omega*, el principio y el fin (1); y entre estos dos puntos está colocada la vida del individuo y la vida de la sociedad: partir del uno y dirigirse al otro es progresar. Una vez arribado á la existencia, el retroceso es imposible, y por lo mismo debe ser imaginario; la quietud es la nada. ¿Qué inferís de aquí? Dos consecuencias importantes: primera, que solo Dios no pertenece al *progreso*; porque siendo un ser infinitamente perfecto, no tiene que obedecer á esa ley que solo comprende por su naturaleza lo que es perfectible. Echad una ojeada sobre la naturaleza física, y vereis la ley del progreso en el incremento, desarrollo y perfeccion de todos los seres; venid al mundo intelectual, y vereis la observancia ó la infraccion de esa ley, en los adelantos ó la decadencia de las letras, de las ciencias y de las artes. Traed vuestros ojos al mundo moral, y vereis simbolizados el *progreso* en la mejora, el *retroceso* en los atrasos de la civilizacion. ¿Cuáles son, pues, las naciones que mas progresan aún en el órden político?

(1) Ego sum Alpha, et Omega, principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat et qui venturus est. *Apoc. cap. I v. 8.*

¿Aquellas por ventura que se están constituyendo y destruyendo alternativamente, y que han menester, digámoslo así, de un almanaque para contar sus revoluciones, como cuentan sus días? ¿Aquellas que de un golpe quieren aniquilar los siglos, para acelerar el triunfo de ciertas teorías? ¿O aquellas, mas bien, que bastante sábias para querer luchar con la naturaleza, facilitan el desarrollo franco de todos sus elementos, buscan los adelantos posibles, y esperan sin agitacion para vivir sin turbulencias y gozar sin obstáculos? He aquí, señores, los dos progresos; el de la filosofia y el del buen sentido. El catolicismo ha fijado estas ideas, determinando sus puntos cardinales; las ha hecho pasar al campo de la vida práctica, sometiéndolas á la moral; las ha fecundado, haciendo que todo camine impelido por dos fuerzas conspirantes, la de la razon y la fé en el teatro vastísimo de la inteligencia, la de la naturaleza y la gracia en la diversa marcha de la conducta, la de Dios y del hombre en todo el sistema de los acontecimientos humanos.

Se ha dicho que *la Iglesia no es de este mundo*, y se ha dicho bien, pues lo enseñó Jesucristo (1); mas lo que se ha querido decir envuelve una suposicion falsa, y es por lo mismo esencialmente falso: se ha supuesto que no está en este mundo, para quitar á la sociedad su carácter religioso, y á la Iglesia su derecho temporal. *La Iglesia no es de este mundo*, pero está en este mundo: la sociedad

(1) Regnum meum non est de hoc mundo. Joann. XVIII, v. 36.

civil no es del cielo, pero va para el cielo. Encuéntranse, pues, ambas en la tierra, y aunque con orígenes y misiones diversas, tienen destinos análogos, íntimas y esenciales relaciones. Diversas en el aspecto, en la idea, en la abstraccion filosófica, por decirlo así; son unas en el hecho, pues que la sociedad civil está compuesta de los mismos que constituyen la sociedad religiosa.

¿Cuál es, pues, señores, la garantía permanente del orden en la sociedad moderna? Una institucion visible, constante, donde veamos la esencia física, la reunion actual de los elementos constitutivos de una sociedad una, universal, verdadera, justa, ordenada, constituida, en suma; una institucion donde soberanamente, esto es, con la plenitud interior y exterior de la independencia y de la libertad social, viva y reine el principio católico y el elemento de la unidad política. ¿Dónde hallar esta institucion?—“En el pensamiento social,” clama el racionalista, y la sociedad le dice: “*mientes.*” El demócrata sostiene, que en la voluntad libre del pueblo, y el buen sentido le dice: “*mientes.*” El teocrático, creyendo hacer un homenaje á Dios, y trasplantando á la economía puramente humana de la sociedad civil el carácter definitivamente perfecto de la sociedad católica, dice lo que piensa, y la religion y la filosofia le replican “*mientes.*” —“En la buena combinacion de las formas,” afirma el constitucionalista; y la historia, señalándole con el dedo esos escombros donde se han venido

aglomerando las hojas rotas y pisadas de todas las constituciones políticas, le dice "mientes." ¿Dónde está, pues, esta institucion? En la doble silla que pasa alternativamente del Quirinal á San Pedro: allí está, y no puede estar en otra parte. Bien concibo la silla temporal en cualquier Estado: mas deben de estar juntas, ó no hay institucion; y la otra silla solo puede estar donde está el Papa, solo puede estar en Roma.

De este modo, señores, hemos visto por mas de una centuria disputándose palmo á palmo los destinos del mundo civilizado, en una sangrienta y escandalosa lucha, las escuelas racionalistas, las teocráticas, democráticas y constitucionalistas, contra el buen sentido, contra la historia y contra la religion. De este modo hemos visto venir el socialismo viento en popa, sobre tan reiterados encuentros y tantos cismas; y de este modo hemos visto figurar una crisis para toda la humanidad en los últimos acontecimientos. La Europa lo habia estado meditando, viendo y palpando todo, desde tiempos muy atras: díganlo sus escuelas y sus libros; mas le faltaba recibir un golpe que fuese al mismo tiempo intelectual, moral y material. Le recibió en efecto de su última revolucion: el instinto la condujo á buscar un remedio; restituyó al Papa, y hoy parece respirar. No sé si habrá sanado perfectamente; pero sí os aseguro, que pasará á la posteridad con una noble cicatriz. Felicitemos, pues, ~~car~~ al mundo por su desengaño, y pi-

damos á Dios que este desengaño no sea estéril, sino que afirme y perpetúe esta vuelta feliz de las cosas á un orden mas regular y mas constante.

Sin quererlo he vuelto al gobierno temporal de los Pontífices, que me ocupó no ha mucho en mi primera parte, dando una nueva demostracion, ó qué sé yo, si haciendo redundar una idea. No me pesa: ni hablo para mí, ni me dirijo á los sábios: he querido hablar principalmente al pueblo; y al pueblo nunca se le habla bastante cuando se trata de inculcarle ideas sanas. Por otra parte, yo he debido volver á andar algo de mi primer camino, para encontrar el objeto práctico que aquí busco. En verdad, señores, que nunca he temido por la subsistencia de los principios, independientes, como bien lo sabeis, de las opiniones humanas, tampoco estas me causan pena; tienen un círculo en que pasan su revista y describen su órbita. Una cosa importa saber: ¿cuáles al presente la condicion social de la idea en el mundo de lo positivo? Y despues de lo que he dicho, no me tardaré nada en daros una respuesta satisfactoria. Bástame señalaros á la Europa, deteneros en Roma y pediros el significado práctico del hecho glorioso que hoy celebramos; de un Pontífice vuelto á colocar en su trono temporal por las manos de la República francesa, y á la vista y con el beneplácito de todo el mundo civilizado. Cuando yo veo esto, os aseguro en verdad, que me cuesta pena y trabajo acordarme de una sola página de entre esa infinidad de libros y

folletos que han combatido la idea. Veo, reconozco, admiro el imponente suceso; doy gracias á Dios, y espero mucho para el mundo político.

¿Y qué os diré de la unidad? que habia desaparecido, señores, y con ella la brújula para los políticos, el Estado para los pueblos, y el aplomo para los gobiernos; pero que su reaparicion empezó á columbrarse un tanto, al través del suceso glorioso que nos ocupa.

¿Quién contará, quién analizará, ó dominará con su razon ese campo inmenso de combustibles ardiendo sobre el vasto suelo de la Europa, cuyos fuegos en oleadas reflejándose sobre ambos mares, vinieron á inflamar los mal apagados restos de nuestras pasiones políticas en esta parte del nuevo mundo? Desde aquel dia para siempre memorable en que un pueblo inmenso dominado á la vez por la gratitud y por el entusiasmo, se precipitó sobre los muros del Quirinal, para felicitar á su nuevo Soberano, al cabo de seis meses de un gobierno franco y paternal, hasta esa otra época mas memorable todavía en que vimos postrado súbitamente desde su inmensa altura el trono de Luis Felipe de Orleans; es decir, en el brevísimo periodo de trece meses, toda la sociedad europea, como si hubiese atinado en sus invenciones con un rival que oponer al rápido curso de las edades, anduvo con su revolucion la carrera de dos siglos. Abriéronse repentinamente todas las esclusas que habian mantenido cerradas la prevision, el cálculo,

la política, la fuerza física y moral de la tierra; y como los vientos de la Fábula, se precipitaron de golpe por estos mil conductos, todos los torrentes diversos, mal contenidos por medio siglo, de las locuras filosóficas y de las pasiones políticas; y al estruendo imponente y aterrador de la catástrofe, tembló la Italia, tembló la Europa, tembló el mundo. ¡Qué confusion, qué trastorno! ¡Qué maravillosa confluencia de elementos conjurados contra las esperanzas y la conservacion de la sociedad!... ¿Y Roma? ¿Y su insigne Soberano? ¿Y aquellas protestas entusiastas de adhesion y de amor que se le rendian? ¿y aquel gran movimiento, aquel no interrumpido progreso de triunfos, aquellas incesantes ovaciones, aquel patriótico y libre clamoreo que se cruzaba todos los dias por las moradas de los Pontífices?... ¡Ah! la lengua se resiste á proseguir, y el ánimo, podria decir yo tambien, experimenta una secreta repugnancia para volver hácia tales recuerdos!

Roma, ese pueblo que tentaba incesantemente la imperturbable calma y la paciencia del nuevo Pontífice, para obtener su bendicion; que olvidaba los favores tan velozmente como los recibia; que condenado á vivir solo de aspiraciones, no veia lo que se le otorgaba, sino lo que el fanatismo de la situacion ponía sucesivamente delante de sus deseos: ese pueblo en cuyo corazon revivió, con el entusiasmo de la libertad, la noble fiereza de los Catones y la indómita osadía de los Brutos, sin el valor y constan-

cia de los antiguos romanos; que todo lo poseía para conmovier y destruir, nada para ordenar y establecer; que adormecido y acostumbrado en sus goces, sin comprenderlos, sin estimarlos, ni señalar su origen, solo se ocupaba en cambiar de posición; ese pueblo en cuyo seno andaban luchando, con su radicalismo imponente el *statu quo*, con su cabeza volcánica el republicanismo europeo, y con sus ilusiones bellas y candorosas el partido liberal; que se movía en todas direcciones, sin adoptar definitivamente una línea; que fanatizó por un Rey-pontífice, para olvidar luego al Papa; que combatió al Papa, para librarse del Rey; que buscó en la secularización del gobierno lo que no acertaba á definir; que quiso constitución, para ponerse á la moda, y se disgustó pronto de esa constitución, porque no estaba de última, digámoslo así; que pidió libertad sin límites en las instituciones, en la imprenta, &c., &c., para gobernar por sí mismo; que ojeaba impacientemente las páginas de la revolución francesa, para echar la segunda edición de esta historia deplorable: que muy pronto declaró incompatibles el *progreso* y el *Papa*; que.... Basta.... ¿A dónde iba este pueblo?—A la muerte.—¿Por dónde caminaba?—Por la anarquía.—¿De dónde había partido?—Del cisma.

¿Y los otros Estados de la Italia? Aquí se afirma el despotismo; allí se desarrolla la tiranía; allá se hunde un trono; acullá una confederación se inaugura; ora se pronostica todo para la república;

ora se promete mucho á los partidarios reaccionistas de las combatidas ó arruinadas monarquías. Las antiguas tradiciones descienden á la empeñada lucha y perecen luego á manos de las nuevas teorías; los viejos títulos de tantos soberanos se eclipsan entre las densas nubes que levanta la revolución europea; las doctrinas se confunden, los políticos se desconciertan: nuevas generaciones parecen venir de momento á reemplazar á las de hoy. Todas las excisiones se preparan al combate; cada partido quiere reinar sobre la tempestad; y *la ciudad eterna*, en tan tremenda crisis, parece ir á la vanguardia de la muerte política con que es amenazada la Europa. ¡Políticos profundos, sagaces discurredores, soberbios filósofos, valientes y hábiles guerreros, venid, conjurad la borrasca, reincorporad tantas dispersiones sobre los antiguos cimientos de la sociedad europea: vosotros principalmente, los que lanzando una risa de lástima sobre los que veían ligada la suerte del mundo político á los destinos del catolicismo, os burlábais de su influjo, dirigiendo un fino cumplimiento á la venerable y augusta persona del Pontífice reinante (1); venid, acometed á la grande empresa: obrad una nueva creación en medio de ese caos; decid con el énfasis que os es tan propio; *hágase la unidad*, y ya veremos si *la unidad es hecha*. ¡Vano esperar, católi-

(1) Véase la obra de *Andrés Luis Mazzini*, titulada: *Del Italia dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne*: tom. II, part. 2.º cap. V, pág. 193. (Ed. de Paris, 1847.)

cos! ¡inútil pedir! ¡Ah! si el Señor del cielo y de la tierra no ha de venir á levantar este edificio suntuoso en que compitan la elegancia y belleza de los pormenores con la unidad magestuosa del conjunto, los miserables y soberbios arquitectos políticos nunca lograrán por cierto, sino reproducir el fenómeno de aquella famosa Babel, cuyo recuerdo nos conserva la Historia santa como una infalible profecía, ó como una protesta viva del poder del cielo contra las locuras de la tierra. Si no me creis á mí, creed al Profeta, que es quien lo ha dicho, y á un Profeta que miraba el porvenir desde la altura de un trono, y que cantaba su impotencia, cuando ya se había hecho famoso por haber prostrado diez mil enemigos á su derecha y mil á su izquierda. David es quien habla: *Nisi Dominus edificaverit domum in vanum laboraverunt qui edificant eam* (1). Os alarmais frecuentemente por la suerte de la sociedad, y bien haceis, porque debemos amarla, como Jesucristo amaba á Jerusalén: mas poniendo vuestras esperanzas en el hombre, para que ella se salve, haceis mal, porque no es el hombre quien ha de salvar la sociedad: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (2). Quereis que el orden se conserve, y quereis bien, pues por aquí se camina á la felicidad; pero ponéis mano á la obra ¡ó políticos! y obráis mal, comenzando por arrancar el uno del otro, esos dos elementos en cu-

(1) Ps. CXXVI. v. 1.

(2) *Ibid.* v. 2.

ya combinacion está el secreto de la vida social, el elemento político y el elemento religioso.

Por fortuna, señores, la suerte de la sociedad no depende de los políticos, sino de los pueblos; y si aun he de buscar la última exactitud en la expresion de mi pensamiento, no depende tampoco de los pueblos, sino de la Providencia. Dios castiga la obstinacion del orgullo político, del orgullo filosófico y el desenfreno de las masas indómitas, haciendo aparecer lo contrario de lo que imaginan, anuncian y se prometen, y convirtiendo los acontecimientos en un poder irresistible que burlando los cálculos y las previsiones, triunfo de la anarquía, domine las revueltas y restablezca el orden en la sociedad. Ved, si no, lo que de facto sucede: observad esas tendencias espontáneas y comunes á favorecer la causa del Pontífice; escuchad los ecos de las tribunas europeas y la voz de la prensa; notad ese movimiento religioso tan estrañamente improvisado en la época presente, esas conversiones políticas y morales que de todas partes nos vienen á sorprender; esa recelosa cautela con que se oyen y reciben las nuevas teorías; ese pudor nobilísimo de los grandes talentos desengañados, que vuelven á los caminos que habian pretendido no ha mucho borrar del campo de la investigacion; esos pareceres nuevos, esos libros nuevos, esos hombres nuevos; esa conducta nueva, esa Europa nueva que va reapareciendo con una sorprendente juventud en los instantes críticos en que debia estar sepul-

tada. ¿Que es esto, señores? La prueba práctica de que Dios ha retribuido á la sociedad con su acostumbrada magnificencia los homenajes que ella le acababa de tributar en la persona del Sr. Pio IX.

Las tendencias de la Italia y de la Europa toda, solo sirvieron para vigorizar la inteligencia, llamando al genio hácia las verdaderas causas de los trastornos sociales. Las desgracias pudieron mas que los raciocinios, pero estos adquirieron un vigor que no se olvidará nunca, mientras puedan trasmitirse á la posteridad los ecos de todas las tribunas parlamentarias de Europa durante los dos años que van corridos. Montalembert y Donoso Cortés pueden perder su individualismo personal en la cuestion de la gloria, mas pasarán á los venideros siglos como los representantes natos de una restauracion universal.

Por esto dije tambien que con la vuelta del Sr. Pio IX, han tenido una solucion práctica todas las cuestiones pendientes que ha estado agitando la Europa, y ha recibido el mundo un escarmiento salvador, tan grande como él. Estos dos puntos fluyen con toda naturalidad de los sucesos que acabo de referiros, y su carácter de consecuencias nos relevan á vosotros y á mí, del empeño de una prueba especial, que prolongando mi discurso, reagravaria mas vuestra religiosa atencion.

Y despues de esto, ¿me filiaré yo, ministro del santuario, distribuidor de la verdad, siervo de la Providencia Divina, en alguna de esas escuelas

políticas que suponian á Pio IX árbitro de la situacion, y á la sociedad que gobernaba dispuesta favorablemente á cualquiera pensamiento que quisiese imprimir sobre ella su nuevo Soberano? ¿Diré con los unos, que dió un golpe mortal á las instituciones sagradas de sus antepasados, abriendo con imprevision y menos prudencia las mal cerradas puertas de la anarquía social? ¿Sostendré con los otros que Pio IX es el padre de las escuelas progresistas y ultra-liberales de nuestros tiempos? Dejad, señores, por Dios, dejad siquiera en esta vez, y por el lugar en que nos hallamos, estos vanos conceptos de la sabiduría humana: dejad que la filosofia y la vista microscópica de algunos políticos fecunde con su imaginacion el supuesto quimérico de que el Sr. Pio IX tuvo sometido á su voluntad directamente el destino de Roma, indirectamente el destino de Europa. No sintais, os ruego, de esta manera: desdeñad la cuestion política, venid á la cuestion providencial: abandonad el pequeño círculo de la libertad humana, fijaos en aquel círculo inmenso de los designios divinos. “*Yo condenaré la sabiduría del sábio y reprobaré la prudencia del prudente* (1).” ¿Sabeis, señores, quién es el autor de estas palabras? ¿os acordais con qué motivo fueron pronunciadas por la misma sabiduría eterna? ¿ignorais que son católicas y divinas, teniendo por lo mismo un sentido universal y apli-

(1) Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.—I Ad corint. I. v. 19.

caciones infinitas? Por lo que á mí toca, desde que he tenido la fortuna de abismarme con la fé en su adorable profundidad, han perdido sus prestigios para mi admiracion los partos ingeniosos de la filosofía y las esquisitas y orgullosas combinaciones de la política.

¿Por qué, señores, tan monstruosa confusion en los juicios diversos que ha formado esta sobre el carácter social de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX? ¿Me atreveré á decirlo? Fuera del templo, no; pero en esta cátedra sagrada, sí: los hombres casi juzgan mal, porque de ordinario juzgan sin luz y juzgan antes de tiempo; y las calificaciones inmaturos y presuntuosas son de ordinario el triste patrimonio de la filosofía.

Para la gloria del Sr. Pio IX, me basta salvar dos ideas que nadie puede poner en duda; la intachable rectitud de su proceder, y la bondad proverbial de su corazón. Nadie rehusa el reconocimiento de estos dos nobles atributos al carácter social del eminente y santo Pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Afirmaos, pues, en este punto de partida: contad con Dios para juzgar, como él contó con Dios para proceder: salvad los límites estrechos del pensamiento político, y penetrad por los reservatorios inmensos de los designios providenciales: contemplad bajo este solo aspecto al nuevo Pontífice en sus relaciones con el Estado político de la Europa. Yo me complazco, señores, en haceros esta noble invitacion, porque os llamo á contem-

plar el cuadro mas sublime que nos presenta la historia de las sociedades modernas. No ha mucho habeis visto al Sr. Pio IX colocado por su doble investidura entre los cielos y la tierra: vedle ahora situado en las mas altas cumbres de lo presente, entre los siglos que ya pasaron, y los siglos que se apresuran á venir: vedle aparecer en la primera silla de la Basílica, y sobre el trono de Roma, en los momentos en que reiterados temblores agitan al mundo político; en que un ruido misterioso le hace estremecer por sus destinos; en que las tinieblas descienden sobre la prevision, y la incertidumbre burla el talento y la sagacidad penetrante de los genios mas esclarecidos; en que un rey que parecia inmovible sobre el trono de Francia, siente que le empiezan á faltar los apoyos; en que el Austria se desconcierta, en que las cabezas mas bien organizadas de la diplomacia de hoy se desconciertan, y comienzan á vacilar; en que las relaciones de la Santa Sede ganan por una parte las simpatías del imperio de la Media luna, cuyos ódios habian quedado en pié desde el tiempo de las cruzadas, y desarman para la política de Roma las prevenciones del protestantismo, conquistando el corazón de la Gran Bretaña; en que la Europa conmovida, el mundo todo en crisis, clavan sus ojos en los muros del Quirinal, como para esperar la contraseña del grande sacudimiento que le amenaza; recoged todos los datos que pueden servir aquí para apreciar en su justo valor la gran crisis del orbe político: la lucha de

las doctrinas abierta con la reforma y terminada en el socialismo; el catálogo de las constituciones políticas figurando en los recuerdos y tendiendo de nuevo á la vida; las revoluciones desastrosas y las guerras nacionales; los triunfos de la filosofía levantando sus monumentos aquí y allá sobre la indiferencia religiosa y los estragos de las costumbres; la palabra *progreso* resonando mágicamente para electrizar el entusiasmo de la multitud y someter la sociedad á la vida de las transiciones; las mas fuertes monarquías de la Europa recelando de la antigua lealtad, mal seguras en sus viejos títulos, poco satisfechas con sus tradiciones, desconfiando de sus ejércitos, y humillando su aristocracia indómita delante de las turbas y al incesante grito de la prensa. Fijaos en esa *jóven Alemania*, entrando en la madurez por los rápidos progresos de su obra, saboreando ya la realizacion de los designios que por mas de cincuenta años han ocupado sus vigili-
as, su talento y su accion, levantando ya la mano, digámoslo así, para pegar el fuego á la inmensa mina que tiene cebada bajo el asiento comun de la sociedad política y la sociedad religiosa: imaginaos, por último, ese porvenir en inmediato contacto con lo presente, y sin embargo, mas tenebroso que nunca para la prevision; esa Italia, antiguo domicilio de la libertad republicana, país clásico de los héroes, sepulcro del paganismo y trono de la cruz; esa Roma incomprensible que ha mantenido siempre en accion las ciencias, las letras y las artes; donde han

estado siempre reunidas todas las incertidumbres y todas las esperanzas; esa Roma, engrandecida por la religion, bañada con el esplendor de la gloria y con la sangre de los mártires, encantada por la poesía, respetada por la historia, temida por la política, embellecida por las artes, consagrada por los monumentos mas ilustres de todos los siglos, satirizada por la filosofía, combatida por la impiedad, compadecida por la ignorancia: considerad todo esto, en los momentos en que el Sr. Pio IX levanta su frente augusta, y dirige sobre el mundo aquella mirada misteriosa que al través de la tempestad pudo distinguir á un mismo tiempo esta rápida carrera de vicisitudes que las circunstancias preparaban á su persona, y por las cuales habian de andar á un mismo paso la Europa y el mundo. He puesto á vuestros ojos el cuadro: analizadle si podeis; sometedle en buena hora bajo el dominio del cálculo político. ¿De qué se trata, señores? ¿De un triunfo para el *statu quo*? ¿de un progreso mas para las aristocracias modernas? ¿de la realizacion final de una teoría política? ¿de la conversion de las masas en primeros agentes del orden y vehiculos de la civilizacion? ¿del planteo definitivo de la democracia pura? ¿del divorcio entre los dos primeros elementos de la sociedad humana por la violenta separacion de los dos atributos que se reunen en los Pontífices, el poder espiritual y el poder temporal? ¿De qué se trata? vuelvo á deciros. Responded lo que querais. . . . Por lo que á mí toca, trátase de salvar

la sociedad en una gran crisis que la amenaza; trátese de que no perezcan inmolados juntamente, bajo el azote de las pasiones políticas, el orden y la libertad. Y para esto, ¿qué es necesario? Dominar la revolución. ¿Cómo dominarla? “Filosofía, libertad, democracia: he aquí la revolución, dice un escritor de nuestros tiempos; y la revolución es una guerra activa y permanente contra todo principio y autoridad, contra todo poder, contra todas las teocracias, contra todas las aristocracias, contra todas las monarquías de la tierra. La revolución es una cosa mas grande, mas fuerte y mas indómita que la fuerza física, es el pensamiento, la palabra, la opinión y la prensa (1).” Y ¿no mas? Los filósofos partidarios hablan siempre á medias, porque hablan siempre con interés; los católicos lo dicen todo siempre, porque nunca tienen mas interés que el de la humanidad. La revolución es tambien la muerte de las repúblicas, el patíbulo de las democracias mas bien organizadas; es una cosa que no se ha dicho, es la contradictoria viva de la fuerza moral. No hay fuerza moral saliendo del catolicismo; pero tampoco hay catolicismo, independiéndose del cielo. ¿Quién y por qué medios, pues, dominaria esa revolución? Me concedereis á lo menos, que cada uno de sus elementos necesita de un contrario. Pero si la filosofía la engendra, ella no puede matarla; si la libertad la impulsa, esta no puede disminuirla; si la democracia la sostiene, la democra-

(1) MAZZINI, *Obra citada.*

cia es imponente contra la revolución. Hay mas: la filosofía, luchando con la filosofía, pasa por el cisma de las opiniones á radicar el escepticismo; la libertad, en lucha con la libertad, atraviesa por lagos de sangre para llegar á la tumba; la democracia, combatiendo á la democracia, trae consigo infaliblemente la anarquía. Si, pues, la revolución ha de ceder y no para la muerte, sino para la vida de la sociedad, es preciso buscar para cada uno de sus elementos una oposicion de salud, una cosa que destruya en ellos lo que mata, y conserve y afirme lo que vivifica y perfecciona; una cosa que, reduciendo á sus justos límites la filosofía, la libertad y la democracia, las haga entrar, por la reforma y no por el sepulcro, á la grande obra de la restauracion. Empéñome, señores, en hallar este antídoto de salud; en hallarle, porque ecsiste; mas no en inventarle, porque el mundo no vive de invenciones. Si ecsiste, le pido, no á los filósofos, cuya profesion al parecer es vivir en lo desconocido; no á los políticos, cuya gloria está cifrada en las combinaciones de las circunstancias; no á los guerreros, que presuponen un acuerdo á que obedecer, ó son unos furiosos armados contra la paz de las naciones; sino á la esperiencia de todos los siglos y á los resultados prácticos de todas las sociedades; le busco y.... (los filósofos se reirán,)....le encuentro á pocos pasos. ¿Dónde? en la creencia, en la ley, en la autoridad. De aquí colijo dos cosas: primera, que la revolución ponía en lucha de muerte á la filosofía

con la fé, á la libertad con la ley, á la democracia con la autoridad: sus triunfos por lo mismo no podían obrarse sino sobre el sepulcro de estos tres adversarios, y como el mundo no puede vivir sin creencias, sin ley y sin autoridad, preciso era esperar en ellas, ó resignarse con la inevitable muerte de todas las sociedades políticas. Pues bien, señores, y de buena gana me pongo en espectáculo ante todas las ironías de nuestro siglo, ninguno de esos tres elementos es hijo de la tierra. La fé viene del cielo, la autoridad viene del cielo. La fé, la ley y la autoridad, consideradas como elementos fecundos y universales para la sociedad política y la sociedad religiosa; he aquí al *catolicismo*: un Pontífice obrando con todo el poder del catolicismo sobre la revolucion europea: HE AQUÍ AL SR. PIO IX.

Señores, clame cuanto quiera el racionalismo, cada hombre trae á la tierra un destino providencial. ¿Quereis la prueba? Ved coincidir en el dilatado campo de las edades las apariciones de ciertos genios con las mas señaladas épocas en la diversa historia de las naciones. Ellos entran á ciegas, digámoslo así, en una carrera misteriosa; pero nunca salen de la vida sin dejar señalada con una huella de luz la senda gloriosa que anduvieron en la sociedad. “El hombre se agita, pero Dios le conduce;” y este pensamiento profundo, que nos recuerda el nombre y el genio del Arzobispo de Cambray, recoge con maravilla todo mi pensamiento.

Al cabo de tres años ya fenecidos, la mision política del Sr. Pio IX puede ser columbrada, y en verdad que lo que de ella va descubierto basta para encadenar hácia él la admiracion del mundo. El mismo hubiera retrocedido, si al inaugurarse sobre el trono que acababa de dejar con la vida el Sr. Gregorio XVI, la hubiese tenido en su presencia. Sin embargo de su gran fé, tal vez hubiera replicado, como el gefe del pueblo de Israel; ó como el príncipe de los Apóstoles, habria necesitado, para seguir marchando por las aguas, que le reprochase dulcemente su vacilacion el Arbitro de la naturaleza. El Sr. Pio IX trajo, pues, al mundo una mision sublime, pero que no puede ser vista toda, digámoslo así, sino por las generaciones que vienen, y á distancia de medio siglo. ¿Pudo, era dueño de seguir la política de sus predecesores en las circunstancias críticas en que el mundo todo le esperaba para estar *por él ó contra él*? No, señores: cambiando el teatro, varía la escena, y cierta política entonces, ejerciendo una presion violenta sobre un campo henchido de combustibles, hubiera hecho mas desesperada en sus funestísimos desastres la explosion que era ya inevitable; y en verdad, que tres ó cuatro meses de un órden precario no hubieran compensado todas las anarquías, todas las revoluciones, todos los crímenes, que con la fuerza indómita de un torrente que rompe sus diques, iban á precipitarse muy en breve sobre todo el género humano. No vino, pues, el Sr. Pio IX á sos-

tener á todo viento y marea el *statu quo* contra los diversos intereses que contendian en la lucha. ¿Vino, pues, á proteger el desenvolvimiento práctico de las nuevas teorías que se paseaban per el mundo buscando la oportunidad, el tiempo y el caudillo? Preguntadlo á su conducta, seguidle en la vasta carrera de sus reformas, y tendreis una respuesta concluyente. Otros Pontífices comenzaron su carrera política, diciendo al pueblo: "obedece." Nada mas natural, cuando veian en sus felicitaciones el emblema de la paz y del orden. El Sr. Pio IX se encuentra con un pueblo vacilante, dudoso, agitado, seducido, electrizado en suma, por el fanatismo de la época. Comprendió que debía comenzar por la conquista de la voluntad popular, desarrollar un influjo eminentemente político sobre la situacion, y seguir, digámoslo así, en su carrera intermediaria, una diagonal oportuna, para llevar con buen éxito á la restauracion social. ¡Cosa rara! El Sr. Pio IX debió meditar en la restauracion ántes de que se trastornara el orden, y vivir y obrar sobre el porvenir mas que sobre lo presente. Aquella línea era la de las concesiones al pueblo. Suprimidla, y todo está perdido: buscad otra que preferir, y os fatigareis en vano. Las concesiones del Sr. Pio IX fueron de suyo contingentes y transitorias, como la situacion en que se hallaba: hacerlas figurar en el radicalismo es volver á la infancia, ó si se quiere, volver al siglo XVIII, y este tiempo ya pasó. ¿Son, pues,

ellas el dato para juzgar definitivamente la causa del Soberano? No. ¿A dónde tendia, pues, el Sr. Pio IX? No me tardaré en deciroslo, pero escuchadme aún. Bien sabeis que el pueblo, siempre favorecido y nunca satisfecho, intentó llegar hasta un punto vedado por los principios de la moral política, y señalado en las últimas escageraciones de la democracia, como el gran pórtico del porvenir, y qué sé yo si como el palacio del socialismo. ¿Y qué sucedió entonces? ¡Oh momento perdurablemente célebre, eminentemente glorioso para el primer pesonage de los Estados romanos! Arribando el pueblo á este punto, Pio IX, inspirado juntamente por la religion y por el patriotismo, y revestido de aquella magestad imponente que le daba la situacion, pronunció el *non plus ultra*, y levantando hasta los cielos el inamovible valladar, falló definitivamente y sin apelacion la causa de los partidos.

Su salida de Roma, su mansion en Gaeta, esta mansion donde recogerá la historia todas las tribulaciones del destierro y todos los esmeros del mundo católico para con la persona de su augusto Gefe, es la demostracion palmaria y el argumento práctico de una prudencia consumada, de una alma superior al mundo conmovido, de una firmeza incontrastable y un carácter político de primer orden.

A estas consideraciones os llamo, señores, no para convenceros, porque repito que soy el órgano de vuestras ideas; sino para fecundar vuestro regocijo

y electrizar vuestra admiracion. Me equivoco: no para arrancaros tributos estériles á la gloria humana, sino bendiciones sin fin á la gloria católica, á esa gloria superior á los inciensos de todo un mundo embriagado por la admiracion y el entusiasmo, y á los grandes reveses que traen siempre consigo la falsedad de la política, la inconstancia de las opiniones y la ingratitud de los pueblos. Bajo el influjo contradictorio de estas dos situaciones, el Sr. Pio IX se mostró siempre igual, y en consecuencia, siempre digno de la eleccion que de su persona hizo la Providencia, para conjurar la tempestad mas funesta que podía venir sobre la sociedad.

¿Cuál fué, pues, repito, la mision del Sr. Pio IX? Apoyado en cuanto he dicho en el presente discurso, sin fijarme en el carácter privativo de la revolucion de Roma, ni en la fisonomía histórica de la revolucion italiana, ni en las particularidades diversas que se han podido distinguir en los movimientos varios de los Estados de Europa; sin hacer tampoco un resúmen, que considero innecesario despues de haber querido recoger en la persona del Sr. Pio IX todos los acontecimientos, y sirviéndome, sí, de estas recapitulaciones parciales que he venido sembrando á propósito, como puntos de una final aproximacion, os diré, que EL EMINENTÍSIMO SR. JUAN MARIA MASTAI-FERRETTI vino al pontificado en las circunstancias presentes sin mas influjo que el de Dios, igual para todos los soberanos; y sin privativas obligaciones para ninguno, á fin de salvar

la Europa toda, y con ella el mundo político, abriendo en ciertos puntos cuantos conductos fuesen indispensables para que se desahogase la sociedad sin perecer inevitablemente, como de otra suerte hubiera sucedido. Y así se verificó á la letra, señores: el Pontífice-rey no ha encontrado al mundo en su regreso á Roma, como le halló en su advenimiento al trono. Encontróle, es verdad, agitado, conmovido, incierto, presa todavía de las alarmas; por sus enemigos ocultos habia dejado ya las tenebrosas cavernas, para brotar al campo de la lid; habian perdido en el combate franco de dos años las provisiones atesoradas durante medio siglo; si la causa de la ley y de la autoridad, si la misma causa del poder temporal de los Pontífices penden todavía de las dudas en el problema del porvenir, esto nada importa para la cuestion presente, nada importa para la mision sublime del Sr. Pio IX, nada importa para los destinos enteros de la Iglesia católica; nada contra el verdadero y sólido triunfo que la religion ha reportado con sus principios, con sus garantías y con sus vinculos eternos de caridad en este grande acontecimiento; nada, por último, contra la evidetisima verdad que me propuse desenvolver en la segunda parte de este religioso discurso, considerando la paz de las naciones como un hecho de consecuencia en la gloria de Dios.

Yo bien sé que no hay una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoría de las transiciones; que

las escaseces políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los Papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados muy poderosos se hallan hasta hoy profundamente encubiertas; que las verdaderas intenciones de la Francia en la cuestion del Sr. Pio IX han sufrido y sufrirán todavía una empeñada discusion; que el ilustre y santo Pontífice ocupa hoy en Roma la silla de sus predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz; y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo muy pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez, y en un pais estrangero. Lo sé. . . . Pero tambien sé, que Dios nos ha hecho sentir de mil maneras sus misericordias, que la misma vuelta del Sr. Pio IX es un presagio feliz; que el carácter de su mision es un argumento de bondad; y para un mundo que iba infaliblemente á perecer en la mas tremenda explosion que imaginarse pudo, valiosa conquista es la de salvarse, aunque sea con algunos de sus dolores; que ha conseguido infinito aquel con solo haberse descargado ya del tósigo mortal que abrigaba en sus entrañas, y al que hubiera sucumbido sin duda, sin embargo de la ciencia y del arte, si la Providencia, dejando caer sobre sus miserias profundas una

mirada paternal, no le hubiese deparado, con la escaltacion, la conducta, los sacrificios y la oracion eficaz de tan gran Pontífice, un medio de salvacion que ya parece incuestionable. ¿Seguirá la guerra? ¿continuarán los partidos? ¿Nuevas conmociones agitarán la sociedad? Nada mas fácil, católicos; el mundo siempre es mundo, y el hombre siempre es hombre; pero nada concluyais de aquí, ni contra la gloria de Dios, brillante en el suceso que celebramos, ni contra la paz de los hombres, noble y santamente garantida en esta gloria de Dios. Nuevas nubes oscurecerán el horizonte, nuevas tempestades atronarán á los pueblos, nuevas miserias y nuevos crímenes vendrán sobre el género humano. ¿Pero qué concluir de todo esto? Jamas un católico cuenta para sus principios, sus esperanzas y sus vínculos inmortales, con una dicha no interrumpida y una paz permanente en la tierra. ¿Se trata de la Iglesia? Es militante por naturaleza, atraviesa por entre las borrascas, y vive siempre de victorias. ¿Se trata de la sociedad civil? Ella tambien hace su travesía, por un *valle de lágrimas*.

Seguid, pues, en esa carrera ilustre á par que santa, ¡gran Pontífice, insigne Soberano! Dejad que vuestro corazon, que ha recogido los tributos y sufrido tambien las adversidades de todo un mundo, se abandone al movimiento generoso que todos admiran y bendicen al contemplar vuestra persona. Llenad esa mision de salud que habeis recibido de las alturas del cielo, no solo para conducir la nave

del pescador por entre las tempestades mil que han de agitar siempre á la Iglesia de Jesucristo; sino tambien para salvar estas sociedades políticas, víctimas deplorables de las tiranías de la razon estraviada por la filosofia incrédula, y del cisma funesto entre los intereses materiales, que forman el espíritu de nuestro siglo, y los intereses morales, que constituyen el objeto social de los principios católicos. Si una *crúz de madera salvó al mundo* de la idolatría, de la ignorancia, de la barbarie, del despotismo y de todas las tiranías, no será impotente la triple corona que dignamente portais; pues que Dios la ha dejado caer sobre vuestras sienas para salvar de entre el orgulloso desden del filosofismo estas sociedades diversas de quienes os ha tocado ser contemporáneo. Ya sabeis, ó Pontífice, que se os ha prometido la sabiduría y el acierto, con las palabras de salud y de vida que han de bajar del Espíritu de Dios á vuestros labios, cada vez que el espíritu del siglo llegue á presentaros sus grandes tentaciones (1). Contemplad este mundo milagrosamente vuelto hácia vos con la esperanza, y unido á vos otra vez con la caridad. Aceptad esa voz de *fraternidad* que ha salido de Francia; pero haced entender á las naciones, que esta fraternidad será una mentira, mientras la divina y santa maternidad de la Iglesia no se admita como una verdad.

Por lo que á mí toca, si despues de haberos ha-

(1) Math. cap. X, vv. 19 et 20.

blado en nombre del mundo pendiente ahora de vos, augusto y santo Pontífice, me es permitido venir al círculo particular en que la Providencia me ha colocado, llamando vuestras miradas á estos remotos paises, que ha visitado antes vuestro corazón, á esta República mexicana, á esta santa Iglesia y Estado de Michoacan; vos vivireis siempre en nuestra memoria, y al través de todos los sucesos y vicisitudes que hayan de embarazar la marcha del porvenir, vuestro nombre será respetado y bendito en la gratitud de todos los mexicanos; y esta Santa Iglesia Catedral le trasmitirá siempre con respeto y con amor á todos nuestros sucesores en las sillas que ocupamos, á par de este privilegio de honor (1) con que habeis querido legarnos un monumento de vuestra munificencia, y con que hemos aceptado una obligacion tierna y dulce de gratitud.

Y vosotros, católicos, vosotros á quienes ha sido dado presenciar una de las mas fuertes conmociones de la tierra, asistir al tremendo espectáculo de una conflagracion inaudita, en que parecian ir á quedar inmolados con los principios, todos los recursos y hasta las últimas esperanzas del porvenir: vosotros que aislándoos con vuestro pensamiento del globo que habitais, para verle bogar en el espacio inmenso por entre reiteradas borrascas y ele-

(1) Alude aquí el orador al vestido morado que portan los capitulares de esta Santa Iglesia Catedral, por una concesion espontánea del Sr. Pio IX.

mentos desastrosos, habeis presenciado el milagro político de esta especie de salvacion, á pesar de los obstáculos todos que le opusieran las tendencias diversas de nuestro siglo: ¿qué fruto, decidme, qué provecho sólido y positivo habeis conquistado para los grandes intereses de vuestra eterna salud, al cabo de esta revista inmensa que habeis pasado con vuestro espíritu á todas las cosas de hoy, y al volver á vuestro raciocinio de esa profundidad insondable en que os había tenido sumergidos una contemplacion verdaderamente sublime? Yo responderé por vosotros con las palabras del Profeta—rey, diciendo aquí, sobre un desengaño tan ilustre, que la sociedad perecerá sin Dios, porque en El y solo en El está su salud; que El es el único que posee la clave de la esperanza, porque es el único dueño de la eternidad: que todas las teorías en que la soberbia de los filósofos y políticos ha intentado en todos los siglos vincular los destinos de la sociedad, son apenas brillantes nubes que burlan el contacto al momento crítico de la prueba; porque no hay en los hombres mas que vanidad y mentira (1): que el poder está en Dios, y en su seno se adjudican y conciertan la justicia y la misericordia; *potestas Dei est* (2): que el poder está en Dios, porque El es el Arbitro supremo de la paz y de la guerra, y por El viven y prosperan, y sin El irremediabilmente perecen las naciones: *potestas Dei est*: que

(1) Ps. LXI, v. 10.

(2) Ps. LXI, vv. 12 et 13.

el poder está en Dios, porque Dios es la torre fuerte que la verdad y la virtud, los pueblos y los reyes pueden levantar contra sus enemigos (1); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque habla, y los contrarios de la verdad y la justicia, como la cera que se derrite son desechos, cual combustibles bajo el fuego son consumidos, y se resumen en la tierra, como el agua que pasa, y al *fiat* irrevocable del Señor, tornan de nuevo á la nada (2); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque su nombre es el símbolo de la vida y el heraldo seguro de la victoria, porque El se ha hecho manifiesto en todo el universo, dejando escuchar su voz en los grandes acontecimientos que presenciarnos (3); *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque ha sujetado los pueblos, y hecho caer las naciones enteras á los piés de los que le representan en el mundo, porque El es el Señor Supremo de toda la tierra, y recoge desde el trono de Su Magestad los himnos de toda la creacion; porque reina y ha de reinar sobre todas las sociedades, porque le han rendido la obediencia los supremos gefes de las naciones, y porque ha dado la fuerza para vencer los ejércitos al robusto brazo de los héroes (4); *potestas Dei est*: que solo Dios es grande por lo mismo, y á El esclusivamente corresponden prez eterno y

(1) Ps. LX, v. 4.

(2) Ps. LVII, v. 8 et 9.

(3) Ps. XLIX, v. 3.

(4) Ps. XLVI, vv. 3, 4, 8, 9 et 10.

alabanza sin fin en esa *nueva Sion* donde reside el Vicario de Jesucristo, en esa Iglesia Santa fundada con el beneplácito y entre las aclamaciones espontáneas del universo admirado, para ser la capital del nuevo reino; en esos palacios suyos, desde donde le reconocen y aclaman todos los pueblos, y en cuyos muros han venido á reunirse con las miradas todas, el asombro, la conmocion y el culto de los reyes que se habian conjurado contra ella: en esa *Roma eterna*, simbolizada por el Profeta, á la cual bastaron algunos pocos meses de soledad transitoria, para llevar el terror á todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y henchir de amargura el corazon de los príncipes (1): *potestas Dei est.*

Venid, pues, ó pueblos todos, los que habeis admirado la obra de Dios, erigida sobre las ruinas de la obra de los hombres; poned atento el oido, vosotros todos los que cubris con vuestras moradas la superficie de la tierra, opulentos y miserables, nobles y plebeyos; venid á escuchar estas cosas que la sabiduría de Dios ha puesto sobre mis labios para cantar sus alabanzas y publicar su gloria. No soy yo quien os convoca al rededor de la nueva Jerusalén, sino el cantor sublime de la misericordia, de la bondad y del poder del Altísimo (2) venid á presenciar el objeto mas grande y mas consolador que puede ofreceros vuestro pensa-

(1) Ps. XLVII, vv. 2, 3, 4, 5, 6 et 7.

(2) Ps. XLVIII, vv. 2, 3, et 4.

miento, el mundo todo sacudido por el brazo de la misericordia divina: venid para fecundar en su presencia vuestra esperanza, y verter al pié de sus tabernáculos augustos, las aflicciones y las penas de vuestro corazon. *Sperate in eo omnis congregatio populi, effundite coram illo corda vestra* (1): venid á rendir á Dios los tributos de vuestra adoracion y los homenajes de vuestro reconocimiento, al contemplar la grandeza y sublimidad de sus obras: *Venite et videte opera Dei*; al verle pasar su cetro por todas las cosas del tiempo y de la eternidad, y clavar sobre las naciones los ojos de su providencia, para que vayan á perecer en su orgullo: *Dominatur in virtute sua in æternum, oculi ejus super gentes espiciunt: qui exasperant non exaltentur in semetipsis* (2). Bendecidle, pues, ¡ó naciones! y haced resonar en toda la tierra los himnos de su alabanza: *Benedicite gentes Deo nostro: et auditam facite vocem laudis ejus* (3).

Y vos, ¡ó Señor! que desde el trono eterno en que residis antes que la luz brillara sobre el orbe, dejais caer vuestras miradas de misericordia sobre los mismos que os desconocen y ofenden, volved á nosotros, y no nos abandonéis jamas. A vos levantamos nuestro espíritu, y en vos colocando nuestra confianza humilde, os pedimos que no nos confundan jamas nuestros enemigos. En

(1) Ps. LXI, v. 9.

(2) Ps. LXV, v. 7.

(3) Ibid. v. 8.

buena hora que se cubran de rubor y de espanto los que siempre rebeldes han persistido en su iniquidad; mas ábranse vuestros caminos delante de nuestros ojos, pues que llorando nuestros extravíos, convertimos nuestro corazón atribulado á vuestra misericordia, y os pedimos remedio y salud para todos los que confesamos vuestro Santo Nombre (1), los que hemos amado el decoro de vuestra casa, viniendo á reconocer en ella la residencia sublime de vuestra gloria (2): los que os invocamos en el embate y os reconocemos en la caída vergonzosa de nuestros adversarios; los que á vuestra sola vista, echamos las alarmas, y la cobardía y el temor fuera de nuestro corazón ante los campos enemigos: (3) los que vemos los cielos afirmados por vuestra palabra, y brillar el concierto y la hermosura por la eficacia de vuestra voluntad en toda la naturaleza (4): los que hemos gustado y visto la suavidad inefable de vuestra presencia, y hecho una experiencia dulcísima de la felicidad con que coronais la confianza de vuestros hijos (5). Volved, repetimos, los ojos de vuestra misericordia hácia la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros piés. Radicad para nuestro consuelo y nuestra esperanza en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habeis confiado el

(1) Ps. XXIV, vv. 1, 2, 3, 4, 6, 7, et 11.

(2) Ps. XXV, v. 8.

(3) Ps. XXVI.

(4) Ps. XXVII, v. 32.

(5) Ps. XXVIII, v. 9.

gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábase de afirmar esa paz que solo ecsiste donde se respeta vuestro nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores, entre la basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que antes bien, fijos los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y ecsalte allí la hermosura de vuestra gloria (1). Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra sin duda es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror, al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta, pues, ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagais resplandecer en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la estincion de los ódios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbastis eam; sana contritiones ejus* (2).

(1) Ps. XLIX, v. 2.

(2) Ps. LIX, v. 4.



DISCURSO

SOBRE

EL CIVISMO RESPECTO A LA RELIGION,

POR

el Don Hilarión Valdes, D.

§. I.

Influencia del Catolicismo en la sociedad.

“Recorred todo el universo, dice Plutarco; encontrareis acaso pueblos sin erario, sin rey, sin teatro, sin luces y sin letras; pero no encontrareis pueblos sin Dios, sin altares y sin sacrificios; y me parece que seria mas fácil construir una ciudad en el aire, que gobernar una ciudad sin el socorro de la Religion.”

Ciceron habia escrito antes que Plutarco: “La base de toda legislacion y el apoyo de los Estados es el temor del cielo. Sin este temor vuestras leyes no tienen fuerza, y vuestras mas bellas ordenes no producirian ningun efecto.”

“La sociedad sin Religion, ha dicho Bayle, es como un anciano que marcha sin su báculo.”

“Jamás ecsistieron, dice Bossuet, Estados sin Religion: Los pueblos en que no hay Religion están al propio tiempo sin policia, sin verdadera subordinacion, y cual los pueblos enteramente salvages. Los hombres que no están obligados por la conciencia, no pueden prestarse seguridad los unos á los otros.”

“Aun en los imperios en que, segun la historia nos enseña, los sábios y los magistrados desprecian la Religion y no tienen á Dios en su corazon, los pueblos son conducidos por otros principios, y tienen un culto público.”

Estos pasages bastan para hacer conocer la opinion de los hombres graves de la antigüedad y de los tiempos modernos, y hasta la de los incrédulos cuando hablaban sin pasion sobre la necesidad de la Religion en la sociedad.

Se puede juzgar del pensamiento de todos por los testimonios citados. Ademas es un hecho notorio que todos los fundadores de reinos, de repúblicas y de imperios, y todos los legisladores célebres entre los antiguos, creyeron que solamente en la Religion podian encontrar una base sólida para sus constituciones y sus leyes.

Concluyamos ya de estas autoridades y de estos hechos, que la Religion y la civilizacion son dos compañeras inseparables. Digamos mejor: de todo esto se deduce que la Religion es el principio generador y vital de la civilizacion; que es hasta su tutor, su señor, su guia: tutor mas ó menos digno de

confianza, señor mas ó menos ilustrado, guia mas ó menos seguro, es verdad, segun que la Religion es mas ó menos perfecta; pero guia, señor y tutor sin los que la sociedad no ecsiste.

De todo lo dicho nace tambien esta consecuencia: que ningun ciudadano puede ni debe manifestarse indiferente respecto á la Religion. El civismo, independientemente de cualquier otro motivo, le obliga á considerar la Religion como el objeto de sus mas sérias ocupaciones.

Pero ¿cuáles son los deberes del verdadero civismo relativamente á la Religion?

Es evidente que estos deberes son correlativos, y proporcionados á la influencia de la Religion misma en la sociedad. Antes de responder, es, pues, necesario ecsaminar cuál es esta influencia, y apreciarla, á lo menos en general, en su justo valor. Para hacer este ecsámen es indispensable penetrar mas profundamente en la cuestion.

Procuremos antes de todo delinear el cuadro de una sociedad tan perfecta como lo permite el estado de la humanidad desde la culpa primitiva. Este cuadro nos servirá de objeto de comparacion y de punto de apoyo en nuestra apreciacion. He aquí sus caractéres generales y mas señalados.

Una sociedad perfecta, esto es, una sociedad que llenase completamente el fin de su institucion, satisfaria todos los derechos de la naturaleza humana sin violar ninguno de ellos; daria á todas las facultades del hombre un desarrollo estenso, regular y

sostenido. Este desarrollo sería además simultáneo; porque si por sistema un gobierno cultivase las unas y descuidara las otras, lejos de formar un ser perfecto, haría un monstruo, colocaría una cabeza de gigante sobre un cuerpo de pigmeo, y uniría las manos de un niño á los brazos de un coloso.

Primer carácter.

En una sociedad perfecta, las constituciones y las leyes serían justas, sábias, de una moralidad pura; no encerrarían el germen de ningún vicio; no favorecerían ningún crimen, y los prohibirían todos; todas sus prescripciones tenderían á crear buenas costumbres y á purificarlas continuamente. Los ciudadanos serían sumisos, menos por temor de los castigos que por un sentimiento íntimo del deber; la conciencia sería para las leyes una sanción más poderosa que las penas aflictivas. *Segundo carácter.*

En una sociedad perfecta, el poder se haría respetable y sería respetado; ejercería una acción fuerte y dulce á la vez, que inspiraría igualmente el temor y el amor; aparecería revestido de magestad en la protección y en el castigo; temería comprometer su dignidad y cargarse de una responsabilidad terrible por abuso de autoridad. La obediencia no pasaría por una debilidad de carácter, menos aun por una pequeñez de espíritu; se la miraría, por el contrario, como una disposición virtuosa y de la más alta razón, como debe ser en efecto; se facilitarían sus actos haciéndolos dulces, y sería practicada generalmente con exactitud. *Tercer carácter.*

En una sociedad perfecta, las obligaciones serían una cosa sagrada, y cuando hubiesen sido confirmadas por el juramento, nadie dudaría de su cumplimiento. *Cuarto carácter.*

En una sociedad perfecta, la familia sería protegida, la unión conyugal respetada, honrada la mujer, la autoridad paterna sostenida por la ley civil y bien definida, la educación de los niños asegurada. *Quinto carácter.*

En una sociedad perfecta, mirándose los ciudadanos no como extranjeros sino como hermanos, se unirían los unos á los otros por simpatía; se amarían y se tratarían recíprocamente como miembros de la misma familia; se unirían más todavía por los sentimientos que por los intereses. *Sexto carácter.*

En fin, una sociedad perfecta no tendría que temer por su prosperidad ó por su existencia, ni la acción del tiempo que deteriora, ni las innovaciones que destruyen, ni los pasos retrógradas que matan. Su constitución y sus leyes, conformes á la justicia y á la verdad, gozarían como estas de permanencia y de solidez indestructibles. *Séptimo carácter.*

Una sociedad cuya imágen estuviese trazada con estos rasgos generales, no obstante los numerosos defectos que en ella se manifestarían, sería sin duda mirada como una sociedad perfecta. Y cuando se reasume sobre este objeto el pensamiento de los hombres de estado, de los publicistas, de los

legisladores, de los buenos gobiernos de todos los países, se ve que las teorías de los unos y los esfuerzos de los otros, no han tenido por fin mas que la realizacion de esta idea.

Una vez conocido y dado este tipo, el problema que habia que resolver era el siguiente: Encontrar el medio de constituir la sociedad sobre un plan, y reglarla sobre principios que la condujesen á esta perfeccion.

Para esto era preciso la intervencion divina. No habia en el hombre bastante inteligencia, ni la sabiduría ni la autoridad suficientes para dar una solucion satisfactoria á este problema. Solamente la Religion podia hacerlo. ¿Qué Religion, pues, lo ha hecho y de qué modo lo ha verificado?

Cuatro religiones principales ecsisten en el mundo civilizado: el cristianismo católico, el cristianismo separado, el mahometismo, el paganismo. Cada una de estas religiones obra sobre el estado social segun sus dogmas, su moral, su culto, su constitucion. ¿Cuál ha sido la accion del cristianismo católico?

Por sus dogmas el cristianismo católico ha llevado la luz al fondo mismo de las tinieblas que rodeaban la naturaleza y los destinos del hombre; le ha revelado su origen, su fin, los atributos de su alma; ha dicho á los mortales: "El Criador os ha hecho inteligentes, libres, inmortales, y accesibles á todos los sentimientos virtuosos; os ha dado en comun el dominio de los seres materiales. Todos

teneis un derecho igual á los bienes terrestres en cuanto á las cosas de necesidad absoluta; en cuanto á las demas cosas, teneis solamente un derecho relativo."

"Iguales por naturaleza, continúa el cristianismo católico, las diferencias que os distinguen son accidentales: no pertenecen en manera alguna á vuestra esencia; miran al grado de vuestras facultades y á las circunstancias en medio de las que vivís."

Una Providencia de una sabiduría infinita tiene siempre abiertos los ojos sobre este mundo; y siendo el hombre la obra mas bella de Dios entre los seres del universo físico, él es tambien el objeto de su predileccion: Dios cuida por sí mismo de sus intereses; les gobierna, les protege por leyes generales, y castiga á los que, despreciando estas leyes, se atreven á atacarlas en lo mas mínimo."

"Sois la imagen de Dios, pero esta imagen ha perdido su belleza primitiva. Degradada por el hombre, éste está encargado de repararla bajo los ojos y bajo el ausilio del mismo Dios, y con la ayuda del Mediador divino: esto es lo que forma el fin de su vida mortal como hombre y como ciudadano."

Así habla el cristianismo católico.

Por medio de estos principios, el cristianismo católico hace conocer los derechos fundados en la naturaleza del hombre, muestra los límites de estos derechos, los honra, y los cubre con su proteccion divina; condena en los gobiernos el despotismo, la violencia, la tiranía, todos los géneros de desprecio

del hombre por el hombre; condena la esclavitud, la pobreza forzosa, la ignorancia impuesta, la corrupción, todas las clases de servidumbre, de restricción, de compresion arbitrarias ó legales, que tendrían á los ciudadanos en un abatimiento degradante; condena, en una palabra, todo lo que no sea dirigido á restaurar en la criatura humana la imágen de Dios desfigurada por la primera falta. *He ahí resuelta la primera parte del problema.*

Pasando á la moral, el cristianismo católico promulga las leyes principales de aquella; leyes universales que encierran en su principio todos los deberes; leyes invariables, que ni el tiempo, ni los lugares, ni las circunstancias podrán jamas modificar, porque están fundadas sobre la naturaleza misma del hombre; leyes humanitarias, hechas no para tal ó cual nacion esclusivamente, sino para todo el género humano; leyes esencialmente buenas, porque no mandan mas que el bien, no prohíben mas que el mal, y el uno y el otro de la manera mas absoluta; leyes sancionadas con la promesa de recompensas magníficas para los que las observan, y con la amenaza de castigos terribles para los que las infringen.

De este modo el cristianismo católico fija los límites del bien y del mal, y coloca en las manos de los legisladores una antorcha para que, en medio de las tinieblas que sin ella oscurecerían el derecho, puedan con certeza discernir lo justo de lo injusto, lo útil de lo perjudicial. Si estos legisladores tienen

ocuidado de no erigir en leyes mas que las consecuencias del Decálogo, no formarán mas que leyes buenas. De este modo el cristianismo católico despierta tambien la conciencia, y la encarga de proveer á la ejecucion de las leyes. Nada se escapa de la jurisdiccion de este tribunal de paz y de correccion, en donde la justicia divina pronuncia sus juicios en primera instancia y los confirma mas tarde, cuando han sido despreciados, imponiendo las penas eternas, con las que los culpables habían sido ya amenazados por la conciencia. Así es como el sistema moral del cristianismo católico, *por medio de sus diez leyes*, forma las costumbres individuales y públicas, y las hace fecundas en virtudes. *He ahí resuelta la segunda parte del problema.*

Desenvolviendo en seguida su Decálogo, el cristianismo católico se ocupa del poder. Dios, dice este cristianismo, *sustituye en su lugar los depositarios del poder, y les coloca bajo su proteccion: cuando estos mandan con arreglo á las leyes que Dios ha dictado, Dios quiere que se les obedezca; insurreccionarse contra ellos seria insurreccionarse contra él. Mas Dios no deja tampoco impunes los abusos de autoridad, y contra los poderosos culpables es contra quienes arma su justicia de un rigor inflexible.*

Con esta doctrina el cristianismo católico modera el poder, le hace respetable, le diviniza, quita á la obediencia todo carácter humillante, la ennoblece.

En su pensamiento el hombre no está sometido al hombre como tal, sino como representante de Dios. *Así es como se resuelve por el catolicismo la tercera parte del problema.*

Continuando en deducir las consecuencias de sus leyes, el catolicismo anatematiza al perjurio, al hombre de dos palabras y de doble semblante; quiere que el nudo conyugal sea indisoluble, que los esposos se respeten recíprocamente, y que no por eso dejen de ser cual una sola persona para las afecciones del corazón y para las obligaciones; quiere que en la familia reinen una autoridad suave, una obediencia noble y sin miedo, una justicia estensa y esacta, una caridad sincera. Recapitulando los deberes del hombre, el catolicismo pronuncia también estas palabras: *el amor es el cumplimiento de la ley*: palabras que muestran á la vez en qué consiste la perfección del hombre en el orden de la familia, en el orden de la sociedad, en el orden de la Religión.

Por la ley de la caridad el cristianismo católico completa el orden moral y perfecciona todas las leyes. El precepto de la caridad se dirige mas al corazón que al espíritu; los demás preceptos hacen íntegro al ciudadano. El precepto de la caridad forma amigos; los demás preceptos crean hombres justos. Teniendo el precepto de la caridad por objeto inmediato los sentimientos íntimos, y aquellos otros preceptos los intereses esternos, su reunión satisface todas las necesidades del hombre, ser in-

teligente, sociable y sensible. *He ahí resuelta la cuarta parte del problema.*

Hasta aquí el cristianismo católico resuelve perfectamente todas las partes del problema social. Nada deja que desear en cuanto al plan, los principios y las leyes. ¿Es tan dichoso en la solución del último punto? ¿Es su sistema aplicable á todos los lugares y á todos los tiempos?

Por lo que mira á los lugares, tal es la generalidad de sus máximas y de sus leyes, que unas y otras son compatibles con todas las constituciones políticas y con todas las formas de gobierno; la democracia y la monarquía son aceptadas por ellas del mismo modo. Este sistema se adapta á todo lo que es justo y regular. Reconoce todos los poderes legítimos y manda obedecerles. Abrazando todo el género humano, podría reunir la universalidad de los hombres en una sola sociedad tan fácilmente como hace una sociedad particular de cada pueblo. *Quinta parte del problema.*

En cuanto al tiempo, este sistema no teme ni los progresos de la civilización, pues él mismo es el verdadero principio de toda civilización, ni las luces de las ciencias: él es por el contrario el faro que ilumina á la inteligencia humana en las cosas morales, y bajo este concepto los pensamientos razonables del hombre son un débil reflejo de sus brillantes claridades; ni teme los errores de la falsa sabiduría: una autoridad infalible vela sobre la pureza de su doctrina, que todas las sutilezas del

sofisma, juntas á las persecuciones mas violentas, no llegarán nunca á corromper; ni teme, en fin, ser abolido por su inobservancia, á menos que la misma sociedad no cese de ecsistir, puesto que el sistema social católico está fundado sobre la naturaleza del hombre y de las cosas. Por eso el cristianismo católico se proclama tan durable como los siglos, y esta perpetuidad es un dogma de su fé. *Sesta parte del problema.*

¿Quiere saberse ahora sobre qué reposa este sistema?

El cristianismo católico le da como revelado de Dios. En esto se parece á las otras religiones que atribuyen tambien á la Divinidad el sistema que ellas establecen. Pero por lo que respecta al cristianismo católico, esta afirmacion está apoyada en pruebas demostrativas, y tan perentorias que, para no admitirlas, seria necesario abjurar la razon. *He ahí resuelta tambien la sétima parte del problema.*

Facil es ahora apreciar la influencia del cristianismo católico sobre la sociedad. Esta influencia está fundada en todo lo que obra poderosamente sobre el hombre: la verdad, la justicia, el órden, la dicha.

Pasemos al cristianismo separado.

§. II.

Influencia de las falsas religiones en la sociedad.

Por cristianismo separado entendemos todas las comuniones cristianas que, reconociendo á Jesu-cristo por cabeza, difieren del catolicismo en la

doctrina. Tales son, para no hablar mas que de lo ecsistente en nuestros dias, varias sectas antiguas que subsisten aún en el Oriente; tales son el cisma griego y la Iglesia de Rusia; tal es, en fin, el protestantismo, cualesquiera que sean el nombre y los colores de sus fracciones.

Estas comuniones religiosas no tuvieron siempre una ecsistencia aparte. Incorporadas en otro tiempo al catolicismo, profesaban una misma fé, practicaban su culto, respetaban su moral, reposaban sobre su constitucion. Formando entonces con él un todo único y homogéneo, vivian de la vida del catolicismo, eran parte de este mismo.

Pero un dia un miembro rebelde enarboló la bandera de la independencia; otros le siguieron. Para colorear su defeccion se proclamaron *los amigos del progreso y de las luces*. En el ardor que les animaba emprendieron reformarlo todo, mutilaron el antiguo símbolo de la fé, ó le dieron interpretaciones desconocidas hasta entonces. Desnaturalizando así la creencia universal, se separaron del catolicismo en la fé. La Iglesia procuró en vano hacerles volver á su seno; ellos se obstinaron en el error. Para contener el curso del mal por un golpe de su autoridad, la Iglesia les separó oficialmente de su comunión y les arrojó de su seno.

Esta doble separacion, primeramente voluntaria, despues forzada, es un carácter comun á las sectas heréticas; y por esta causa las comprendemos todas en este discurso bajo la denominacion genérica de *cristianismo separado*.

Como el cristianismo separado ha salido del catolicismo y retenido algunas de las verdades reveladas, es muy natural que resuelva útilmente algunas partes del problema social. Mas incapaz de resolver todos los puntos de este mismo problema, no puede conducir la sociedad á la perfeccion; los errores peculiares de cada secta, y mas aún un vicio general que las mina á todas, serán siempre para la sociedad en donde dominan una causa de decadencia, un principio de muerte.

Por ejemplo: hay sectas heréticas que niegan la necesidad de las buenas obras para la salud. Por consiguiente, la conciencia no tiene nada que decir al hombre sobre la bondad ó malicia radical de sus acciones; su moralidad no es una cosa considerada esencial, sino una cosa relativa á las circunstancias. Luego el porvenir no tiene esperanzas capaces de hacer practicar la virtud, ni terrores bastante poderosos para inspirar el ódio del vicio.

¡Consecuencias funestas, que quitan á las leyes la mas noble y la mas fuerte de las sanciones, la sancion moral y sobrenatural, la sancion de la conciencia!

Hay sectas que sostienen que el hombre está predestinado por Dios de una manera absoluta á la condenacion ó á las recompensas eternas.

De este error se sigue que el hombre no es libre. Su libertad es una palabra, no una realidad. Mas ¿cómo calificar en este caso las penas legales, y las sentencias de los tribunales que las aplican? ¿Serian

otra cosa estas sentencias mas que una odiosa arbitrariedad, mas que unas escandalosas injusticias? ¿Son estas doctrinas sociales?

Que la lógica haga la misma prueba con todos los errores del cristianismo separado, y se verá que encierran en sus entrañas un gérmen deletéreo del órden social, y que destruyen uno ó mas elementos esenciales.

Pero ademas hay en el cristianismo separado un vicio radical, incurable, que será siempre fatal á la sociedad. Este vicio consiste en que el foco vital no está en él; su vida no es mas que una derivacion, y una derivacion caduca. Cada dia, cada acontecimiento puede hacer recibir golpes mas ó menos mortales á sus principios, aun á los mismos que él ha recibido del catolicismo.

En efecto, que se eleve una controversia sobre este asunto; que los hijos, á ejemplo de sus padres, emprendan tambien reformar una doctrina que ya no les satisfaga, ¿con qué armas les combatirá el cristianismo separado? ¿Con las armas de la razon? Pero la agresion razona tan lógicamente como la defensa. ¿Con las armas de la fuerza? Pero la fuerza destituida del derecho no es mas que una violencia brutal. ¿Con las armas de la autoridad? Pero la autoridad humana no tiene nada que ver en estas materias, y la autoridad divina no pertenece al cristianismo separado desde que se separó del catolicismo. El edificio doctrinal que aquel ha construido, será, pues, derribado; y cuanto mas

se instruyan y corrompan los espíritus, tanto mas inevitable y completa será su ruina. ¿Qué viene á ser entonces su sistema social? ¿No es como necesario que este caiga con las sectas en que está fundado?

Y si se consultan los hechos, ¿qué es lo que resulta? ¿Qué es lo que se ve? No citemos mas que un ejemplo. ¿Dónde está en nuestros días el protestantismo primitivo? ¿Y en qué estado moral aparece la sociedad que reposaba en él? Preguntádselo á la Suiza, á la Alemania, á la Inglaterra. El comunismo, el roningismo, el radicalismo, os responderán. Si en el Norte el cristianismo separado es menos vacilante, ¿no será acaso porque allí, mejor que en cualquier otro punto, sabe conservar sus dos apoyos naturales, la ignorancia y el despotismo?

Así, el poder de esta Religion con respecto á la dicha de la sociedad se encierra en estrechos límites. Y puede decirse que, si el catolicismo dejase de arrojar, aunque de lejos, la luz de la verdad sobre los estados que la profesan, y de sostenerlos por el antagonismo de su vecindad, bien pronto la Religion, el órden moral, el órden social, se abismarían en aquellos pueblos en un caos tenebroso.

¿Qué diremos del mahometismo, y cuál puede ser su influencia sobre el estado social?

El mahometismo adora un solo Dios, es verdad; admite la inmortalidad del alma, las recompensas y las penas futuras; pero en cuanto á todo lo demas, el corán (mezcla confusa del judaísmo, del

cristianismo, de ideas heréticas y paganas y de una multitud de sueños absurdos) apenas presenta algunas verdades morales. En esta religion, que no es ni el cristianismo, ni el paganismo, sino una doble mezcla, lo bueno es muy poco y lo malo ocupa un lugar estenso. El mahometismo no puede formar mas que una sociedad tan defectuosa como él.

¿Qué puede en efecto esperar el estado social de una religion que cree en el fatalismo; que reduce la mitad preciosa del género humano, la muger, á una especie de esclavitud; que permite la poligamia; que erige en principio la destruccion de los principios que le son opuestos; que, poniendo la suprema dicha en los deleites sensuales, no promete para el porvenir á sus sectarios mas que recompensas carnales? Una esperiencia de doce siglos lo ha hecho conocer suficientemente.

El paganismo es todavía inferior al mahometismo. Con ideas inferiores al paganismo ya no puede formarse una religion; ya no hay mas que sistemas filosóficos, ó el ateísmo.

Sin embargo, y á pesar de estas monstruosidades, el paganismo puede aún tener alguna influencia sobre la sociedad. De él era del que hablaban Ciceron y Plutarco cuando sostenian la necesidad de la Religion en el estado social. Sus teogonías, sus mitos, sus sacrificios, sus doctrinas, encierran algunos elementos de órden, de justicia, de subordinacion, de mútua benevolencia. El porvenir que él reserva al vicio y á la virtud, puede tener sobre

los paganos mas ó menos poder para alejarles del mal y escitarles al bien.

Pero ¡cuán pobre es su socorro! Así ¿qué es la civilizacion pagana? ¿Qué triste espectáculo no ofrecieron en todos tiempos, bajo el imperio del politeísmo, el hombre moral y la sociedad?

Recapitulemos: las falsas religiones, aunque son un elemento esencial del estado social *en los lugares en donde no es conocida la Religión verdadera*, son sin embargo impotentes para conducirle á su perfeccion.

El cristianismo separado, por haber desechado algunas de las revelaciones divinas, y por haber admitido tantas doctrinas erróneas, impide su desarrollo, y deposita en su seno un gérmen de destruccion. Bajo su imperio la sociedad es cual el hombre en la edad de la fuerza, pero mutilado de alguno de sus miembros y roído por un cáncer interior que concluye por darle la muerte.

El mahometismo con sus fábulas, con sus deleites debilitantes y con su fanatismo, arroja á la sociedad en un sueño letárgico del que ella sale de tiempo en tiempo, pero agitada de movimientos convulsivos, ó en un estado de locura furiosa. La sociedad bajo el mahometismo es como el hombre que se encuentra medio paralizado en todas sus facultades.

El paganismo, con sus tinieblas y con sus supersticiones vergonzosas, favorece en la sociedad el abatimiento del sentido moral, el olvido de la dignidad nativa y el embrutecimiento. Bajo una religion

semejante, la sociedad es como el hombre colocado en el estado de idiotismo ó en una infancia estúpida: deduzcamos, pues, esta consecuencia:

Solo el cristianismo católico puede resolver el problema social en toda su estension.

Pero ¿es en efecto cosa cierta que la sabiduría humana sea incapaz de resolverle?

Si, verdad es que la razon sola es incapaz de resolverle; porque sin ninguna revelacion, la razon es muy poco lo que sabe con certeza sobre Dios, sobre el hombre, sobre el porvenir, sobre lo justo y lo injusto, sobre el vicio y la virtud. La razon sin la ayuda de la revelacion apenas podria establecer sólidamente verdad alguna moral. Sus pensamientos mismos sobre la existencia de Dios son tímidos, y muchísimas veces contradictorios.

La razon, sin el auxilio de la revelacion, no seria capaz de establecer sólidamente las verdades morales, porque sin la intervencion divina no tiene poder para crear constituciones y leyes, para imponer deberes y ligar las conciencias: la razon no podria dar á sus leyes otra sancion que la del interés personal y las penas aflictivas.

La razon es incapaz, porque sin la revelacion no tiene destinos sobrenaturales que proponer á los hombres; y por esta misma consideracion, para establecer algun orden en la sociedad, ella estaria obligada á volver á las fábulas y á las supersticiones del paganismo, ó á someter los hombres, como viles animales, al imperio de la fuerza brutal.

La razon es incapaz, porque si aprovechándose de las luces y de los medios civilizadores del catolicismo, y apropiándoseles, quisiese aplicarles, sucederia de dos cosas una: ó la razon se apoyaria para hacerlos valer sobre la autoridad de la revelacion, y entonces volveria á la Religion, ó la razon se apoyaria solamente sobre sí misma para acreditarlos, y entonces, reducida á sus propias fuerzas, y no teniendo en su favor la autoridad divina, se veria forzada á combatir con armas iguales contra los que desechasen sus ideas: en esta suposicion solo serian posibles una guerra eterna, la esclavitud, la anarquía.

La razon, en fin, es incapaz de establecer sólidamente las verdades morales, porque no lo ha podido en ningun tiempo, no obstante todas sus tentativas. Jamas el racionalismo ha creado una sociedad. La Religion es la cuna de todas las sociedades.

Veamos ahora cuáles son los deberes del civismo relativamente á la Religion.

§. III.

Deberes del civismo respecto á la Religion.

Los deberes del civismo relativamente á la Religion se reasumen en estas palabras: respeto, sumision, defensa.

Primer deber. El civismo obliga á los ciudada-

nos católicos á respetar la Religion en sus dogmas, en su moral, en su culto, en su constitucion, en todo lo que pertenece á su policia exterior. Hablar con desprecio de la Religion, manifestarse simplemente indiferente hácia ella, es obrar contra los deberes de un buen ciudadano. Se perjudica á la sociedad cuando no se muestra simpatía por lo que la sostiene; y tanto mas grande es el mal que se la hace, cuanto que esta conducta puede producir en los ánimos las mas desastrosas impresiones.

Pero se dirá: "Si yo no respeto la Religion en mi conciencia, si no la creo necesaria ni aun útil á la sociedad, ¿será necesario para ser buen ciudadano que yo finja respetarla? Entonces el civismo mandará la hipocresía."

El civismo no manda de ninguna manera la hipocresía. Imponiéndoo el deber de respetar la Religion, el civismo quiere que vuestras manifestaciones estén de acuerdo con vuestros sentimientos, y sean la verdadera espresion de estos. Además, ¿podria la sociedad contar con la adhesion de un ciudadano cuyo respeto por la Religion no estuviere mas que en las palabras, y se desmintiera por acciones contrarias á sus sentimientos?

¿No estais convencido de la necesidad de la Religion para el bien de la sociedad? Pero esta conviccion está á vuestros alcances. La luz os rodea; no cerréis los ojos para no verla. Vuestro deber como ciudadano, como hombre público sobre todo, es de averiguar cuáles son las bases del orden so-

cial. Estudios sérios sobre este objeto os conducirán al conocimiento de esta verdad: que la verdadera Religión es una necesidad social, porque el sentimiento religioso es un elemento especial de la naturaleza moral del hombre. Si os rehusais á estas investigaciones, sufrid que la sociedad, juzgando vuestro civismo poco sólido, no tenga bastante confianza de él en los momentos de prueba. Sin duda por una inconsecuencia laudable podeis serla fiel en sus mas grandes peligros; pero ¿qué confianza razonable puede formar la sociedad sobre una inconsecuencia?

Segundo deber. Tambien es una obligacion para el ciudadano católico el someterse á todas las prescripciones de la Religión, porque todas, sin escepcion, tienden al bien de la sociedad. Su fin comun es establecer el orden en el dominio de la conciencia, hacer á los hombres justos, moderados, virtuosos, atraer los unos hácia los otros por el sentimiento de una benevolencia recíproca, formar y purificar continuamente las costumbres públicas. ¿Obraria bien un ciudadano desobedeciendo habitualmente ó con escándalo semejantes leyes? *¿Seria bien extraño que uno fuese culpable para con la sociedad hollando las leyes políticas, civiles, militares, y que no mereciese la acusacion al atacar y menospreciar leyes muchísimo mas esenciales al bien social!*

Sin embargo, para refutar esta acusacion de falta de civismo, se dirá: "Las infracciones que me per-

mito no hieren los derechos de la sociedad ni los de ningun particular. ¿Dónde, pues, está mi falta?"
¿Vuestras infracciones no hieren directa y actualmente ninguno de los derechos legales de la sociedad ó de los ciudadanos! Concedámoslo por un momento; pero ¿sucede lo mismo respecto á los derechos morales? Vuestras infracciones tienen testigos y pueden tener imitadores. Pues bien, que la imitacion se propague, que de uno á otro pase, y se comunique á un gran número de ciudadanos, ¿qué acontecerá? El desorden se introducirá fácilmente en la sociedad con el desprecio de las leyes religiosas; la verdadera moral perderá su imperio, las costumbres se depravarán, y derramarán sobre la sociedad todos los males que son consiguientes. ¿Y la causa moral de estos males no seria un hecho antisocial! ¿Dónde estaria, pues, la violacion si no estuviese en actos tan perniciosos?

Pero, se replicará: "Yo no rehusé obedecer sino á las leyes de la Iglesia, las cuales no son morales como las leyes divinas."

Las leyes de la Iglesia tienen por objeto hacer practicar las leyes divinas. Esta sola observacion basta ya para mostrar el ataque dado al civismo por la desobediencia habitual y sistemática de las leyes. Además, este género de infraccion lleva implícitamente consigo el desprecio de la autoridad legislativa de la Iglesia: despreciarla es desconocerla, y desconociéndola se niega á la Iglesia una prerrogativa esencial á su constitucion. Estas infrac-

ciones minan sordamente la Religion, base del orden social. ¡Y no serian incívicas!

Tercer deber. El tercer deber del ciudadano católico con respecto á la Religion es el de defenderla.

El estado actual del catolicismo en todos los países es el que vamos á describir: numerosos enemigos le rodean, y, por decirlo así, le tienen en un bloqueo estrecho y continuo. Ellos le atacan, tan pronto separadamente y sin concierto, tan pronto con un acuerdo de operaciones sábiamente combinado. En este caso, como sucede en una ciudad sitiada, todos los ciudadanos son soldados; todos deben armarse de lo que puede servirles para la defensa y hacer frente á la agresion en los puestos que ocupan. Con razon seria mirado como un frio amigo de la patria, como un traidor, el que en una coyuntura semejante combatiere con debilidad. ¡Y no serian juzgados de la misma manera todos los que viesen con ojos indiferentes las guerras incesantes que la Religion está obligada á sostener en todas partes, y que seducidos por las promesas de la impiedad, engañados por sus discursos, intimidados por sus amenazas, la dejasen insultar impunemente? Repitémoslo: los enemigos de la Religion son necesariamente los enemigos de la sociedad, y el ser negligente en combatirles es merecer con razon la acusacion de una culpable falta de civismo. Así, pues: Es un acto de este género en un país católico y en un ciudadano católico, guardar un cobarde

silencio cuando oye discursos impíos, si puede manifestar prudentemente su desaprobacion con discursos opuestos. Este incivismo seria aún mas culpable, si el rango, la posicion, la autoridad, la reputacion, la edad, la ciencia, impusiesen el deber de una oposicion franca y resuelta.

Es una falta de civismo dejar esparcir por medio de la prensa acusaciones odiosas, asertos atrevidos ó mentirosos contra la Religion, sin refutar el error, sin confundir la calumnia, sin protestar contra la temeridad.

Es una falta de civismo ser espectador mudo de la transgresion de las leyes religiosas, principalmente cuando por su posicion está alguno obligado á condenarla altamente ó á impedirla; y con mayor motivo es un acto de incivismo mandar la violacion de aquellas mismas leyes.

Es un acto de incivismo paralizar totalmente ó en parte la influencia de la Religion sobre las almas, quitándola los medios de instruir, impidiendo la facilidad de los ejercicios de su culto, y desacreditando al sacerdocio.

¿Cuáles son los deberes del civismo respecto á las otras religiones en los países donde estas se profesan?

Proponemos esta cuestion porque está contenida en la generalidad de nuestro asunto, y porque respondiéndola atacamos de frente algunas objeciones.

Desde luego los católicos no pueden conformarse á estas religiones, ni en la creencia ni en la prác-

tica, en lo que tienen de contrario al catolicismo. Además, los católicos, por amor del bien social y en cuanto la prudencia lo permita, deben propagar los principios de la verdadera Religión, á fin de establecerla en su patria si es posible. Por lo que respecta á los otros ciudadanos, estos se dividen en dos clases, los de espíritu cultivado y capaz de razonamiento, y los de una inteligencia inferior.

Los primeros están obligados ante todas cosas á buscar la verdad religiosa, sobre la que su culto no puede darles una tranquilidad perfecta. En materia de Religión, el catolicismo solo puede producir la convicción; y como además él ecsiste por todas partes, fácil es estudiar su doctrina, sus caracteres y sus pruebas. Reconocida su divinidad, abrazarla es otro deber para estos ciudadanos, como también hacerla conocer y adoptar si esto está en su poder.

En cuanto á los ciudadanos que están de buena fé en el error, deben á la sociedad: 1.º seguir la enseñanza de su Religión relativamente á lo que no choca á la razon y no es contrario al sentido moral, *hasta que una luz mas clara pueda iluminarles*; 2.º abrazar la verdad tan luego como aquella luz se la haya hecho conocer; 3.º *impedir la invasion en su pais de todo culto menos perfecto*; 4.º en fin, combatir con una enérgica perseverancia al racionalismo, como al enemigo mas pernicioso de la sociedad.

Para el individuo en general, como para la so-

ciudad, mas vale una religion cualquiera que ninguna religion. Los ciudadanos tendrán principalmente que combatir en adelante contra el espíritu de impiedad, azote destructor de todo bien. Para oponerle una resistencia eficaz no será demasiado el armarse de todo el celo del mas ardiente civismo. Inútil seria disimular; este espíritu funesto se presenta amenazador; por do quiera ha levantado su estandarte; y como es una ecsigencia de su propia naturaleza el arrastrar en pos de sí toda clase de vicios y de abominaciones, puede fácilmente juzgarse de los males que traeria sobre la cabeza de las naciones en las que su imperio se estableciese.

Veamos ahora cómo el civismo debe llenar sus deberes.

La accion cívica para ser legitima y eficaz, debe tener ciertas cualidades, y las principales son la honestidad, la medida, el valor, la constancia.

La honestidad. Para ser honesta la accion cívica, es preciso que sea cuanto es posible, conforme á las leyes del pais, y que las leyes de la moral santa sean siempre su regla.

En un pais de una civilización antigua y avanzada es raro que las leyes no proporcionen armas contra todos los desórdenes; en este caso la accion cívica debe combatirles por medio de las leyes. El buen orden y el bien social lo ecsigen así. Separándose de esta regla se cometeria una accion sediciosa en vez de un acto cívico.

Pero si tan grande es el mal que la accion cívica

ea se vea obligada á tomar sus medios fuera de la ley, aquella debe guardarse mucho de salir de los límites de la moral: lo que la accion cívica se permitiese fuera de estos límites seria una falta, acaso un crimen.

Todo lo que es injusto, desleal, inhumano, impío, irrita al cielo. Dios no quiere que el mal se repare ni que el bien se haga por medios viciosos.

La medida. El civismo debe medir su accion sobre la influencia personal del ciudadano, sobre los motivos que la provocan, sobre la esfera en la cual se mueve.

Por de pronto es cosa manifiesta que la accion cívica no podria ser la misma en todos los puntos para los hombres del poder y los subordinados, para las clases elevadas y las clases inferiores, para los ciudadanos influentes por sus riquezas, sus talentos, su saber, y para aquellos á quienes faltan estos medios de influencia. Hay hombres cuya accion cívica se limita á algunas manifestaciones verbales de aprobacion del bien, de horror al mal en el círculo de sus familias. Hay hombres para quienes aquella accion se reduce á los solos gemidos del alma, y á las súplicas que una fé piadosa dirige á Dios en favor de la sociedad.

Ademas, en los grandes males deben emplearse los remedios heróicos; es decir, que el ciudadano, en ciertos casos, debe al estado social el sacrificio de sus bienes, de su reposo, de su vida. Estos casos son raros; mas cuando se presentan, el civismo

debe arreglar su accion á la importancia de su objeto. *Seria una traicion si entonces la accion cívica no correspondiese á los motivos que la provocan.*

En fin, es preciso que la accion cívica sea conforme á la profesion del ciudadano, y que esté en armonía con su posicion social.

Al magistrado le está especialmente impuesto el deber de vigilar por el mantenimiento del orden público; á los jueces y á los letrados el de hacer respetar la ley en su letra y en su espíritu; á los eclesiásticos el de mantener la Religion en la pureza de su doctrina, de hacerla amar, de conservarle su ascendiente sobre las almas, de defenderla contra todo lo que la es hostil, sea en cosas, sea en personas. Lo mismo se entiende respecto al militar y á los otros funcionarios, cada uno segun las ecsigencias de su mision.

El valor. La accion cívica tiene con frecuencia obstáculos que vencer; se la juzga tambien con frecuencia poco favorablemente; se la condena hasta en sus mas laudables empresas; se la suscitan mil dificultades; se la critica severamente; se la ultraja suponiéndola innobles motivos ó miras vergonzosas; se la amenaza á fin de intimidarla; se llega hasta las vias de hecho para contenerla ó para hacerla expiar la vivacidad de su ardor. Si la accion cívica cede, viene á ser inútil; solamente á su energía está prometido el buen écsito.

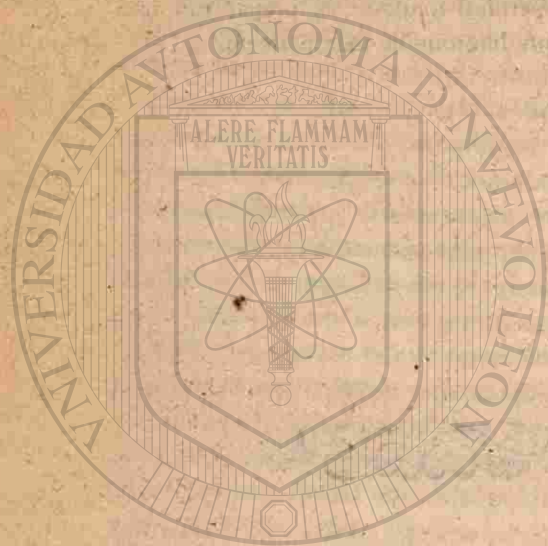
La constancia. Al valor es necesario que la ac-

cion cívica una la perseverancia, porque á veces solo con la perseverancia puede conseguirse el fin que uno se ha propuesto. La constancia llega á obtener los resultados que no puede alcanzar muchas veces los medios mas poderosos.

Terminemos. El cuerpo social aparece por todas partes en un estado embarazoso é indefinible. Un veneno secreto circula en sus venas y prepara su descomposicion. No seguimos estando en los momentos de los síntomas, sino que ya se opera la disolucion y se muestran los progresos mas espantosos. Hasta ahora el mal estaba oculto, solos los espíritus penetrantes veian su marcha y sus daños; pero hoy el mal se manifiesta claramente, de modo que los ojos menos observadores pueden verle. La inquietud hace preguntar con temor: ¿Dónde vamos? ¿Qué sucederá? Mas afuera las aprensiones y los gemidos inútiles. Nuestra salud está en nuestras manos, y si perecemos, nuestra será la culpa. ¿Cómo! ¿Nuestros mayores nos han legado una civilizacion floreciente, y nosotros no sabremos conservarla? ¿Los enemigos del orden social minan y destruyen sus elementos á nuestra vista, y nosotros seremos espectadores con la indiferencia estúpida de un insensato?

Que el civismo se despierte en las almas, un civismo noble, virtuoso, heróico, cristiano; que se despierte, ya es tiempo, y que se apresure á trabajar para contener el contagio. La restauracion del bien no puede hacerse mas que por él, puesto que

la mayor parte de los gobiernos han sido y son la causa del mal. Los esfuerzos de la accion cívica de todos los ciudadanos, si ella merece las bendiciones del cielo, salvarán el orden social puesto en tan grande peligro, y combinados con los nuevos medios de prosperidad material, le prepararán un porvenir brillante haciéndole mas perfecto.



BIENES DEL CLERO

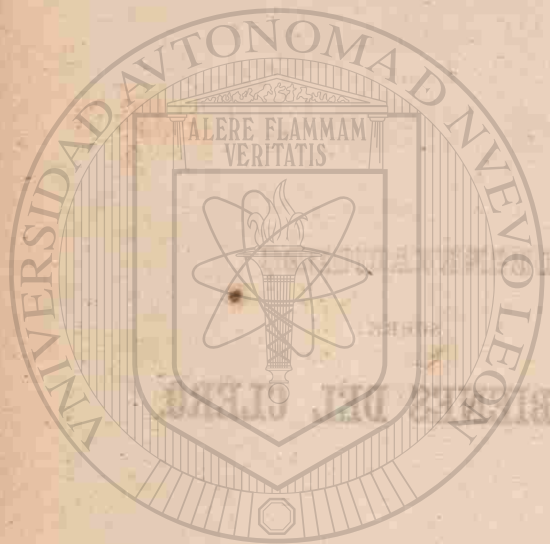
OBSERVACIONES

SOBRE

LOS BIENES DEL CLERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBSERVACIONES

Sociales, Políticas y Económicas

SOBRE LOS

BIENES DEL CLERO,

POR

El Doctor Don Jaime Balmes,

presbítero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

Imprenta de La Voz de la Religión.

1851.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...que en su
...que en su
...que en su

No es mi ánimo, al salir á la defensa de las propiedades del clero, manifestar el incontestable derecho que asiste á los ministros de la Religion, de esigir de la sociedad en que viven, los medios de decente subsistencia: derecho que enseñado por la razon, como á fundado en la misma naturaleza de las cosas, le vemos reconocido y respetado en todos tiempos y paises, sancionado espresamente por la Sagrada Escritura, y confirmado por las leyes canónicas y civiles. Ecsaminar este derecho en su origen, mostrando la pureza del manantial de que nace; indicar las necesidades sociales con que se une; nutrir luego esta doctrina atestando erudicion, y aplicarla en seguida á la cuestion actual, invocando en favor de esas propiedades las decisiones terminantes de todo linage de códigos, hubiera

sido empresa nada difícil, puesto que en su desempeño habria podido andar siempre por camino llano de puro trillado; pero en cambio no cumpliría á mi propósito este método, como á poco adaptado al gusto científico del siglo.

Agotadas en estas materias las fuentes de la erudicion por el laborioso espíritu de controversia, que dominó en Europa en época no lejana, escita ahora poco interés cuanto se presenta con aire de disertacion atestada de citas, y desconfia desde luego el lector instruido de encontrar allí nada que no haya visto ya en otros lugares; y como quiera que de otra parte han caido en descrédito las teorías vagas, merced á los escarmientos que han traído sus aplicaciones, y que la sociedad está reclamando con urgencia el remedio de gravísimos males que la aquejan en todos sentidos, ha tomado la ciencia un nuevo rumbo, y consiste, en asegurarse de un hecho, definirle y aplicarle luego la observacion, con la mira de descubrir cuáles son sus relaciones sociales, políticas y económicas. Si bien se observa, este espíritu nada tiene de extraño; antes ha debido nacer como fruto espontáneo, por contribuir á producirle la propor-

cion y comodidad con que brindaba la misma abundancia de materiales bastantes á suministrar toda la luz necesaria para esclarecer todos los puntos, el desengaño consiguiente á costosos escarmientos, y el poderoso estímulo de las grandes necesidades de la sociedad. Y no es ciertamente de mal agüero esta combinacion de circunstancias; porque la abundancia de luz y de medios evita tropiezos y presta desembarazo; el escarmiento inspira juicio y cordura, y la necesidad, al paso que aviva el entendimiento y multiplica sus fuerzas, despierta en el alma aquellos instintos conservadores, con que la mano benéfica del Criador ha dotado á todos los seres, y que tan maravillosos y saludables efectos producen, ya para la sociedad, ya para el individuo.

Si elevándonos algun tanto sobre esta negra polvareda, que en la actualidad envuelve á nuestra desgraciada patria, estendemos la vista por los demas paises civilizados, y fijamos nuestras miradas sobre el curso que han tomado las ideas en el presente siglo, descubriremos ciertamente muchos peligros amontonados en el porvenir; pero tambien brillarán á nuestros ojos algunos rayos de hermo-

sas esperanzas. Dado que en muchas cosas no seamos partidarios del siglo, al menos seamos justos: no puede negarse que adolece todavía de muchos achaques que se le han pegado por la inmediatez del siglo XVIII, y que no está escaso de preocupaciones y manías, resultado muy natural del íntimo y frecuente trato con visionarios y soñadores; pero también es necesario confesar, que no han pasado en vano para él los tiempos; que si predica la tolerancia, también tolera; que si falla á veces con sobrado magisterio, también escucha con atención; y que confiesa y aborrece la injusticia de aquella escuela filosófica, que en no acomodándose al tipo que ella se había imaginado un objeto cualquiera, ya le arrumbaba como inútil, ó le rechazaba como nocivo: de aquella escuela funesta, cuyas doctrinas aplicadas á la sociedad, crearon aquellos espantosos tribunales, que no conocían otro fallo, que el de entregar los bienes al fisco, la cabeza al verdugo.

En llegando á cundir en las ciencias la afición al ecsámen de los hechos, tarde ó temprano la verdad sale vencedora: lo que ella teme son los sistemas y los sueños; pero que se iluminen, que se ecsaminen, que se anali-

cen los hechos, eso no lo teme; porque la verdad no es mas que un hecho, y las grandes verdades son grandes hechos.

No será la cuestion de los bienes del clero la que se resista á bajar á semejante arena; no la esquiva, la ama, la desea; y muy errados andan cuantos se figuran que en esta parte nos han de negar su apoyo las ciencias, y que no tenemos otros medios de defensa, que los cánones de los Concilios, y las decisiones pontificias. En cuanto atañe á la Religion, sea perteneciendo á su naturaleza, sea allegándosele mas ó menos de cerca, hay mas razon, sabiduría y justicia de lo que muchos habían creído: se había propalado que la verdad de los Libros Santos era incompatible con los adelantos de las ciencias naturales; ha pasado el tiempo, se han multiplicado los descubrimientos y observaciones, y despues de un ecsámen maduro y profundo, los mas grandes naturalistas acaban de reconocer asombrados la verdad pura encerrada en la sencilla narracion de Moisés: á la luz de la filosofía de la historia, analizando la formacion de las sociedades modernas, se habían lisonjeado los enemigos de la Religion, que sorprendiéndola en medio de tiempos tan te-

nebrosos, se le descubrirían grandes crímenes contra la sociedad, ya escitando sangrientas discordias, ya invadiendo todos los poderes, ya conspirando alevosamente contra la libertad, la ilustracion y la dicha de los pueblos: y ¡cosa admirable! cuando la malicia y la ignorancia creyeron que se iban á poner en claro los horrorosos atentados de una nueva Medea, la verdadera filosofia ha visto en ella á una vírgen bajada del cielo, colocada en medio del caos para ordenarle y esclarecerle, levantando su voz para el alivio y remedio de grandes males, y para promover, incansable, la civilizacion y cultura. Quedan todavía algunas prevenciones injustas; son masas de niebla que se arrastran por la falda de los montes á la salida del sol; dejemos obrar á la Providencia, que si ésta en sus profundos arcanos no tiene decretada la permission de alguna de esas grandes aberraciones que de vez en cuando estravian al espíritu humano, no está lejos el dia en que todas las ciencias doblarán la rodilla ante la Religion, todas le pedirán sus inspiraciones y enseñanza, sentándose tranquilas á disfrutar de su benéfica sombra.

Hasta la economía política ha tenido que

amenguar un tanto el ímpetu que distinguió sus primeros ataques: fogosa y precipitada, como á jöven é inesperta, se habia persuadido, que fuera bastante un golpe de su mano para reducirlo todo á polvo; pero el encontrar mas solidez y firmeza de lo que ella se figuraba, han debido ya hacerla mas cauta y mesurada. Como quiera, siempre me parece que ha de ser ella la mas descontentadiza y cavilosa: por su misma naturaleza vive en medio de intereses; y bien sabido es que en tal atmósfera no son los elementos mas dominantes, la sinceridad en las palabras, ni la pureza en las miras. Y sirva esta indicacion para que se eche de ver, que no me es del todo desconocido el suelo que estoy pisando, y que no ignoro cuál es mi principal adversario, cuál es su carácter, y cuáles sus trazas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

Estado de los conocimientos que poseen sobre su historia
esta historia, que muestra esta riqueza que
se adquiere con muchos siglos y por muchos
siglos, desde que se funda en esta la historia
y los siglos se la repiten, desde que se funda
por el destino que natural é ineludible y hasta la
actualidad, desde que se funda en esta la historia
esta historia, que muestra esta riqueza que
se adquiere con muchos siglos y por muchos
siglos, desde que se funda en esta la historia
y los siglos se la repiten, desde que se funda
por el destino que natural é ineludible y hasta la
actualidad, desde que se funda en esta la historia

I.

Hubo un tiempo en que el clero de casi todas las comarcas de Europa poseía bienes cuantiosos; esto es una verdad; así lo enseña la historia, así lo indican restos considerables, y así lo atestiguan grandes y numerosos monumentos: porque conviene notar que los bienes de la Iglesia andan siempre enlazados, no solo con la construcción, conservación y adorno de esos suntuosos templos, donde desplegara la religiosidad toda su magnificencia, y el arte sus maravillas; sino también con el nacimiento, desarrollo y prosperidad de toda clase de establecimientos de utilidad y beneficencia, ya para la instrucción de la juventud, ya para el enfrenamiento y corrección del vicio, ya para el alivio y consuelo de la humanidad desgraciada, ofreciendo amparo al huérfano, pan al hambriento, apoyo al desvalido, posada al peregrino, remedio al enfermo, y honroso asilo al pudor en riesgo.

Asentado ya el hecho de la antigua riqueza del clero, y sin tratar de detenerme en examinar el

grado de ecsageracion que podria haber en ponderarla, observaré, que mientras esta riqueza haya sido adquirida con motivos justos, y por medios legítimos, nada pueden echarle en cara la justicia y las leyes: si la adquisicion hubiere sido sugerida por el instinto mas natural é indeleble, y hasta la acumulacion misma nada presentare de violento, antes hubiese sido un espontáneo y necesario resultado de las circunstancias en que á la sazón se encontraba la sociedad, nada tendrá que decir en contra una filosofía, que no se complazca en declamar vanamente contra la realidad y la fuerza de las cosas; que sea, como suele decirse, positiva: y sobre todo si la adquisicion, la acumulacion misma atendiendo á los tiempos en que principalmente se hizo, y aun á largo espacio despues, hubiere sido muy provechosa á los pueblos, contribuyendo poderosamente á mejorar su condicion, librándolos de pesada esclavitud, y promoviendo en todos sentidos la civilizacion y cultura, la humanidad nada tendria de que lamentarse; antes sí, hallaria un motivo muy poderoso para inspirarle el mas vivo agradecimiento.

¿Por qué motivo procuró el clero adquirir bienes? Una clase, una corporacion, lo propio que un individuo, necesitan medios de subsistencia; el instinto de su propia conservacion los estimula á procurárselos, y todas las sugerencias del buen sentido, y todas las consideraciones de la razon, vienen á confirmar este instinto, elevándole á la esfera de un

derecho, y de un derecho incontestable: ecsigir lo contrario, es forzar la naturaleza, es ecsigir un imposible. Infiérase de aquí, cuán justo, cuán natural y necesario fué, el que las leyes civiles protegieran este derecho, puesto que una vez establecida en la sociedad una corporacion, ó clase cualquiera, es menester que la ley consienta en favor de ella los medios indispensables de subsistencia; ya que hacer lo contrario seria una contradiccion monstruosa, ó mas bien una verdadera proscripcion.

Durante las angustiosas aflicciones que sufrió la Iglesia en los tres primeros siglos, bien se deja entender que no le habia de ser fácil adquirir bienes raices: contábase á la sazón entre las sociedades ilegítimas, ó por hablar conforme al Derecho Romano, entre los colegios ilícitos, á los que no era permitido adquirir nada, ni por donacion, ni por herencia, ni por legado: demas que esta disposicion de la ley debia de tener mas vigor con respecto á los cristianos, amontonados con tanta frecuencia en los calabozos para servir luego de espectáculo á un populacho feroz, que se complacia en verlos padecer en los potros y demas tormentos, en mirar cuál los despedazaban las fieras, ó cómo tronchaba sus cabezas el hacha del verdugo.

Tal es, sin embargo, la fuerza de las cosas, que despues de promediar el siglo tercero, ya la Iglesia adquirió una porcion algo considerable de predios, aprovechando seguramente la oportunidad que de-

bió de ofrecerse, ó por el enflaquecimiento de las leyes, á causa de andar á la sazón muy revuelto el imperio, ó porque en este punto, en los trechos en que se animaba la borrasca, se relajasen ellas de suyo: que así sucede siempre que el legislador se empeña en oponerse á la razón y justicia, y en luchar temerario con creencias muy arraigadas y entendidas; las necesidades que tienen en estas su origen se han de satisfacer; la violencia produce un efecto momentáneo, pero la violencia no puede ser duradera: las necesidades vuelven á alzar la voz, y tarde ó temprano, la ley imprudente ó se elude, ó se quebranta. No siempre han tenido presente esta verdad los gobiernos; pero en tal caso, tampoco han logrado otra cosa que labrar su descrédito, y preparar su ruina. Cuando las ideas y costumbres de un país encierran algún hecho de alta importancia, es necesario que las leyes le reconozcan y respeten. ¿Qué importa que la ley lo niegue, si el hecho existe? ¿qué adelanta el legislador poniéndose en lucha con un principio muy robusto? el orgullo ciega al hombre dándole á entender que es fuerte lo bastante para destruir á su adversario; pero el hombre es muy débil, y si como acostumbra, echa mano en su apuro de armas vedadas, haciendo servir por la sinrazón y violencia lo que debiera ser un instrumento de la razón y justicia, tampoco alcanza otro resultado que desacreditar completamente las mismas instituciones que había llamado en su apoyo.

Dada por Constantino la paz á la Iglesia, y contada por consiguiente entre los colegios legítimos, asegurósele desde luego por las leyes civiles el derecho de adquirir, aumentándose en seguida considerablemente sus bienes, ora por donaciones, ora por herencias y legados. Los adversarios de las actuales rentas de la Iglesia suélnese mostrar muy apasionados por la disciplina y costumbres antiguas; y no escasean los encomios á la santidad de vida, al celo puro y desinteresado que caracterizaba á los prelados de aquellos tiempos; y ya que no sea dable achacar á codicia, ni á miras ambiciosas, la adquisición de fincas por parte de obispos tan santos y desprendidos, forzoso será, cuando menos por no caer en chocante inconsecuencia, el reconocer que debe de ser muy útil, muy natural y necesario el que la Iglesia posea bienes raíces; y que cuando esta materia pasó por un crisol tal, como era la conciencia de aquellos hombres de tanta sabiduría y virtud, bien cierto será también que la posesión de fincas por parte de la Iglesia, nada envuelve de contrario al espíritu del Evangelio.

Crece de punto el valor de estas consideraciones si se repara, que los obispos llevaban tan adelante en esta materia la severidad en las máximas, y el desprendimiento en la conducta, que cedían generosamente del derecho que les concedieran las leyes civiles, en mediando en la adquisición alguna circunstancia que lastimase en lo más mínimo, no diré la justicia ni equidad, pero ni aun la delicade-

za: sabido es que á este propósito decia San Agustín con su gracia y agudeza acostumbrada: *jure fori, non jure poli.*

II.

Andaba estendiéndose mas y mas cada dia la Religion cristiana, y la Iglesia iba adquiriendo nuevos predios, conforme lo ecsigia el mayor número de ministros, el ensanche y multiplicacion de las atenciones y necesidades, y segun lo proporcionaba la religiosidad y gratitud de los pueblos. Este era el curso regular de las cosas, y así hubieran continuado, si á la sazón no tocara la sociedad en una gran crisis, comienzo de grandes desastres, y data de un cambio total en las relaciones domésticas y sociales, no menos que en las formas civiles y políticas.

Al llegar aquí, colócase la materia de los bienes de la Iglesia en un terreno enteramente nuevo; pero que ofrece el mas ancho campo á consideraciones del mayor interés, bajo todos aspectos. Sigue un órden de cosas, que no habia tenido semejante; para comprenderle bien, es necesario colocarse á la vista del mismo origen, porque del contrario, confundidas las épocas y costumbres, todo se altera y desfigura, y lejos de entrar en un análisis cien-

tífico, se pierde vanamente el tiempo en frívolos lamentos, en exclamaciones vacías. Quien estudie la historia de la Iglesia, quien desee formar acertado juicio sobre sus riquezas y poder en las varias épocas, necesita no perder nunca de vista las circunstancias de los lugares y tiempos; porque es una grande injusticia el juzgar á los hombres fuera de su puesto; y aun en buena filosofia es tan poco razonable, como si alguno que debiera calificar el mérito de las piezas de una máquina, se empeñara en hacerlo dislocándolas primero, y sin atender á las relaciones que entre sí tienen, ni al lugar que ocupan, ni al juego á que se destinan.

El Imperio Romano llevaba ya en su seno el gérmen de muerte; pero acometido de repente por la avenida de bárbaros salidos de las selvas del Norte, y forzado á combatir, sintió revelarse toda su debilidad, y desenvolverse rápidamente todas las causas de disolucion que iban carcomiendo, tiempo habia, su desfallecida ecsistencia. La Europa presentó entonces el mas negro y espantoso cuadro que ofrecer puedan los fastos de las calamidades humanas: no era una sociedad en desórden, no un conjunto de naciones en guerra ó en revolucion, no una arena donde lidiasen unas leyes con otras leyes, unas instituciones con otras instituciones; era una confusa mezcla de barbarie y civilizacion, de grosería y de cultura, de rudeza y de saber, de afeccion y de ferocidad; eran unos pueblos precipitados sobre otros pueblos, peleando, chocándo-

se, rechazándose como las oleadas en la tormenta; era un lago de sangre, un monton de despojos, de cenizas, de ruinas, un cáos. Estremecimiento causa solo el pensar en lo que hubiera sido de la sociedad europea, si la Providencia que en su indignacion habia querido afligirla con tamaña catástrofe, no hubiera cuidado oportunamente del remedio, difundiendo y arraigando de antemano la Religion cristiana, que al paso que fuera un alivio y consuelo en los males presentes, mostrara en lejano porvenir una aurora de esperanza.

Todo el saber humano habia desaparecido, y la Religion cristiana tenia en sus libros y tradiciones el precioso depósito de la mas profunda sabiduria: la historia se hundia en el olvido, la barbarie combinada con la diversidad de ideas, lenguas, y costumbres, abria un abismo, que habia de separar á los pueblos venideros de los pueblos antiguos, y la Religion poseia un Libro, y un Libro que no podia soltar de sus manos, y en él se encerraba en breves páginas la historia del mundo: la rudeza mas grosera y feroz, levantaban á la civilizacion y cultura una valla insalvable, y la Religion, con la continua pública lectura y esplicacion de los Libros Santos, desplegaba ante los ojos de un pueblo asombrado, aquellos magníficos cuadros, donde resplandece en toda su riqueza y ostentacion, la pompa de las costumbres orientales: y mientras la crueldad mas brutal, amontonaba por do quiera ruinas y víctimas, ella inspiraba lenta, pero eficazmente, la suavidad,

la mansedumbre, la nobleza, la dignidad y la ternura de sentimientos; ora haciendo resonar los robustos acentos del harpa de David, ora los plañidos de la vírgen de Sion, ora la formidable trompa de los profetas, tronando en nombre del Omnipotente, y amenazando con terrible venganza, al cruel, al opresor, al injusto.

Las ideas de Dios, del hombre, y de la sociedad, hallábanse oscurecidas, adulteradas; y ella las presentaba puras, grandes, luminosas: ya no era Dios una pasion divinizada, un emblema de la fecundidad de la tierra, el ecsagerado retrato de un conquistador, ó de algun inventor ingenioso y benéfico; era un Ser eterno, infinito, cuya palabra crió el mundo, cuya sabiduria le gobierna, y cuya voluntad le conserva: el hombre tan despreciado, envilecido, atropellado por otro hombre, y considerado hasta entonces como una mercancía vil, era á los ojos de la Religion, una criatura de tanta dignidad, que sobre ella estaban fijas las miradas de todo el cielo, como á objeto que era de inefables designios, de incomprendible dignacion del Altísimo: y la sociedad que antes era un monopolio cruel, una ensangrentada arena, donde unas manadas de esclavos, degollaban á otros esclavos, era esplicada por el Cristianismo, como una reunion trabada con fuertes y suavísimos lazos, que arrancaban del mismo cielo, regida por la justicia, endulzada por el amor, y encaminada al bienestar, y á la felicidad de todos los hombres.

Para que nada faltase, no se limitaba la Religion á la mera enseñanza; sino que mostraba en la Iglesia, un tipo de una sociedad admirable, donde podian los hombres ver realizado en la práctica, lo que habian aprendido con la doctrina; y cuenta, que la esposicion de este bello tipo á la vista de los pueblos, debia serles altamente provechosa; porque la historia, de acuerdo con la esperiencia de cada dia, nos atestiguan, que así como los grandes escándalos, nunca pasan sin acarrear daño, así los grandes y saludables ejemplos, no pasan tampoco sin dejar provecho. Un poder fuerte sin despotismo, y suave sin debilidad; una administracion rígida, vigilante y severa; pero sin opresion, sin violencias, sin vejaciones de ninguna clase; leyes recomendables por la madurez, que acompañaba la deliberacion, razonadas en todas sus partes con la prudencia y cordura, preñadas de sabiduría y prevision, y acomodadas á la variedad de tiempos y paises; leyes templadas con razonable indulgencia en consideracion á la debilidad del hombre; pero dotadas de la necesaria firmeza, para poner dique á las pasiones y caprichos, armadas de saludable rigor, para hacerse respetables, pertrechadas de escudos que impidiesen la infraccion, y rodeadas de atalayas, que celasen su observancia; he aquí el tipo ofrecido por la Iglesia: ahí está la historia, leed, y vereis que no esagero.

Asentados estos hechos, tan incontestables como luminosos, échase de ver, que todas las semillas,

de civilizacion y cultura, todas las esperanzas de los pueblos, se hallaban encerradas en manos de la Iglesia; siendo notable, que todas las preciosidades que habia elaborado el trascurso de muchos siglos, y que pudieron salvarse del primer ímpetu de la furiosa avenida, todas se habian refugiado á la sombra de la Religion, todas se amparaban en el asilo de la Iglesia. Es ciertamente tan curioso y digno de observacion, como poco reparado, éi singular é inestimable beneficio, que á la sazón proporcionaban á las letras, á las artes, y sobre todo á la humanidad, aun aquellos dogmas que, al parecer de muchos, debian de ser menos conducentes á este propósito: el culto de los santos, la veneracion debida á sus sagrados restos, la inviolabilidad de los templos del Señor, todo se combinaba admirablemente, para detener el hacha levantada ya para derribar y herir; y mientras nadie osaba oponerse á aquellos hombres feroces, ávidos de arrasar monumentos, y tronchar cabezas, presentábase á ellos con santa y generosa osadía, los Papas, los Obispos, los Sacerdotes, los Cenobitas; mostrábanles los sagrados títulos de la mision recibida del cielo; y al paso que reclamaban con energía, la conservacion y el respeto, en pro de cuanto llevaba el sello divino, protegían, al mismo tiempo, la vida del hombre, la honra de la esposa, el pudor de la vírgen, y salvaban de total ruina, los restos de la antigua civilizacion y cultura.

En la actualidad, cuantos se precian de inteligen-

tes en la filosofía de la historia, están ya acordes en rechazar como calumniosa y absurda, la tacha de antisocial, con que algunos declamadores y sofistas del pasado siglo, se habían empeñado en afeár la Religión cristiana; siendo ya cosa asentada como cierta, que si la Europa alcanzó á salir del caos, y si ha podido ver con asombro, cuál brotaban de en medio de tan espantosa confusión, tantas naciones, tan grandes, tan ricas, tan florecientes y lozanas, todo lo debe á la Religión cristiana. Ahora, el odiarla por sistema, el perseguirla con encarnizamiento, el frenesí de borrar su sello, y derribar todos sus monumentos, es no solo una injusticia, y un crimen, y barbarie, sino también un verdadero anacronismo; y desgraciadamente, nosotros acabamos de presenciarle.

Ya que esta Religión divina era el elemento poderoso y benéfico que había de rejuvenecer, ó mas bien á reengendrar á la sociedad, y como quiera que no es la Religión una teoría científica, encerrada en los límites de una escuela ceñida á ilustrar, propagando las doctrinas por medio de la enseñanza; sino que está realizada, y hecha sensible en la sociedad llamada Iglesia, la que tiene un cuerpo de ministros para ejercer sus funciones, y llenar sus miras, infiero yo de aquí, que el influjo, el ascendiente de estos ministros sobre el ánimo de los pueblos, fué un hecho, no solamente muy saludable y provechoso á la sociedad, sino también muy natural, muy necesario, enteramente inevita-

ble: el saber, la virtud, la enseñanza y el consejo, es un conjunto tan precioso, que quien le reuna puede estar seguro de inspirar respeto y veneración, y de alcanzar influjo y deferencia; y el consuelo en las aflicciones, y el alivio y remedio en los grandes males, son beneficios sobrado dulces al corazón humano, para que dejen de grangear á quien los dispensa, el amor y la gratitud de los favorecidos. Así ha sido siempre, y así será, en no trastrocándose monstruosamente la naturaleza de las cosas.

Colocado el observador en este elevado punto de vista, ve desplegarse ante sus ojos, un espacioso terreno, donde descubre clara y distintamente un sin número de abundantes manantiales, de que debieron brotar á porfía las preeminencias, los privilegios, los honores, la consideración, el influjo en todos sentidos, de que se halló colmado el clero; y entonces se pregunta á sí mismo ¿qué quieren decir esas violentas invectivas, contra los abundantes bienes con que se quedó enriquecido? Dadas tales circunstancias, ¿podía acaso suceder lo contrario? ¿no hubiera sido una monstruosa anomalía? ¿Qué filosofía es esta tan maligna, que á trueque de poder derramar su bilis contra una clase respetable, echa por cualquier atajo, aunque sea forcejando contra el curso natural de los hechos?

Gracioso además es ver, cuál se presenta como resultado de una conspiración vasta y profunda, lo que no es mas que el producto necesario de una combinación de circunstancias, en cuyo centro apa-

rece el clero, con tantos títulos de honra, de prez y de gratitud: risa mueve á todo hombre esperto y entendido, el oír esos afectados plañidos, de que saliera jamas la Iglesia, de aquella primitiva pobreza, que formaba su mas bello ornamento, y su mas seguro preservativo contra la ambicion y la codicia; de que olvidara aquel entero desprendimiento de todos los negocios temporales en que viviera en los primeros siglos; indignacion causa el notar cuál se escarba con afan, entre los escombros de los tiempos, por encontrar algun hecho reprehensible sí, pero que aislado, sin influencia ni resultados, y sobre todo reprimido ya, reprobado, reprimido con mano fuerte por la misma Iglesia, nada significa en el curso general de los sucesos. Apenas sabe uno cómo apellidar esta clase de crítica y de filosofia; á buen seguro que los conocimientos que pretendan condecorarse con el nombre de ciencia, y de filosofia de la historia, han de ser algo de mas puro, mas noble, mas elevado, mas grande.

El clero adquirió grandes riquezas, es verdad; pero ¿qué resulta de aquí contra el clero? La influencia é intervencion en todo género de negocios, la inteligencia en todas materias, la direccion en todos los ramos, la gratitud de las familias y de los pueblos, las proporcionan siempre, y en abundancia; y el clero tuvo por espacio de muchos siglos esa influencia é intervencion en todos los negocios, esa inteligencia en todas las materias, esa direccion en todos los ramos, en tal punto, que dejaba muy

atras á todas las demas clases: y cuando nadie pensaba en aliviar y consolar los infortunios de las familias y de los pueblos, él á fuerza de inestimables beneficios se grangeaba por todas partes la gratitud y el amor. ¿Es esto lo que dice la historia? sí ó no: si no es así, desmentidme; y si es así, declamad cuanto os pluguiere contra las grandes adquisiciones del clero; pero yo os responderé tranquilamente que borreis, si os es posible, las páginas de la historia; que trastroqueis el orden natural de las cosas; y si esto no es dable, os añadiré, que no es de verdaderos filósofos el deshacerse en invectivas contra una clase, por la culpa, por el horroroso crimen de haberse verificado con respecto á ella, las eternas leyes de la sociedad y de la naturaleza.

Siempre que se hallan encarados el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilizacion, la grosería y la cultura, el desorden y el orden, el acaso y la prevision, prevalecen la virtud, el saber, la civilizacion, la cultura, el orden, la prevision; un trastorno, una violencia, un conjunto extraordinario de circunstancias, pueden presentar anomalías pasajeras; pero dejad obrar el tiempo, y vereis cómo al restablecerse la calma, en recobrando las cosas su nivel, las clases que se aventajan á las otras en calidades estimables, se encontrarán, mas ó menos tarde, con las riquezas, los honores y el mando en sus manos.

Tan natural es semejante curso de cosas, que á cada paso nos ofrece en confirmacion la historia

palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo ecsámen nos estamos ocupando, nos presentan uno tan á propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época, en que el clero secular, como á mas espuesto por su posicion y circunstancias que el clero regular, á la influencia del siglo en que vive, no alcanzó á preservarse del todo, de la ignorancia y corrupcion que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos, viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monges y los clérigos regulares, ó canónigos: y ¡cosa notable! las riquezas tomaron tambien la nueva direccion reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta afluencia de los honores, poder y riquezas hácia las manos de las clases mas distinguidas por su mérito, tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que á mi entender podria en esta materia asentarse una regla general, que sirviera de luz en las ciencias políticas, y que empleada con tino y mesura, podria servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos, con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una sociedad ecsista una clase muy numerosa, benemérita, y acreedora por lo mismo á consideracion y bienestar, á honores y riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole

las leyes, las instituciones, ú otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningun síntoma de agitacion; las revueltas, tal vez la revolucion, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel, si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve á tiempo, ella lo buscará por sí misma, y entonces serán necesarios los vaivenes y oleadas.

III.

Si las riquezas del clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios á la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habria razonable motivo para hablar contra ellas, no solo tachándolas de injustas, sino presentándolas como uno de aquellos males, que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos, y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces, que una combinacion fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos, que por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos; y aun las mismas leyes, ó porque entrañen alguna porcion de injusticia, ó porque estén dictadas con poca prevision, ó porque

palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo ecsámen nos estamos ocupando, nos presentan uno tan á propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época, en que el clero secular, como á mas espuesto por su posicion y circunstancias que el clero regular, á la influencia del siglo en que vive, no alcanzó á preservarse del todo, de la ignorancia y corrupcion que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos, viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monges y los clérigos regulares, ó canónigos: y ¡cosa notable! las riquezas tomaron tambien la nueva direccion reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta afluencia de los honores, poder y riquezas hácia las manos de las clases mas distinguidas por su mérito, tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que á mi entender podria en esta materia asentarse una regla general, que sirviera de luz en las ciencias políticas, y que empleada con tino y mesura, podria servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos, con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una sociedad ecsista una clase muy numerosa, benemérita, y acreedora por lo mismo á consideracion y bienestar, á honores y riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole

las leyes, las instituciones, ú otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningun síntoma de agitacion; las revueltas, tal vez la revolucion, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel, si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve á tiempo, ella lo buscará por sí misma, y entonces serán necesarios los vaivenes y oleadas.

III.

Si las riquezas del clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios á la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habria razonable motivo para hablar contra ellas, no solo tachándolas de injustas, sino presentándolas como uno de aquellos males, que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos, y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces, que una combinacion fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos, que por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos; y aun las mismas leyes, ó porque entrañen alguna porcion de injusticia, ó porque estén dictadas con poca prevision, ó porque

cambiadas las circunstancias, no le acomoden, cual deben, á otras necesidades ofrecidas por la innovadora mano del tiempo, no dejan á veces de acarrear gravísimos males, tanto mayores, y tanto mas sensibles y chocantes, por proceder del mismo instrumento destinado á labrar la felicidad pública: resultando de aquí, que una cosa puede tal vez ser muy natural, y ademas muy conforme á las leyes, sin ser por esto provechosa; antes acarreado inconvenientes, y aun males de considerable cuantía.

Si con respecto á las riquezas del clero se hubieran verificado tan funestas coincidencias, escucharía de buena gana al filósofo, que ecsaminando con imparcialidad la materia, me dijese: "las riquezas del clero nacieron de causas muy naturales, se adquirieron por medios legítimos, contribuyendo á aumentarlas el gran bien que el clero hacia á la sociedad; pero de las mismas riquezas no reportó la sociedad beneficio; ellas fueron un verdadero mal." Pero ¿es esto así? ¿es esto lo que enseña la historia? No será de mas detenerse algun tanto en desentrañar esta cuestion; porque si bien se observa, lo que se ha reconocido como saludable para aquellos tiempos, es la influencia religiosa y moral del clero; pero la que se deriva de las riquezas es mirada con aversion, ó al menos con desvío; y es regular que á algunos lectores se les hará recio de creer que haya podido acarrear ningun provecho.

Toda vez que llevamos ya asentado, que el cle-

ro, como á ministro de la Religion cristiana, era con respecto á los pueblos lo que un padre respecto de un hijo, lo que un preceptor con relacion á su alumno, menester será confesar tambien, que todo cuanto ponía en sus manos los medios oportunos y suaves para que fueran escuchadas sus lecciones y consejos, respetada su autoridad, é imitados sus ejemplos, acarrea á la sociedad un beneficio inestimable. Y pregunto yo ahora ¿las riquezas, hasta en su abundancia, no eran á este fin, un medio muy á propósito, muy conducente, muy eficaz?

Si una clase ha de ejercer un influjo fuerte y duradero, ante todo es necesario que adquiera estabilidad é independencía. Sin estabilidad no alcanzará jamas consistencia y firmeza; sus relaciones serán escasas y débiles, sus miradas muy limitadas, sus funciones circunscritas á espacio breve, y estas sin calor, sin energía, sin resultados: poco segura de su propia ecsistencia, no podrá obrar sobre un sistema, ni desenvolver un plan, ni estender su vista al porvenir; planta ecsótica, que careciendo de arraigo no obtendrá nunca robustez, y el menor contratiempo será bastante para echarla por el suelo. Sin independencía, no podrá nunca una clase presentarse con aquel decoro y noble dignidad, que inspirando comedimiento y respeto, enfrenan la osadía, quebrantan el ímpetu del orgullo, ablandan la terquedad, y allanan el camino á la docilidad y á la deferencia. *Ni la estabilidad, ni la independencía se obtienen sin propiedad.*

En tiempos regulares, cuando encaminada la sociedad por un carril determinado, bastan aquellos influjos suaves que semejan al impulso necesario para mantener el movimiento, podria ser bastante la propiedad que asegurase estabilidad é independencia; pero si así no fuere, si fuere menester variar enteramente el rumbo de la sociedad, ora empujándola con fuerza hácia diferente direccion, ora oponiéndose de frente á su perniciosa carrera, entonces no bastaria la sola propiedad; se necesitaria propiedad abundante, porque no fueran suficientes la estabilidad é independencia, sino que seria necesaria ademas mucha robustez, un gran caudal de fuerza.

Esto, y nada menos que esto, tuvo que ejecutar la Religion cristiana; por consiguiente la Iglesia, por consiguiente sus ministros. Amansar y suavizar costumbres feroces, enfrenar, sojuzgar un orgullo terrible por su brutalidad, encrudecido con el combate, y engreido con la victoria, desarraigar y estirpar ideas supersticiosas y groseras, pulir hábitos rudos, desterrar usos inveterados, poner diques á la violencia y escesos del poder, contener la bárbara furia de los pueblos, alumbrar, organizar, crear, bajo todos aspectos, por todas partes, en todos sentidos, en todos ramos; y esto, no pudiendo aprovecharse en casi nada de las ideas y costumbres de los vencedores, sin que al menos no le fuera preciso enmendar, enderezar, refundir; pudiendo servirle en poco los restos y recuerdos de

la civilizacion antigua, flaca como á caduca, peligrosa como á gangrenada, y ademas hecha pedazos y casi aniquilada por el recio ataque que acababa de sufrir; y sobre todo importuna é inaplicable, como á cimentada sobre otros principios, regulada sobre distinta norma, encaminada á otros fines, é ideada para pueblos muy diferentes en carácter, ideas, costumbres, hábitos y demas circunstancias: he aquí la colosal empresa que acometió la Iglesia; he aquí lo que llevó á cabo con sabiduría, con vigor, con energía admirable; y he aquí cómo acarreó un inmenso beneficio con la misma abundancia de sus riquezas; pues que con ella no solo disfrutó estabilidad é independencia, sino que pudo adquirir toda aquella fuerza inmensa que necesitaba para ejercer una accion tan fuerte, tan viva, tan duradera; pues que con esta abundancia quedó erigida, constituida en un verdadero y robusto poder social y político, tal como le era necesario para llenar el grande objeto que sobre la sociedad se habia propuesto.

A un observador profundo, á uno de esos pensadores que conocen que una civilizacion no se improvisa con un discurso oratorio, y que el asentar la sociedad sobre sólida basa, y el darle luego la debida organizacion, ecsige harto mas tiempo y trabajo que la redaccion de un escrito, ha de serle muy grato el estudiar, cómo se elaboraban trabajosamente las sociedades modernas en medio de tiempos de tantas tinieblas, azares y trastornos. Asis-

tiendo á esta grande operacion social, no con aquella impaciencia de quien aguarda la conclusion de una munufactura, sino como quien presencia una de las grandes funciones de la naturaleza, la cual para la produccion de sus mayores obras, echa siempre mano de una sábia combinacion de causas, sazónada con porción considerable de tiempo, descúbrense cuál juegan un sin número de influencias para preparar á la sociedad europea dias de mas órden y regularidad, preludio de otros de mas brillo, grandeza y ventura; y es notable que las riquezas del clero, hasta en su misma abundancia, figuran como uno de los elementos mas suaves y lentos, y al propio tiempo mas poderosos y eficaces.

Entre pueblos errantes y feroces, que acabando de salir de sus enmarañadas selvas, llevan al través de inmensas distancias sus tiendas y familias, que se precipitan como un torrente sobre los países que mas les agradan, arrojando de allí á los antiguos moradores, cuando no los reducian á la esclavitud, ó no los sacrificaban á su crueldad; poco significado podian tener las palabras de razon, de derecho, ni justicia; y acostumbrados á adquirir por la fuerza, á poseer por violenta ocupacion, y á conservar por medio del combate, la propiedad habia de ser para ellos un nombre vano, porque mal se formará de ella una idea, quien no conozca otros títulos que la conquista, otra ley que la guerra, otro derecho que la punta de la lanza, ni otra garantía que el estermínio. Para combatir

disposiciones tan funestas, hacer que les sucedieran otras mas racionales, y preparar, por decirlo así, el terreno á recibir la semilla de la organizacion y adelanto social, era del todo necesario el que se procurase esparcir por todas partes una idea importante, capital, como que entra necesariamente en la misma idea de las sociedades: hablo de la *propiedad*.

Bien se echará de ver que en la época á que nos referimos, debian de surtir escaso efecto la enseñanza y las amonestaciones, si no anduviesen acompañadas de medios que contribuyeran á hacer palpar la verdad é importancia de las doctrinas, y lo saludable de los consejos; de medios, que realizando á los ojos de los bárbaros un órden de cosas para ellos nuevo, los aficionasen insensiblemente á tantear otro método de vida, en que alcanzaran mas tranquilidad y mas dicha.

El primer paso que en este camino debia darse, era comunicar á los pueblos conquistadores la inclinacion á la vida agrícola, pues que alcanzando este objeto, se tenia ya lo que es de todo punto indispensable para que un pueblo numeroso pueda asegurarse medios de subsistencia, y que ademas es muy á propósito para estirpar la barbarie, y allanar la carrera de la civilizacion.

Una vez tomada por un pueblo la afición á la agricultura, cobrando apego al país que le proporciona alimento y regalo, pierde en consecuencia el gusto de la vida errante, de guerra continua, de cor-

rerías y pillage; téplase poco á poco la primitiva fiera, sucediéndole las costumbres mas suaves y pacíficas; siéntese las ventajas de una vida quieta y sosegada, y la necesidad de estrechar los vínculos con los demas, al menos para la comun defensa; nace entonces el amor y respeto á la propiedad, y esto sugiere naturalmente la idea de un poder protector que vele por reprimir á los díscolos del pais, y repeler las violencias de los estraños; é influyendo el mismo tenor de esa clase de vida al desenvolver sentimientos dulces, mejóranse las relaciones de familia, créanse la de paisanage, estiéndense las de parentesco, y afirmándose, ensanchándose, y regularizándose unas y otras, se va urdiendo la gran tela formada por el vasto y admirable conjunto de las relaciones sociales. ¿Y cómo podia mejor lograrse este objeto, que formando entre los mismos bárbaros grandes establecimientos agrícolas pertenecientes al dominio de la única clase que habia alcanzado inspirarles respeto, que habia ganado sobre ellos poderoso ascendiente? ¿no era esto esparcir una semilla que con el tiempo no podia menos de ser muy fecunda?

En tratándose de conducir á un pueblo por caminos para él inusitados ¿no conviene ante todo ir formando á propósito sus hábitos? y estos hábitos ¿pueden acaso engendrarse y crecer de modo mas eficaz y suave, que poniendo de continuo á la vista el ejemplo que arrastre, el estímulo que incite, el cebo que brinde?

Aun hay mas, y sobre este punto llamo muy particularmente la atencion de los lectores: la Religion cristiana entraña de tal manera el espíritu de amor y de beneficencia, que en todos tiempos y paises ha desplegado en esta parte un carácter, que la ha distinguido siempre de todas las otras religiones. Y no es que por otras religiones no se haya enseñado tambien de algun modo la beneficencia, no que dentro de nosotros no ecsista tambien de ello alguna semilla; pero darle aquella energía y eficacia que alcanza á grandes beneficios para la humanidad, esto ha sido reservado á la Religion cristiana.

Hay en nuestro corazon, y esto no puede dudarse, hay en nuestro corazon un sentimiento innato, vivo, indeleble, que con impulso vehemente nos lleva á socorrer las desgracias de nuestros hermanos; y la Divina Providencia tan admirable y profunda en sus designios, como en trazar á las criaturas el sendero por donde quiere encaminarlas, ha vinculado con alta sabiduría ese sentimiento fraternal, con una verdadera pena que brota en nuestro pecho á la sola vista del infortunio; pena, que al paso que sirve de permanente estímulo para los corazones virtuosos, es tambien un castigo, un recuerdo mordedor para aquellos que se esfuerzan en embotar los dulces sentimientos que les ha inspirado la naturaleza. Pero por mas admirable que sea este sentimiento; por mas alto que reconozcamos su origen, saludables y nobles sus fines, una esperiencia

dolorosa nos manifiesta con harta frecuencia, que abandonado á sí mismo, no tiene fuerzas bastantes para crear, engrandecer ni conservar ninguno de aquellos establecimientos que eesigen mucho desprendimiento, y que reclaman una dilatada continuacion de esfuerzos, y de penosos cuidados. Como quiera que esa inclinacion, de suyo tan generosa, se alberga en un corazon tan flaco, tan voluble, tan combatido de inesplicables contrariedades, no tiene suficiente robustez y energía para dominar la altivez del orgullo que no quiere doblegarse á ese linage de solicitud, que consigo no lleva ni lustre, ni gloria; no es bastante avisada para precaverse de las insidiosas sugerencias del mezquino interés, ni bastante desprendida para que se resuelva á desentenderse de las cavilaciones con que la asedia continuamente el amor propio.

Sí, y es preciso decirlo, y en alta voz: sin un ejemplo tan elocuente como el de un Dios inmolado en una cruz por la salud del linage humano, sin la robusta sancion del precepto divino, sin la union encantadora de los consejos del Hijo de María, sin el estímulo de aliciente tan poderoso como lo es el de una recompensa eterna, sin aquellos misteriosos influjos sobre el alma, que iluminan el entendimiento, impulsan y arrastran la volunrad, enternecen el corazon, abaten el orgullo, estimulan en la desidia, alientan en el cansancio, despegan del mezquino interés, agradan y elevan todas las ideas, purifican, avivan y ensanchan todos los sentimien-

tos, sojuzgando de un modo tan inefable, como dulce, como eficaz al hombre entero; sin todo esto que en la Religion de Jesucristo se encuentra, y solo en ella se encuentra, el débil hombre contrariado, combatido por muchos, muy astutos y poderosos adversarios, vacila, se desalienta, se abate, retrocede pusilánime en el mismo camino en que poco antes le empeñara con ardimiento un impulso benéfico y generoso, y acaba por abrir su corazon al seco y desapiadado egoismo, para que este mónstruo encogido y adusto asiente allí su aislado trono, y dirija con interesadas miras todos los pasos y acciones, desordenando todos los planes, embarazando la ejecucion de los mejores proyectos, y secando en la misma raiz toda planta, que pudiera producir para la desgraciada humanidad, algun alivio y consuelo.

Y he aquí por qué somos deudores á la Religion cristiana de la idea, planteo é incremento de toda clase de establecimientos de beneficencia; he aquí por qué donde quiera que se encuentren, buscan naturalmente la sombra, el amparo de la religion; he aquí por qué se arriman á ella como hijos á la madre, para que los nutra con su leche, y los vivifique con su calor, y los favorezca con sus cuidados y ternura. No es de este lugar el tejer la historia de estos establecimientos; pero bien puedo dirigirme con entera confianza á cuantos se han ocupado en el estudio de ella, y preguntarles si no es verdad que en todas partes, y en todas épocas, los encuen-

tran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia.

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionan á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su accion y á desenvolver en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un caos la sociedad, ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieran en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministraran medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes y el desperdicio que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasion ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenian anecosos hospicios, que ofrecian un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo en-

contraba consuelo y remedio? Quien conozca que para la instruccion y educacion de los pueblos pueden mas los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes, ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una leccion continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficacísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar dias mas apacibles y venturosos? ¿Quién no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que habia dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazon? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundacion de establecimientos de beneficencia? ¡oh! ¡y cómo careciera de uno de los mas bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

Cuanto hayan contribuido á la formacion y organizacion de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pero está

tran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia.

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionan á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su accion y á desenvolver en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un caos la sociedad, ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieran en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministraran medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes y el desperdicio que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso?

Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasion ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenian anecosos hospicios, que ofrecian un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo en-

contraba consuelo y remedio? Quien conozca que para la instruccion y educacion de los pueblos pueden mas los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes, ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una leccion continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficacísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar dias mas apacibles y venturosos? ¿Quién no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que habia dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazon? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundacion de establecimientos de beneficencia? ¡oh! ¡y cómo careciera de uno de los mas bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

Cuanto hayan contribuido á la formacion y organizacion de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pero está

muy lejos de haberse agotado la materia, y penetrando con espíritu de observacion en aquellos tenebrosos tiempos, precediéndonos la antorcha de la filosofia en manos de la imparcialidad, aun podremos recoger otros hechos, que suministrarán abundante pábulo á profundas meditaciones, y éstas nos conducirán naturalmente á descubrir otros puntos de vista tan nuevos, como vastos é interesantes.

Entraré en cuestion con toda libertad é independencia, ni será parte á embarazarme el que en algun punto de la mayor gravedad, haya de encontrarme en abierta oposicion con uno de aquellos hombres, que en tales materias, han llegado á ser para muchos un testo de irrecusable autoridad. Respeto el mérito donde quiera que le encuentre; y si es grande, me admira y arrebatá; pero jamas he podido avenirme con ese apocamiento que entre nosotros cunde con nombre de libertad, que proclama sin cesar ilimitada la independencia del pensamiento, y sin embargo, no se atreve nunca á pensar por sí mismo, y á ecsaminar las cosas de cerca, sino que defiriendo en las mas altas materias á la palabra de algunos autores, no se toma la pena siquiera de estudiarlas. ¡Cosa notable! Muchos hombres se glorían de pensadores libres, solo porque no escuchan la voz de la Religion; y si bien se los observa, vese con toda claridad que su espíritu se arrastra servilmente en pos de la huella de otro hombre. A nosotros los católicos tambien nos gusta la liber-

tad de pensar; pero la libertad bien entendida, la libertad que no traspasa las grandes leyes que Dios ha dictado á los espíritus; tambien nos place el surcar dilatados mares, el visitar nuevas playas, y sin que nos asusten los bramidos de la mar, seguimos atrevidamente nuevos rumbos, y acometemos grandes viages; pero sabemos que el piélago es tormentoso, que á veces se cubre de espesas tinieblas, y que arrastradas las naves por precipitadas corrientes, por furiosos huracanes, corren peligro de extravío y naufragio: por esto no soltamos jamas la brújula de la mano, y esta brújula es nuestra fé. Pero prosigamos, y perdone el lector la digresion, reflexionando, que cuando el pecho está lleno rebosa.

El hecho histórico que voy á analizar nos descubrirá preciosas verdades sobre los beneficios proporcionados á la humanidad por la misma abundancia de riquezas de la Iglesia; nos dará una idea mas clara de la posicion en que ella se encontró, á causa del carácter y circunstancias de los pueblos que la rodeaban, y arrojará bastante luz sobre la legislacion canónica con respecto á los bienes, descubriendo la conveniencia y necesidad de ciertas disposiciones, que á algunos podrian parecerles demasiado terrenas. En el estudio del derecho tanto civil como canónico, es una escelente lumbrera la filosofia de la historia.

Se ha dicho que los Germanos llevaban consigo un vivo sentimiento de independencia personal, que no se hallaba en ninguna otra parte, ni en el Im-

perio, ni en la Iglesia, ni en ninguna de las civilizaciones antiguas; sentimiento que depositado en el seno de la Europa, ó inoculado en las costumbres de los pueblos, habia ejercido fuerte y saludable influencia en el desarrollo de la civilizacion. Si pedís que sobre el particular se os suministre algo que pueda fijar vuestra idea, ó que cuando menos se os tracen algunos rasgos característicos que os den á conocer ese sentimiento, se os advertirá ante todo, que nada ha quedado de las costumbres de los bárbaros; que ni un recuerdo de su estado social ha sobrevivido á tantos siglos; que nos vemos precisados á adivinar, á interpretar remotísimos monumentos históricos, á suplir con un atrevido esfuerzo de imaginacion lo mucho que nos falta para la esplicacion de aquel estado social; y luego se os añadirá que este sentimiento es el placer de la independencia individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de los lances y aventuras del mundo, los goces de una actividad sin trabajo, la inclinacion á una vida errante llena de imprevision, de desigualdad, de riesgos infinitos; que en esta necesidad imperiosa de independencia personal, habia algo de mas material, mas grosero de lo que nos presentan los cuadros trazados por M. Thierry; que dominaba en los bárbaros del Norte cierto grado de brutalidad, cierta propension á la embriaguez, cierta apatía; pero luego se os dirá con serenidad, que á pesar de esa confusa mezcla de brutalidad y de egoismo

estúpido, se conoce que aquella pasion por la independencia individual, es un sentimiento noble cuyo poder se deriva totalmente de la parte superior de la naturaleza moral del mismo hombre, que es hija del placer de sentirse hombre, del orgullo de comprender toda su dignidad, del sentimiento y poder de su libre desenvolvimiento en sus facultades.

A buen seguro que si con tan negras pinceladas se nos pinta el principio fecundo de civilizacion, difícil se nos hará de creer que haya sido germen de hermosos resultados; y ni las civilizaciones antiguas, ni el Imperio, ni la Iglesia, se lo envidiarán á los bárbaros Germanos; y por cierto que todos los hombres que no se dejen deslumbrar por palabras, pensarán que todo lo que haya contribuido á contrariar el incremento y desarrollo de este germen, de este individualismo, habrá acarreado grandes beneficios á la sociedad y al individuo. Para conocer mejor este hecho, será necesario alumbrarle algun tanto, quitarle con la austeridad de la razon el velo poético que le encubre, y aclarando las ideas y fijando las palabras, andaremos con mas soltura, mas desembarazo, sin tanto riesgo de extravíos, tropiezos y caidas.

Ahora bien: ¿qué venia á ser este sentimiento? ¿era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situacion social? ¿era tal vez un sentimiento que se halle en todos lugares y tiempos, pero modificado á la sa-

zon por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo ó de injusto, de noble ó degradante, de provechoso ó nocivo? ¿qué bienes llevó á la sociedad, qué males; y estos, cómo se combatieron, por quién y por qué medios? ¿con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí; pero no traen sin embargo, la complicacion que pudiera parecer; aclarada una idea fundamental, las demas se desenvolverán muy fácilmente; y simplificada la teoría, vendrá luego la historia en su confirmacion y apoyo; y ¿quién lo dijera! al examinar todo esto, nos encontraremos con las riquezas del clero, y dispensando grandes beneficios al individuo y á la sociedad.

Hay en el fondo del corazon del hombre un sentimiento fuerte, vivo, indeleble, que le inclina á conservarse, á evitarse males y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instinto de conservacion, deseo de la felicidad, anhelo de perfeccion, egoismo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento ecsiste; aquí dentro le tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos á la luz, hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es mas que una gran ley de todos los seres, aplicada al hombre; ley, que siendo una garantía de la conservacion y perfeccion de los individuos, contribu-

ye de un modo admirable á la armonía del universo. Bien claro es, que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresion, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embarazarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades: la razon es óbvia; todo esto nos causa un cierto malestar, y á semejante estado se opone nuestra naturaleza: hasta el niño mas tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento; se enfada, forcejea, llora.

Ademas, si por una ú otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo; si por poco que sea, han podido desarrollarse algun tanto sus facultades intelectuales, brotará en el fondo de su alma otro sentimiento, que nada tiene de comun con el instinto de conservacion que impele á todos los seres; otro sentimiento que pertenece esclusivamente á la inteligencia; hablo del sentimiento de dignidad, del aprecio, de la estimacion de nosotros mismos, de ese fuego que brota en el corazon en nuestra mas tierna infancia, y que nutrido, estendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansion que tan inquietos, tan activos, tan agitados nos trae en todos los periodos de nuestra vida. La sujecion de un hombre á otro hombre envuelve algo que hiere este sentimiento de dignidad; porque aun suponiendo esta sujecion conciliada con toda la libertad y suavidad posible, con todos los respetos á la persona sujeta,

revela al menos á esta alguna flaqueza ó necesidad, que la obliga á dejarse cercenar algun tanto del libre uso de sus facultades; y he aquí otro origen del sentimiento de independencia personal.

Infiérese de lo que acabo de esponer, que el hombre lleva siempre consigo un amor á la independencia; que este sentimiento es comun en todos tiempos y países, y que no puede ser de otra manera, pues que hemos encontrado su raiz en dos sentimientos tan naturales al hombre, como son el deseo de bienestar, y el sentimiento de su dignidad.

Es evidente que en la infinidad de situaciones física y moralmente diversas, en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán tambien variarse hasta lo infinito; y que estos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean susceptibles de muy diferentes graduaciones en su energía ó debilidad, y para que sean morales ó inmorales, justos ó injustos, nobles ó innobles, provechosos ó nocivos, y por consiguiente, para que puedan comunicar al individuo á quien afectan, mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así á la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, segun sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones, sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda tambien manifestado cómo deben resolverse

todas las cuestiones generales que se habian ofrecido con relacion al sentimiento de individualismo; echándose de ver tambien, que no es menester recurrir á palabras misteriosas, ni á esplicaciones poéticas, porque nada hay aquí que no pueda sujetarse á rigurosos análisis.

Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel y conservar esta, he aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos: es decir, que todo esto dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de todas las demas circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseñan la razon, y sobre todo la religion cristiana, y formareis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, ecsageradas, absurdas, tales como las esplican escuelas perversas, y como las propalan los tribunales de todos los tiempos y países, y sembrareis abundante semilla de turbulencias y desastres.

Falta ahora hacer una aplicacion de esta doctrina, para que concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto, que por cierto no deja de ser muy interesante el modo con que figuran bajo este aspecto las riquezas del clero.

Si fijamos nuestra atencion sobre los pueblos que invadieron y derribaron el Imperio Romano, ate-

niéndonos á los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, á lo que de sí arrojan las mismas circunstancias en que se encontraban, y á lo que en esta materia ha podido enseñar á la ciencia moderna la inmediata observacion de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos alguna idea de cuál era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situada los bárbaros en su pais natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenían tambien sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religion, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio suelo, su amor á la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor á la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestion sobre el carácter que entre ellos tenían las formas de gobierno, y dando de mano á cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas y otros puntos semejantes; cuestiones todas que á mas de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario é hipotético, me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organizacion de la sociedad era entre ellos, cual debia esperarse de ideas rudas y supersticiosas, usos groseros y costumbres fe-

roces: es decir que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel que naturalmente debian haberla señalado tan imperiosas necesidades, como son, el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques, y que á la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guía sus confusos pelotones.

Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos á otros por su asombrosa multiplicacion, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo á la vista la abundancia y comodidades con que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentianse á la vez acosados de grandes necesidades, y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veian otro dique que las flacas legiones de una civilizacion muéllle y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su pais natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendedor, y se precipitaban impetuosos sobre el Imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros que fueran los lazos de que estaba formado, bastábales sin embargo á ellos en su pais natal, y en sus costumbres primitivas; y si los bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habria continuado aquella forma de gobierno, llenando á su modo su objeto, como á nacida que era de la misma

necesidad, adaptada á las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad, y enlazada con todo linaje de tradiciones y recuerdos.

Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales para que pudieran ser trasladados sin quebrantarse, y sus formas de gobierno eran como se echa de ver tan acomodadas al estado de barbarie, y por consiguiente tan circunscritas y limitadas, que mal podrían aplicarse á la nueva situación en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

Figuraos ahora á los bravos hijos de las selvas, arrojados sobre el Mediodía, como un leon sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone, y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivos corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego: figuráoslos un momento despues, engreidos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrudecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de men-

tira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desórden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuraos si podeis, ese desórden, esa confusion, ese caos; y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos todos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo.

Y entonces si fijais vuestra vista sobre el adusto hijo del aquilon, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fiereza; al encontrarse solo, aislado en posicion tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un osenro recuerdo de su pais, sin haberse aficionado todavía al recien ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre, ¿no le veis, arrastrado de su impetuosa ferocidad, arrojarse sin freno donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas: y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiado por las inspiraciones de un corazon lleno de brio y de fuego, y por una fantasía ecsaltada con la vista de tantos,

tan nuevos y variados países por los azares de tantos viajes y combates, no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujecion, sacudir todo freno, y saborearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? ¿Y no encontráis aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica?

Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podía conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de guerra eterna y de vida errante, debía acarrear necesariamente la degradacion del hombre, y la completa disolucion de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilizacion, que antes bien era lo mas á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; ahogando en su misma cuna toda sociedad, desbaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubiesen quedado de la civilizacion antigua.

Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirle y enflaquecerle, para obligarle á que se encerrase en estrechos límites, y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador, y que en nada cediese á su contrario, ni en estension, ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo habia invadido la barbarie; que contase

con un gran caudal de resistencia, con hondo arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzara á disiparle un ímpetu violento, y no se perdieran nunca las esperanzas de su prevailecimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas; y bien se echa de ver que era para este fin una combinacion muy á propósito, la union de los medios morales con los físicos, el hallarse la verdad divina y las llaves del cielo, en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no solo sufragasen para el bienestar é independencia, sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios, magestad y magnificencia. Así se concibe cómo pudo presentar la Iglesia una resistencia sorda, pero firme, inalterable, universal, que fatigaba, debilitaba, quebrantaba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones: así se concibe cómo el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociacion organizadora y civilizadora, tan vasta como compacta; que trabajaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio, y estimulada su debilidad humana por el acicate de los intereses propios. Aquellos adustos canonistas, que se asirian de una hebra para tener ocasion de declamar un poquito contra lo que apellidan abusos, codicia,

ambicion y otras semejantes lindezas, cuando al recorrer las épocas á que aludo, encuentran á los Concilios muy ocupados en la conservacion de los bienes de la Iglesia, y se escandalizan seguramente de miras tan *terrenas*, notando con desagrado la severidad de algunas medidas, y la repeticion de amonestaciones y prohibiciones con respecto á usurpar las propiedades de la Iglesia, recuerden lo que acabo de observar, noten lo que voy á decir, y entonces serán mejores canonistas porque serán mas filósofos.

El clero defendia con firmeza, con teson, y hasta con calor sus bienes, es verdad; pero las sociedades reconstruidas sobre las ruinas del Imperio Romano, deben quedarle agradecidas para siempre, por esa misma resistencia y firmeza; y una sana filosofia jamas encontrará aquí nada de que pueda lamentarse, porque nunca se vieron mas admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad, como son, el respeto á las propiedades, el acatamiento á las leyes, la creacion, conservacion y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organizacion de un poder público; en una palabra, todas las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilizacion y de cultura.

A no habernos favorecido la Providencia con una combinacion tan feliz, tan benéfica, tan fecunda en grandes resultados, hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilizacion antigua, y amalga-

mados en torpe mezcolanza los pueblos bárbaros con otros pueblos afeminados y caducos, estendiendo su tosco y negro velo la mas grosera ignorancia, pululando por todas partes la mas informe supersticion, desarrollándose al propio tiempo la corrupcion mas espantosa, enervados y enflaquecidos tambien con el contagio los adustos invasores, habrian presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se pinta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energía y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta, y los groseros modales del hombre bárbaro.

Y cuando algun tiempo despues la invasion sarracena vino á amenazar á la independenciam de Europa, ¿quién la hubiera resistido? ¿Qué dique hubiera encontrado el engrandecimiento de aquel pueblo, que contaba á la sazón con el ascendiente que le daban su mayor saber y cultura, con los inmensos recursos que le ponía en la mano su vasta dominacion, con el aliento que le inspiraba su número, con el engreimiento de una serie de victorias, con la emprendedora osadía que le comunicaba el rápido progreso de su grandeza, y con aquella frenética energía con que le animaba su ardiente fanatismo? A buen seguro que no pudiera mantenerse la independenciam de Europa en lucha con poder tan colosal; hubiera sucumbido bajo la dominacion de la Media Luna, y el Islamismo triunfante hu-

biérase quedado tranquilo en España, se habria establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el Mediodia de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida que habia recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos, no se descubre una sociedad que se degrada, que se envilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitacion, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe, que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oido la palabra creadora.

¿Quereis saber si ecsagero, si con mi fantasia doy vida á un cadáver? mirad: habia pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo

hombre, y se precipitaba sobre el Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

V.

Ya se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos, segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resbaladizo; pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída, ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion continua contra sus riquezas, presentándolas como un gérmen de miseria y calamidades, como un vehiculo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de despotismo, como un origen de desmedidas y monstruosas desigualdades en las

biérase quedado tranquilo en España, se habría establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el Mediodía de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida que habia recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos, no se descubre una sociedad que se degrada, que se envilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitación, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe, que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oído la palabra creadora.

¿Quereis saber si ecsagero, si con mi fantasía doy vida á un cadáver? mirad: habia pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo

hombre, y se precipitaba sobre el Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

V.

Ya se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos, segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resbaladizo; pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída, ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion continua contra sus riquezas, presentándolas como un gérmen de miseria y calamidades, como un vehiculo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de despotismo, como un origen de desmedidas y monstruosas desigualdades en las

clases, que á muchos preocupados lectores les ha de bastar el solo recuerdo de grandes bienes del clero para que le unan luego la idea de opresion, de gravámen, de menoscabo de toda clase de derechos, de monstruosas desigualdades sociales. Esta última consideracion, capaz de inspirar desaliento, porque desaliento inspira el tener que luchar con preocupaciones añejas, no será parte sin embargo á retraerme del empeño de manifestar que los bienes del clero han contribuido sobremanera á disminuir la desigualdad de clases en la parte que tenia de nociva, á emancipar á las inferiores, allanando el camino para establecer, no una igualdad completa y por lo mismo absurda, pero sí una justa proporeion, un saludable equilibrio. Escúcheme con atencion el lector, y si es instruido, si es filósofo, si es imparcial, abrigo algunas esperanzas de que sean cuales fueren sus opiniones, nos hemos de dar amistosamente la mano.

Antes de entrar de lleno en la materia, será bien aclarar algunas ideas que á la sazón se hallan entre nosotros muy oscurecidas, merced á la negra polvareda en que nos llevan envueltos seis años de combates y disturbios.

Las desigualdades sociales son de necesidad absoluta, como á fundadas en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, y son además un beneficio, porque sirven de poderoso resorte en la máquina de gobierno. Bajo uno ú otro nombre, con esta ó aquella forma, con mas ó menos disfraz, las

ha habido siempre, y siempre las habrá; no está léjos el escarmiento acontecido en una nacion vecina; quísose llevar el nivel por todas partes, se formó el empeño de igualar todas las clases, se acometió la empresa con una osadía increíble; y al cabo de poco se llegó á un resultado muy sencillo; desaparecieron todas las clases antiguas, solo que se establecieron dos de nuevas y únicas, verdugos y víctimas.

Pero como quiera que en las cosas humanas es muy raro el que se alcance un bien, sin tropezar al propio tiempo en algun mal, sucede con harta frecuencia, que el desnivel de las clases llega á tal estremo, que ni es conducente para la felicidad pública, ni está de acuerdo con los principios de equidad y justicia. Las ideas, las costumbres, las leyes, la forma de gobierno, y otras mil causas diferentes que se reunen, se amontonan, se combinan con el trascurso del tiempo, llevan á veces consigo estos defectos, estas monstruosidades si se quiere, pero no está en la mano del hombre el evitarlo. La corriente de los siglos que arrastra en rápido curso las generaciones humanas, escava insensiblemente en unas partes, amontona en otras, en su profundo cauce forma mil rodeos, tal vez sinuosidades extravagantes; aquí se ha ahondado una espantosa profundidad, allá se ha levantado un alto terreno, aquí la arena y las piedras han destruido, cubierto un hermoso campo, mas allá ha salido de las ondas una bellísima pradera: ¿cómo ha sucedido todo esto? ¿cómo? preguntádselo á esas oleadas que se

sucedan con tanta rapidez, que luchan con tanta violencia, que se estrellan con estrépito contra la ribera, y pasan y desaparecen confundidas entre sordos bramidos.

Cuando por una ú otra causa llega á crearse á favor de alguna clase un exceso de poder y riqueza, que por su desmedida mole embaraza el debido curso de la sociedad, impidiéndole el alcanzar su principal objeto, cual es, proporcionar la mayor felicidad posible para el mayor número posible, será siempre un inestimable beneficio todo cuanto se encamine á menguar este nocivo exceso, haciéndolo empero sin trastornos, violencias, ni injusticias. Si se ha de conseguir sosegadamente un bien tamaño, menester será que se encuentre en la sociedad alguna otra clase, que contrapesando á la que se había engrandecido demasiado, vaya lentamente disminuyendo la dañosa preponderancia, que saliéndole siempre al encuentro, ponga límites á sus creces, como á sus demasías, y freno á sus usurpaciones; y que sirviendo como de dique que devuelva con vigor la oleada que rechazan las opuestas orillas, establezca una sorda y provechosa lucha, que prepare equitativas compensaciones, y un saludable equilibrio.

Esa desigualdad excesiva, ese desmedido acmulamiento de poder y riquezas, que convierte la sociedad en una fuente de comodidades y regalos para pocos, y en un campo de sudor, de trabajos y de abatimiento para el mayor número, estaba en el feudalismo, que arraigado con la costumbre,

sostenido por la fuerza, rodeado de títulos y de leyes, y escudado por la ignorancia, se levantaba en medio de Europa como un negro gigante armado con toda la ferocidad de los bárbaros del Norte, y desvanecido con todo el orgullo de los antiguos magnates del Imperio.

Prescindiré yo ahora de la mayor ó menor justicia que presidió á su establecimiento, y de la mayor ó menor legitimidad que pudo adquirir con las costumbres, contratos, leyes y otros títulos que se van recogiendo y amontonando con el trascurso de los tiempos; prescindiré también de si á la época en que apareció, fué una verdadera necesidad ó no; de si era un necesario resultado de los anteriores trastornos, del aniquilamiento de los poderes públicos, del desmenuzamiento, digámoslo así, que se había hecho de la sociedad, y de si fué ó no una época de transición para llegar á tiempos mas felices: bástame saber que oprimía á la muchedumbre, que tenia en muy poco las instituciones y las leyes, y en mucho la fuerza; y que de suyo era un fuerte obstáculo para impedir que se organizaran gobiernos centrales y fuertes, tales como los necesitaban las naciones europeas para que obtuvieran protección todos los intereses legítimos; bástame todo esto para saber que si fué una necesidad, fué funesta, y si era una época de transición, era trabajosa, plagada de inconvenientes y de males, y que por consiguiente, urgía abreviarla en cuanto fuera posible.

La esclavitud antigua habia cambiado de forma; mas al fin ecsistia en cierto modo la esclavitud; pero con la diferencia de que en el paganismo no habia ningun principio bastante á destruirla, por no tener ni verdad en el dogma, ni pureza en la moral, ni magestad en el culto, ni elevacion en los designios; y á la época del feudalismo ecsistia la Religion cristiana, que encierra todas estas condiciones, hasta un punto superior á todas las consideraciones humanas: y ecsistia el clero que por su poder y riquezas contribuia de un modo admirable á llenar el sublime objeto de la Religion, cuyo ministerio ejercia.

Tal era á la sazón el estado de los pueblos, que ni siquiera podia pensarse por parte de ellos en la adquisicion de las riquezas: ó los señores, ó la Iglesia; he aquí los únicos dueños posibles. ¿Y era mas ventajoso á la sociedad, era mas conducente para la emancipacion y prosperidad de los pueblos, el que se amontonasen todos los bienes en manos de los señores? y entonces ¿quién ponía coto á sus demasías, freno á su ferocidad, barrera á sus caprichos? Sin punto de apoyo los pueblos, sin medios para defenderse, sin sagacidad para concertarse, hubieran gemido en silencio, hubieran regado con sudor y lágrimas una tierra que les proporcionaba escaso alimento á sí y á sus hijos, mientras hacian brotar de ella las comodidades, el regalo, la opulenta esplendidez en que nadaban sus señores; y hubieran continuado labrando y robusteciendo sus

propias cadenas, con el llanto en los ojos, y la degradacion en la frente. Para los hombres que hayan recorrido la historia de aquellos tiempos, es un hecho indudable que la Iglesia estuvo siempre de parte de la debilidad y del infortunio, que amonestaba de continuo á los señores el que no vejasen á sus vasallos; y sin que se descubran en ninguna parte sus pretendidos proyectos de dar á la sociedad civil una organizacion teocrática, se la ve siempre luchar con esfuerzo contra la bárbara corriente del siglo, trabajando incansable para sustituir las instituciones y las leyes al derecho brutal de la fuerza.

¿Y creéis acaso que al orgulloso señor, encastillado en su inaccesible fortaleza, escoltado de satélites que defendian su persona, y rodeado de esclavos que besaban su planta, le hubieran hecho mella las palabras de la Iglesia, si ésta hubiera llevado la marca de la debilidad y de la pobreza? Pero afortunadamente para la humanidad no sucedia así; el feudalismo alegaba sus derechos feudales; y la Iglesia, como á señora tambien, mostraba los suyos; el feudalismo ostentaba riquezas, el clero ostentaba las suyas; el feudalismo desplegaba soberbio lujo en blasones, insignias, ricos trages, magníficas viviendas y numerosa muchedumbre de esclavos y dependientes; y el clero le contrastaba con la magestad del culto, con opulentas abadías, suntuosos monasterios, encumbradas cúpulas, anchurosos y magníficos templos, y no menos nu-

merosa muchedumbre de adictos y dependientes.

Tal contraste producía insensiblemente una revolución en la sociedad; y todo en sentido favorable á la verdadera libertad, y á la dicha de los pueblos. Para ser admitido en el clero, ni se necesitaban títulos de nobleza, ni cuantiosas posesiones; bastaba ser hombre, y cristiano, y no tener ninguno de aquellos defectos ó impedimentos que se oponen al decoro, ó á la santidad del ministerio. Esta regla, tan honrosa á la dignidad del hombre, que fundada en los principios de la Religión, y enseñada prácticamente por Jesucristo en la elección de los Apóstoles, ha sido observada constantemente en la Iglesia, debia producir en la época del feudalismo un efecto muy provechoso á la muchedumbre: porque una vez sentado que el hijo de un pobre podia ser elevado á las mayores dignidades, y verse un dia en igual rango, y tal vez en abierta lucha con orgullosos señores, estaba ya zapada la preponderancia de los señores feudales, quedaba sembrada una semilla, que desenvuelta con el tiempo, habia de producir ópimos frutos en beneficio de los pueblos.

Desde entonces todos los pechos podían abrigar una ambición, todas las familias alimentar una esperanza; y difundiéndose por todas partes las miras nobles y elevadas, y los deseos de mejoras en la vida, provocábase una activa fermentación, de donde brotaban de continuo altos pensamientos é inspiraciones generosas; formándose de esta ma-

nera aquella masa compacta y trabada, que llena de un poderoso principio de vida, comenzó á removerse y á causar estremecimiento á las fortalezas feudales, que tomando rápidamente creces en extensión y fuerza, empezó á levantar en alto los ominosos castillos, acabando por desplomarlos enteramente, luego que fué auxiliada y dirigida por un mayor grado de inteligencia.

Cuando fastidiado un lector de tantas declamaciones contra la preponderancia del clero, contra los medios de influencia que le ponían en la mano sus riquezas, y sospechando lo mutilado de algunas narraciones, lo infiel de muchos cuadros, y lo imaginario de pretendidas observaciones filosófico-históricas, se resuelve á examinar las cosas de cerca, á juzgar por sí mismo, pasando los ojos por los monumentos que nos ha conservado la historia, y principalmente leyendo con atención las varias colecciones de legislación eclesiástica, busca en vano por todas partes ese espíritu de agresión continua, que tanto se ha imputado á la Iglesia. Mira si puede encontrarla invadiendo el dominio del poder civil; pero á la sazón el poder civil apenas se divisaba, porque apenas existía; busca la decantada transgresión de límites, y los límites apenas existían; y no encontrando por todas partes más que un informe embrión de sociedad, que si da señal de vida, si da esperanzas de alcanzar algún día formas regulares, es solo por el calor, por la influencia, por el alimento que le

suministra la Religión, por el ascendiente, por la continua acción de ese clero tan calumniado, preguntase con indignación ¿dónde está la filosofía, dónde la imparcialidad, la buena fé siquiera? Lástima causa el ver cómo algunos canonistas adustos, y quisquillosos juristas, hablan de la monarquía, de la aristocracia, del pueblo de entonces, como pudiera hablarse de estas cosas, tales como son en el siglo XIX. Recuérdese que eran aquellos los tiempos de la ley Faida, de la Tregua de Dios, del Ignitegium, y desaparecerán todas las dificultades, se disiparán todas las prevenciones, y lejos de temerse la influencia del clero en toda clase de negocios, se la deseará, se la amará, porque será mirada como un faro en tenebrosa tormenta, como tabla de esperanza en los horrores de un naufragio.

Por lo que á mí toca, puedo asegurar que en recorriendo la historia de aquellos tenebrosos tiempos, al encontrar á los obispos reunidos en concilio, enseñando á los monarcas y señores sobre la naturaleza y estension de su poder, y recordándoles los límites que les imponen la razón y la Religión, encargando la recta administración de justicia, sobre todo en favor de los pobres, trabajando siempre por extirpar la brutal costumbre de apelar á la fuerza individual para vindicar un derecho, poniendo coto á la destemplada imposición de tributos por parte de los señores, y muy en particular, cuando encuentro á aquellos buenos padres, no olvidando en sus

desvelos la protección del comercio, entonces tan flaco como á naciente, y no solo recomendando la vigilancia para la seguridad de los caminos, sino prohibiendo severamente que se maltratase á los mercaderes que van de viage, y reprimiendo con penas eclesiásticas á los que roben á los náufragos, ó á los que apresen é despojen á los que naveguen para su comercio, todo este conjunto encontrado en medio de tiempos tan revueltos y calamitosos, me ofrece un cuadro tan consolador, tan hermoso, que no puedo menos de indignarme de que hasta tal punto se hayan atrevido á desfigurarle la ignorancia y la malicia.

Fácil me fuera estenderme mas y mas sobre la materia, ora consignando los hechos que atestiguan la verdad de cuanto llevo espuesto, ora siguiendo el sucesivo desarrollo de la sociedad europea, y manifestando con datos irrecusables, que en ningún tiempo han contrariado los bienes del clero la civilización; que nunca fueron un medio de esclavizar á los pueblos; que nunca les irrogaron los pretendidos perjuicios; pero esto me empeñaría necesariamente en consideraciones tan dilatadas, que no me sería posible encerrar este escrito dentro de los límites que le tengo señalados. No dejaré, sin embargo, de emitir una reflexión, que arroja mucha luz sobre esos objetos, y que en breve espacio, forma una victoriosa apología del clero, y vindica completamente su riqueza de los cargos de antisocial con que se le ha calumniado.

Es un hecho incontestable, que á la época en que tomó el mayor vuelo el espíritu humano, es decir, cuando renacieron todas las artes y ciencias, cuando se hicieron los descubrimientos que tanto movimiento moral y físico provocaron, como son el de la imprenta y del Nuevo Mundo, cuando se desplegó aquella actividad, aquella increíble laboriosidad para desenterrar los monumentos del antiguo saber, cuando se vieron salidas del seno de la Europa bárbara esas grandes sociedades, con sus formas regulares, con la organización de toda clase de poderes, entonces conservaba todavía el clero de Europa todas sus riquezas. Y esta sola coincidencia manifiesta bien á las claras, que la sociedad no estaba embarazada en su movimiento por las riquezas del clero, á la sazón abundantes; que había marchado continuamente sin tener embargados sus miembros y facultades, y si á esto se añade otro hecho de igual certeza y bulto, á saber, que los mas esclarecidos sábios, y los artistas mas distinguidos, fueron al propio tiempo favorecidos y protegidos por el clero, y que no se puede dar un paso por la historia de aquella época, sin encontrar á los obispos, á los cardenales, á los Papas, alentando con aplausos, y estimulando con recompensas todo linaje de mérito, quedarán enteramente disipadas tantas preocupaciones como ha esparcido la mala fé, y ha tan fácilmente acogido la crédula ignorancia.

VI.

Así andaba mejorándose cada dia el estado de Europa, desenvolvíanse rápidamente todas las facultades del individuo, ganaba continuamente la sociedad en la perfeccion de sus formas, y en la regularidad de sus funciones, y robusteciéndose mas y mas los poderes públicos, organizándose los varios ramos de administracion, allanándose lentamente las desigualdades nocivas, estendiéndose cada dia mas el respeto á la dignidad del hombre, á la propiedad, y á toda clase de derechos, llegábase ya al término por tanto tiempo apetecido, de sustituir enteramente la fuerza pública á la fuerza privada, la ley á la violencia, el derecho al hecho. Sentíanse ya por todas partes los agradables efectos de tan provechosa mudanza; y en la mejora que habian tenido ya las clases inferiores, mas bien diremos, en la aparicion de una nueva clase muy numerosa, y en condiciones tan ventajosas, cual nunca se habia visto, palpábase ya, cómo se encaminaba la sociedad á su objeto principal, cual es, proporcionar el mayor grado de felicidad posible, al mayor número posible.

Pero desgraciadamente no se habian conseguido tantos bienes, sin que se hubiesen amontonado al mismo tiempo muchos elementos de mal: en el seno de las mismas sociedades que lisonjeaban al observador con agradable perspectiva en lo presen-

Es un hecho incontestable, que á la época en que tomó el mayor vuelo el espíritu humano, es decir, cuando renacieron todas las artes y ciencias, cuando se hicieron los descubrimientos que tanto movimiento moral y físico provocaron, como son el de la imprenta y del Nuevo Mundo, cuando se desplegó aquella actividad, aquella increíble laboriosidad para desenterrar los monumentos del antiguo saber, cuando se vieron salidas del seno de la Europa bárbara esas grandes sociedades, con sus formas regulares, con la organización de toda clase de poderes, entonces conservaba todavía el clero de Europa todas sus riquezas. Y esta sola coincidencia manifiesta bien á las claras, que la sociedad no estaba embarazada en su movimiento por las riquezas del clero, á la sazón abundantes; que había marchado continuamente sin tener embargados sus miembros y facultades, y si á esto se añade otro hecho de igual certeza y bulto, á saber, que los mas esclarecidos sábios, y los artistas mas distinguidos, fueron al propio tiempo favorecidos y protegidos por el clero, y que no se puede dar un paso por la historia de aquella época, sin encontrar á los obispos, á los cardenales, á los Papas, alentando con aplausos, y estimulando con recompensas todo linaje de mérito, quedarán enteramente disipadas tantas preocupaciones como ha esparcido la mala fé, y ha tan fácilmente acogido la crédula ignorancia.

VI.

Así andaba mejorándose cada dia el estado de Europa, desenvolvíanse rápidamente todas las facultades del individuo, ganaba continuamente la sociedad en la perfección de sus formas, y en la regularidad de sus funciones, y robusteciéndose mas y mas los poderes públicos, organizándose los varios ramos de administración, allanándose lentamente las desigualdades nocivas, estendiéndose cada dia mas el respeto á la dignidad del hombre, á la propiedad, y á toda clase de derechos, llegábase ya al término por tanto tiempo apetecido, de sustituir enteramente la fuerza pública á la fuerza privada, la ley á la violencia, el derecho al hecho. Sentíanse ya por todas partes los agradables efectos de tan provechosa mudanza; y en la mejora que habian tenido ya las clases inferiores, mas bien diremos, en la aparición de una nueva clase muy numerosa, y en condiciones tan ventajosas, cual nunca se habia visto, palpábase ya, cómo se encaminaba la sociedad á su objeto principal, cual es, proporcionar el mayor grado de felicidad posible, al mayor número posible.

Pero desgraciadamente no se habian conseguido tantos bienes, sin que se hubiesen amontonado al mismo tiempo muchos elementos de mal: en el seno de las mismas sociedades que lisonjeaban al observador con agradable perspectiva en lo presen-

te, y que le embriagaban con la esperanza de un inmenso porvenir, se hallaba depositado tambien el gérmen de grandes calamidades. La Providencia, en sus insondables designios, quiso permitir que el maligno gérmen se desarrollase, y así sucedió: dióse en Alemania el grito de la revolucion religiosa, y desde entonces se torció el curso de la civilizacion europea, desperdiándose en gran parte muchos de los trabajos que con tanto afan se habian hecho en el trascurso de muchos siglos, para labrar la verdadera grandeza, la verdadera felicidad del linage humano.

No temo asegurarlo: este es un suceso muy observado, pero no lo bastante; su gravedad y trascendencia son ya muy reconocidas, pero no bastante bien; pues que por lo comun, ó no se le ha mirado en el inmenso círculo en que debía considerarse, ó se le ha ecsaminado con el prisma de preocupaciones de secta; y se han hecho suposiciones muy gratuitas, muy improbables, con respecto al porvenir que hubiera cabido á la Europa, y aun al mundo entero, en caso de no haberse verificado aquel funesto acontecimiento.

Sea de ello lo que fuere, no es este el lugar en que pueda ecsaminar con detencion tan vasta materia; y el objeto de este opúsculo me está advirtiendo la necesidad de concretarme á las relaciones que pueda tener este suceso con los bienes eclesiásticos. Zapando el protestantismo la Religion cristiana en lo mas hondo de su cimiento, bien se deja

entender cuál seria su influencia en todo lo que atañe á la subsistencia y á la dignidad de los ministros de ella: y así, nada extraño debe parecer, que la historia de la pretendida reforma, sea tambien la historia de los grandes despojos. Por las indicaciones que acabo de emitir, ya se ha podido conocer que no se me ocultan el fatal concurso de circunstancias que contribuyeron al nacimiento y al progreso del protestantismo; y á decir verdad, siempre me ha parecido poco filosófico el empeñarse en esplicar tamaños sucesos, asignándoles una causa única: pero sin embargo, tambien me parece innegable, que contribuyó en gran manera á la propagacion y arraigo del protestantismo el cebo de las depredaciones. Nadie ignora lo que sobre este punto pensaba el mismo Hume, y para quien haya leído la historia de aquella época, quedará la asercion fuera de duda: y cuando se observa que en medio de sus muchas publicaciones teológicas, no olvidó Lutero el dar á luz su libro del Fisco-Comun, poniendo á disposicion de los príncipes seculares los bienes de los obispados, abadías y monasterios, conócese muy bien, que el corifeo entendió á las mil maravillas, cuál era el medio mas á propósito para que sus peroratas alcanzaran poderosa proteccion, para que hubiese muchos interesados en propagar su fanático proselitismo; y sobre todo, para que se levantase un muro de bronce entre la comunion de la Iglesia católica, y los magnates seducidos por la falsa reforma.

Antes de los grandes escándalos que, con respecto á despojar á la Iglesia de sus bienes, trajo consigo el protestantismo, no habian faltado ciertamente violencias y atropellamientos: la historia de los tiempos anteriores se halla atestada de semejantes sucesos; pero es muy digno de notarse, que hasta entonces habian tenido un carácter muy diferente, y el mal estaba muy lejos de presentarse con aspecto tan fatal y alarmante. El estado político y moral en que encontraron á la Europa las innovaciones protestantes, no podia menos de acrecentar el daño para lo presente, y de aumentar los peligros para lo venidero.

La atenta observacion del hombre nos enseña, que cuando el corazon necesita una doctrina, el entendimiento la inventa y se la presta; siendo raro encontrar á nadie que siga el impulso de sus pasiones, sin que al mismo tiempo no tenga á la mano algunas razones mas ó menos plausibles, para excusar su conducta. Pues bien: ¿veis esa inclinacion que en no saliendo de la esfera individual, apenas se nota de puro comun, y anda como perdida de vista entre el torbellino de las ocurrencias y negocios vulgares? ¿veis esa inclinacion que produce en cada individuo esa ciencia de excusas, que nadie escucha ni cree, y que los hombres nos toleramos unos á otros, como por un cambio continuo de compensaciones y desquites? pues esa misma inclinacion, cuando se levanta á una esfera superior, cuando tiene por objeto grandes intereses, cuando

influye en los grandes negocios, cuando tiene por campo unas sociedades, en que el mucho desarrollo intelectual ha producido en todos sentidos gran movimiento, en unas sociedades en que las ciencias y las leyes están en mucho aprecio, y en que se halla un poder central que dispone de un gran caudal de fuerza, entonces esa inclinacion es funesta, terrible; entonces contamina la ciencia, falsea las instituciones, adultera las leyes, y á veces arrastra el poder, á quien se confiara inmensa fuerza para resistir á todas las pasiones injustas, y proteger todos los intereses legítimos, hasta valerse de esa misma fuerza, para aplastar con el peso de su robusta mano, á clases enteras de ciudadanos inocentes y respetables.

Terrible es el error cuando usurpa el nombre de la ciencia; terrible es el error que no estribando siquiera en equivocadas convicciones, no tiene aquella entereza de expresion que acompaña á la buena fé; terribles son los conocimientos científicos, cuando apartados de su objeto legítimo, corrompidos, mutilados, desfigurados, se los emplea dolosamente como arma de partido; terrible es el poder público, que estando al frente de una gran sociedad, se vale de la fuerza inmensa que tiene á la mano, para oprimir, para vejar y despojar; terrible es la injusticia cuando llega á tener por instrumento las leyes. He aquí, sin embargo, lo que debia suceder, y lo que ha sucedido en Europa, una vez esparcidas las ideas del libro del Fisco-Comun; una vez puestos

á los ojos de la codicia los bienes del clero, como un cebo donde se podia echar la mano: la accion de un elemento depende siempre en gran manera de la esfera en que obra; y en sociedades que la ofrecen tan anchurosa como son las modernas, todos los bienes y los males toman un carácter grave, trascendental, inmenso.

Al verificarse los sucesos de la calamitosa época á que nos referimos, la misma estension del mal, y el carácter con que se presentaba, mostraban bien á las claras lo que habia de suceder con el tiempo; pero cuando se vió el desarrollo en toda su estension, cuando se divisaron las últimas consecuencias, fué en el último tercio del pasado siglo. Entonces, cuando se recogieron con tanto ahinco todos los elementos disolventes que estaban como esparcidos por la Europa, cuando se los combinó de la manera mas á propósito para elevar al mas alto grado de actividad, la estension y la malignidad de su influencia, entonces se redujo á una verdadera teoría la idea de usurpacion de los bienes del clero; entonces hasta se proporcionaron los datos que pudieran emplearse en nutrir con oportuna erudicion y ciencia, los discursos, los dictámenes, los prólogos; entonces se imaginaron todos los paliativos y disfraces, entonces se crearon las nuevas palabras para que fuese mas fácil y espedito el formular las leyes.

Siguieron bien pronto los hechos á las doctrinas, y en las medidas tomadas por algunos gobiernos,

quienes seguramente distaban mucho de prever la terrible tormenta, que estaba tan cercana, notábase ya que las teorías pasarían á ser proyectos, y que estos se irían realizando segun á ello se brindaran las circunstancias. Es cierto que por parte de algunos príncipes hubo mas osadía y desatiento de lo que podia suponerse; sin embargo, si por medio de gobiernos regulares hubieran tenido que llevarse á cabo las últimas consecuencias de ciertas doctrinas, es probable que se habria gastado en ello mucho tiempo, y que algunas reconvenções, un poco de oposicion, y las lecciones de la esperiencia, habrian podido prevenir muchos males. Sean las que fueren las ideas de los gobernantes, si el país no está en revolucion, puede asegurarse que será siempre cosa difícil el que el gobierno se arroje á cometer esas grandes espoliaciones. No bastaban las intenciones, los deseos, ni siquiera una voluntad decidida; se necesitaba algo mas, se necesitaba prescindir de toda clase de consideraciones, no atender, ni á lo pasado, ni á lo presente, ni á lo venidero; se necesitaba tener bastante resolucion para trastocar todos los nombres, para combatir de frente las mas arraigadas creencias, y así es, que la completa realizacion de semejantes planes, pertenencia de derecho á la personificación de todos los crímenes y delirios, y á la revolucion francesa.

Un gobierno regular es á veces malo; pero el instinto de su propia conservacion le inspira siempre algunos miramientos y consideraciones; estará en-

fermo, ó mal humorado; mas no en convulsion y delirio. Que si á tal estado llegare, es que el pais está en revolucion, y entonces es el tiempo á propósito para las empresas mas atrevidas. Nada extraño aparecerá, pues, que el Sr. Mendizabal, recordando estas verdades, hiciera de ellas uso, al presentar á las cortes el proyecto de supresion del diezmo y de adjudicacion de todas las propiedades del clero al tesoro público. Es muy curioso el oír á S. S. al presentar á las cortes su proyecto en 30 de Mayo de 1837. Despues de haber dicho, "que estas grandes mudanzas (habla de la supresion del diezmo y adjudicacion de todos los bienes del clero al tesoro público) no pueden intentarse sino en aquellas sacudidas, grandes tambien, en que los pueblos rompen y arrojan lejos de sí las ligaduras," &c., &c., continúa un poco despues: "Las cortes, bien penetradas de que las revoluciones, si producen inevitablemente desdichas, son al mismo tiempo el manantial mas seguro de la felicidad pública por la enmienda de vicios y la estirpacion de errores, *no han querido malograr la coyuntura con que brinda el estado presente de la nacion.*"

Por cierto que no necesitábamos de que el Sr. ministro de hacienda nos revelara semejantes verdades, pues que harto sabemos por la historia y la esperiencia, que los grandes despojos son propios de la revolucion; sea que los pueblos la promuevan, sea que desatentamente se arrojen á ella los gobiernos. Pero como para formar cabal juicio de una

medida, es siempre muy útil saber el espíritu que la sugirió y las circunstancias que la acompañaron, no puede menos de ser muy saludable el recordar que el ministro de hacienda que propuso la abolición del diezmo y la adjudicacion de todas las propiedades del clero al tesoro público, y las cortes que lo aprobaron, estaban en la idea de *no malograr la coyuntura*, y en la íntima persuasión de que las revoluciones son el manantial mas seguro de la felicidad pública. Es decir, que se hallaba entonces la nacion en tal estado, que el ministro y las cortes proclamaban la revolucion, presentándola como el mas seguro medio de hacer la dicha de los pueblos. Tamaños antecedentes será menester que se tengan muy á la vista, si algun dia se trata con seriedad de remediar los males de esta nacion desventurada; si algun dia se trata de cerrar los abismos que se hallan abiertos por todas partes; si algun dia se trata seriamente de cerrar el cráter de las revoluciones.

Es necesario recordar que la coyuntura que trataba de aprovechar el Sr. ministro y las cortes, habia provenido de una *sacudida grande* tambien; y tan grande, que principió en el año 34 por el asesinato de sacerdotes inocentes; que continuó en 35 con el incendio de los templos, el degüello de los religiosos y la destruccion y desperdicio de nuestras mas ricas preciosidades, que en el 36 prosiguió de manera tan hidalga, como lo indican las proezas de la Granja, el clavar el puñal asesino en

el pecho del desgraciado Quesada, y el salpicar las calles de Pamplona y Miranda con la sangre de Sarsfield y de Escalera.

He aquí algunos rasgos de la célebre *sacudida*, he aquí la época en que se trató de despojar al clero de sus propiedades: yo nada ecsagero, solo apunto los hechos, hago notar las coincidencias, y pregunto á los hombres, en cuyas manos está el que se lleven á cabo las medidas proyectadas, mas no realizadas, si desean que sus nombres pasen á la posteridad con manchas indelebles, si no pudiendo siquiera alegar la excusa de que son hechos consumados, pues que no lo son, desean que pueda la generacion actual y las venideras decirles: "Ellos dijeron: despojemos al clero, vosotros lo ejecutásteis, vosotros dejásteis sin alimento al sacerdote venerable, á la inocente vírgen del claustro; á vosotros tampoco os movió el respeto debido á la religion y á la inocencia, tambien despojásteis cruelmente al sacerdote anciano que os habia educado, al jóven que fuera un dia vuestro compañero y amigo; y no escuchásteis los gemidos de vírgenes desamparadas, que nada os pedian sino que no les arrebatáseis su pedazo de pan, y el velo que cubre sus frentes virginales. ¡Ah! vosotros olvidásteis que érais españoles."

Las horrorosas escenas de la revolucion francesa, y los desastres que acarreó á toda la Europa, fueron para los gobiernos un escarmiento terrible; se han convencido de que hay ciertas materias en

que es menester andar con mas tiento de lo que se habia creido; han llegado á palpar que dado un paso no es siempre fácil, y á veces ni posible, evitar otros; y que en llegando á la basa de la sociedad, es menester no atreverse á tocarla, por no esponerse al riesgo de que se desplome todo el edificio. Así es, que en tratándose de propiedad, sean cuales fueren las formas de gobierno establecidas en el pais, van con sumo cuidado los gobernantes en no llegarse á ella, temiendo que no se menoscabe en lo mas mínimo el respeto debido á un derecho, que á mas de ser muy sagrado, entra por precision en la misma esencia de la sociedad: ahora puede ya asegurarse, que la nacion que ofrezca el espectáculo de espoliaciones de ninguna clase, será mirada, cuando menos, con mucho desvío y desconfianza.

Y no procede esto de ningun espíritu de reaccion, ni de ecsagerados temores de disturbios: es un sentimiento sugerido por el mismo instinto de conservacion, es una línea de conducta marcada por la razon y esperiencia. En el momento en que la propiedad deje de ser inviolable, la sociedad se disuelve, porque entonces es ella un absurdo: y si en algunos paises subsiste, á pesar de no hallarse la propiedad asegurada cual debiera, es porque en tales casos, el buen sentido de los hombres, y el instinto de conservacion social, suplen en cuanto cabe, el vacío de las instituciones y de las leyes; no permitiéndole que desaparezca con demasiada frecuen-

cia una de las mayores ventajas que el hombre reporta de la sociedad, que deje de satisfacerse una de las necesidades mas capitales, y que por consiguiente, se caiga á pedazos el edificio social, sintiéndose cada individuo impulsado á alejarse de él por una fuerza irresistible.

Y efectivamente: el día que el respeto á la propiedad, ó desaparezca enteramente, ó llegue á ser una mentira, por razon de atribuirse al gobierno la facultad de disponer de ella con livianos pretextos, manteniéndose el hombre en el órden social, ¿qué hace sino esponer sus riquezas á la vista de la codicia y de la iniquidad armadas de la fuerza? contribuyendo los ciudadanos al sosten de ese gran centro de accion que se llama gobierno, ¿qué hacen sino sostener una fuerza colosal, que prevaleciendo sobre todas las otras, podrá convertirse en arma terrible de que se valdrán los malvados para cometer las mayores usurpaciones?

Si se medice que esagero, que abulto los peligros, que llevo sobrado lejos las consecuencias, responderé con un hecho: en Francia se empezó por atentar contra los bienes del clero, y pasado un brevísimo espacio, no habia ya ninguna propiedad segura; era un crimen tenerla, porque habia el incentivo de usurparla. Lo digo con la mas profunda conviccion: una vez atacada la propiedad del clero, no hay ya medio legal para salvar las otras; todo lo que se dice contra ella, puede alegarse contra ellas; y en muchas con encarecimiento.

Creo que podré dispensarme de disipar los fútiles y dolorosos argumentos con que se ha pretendido combatirla en su mismo derecho: porque dudo mucho que haya ni un solo jurista, que en esta parte abrigue seriamente convicciones opuestas. Y en efecto: ¿Qué puede decirse contra tal derecho, que tenga ni siquiera una sombra de razon, ni la mas ligera apariencia? ¿Qué se pide? Si se pide posesion, es antigua, inmemorial, anterior á todas las otras; su cuna se confunde con la cuna de la monarquía; si se piden títulos de legítima adquisicion, ahí están todos los archivos, todas las curias; si se pide la facultad de adquirir, el que esté consignado en las leyes el reconocimiento del derecho, y garantida la seguridad de conservar lo adquirido, abrid todos nuestros códigos, preguntadlo á todos los tribunales. ¿Qué, habrá todavía quien ose decir que no son capaces de propiedad las corporaciones? ¿y por qué serian incapaces? ¿no tienen ellas una existencia, no tienen sus necesidades, no tienen un derecho á satisfacerlas? pues ¿por qué no han de tener una facultad de adquirir los medios de subsistencia, por qué no han de tener un derecho de conservar estos medios una vez adquiridos? ¿Qué filosofía es esta que se empeña en luchar con razones mas claras que la luz del dia, reconocidas como á tales en todos los pueblos, y sancionadas por la legislacion de todos los paises? ¿Acaso no estamos rodeados de corporaciones que poseen propiedades? ¿Y la nacion que algunos quieren suponerla verda-

dera propietaria, la nacion misma, es acaso mas que una gran corporacion? Digámoslo claramente, esos sofismas á nadie convencen, á nadie alucinan, á nadie engañan; son palabras vanas, palabras de que se echa mano para tender un velo sobre la injusticia; y los mismos que de ellas se valen, los mismos que afectan darles alguna importancia, se rien interiormente de ellas; y los que conservan un resto de hombría de bien, una sombra de pudor, sentirán por cierto que se sonrosa su frente al trastoejar de tal manera los mas sagrados nombres, al hacer un tal abuso de palabras.

Pero bien, se me dirá, no se trata de disputar al clero este derecho de propiedad, lo reconocemos, se lo confesamos: sus bienes le pertenecen como á los otros ciudadanos, y con cavilaciones dolosas no tratamos de asentar una doctrina, que llevada de consecuencia en consecuencia, daría por tierra con todas las propiedades, y por tanto con la sociedad entera. El Estado no dice al clero: "eso no es tuyo, sino que es mio, y por eso me lo tomo;" sino que lo que le dice es: "yo necesito tus bienes, y por eso me apodero de ellos; tú lo que puedes ecsigirme es que te indemnice; pues bien, yo lo haré, yo tomo á mi cargo tu decente subsistencia, y el cubrir los gastos del culto; con esto atiendo yo á mis necesidades, y no cometo ninguna injusticia."

Veamos lo que vale esta réplica. La justicia y la equidad ecsigen que preceda al despojo la indemnizacion, ¿y se verifica este requisito? la justi-

cia y la equidad ecsigen que la indemnizacion sea equivalente, y ademas cierta, segura: ¿y puede esto verificarse?

¿Qué vale la garantía del erario para asegurar la subsistencia de una clase tan numerosa, rodeada de tantas atenciones y necesidades? ¿Qué vale para tamaño objeto una garantía cuya eficacia está sujeta á todas las eventualidades de guerras, trastornos, y otras calamidades públicas; cuya mayor ó menor amplitud depende de la voluntad de un congreso mudable por su naturaleza, espuesto á tan diversas influencias, y que por fatales combinaciones podrá ser mas de una vez, la espresion, no de la voluntad de un pueblo grande y generoso, sino de un partido mezquino, de una faccion turbulenta, perversa é irreligiosa? ¿Qué vale una garantía cuyo cumplimiento pueden embarazar la mala fé ó la impericia de un ministro, y hasta de empleados inferiores de hacienda?

"Pero es una garantía consignada en la Constitucion:" en hora buena; pero la constitucion, ni fija, ni fijar puede las dotaciones; la constitucion no dispone de la voluntad de los cuerpos colegisladores; la constitucion no es fianza de la probidad é inteligencia del ministro de hacienda y sus dependientes; la constitucion no garantiza contra las guerras, el hambre, las pestes y otras calamidades; la constitucion no puede siempre evitar las urgencias, los apuros, la exhaustion del erario. Es preciso decirlo, y decirlo en alta voz; la medida de despojar al cle-

ro de sus propiedades, es un recio golpe descargado sobre la Religión; una mirada superficial lo allanará todo, llamando la atención sobre la diferencia que va de lo temporal á lo eterno; también invoco yo esta diferencia; también ella despierta en el fondo de mi alma consoladoras esperanzas; también me hace sonreír de lástima cuando contemplo los vanos esfuerzos del hombre; pero yo no trato de penetrar en los secretos del Altísimo, no trato de limitar á la Omnipotencia, ni de negar que tenga en sus manos infinitos medios para salvar su obra; solo hablo en cuanto cabe en las consideraciones y conjeturas que podemos aventurar los débiles mortales.

Querer comparar al clero con la clase de empleados públicos, es olvidar enteramente la naturaleza de sus funciones, es tratar de degradarle, es empeñarse en que no pueda llenar el alto objeto de su santo ministerio. No citaré á este propósito á nadie que pueda tacharse de apasionado al clero: solo me valdré de las mismas palabras de Mendizabal; y al presentar á las cortes el proyecto del entero despojo del clero. “En el empleado, decía el Ministro, basta que la recompensa asignada á su trabajo, contenga los recursos de satisfacer sus necesidades. En el clero debe procurarse además que no sea un mero asalariado, ni cuya existencia se halle tan subordinada y sujeta al tesoro público, que pierda á los ojos del pueblo aquella santa independencia, que conviene á la profesión augusta de

reprender el vicio, y de dar lecciones de paz y confraternidad desde el trono á la cabaña.” Peregrino parecerá tal vez á los lectores que semejantes palabras salieran de boca del Ministro, en el mismo acto en que se empeñaba en despojar al clero; ahí están los documentos, leedlos: y el Sr. Mendizabal es quien ha de cuidar de ponerse acorde consigo mismo. Yo por mi parte, le acepto la confesión, y se la agradezco.

Por las reflexiones que acabo de emitir, habrá quedado el clero victoriosamente defendido de la tacha de codicioso con que se ha procurado afearle; y esto por el solo hecho de oponerse á la pérdida de sus propiedades, por manifestarse descontento de una indemnización, ya de suyo tan insuficiente; pero que además, atendidas las circunstancias de nuestra patria, sería por mucho tiempo enteramente ilusoria y nula. Pero como por mas peregrina y ridícula que sea la tal acusación, ha llegado á ser por algunos creída, de puro inculcada, será bien detenerse un tanto en acabar de disiparla, echando mano de algunas reflexiones con respecto á la naturaleza de los bienes raíces; de esta manera quedará manifestado, que el clero, procurando conservarlos, ha obedecido á un sentimiento el mas natural, mas justo y mas prudente.

Un instinto de conservación comun á las clases, corporaciones, familias é individuos, los induce á trabajar para colocarse en aquel estado, en que se realicen mas segura y ventajosamente las condicio-

nes de su subsistencia. Un individuo, una familia, una corporacion, una clase, tienen sus necesidades; preciso es satisfacerlas: ese sentimiento es vivo, continuo, estimulante, y en él se encuentra el origen de tantos afanes como los atormentan. Pero no ocupa solamente al hombre el cuidado de adquirir; le aguijonea no menos el recelo de perder lo adquirido; y desconfiado y suspicaz á fuerza de los duros escarmientos que le ofrecen de continuo las vicisitudes humanas, se esfuerza sin cesar en poner sus riquezas á cubierto de los azares que consigo trae el curso de los tiempos. Esta es la causa por qué se le ve con frecuencia cambiar sus riquezas en otras menos cómodas, menos espléndidas, hasta menos productoras, con tal que encuentre en el cambio mayor seguridad, menos motivos de recelo: y he aquí por qué los individuos, y mucho mas las familias y las corporaciones, tienen siempre una irresistible tendencia á la adquisicion de bienes raices; haciéndose sentir mas esa inclinacion en las familias y corporaciones, por la sencilla razon, de que pueden prometerse mas largo plazo de vida, y de que sus necesidades son mas amplias y duraderas.

Por poco que se reflexione sobre la materia, se verá desde luego la causa por qué forma el principal objeto de su anhelo la riqueza en bienes raices; y es por ser la que presenta mas garantías de inviolabilidad y duracion.

Un incendio consume en pocos instantes caudales inmensos; en una asonada de pocas horas, un

populacho feroz se reparte, destruye, desperdicia el fruto de largos sudores, el lisonjero resultado de especulaciones felices; en medio de una guerra, una irrupcion violenta del enemigo destruye cuantiosas riquezas industriales y mercantiles; y tanto entre enemigos como amigos, quien tiene á la mano muchas riquezas en dinero, ó en especie fácilmente cambiabile, corre peligro de estimular la codicia, ó de llamar la atencion de una autoridad en apuro, siendo víctima de esacciones desmedidas y violentas.

Mucho se amenguan todos estos peligros en tratándose de la propiedad territorial: establece por su misma naturaleza, destinados sus productos á cubrir necesidades de suyo menos variables, y menos sujetas á repentinas mudanzas, libre en su mayor parte de incendios, rapiñas y saqueos, satisfaciendo con suave regularidad las necesidades de su dueño, sin presentar aquel cúmulo brillante, que es un incentivo para la rapacidad, que da aliento para la crecida esaccion, y que mas de una vez induce al propietario al lujo y á la dilapidacion; atraviesa la propiedad territorial las épocas mas desastrosas; y si bien los trastornos y guerras privan al dueño de la percepcion de algunas anualidades, alcanzando á abrir en el capital algunas brechas, reparanse éstas con el tiempo, y la inteligencia en la administracion, y la parsimonia en los gastos, vuelven á levantar á los propietarios al mismo nivel en que antes se encontraban.

Las revoluciones y las guerras han dejado en pié muy poca cosa en Europa de tres siglos á esta parte; y sin embargo, las propiedades territoriales han resistido en muchos lugares á tamañas mudanzas: no siendo raro encontrarlas, que no han salido de una misma corporacion ó familia, por espacio de muchos siglos.

¿A qué vienen, pues, las declamaciones contra el pretendido apego del clero á sus intereses, si aun prescindiendo de las obligaciones que le imponen los cánones, de procurar la conservacion de sus propiedades, no hace mas que obedecer á un instinto, que no puede menos de traer consigo las corporaciones permanentes, y hasta los individuos? En las revoluciones, á pesar de ese calor, de esa foga-sidad que ostentan, se oculta no obstante, mas sagacidad y prevision de lo que algunos se figuran; pues se nota muy á las claras, que sus directores no olvidan ninguna idea que bajo cualquier aspecto pueda aprovecharles. ¿Y quién no ha reparado con qué destreza se ha usado contra las propiedades del clero el arma de la calumnia, presentando como sugerencias de la codicia, lo que no era mas que la espresion de la justicia, de la razon, y hasta de los instintos mas naturales?

El clero es clase muy numerosa, sus necesidades son muchas, sus atenciones innumerables y muy costosas, su duracion no se limita á esta ó aquella época, sino que se estiende hasta la consumacion de los siglos: ¿quién será, pues, capaz de presentar

mas robustos motivos de la conveniencia, utilidad, necesidad, de ser propietario? ¿Por qué, pues, hasta se le ha de echar en cara como un defecto, como un crimen, el inocente y natural empeño de serlo? Vaya que es cosa singular y peregrina pretender que el clero no solo haya de sufrir el despojo, sino tambien que haya de aprobarle.

Por cierto que para conocer á fondo las estravagancias de que es capaz el espíritu humano, no hay como presenciar una revolucion: entonces se crea una nueva moral, una nueva lógica, un nuevo lenguaje, por manera que no saldria uno del laberinto, á no tener á la mano una regla que puede servir para muchos casos, y es, que para acertar en el verdadero y real sentido de una palabra, es necesario tomarla al revés. A propósito de esto, he pensado varias veces que si un escritor de talento emprendiera la formacion de un Diccionario crítico-burlesco, no le habia de faltar ancho terreno donde campear podria el ingenio, dando al propio tiempo lecciones muy saludables. Profundo fué el pensamiento del autor que dijo, que en moral y política, con la revolucion francesa, se habia dado la vuelta al mundo.

VII.

Todas las consideraciones que acabo de esponer se mantendrian en su fuerza y vigor, aun cuando fuera verdad que el erario saliera de sus apuros por

Las revoluciones y las guerras han dejado en pié muy poca cosa en Europa de tres siglos á esta parte; y sin embargo, las propiedades territoriales han resistido en muchos lugares á tamañas mudanzas: no siendo raro encontrarlas, que no han salido de una misma corporacion ó familia, por espacio de muchos siglos.

¿A qué vienen, pues, las declamaciones contra el pretendido apego del clero á sus intereses, si aun prescindiendo de las obligaciones que le imponen los cánones, de procurar la conservacion de sus propiedades, no hace mas que obedecer á un instinto, que no puede menos de traer consigo las corporaciones permanentes, y hasta los individuos? En las revoluciones, á pesar de ese calor, de esa foga-sidad que ostentan, se oculta no obstante, mas sagacidad y prevision de lo que algunos se figuran; pues se nota muy á las claras, que sus directores no olvidan ninguna idea que bajo cualquier aspecto pueda aprovecharles. ¿Y quién no ha reparado con qué destreza se ha usado contra las propiedades del clero el arma de la calumnia, presentando como sugerencias de la codicia, lo que no era mas que la espresion de la justicia, de la razon, y hasta de los instintos mas naturales?

El clero es clase muy numerosa, sus necesidades son muchas, sus atenciones innumerables y muy costosas, su duracion no se limita á esta ó aquella época, sino que se estiende hasta la consumacion de los siglos: ¿quién será, pues, capaz de presentar

mas robustos motivos de la conveniencia, utilidad, necesidad, de ser propietario? ¿Por qué, pues, hasta se le ha de echar en cara como un defecto, como un crimen, el inocente y natural empeño de serlo? Vaya que es cosa singular y peregrina pretender que el clero no solo haya de sufrir el despojo, sino tambien que haya de aprobarle.

Por cierto que para conocer á fondo las estravagancias de que es capaz el espíritu humano, no hay como presenciar una revolucion: entonces se crea una nueva moral, una nueva lógica, un nuevo lenguaje, por manera que no saldria uno del laberinto, á no tener á la mano una regla que puede servir para muchos casos, y es, que para acertar en el verdadero y real sentido de una palabra, es necesario tomarla al revés. A propósito de esto, he pensado varias veces que si un escritor de talento emprendiera la formacion de un Diccionario crítico-burlesco, no le habia de faltar ancho terreno donde campear podria el ingenio, dando al propio tiempo lecciones muy saludables. Profundo fué el pensamiento del autor que dijo, que en moral y política, con la revolucion francesa, se habia dado la vuelta al mundo.

VII.

Todas las consideraciones que acabo de esponer se mantendrian en su fuerza y vigor, aun cuando fuera verdad que el erario saliera de sus apuros por

la apropiacion de los bienes del clero; pues no hay razon alguna para quitar la propiedad, ni á un simple ciudadano, ni para objeto de utilidad pública, sin que se le indemnice desde luego con algun equivalente seguro y efectivo. Pero ciertamente, que no necesito dejar como supuesto lo que es evidentemente falso; pues tan lejos estará la indicada medida de mejorar en nada nuestra decaida hacienda, que antes bien le aumentará los aprietos y compromisos.

Ante todo es menester recordar y dejar bien asentado un hecho muy importante en la materia, y reconocido por todos aquellos que habiéndose ocupado en recoger datos sobre el mismo terreno, tienen algo mas en su cabeza que un caos de sistemas y palabras. Este hecho es, que los bienes del clero, aun contando entre ellos la parte que percibia del diezmo y de sus otras obvenciones, deducidas empero las cargas con que por diferentes títulos se hallaban gravados, no alcanzaban á mas, ni aun en tiempos bonancibles, que á cubrir con mediana decencia las precisas necesidades de manutencion de los ministros, y atenciones del culto. Inútil es insistir sobre este punto, ya que debe suponerse como indudable para cuantos hayan visto las cosas de cerca, para quien haya observado cuál se desvanecen como sombras el pretendido esplendor y opulencia.

Daré de mano á la indotacion en que se hallan muchas parroquias, lográndose á duras penas que

el ministro de Dios no haya de andar mendigando su sustento, ú ocuparse en tareas ajenas de su estado, y depresivas de la dignidad de su ministerio; pero aun ciñéndonos al clero de las grandes poblaciones y de las catedrales, puede decirse que los beneficios van reduciéndose á títulos nominales, y que las prebendas en otro tiempo muy pingües, bastan apenas para proporcionar decente mediana al canónigo y al prebendado.

Quien desee asegurarse de la verdad de semejante aserto, no tiene mas que preguntarlo á cualquiera que esté en datos sobre la materia; pero no dejaré este punto sin presentar una reflexion que estará al alcance de todos los lectores, y no escogirá de ellos sino que den una mirada en torno. Es innegable que entre el clero no hay ni lujo, ni disipaciones de ninguna clase; y no lo es menos que á su sombra, ni por su herencia, no se crean ni aun las mas escasas fortunas: si pues descontadas las obligaciones, quedaba del producto de sus bienes algun sobrante, ¿dónde está el aumento de sus posesiones territoriales? ¿dónde los tesoros? ¿vense ahora como antes las costosas construcciones de esos magníficos templos, que nos recuerdan á la vez la religiosidad de nuestros mayores, y la antigua riqueza de la Iglesia?

Para convencer plenamente á los que tuvieren algun reparo en dar crédito á estas aserciones, citaré una autoridad que en la materia ha de ser irrecusable, pues que será la del mismo Mendizabal,

al presentarse á las cortes á proponer el despojo del clero: decia así: "ya pasaron los tiempos en que los individuos de los cabildos catedrales obtenian retribuciones capaces de hacerlos vivir en la opulencia. Las mitras con mas crédito de ricas, lo mismo que los canónigos y prebendados, apenas reciben hoy, segun sus diferentes dignidades, lo puramente ajustado á una no ahogada decencia, porque respecto á los cabildos catedrales de las provincias menos fércaces ó no tan productoras, es sabido que ni están libres de apuros, ni les faltan estrecheces." Observa luego despues S. S. que estas bajas no proceden de las agitaciones políticas, y pondera la escasez en que está el clero parroquial, asegurando que "la suerte del párroco es casi siempre mezquina."

Asentado ya que ni aun en tiempos bonancibles las propiedades del clero, aun contando entre ellas el diezmo y todas las otras obvenciones, no escedian del capital indispensable para llenar las obligaciones mas precisas de su sagrado destino, claro es, que si llega el erario á apoderarse de estos bienes, como tiene en consecuencia que cargar con sus obligaciones, no reporta ningun beneficio, pues no lo es la posesion de unos bienes que lleven consigo una carga igual á sus productos. En el presupuesto habrá de figurar el mantenimiento del clero y los gastos del culto; y si capitalizada la asignacion del presupuesto, ha de elevarse hasta el valor de los bienes del clero, y si quitada al pueblo una

carga se le ha de agobiar con otra, ¿dónde está el beneficio? Es un error el creer que este presupuesto pueda disminuirse mucho por medio de la reduccion del número de ministros; este número no es excesivo, dígase lo que se quiera; es el necesario y no mas: y si á esto añadimos los grandes vacíos que ha dejado por todas partes la repentina desaparicion de las comunidades religiosas, difícil será que el clero, tal como estaba antes, alcance á cubrir muchas de las imprescindibles atenciones de su ministerio. Que si se trata de reducirlo todo sin ninguna consideracion, como seguramente no falta quien lo desea, entonces ya no queda dificultad: disminuir de continuo el número de ministros, cercenarles hasta el preciso alimento, dejar el culto en el abatimiento y en la indecencia; y en tal caso podrá el presupuesto llegar á cero.

Con la sola abolicion del diezmo, se abrió un abismo, y abismo tan profundo, y que tan claramente se presenta á los ojos, que nadie hasta ahora se ha atrevido á salvarle, incluso los mismos que se empeñaron en presentarle como terreno llano, y sembrado de flores y de frutos. Así hemos presenciado el singular espectáculo de las dilaciones anuales para llevar á cabo una medida, que á dar crédito á lo que decia el ministro de hacienda en su memoria, no parece sino que habia de poner fin á todos nuestros males, labrando un porvenir de prosperidad y ventura. La ley se dió, pero el problema está por resolver; se le ha llamado á todos los ter-

renos, se le ha mirado bajo todos aspectos; y tanto en sus relaciones religiosas, como sociales, políticas y económicas, no se ha encontrado medio de salir del paso; aquí se ha visto, se ha palpado, que no es lo mismo hablar que obrar.

El mismo ministro de hacienda, que tanto trabajó para que sus proyectos se elevaran á la esfera de leyes, ese ministro á cuyos ojos naturalmente debian de rebajarse mucho todos los obstáculos que podian embarazar sus planes, no pudo menos de señalarnos el déficit inmenso que resultaba de semejante medida, 153 millones para el culto y el clero, 20 millones para indemnizar á los partícipes legos, y unos 56 millones para indemnizar el erario que en tal caso los pierde por dejar de percibir lo que le tocaba de tercias, novenos, escusado, subsidio, &c., &c.: he aquí un déficit de 229 millones. Añádanse á esto 10 ó 12 millones, *mínimum* de asignacion, segun el mismo Mendizabal, para establecimientos de instruccion y beneficencia, y resultará por confesion del mismo ministro, un déficit de 240 millones anuales.

Este es el déficit confesado; déficit que por cierto no seria fácil llenar; pero ¿es el verdadero? ¿puede asegurarse que no sea mucho mayor? bien merece esto la pena que nos tomemos en examinarlo.

El solo presupuesto de manutencion del culto y del clero, segun se halla en el proyecto presentado por Mendizabal á las cortes en 30 de Mayo de 1837, asciende á 153 millones. Por de pronto conviene

observar que en la memoria presentada por el mismo ministro á las cortes en 21 de Febrero de 1837, decia que se necesitaban para el mismo objeto 380 millones por lo menos; de manera, que en el breve espacio de tres meses, menguó el presupuesto, segun los cálculos del ministro, desde 380 hasta 153 millones; es decir, que le alteró en la enorme cantidad de 227 millones; y esto sin contar disminuido el número de eclesiásticos, pues que si en Febrero le calculaba de 28.000, así mismo le estimaba con corta diferencia la Comision de cortes, al presentar el proyecto de arreglo del clero en Mayo del propio año. Me parece á mí que en materias de tanta gravedad é importancia, un ministro de hacienda que se dirige á las cortes, y que habla á la faz de la nacion, debiera haber procedido con mas cuidado, al menos por no esponerse á que se le eche en cara una ligereza casi increíble, y para que no haya quien le advierta, que la ligereza y precipitacion son infalibles anuncios de errores y desaciertos.

Para formar cabal juicio sobre la materia, es necesario observar, que cuando se calcula el número de eclesiásticos necesarios para España, se olvida por lo comun, un dato de mucha consideracion, pues que se estriba sobre lo que de sí arrojan los estados de las parroquias eclesísticas, sin pensar en el vacío que ha quedado con la desaparicion de las comunidades religiosas. Todos sabemos que no solo en las grandes poblaciones, sino tambien en las aldeas y campiñas, recaia sobre los

religiosos una gran parte de lo que se llama cura de almas; pues aun cuando no fueran ellos los párrocos, eran no obstante los auxiliares de estos, en toda clase de funciones. Al señalarse la estension y límites de las parroquias, se habia contado con este auxilio, y hasta dar una ojeada á muchas poblaciones, para ver que en adelante no será posible satisfacer ni aun las necesidades mas urgentes, si de un modo ú otro no se provee de remedio.

Prévias estas observaciones, échase de ver que es preciso escoger otra base; y la única que en esto se ofrece es el censo de la poblacion; llevando empero en cuenta lo desparramada que se halla en inmenso terreno. Si tomamos, pues, la poblacion por base, señalando por término medio dos solos sacerdotes para cada mil almas, (y por cierto que nadie dirá que pido demasiado,) y teniendo presente que el censo es á lo menos de 12.500.000 almas, tendremos que el clero parroquial reducido á su mínimum, será ya de 25.000 sacerdotes, y señalándoles por término medio la módica cantidad de 5.000 rs. asciende el total á 125 millones anuales; asignense para las fábricas 60 millones, cantidad que aun no llega á la mitad de la manutencion de los ministros, y tenemos que el solo presupuesto parroquial se eleva á 185 millones.

Para formar un cálculo aprocsimado del presupuesto del clero catedral, recordaré que la comision del arreglo del clero le estimaba de mas de 16 millones: téngase presente que la comision estribaba

en el supuesto de muchas supresiones, lo que daba una parte de clero escedente cuya manutencion ascendia segun la misma comision á mas de 16 millones: y tendremos ya mas de 32 millones: y si recordamos que las comisiones andaban á la sazón poco generosas, tanto que el mismo Sr. Mendizabal se veia precisado á abogar en favor del clero, pues sabemos por él mismo, que se empeñaba en que el presupuesto subiera de algunos millones, resultará que reducido todo al mínimum, se habrán de añadir, cuando ménos, 8 millones, necesitándose para el solo clero catedral un presupuesto de 40 millones.

Si añadimos á todo esto la manutencion de los seminarios conciliares, el servicio y conservacion de tantas iglesias, que no son ni parroquiales ni catedrales, y tantos otros gastos como salen al paso en estas materias, y llevamos en cuenta que no es posible pasar sobre todo esto el nivel arrasador, encontraremos que por mas que se regatee y cercene, ha de asignarse un presupuesto de 40 millones.

Resulta, pues, que la sola manutencion del clero y los gastos del culto, asciende al menos, á 265 millones.

La indemnizacion de los partícipes legos, segun los cálculos del Sr. Mendizabal, no baja de 20 millones; pero es digno de notarse que él mismo recelaba de que seria algo mayor esta cantidad, pues que decia "podria suceder que el cálculo de 20 millones, como valor de los derechos de los partícipes legos, fuese inferior á la realidad."

Por lo que toca á los establecimientos de beneficencia, el modo con que de ellos habla el ministro, manifiesta bastante que andaba como á tientas en la materia; y es probable que la asignacion que les hace de 10 á 12 millones, estribará en antecedentes tan poco seguros como hemos visto de los otros.

Suponiendo, pues, que la indemnizacion de los partícipes legos y establecimientos de beneficencia, requieran juntos 40 millones, suposicion que por cierto no es excesiva, recordando ademas que la indemnizacion del erario sube á 56 millones, y reuniendo todas estas sumas, resultará á lo menos un déficit de 361 millones anuales; déficit enorme que no es posible cubrir; y así ya no ha de parecer extraño que todos los gobernantes, calculándole mas ó menos aprocsimadamente, hayan retrocedido á su vista.

¿Y qué medios se propusieron para cubrir este déficit? dos, que son las contribuciones, y los réditos de las fincas de clero secular. Dejaré al Sr. Mendizabal el formar sus cálculos, ya sobre el producto de una contribucion, ya sobre el aumento de otra; no le negaré que en el papel, con números, se puede cubrir el déficit; pero no será lo mismo en la realidad, y con dinero: y estoy seguro que conmigo pensarán todos los hombres inteligentes: será necesario oprimir, vejar, desangrar, y aun será problemático el salir del paso.

Esperar ningun buen resultado de una nueva

contribucion, sea cual fuere su base y su norma, es un despropósito: cuando es tan lamentada la falta de datos estadísticos, tan embarazosa y costosa la recaudacion de los actuales impuestos, cuando los pueblos claman á voz en grito contra el peso que los agobia, difícil será atinar dónde pueda asentarse el pié para dar un solo paso, que no sea sumamente peligroso; pero como quiera, y atendido el estado de nuestra riqueza, bien se deja entender que al fin la propiedad territorial ha de ser la víctima. Y ¿se ha pensado bastante en la gravedad de la medida? ¿se ha pensado bastante en la inmensa altura á que se ha de elevar una contribucion que haya de llenar tan profundo vacío? ¿se ha fijado la atencion en la sorda resistencia que en el pago opondrán los pueblos, mayormente cuando será imposible hacerles creer que sus sacrificios lleguen al legítimo destino, avivada mas y mas su desconfianza y suspicacia, cuando hayan presenciado el despojo que habrá sufrido el clero? ¿Será menester acabar de sofocar nuestra desfallecida agricultura, sin alcanzar otro resultado que concitar la indignacion de los pueblos, y complicar hasta un punto increíble el caos de la hacienda?

¿Diráse quizás que nuestros labradores mejorarán sus fortunas, cabiéndoles parte en la distribucion de las fincas enagenadas? ¡Ah! bien cierto es que á los compradores no les han de salir muy caras: sí, bien cierto es que los compradores mejora-

rán mucho sus fortunas; pero nuestros propietarios no disponen de considerables cantidades de numerario para presentarse á competir en el mercado; no pueden reunir tampoco esos montones de papel, que con varios é ingeniosos títulos y transformaciones, representan mas ó menos legítimamente, capitales inmensos; y sobre todo, no entienden ellos ni de intrigas de oficinas, ni de manejos de bolsa, ni de operaciones de banco. ¿A dónde irán á parar esos bienes? ¿por qué decirlo? ¿quién lo ignora? bien lo sabe la nacion entera, bien alto ha levantado ya sus quejas y lamentos.

El valor de los bienes del clero secular no excede de 2.000 millones: lo que suponiendo que produzca un 3 por 100, dará un rédito de 60 millones; y con estos contaba el Sr. Mendizabal que se iria atendiendo á las urgencias presentes, mientras que con la enagenacion que se iria verificando por series en el espacio de 6 años, saldria la nacion de otros apuros y ahogos. Poner en manos ajenas la administracion de unas propiedades cuyo valor asciende á 2.000 millones, y contar que llegará al erario un 3 por 100, para mí no necesita refutacion: apelo al sentido comun.

¿Y qué diremos de la entrada en el erario de los 2.000 millones valor de las fincas? No seré yo quien haya de indicar los riesgos, mejor diré la certeza de malversacion en esa clase de operaciones: la opinion pública está bien decidida sobre el particular, y se ha pronunciado de una manera

nada ambigua, esceptuando á los solos interesados: todos confiesan el ningun provecho que se ha reportado de la enagenacion de otras fincas: lo que ha sucedido es infalible indicio de lo que sucederá.

No me parece que se necesiten ni muchos conocimientos económicos, ni larga práctica de administracion para formar juicio sobre la materia; basta el sentido comun para decidir, si es imprudente, si es desacertado el sacar á venta un gran cúmulo de bienes, rebajando con la misma abundancia el precio, estimulando la codicia de grandes capitalistas, ofreciendo pábulo á toda clase de injustas especulaciones y dolosos manejos, abriendo la puerta á ocultaciones y dilapidaciones, encarándose la vigilancia de solo el gobierno con la astucia del interés particular, y este atraído por tan sabroso cebo, y cubierto en sus tortuosos caminos con tanto disfraz como de suyo presenta el desórden y la confusion en que se hallan y se hallarán envueltos por mucho tiempo todos los ramos, merced á tan dilatada serie de calamidades y trastornos. Alléguense á todo esto los embarazos, las complicaciones, los crecidísimos gastos, los deterioros que consigo traen por necesidad esas traslaciones colosales de bienes; y con la mano puesta sobre el pecho, diganme todos los hombres honrados, si encuentran nada extraño el que desaparezcan como por encanto considerables propiedades, que antes alcanzaban á llenar con desahogo muchas atenciones, y sin que ahora alivien en nada la suerte de la nacion,

y sin que se vea otro resultado que la improvisacion de algunas fortunas particulares.

Cuando un particular, una corporacion ó una clase tiene sus medios propios de subsistencia, es un gran desacierto del gobierno el encargarse de su manutencion por el atractivo de apoderarse de sus bienes. El interés particular, como acicate que estimula muy vivo y muy de cerca, produce siempre mas cuidado, mas vigilancia, mas prevision; y como no está distraido por los infinitos negocios que reclaman la atencion de un gobierno, y palpa de cerca sus necesidades, y sus daños y ventajas, logra con su industria que una propiedad alcance á donde no alcanzaria jamas, si se colocara en manos no interesadas; y de aquí es que siempre es muy arriesgado el juzgar de lo que será una propiedad en manos del gobierno, por lo que es en manos del propietario; pudiendo asegurarse, que ora se trate del producto de sus rentas, ora del valor del capital, sufrirán uno y otro considerable rebaja.

Ciertamente que no se alcanza cuál es la ventaja que puede reportar el estado de sobrecargarse con la obligacion de cubrir por medio de contribuciones lo que estaba ya cubierto por medio de antiguas rentas. La sola complicacion cada dia creciente, en que van enredándose todos los ramos, y la multiplicacion de oficinas y empleados, deberia ser bastante para retraer de semejante propósito; porque para todos los hombres pensadores es bien eviden-

te que las sociedades modernas tienen un gran problema que resolver: y es, cómo podria lograrse que hubiese menos gobernantes y administradores, y por tanto menos aspirantes á administracion y gobierno, que fuese menos costosa á los ciudadanos la máquina de gobernar y administrar, y se disminuyeran las probabilidades de disturbios y trastornos; pero aun prescindiendo de esta consideracion general, y concretándonos á España, no acierta uno cómo pueda esto caber en una cabeza bien organizada.

La ley no se ha ejecutado todavía, medítenlo bien los hombres que pueden remediar tamaños males: si los bienes del clero secular continúan en sus manos, tendrá el clero al menos esto con que contar; los productos no serán ilusorios; y si no se alcanza con ello á cegar el abismo, al menos no queda tan profundo.

La esperanza de mejorar el crédito público es otra de las ilusiones con que se ha pretendido alucinar á los españoles: pero las incontestables razones con que se ha evidenciado la nulidad de los productos que han de resultar de la venta, y los nuevos embarazos y calamidades que consigo han de traer los nuevos impuestos, basta para demostrar que el crédito es aquí una palabra, y una palabra de engaño. A un estado, lo mismo que á una familia, cuando su crédito ha sufrido considerable menoscabo, pero quedándole todavía abundantes recursos, no es lo que puede sacarle del abatimien-

to el proporcionarle una cantidad mas ó menos crecida: lo que se necesita no son remedios de momento, que bien pronto se convierten en verdadero daño; lo que se necesita es la parsimonia en los gastos, la proporción de estos con las entradas, vigor y cuidado en la administracion, minuciosa vigilancia sobre los que manejan los caudales; y sobre todo procurar la produccion de nuevas riquezas por medio de mucha actividad, mucha industria, mucho trabajo. De esta manera se ataja el mal en su raiz, se evitan las malversaciones, se cubren los atrasos, se reparan las quiebras y se satisfacen con desahogo las necesidades presentes: con los ahorros y el aumento de la produccion, se amontonan capitales, y á la vista de una prosperidad siempre creciente, de la actividad de todas las clases, de la buena fé del gobierno, de la tranquilidad de la nacion, el crédito se restablece, se afirma, se aumenta; y todo esto sin injusticias, sin perjuicios, sin escándalos; sino con empírica prontitud, al menos con suavidad y solidez. Cuando tan amargas experiencias han venido á desmentir repetidas veces la ilusion que un momento pudieran hacer palabras tan pomposas como huecas, parece que es ya tiempo de entrar en el camino de la razon y del buen sentido; parece que es ya tiempo que en los actos del gobierno entre en mayor cantidad algo de aquella grave cordura que caracterizaba á nuestros ilustres mayores: y una nacion que tanto ha padecido, parece que tiene derecho de eesigir, que se

busque sériamente su remedio, y que con vanos pretestos de utilidad pública, no se la chupe tan cruelmente su sangre para saciar la codicia de hombres inmorales.

VIII.

La circulacion de abundantes capitales, la mayor distribucion de la riqueza, la consiguiente vivificación de la agricultura, industria y comercio, y un mayor grado de bienestar para las clases mas numerosas, son el halagüeño resultado que ha de traer la enagenacion de los bienes del clero, si nos atenemos á lo que propalan los interesados en la operacion, y lo que creen, tal vez de buena fé, algunos que se imaginan saber de economía política, porque han leído algunos libros que tratan de ella. A propósito de esta ciencia, y por mas que se precie de positiva, tengo para mí que le acaece lo propio que á muchas de sus hermanas: hay tambien en ella ciertas proposiciones, que á fuerza de ser inculcadas como principios, llegan á entrar en pacífica posesion de tan distinguido título; obsérvanse con mas ó menos esactitud algunos hechos, y dedúcense de ellos algunas consecuencias, que en realidad valen lo que pueden, pero que merced al tono decisivo de algunos maestros, y á la docilidad

to el proporcionarle una cantidad mas ó menos crecida: lo que se necesita no son remedios de momento, que bien pronto se convierten en verdadero daño; lo que se necesita es la parsimonia en los gastos, la proporción de estos con las entradas, vigor y cuidado en la administracion, minuciosa vigilancia sobre los que manejan los caudales; y sobre todo procurar la produccion de nuevas riquezas por medio de mucha actividad, mucha industria, mucho trabajo. De esta manera se ataja el mal en su raiz, se evitan las malversaciones, se cubren los atrasos, se reparan las quiebras y se satisfacen con desahogo las necesidades presentes: con los ahorros y el aumento de la produccion, se amontonan capitales, y á la vista de una prosperidad siempre creciente, de la actividad de todas las clases, de la buena fé del gobierno, de la tranquilidad de la nacion, el crédito se restablece, se afirma, se aumenta; y todo esto sin injusticias, sin perjuicios, sin escándalos; sino con empírica prontitud, al menos con suavidad y solidez. Cuando tan amargas experiencias han venido á desmentir repetidas veces la ilusion que un momento pudieran hacer palabras tan pomposas como huecas, parece que es ya tiempo de entrar en el camino de la razon y del buen sentido; parece que es ya tiempo que en los actos del gobierno entre en mayor cantidad algo de aquella grave cordura que caracterizaba á nuestros ilustres mayores: y una nacion que tanto ha padecido, parece que tiene derecho de eesigir, que se

busque sériamente su remedio, y que con vanos pretestos de utilidad pública, no se la chupe tan cruelmente su sangre para saciar la codicia de hombres inmorales.

VIII.

La circulacion de abundantes capitales, la mayor distribucion de la riqueza, la consiguiente vivificación de la agricultura, industria y comercio, y un mayor grado de bienestar para las clases mas numerosas, son el halagüeño resultado que ha de traer la enagenacion de los bienes del clero, si nos atenemos á lo que propalan los interesados en la operacion, y lo que creen, tal vez de buena fé, algunos que se imaginan saber de economía política, porque han leído algunos libros que tratan de ella. A propósito de esta ciencia, y por mas que se precie de positiva, tengo para mí que le acaece lo propio que á muchas de sus hermanas: hay tambien en ella ciertas proposiciones, que á fuerza de ser inculcadas como principios, llegan á entrar en pacífica posesion de tan distinguido título; obsérvanse con mas ó menos esactitud algunos hechos, y dedúcense de ellos algunas consecuencias, que en realidad valen lo que pueden, pero que merced al tono decisivo de algunos maestros, y á la docilidad

de los discípulos, son tenidas como legítimas; resultando de aquí, que según todas las probabilidades, andando el tiempo deberán de hacerse en ella considerables enmiendas. No es este el lugar de estenderme sobre esta materia, y así concretándome á las relaciones que tiene con el objeto que me ocupa, llamo muy particularmente la atención del lector imparcial sobre las reflexiones siguientes.

¿Qué nuevos capitales circularán con la enagenación de los bienes del clero?—El valor de las fincas.—¿Y cómo circulará este valor? la palabra circulación espresa un movimiento continuado, y si entendeis que se ha de estar comprando y vendiendo sin cesar, pretendeis un imposible, y un imposible que aun dado por supuesto, no traeria consigo ningun provecho; antes bien, como equivaldria á una perenne dislocación de propiedades, no podria menos de ser altamente funesto.—No queremos decir eso, sino que una venta tan colosal ya de suyo, provocará un gran movimiento mercantil, y este en tales materias es siempre muy favorable.—Yo confieso que la sola venta provocará un gran movimiento, una viva circulación; pero observaré tambien que es un error muy capital el suponer que una circulación cualquiera sea siempre útil, pues la puede haber inútil y aun dañosa. Un ejemplo muy sencillo aclarará y apoyará mi modo de pensar: en el cuerpo humano decimos que es saludable aquella circulación que verificándose con suave regularidad, lleva á todos los órganos y miem-

bros la vida, la salud y lozanía; pero aquella circulación que dimana de una causa violenta y pasajera, que se circunscribe á ciertas partes, y que rápida y febril es solo á propósito para acumular sobre un punto determinado los humores ó la sangre, y provocar irritación y enfermedades, tal circulación, lejos de ser saludable, es perjudicial y funesta; con la venta de los bienes del clero habrá circulación, es verdad, pero violenta, y por tanto poco duradera, encerrada en los límites de las bolsas y bancos; circulación que acumulará inmensas riquezas en manos de unos pocos capitalistas, y que no llevará ni un átomo de provechoso jugo á la agricultura, á la industria, y al verdadero comercio.

—Pero desestancados esos bienes, salidos de manos muertas, y trasladados á manos libres, podrán despues pasar á manos de las clases productoras: y he aquí un beneficio inestimable.—A esa réplica contestaré con una observación que estará al alcance de toda clase de lectores, y dirigiéndome á los labradores, á los fabricantes, á los comerciantes, les pregunto: cuando tratais de adquirir alguna finca ¿qué es lo que comunmente os hace falta? ¿es la proporcion conveniente, ó el dinero? ¿os habeis hallado jamas con una cantidad, por mas considerable que fuere de numerario, sin encontrar propiedades en cuya compra pudiérais emplearle? ¿Os habeis visto nunca precisados á dirigiros al estragero para encontrar donde invertir vuestro numerario por no contrar fincas en España? ¿Os habeis visto nun-

ca embarazados por esa mole de bienes amortizados que, si escuchamos á ciertos hombres, tienen en agobio, en oposicion á la nacion entera? Gracioso ademas seria por cierto que pudiéramos oir las respuestas verbales; me parece que las habria chistosas y peregrinas.

¿Qué significan ahora las declamaciones contra los perjuicios que acarrea el acumulamiento de bienes en manos muertas? ¿A qué viene andar á caza de lo que se escribió sobre esto en otros tiempos? No trato yo de juzgar las intenciones de nadie; y así prescindiré de las que pudiera tener el conde de Campomanes, al amontonar el caudal de erudicion que sirve todavía de repertorio á aquellos hombres que, escasos de lectura y faltos de saber, nutren sus escritos y discursos con los materiales recogidos con afan en los trabajos de la anterior velada. El conde de Campomanes es uno de aquellos cuantos hombres ilustres que figuraron en España en el último tercio del pasado siglo; hombres de un mérito indisputable sí, pero mérito que aguarda todavía el fallo de la historia para ser calificado cual debe, y estimado en su verdadera medida. Fné aquella una época muy calmada en apariencia; pero era la calma que precede los grandes acontecimientos; cuando estos se hayan desarrollado en toda su extension, cuando la ceguera y el furor de las pasiones y partidos cedan su puesto á la imparcialidad y á la templanza, entonces vendrá la filosofia de la historia, y señalará su lugar á las cosas y á los

hombres. Pero sea lo que fuere de otras épocas y circunstancias ¿quién no advierte, que se han pasado los tiempos y las revoluciones, que se ha cambiado la faz de todas las cosas, y que lo que un dia fué objeto de rivalidad y envidia, es ahora digno de proteccion y de lástima? ¿Quién no advierte que atendido el espíritu del siglo, la posicion que han ido alcanzando nuevas clases, y á la misma índole de la nueva riqueza que ha obtenido tan notable preponderancia, es ya imposible que la posesion de bienes por parte del clero acarree ningun perjuicio á las otras clases, que es imposible el que las riquezas se amontonen en sus manos, y que los temores que en otro tiempo fueran ecsagerados, ahora son hasta ridículos?

Al escuchar á esos hombres de un saber falso y postizo, que se atavia con erudicion indigesta é importuna, y con pensamientos ajenos, no parece sino que hay una tan estrecha relacion y dependencia entre la venta de los bienes del clero y el fomento de la industria y el comercio, que en aplicando el específico hase de sentir inmediatamente la eficacia del remedio. No seré yo quien esté de parte de la igualdad escensiva de las riquezas territoriales, ni quien niegue que una proporcionada division de las propiedades pueda producir considerables ventajas; observaré no obstante, que la historia de la industria y comercio no muestran esa tan estrecha dependencia entre la prosperidad de estos ramos, y la mayor subdivision de las propiedades territo-

riales: y los que nos traen el ejemplo de lo acontecido en Francia despues de la revolucion, deberian recordar lo que está sucediendo en Inglaterra. En tales materias es siempre muy poco conforme á buena filosofia, el señalar una sola causa á un efecto que por precision ha de haber dependido del concurso de muchas; y ademas hay tambien riesgo de caer en la falta de atribuir un hecho á otro, solo porque ha sucedido despues de él. Aun concretándonos á España, podemos observar, que en Cataluña hay un desarrollo industrial y mercantil que desgraciadamente está muy lejos de ser general en las demas provincias del reino, y sin embargo, en Cataluña no dejaba de haber nobleza y clero, y con sus propiedades como en las demas partes.

La riqueza de una nacion, como la de una familia y la de un ciudadano, está en los medios de satisfacer sus necesidades: quanto mas abundantes sean esos medios, mas variados, mas á la mano, y mas á propósito para sus fines, tanto mayor será la riqueza. Todos los medios para satisfacer nuestras necesidades están encerrados en el seno de la naturaleza: toda nacion, pero en particular la española, los tiene en sí propia; esplotarlos es obra del trabajo dirigido por la inteligencia. Rica y fecunda como es la naturaleza, solo ofrece sus preciosos tesoros á la constancia, á la diligencia, al trabajo; pero este trabajo se desperdicia si no es dirigido por la inteligencia, así como esta es estéril, si no tiene por instrumento el trabajo. Fomén

tese el desarrollo de la inteligencia, por medio de establecimintos de enseñanza útil; protéjase el trabajo cuidando que con dar oidos á proposiciones insidiosas, no se eche á perder en un dia el fruto de tantos sudores; véase que los productos y manufacturas nacionales, no teniendo que luchar en desigual competencia, puedan circular con desembarazo, y encuentren abundante salida, compensándose unas provincias á otras sus perjuicios y ventajas; y veremos entonces si serán necesarias las violencias, para que tomen alto vuelo nuestra industria y comercio, para que adelante con rapidez la nacion en el camino de la prosperidad.

Hay en esta parte un hecho que no quiero dejar de consignarle aquí, porque seguramente ha sido muy poco notado, á pesar de que arroja mucha luz sobre la materia. Si la venta de las propiedades del clero hubierera sido conducente para el fomento de la prosperidad nacional, como se ha querido suponer, hubiéranlo ciertamente advertido las clases interesadas: y en seis años de revueltas, cuando tan abiertos han estado todos los conductos para espresarse todo género de opiniones, cuando se ha excitado hasta tal punto la odiosidad contra el clero, se habria manifestado esta opinion; y siendo ademas tan accesible como ha sido el gobierno, para que pudieran dirigirse toda clase de representaciones, se habria encontrado con numerosas esposiciones de labradores, de fabricantes, de comerciantes, en que le hubieran estimulado para que lleva-

ra á cabo la medida. ¿Y ha sucedido así? Antes de decretarse ¿quién solicitó el decreto? despues de decretada ¿quién ha instado para que se llevara á efecto? Este hecho no es para despreciado ni olvidado: todos los hombres pensadores le estimarán en su justo valor, y la espresion casi unánime de la prensa periódica, el sentir de algunos hombres de lo mas granado de la nacion, consignado en documentos bien célebres, son un testimonio irrecusable de cuál es en esta parte la verdadera opinion pública. ¿Y cuál es la causa que las clases industriales y mercantiles no muestren ningun interés en que se lleve á cabo esa medida? es que el sentido comun, mas cuerdo que las teorías, les enseña, que no adelantará por eso un solo paso la inteligencia, no se estimulará mas el trabajo, no se difundirá entre las clases productoras ningun medio nuevo que facilite la produccion; es decir, que no se creará ningun valor nuevo, ni se proporcionará la facultad de crearle, y por tanto que nada se habrá adelantado en la riqueza.

Llevo ya indicado que si llega á verificarse la venta de los bienes del clero, se acumularán éstos en manos de algunos grandes capitalistas: y tal es la naturaleza de la operacion, y tales sus circunstancias, que es imposible que suceda de otra manera. Pero esta misma acumulacion de bienes en pocas manos, con tal que sean de comerciantes, la juzgarán algunos un bien; por opinar, que esto mismo redundará en beneficio de la prosperidad

pública, estando en la equivocada idea de que podrá contribuir al bien de las clases productoras el improvisar algunas grandes fortunas, y el engrandecer aquellas que á la razon se encuentran ya en mucho auge. Si lo consintiese la naturaleza del escrito, me detendria de buena gana en fijar la idea del comercio útil, y haciendo de ella algunas aplicaciones, haria observar que no son comerciantes útiles todos los que se apellidan comerciantes, porque el comercio si ha de ser útil, ha de ser tambien productor á su modo; pues no pueda decirse que contribuya á la riqueza de la sociedad quien nada produce, quien en nada aumenta los medios de satisfacer las necesidades. Pero aunque no me sea dable estenderme sobre el particular, para los inteligentes en la materia bastarán esas indicaciones, y el fijar la atencion sobre la naturaleza de las especulaciones que ocupan á algunos grandes capitalistas, para juzgar si son las mas á propósito para producir nuevos y verdaderos valores, y por tanto para aumentar la prosperidad pública.

No seré yo quien dispute á las sociedades modernas ninguno de los títulos de gloria á que se hayan hecho acreedoras; paréceme no obstante que aun en los ramos en que mas se pondera el adelanto, hay muchos importantes problemas que resolver; y que sobre todo, en eso de riqueza industrial y mercantil con respecto á la pública felicidad, hay puntos de vista sobre manera equivocados. Es bas-

tante comun el confundir la verdadera y saludable circulacion de las riquezas con el movimiento febril que presentan las bolsas; así como las colosales fortunas de uno que otro comerciante, ó la opulencia de algun dueño de establecimientos fabriles, se toma erradamente como indicio de prosperidad en el comercio y las artes, y de bienestar y dicha en todas las clases de ciudadanos. Cuán infundado esto sea, cuán distante se halla de la verdad, quedará bien claro si se advierte, que ni la prosperidad y poderío de un gobierno es indicio bastante seguro de que disfruten mayor riqueza y felicidad la mayor parte de sus súbditos. A la sombra de unos gobiernos que asombran al mundo con su grandeza y le sojuzgan con su poder, ¿no vive una poblacion inmensa sumida en la mas espantosa miseria? Sin traer aquí las curiosas, pero tristes pruebas, que con larga mano nos ofreceria la estadística de Inglaterra, y sobre la cual se alegaria desde luego que el origen del mal está en las grandes riquezas del clero protestante y de la nobleza, ¿no presenta un espectáculo bien doloroso la Francia, esa Francia cuya prosperidad y dicha tanto se ponderan, y sobre la cual pasó de un modo tan terrible el nivel de la revolucion, allanando desigualdades? Todos los aficionados á esas materias estarán sin duda al corriente de los cálculos publicados en Paris sobre el particular: y de ellos se desprende la increíble muchedumbre de infelices que ecsisten en aquel reino, que apenas pueden

proporcionarse el mas vil y escaso alimento para arrastrar su vida miserable.

Y ¿cómo será esto posible? ¿no hay allí mucha division de la propiedad, mucha circulacion de capitales? es indudable; pero todo esto nos enseña que en la pretendida distribucion de las riquezas, hay mucho de ilusorio, de nominal; que las desigualdades tan combatidas se han presentado bajo otra forma, que se han derribado unas grandeas y las han reemplazado otras, y que con tantas revoluciones y espoliaciones no ha mejorado tanto como algunos pretenden, la clase mas numerosa; y que concentradas en pocas manos increíbles riquezas, puesta gran parte de la sociedad á sueldo de los grandes capitalistas, la industria y comercio no se ejerce en provecho del mayor número, y el lujo y los placeres de nuevos grandes, disipan el fruto de las tareas del modesto artesano, y del miserable jornalero.

Es preciso no mirar la sociedad para no advertir que á su modo, con mas ó menos paliativos, subsiste todavía el feudalismo; y que esos grandes banqueros, esos opulentos comerciantes, esos acaudalados dueños de establecimientos fabriles, han venido á ponerse en lugar de los antiguos señores: fáltales por cierto aquel brio caballeresco, aquellos generosos arranques que hacian pródigos de su reposo, sus riquezas y sangre á los antiguos paladines; pero á buen seguro que en la magnificencia de los palacios, en el lujo y esplendor de sus carrozas, en la numerosa muchedumbre de humildes dependien-

tes, no echamos menos los soberbios castillos, los orgullosos blasones, las ricas armaduras, los enjuegados alazanes, y la numerosa comitiva de los vasallos.

La poca mejora que alcanza la clase mas numerosa, á pesar de los tan decantados adelantamientos sociales, ha escitado ya el celo de los hombres benéficos, inspirado temores á los poderosos, y llamado sériamente la previsora atencion de los gobiernos: y de aquí dimanar el movimiento intelectual que se ha desplegado de algun tiempo á esta parte, para mejorar la condicion del pueblo, y los proyectos y discusiones sobre las medidas mas acertadas y conducentes. Andan en muy buen camino los que dicen que el primer paso que debe darse es educar bien al pueblo; pero á mi juicio, con el problema moral, ha de reunirse un problema económico, y es: "¿cuáles serian los medios mas á propósito para que sin atentar contra la propiedad, y sin embarazar el desarrollo de la industria y comercio, se alcanzase á evitar la acumulacion de inmensos capitales en pocas manos, estendiéndose á mayor círculo del que ahora tienen, los provechos reales y positivos de la industria y comercio?" No se me oculta que para animar la produccion, son necesarios grandes capitales; pero tambien sé que es menester distinguir entre la abundancia de capitales, y su acumulacion en pocas manos: ¿oh si las sociedades modernas encontraran el medio de la reunion de capitales, tal como es conve-

niente para vivificar la industria; pero sin que lo absorbiesen todo algunos capitalistas colosales! Este problema para el cual se piensa muy poco, y que tal vez estaba por proponer, es muy digno de llamar la atencion de todos los sábios, y sea lo que fuere de la dificultad, ó quizás imposibilidad de su resolucion, no será demas anunciarle en España, que se halla en una posicion escepcional, advirtiendo al gobierno, que siempre es menos difícil prevenir los males, que no remediarlos.

En España no se encuentra tanto como en otras naciones aquella poblacion numerosa y facticia, que carece casi enteramente de medios de subsistencia, y que colocada en una posicion tan miserable y trabajosa, ameneza de continuo á la tranquilidad de los Estados. Y no es que en España no haya tambien muchísimos pobres, sino que desparramada la poblacion en dilatado terreno, no se la ve reunida en inmensas ciudades, que abundan en otros paises; y teniendo á causa de su profesion y de sus ideas poca aficion á lo que se llama revoluciones, ofrece al gobierno un inconveniente de menos en sus multiplicados embarazos; y cuando está bastante atrasada todavia nuestra industria, cuando no ha tomado mucha estension nuestro comercio, podriase quizás ensayar, si sería dable entre nosotros lograr los bienes que por esos medios han logrado otros paises, pero sin tropezar tampoco en sus males. Los estudios económicos han de andar siempre enlazados con los estudios sociales; en la sociedad to-

do está íntimamente unido por relaciones muy delicadas; y es menester que cuando se trate de dirigir la mano del hombre, no se pierda nunca de vista su corazón. El mirar las cosas aisladamente ha traído ya muchos males: medio siglo de sucesos extraordinarios han enseñado ya mucho; pero medio siglo mas revelará, que son muy débiles varios puntos sobre los cuales se asienta ahora la planta, como sobre firmísimo apoyo.

El estímulo de la propia necesidad, el aliciente de mayores comodidades, la afición á todos los conocimientos científicos y artísticos, el espíritu de adelanto, de mejora, de perfeccion en todos ramos, todos estos elementos que se hallan ya difundidos en España, serán bastantes á producir una fermentación, que por ser natural y suave, no dejará de ser viva y fecunda, si es que tengamos un gobierno hábil para dirigirla, solícito y activo para animarla, y sobre todo, firme para protegerla contra los ataques de la codicia estrangera. Así se creará una industria á propósito para contribuir á la felicidad pública; así podrá combinarse con ella la educación religiosa y moral del pueblo, la formación de hábitos nobles, de costumbres puras; así veremos ir en aumento una población moral y acomodada, y por consiguiente tranquila y fuerte; así podrán medrar unas clases sin perjuicio de otras; así, y tomando parte en las empresas los mismos propietarios, podrán enlazarse todos los intereses, y marchar hermanados y de frente los de la agricultura, industria

y comercio; así será todo nacional, todo nuestro, todo natural; nada se verá de escótico, ni violento; y nuestra dicha será duradera porque tendrá en el mismo país raíces estendidas y profundas; y con la prosperidad de la nación alcanzará nuestro gobierno grandeza y poderío.

Pero si desangrada la nación en tan penosas y dilatadas revueltas; si chupados nuestros tesoros por la astuta codicia estrangera, ahora con ventas colosales y repentinas, las riquezas territoriales se pasan á manos de unos pocos capitalistas, de los cuales buena parte serán estrangeros, y se agobia á la agricultura con nuevos impuestos para llenar el vacío ¿qué puede esperar entonces la nación? ¿Qué nos importará el que en este ó aquel punto se lleve á cabo algun proyecto industrial y mercantil, si todo ha de llevar el sello de importación violenta, y por tanto de poca utilidad, y de incierta duración? Si en medio de una población hambrienta y desnuda, hemos de ver cual se presentan en ademan de protección los agentes de algunos potentados, que reunan á sus tesoros inmensas propiedades territoriales, ¿dónde estará la independencia del pueblo? ¿Qué habra ganado en bienestar? ¿De qué servirá ni para la felicidad pública, ni para acrecentar la fuerza del gobierno, el que en uno que otro punto se improvise una población débil é inmoral, solo á propósito para servir de instrumento en los motines y trastornos, y para perecer luego en los hospitales? medítenlo todos los hombres pensadores.

IX.

Al acercarme al fin de mi tarea me pregunto á mí mismo ¿qué fruto producirá tu palabra? no lo sé: tal vez muy poco, quizás ninguno: salida de boca de un hombre oscuro, lanzada en medio de un mundo agitado, revuelto como el mar en las tormentas, combatida por las pasiones, y abrumada por los intereses contrarios, perderáse como un débil eco que sulca los aires en medio de estrepitosa borrasca. Como quiera, no soltaré la pluma de la mano sin ofrecer á la consideracion de nuestros políticos, y de todos los hombres que tengan algo que perder, algunas consideraciones importantes.

Una vez atacado un género de propiedad, ya no es posible defender las otras: el principio asentado para legitimar la invasion de la una, se extenderá igualmente á las otras; la aplicacion es óbvia, las consecuencias rigurosas; y siendo tan sabrosos para la codicia y la inmoralidad los resultados de tales doctrinas, difícil será, que en presentándose oportunidad, no se aprovechen de ellas las pasiones políticas: sobre todo si llegan á ser sancionadas con un acto solemne, autorizadas con tal ejemplo. Basta dar una ojeada á la historia, basta una mirada á la revolucion francesa, basta un recuerdo de lo acontecido entre nosotros, para conocer que en las revoluciones hay siempre una fuerte tendencia á violar la propiedad; las revoluciones no son otra

cosa que grandes sacudimientos en que se hundan los gobiernos y demas instituciones; y rotos entonces todos los vínculos que mantienen trabado el orden social, toman todas las pasiones una terrible expansion, diríjense hácia los objetos que las brindan con mas sabroso aliciente; y así como una porcion de ambiciosos escalan el poder para alcanzar renombre, y mejorar sus fortunas, así las clases inferiores elevan sus ojos hácia las superiores, é incitadas por sus propios padecimientos, atizadas por la fogosa palabra de los tribunos, y convidadas por la esperanza de mejorar de suerte, teniendo á la vista ricos y espléndidos despojos, arrojánse furiosas sobre la presa, é inundan la sociedad de sangre y de lágrimas.

En el orden social como en el físico, todo está íntimamente encadenado: y difícil es que se pueda tocar un eslabon sin que se resientan todos los otros: esto ya es siempre una verdad; pero en tal estado se hallan las sociedades modernas, que lo es mucho mas respecto de ellas; pudiendo asegurarse, que es altamente peligroso todo cuanto tenga la menor tendencia á socavar los cimientos del orden, sea lanzando una idea peligrosa, sea presentando algun grande escándalo, que pueda luego ser alegado como un legitimo antecedente.

Gran parte de los gobiernos llevan en su propia forma la necesidad de un vivo movimiento; la imprenta, apoderándose de las ideas, y adornándolas transformándolas, engrandeciéndolas y disfrazán-

dolas, las propaga con la rapidez del pensamiento; ejerciendo sobre la sociedad ya de suyo ardiente como inmensa fragua, la accion del aire en acanalada y poderosa corriente: las ciencias estendidas á todos los ramos, y sujetándolo todo á su análisis revelan todos los flancos débiles, todos los tejidos de frágil contestura; y calentando las cabezas, deslumbrando los ojos con brillante aparato, constituyen un verdadero poder social, de cuya influencia no pueden prescindir ni aun aquellos países, en que menos entrada han tenido las innovaciones políticas. El esplendoroso lujo, los primores y maravillas de las artes, complaciendo hasta el fastidio, la molicie y los caprichos, estendiendo, multiplicando, y aguzando las necesidades, y llevando los incentivos por los cuatro ángulos de la tierra en las veloces alas de rapidísimas comunicaciones, acaban de completar la viveza y rapidez del movimiento; por manera que mirado desde un elevado punto el vasto campo de las sociedades modernas, descúbrese en él tanta vida, tanta accion, tanta variedad, tanto movimiento, tantos elementos inflamables, que el corazon se oprime de zozobra, cuando se ven ciertas ideas que á manera de chispas corren, circulan, serpean arrojando ardientes centellas sobre ese inmenso campo, donde tan peligrosa es una conflagracion, donde tan grande seria la pérdida.

Creada á impulsos de la fabricacion una poblacion numerosa, que no cuenta con otros medios de subsistencia que sus brazos, sin otra garantía de

ocuparlos que los establecimientos fabriles, colocada esa muchedumbre de hombres, no en la clase de los esclavos de las antiguas repúblicas, sino iguales ante la ley con los mas distinguidos ciudadanos, con sus familias miserables, pero independientes, con amplia libertad de trasladarse de lugar, de escoger la profesion, de cambiarla, de procurarse conocimientos, de ambicionar empleos; con vivo deseo de mejorar de condicion, con las inclinaciones turbulentas que les inspira la misma sociedad en que viven, y la vista de algunas familias que nadan en la opulencia y en el regalo, es evidente que andando el tiempo, puede verse la sociedad en terribles compromisos, y que es indispensable echar mano de todos aquellos medios que puedan prevenirlos, y evitar todas las medidas que pudieran provocarlos.

Yo no sé si á la prevision ó al presentimiento de tamaño riesgo puede atribuirse esa tendencia general que se despierta en tocas partes, á cimentar el órden, á robustecer el poder, á invocar la Religion, y á abjurar mas ó menos á las claras, los disolventes principios de una escuela de infausta memoria: pero lo cierto es que el hecho ecsiste; y que aun en aquellos países en que mas se han arraigado las instituciones liberales, se hace sentir con notable fuerza, y se descubren visiblemente sus efectos.

Meditenlo bien esos hombres de elevadas clases, esos ricos prepietarios, esos acaudalados comerciantes de quienes dependerá seguramente el que se

lleve á efecto el despojo del clero: si desperdiciáis ocasion tan oportuna para impedirlo, como os ofrece el hallaros sentados en los escaños de las cortes, y en el momento en que el gobierno va á consultar cuál es sobre eso vuestra voluntad, si lo provocáis, si lo consentís, y si en alguno de los torbellinos de la revolucion se levantan un dia millares de brazos armados con el puñal, con el hacha y la tea incendiaria; si en nombre de la libertad, de la igualdad, de la utilidad pública, de la mejora de las clases inferiores, de la mayor circulacion, de la mas equitativa distribucion de las riquezas, se arrojan sobre vuestros caudales y haciendas, ¿que les diréis? al tribuno que acaudille á la turba feroz ¿qué les responderéis, cuando os recuerde lo que hicisteis con el clero? su lógica será terrible, porque estribará en vuestro propio ejemplo, él os podrá decir con toda verdad: *yo os despojo y vosotros me lo habeis enseñado.*

“Vuestras quejas, se me dirá, son muy fundadas, vuestras razones muy poderosas, y la causa que defendéis es sin duda la causa de la justicia, de la política, y de la economía bien entendida; pero el hecho de que se trata es uno de aquellos que se consuman en medio de las revoluciones, y los hombres que manejan despues de ellas los negocios públicos, han de contentarse con derramar sobre tamaños males una lágrima estéril; pero se ven precisados á aceptar la funesta herencia tal como sea, porque del contrario seria menester entrar de

nuevo en el círculo de las reacciones.” No se me oculta lo que suele decirse sobre esa materia, y que á los españoles se nos achaca como tacha de inesperienza el no querer reconocer los hechos: pero sea lo que fuere de todo esto, observaré que no cabe aqui nada de cuanto suele decirse sobre este punto, porque al entablarse esas cuestiones, se trata siempre de hechos *consumados*, de hechos tales que no puedan anularse sin arrostrar grandes dislocaciones y trastornos; pero en lo tocante á la venta de los bienes del clero secular nada de eso se verifica: todo está íntegro: no solo no se ha realizado la venta, pero ni siquiera el gobierno se ha apoderado de los bienes; y estando reunidos los cuerpos colegisladores, y no pudiendo por consiguiente alegarse de que el gobierno tiene las manos atadas, si no se hace una reparacion que tantas simpatías hallaría en todos los corazones españoles ¿qué es lo que faltará? la voluntad.

Una de las consideraciones que mas pesarán en el ánimo de algunos políticos, para que se inclinen á mirar con secreta complacencia la enagenacion de los bienes eclesiásticos, será el quebrantar para siempre el poder del clero, el atajar de una vez para siempre su influencia. Al tocar este punto, las ideas se me agolpan en tropel, y mi pluma se deslizaría muy veloz si el recuerdo de que escribo en ocasion en que todavía se está derramando sangre española, no me aconsejara alguna reserva y no me inspirara cuidadosa templanza. Me contentaré ahora con brevisimas indicaciones, y entre tanto,

esperaremos que luzcan días menos calamitosos para nuestra desventurada patria, arena de tantas pasiones é intereses, juguete y víctima de tantas intrigas.

Para todos los hombres que saben pensar, es indudable que por largo tiempo han de ser terribles los apuros en que se ha de encontrar el gobierno, aun suponiendo que haya cesado la efusion de sangre: porque si bien hay en España muchos elementos de bien, andan empero tan desparramados, tan faltos de centralizacion, que no será fácil que alcancen á dominar los elementos de mal, que aunque de suyo débiles, tienen sin embargo, la ventaja de obrar con unidad de plan, y apiñados bajo la correspondiente bandera. Treinta años de convulsiones, indican que hay en España alguna causa muy profunda de malestar, y echando una ojeada en derredor nuestro, notamos con espanto que la desorganizacion ha llegado á tal punto, que casi puede decirse que la sociedad está disuelta. ¡Qué alternativas, qué dislocacion tan perenne en el mismo centro del gobierno! No dejo de apreciar en su justo valor la influencia calamitosa de la época; pero es menester mirar las cosas muy superficialmente, para no ver que el mal tiene raices mas profundas. Ya se ha observado que un gobierno no puede gobernar solo: ¡y no está solo un gobierno, cuando no está sostenido por instituciones robustas, que enlazadas con ideas grandes, vigorosas, estendidas por toda la nacion, forman como una base anchurosa, bien trabada, firme, sobre que pueda

asentarse con seguridad la máquina de gobierno? ¿Y se verifica esto en España? ¡qué hombre que merezca el título de hombre de estado, podrá dudar que no sea necesario recoger, reunir y combinar del mejor modo posible, todos los medios de gobierno? ¡En qué cabeza bien organizada puede haber que sea conveniente disminuir las influencias religiosas y morales? ¡Será menester todavía buscar nuevos elementos de disolucion, quitar á esa nacion desventurada hasta el consuelo de la esperanza?

Tenemos los españoles la desgracia de que muchos de los hombres que se empeñan en dirigirnos, no nos conocen, porque mal pueden conocernos cuando solamente nos han estudiado desde Paris y Lóndres, ó cuando mas, no estendiendo la vista fuera del reducido círculo de algunos salones de la capital; por eso gran parte de sus proyectos, ó no encuentran aplicacion, ó experimentan resistencia; y al fijar la vista en los documentos que de su administracion y política encontramos en los periódicos, ocurre desde luego la idea, de que buena parte podría muy bien acomodarse en los folletines. Como quiera, andaremos sufriendo, ya que los españoles lo hemos perdido casi todo, menos el hábito de sufrir; y al contemplar ese porvenir tan nebuloso, acabará de afligirnos la amarga consideracion de que, si nuestros hombres públicos se empeñan en cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del día, por mas que haya sufrido la generacion que acaba, quizás tendrá poco que envidiar á la generacion que comienza.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DEL CATHOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS,

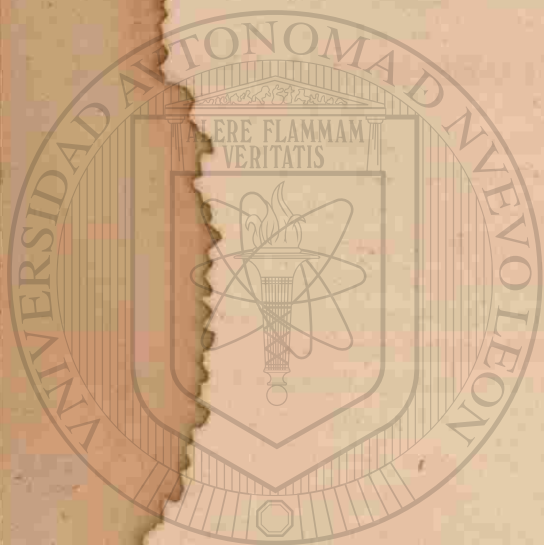
Considerado en sus relaciones con las necesidades
del siglo XIX.

Por el Sr. Raymond,

PRESBITERO, CANONIGO HONORARIO DE LA SANTA IGLESIA
DE MENDE, VICARIO GENERAL HONORARIO DE CHALONS
Y SOCIO DE VARIAS ACADEMIAS.

Buscad primero el reino de Dios
y su justicia, y todo lo demas
se os dará de añadidura.

San Lucas, capit. XIII, vers. 31.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

Imprenta de la VOZ DE LA RELIGION.

1851.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

En el hombre se resume la humanidad, como la sociedad en el individuo. Aquella participa de sus debilidades y de su fuerza, de sus necesidades y de sus progresos. Uno y otra tienen que recorrer diversos periodos: la infancia, la virilidad y la decrepitud. A medida que se suceden las generaciones, se reproducen en el mundo estas facies con caracteres idénticos y sin embargo diversos. En todos los siglos se parecen los hombres, en todos tiempos son hermanos respecto de sus pasiones y virtudes. No obstante, cada siglo tiene sus caracteres distintivos y su particular tendencia. Son poco variados los problemas que plantea el pensamiento humano; pero su fórmula se modifica grandemente de edad en edad. Con mucho ingenio dice un escritor moderno: "Cada generación vuelve á coger su tela de Penelope, y trabaja nuevamente en la misma armazon." La vida de la humanidad, real en cuanto á su objeto, es especiosa en sus resultados.

INTRODUCCION.



En el hombre se resume la humanidad, como la sociedad en el individuo. Aquella participa de sus debilidades y de su fuerza, de sus necesidades y de sus progresos. Uno y otra tienen que recorrer diversos periodos: la infancia, la virilidad y la decrepitud. A medida que se suceden las generaciones, se reproducen en el mundo estas facies con caracteres idénticos y sin embargo diversos. En todos los siglos se parecen los hombres, en todos tiempos son hermanos respecto de sus pasiones y virtudes. No obstante, cada siglo tiene sus caracteres distintivos y su particular tendencia. Son poco variados los problemas que plantea el pensamiento humano; pero su fórmula se modifica grandemente de edad en edad. Con mucho ingenio dice un escritor moderno: "Cada generación vuelve á coger su tela de Penelope, y trabaja nuevamente en la misma armazon." La vida de la humanidad, real en cuanto á su objeto, es especiosa en sus resultados.

¡A cuánta distancia nos hallamos de la edad media! El siglo en que vivimos, casi en nada se parece al que le pre-

cedió. Presenta al observador un carácter alternativo de poder y grandeza, de miseria y debilidad. Sentó el materialismo su tienda en el seno de la sociedad que formaron nuestros abuelos, y nosotros habemos sus obras. Por haber entrado en las vías del espiritualismo, la filosofía contemporánea no nos ha libertado de la despreocupacion que nos legó la escuela del siglo XVIII. Pero el mal exige prontamente la aplicacion del remedio. No puede ocultarse á nadie que tres necesidades urgentes se manifiestan en las sociedades modernas, especialmente entre los franceses, con todo el sentimiento de su energía. Ha dejado el racionalismo tal vacío en las creencias, que solo la fé cristiana puede llenarle y poner término á las oscilaciones y á las dudas. En su esfera de actividad, el entendimiento humano se ha extendido en tan vasta escala, y tomado tal vuelo la industria, que creciendo las poblaciones en límites proporcionales, reclaman mas que nunca el *progreso*. Son tantos los hombres que no han recogido mas que errores y engaños, abatimiento y desesperacion de las vanas teorías que los habian seducido en las penosas y largas contiendas en que se han hallado comprometidos, que quieren en adelante orden y estabilidad, *paz y union*. En dictámen de los sujetos mas ilustrados y juiciosos de nuestra época, estas son las imperiosas necesidades de nuestro siglo. Mas de una vez se ha justificado su tendencia á los ideas religiosas, y nos complacemos en creer que la necesidad que de ellas siente, es el instinto de la vida que despierta con mas vigor en el corazón de los pueblos á medida de la mayor inminencia del peligro. El *positivismo* que ha dado en todas partes un impulso invasor á la industria, ocupa á no dudarlo á muchos entendimientos en hechos sensibles, é incita á la multitud á buscar una felicidad puramente material. Sin embargo, los pueblos abren sus brazos á la vida de fé, de esperanza y de amor. Despues de haber embotado el filosofismo todas las armas del sofis-

ma y de la ironía en las contiendas anti-religiosas, se habia dormido en la indiferencia. A su furioso encono sucedieron el desden de su ignorancia y el orgullo de sus sistemas. Se ha destruido con sus propias manos: ha dejado vacío en todas partes, y los pueblos le piden repetidamente unas creencias que él no les puede dar. El mismo se ve obligado á remitir los pueblos á la fé, como las criaturas nos instan á aspirar á Dios cuando les pedimos la felicidad. Una poderosa voz parece que va á despertar de su letargo á la ciencia humana, y á impelerla como sin saberlo por la senda del catolicismo. Lo que en este momento pasa en el mundo, lleva al parecer por objeto el triunfo de aquel. En los lugares mas remotos á donde puede alcanzar nuestra vista, se nos ofrecen señales nada equívocas del retorno de las naciones á la doctrina católica, verdadera en sus creencias, pura en sus preceptos y santa en su culto. En muchas de aquellas domina el interés religioso hasta al interés político. En el seno de las sectas separadas de la comunión romana, los entendimientos mas elevados principian tambien á agitarse. A vista del maravilloso edificio del catolicismo se postran públicamente de admiracion, esperando el gran dia en que han de postrarse de admiracion y de amor á un tiempo mismo.

¡Cómo triunfa la Religion católica en nuestras colonias orientales y occidentales, en la Persia, la Siria (1) y las Indias! Hace tan rápidos progresos en los Estados-Unidos, segun nos anuncian en el mismo instante que trazamos este cuadro tan consolador y lleno de esperanzas (2), que la mayoría de ellos será enteramente católica antes de un siglo. La América y los hijos de Mahoma en el clima

(1) Las violencias cometidas en la Siria en primero de Octubre de 1841 por los drusos contra las poblaciones cristianas, han hecho salir mas brillante á la Iglesia del abismo en que se creia haberla sumergido.

(2) 22 de Mayo de 1841.

ardiente del Africa, saliendo ya de su apatía, marchan aceleradamente hácia el catolicismo. El último combate se está dando en el seno de la Europa. No... la Iglesia no perecerá en él. Si la Prusia desconoció por un momento sus derechos en la ilustre persona del arzobispo de Colonia, ya acepta con sumision todo lo que determina el soberano Pontífice, y acoge reconocida al coaljutor (1) que éste ha designado. Si abusando de su numérica fuerza el consejo de Argovia, de un solo golpe destruyó ocho monasterios, y quitó á sus moradores mas de diez millones, desde el Rhin hasta el Lemán, desde los confines de Italia hasta las fronteras de la Francia, no se ha oido mas que un grito unánime de reclamacion contra aquella parte de la confederacion helvética, que sembró la desconfianza entre los hijos de una misma patria, y separó corazones que jamas debieron desunirse, resucitó los odios religiosos, y preparó la tea de la guerra civil. Si la España se despedaza por que ha olvidado al Dios de sus padres, tambien de lo alto del Vaticano ha descendido fuerte y magestuosa la voz del sucesor de Pedro; y ¿cuántas lenguas no han protestado contra el abuso de un poder mal entendido y contra los horrores de de la impiedad y de la anarquía? Si el autócrata de Rusia asegura diariamente sus conquistas sobre el patrimonio de la Religion católica, ¿cuántos generosos atletas se oponen enérgicamente á sus invasiones! Oímos los gemidos de la Polonia obligada continuamente á defender su fé de toda clase de perfidias. A pesar de que toda la habilidad británica no puede lograr encubrir los esfuerzos de su propaganda, y la ambicion de su celo bíblico á la par que de su diplomacia, es cosa confesada por todo el mundo: no tememos afirmar que es muy gloriosa la perspectiva del catolicismo en la misma Inglaterra, en Escocia y en Irlanda. Es verdad que el aumento progresivo del

(1) El ilustrísimo Gíssel.

cisma griego es en peligro amenazador para el Austria; pero sus veintisiete millones de católicos no pueden bajar la cabeza al yugo del czar. Tan envanecidos están de pertenecer á la Iglesia, que envidian la preciosa mision que ha tomado sobre sí la Francia, de fijar nuevamente la cruz en el suelo de Africa. Todos los monasterios católicos estan florecientes en la Baviera y en la Holanda. La Italia y Portugal son el fanal del universo en este instante en que se manifiestan señales de conversion en el seno de todas las sectas cristianas. Pero donde se siente con mas ahinco la necesidad de la influencia religiosa, es en la mas bella porcion de la Europa, eje en que se apoya todo el sistema social. Mejor tal vez que en ninguna parte comprendemos en Francia, siempre orgullosa de llamarse el reino cristianísimo, que el Estado necesita una religion, el pueblo creencias, y la sociedad un culto; pero una religion, unas creencias y un culto que ligen realmente á los hombres á sus respectivos deberes, y que por tanto tengan en su favor la sancion divina. De dia en dia viene la ciencia á rendir mas patentes homenajes á la Iglesia, y las mas elevadas inteligencias quieren que en adelante edifique aquella en vez de destruir, y que en lugar de negar afirme. Recíbese con aceptacion la lengua apostólica: apíñanse los corazones en derredor de los púlpitos, y muchos y denodados campeones, recobrando todas las impresiones de fé, no temen en su nombre triunfar completamente del mundo. A estos generosos corazones pertenece enarbolar el estandarte reparador de la fé y de las virtudes cristianas, en medio de la indiferencia y corrupcion que nos rodean. Hay entendimientos reputados por muy juiciosos, que vislumbran un resultado opuesto al que otros muchos entreven de los progresos triunfantes de este conjunto de ideas y de hechos, á que llaman moderna civilizacion. El mas indisputable y general, sobre todo en Francia y en algunos otros reinos donde domina todavía el sensualismo,

seria el debilitamiento de la fé y la esclavitud de la Iglesia.

No pueden olvidarse estas memorables palabras del señor conde de Montalambert, pronunciadas en la tribuna en Mayo de 1842. "En nuestros dias se ha ensanchado infinitamente la esfera de las agitaciones humanas: se han condensado en un círculo único é indefinido todos los focos en que en otro tiempo se dilataba la energía de los grandes corazones; mas por una deplorable compensacion, cuanto mas se ha agrandado la esfera de actividad y de influencia, mas han degenerado tambien los hombres llamados para figurar en ella; mas se han rebajado los caracteres; mas se han apocado las almas." Otros habian afirmado que cuando el apostolado católico, para cumplir la difícil mision que le fué cometida en medio de los grandes centros de la civilizacion moderna, examina el estado religioso y moral de la sociedad, le acontece á veces experimentar las vivas angustias de una tristeza profunda. El docto señor de Ravignan (1) decia poco ha: "Parécele que asiste á un espectáculo de descomposicion y de muerte, y contempla inmensas ruinas." En cuanto á nosotros, si nos es lícito emitir nuestra opinion sobre este punto, diremos que la tendencia de los pueblos á las ideas religiosas, no menos que los males á que están espuestos, revelan á los ojos menos perspicaces la urgente necesidad de fé para nuestra época. Los mas temibles, y aun podremos decir los únicos verdaderos enemigos de la Iglesia, son la ignorancia, el orgullo y la concupiscencia. Hablando de la Religion, dijo un grande hombre: "Poca ciencia aparta de ella: mucha ciencia conduce á ella (2)."

No disputaremos á nuestro siglo que ha hecho infinitos progresos en las ciencias, letras, artes é industria. El gran movimiento que precipitó á unos pueblos sobre otros cerca de medio siglo ha, produjo asombrosos resultados. El pensa-

(1) En su última conferencia de 1841 en la catedral de Paris.

(2) Bacon.

miento comunicado por los aires ha aproximado á las naciones; dilatada el agua por el fuego ha triunfado de los tiempos y de las distancias; y la industria se ha provisto de alas. Lo que tenemos que sentir es la carencia de nociones profundas y exactas respecto de los principios religiosos. Aun la porción mas ilustrada de nuestro siglo desconoce mas de lo que se piensa la verdadera doctrina del catolicismo. El profundo desprecio de la fé que la mayor parte de nuestros sábios hallaron en el mundo á su entrada en la carrera de la vida, la superioridad del talento y los brillantes triunfos conseguidos, les han persuadido de que no era digno de ellos ni aun averiguar los motivos por qué se habia creído en los tiempos añejos, y han desdeñado un estudio que les parecia poco importante. Ha habido una complacencia en repetir que la filosofia materialista é incrédula ha desaparecido, y que ha pasado su reinado. Estamos lejos de negar que ha principiado una era nueva para la filosofia en el siglo XIX. Es satisfactorio para nosotros hallar esta ocasion de pagar un justo tributo de elogios á los hombres de alta inteligencia, que han hecho á la ciencia efectivos servicios. A la filosofia de la sensacion de Loke y Condillac substituyó el señor Royer-Collard la filosofia escocesa. Luego bajo la bandera del señor Cousin, que dió el primer impulso y abrió el camino, y de los señores Jouffroy, Damiron, Michelet, Lherminier, Guizot, Pedro Leroux, Salvador y Strauss, hemos visto propagarse el racionalismo ecléctico, humanitario, hermesiano: sistemas mas ó menos empapados en el espíritu del panteísmo. Los límites de un prólogo y el objeto principal que en él nos proponemos, no nos permiten esponer ni refutar estas diferentes teorías filosóficas: nos reservamos hacerlo completamente en el cuerpo de la obra. Bástanos indicar aquí el mal en la moderna tarea de los entendimientos. La tendencia es á emancipar la razon humana del yugo de la fé: claramente el orgullo, y perdonémosen la espresion. El hom-

bre no quiere dar oídos mas que á sí propio: limitado por el estrecho horizonte de sus pensamientos, se resiste á la dependencia del Supremo Ser, y no quiere soberano superior á su razon y libertad. Disputa á Dios el derecho de cautivarle con el yugo de las verdades reveladas, y no quiere recibir de él ni luz, ni sabiduría. La ecléctica, en lugar de escoger, todo lo mezcla y confunde: su doctrina es el sí y el no, lo verdadero y lo falso; aceptados con igual indiferencia, es un incomprensible escepticismo (1). La filosofía *humanitaria* saluda á la religion futura y los inmensos progresos de la humanidad, porque en lo presente no quiere nada finito, nada positivo, nada superior á los extravíos de su pensamiento: anda buscando siempre sin hallar jamas. Fatigada de las oscilaciones de la duda, viene á ser un juguete, engañado con grandes y hermosas sentencias. El hermesiano de las orillas del Rhin nada explica por explicarlo todo, y suprime la fé para llegar á la soberanía de la razon. En todas partes se ven doctrinas que se han declarado independientes de Dios, y que andan errando en las regiones profundas de las tinieblas como antorchas azotadas por el viento y que se apagan en la borrasca. Si del recinto de la filosofía pasáramos al anchuroso campo de la literatura de nuestra época, no podríamos menos de hacer notar á nuestros lectores la reproduccion de estos diversos sistemas filosóficos, presentados con los mas ricos colores de una brillante imaginacion (2). El periodo de los tiempos que recorreremos, es sin duda una de las épo-

(1) "No escluir nada, aceptarlo todo, comprenderlo todo, esto es propio de nuestro tiempo," decía el señor Cousin hablando de las doctrinas religiosas. Cousin, *tomo I de Filos.*

(2) En el año de 1841 se han publicado trescientas treinta y seis colecciones de obras poéticas: casi todas parecen vaciadas en el mismo molde: árido escepticismo, ecsistencia cansada, frente abatida, corazón consumido. Cualquiera diria que sus autores no saben ya qué partido tomar, y gimen del funesto prosaismo que domina la época, (*Universo religioso* del 22 de Mayo de 1842).

cas mas grandes del entendimiento humano por la variedad de las producciones literarias. En este punto poco tiene que envidiar á los siglos de oro de Alejandro, de Augusto, de los Médicis y de Luis XIV. Todos los géneros de literatura reciben en Francia culto de los ingenios; y la rodean con su influencia las ciencias y las artes salidas de la sociedad para embellecerla. Gloria y honor á los hábiles escritores, que habiendo escavado entre los escombros de cetros rotos y templos derribados hallaron los vínculos que en vano se habia intentado destruir! Honor y gloria á los historiadores, publicistas y poetas que se distinguen por la iinvestigacion de lo verdadero y de lo bello. Su nombre quedará grabado en la columna de los siglos. Pero habiendo entrado la Europa en un sistema mas lato de ideas sociales, es la parte del mundo que mas se ha unido por las conquistas de la inteligencia. Aplican á las necesidades de sus diversos pueblos la mayor generalidad de miras y pensamientos que cambian y reúnen todas las partes de la ciencia. Sin embargo, debemos confesarlo, esta grande fuerza de la razon general, en Francia, en Alemania y en Italia, ha ecsaltado la sensibilidad, escitando el pensamiento de todos modos, mas bien que reunido las inteligencias á las verdaderas tradiciones de los tiempos pasados. Estamos habituados á no sorprendernos de nada, y no hallando en las realidades que nos rodean cosa capaz de admirarnos, solicitamos la vida ideal. A veces le pedimos mas de lo que tiene, y á nuestras facultades mas de lo que pueden. Entre tantas formas como desaparecen, tantos rumores que se alejan, y tantas mudanzas que se olvidan, en el perpetuo cambio de personas y cosas de que somos testigos, nos entretenemos alguna vez en divagar en los delirios de inciertas contemplaciones, en vivir de ilusiones, en estasiarnos, y en nadar en vagos y fugitivos afectos, en los espacios incomprensibles del pensamiento. Y de aqui procede el encanto de una nada cubierta de ador-

nos, de esas frivolidades brillantes, de todas esas bellezas artificiales y falsas que no ha mucho amenazaban arrastrar á la mayor parte de nuestros ingenios, consumidos por la melancolía de un deseo sin esperanza. De aquí la exaltación romántica, enriquecida con los tesoros del género sentimental, y estraviada de uno y otro pensamiento como las olas murmurando vagamente en sus indecisas emociones: de aquí ese romanticismo religioso, dolencia característica de nuestra época (tiene tan íntima conexión con el racionalismo!). En tanto que se pondera la religión natural con cierto aire sentimental que seduce á los que se paran en las apariencias, con el arma de esa fina y delicada ironía, que todo lo enciente sin penetrarlo, y que á todo se resigna sin aplaudir nada, se arrebatá á la moral su sancion, y se la despoja del sello que testifica su legalidad; ó si no, desconociendo las causas providenciales, el lógico enlace y la correlacion de los sucesos entre sí, se detienen en analizar solo los hechos, y entre lo pasado de que se reniega, y lo porvenir que no cede á sus votos, se escoge la ancha y terrible senda del escepticismo. ¡Este es el mal en toda su desnudez. ¡Y cuál será el remedio? La sumision del hombre á Dios por medio de la fé: sin ésta, la ciencia hincha y trae en pos de sí la exaltacion de las pasiones. Por otra parte, es muy necesario que Dios reine, y no puede reinar en los entendimientos sino por la fé.

Otra necesidad de nuestra época es el progreso. Cualquiera que sea la materia de que se trate en el día, y bajo cualquier aspecto que se la considere, se agita en el fondo una inevitable cuestion, que anima á los mas tibios y provoca la discusion; la cuestion del progreso. En todas partes se oye repetir que se quiere hoy que el hombre se illustre, y que los intereses materiales tomen nuevo impulso. Por nuestra parte declaramos en alta voz que no somos ni queremos ser partidarios del oscurantismo. Aplaudimos de todo corazon los esfuerzos de nuestro siglo

que adelanta á la par todas las ciencias humanas, porque honran al hombre é ilustran la patria. Siempre admiraremos en sus perseverantes investigaciones á los hombres ingeniosos que consagran sus laboriosas vigiliás á las especulaciones del pensamiento humano. Pero amargamente deplorariamos que gastasen su vida en tareas que fuesen nulas en la realidad, por mas brillantes que pareciesen sus resultados. Impórtanos, pues, definir bien lo que nosotros entendemos por progreso. A nuestro modo de ver, el progreso es la natural gravitacion, por la cual los hombres y los pueblos deben propender á acercarse á la inmóvil y eterna verdad que es *Dios*. Así, para la inteligencia, el progreso es la perfeccion del humano entendimiento, que se arroja hácia la verdad infinita valuada bajo diversos conceptos. Para la sociedad, el progreso es todo adelantamiento de la especie humana, que se llama en la historia civilizacion. En nuestro juicio, para que haya efectivamente progreso social, es necesario que se esfuerce la sociedad para acercarse á Dios en sus instituciones humanas y en todas las formas variables de su existencia. Así resumimos el progreso social en la civilizacion cristiana, cuyo principio está en la caridad y los deberes grandes que impone. Hacer á los hombres mejores y mas cristianos, dirigir ordenadamente la inteligencia humana y la industria en sus pacíficas conquistas, es trabajar para la perfeccion social. Sin duda esta aclaracion será suficiente para que nuestros lectores se persuadan de que no entendemos el progreso en el sentido de los filósofos contemporáneos, cuyos principios trataremos de esponer claramente para juzgarlos sin exageracion. No decimos, pues, con el señor Cousin, á quien debe atribuirse el honor del movimiento filosófico de nuestro siglo: que el error no es otra cosa que una verdad incompleta. El error es una pura negacion, opuesta á la verdad, lo mismo que la nada al ser, y el bien al mal. Así es, que para nosotros la ley del progreso intelectual no consiste en

el sucesivo predominio de ideas exclusivas que deben desaparecer despues de recorrer su periodo, sino en el movimiento ascendente del entendimiento humano hácia la invariable y eterna verdad. El señor Lherminier, saltando el círculo en que el señor Cousin encierra el progreso, y del cual no se puede pasar, ha proclamado la perfectibilidad indefinida (1). Por muchos que sean los esfuerzos del hombre para adelantar, siempre irán á estrellarse en un límite que no le es posible traspasar, el espacio inmenso que media entre lo infinito y lo finito. No puede suponerse que entendemos el progreso al modo de los sansimonianos: la sensatez pública los ha juzgado, y han muerto despues de arrebatar la admiracion durante unos dias de delirio. Creyendo en la vida futura, distinguimos el bien del mal, y no limitamos el progreso á una simple organizacion material. Nos guardaremos muy bien de seguir al señor Pedro Leroux á las nubes á que se remonta temiendo alimentarnos con fantasmas; antes nos permitirá que enunciemos una verdad conocida de los antiguos por mas que él diga: el hombre es perfectible; la sociedad humana es perfectible. Pero no afirmaremos jamas con él que el progreso es *una serie incesante y continua de perfecciones* (2). No, no podemos admitir en el mismo sentido la perfectibilidad indefinida de la naturaleza humana y la propiedad ilimitada sobre todos los seres. Dejémosle marchar solo y arrogante á la conquista de una utopia (3), mientras llegamos al punto en que trataremos de explicarnos. Feliz él si las nubes en que vuela no se condensan alguna vez en tan terrible forma, que produzcan borrascas. Con mucha mas razon no nos juntaremos á aquellos filósofos, historiadores, poetas ó especula-

(1) Tomo II, pag. 235.

(2) *Libro de la humanidad*, tom. 1, pág. 180, 189.

(3) Condorcet dicen que esperaba que á fuerza de perfectibilidad llegaríamos á no morirnos

dores políticos, que piden al tiempo venidero no sabemos qué nuevo cristianismo, que segun ellos corresponderia á la necesidad que experimentan de rejuvenecerse y repararse. Cada uno quiere formar una religion, y todos no pueden producir un error. Se toma y se deja: se confia en los pensamientos de la mañana, si no es en los sueños de la noche: á veces tambien sueñan despiertos y en pié, y luego todo se convierte en humo y se disipa como éste. Que las obras del hombre sean variables, y admitan progreso, no nos sorprende; pero ¿quién puede introducirle en la obra de Dios? El carácter de toda doctrina puramente humana, es la variacion, la mudanza. Nacer, variar y luego morir es la condicion natural del hombre y de sus obras: el carácter divino es enteramente opuesto, ni variar, ni morir. Así, el catolicismo es el único que no consiente innovaciones. Inmutable en medio de la perpetua inestabilidad de las doctrinas humanas, permanece siempre el mismo y sobrevive indestructible á todas las vicisitudes. El catolicismo es lo que ha sido hasta nuestros dias, y lo que será hasta el último instante en que se cierren los anales del mundo. No concebimos nada mas desgraciado que la presuncion, de ciertos entendimientos, que quisieran acomodar el catolicismo á los sistemas y caprichos de cada siglo, como si pudiese la eternidad plegarse á los tiempos, y arreglarse lo infinito por lo finito. La Iglesia católica prosigue su carrera por entre los siglos: invariable en medio de la fluctuacion del entendimiento humano, no deja de fecundar con su genio inmortal todas las transformaciones sociales que el curso de los siglos acarrea. Así vemos con qué solicitud acude diariamente á santificar con su consagracion los productos de la industria. Que se abran nuevos canales: que se unan las orillas de los rios por medio de puentes colgantes, que se boten al mar nuevas máquinas de vapor ó que surquen la tierra: que desaparezcan las separaciones y que se acorten las distancias: que el pensamiento sea rápido como

el viento y fecundo como la naturaleza: que florezcan las ciencias y las artes; eso es lo que quiere nuestro siglo y lo que sanciona el catolicismo con todo su poder.

Habiéndonos explicado suficientemente bajo este respecto, no nos queda ya sino hacer constar una de las necesidades de nuestra época. La naturaleza del hombre y el estado de civilización de las sociedades modernas, propenden incesantemente hácia el progreso material, intelectual y social. Examinemos todas las clases, penetremos en todas las moradas, preguntemos á las diversas edades de la vida: en todas partes oiremos hablar de algun objeto que excita la curiosidad de los hombres. Busca uno desconocidas plantas: otro nuevas estrellas que nombrar: el economista procura descubrir las mas secretas leyes de la naturaleza, y el político resolver los principales problemas de la organización social: suspira el navegante por costas no exploradas aún, y el escritor trabaja para comunicar al sentimiento y al pensamiento nueva fuerza; y el oído atento trata de combinar sonidos que puedan producir efectos hasta el día inauditos. Todos aspiramos al progreso; y la pregunta ¿qué hay de nuevo? se repite de boca en boca en toda la tierra. Para satisfacer la avidez de la ciencia, que es una de las mas ardientes pasiones de la naturaleza, el hombre desde el alto trono en que le colocó la mano de Dios, pregunta á las naciones destruidas, y levanta de sus ruinas en el mundo de la historia, las ciudades é imperios que el tiempo se ha tragado. Penetra con el hilo de la análisis en la mano el laberinto del pensamiento, sondeando sus mas sinuosas revueltas: las sigue en sus combinaciones y esplanaciones, y se vale en estas escursiones á los datos del mundo físico de los recientes descubrimientos como escalones para aspirar á nuevos resultados. Repetimos sin cesar la palabra progreso. En la acepción que le hemos dado, es una de nuestras necesidades: le creemos propio de esa época: así, nos atrevemos á reclamarle para nuestro siglo.

Otra necesidad de nuestra época es la tolerancia para con nuestros semejantes, el apoyo mútuo, un espíritu de fraternidad y de unión; espresiones diversas cuyo sentido se resume en estas dos sublimes palabras: caridad y amor. Se ha dicho, y con justa razon, que se engañan de un modo muy extraño aquellos que no ven revoluciones sino en los violentos cambios de los diferentes gobiernos mas ó menos tutelares del orden público y de la seguridad individual. Estos torbellinos, cuyos anchos contornos arrastran los hombres y las cosas, derivan de la propagación de las doctrinas irreligiosas. Digámoslo con mas precisión; son las rigorosas consecuencias de la rebelion de la razon contra la fé, de la rotura de los anillos de aquella misteriosa cadena, que reúne todas las potestades morales desde la autoridad paterna hasta la Omnipotencia divina. Desde entonces se rompe el freno de las costumbres y aparece la licencia: la sátira lanza á todas partes su mortal aguijon, y nada hay sagrado que ella no acometa. Religion, gobierno, leyes, honor, deberes, virtud, todo se presenta como problemático. Esta es la causa de esas conmociones sociales que ha experimentado el mundo; de esa desazon que sentian no ha mucho diversas naciones; de esas intestinas divisiones entre los miembros de la gran familia, á quienes la comunidad de sentimientos y de intereses no debia inspirar mas que un solo deseo, el mantenimiento del orden y de la prosperidad del país; de la escasperacion de los ánimos, de esa habitual murmuracion, de esas reciprocas desconfianzas, cuyos motivos parece que no pueden justificarse por nada entre nosotros. Sin duda la filosofia del siglo XIX ha enarbolado otra bandera que la del precedente; pero los sentidos no han abdicado su humillante imperio. El sensualismo se enseñorea todavia de muchos entendimientos, porque domina muchos corazones. Se han llegado á juntar los errores del raciocinio á las pasiones desordenadas, y organizar la corrupcion, conciliándola con no

se qué ideas religiosas; por fin, se ha proclamado abiertamente la rehabilitacion de la carne. El hombre educado en la escuela del racionalismo, no ha tenido mas que un pensamiento libre y desordenado, é inclinaciones indomables. El vicio ha pasado á ser hábito en él: se han roto y como desconocido los vinculos de familia: la medida de los progresos obtenidos, ha sido las maquinaciones tenebrosas y los motines. En vano han ensayado los partidarios de S. Simon, de Fourier y de Owen la transformacion social de las clases laboriosas. Mas estas sectas, al paso que querian cambiar las bases sociales, civiles é industriales de la sociedad, sin echar de ver que su reforma puramente industrial implicaba el uso de las fuerzas de las pasiones, han tratado de edificar fuera del terreno de la fê, y no han contado para nada con la reforma moral de la multitud: así es que su edificio se ha arruinado. Las sociedades secretas, los regicidios, las asonadas, Fieschi, Pepin, Morey, Alibaud, Meunier y Darmes, quedan solos para dar testimonio á todos los siglos de la aparicion de esas funestas doctrinas que propenden á trastornar toda organizacion social, invistiendo con la omnipotencia á una voluntad emancipada de los principios reguladores. Muy difícil seria para nosotros enumerar todos los libros, libelos, folletos y periódicos que aparecen todos los dias para estraviar á los pueblos, haciéndolos artifices de su propia ruina. Parece que tomando prestada la voz de la razon, se subleva á las mas fogosas pasiones: á nombre de la humanidad que sufre, se proclama la rebelion: en nombre de los derechos del hombre se sanciona la espoliacion: con los derechos de la inteligencia en los labios, se escitan en la multitud instintos de la fuerza brutal; y á nombre de la fraternidad evangélica, se apela al ódio y á la venganza. Afortunadamente si la depravacion y el escepticismo tienen secuaces, la verdad y la moral cuentan tambien con sus apóstoles. Mas allá de la atmósfera de sociedad política, en que se

refugia la parte menos activa de la sociedad, se encuentran hombres animosos, firmes en el bien, y confiados en la Providencia. Así, no puede negárse nos que la generacion actual, cansada de esas vanas utopias que han aclimatado el error, y de esas quiméricas abstracciones que á tantos engañaron, harta ya de proyectos hipotéticos, quiere una doctrina aplicable á las relaciones de la familia y de la sociedad, inspiraciones fecundas de que pueda la humanidad recoger todos los frutos. No quiere mentiras, sino la verdad; convicciones para su entendimiento, goces suaves para el corazon, todo aquello, en fin, que pueda llenar la necesidad que tiene de alcanzar unidad y descanso.

Despues de estas observaciones que nos han parecido propias, tanto para sentar las verdaderas necesidades de la sociedad en el siglo XIX, como para fijar el sentido en que nosotros tomamos estas tres palabras, *fê, progreso, union*, capaces de recibir acepciones diversas, es imposible la ilusion, y seria indisculpable cualquiera crítica que se nos dirigiera. Ya no nos queda mas que tratar de demostrar los medios de proveer á estas tres necesidades, y atraer las opiniones divergentes á estas convicciones si podemos. Tal es la difícil cuanto honrosa tarea que ha caido en suerte á nuestra pequeñez. Es sin duda un combate; pero un combate en el que no vemos otro contrario que el error, sin que nada pueda debilitar jamas el amor que profesamos á todos nuestros hermanos. Hemos experimentado con bastante frecuencia que no es imposible terminar felizmente estas lides con la franqueza al esponer su pensamiento y la mesura en las espresiones. Estas armas serán hoy, como siempre, las nuestras, y con ellas vamos á tratar el grave asunto que observe nuestra atencion. En vano hemos estudiado y profundizado los diferentes sistemas filosóficos y de economía social que campean en primera fila en el mundo científico. No hemos podido descubrir en ninguno de ellos el verdadero manantial de donde debe salir el ele-

mento reparador de nuestras agotadas fuerzas. Parécenos que este sale, como el fruto de la semilla, de un elemento enteramente divino, del *catolicismo*. Acaso esta proposición sorprenda á aquellos que han podido decir formalmente y con notable tono de sensibilidad, que la debilidad y la grandeza del *catolicismo* consistió en querer atender á todas las necesidades del hombre (1). Quizá escitará la delicadeza de los que acusan la verdad del cristianismo de haber adoptado como tema favorito y cosa convenida que el hombre nada alcanza con su razon, y que sus pensamientos son lo mismo que un mar embravecido, cuyo solo puerto es Jesucristo (2). Tal vez se verán obligados á concedernos la justicia que se nos debe, si antes de aventurar un elogio ó censura, se colocan en cierto modo en el centro de nuestros pensamientos para penetrarse desde allí del conjunto de ellos y juzgar de su trascendencia.

No vamos á ultrajar la razon humana, antes bien á justificar sus derechos. Aunque sin duda imprescriptibles, no pueden menoscabar la fé, cuyos beneficios vamos á proclamar. No cesa de repetirse que el *catolicismo* es obra de los hombres, y que pasó su tiempo: que es un plan pobre, una supersticion, un hecho vulgar, incoherente que no se puede sostener á la faz de la ciencia. Dícese que se ha agotado el manantial de sus inspiraciones.

Ha habido una complacencia en representarle como un hecho solitario, fuera del cual se consuma todo progreso. Esforzándose por establecer un fatal antagonismo entre él y la perfeccion material de los pueblos, se ha procurado persuadir que es el enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio; y no se han escaseado las acusaciones de intolerancia y de egoismo contra él.

Dando valor á ciertas consideraciones de interés actual

(1) El señor Michelet. *Prefacion de las Memorias de Lutero*.

(2) El señor Carlos de Remusat: *Ensayo de filosofía*.

euyo alcance se estiende á lo pasado lo mismo que á lo venidero, probaremos el hecho divino del *catolicismo*. Procuraremos demostrar que lejos de ser una rémora, nos impele á marchar hácia adelante: que engrandece el pensamiento del hombre y dilata su corazon: que en vez de detener el carro de la civilizacion, ha continuado siendo el principio de la mas elevada perfeccion material y social: que su espíritu es esencialmente un espíritu de paz, de tolerancia, de caridad y de union.

No, el estandarte del *catolicismo* no es una bandera de division ni de ódio, sino de reunion y amor. No hay que quitársela á un partido para dársela á otro: debe quedarse donde está, en el centro de todos los campamentos, y reunirlos por los lados en que tienen puntos de contacto, por la conciencia y la fé. Todos ellos pueden ver el límite que los separa de él, y enterarse de los poderosos motivos que hay para traspasarle.

Cuando se conoce bien la verdad católica, es tan sencilla, tan bella, tan razonable, que proporciona á la alma fiel la mas íntima y verdadera felicidad. ¡Cómo la echa uno de menos sin querer cuando está separado de ella! porque deja en el alma un vacío inmenso. Casi bastaria aborrecer la turbacion para volver á ella. ¡Qué felices seriamos si alguna alma agitada se dedicase á amarla otra vez! Ya hemos manifestado el objeto de esta obra, que es interesante por su oportunidad. Dedicada á todas las clases, á todos los estados, á todas las edades, nos atrevemos á recomendarla mas especialmente á la juventud de hábitos formales y tan rica en esperanzas, como un testimonio de celo y una prenda de amor. Sin omitir nada en la eleccion de pruebas, no consistirá en nosotros si su estilo, tan distante de la afectacion como de la trivialidad, no reunire la gracia á la sensibilidad. Procuraremos no olvidar ninguna de las formas capaces de conciliarle interés. La escolástica no nos ha parecido que le convenia. En sentir

de los hombres juiciosos la mejor defensa del dogma católico y de la fe toda entera consiste hoy en una esposicion fiel, clara y fuerte de los principios que constituyen uno y otra.

Para alcanzar el fin que nos hemos propuesto, bastará considerar la constitucion del calolicismo en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas. Pasando despues á los estudios históricos para discutir los hechos, terminaremos con el juicio de la filosofia del siglo XIX, de las principales disidencias de culto y de los diferentes sistemas de economía social de nuestra época. Estas últimas consideraciones se dirigirán á demostrar que estos varios elementos de organizacion social, están en poca armonia con las necesidades manifiestas del siglo actual. Felices nosotros si podemos lograr reunirlos á los verdaderos principios de que dependen la salvacion de los pueblos y la prosperidad de los estados.

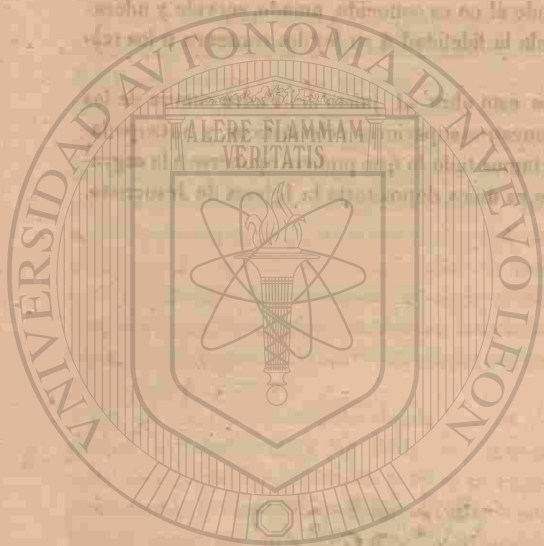
En un cuadro tan estrecho donde la vista abarcará tan estensa heredad, podrán sin duda escapársenos algunos ramillos del árbol de la ciencia, y otros se cogerán incompletamente: si no salimos bien, á lo menos que se tengan en cuenta nuestros esfuerzos. Nuestras faltas no serán inútiles á quien intentase rectificar la obra; y si no nos fuese dado á nosotros mismos repararlas, con gusto dejaríamos á manos mas hábiles un cargo que sobrepujaria á nuestras fuerzas. Bastante dichosos nos consideramos en presentarnos hoy á decir á nuestro siglo palabras de resignacion, de paz y de union.

Inmensa es la carga que hemos tomado; y solo á las reiteradas instancias que nos han hecho, se debe nuestra determinacion de levantarla. Justamente nos asustaríamos al considerarla si no nos atreviéramos á esperar que el Autor de todos los dones sostenga nuestra debilidad.

Dignese de venir en auxilio nuestro este Dios de clemencia, y derramar sobre nosotros y sobre esta obra empre-

didá únicamente en gloria suya, las láces que no pueden brotar sino de su seno. Haga por fin conocer á los hombres lo que acaso una dura esperiencia les ha demostrado en vano, que la union, la paz, la verdad y el progreso, no se hallan donde él no es conocido, amado, servido y adorado; y que sola la fidelidad á su ley los conserva ó los reconstituye.

Sometemos esta obra al juicio del Padre comun de los fieles y de nuestros superiores eclesiásticos; y anticipadamente retractamos todo lo que pudiera oponerse á la sagrada fe, de que es única depositaria la Iglesia de Jesucristo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS.

CAPITULO I.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Necesidad de una doctrina para las sociedades.—
Consecuencias de este principio.—Elementos de
la enseñanza católica.—De la revelacion.—Lo
que es esta segun la filosofia del siglo XIX.—
Confesiones de los antiguos filósofos.—De la
tradicion.—Autenticidad de los libros santos.—
Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la ra-
zon.—Necesidad de la fé.—Teorias filosóficas
de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.
—Corolarios en favor de la necesidad que tienen
las sociedades modernas de fé, de progreso, de
paz y de union.—Relaciones entre la razon y
la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.
—Consideraciones sobre los resultados genera-
les de los diversos sistemas filosóficos antiguos
y modernos.

VANOS serian los esfuerzos para establecer y go-
bernar una sociedad con el único auxilio del orden

exterior, de un pacto político en que se hubiera dispuesto hábilmente el equilibrio en la ponderación de los diferentes poderes. Los derechos del individuo claramente sentados y asegurados por las leyes, las artes, el comercio, las ciencias y la industria ampliamente favorecidos, no constituyen las sociedades: estas necesitan de doctrina. En ella está su fundamento, su principio vital. Como la sociedad espiritual es la condición esencial de todas las temporales, la doctrina ó el dogma es la esencial condición de la vida moral de los pueblos. De modo que podemos afirmar que siempre se ostenta más pura la moral en el seno de las naciones á proporción de la integridad de su doctrina. No son tan indiferentes como se piensa generalmente la verdad y la exactitud del dogma, ha dicho un célebre escritor contemporáneo: la salvación de los Estados, así como la de ciertos individuos, depende de ella. No hay un pueblo pagano que no haya fundado su forma social sobre dogmas; pero como estos eran inciertos, falsos ó extravagantes, el culto fué vicioso entre ellos, y su estado social de una repugnante degradación. Las tentativas que hicieron legisladores y filósofos antiguos para inventar una doctrina, han demostrado que ni los individuos, ni las naciones pueden vivir sin dogma; y sus obstinados, aunque vanos esfuerzos, servirán perpetuamente de prueba de que los dogmas no pueden ser de invención humana. El hombre no tiene facultad por sí solo para hacer é imponer

creencias. Sin entrar en la discusión de los derechos que tengan los pueblos para contraer pactos ó establecer convenios sociales, nunca se les puede conceder el de formar sociedades bajo el único imperio de actos legislativos. "Por sí solos, son impotente barrera para contener el mal, y un medio absolutamente incapaz de mejorar la multitud:" así decía el poeta, 1800 años hace, y esta vez el poeta tenía razón (1). Los sansimonianos habían concebido el proyecto de reorganizar la Europa entera por medio de la industria y mejora material de las clases pobres, y después de escandalosas discusiones aquella secta ha desaparecido. Los partidarios de Fourier quisieron también producir un sistema social. Combinar la asociación con la atracción, dividir el universo, no en familias, sino en falansterios agrícolas é industriales, divinizar la materia, sublevarse contra la doctrina moral, que es enemiga mortal de la atracción apasionada, y llamar así todos los placeres; este era su plan. Su bárbaro neologismo ha quedado sin comprenderse, y sus abstractas fórmulas sin eco. Apenas pusieron manos á la obra, cuando se vieron obligados á proclamar su impotencia. Conviene la mayor parte de nuestros filósofos indudablemente en que los pueblos necesitan una moral; pero esto no es más que la rigurosa consecuencia del dogma, y no es obligatoria para nadie, si el dogma no es divino. El hom-

(1) *Quid leges sine moribus?* Horacio.

bre no tiene seguramente derecho para mandar en la conciencia del hombre; pero esta libertad de conciencia, por la que tanto celo se muestra, á veces sin comprenderla, no es mas que la libertad de no tenerla. Multiplíquense los puntos de contacto entre el hombre y sus semejantes por los impulsos dados á la industria y por la grande popularidad de instruccion, y no se aumentarán sus vínculos. Cada uno será para sí solo en la sociedad, y el interés personal, lejos de reunir los corazones, destruirá el concierto de voluntades individuales propagando el espíritu de egoismo. Por eso las mas sábias constituciones, las mas hábiles legislaciones, como no hacen sino sentar derechos é imponer prohibiciones, siempre dejarían al hombre entregado á sí mismo en la sociedad con derechos ilusorios y deberes inciertos, en una egoista independenciam, y cercado de todos lados por otras independencias idénticas. Esta civilizacion conduciría infaliblemente al despotismo ó á la anarquía.

Necesitan las sociedades una doctrina divina, que les revele la verdad, sancione los derechos respectivos, y los sujete todo á su deber, haciéndoles oír el lenguaje de la patria celestial á que somos llamados, y donde se halla el tipo de todas las perfecciones humanas. Cuanto mas se penetren las sociedades de una doctrina divina, mas unidas estarán á su principio y á su fin, unidad perfecta, único vínculo de todas las cosas; y en la misma proporcion el hombre será mas sociable, y los pueblos mas libres y dichosos.

Tal es la doctrina católica. Al hombre le descubre sus verdaderos derechos, le anima para que cumpla su deber, y corresponde maravillosamente á todas sus necesidades. Por tanto, sería una estraña aberracion del entendimiento humano atribuirle á los descubrimientos de la inteligencia como los sistemas mas ó menos acreditados en el mundo ideal. No es obra de los hombres, sino de Dios. Es divina en su principio, en su objeto y en sus fines sublimes. "Considerados en su origen sus dogmas, decia no ha mucho una de las glorias de la Iglesia de Francia (1), nos conducen á esa larga serie de magníficas revelaciones, donde todo es digno del Espíritu Santo que las inspira, y del hombre á quien ellas ilustran. Considerados en la autoridad que nos los transmite, hallamos á Dios y á su Iglesia que los preservan del espíritu de sistema y movilidad inseparable de los proyectos humanos. Considerados en sus pruebas, se presentan apoyados, no sobre la equívoca reputacion de un novador cualquiera, ó sobre sofismas mas ó menos deslumbradores, sino sobre hechos que tienen carácter divino, sobre una sucesion no interrumpida de testimonios fidedignos que recoge y aprecia la autoridad viviente é infalible de la Iglesia. Considerando sus dogmas en sí mismos, hallamos en ellos las solas nociones dignas de la grandeza de Dios, de su providencia y de su bondad: las únicas que nos espli-

(1) El Ilustrísimo Señor Afre, arzobispo de Paris.

can el origen del mundo, su degradacion (por el orgullo) y su rehabilitacion (por la caridad).” El filósofo puede sin duda libremente admitir ó desechar el sensualismo de Condillac, las distinciones de Kant, los primeros principios de los escoceses, ó la razon absoluta del eclecticismo; pero no puede quedar á su eleccion el afirmar ó contradecir la doctrina católica si quiere quedar dentro de los límites de la verdad. Y se deriva esta diferencia de las diversas clases de verdades que cualquier hombre está precisado á admitir. Los diversos sistemas filosóficos pertenecen á un orden de verdades puramente especulativas, sobre las cuales tiene esclusivo derecho de decidir la razon humana, entre tanto que la doctrina católica pertenece á un orden de verdades sobrenaturales, de que la razon no puede constituirse juez esclusivo.

Es una cadena de verdades de fé apoyadas en hechos que descansan en la inmovilidad de la palabra eterna; hechos sobre los cuales el testimonio solo tiene derecho de fallar, y cuya historia nos conduce á los primeros monumentos de la fé cristiana. Es un magnífico conjunto de doctrinas positivas y de hechos capaces de tener accion sobre el hombre y sobre la sociedad: como juez supremo de las creencias, á su autoridad sola pertenece resolver las graves cuestiones, de cuya solucion dependen siempre la libertad de los individuos y la salvacion de los pueblos. Para todos es un deber rendirle homenaje; negarle, seria un crimen.

Constitúyente dos elementos: la palabra de Dios escrita, y la tradicion, ambas manifestadas á los hombres por la Iglesia.

Procediendo aquí solamente por via de exposicion de la verdad católica, para ocuparnos únicamente en deducir consecuencias relativas á sus copiosos medios de corresponder á las diversas necesidades de la época, no puede convenirnos, segun el plan que hemos presentado, entrar actualmente en la liza con el filosofismo. Nos reservamos juzgar mas adelante sus diversos sistemas; y como todo error lleva consigo alguna mezcla de verdad, debemos apartar el uno de la otra. No clamaremos, pues, aquí contra los filósofos del siglo XVIII, que proponiéndose por objeto sustituirse á las verdades reveladas sus pensamientos individuales, se opusieron á la universal tradicion, que á la manera de un rio magestuoso ha atravesado sin alteracion todos los siglos. Mientras que los antiguos filósofos miraban los dogmas, de un Dios Criador de su providencia, de la inmortalidad del alma y otros, no como conocimientos adquiridos por el raciocinio, sino como antiguas tradiciones (1), los enciclopedistas del siglo último, negando á Dios el derecho de manifestar ningun dogma, cualquiera que pueda ser, sostienen con energia que la sola razon basta para revelarnos todo lo que nos importa conocer en orden á las creencias reli-

(1) Platon, Aristóteles, Plutarco y Ciceron.

giosas (1). Sus escritos, sazonados con la sal de la incredulidad, han caído en el olvido: admirados en los días de delirio, han muerto. La verdad desconocida ha recobrado sus derechos, y los esfuerzos de la humana inteligencia sostienen contra los deístas que las leyes de la sociedad del hombre con su Dios, lejos de deber determinarse por la razón de cada hombre, no pueden derivar más que de la voluntad soberana manifestada por la revelación.

Sin embargo, en medio de los numerosos homenajes que escogidas inteligencias rinden cada día á las antiguas bases del edificio cristiano, nuestros filósofos modernos, haciéndose los apologistas de los derechos del entendimiento humano, han intentado dar alas á la razón para elevarla sobre las altas regiones de la fé. Después de llamar á la filosofía luz de las luces y autoridad de las autoridades, el señor Cousin, cuya mayor gloria es haber introducido en la análisis de la razón una claridad y precisión desconocida antes de él, llega al punto de elevar la razón humana hasta equiparla con la razón divina, hallando perfecta identidad entre las dos, compuestas de los mismos elementos, y reuniendo por la idea de causa lo infinito y lo finito hasta confundirlos (2). Entonces la razón del hombre se identifica con la razón divina, y la verdad no viene á ser más que el fruto de los descubrimientos de los

(1) Rousseau, *Emilio*, tom. 11 y 111.

(2) Curso de 1828, lecciones 4.ª y 5.ª

hombres. El Sr Lherminier, tan hábil como erudito en la esposición de su sistema, diviniza al entendimiento humano, y se esfuerza en demostrar que este es la sola fuerza *á priori* y la razón de las cosas; y negando toda verdad absoluta, las creencias religiosas no son á sus ojos sino móviles transformaciones del entendimiento humano (1), producto único de la razón humana. El Sr. Leroux, bajo los nombres de libertad, igualdad, y perfectibilidad indefinida, pide á la sola razón humana la solución de los grandes problemas que interesan á nuestro destino; y no dando otra causa al cristianismo que la filosofía, se alza contra toda tradición de verdad sobrenatural y divina (2). Limitándonos á estas citas para que no se pueda achacar á nuestra polémica un carácter ofensivo de personalidad, sentamos como un hecho que toda la economía de la doctrina católica reposa sobre este fundamento: la revelación. ¿Quién, pues, podría disputar legítimamente su posibilidad, combatir su necesidad, y negarse á proclamar su existencia? ¿Se negarian á Dios las facultades que se conceden al hombre? Puede este comunicar sus pensamientos á sus semejantes y ¿Dios no podría? Vosotros dais oro á vuestro hermano que no lo tiene, y Dios ¿no podría darnos del seno de sus riquezas nociones demasiado elevadas para que nuestra sola razón pueda adquirirlas? En todos los siglos han estado tan conven-

(1) *Del progreso continuo*.

(2) *Filosofía del derecho*, tomo 1, p. 64.

cidos los hombres de su insuficiencia, que no se citará jamás un pueblo, que no haya creído que su religion se fundaba en la revelacion divina (1). Y aunque nuestra filosofia contemporánea afirme á veces en su entusiasmo por la independencia, que bien podemos pasar sin la revelacion, el género humano se empeña mas en buscar en ella el punto de apoyo del sentimiento religioso. ¿Puede haber una prueba mas auténtica de su necesidad?

Con justa causa nos envanecemos de nuestra razon, porque en el hombre nada hay mas gravoso que el error y la ignorancia. Pero yo pregunto, la necesidad de la revelacion ¿no se nos ha manifestado por la debilidad del entendimiento humano? Nuestra razon no ve *el todo* en nada, segun la expresion de Montaigne. Siendo ya tan limitada aun dentro del círculo de las cosas naturales, tan ofuscada, tan frecuentemente defectuosa, que necesita muchas veces de auxilio para rectificar nuestras ideas; á *fortiori* carece de las luces suficientes para juzgar de las verdades sobrenaturales. No pudiendo comprender todos los atributos de la Divinidad y sus relaciones, ni esa sustancia que llamamos espíritu, y que estrechamente unida á la que llamamos cuerpo, anima todas sus partes sin tener estension; necesita la razon humana ser ilustrada por una luz superior.

(1) Bergier, *Tratado de la relig.* tomo IV, p. 356.

Falta de este punto de apoyo, se parecería á una nave que no dominando sus movimientos, fluctuase á la ventura en las mas opuestas direcciones. Todas las páginas de la historia atestiguan á las futuras generaciones que toda vez que el hombre ha menospreciado la revelacion para atribuirse á sí mismo lo que pertenece á la Divinidad, jamás ha abrazado mas que una vana sombra. En cuanto ha querido usurpar la prerogativa suprema, constituyéndose árbitro soberano de las verdades y de los deberes, ha herido de muerte cuanto ha tocado: impotente para creer, solo ha tenido facultades para destruir: no ha profesado otra doctrina que la duda, ni ha esperado otro porvenir que la nada. En dos épocas ha intentado la razon del hombre determinar un culto para honrar al Ser Supremo. Sus lecciones han venido á parar en instituir innobles sacrificios en honor de Júpiter, y mas adelante de una prostituta. Los filósofos con todos sus razonamientos jamás hubieran podido descubrir la compatibilidad de las perfecciones del Divino Ser, si una guia mas segura no hubiese venido á enseñar á nuestra débil razon, á conciliar con la libertad la inmutabilidad divina, su perfecta unidad y su inmensidad, su infinita bondad y su justicia incesorable. Entre los de la antigüedad, Platon desconfiaba de conocer jamás el origen y el destino del hombre, á menos que no se le concediese una via mas segura que la razon, tal como una revelacion divina. Y ¡qué! la fuerza de la verdad ¿no

arraucó formales confesiones á la filosofía del siglo XVIII, que gloriándose de los derechos de la razón se mostraba enemiga de toda ciencia? ¿Quién no sabe estas palabras de Bayle: Nuestra razón no sirve mas que para embrollarlo todo, para hacer dudar de todo? No bien ha edificado una obra, cuando nos presenta los medios de arruinarla... El mejor uso que puede hacerse de la filosofía, es conocer que es un camino estraviado, y que debemos buscar otra guía, que es la luz revelada (1). El mismo Rousseau, tan celoso apologista de la razón, pero que nunca fué mas sublime que cuando por una manifiesta contradicción habló el lenguaje de la verdad ¿no decía que si la religión natural (que es la razón) es insuficiente, consiste en la oscuridad con que nos deja de las grandes verdades que enseña? "A la revelación (continuaba) toca la enseñanza de estas verdades de un modo perceptible al entendimiento humano, ponerlas á su alcance, y hacérselas concebir para que las crea (2)."

Sí, indudablemente la revelación es necesaria, tanto para hacer mas claro, cierto, comun, eficaz y uniforme el conocimiento de la verdad, como para que sirva de vínculo en la sociedad. Por estensas que puedan ser nuestras facultades, á menos que no las fecunde un principio generador, siempre adolecerían de esterilidad; porque no ofrecen medio alguno para disipar nuestros errores, ó poner

(1) *Dic. crit. art. Babel* p. 740.

(2) *Emilio*, tom. III, pag. 750.

fin á nuestras dudas, y la sociedad presentaria la triste imágen del estado salvaje. Caeria en el anonadamiento moral, en que se hallara si el ser que dió al hombre la existencia física, nada hubiese hecho á su favor en el órden espiritual, que constituye toda su dignidad. Es menester conocerle, así como en el régimen del pensamiento se forma el nudo del órden material, así en las mas altas regiones de la inteligencia divina se forma el nudo del órden moral. A no elevarse hasta ella, luz increada de la que dependen todas las demas, no puede existir ninguna ley comun entre los hombres; porque el pensamiento humano no presenta ninguno de los caracteres de la verdad absoluta, nada de cierto, de sagrado, ni de obligatorio. Esta verdad de hecho que testifica el origen de todos los conocimientos y la preexistencia de las doctrinas, es la prueba mas irrefragable de la necesidad de una revelación divina. No es factible otra cosa que una irremediable anarquía en el mundo intelectual si no reconoce la existencia de un conjunto de verdades, que toman prestada de la razón divina una autoridad, ante la que deben inclinarse todas las razones humanas. La revelación todo lo robustece haciéndonos considerar á Dios como el principio de todos los seres, y colocándole al frente de todas las verdades y de todas las leyes. El negar la revelación, seria lo mismo que arrancar la clave en la bóveda para edificar sobre vastas ruinas.

Demostrada su necesidad, arrastra en pos de sí

nuestros votos en favor de su existencia. ¿Quién podría engañarse hasta el punto de no reconocer que si el entendimiento humano ha tenido el privilegio de ser ilustrado de un modo especial, es porque la divinidad ha reflectido en nosotros su resplandor, como el astro del día sobre el que dirige la noche. La revelación ha tenido sus gradaciones. La vemos principiar en la infancia del género humano, cuando el amor infinito arrojaba á la esperanza de la redención el vínculo de las dos sociedades de los tiempos y de la eternidad, roto por su culpa. Allí servía, para hablar el lenguaje de un ilustre escritor de nuestra época, de andrajales del edificio sobrenatural cuyo cimiento debía sentar un día en las profundidades de la muerte el sacrificio del Hijo de Dios. Testigos somos de sus progresos en los tiempos patriarcales, de Moisés y de los profetas. La vemos ligando por medio de sus instituciones la milagrosa serie de sus anales y los principios de la sociedad humana á sus futuros adelantamientos. Llegó á su perfección en tiempo de Jesucristo: recordándonos el misterio de la caída del primer hombre por el de su rehabilitación, fué con respecto á la que habia ilustrado al mundo naciente, como los resplandores del sol respecto de los primeros albores que aclaran el horizonte. A este rayo de inteligencia infinita que brilla sobre las nuestras estrechas y limitadas, debemos el atravesar el camino de la luz por donde hemos de dirigirnos por una ascension incesante para descu-

brir las verdades que constituyen el estado normal y progresivo de la sociedad.

La sola revelación auténtica, admitida por la doctrina católica, es la contenida en la tradición y en las Santas Escrituras. No creemos hallarnos en la triste necesidad de combatir los sofismas de la escuela de Voltaire contra la cadena no interrumpida de la tradición y la veracidad de los libros santos. En cuanto el hombre renuncia la autoridad de la tradición, es conducido forzosamente á divinizar su razón, proclamándola infalible, soberana é infinita, ó á tomar el ancho camino del escepticismo; porque hallándose reducidas para él todas las causas de certidumbre á la evidencia y al raciocinio, y no pudiendo ni una ni otro servir de base á las verdades que realmente son superiores á la razón, se sigue que no podría tener ningun motivo para admitirlas, á no ser que levante su propia razón á la altura de los cielos. Tal es la consecuencia lógica que no han podido eludir la mayor parte de los filósofos de nuestra época.

El que tratase de poner en duda la autenticidad de los libros santos, no puede admitir la de ningun libro profano. Aquellos reúnen en su favor todas las pruebas históricas de la crítica mas severa y en el mas alto grado que pueda exigirse. Si fuese obra de los hombres, se hallaria en algunas partes el sello necesario del entendimiento humano, y le hubieran denunciado los enemigos de la fé. No hay obra ninguna que por la sublimidad y variedad

de sus objetos dejase al hombre menos facultad de ocultar lo limitado de su ingenio: ninguna otra hay, cuyos errores se hubieran descubierto mas fácilmente, porque no existe otra que haya hallado mas contradictores. Con todo, los mas antiguos documentos nos demuestran que los libros sagrados han sido admitidos en todo el mundo como inspirados, en Oriente y Occidente, por ortodoxos y por hereges. Al grado de adelantamiento á que han llegado las ciencias, se ven precisadas ó á declararse incompetentes en las dificultades que habian suscitado contra ellos, ó á adherirse á la solución que dan á aquellos estos divinos monumentos de la revelación. El ilustre Cuvier, que tuvo la gloria de iniciarnos con tanto esplendor en la doctrina de los orígenes de nuestro globo y de la generación de los seres, señaló la exactitud de la cosmogonía escrita por Moisés. En su discurso sobre las revoluciones del globo, decia: "Moisés nos ha dejado una cosmogonía, cuya exactitud se verifica cada dia de un modo admirable. Las recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente con el Génesis sobre el orden con que sucesivamente fueron creados los seres organizados."

Observemos, sin embargo, que el Génesis es entre todos los libros santos el que ha encontrado mayor oposicion. Y con todo, á medida que la geología ensancha su esfera con algunos recientes descubrimientos, la conformidad tan importante, indicada en otro tiempo por Cuvier, crece progresivamente.

El Sr. Marcelo de Serres, su digno émulo, acaba de demostrar con sus preciosas investigaciones que los últimos descubrimientos de la ciencia concuerdan con la doctrina del libro mas antiguo y precioso que nos han legado los siglos. Este autor, cuyo talento no puede oscurecerse á pesar de su modestia, demuestra que el Génesis, ese libro designado por la fé para ser venerado por todos los pueblos, y que ha sido tantas veces impugnado, encierra maravillosas verdades. Treinta y cinco siglos ha que un hombre que no habia sondeado la profundidad de la tierra para buscar la explicación de lo pasado, contaba en un lenguaje admirable la historia de la creación. Moisés escribía su cosmogonía. ¿Cómo pudo conocer lo que han confirmado los últimos esfuerzos de la ciencia, auxiliada por la revelación? Esto no puede explicarse sino por la fé.

No, los libros santos no llevan marcado ninguno de los caracteres de la razón humana, y antes contienen los caracteres visibles de la razón divina. ¿En dónde si no se hallan toques tan sublimes de naturalidad y de ternura? ¿Qué relaciones desapercibidas entre los hechos y el estilo! El soplo de la inspiración se percibe hasta en las formas que ha tomado el pensamiento de Dios. A los que tengan la temeridad de sospechar de su autenticidad, nos bastaria oponer la apología que arrancó en otro tiempo á un corifeo de la filosofía la fuerza de la verdad. "Yo confieso á V. (decia Rousseau) que

la magestad de las Escrituras me asombra; la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son, comparados con aquel! ¡Es posible que un libro tan sublime y sencillo á un tiempo sea obra humana? ¡Diremos que se inventó la historia del Evangelio por capricho? No, amigo mio, esas cosas no se inventan: los hechos de Sócrates, de que nadie duda, son menos auténticos que los de Jesucristo. En la sustancia, no es mas que alejar la dificultad sin resolverla: mas inconcebible seria que muchos hombres de conformidad hubieran compuesto este libro, que no el que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran hallado jamas ese tono ni esa moral: y el Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe." La lengua divina, que hablan los libros santos, ofrece esperanzas á la angustia y bálsamo para la herida. Oimos una voz enérgica y afectuosa, consoladora y terrible, imponente y familiar, que anuncia paz, gracia, verdad y misericordia. Poseemos estos libros sin alteracion, por mas que diga el Sr. Jouffroy, que parece que no rinde homenaje á la verdad del dogma antiguo mas que para acensar á los siglos posteriores de haber perdido su inteligencia; y que no viendo en el cristianismo mas que una institucion degradada, absurda y corruptora, profetiza que se levantará un nuevo dogma sobre las

ruinas del antiguo (1). Propio era de la providencia de Dios conservarnos en toda su pureza estos manantiales abundantes en luces y virtudes; y la Iglesia, aunque solamente se la considerase como sociedad humana, forma el mas seguro testimonio que pueda reivindicar la verdad histórica, en favor de la integridad de aquellos. Ella es la autoridad visible que el Hombre Dios instituyó al dejar la tierra para conservar intacto el cuerpo de doctrina revelada y enseñarla á los pueblos en toda su pureza. Ella es el foco de la luz y de la vida. Queriendo nosotros permanecer fieles al plan de simple esposicion que nos hemos propuesto, no podemos dedicarnos aquí á esplicar las sólidas pruebas en que descansa. Nos contentaremos con observar que si Dios no hubiera instituido entre los hombres una autoridad con su divina asistencia, infalible en su doctrina, la verdad revelada se hubiera alterado muy pronto por las pasiones humanas, y por tanto inutilizándose el beneficio de la revelacion. Por otra parte, admitir la revelacion que fija la creencia y arregla los deberes, y resistirse á reconocer una potestad intelectual, establecida para hacer seguramente discernir al hombre la verdad revelada de las opiniones humanas, seria una hipótesis tan poco digna de la Divinidad, como poco adecuada á la naturaleza y necesidades de la humanidad. Por ella está Dios siempre presente á todos los pueblos,

(1) *Miscelaneas filosóficas*, art. int.: *cómo concluyen los dogmas*.

comunicándose á los hombres por su conducto. Sus pensamientos nos llegan por medio de la enseñanza exterior, que no siendo mas que su vehículo, está indispensablemente unida á ellos. Todo el mundo sabe que la razon es lenta en sus progresos, y desde luego todos están obligados á admitir que necesita una autoridad para acelerar los resultados de las investigaciones individuales. A cada paso la razon tropieza con dificultades insolubles; luego le era indispensable una autoridad para disipar sus dudas: siendo caprichosa y muchas veces hasta extravagante, no puede pasar sin una autoridad que la contuviera en los límites de la verdad. Intentar que la razon individual se constituya árbitro esclusivo de las verdades reveladas, seria dejar á cada uno el derecho de oponer una razon á otra, y un testimonio á otro testimonio, confundir el sí y el no, admitir tantos símbolos como individuos, privar al hombre de todo auxilio para defenderse de las seducciones del entendimiento y las pasiones del corazón; denegar todo medio fijo de hallar la verdad en medio de las divagaciones del espíritu humano, y quebrar todo vínculo religioso y social. En lo mas elevado del cielo, donde la mano de la Religion anuda el lazo de la sociedad humana, fué donde la idolatría estableció el principio de una deplorable division. El derecho que atribuía á cada pueblo de formar sus dioses, cada familia, cada hombre le podia reclamar. De este modo, no solo rompió el vínculo de la sociedad general de los

pueblos, sino que destruyó tambien en el seno de cada nacion las condiciones del órden social. La sociedad pagana se estaba muriendo de consuncion, cuando vino Cristo á restituir la vida á la humanidad con su divino soplo. Las Santas Escrituras bajaron sin duda de Dios á los hombres para enseñarles el camino que debe conducirlos en esta vida de pruebas: con todo, el principio comun de todas las heregias que las entrega á la interpretacion de la razon individual, ha destruido toda fé comun y cierta entre ellas, y abierto un abismo, en que ha ido á desaparecer la magestuosa reunion de las verdades reveladas. Entonces llegó el entendimiento humano á la incertidumbre de toda doctrina, y cayó en las tinieblas del escepticismo, y en tanto que la razon, proclamándose soberana, se deslumbraba con su triunfo, se le ocultaba la solucion de las cuestiones morales, y el pensamiento social, privado de guia, erraba á la ventura en el campo de las ilusiones. “Es imposible, dice Montaigne (1), probar nada de la naturaleza inmortal, con la mortal: no hace mas que descarriarse en todas direcciones; pero especialmente cuando se mezcla en las cosas divinas; porque aunque le hayamos dado principios ciertos é infalibles, é iluminemos sus ojos con la antorcha santa de la verdad que Dios se ha servido comunicarnos, vemos con todo diariamente, á poco que ella se desvie de la senda ordinaria, y que se vuelva ó aparte del camino trazado ó abierto por

(2) *Essays* de Montaigne. lib. II, cap. 2.

la Iglesia, que al instante se pierde, se halla embrollada y entorpecida, rodea y fluctúa en este mar ancho, agitado y ondulante de las humanas opiniones sin freno y sin objeto. Al punto que pierde el camino real y comun, va dividiéndose y dispersándose en mil sendas distintas."

Así como para el sosten de toda institucion política una legislación escrita, cuyos artículos componen las ruedas de toda la máquina, está sujeta en último recurso á un tribunal soberano que reforma las sentencias de los inferiores, decidiendo por la verdadera aplicacion de las leyes que gobiernan la sociedad civil; del mismo modo la sociedad religiosa no puede conocer el verdadero sentido de las Escrituras sino por el conducto de la autoridad espiritual, á quien Jesucristo dijo: "Id, enseñad á todas las naciones: yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Esta autoridad reside en la Iglesia católica. Todas las potestades son incapaces de derribarla. Su voz es el intérprete de los pensamientos de Dios: sus juicios irreformables y sus decretos sin apelacion, completan los diversos elementos que constituyen la doctrina católica. Cuando aparecen sin cesar en el horizonte signos amenazadores, y se debilita la vista de contemplar lo movedido del terreno que tiembla bajo nuestros piés, ¡cuán dulce es dedicarse á leer á la luz de las mas antiguas tradiciones, el destino futuro de los pueblos en los acontecimientos consumados, y á buscar en la infalible autoridad

de la Iglesia, un puerto saludable, en que no se corre riesgo alguno!

Ella es realmente la maestra del mundo y la bienhechora del género humano: sus dogmas, su moral y sus instituciones, están en perfecta armonía con la naturaleza física y social del hombre: su doctrina corresponde maravillosamente á las necesidades que con tanta energía se descubren en las sociedades modernas.

Nacemos todos con el deseo de conocer, y el ansia de saber es una de las pasiones mas ardientes de nuestra naturaleza. Siu embargo, nuestras facultades intelectuales se cansan; y en vez de la verdad, que el entendimiento humano busca, abraza por lo regular un error. Es cierto que el hombre es el primero de los seres sensitivos; pero es el último de los que piensan. Aunque destinado para vivir de inteligencia, está sujeto al yugo ilegítimo de los apetitos sensuales. Dominado por sus pasiones, no solo no descubre los secretos de la naturaleza, sino que ni aun se conoce á sí mismo: á veces hasta desconoce al Dios que tan eminente le crió. Después de muchas tareas y largas vigiliass se le oye el *no sé* del escepticismo: no afirma, ni niega, duda de todo, vacila en todo. Al modo que el viajero extraviado que habiendo perdido de vista el término á que se dirigia, flaquea á fuerza de tanto vagar, y abátido por la fatiga se sienta á la sombra de un árbol sin saber de dónde viene ni á dónde va, el hombre en ciertos periodos de su vida, olvi-

dado de los felices recuerdos que protegieron su infancia, y de las involuntarias impresiones que enderezan á veces su pensamiento hácia Dios, viene frecuentísimamente á parar en un estado de suspensión negativa despues de una marcha forzada por los senderos del error: alaba, admira, echa menos; pero en creer: tan cierto es que las opiniones humanas adolecen de incertidumbre y de oscuridad. Necesitan los individuos, lo mismo que la multitud, del fanal que desde lo alto del cielo alumbra á la inteligencia errante en las tinieblas ó sentada á la sombra de la muerte. Necesitan, no un fundamento débil y ruinoso, tal como la opinion que puede fallar ó no ecsistir, sino uno firme é inmóvil que no puede hundirse, como la fé divina. Esta es la raíz del árbol sagrado plantado por la mano del mismo Dios, regado con la sangre de Jesucristo su Hijo, y siempre floreciente en el seno de la Iglesia católica.

El siglo XVIII tuvo un objeto manifiesto en las tareas de su llamada filosofía. Los racionalistas de entonces decian claramente que era menester sustituir la razon á la fé que llamaban instinto: que aquella era superior á esta en cuanto la inteligencia es mas alta que la sensacion. Calumniosa era esta manifestacion, pero franca. Por haber reputado las formas duras de su antecesor, no ha desechado el siglo XIX el fondo de su doctrina. Los racionalistas de nuestra época, con la capa del eclecticismo, parece que tratan de acercar á lo me-

nos con recuerdos los dos campos que en efecto quieren mantener enteramente separados: la filosofía y la teología, la razon y la fé. Heredaron de sus maestros la libertad de raciocinar sin creer; y no hacen ningun caso ni de las verdades reveladas ni de la autoridad de la Iglesia. Afirman que el contenido de la filosofía es el mismo que el contenido de la teología, y que la humana conciencia, que es el fondo comun de ellas, se descubre tanto en forma de imágenes, cuanto en la intelectual ó de raciocinio: que en el caso en que torciéndose el primer camino se extraviasa, se encargaria el segundo de enderezarle y de traerle á los límites de la verdad. En otros términos, la razon humana es á sus ojos superior á la fé é igual á la razon divina.

No es aquí el lugar ni la ocasion de refutar esta teoría filosófica. Sin embargo, debemos notar, para deducir consecuencias relativas á nuestro intento, que el contenido de la filosofía no puede ser el mismo que el de la teología, porque esta revela á la conciencia humana muy diferentes verdades que las que entran en el dominio de aquella; la trinidad de las Personas en la unidad de la naturaleza divina, la encarnacion del Verbo, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el pecado original del hombre y su rehabilitacion, y otras muchas verdades, que sin contradecir á la razon, escuden sus alcances nada menos que en toda la infinidad de Dios. Así la filosofía (damos á esta voz la acepcion con que ordinariamente se designan los diversos

sistemas inventados por los esfuerzos del entendimiento humano), no queriendo reconocernada superior á ella, ha venido á negar la existencia de los misterios del cristianismo, mientras que se ve forzada á encontrar otros inexplicables á cada paso en la naturaleza. Conmoviendo como otro Sanson las columnas del mundo intelectual y moral ha parecido entre sus ruinas. Partiendo de la negacion de las verdades religiosas en cualquiera grado, arrastrada por el mismo hecho á negar toda verdad, se ve reducida á abjurar de la razon humana, al tiempo que mina los cimientos de la fé divina. No queda, pues, á los disidentes racionalistas mas arbitrio que admitir la fé, á pesar de sus oscuridades y misterios. Tal es la que proclama la doctrina católica. Ella, en armonía con las necesidades de la época, cautiva con sus velos impenetrables la razon altiva y soberbia que el filosofismo ha ensalzado algunas veces hasta el delirio. Si esta encuentra tinieblas, ¿será bastante motivo para repudiar la fé? No, sin duda esta oscuridad es una razon mas para creer, porque la fé debe ser oscura en su objeto, supuesto que es la conviccion de las cosas que no vemos, y debe ser clara en el motivo de la autoridad que la dicta. Si todo lo comprendiese la razon humana, no habria fé. En vano se proclama la independenciam de la razon y se presentan como ilimitadas las conquistas de la inteligencia humana, que será siempre limitada y finita. El hombre con el auxilio de solas las luces que toma de aquella,

siempre será un misterio para sí mismo: los que quieren comprenderlo todo, deliran: el misterio es inseparable del hombre, por cualquiera lado que se le considere. En el dominio de las ciencias, el entendimiento humano toca por todas partes en sus limites. Todo lo que no es religion, está lleno de enigmas indescifrables; y no podrán admitirse en el conocimiento de lo infinito! ¿No deben encontrarse mas cuando se trata de Dios? ¿Cómo habia de manifestarse á lo finito lo infinito sin imponerle misterios? La razon asistida de sus aberraciones, viene á pedir á la fé sus santas oscuridades.

Sabida es la opinion que en esta materia tenia aquel filósofo, las mas veces desenfrenado apologista de la razon; pero otras amigo de la verdad. Así se explicaba: "Cuanto mas me esfuerzo en contemplar la esencia infinita, ménos la concibo; pero cuanto menos la concibo mas la adoro: el uso mas digno de mi razon es anonadarse delante de aquella (1)." Si el hombre comprendiese los misterios, debía costarle mas trabajo creerlos, porque habria motivo para desconfiar de un sistema que el hombre pudiera haber discurrido: la oscuridad es necesaria para la fé. Lejos de que la inteligencia y el ingenio se abatan por eso, nada hay que mas armonía tenga con la dignidad humana. Si el conocimiento de la verdad religiosa fuese únicamente el resultado de los esfuerzos de la ciencia, el mayor

(1) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pag. 95.

número de los hombres no llegarían á penetrarla, Proscritos y envueltos en la mas vergonzosa ignorancia, no les quedaba otro recurso que usurpar la vida enteramente animal de los seres destinados á su servicio y sometidos por la naturaleza al imperio del hombre. A los ojos de la religion, el derecho inalterable de la santa dignidad del hombre es que todos sean iguales. ¡Y que despues de seis mil años todavía esté la inteligencia humana fabricando una religion con la ayuda de sofismas y nebulosas teorías! Vanos serán sus esfuerzos. Solo la oscuridad de la fé impuesta para todos sin distincion es la que realiza esa noble igualdad. ¡Profunda sabiduría de la fé! Con sus misterios confunde el orgullo para salvarle del abatimiento, del error, y eleva á la clase del ingenio á la multitud del género humano: esto es evidentemente comprender la dignidad del hombre. La fé en los misterios llena una facultad íntima de nuestra alma, y satisface, segun el pensamiento de Bayle, todos los fines de la religion. “Todos los fines de la religion, decia, se hallan mejor satisfechos en los objetos que no se comprenden: inspiran mas admiracion, mas respeto y mas confianza, y forma uno mas consoladora idea de ellos.” Si la necesidad de misterio es para el hombre una divina indicacion de la alianza que tiene que contraer con un ser superior; los misterios son á su vez el carácter cierto de una fé elevada que ha penetrado mas en las regiones de lo infinito.

Despues de esta simple esposicion ¿se podria de buena fé tratar de combatir ó eludir nuestros misterios con pruebas tomadas de otro orden que aquel á que corresponden? No se enseñan estos como verdades metafísicas, sino como hechos, cuya última razon es superior á nuestra inteligencia: están fuera de las leyes de la naturaleza y las superan. Testimonios de orden muy superior, monumentos irrefragables prueban que Dios los ha revelado: son verdades históricas. Suponer despues que son contrarios á la razon, es querer sentar como principio que una verdad metafísica puede destruir un hecho histórico demostrado cierto. Con todo, no se nos puede disputar que cada orden de verdades tiene su certidumbre propia, entera é igual á las otras de su género. Si Dios habló, su palabra es infalible, y los misterios son ciertos con toda la certidumbre de la misma verdad divina. Es, pues, falso que los misterios sean opuestos á la razon, solamente son superiores á ella porque la soberana razon los reveló. ¿Cómo podian hallarse contradicciones y repugnancias en lo que nuestra razon no alcanza? Mas ¿quién no recuerda un dicho de Pascal, arrancado por el conocimiento mas profundamente verdadero de la dignidad humana? “El último paso de la razon, dice, es conocer que hay una infinidad de cosas que le son superiores: muy débil es si no llega hasta ese punto.” Ahora preguntamos: en cuanto se supone que la razon humana no es capaz de comprenderlo todo, ¿no que-

da justificado que un dogma puede traspasar los límites del entendimiento humano, sin que encierre la negación de ninguna verdad demostrada? También se deduce, como consecuencia rigurosa, que es imposible señalar en ellos contradicción alguna, porque sería preciso tener una idea clara y distinta de los términos que afirmasen el sí y el no del mismo objeto y bajo las mismas relaciones. Así es, que podemos decir con Bossuet, que por desechar misterios incomprensibles, se precipita el hombre con frecuencia en errores incomprensibles.

En vano se acusaría á la fé de que aniquila la razón, obligándola á creer lo que no comprende. Es cierto que la fé no admite la filosofía como verdad completa, dejándole libre el campo de las ciencias, de las artes y de la industria para sus escursiones; y la obliga á que reconozca su impotencia para elevarse hasta la comprensión de los divinos atributos, y descender hasta los secretos profundos que la humanidad encierra en su seno. Pero la filosofía no es la razón: esta es la facultad de conocer, y aquella no es otra cosa que el resultado de sus investigaciones, la regla ó camino que se ha abierto para llegar al conocimiento de lo verdadero. Lejos de que la fé escluya la razón, la supone y consagra todos sus derechos. La revelación se dirige á la inteligencia para que esta compruebe su existencia: le exhibe aquella en cierto modo sus credenciales; y hasta que la inteligencia las ha admitido, no la manda como soberana la revelación.

Así, la fé siempre ha honrado los ingenios. Tuvo elogios para Platon, Aristóteles y Descartes; Bossuet honró al último como á su maestro, y Clemente Alejandrino daba el mismo nombre á Aristóteles. La fé tendrá algun día elogios para todos los grandes hombres contemporáneos, como los tuvo para Newton, Mallebranche, Leibnitz y Bacon, cuyos descubrimientos y talento apreció y honró. Dicen que la fé prohíbe el uso de la razón; pero es una equivocación extravagante. Si no se presta á reconocerla como infalible, le concede la facultad de poder llegar al conocimiento cierto de la verdad: el hombre lo consigue en efecto, cuando se trata de los motivos de credibilidad y de cualesquier otros hechos históricos. Es cierto que la fé tiene misterios; mas lejos de que la razón se oponga á la creencia de estos dogmas incomprensibles, convida á ello, porque por ser superiores á nuestra inteligencia, no dejan de fundarse en un motivo de certidumbre incontrastable. El motivo de la fé es Dios que se presenta con el cortejo inseparable de sus infinitas perfecciones: es su omnipotencia de veracidad é infalibilidad; y la garantía de la fé para todos, es la mayor autoridad que se dió jamás á la tierra. La Iglesia dice al adulto y al niño, al docto y al ignorante: cree, y despues examina, raciocina y comprende, segun la magnífica expresion de S. Agustin: *Crede ut intelligas*. Luego si estamos rodeados por donde quiera de misterios impenetrables, ¿no sería absurdo suponer que podamos com-

prender los de Dios? y ¿no es hasta insensato impugnar la Religión cristiana por el lado que es inespugnable á las armas de sus enemigos? O Padre comun de los hombres, ¿cuán dulce es meditar estas verdades, que tuvisteis por bien de revelar al mundo! La doctrina sublime que encierran es el pan de los fuertes con que quereis alimentar á vuestros hijos. ¡Desgraciados los que la desdeseen, y permanezcan espuestos á crueles engaños?

La verdadera filosofía es la doctrina católica: solo ella tiene á su favor la verdad completa; porque solo ella posee el secreto de Dios y del hombre, y el conocimiento cierto de las verdades que constituyen la vida moral de los pueblos. Sin duda el Criador iluminó con su luz desde la cuna del mundo á la gran familia humana; pero no había querido abandonar ese débil arbusto á la impetuosidad de los vientos y al furor de la tempestad. Jamas fué mas brillante esta luz que cuando la voz del Eterno, que se habia oído en el Eden, en el Sinai, en la nube, bajó fuerte y lastimera desde la cumbre del Gólgota. Ya la inteligencia humana no tuvo que andar errante á la ventura, extraviándose aquí y allí, engañada con algunos rayos de una luz páfida, consultando á todas las escuelas, que no contestaban mas que con gritos de apuro, y preguntando por los caminos de la vida á unos sábios que la introducían en las sendas de la muerte. Ya el hombre no tuvo que poner su corona á los piés de los súbditos de su grande imperio,

ni hacerse esclavo de una naturaleza, que era llamado á mandar. Los preceptos católicos oponen á la ignorancia del hombre sobre la naturaleza y atributos de la Divinidad, la doctrina mas luminosa sobre el Ser soberano, que es el principio y la última razon de todas las cosas. Descubren la magestuosa unidad de su naturaleza en la trinidad de las Personas, y se nos aparece la divina reparacion que dispó todas las tinieblas haciendo brotar la fecundidad y la vida del seno mismo de la esterilidad. El hombre, que hasta entonces era un misterio inesplicable para sus ojos enfermos, fué revelado al hombre mismo: lee su nombre en el pensamiento divino; y se ve rey de esta magnífica creacion, en cuyo seno todo le anuncia que este mundo es un palacio preparado para su habitacion: que el brillante astro que le vivifica, es la antorcha destinada para dirigir sus pasos. Comprende que posee en sí mismo un reflejo de la luz increada, y que su verdadera patria no es la movible arena del desierto en que intentaria á veces levantar su tienda. Oíd la doctrina católica, y conocereis los hombres y las cosas. Al darnos lecciones de lo pasado, nos enseña á penetrar lo presente y á conjeturar lo venidero. La declinacion de la humanidad se detuvo en Jesucristo, en el cual empezó el progreso. La cruz vino á ser el punto de partida y el concurso de todos los pensamientos humanos. Aquí tenemos simultáneamente la prueba y los resultados de uno de los hechos mas notables de nuestra época, poco

acorde si se quiere, con la prevision del filosofismo, pero que no por eso es menos incontestable: la marcha de nuestro siglo hácia el principio de perfectibilidad depositado en el seno del cristianismo. El progreso que se convirtió en otro tiempo contra él, ha venido á ser entre nosotros uno de sus mas poderosos auxiliares.

Descúbrese sin duda bajo diferentes aspectos la necesidad que sienten de él nuestras sociedades modernas, las cuales quieren progreso para la inteligencia en las artes, el comercio y la industria: efecto admirable que no tenemos que disputar ni contradecir; pero que no podemos atribuir á la causa que los filósofos le señalan. No viendo el Sr. Michelet en la naturaleza mas que una pugna incesante entre la libertad y la fatalidad, hace consistir la ley de todo adelantamiento en el triunfo de la primera de estas fuerzas sobre la segunda. "La libertad, dice, es el fin de la humanidad: el progreso no es mas que la marcha de ésta hácia aquel (1)." No llevará á mal que no atribuyamos únicamente á los adelantamientos de las facultades humanas los progresos que aparecen en el mundo religioso y social. Para nosotros es imposible desconocer la parte de Dios y la parte del hombre.

Confesamos con gusto que la vida de las sociedades temporales crece y adelanta fuera de la so-

(1) *Introduccion á la historia universal.*

iedad espiritual y por la libre accion del hombre; pero el principio de esta vida viene de Dios, y consiste en las primitivas verdades que son superiores á las empresas de la razon humana, porque tienen su origen en la revelacion, que en medio de las diferentes formas que toman los sociedades, permanece inmutable para formar la creencia de los pueblos. Todo progreso se lleva á cabo con estas dos condiciones: la razon y la fé. Esta toma por base los hechos sobrenaturales, cuya certidumbre descansa en el divino testimonio. Sus fundamentos son la palabra de Dios y los milagros. La autoridad que impone la conviccion, es la certidumbre de un hecho sobrenatural que confirma las verdades que se trata de creer. La razon, tomando por base los hechos naturales que le atestiguan la palabra de los hombres y el gran libro de la naturaleza donde el dedo de Dios trazó en el tiempo sus eternos pensamientos, percibe las verdades que naturalmente están á su alcance, las compara despues de percibidas, deduce el conocimiento de sus relaciones, y finalmente se adhiere á aquellas cuya existencia se le prueba con testimonios convincentes. La fé y la razon son distintas; pero están unidas lo mismo que el alma y el cuerpo. No se las puede confundir, porque es diferente su naturaleza; ni tampoco separarlas, porque la mano de Dios las ha unido. Son dos rayos del mismo sol de inteligencia, dos emanaciones del mismo Dios de verdad, y dos hijas del mismo Padre de las luces. Una es la

luz natural, que por la evidencia de los principios ó la clara conecion de las consecuencias arrastra la conviccion. La otra es la luz sobrenatural, que nos descubre objetos superiores á nuestra inteligencia, y que añadiendo la poderosa accion de la gracia á la evidencia de los motivos de credibilidad, forma en nosotros la mas firme certidumbre. Pero dejando de vivificarse la razon sin la fé, se disolveria muy presto como el cuerpo de que se aparta el alma, y la fé sin la razon seria incomprendible al entendimiento humano, así como el alma no puede revelarse sin el intermedio de los sentidos. La razon es á la fé lo que el cuerpo es al alma: la primera está subordinada á la segunda, lo mismo que las deducciones racionales se hallan necesariamente sujetas á la certidumbre de las realidades evidentes. La razon obra sobre bases que la fé le ha suministrado. He aquí lo que es la ciencia con respecto á la doctrina católica.

En el hombre hay tres cosas muy distintas; el origen, el medio y el fin. Los dos extremos encierran el problema del destino humano fijado por la palabra revelada y transmitido por autoridad y tradicion: con el auxilio de aquel, la humanidad salida de Dios vuelve hácia él como fin ulterior por el vínculo de la religion. El medio de la humanidad es el mundo, es toda la creacion, y es la ciencia con todas sus clasificaciones. Así nosotros no pondremos jamas en duda que la razon humana pueda obtener ciertos resultados, tomando por pun-

to de partida los hechos naturales, y la evidencia que de ellos resulta: en matemáticas, en astronomía y aun en todas las ciencias naturales, cuando no se quiera subir á su origen, ni explicar sus fines, bastarian para convencernos los monumentos de la antigüedad pagana, las obras maestras de literatura y la perfeccion de las bellas artes, frecuentemente ajenas del pensamiento religioso. Pero si lejos de limitarse á la observacion material de los hechos ó á su arbitraria interpetracion, quiere la razon levantar su vista mas arriba, tratar de Dios, del hombre, y dela humanidad; debe reunir los datos adquiridos á los hechos del orden superior que hallan en la divina palabra tan alto grado de certidumbre: tal es la hipótesis que aceptamos. Mallebranche decia: "Dios es el vínculo de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos." Es el manantial fecundo donde se sacia el ingenio. Si la naturaleza sirve para explicar la revelacion, la doctrina católica que contiene la revelacion del mundo invisible, debe servir de guía á las ciencias profanas para adelantarse por entre el laberinto de las esperiencias y la multiplicidad de los fenómenos á fin de buscar su explicacion. Entonces así como los sentidos se dejan dirigir por la razon que certifica sus resultados ó relaciones, la ciencia debe verificar sus planes comparándolos con el orden sobrenatural que conoce por la doctrina católica, y que le da mayor grado de certeza. En virtud de las leyes armónicas que dirigen los mundos del pensamiento y de la

materia, del orden natural y sobrenatural, queda demostrado que las verdades de la doctrina católica son tan comprensibles á la inteligencia, cuanto son mas estensos los conocimientos naturales; y que cuanto mas fuera de duda están las verdades de la doctrina católica, otro tanto mas se ilustra la ciencia humana y adquiere mayor certidumbre.

La ciencia es para el hombre la verdad en su forma mas elevada, y estamos obligados á reconocer diversas clasificaciones en su estenso dominio. Es una populosa ciudad con mil torres, en que cada siglo ha construido un templo; mas por grande que sea la diversidad de sus objetos, siempre procura unir lo que tiene de particular, transitorio y múltiplo á alguna cosa que tenga al menos relativamente un carácter de unidad, de permanencia, y de generalidad. Tal es la doctrina católica.

Lo que la distingue eminentemente de las opiniones filosóficas es esto. Pueden estas modificarse segun las preocupaciones y al antojo de las circunstancias; pero la doctrina católica es inmutable en sus dogmas, y descansa en bases que no puede el entendimiento humano separar para sustituir sus miras particulares. Allí hay movimiento y sucesion: aquí todo es inmóvil é invariable. La ciencia se organiza completamente en la unidad, se mueve en este círculo sin límites, y halla el vínculo que reúne las nociones de que se forma. Emanada del elemento divino que la dirige, coordina y vivifica.

Dios, principio de todo lo que existe, ve en sí la razon de todas las cosas; de donde somos inducidos á concluir que la inteligencia infinita revelada al hombre, es el principio de unidad de la indivisible sociedad de los espíritus, el elemento radical de toda inteligencia y el punto de partida de donde el ingenio debe arrojarse cuando quiere dar un paso en la carrera de la ciencia. Haciendo que brille la gran luz de la plena revelacion sobre el orbe del pensamiento, nos dice la postrera palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo.

El paganismo, produciendo dioses segun sus caprichos, habia negado la unidad del Ser Supremo, alterado todos los atributos que constituyen su divina esencia, y oscurecido en la razon de los pueblos todas las nociones de que se compone la idea de lo infinito. A fuerza de disputar los filósofos racionalistas, acabaron por negar á la eterna sabiduría el atributo de la sabiduría, y á la suprema inteligencia el de la inteligencia. Cuando quiso la filosofia del siglo XIX levantar el velo que cubre á nuestros ojos el Dios oculto en quien nos es preciso creer, reveló su impotencia con sus vanos esfuerzos. Ella hace á Dios una fraccion del mundo ó un rayo de la razon humana, un gran todo ó una nada, la naturaleza, el espacio; palabras todas vacías de sentido. Mas la doctrina católica nos hace concebir á Dios con sus grandes caracteres de permanencia y de generalidad, como causa productora, como soberana razon, como principio de la union

de todos los seres, como objeto que los atrae, y fin á que todos deben caminar. Con su luz nos es dado conocer la misericordia y la justicia, la verdad y el poder, la ciencia infinita y la sabiduría sin límites del Ser Supremo.

En el mundo filosófico se presentan dos sistemas principales para explicar el origen del hombre; su naturaleza y su destino. Segun el parecer de Locke y de Condillac, el *yo* no es mas que una coleccion de sensaciones que experimenta el hombre, y de las que recuerda su memoria: su libertad está subordinada á la accion de los objetos: la materia puede pensar, y el hombre enteramente material no es para ellos mas que una agregacion de partes dotadas de una actividad mas ó menos grande. El panteismo ó mejor el eclecticismo *fenomenal* de Kant, se reduce á mostrar al hombre sin mas que formas de espíritu en lo interior y accidentes materiales en lo exterior, nunca *el nosotros mismos* ó *el ser*; y se envuelve en el mas absoluto escepticismo sobre las cuestiones de la sustancia y del futuro destino del alma. Perdónesenos que no nos estendamos tocante á los sistemas de aquellos filósofos nuestros contemporáneos, que no han visto en el hombre mas que un ser sometido á las leyes de la fatalidad, y le han asemejado al bruto, ó igualádole al Eterno. Tan cierto es que sin estas tres ideas de creacion, de distincion entre el espíritu y la materia y de mundo venidero fluctúa el entendimiento humano á la ventura en una vaguedad infinita,

parecido á un piloto desorientado que no conoce el punto de que salió, ni las regiones que cruza, ni el puerto á que debe dirigir su rumbo.

Pero la doctrina católica, poniendo el hecho de la creacion al principio de todas las cosas, nos convida á considerar en el hombre un ser infinito que pertenece á dos mundos, y cuya misteriosa existencia está ligada con una cadena doble á las variables revoluciones del tiempo y al orden inmoble de la eternidad. Nos enseña que el cuerpo debe estar subordinado al alma: que el hombre es el rey de la creacion, y que su verdadera patria es el cielo. Todo atestigua sin duda la caída de los ángeles y del hombre: este es el fondo de la historia de todos los pueblos, y por todas partes subsisten las huellas de esta gran ruina: aun en el hombre se reconocen vestigios de esta perturbacion que el crimen produjo en la naturaleza. En su frente lleva, si no con caractéres de sangre, al menos en signos indelebles esta siniestra sentencia: *ser degenerado*. Sin embargo, despues de seis mil años que el hombre está marcado con este sello misterioso, ninguna filosofia ha podido romperle. El racionalismo, ciñendo á sus cortas ideas el plan del Criador, emprendió explicar este venerable fundamento de nuestra creencia á fuerza de investigaciones científicas, y acabó por negarle. Pero la doctrina católica lleva el pensamiento hácia este suceso misterioso, que la mas antigua tradicion coloca en el origen de las generaciones humanas. Nos revela que la huma-

nidad se estrelló en la cuna, de resultas de una gran caída, cuyo ruido ha resonado en todas las edades, y nos esplica lo que queda inexplicable para todos los que le ignoran ó le niegan. Nos le muestra buscando el gérmen de todas las medras de su vida terrena, y el camino que debia conducirle á la mansion de la felicidad, en la muerte de aquel que restauró la abatida naturaleza humana por medio del sacrificio mas augusto. El cristianismo, mas ilustrado que la sabiduría humana, dice al hombre: rey destronado, levántate de ese abatimiento en que yaces: la nada no es tu herencia, y si estás condenado á morir, la muerte no sellará tu sepulcro: del cielo procedes, y allí es donde debes descansar de todas tus fatigas despues de la noche de la vida.

¡Qué alegría, ó Salvador de los hombres, nos cabe en dar este glorioso testimonio de la veneracion que profesamos á la doctrina que nos enseñásteis! Alumbrando esta al género humano con su viva luz, nos descubre los principios de cuanto nos importa saber. ¡Ojalá la tomen por su guía en algun tiempo los que ahora la desdeñan sin conocerla bien!

En lo antiguo inventó el ateismo los átomos para borrar en la naturaleza el nombre de Dios; y la filosofia materialista ha reproducido despues el sistema de una materia eterna que ecsiste por sí misma. Hay tambien algunos filósofos del siglo XIX, que parece no han repudiado este error; pero la doctrina católica dicta al hombre que el universo es la sublime operacion del Eterno, cuya gloria campea

en la tierra, así en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande. La creacion no es simplemente una idea, es un acto del Eterno, que quiso dar un signo exterior de su omnipotencia; y en este concepto tiene analogía con el universo, que es una reunion de hechos. Quitad este dogma, y toda la cosmología desaparece. La idea de la creacion es una necesidad del entendimiento humano, porque así le constituye con relacion al conocimiento general del universo en una situacion correspondiente á la en que él se esfuerza en colocarse para cada órden particular de los conocimientos. Ella le conduce á la distincion del espíritu y la materia; distincion que orienta al entendimiento del hombre en el inmenso porvenir, mostrándole el mundo actual como el pórtico misterioso del futuro. Le esplica los designios de Dios, y elevándole del estudio del universo á la sencillez del divino pensamiento, así como el gran astro de la naturaleza que mezcla á sus resplandores sombras augustas, le hace leer todo lo que puede descubrirse en los eternos pensamientos escritos en las revoluciones de los tiempos, como otros tantos caracteres misteriosos. Ella consulta á todas las grandes ruinas, sembradas en el curso de los siglos. Atado está el universo entero con una misteriosa cadena, ó mejor con cierta razon que establece relaciones semejantes entre los diferentes términos de la progresion de los seres, y permite, mediante ciertos datos, descubrir los términos incógnitos. Esta razon, que for-

ma la cadena del mundo invisible y del visible, es la sagrada marca que Dios ha impreso en todas sus obras: señal tanto mas oscura, á medida que se va bajando de la escala de la creacion, pero que se ilumina al contrario cuanto mas nos acercamos al trono de Dios. La doctrina católica es un rayo emanado del Sol de las inteligencias, en el que deben irse á encender las antorchas de toda ciencia. La perfeccion á que ella convida á los humanos, se realizaria en un estado de cosas, en que la grande estabilidad de la fé se combinase con la mayor actividad intelectual. De esa cruz de madera que enarbola en la cúpula de nuestros templos, como en los chapiteles de los palacios reales, derivan gradualmente las perfecciones del ingenio humano.

Dadme materia y movimiento, decia Descartes, y yo construiré un mundo. Dadme verdades, puede contestar el ingenio humano, y yo formaré las ciencias. No puede obrar sobre la nada: no puede mas que unir con el pensamiento seres ya ecsistentes: los estudia, los compara, los reúne, y de su concurso hace que resulte un sistema. Pero como solamente puede el ingenio fecundar sus elaboraciones apoyándose en las bases elementales, sentadas por la mano de Dios; así solo mientras no pierda de vista el objeto de todos sus esfuerzos, es llamado á hacer adquisiciones. Del mismo modo que todo lo criado tiene un fin, que es la eterna verdad, Dios. Todo cuanto subsiste, es sin duda distinto de él; pero porque todo cuanto tiene ser ha salido

de su seno, tambien todo tiene en él sus raices. He aquí por qué Dios es el supremo fin, hácia el que debe dirigirse toda verdad. Es así que la ciencia no es otra cosa que una reunion de verdades que gradualmente se manifiestan al ingenio humano; luego si se arroja por entre los objetos intermedios hácia aquel, que es el primer eslabon de la cadena intelectual, desde luego se constituye y adelanta. Pero si ella se olvida de sí misma hasta repudiar su fin sublime, retrocede y cae, porque una culpable tendencia la estravia apartándola de su verdadero destino. El aspecto con que miramos el fin inherente á las doctrinas, descansa sobre las mismas bases del orden moral y se reproduce en todas las páginas de la historia de la ciencia. No tenemos afirmar que las doctrinas que han hecho progresar mas pronto al entendimiento humano, son aquellas que ha consagrado la religion, elevándolas á su noble fin. Por ejemplo, de todos los sistemas de la antigua filosofia, el que mas adelantó en la vida del progreso, fué sin contradiccion el de Platon, porque fué religiosa su tendencia: fuera de sus errores parece que era el prelude de la regeneracion intelectual por Cristo. Y si nos fuera dado bosquejar en grande los caracteres que distinguieron las principales épocas de la humanidad, comparándolas con las leyes esenciales del ingenio del hombre, se advertiria cuán fructuosos han sido siempre los esfuerzos de la inteligencia, bajo la influencia de los principios religiosos.

En general, la filosofía en el Oriente no fué otra cosa que el reflejo de la religion: por eso se descubren en ella tantas verdades, y verdades tan profundas, que no podemos menos de descubrir en la cuna del género humano la patria de la mas alta filosofía. Si el movimiento socrático le hizo dar un gran paso con el adelantamiento de la libre reflexión, jamas pareció mas digno que cuando despues de haber salido violentamente del seno del culto, volvió á incorporarse á él bajo los auspicios de hombre que se pusieron de acuerdo con los misterios y la religion. El elemento radical de la edad media fué el cristianismo: por tanto, á él se debe esa tan célebre filosofía, aunque poco apreciada por muchos, que se llama escolástica. Es tan digna del entendimiento humano, que segun el lenguaje de un filósofo coetáneo (1), es probable que en el dia si se ecsaminase la escolástica, se quedaria uno tan atónito de comprenderla y hallarla muy ingeniosa, que se miraria como una maravilla." Mientras la filosofía veia por fin que á su presencia se abria el santuario de la verdad, si brillaron las bellas letras en todo su esplendor; es porque el género humano habia crecido á toda la altura del nuevo culto. Y si de lo alto del trono en que le colocó la mano divina, el hombre reedifica con las ruinas en este mundo de la historia las ciudades y los imperios que el tiempo se tragó; si la fisiología y la

(1) El Sr. Cousin, *Curso de Filosofía*.

geología esparcen entre nosotros tantas luces sobre nuestro origen y el destino de la tierra; si sometiendo al espíritu matemático la ciencia de la naturaleza, nuestro siglo le ha dado una marcha racional que ha causado tantos progresos en la investigación de la verdad; todo es porque el tiempo, en que los mismos sábios parece que deliraban, pasó ya; y porque la generacion actual, dejando en el fondo de su sepulcro lamentables teorías, prefiere entonar hácia el cielo el cántico de vida, que ir á cantar himnos de muerte junto á la estatua de la nada. Las mil sendas de la ciencia se reúnen para proclamar la doctrina católica; y de concierto con ella, se encaminan en perfecta armonía á conseguir nuevas conquistas. Este es el camino que debe seguir la ciencia para llegar realmente al triunfo y á la gloria.

No, agitándose al acaso ó contra la voluntad soberana, no es posible que llene sus deberes. Al modo que si uno de los innumerables globos, cuyo movimiento regular concurre á la armonía del universo, llegase á traspasar su órbita, sin duda alguna ocurriria un trastorno en el mundo material; el mundo intelectual no podria menos de conmoverse hasta en sus cimientos si quisiese la ciencia volar fuera de la esfera de actividad, en que le plugo al Todopoderoso situarla. Las inteligencias tienen sus leyes como los cuerpos, y la doctrina católica es la via por donde deben caminar, porque está arreglada por la fé. La fé es la unidad, lo que precede

de Dios: la ciencia es el adelantamiento, lo que procede del hombre en el orden intelectual. Por un lado una razon infinita y por solo esto infalible: por otro una razon limitada y por ello sujeta al error. Rousseau decia: "Frecuentemente la razon nos engaña, muchos derechos hemos adquirido para rehusarla." Si apoyada en datos anteriores, la ciencia humana quiere marchar adelante, es necesario que ejercite su actividad en el grado que le sea propio y posible para apoderarse de la verdad infinita que se le ha manifestado con la forma finita de la palabra, y que fecunde, tomando por regla la fé, el gérmen divino depositado en su seno por ella. Este movimiento de la ciencia es un deber que tiene su razon en las primitivas relaciones de la inteligencia humana con la inteligencia divina: es un derecho cuyo título escribió el mismo Ser eterno en la frente del hombre, imprimiendo en él los mismos contornos de su imágen. Por tanto, la ciencia que toma sus luces de la fé, para disipar las sombras que ocultan los objetos de nuestras investigaciones, nos constituye mas y mas semejantes al tipo sobre que fuimos formados, sin que jamas podamos ni igualarle, ni llegar á él. Ella es la realizacion de la ley natural, que llama hácia Dios á todos los seres emanados de él. La observacion y la induccion son entonces para ella dos poderosas palancas, que hasta su alcance levantan al mundo de las inteligencias y de los cuerpos para que pueda contemplar á su sabor todas las rique-

zas. ¡Qué espectáculo tan hermoso! ver al hombre á la luz de la antorcha de la fé y con el hilo de la análisis en su mano penetrar en el laberinto del pensamiento, sondeando sus complicadas revueltas, y seguirlos en sus combinaciones y comunicaciones! En sus escursiones por los datos del mundo material, se sirve de los recientes descubrimientos como de escalones para elevarse á los ulteriores, y trepa sin descanso por los caminos de la luz por donde la ciencia limitada del hombre tiende seguramente á la del ser infinito. No puede uno menos de esclamar con admiracion al contemplar este espectáculo: "Ahí teneis al rey de la creacion que el Eterno ha coronado de gloria y honor". . . . Así es que los verdaderos sábios en todos tiempos y entre todos los pueblos, fueron guiados por la fé en sus doctas tareas. S. Agustin y Santo Tomás poseian todos los conocimientos de su siglo. En sus inmortales descubrimientos Keplero debió menos á la observacion, que á las ideas de proporciones y de armonía que habia bebido en las verdades del orden sobrenatural. Leibnitz, que si se hubiera educado en el santuario, hubiera sido sin contradiccion el mayor ingenio de su siglo, debió su gloria á la region de las esencias, es decir, á los divinos tipos de que estas eran figura, y que percibia él mas allá de las ciencias naturales y matemáticas. Es seguramente el mismo pensamiento que dió á luz al gran Bossuet, y que ha dado al mundo despues de Maistre, de Bonald, de Chateaubriand y el padre Ven-

tura. Siempre y en todas partes, y sobre todo en Roma, la Iglesia se ha puesto á la cabeza del movimiento científico y de la gloria de las naciones. No es posible que haya corazones tan frios, ni entendimientos tan ofuscados, que tengamos precisión de recordar aquellas luces de civilizaci6n, aquel instinto de libertad y aquellas grandes instituciones que el mundo le debe. Así, cuando la doctrina cat6lica dicta sus sábias lecciones, son ilustrados los reyes y los pueblos. Lejos de ser enemiga del progreso, ella anima á él y le propaga. Semejante al sol cuyo esplendor es mas vivo cuando los vientos han barrido las nubes, brilla la ciencia con nuevos fulgores, cuando va escoltada de la fé, porque esta borra de su frente las preocupaciones y los errores.

La doctrina cat6lica es el punto culminante de la razon y de la fé. Si se prescinde de este divino centro, la filosofa, falta de esta alianza íntima, se disuelve al momento, porque no puede descansar sino en la nueva manifestaci6n del poder divino: y la historia entera del universo no seria otra cosa que un enigma sin soluci6n, un laberinto sin salida, y un gran mont6n de ruinas de un edificio sin acabar. Todo sistema que consiste en una negaci6n ó esclusi6n de la tendencia religiosa, está por solo esto muy desviado de la línea del progreso. Quitar á los ingenios la religion, es dejarlo *á pié*, hablando en el estilo de uno de los mayores talentos que han aparecido en el mundo: privándolo de

su influencia que lo elevaba hasta los cielos, se les cortan las alas. Si la humana inteligencia deja de ir á beber en el manantial de la fé, perdiendo su dignidad y energa, ya no conserva poder para moverse como no sea en sentido retr6gado; y desde entonces vienen sombrías nubes á eclipsar el astro de la ciencia. Si derriba una de las bases sentadas por la fé, abre un abismo: y todo pensamiento que contradice al pensamiento de Dios, es un error. ¿Quién ignora que alterando los datos de la revelaci6n, el politeísmo estendi6 sobre el género humano las tinieblas espesas que por espacio de dos mil años degradaron á la razon? ¿qué los entendimientos audaces que intentaron reconstruir el edificio del cristianismo sobre bases diferentes de las que fij6 la mano divina, han venido á parar por rigurosas consecuencias, deducidas de sus propios principios á admitir las mas repugnantes y absurdas doctrinas del paganismo? El siglo XVIII introdujo el escepticismo en la religion, y así fué tan fecundo en extravagancias racionales. Cada sábio tenia su sistema destruido por el que le seguia. Nada habia en filosofa mas que hipótesis y probabilidades. En metafísica Condillac, suponiendo una estátua, estraviaba la imaginaci6n. En política Rousseau sostenia como natural al hombre el estado salvaje. Los materialistas no consideraban la ley natural bajo otros aspectos que como ley de la naturaleza animal. El racionalismo ha destruido la razon, sujetándola á dimensiones visiblemente

te fuera de su alcance. El eclecticismo, no queriendo admitir una fé que todo el mundo le decia que venia del cielo, ha hecho profesion de elegir entre las ruinas de todos los cultos para no creer nada. El panteismo ha dicho: "Todo es Dios" para no adorar nada. Y esa otra doctrina, que un respeto mezclado de dolor nos prohibe nombrar, despues de proclamar el principio falso de la preeminencia de la razon sobre la fé, se ha esforzado en vano para llegar á lo bello, porque lo buscaba fuera del límite de lo verdadero: triste, pero inevitable condicion de la ciencia humana, cuando se desconoce á sí propia. La ciencia separada de la fé es una quimera, nada; pero aquella que apoyándose sobre el mundo visible é invisible, explica la una con la otra en virtud de sus relaciones, es real y verdadera, porque es conforme á la naturaleza de los seres.

Permítasenos, pues, unir nuestros deseos á los que no ha mucho manifestaba con tanta energía el señor baron Gustavo de Romand; y digamos con él: "Guardaos del escepticismo ó de la indiferencia, como de un veneno mortal que destruiria en vosotros todo principio de vida, y os separaria del tronco social como una rama seca. Inspiraos del sopro divino de la fé, y todo cuanto os rodee se animará, y muy pronto sentireis una fuerza sobrenatural y desconocida, que convertirá vuestra estéril impotencia en la mas rica fecundidad (1)." No mi-

(1) Miras sobre las elecciones de 1842.

reis la ciencia mas que como un medio de elevar el espíritu del hombre á las conieplaciones de la fé, cuyo ausiliar es y no puede menos de ser en los designios de Dios: este es su destino y esta su gloria. Que ambas en lugar de combatirse se animen mútuamente para lograr nuevas conquistas: que se esfuercen en armonioso concierto para coger la inmensa cadena de verdades que se estiende desde el profundo abismo hasta lo mas alto de los cielos. Dios, que nos alumbra con la antorcha de la razon, no puede oponerse á Dios que nos ilumina con las luces de la revelacion. Continúen, pues, la fé y la ciencia estrechamente abrazadas como dos hermanas íntimamente unidas por interés y amistad en vez de separarse. La mas hermosa armonía entre los hombres de talento y los depositarios encargados de distribuir la luz intelectual á las generaciones nacientes, fecundará los campos de la ciencia, y establecerá en los entendimientos y en los corazones el reinado de la verdad y del bien.

Como la doctrina católica no tiene, á lo que nos parece, otro objeto que la celestial felicidad, es el verdadero camino de la felicidad verdadera en la tierra. Es la sancion de toda moral, el mas potente principio civilizador, que ha penetrado en la vida humana en el curso de todos los siglos. Sábese que Platon anunció que los pueblos serian felices, cuando gobernasen los filósofos ó cuando los gobernantes lo fuesen. Gobernaron por sus consejos desde Nerva hasta Antonino, y luego en la persona de Marco

Aurelio un filósofo fué emperador: esta era la ocasión mas señalada para que la filosofía probase su poderío. Pues á pesar de los esfuerzos, del mérito y de la habilidad de este príncipe, perecian manifiestamente, artes, literatura, ciéncias y civilización. La filosofía del siglo XVIII, rompiendo con las tradiciones de lo pasado, desplegó su bandera, y se vieron tantos delirios como hombres y otras tantas quimeras vanas de perfeccion social: tembló el suelo francés, se conmovieron los cimientos de la sociedad, y apareció el egoismo salvage, solo él en pié sobre las ruinas de las familias, de los estados y del género humano, hollando la tierna piedad, la santa justicia, la dulce amistad, la voz de la sangre y de la patria. Por entre los sangrientos combates de una licencia desenfrenada, marchó la sociedad á una inevitable decadencia. En el siglo XIX no ha quedado medio que no haya tanteado la filosofía para mejorar la suerte de las diversas clases sociales; el eclecticismo del Sr. Cousin, las leyes de la libertad y de la fatalidad de Jouffroy y Michelet, el método psicológico de Damiron, la personificación divina de la razon humana de Lherminier, el sistema industrial de Enrique de San Simon, el idealísimo ó *misticismo* de Leroux, el sensualismo de Fourier, la teoría esclusiva de los hechos sobrenaturales de Salvador y las de los *mitos* de Strauss, que honran infinito el talento de estos autores. Mas no los seguiremos aquí en la esplanacion de sus sistemas, ni trataremos de cal-

cular sus resultados. Acaso como imprudentes navegantes engolfados en alta mar han descuidado con harta frecuencia observar el único astro que podia fijar sus incertidumbres; y errantes al capricho de los vientos, han hecho que sus sistemas se conviertan en juguete de las olas, sin dejar siquiera á los náufragos tabla alguna para volver á tomar puerto.

Fijense los ojos en la doctrina católica: su moral purifica los afectos, y santifica todo cuanto toca. Desvia de todos los vicios y manda la práctica de todas las virtudes: al lado del precepto que aterra y del sacrificio que desconcierta nuestra flaqueza, dispone que brillen sobre nuestras cabezas las coronas inmortales tejidas por una mano divina. Es propia para todas las edades, para todos los tiempos, para todas las clases, y para todas las naciones. No hay necesidad alguna del corazon humano que no pueda ella satisfacer. Hija la Sabiduría increada, es la gloria de la edad madura: en el rostro de la vírgen cristiana hace que brile un rayo de celestial belleza; y coloca una corona de dignidad en la venerable frente del anciano. Nos manda que todos nos amemos y que amemos hasta á nuestros enemigos como hermanos. Establece una igualdad real entre los hombres, compensando la superioridad de los unos sobre los otros con las mas terribles obligaciones. Su espíritu caritativo con la debilidad, compasivo con la desgracia, y enemigo de la violencia, inspira á los hombres

Ideas de devocion y de sacrificio. Escita los corazones capaces de nobles emociones; y por temor ó por amor insta al rico á que abra su mano en el seno de la indigencia para socorrer su infortunio. Entre los harapos que cubren al pobre, le enseña un hijo del mismo padre destinado á la misma gloria, á fin de unirlos con el mismo amor. Dentro del arca mística del catolicismo está depositado el solo pensamiento de humanidad que debe reunir á todos los hombres bajo una misma bandera; su ley no es ley de terror ni de esclavitud, sino de amor y de libertad. Manda el respeto y sumision á las potestades: tan enemiga del despotismo como de la anarquía, condena la tiranía, instituye la familia, prescribe la tolerancia para con las personas, consagra todas los principios de sociabilidad, y el amor fraternal que inspira es la mas firme seguridad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Para ella no hay judíos, ni griegos, ni bárbaros: manda al hombre que ame á todos sus hermanos, sin distincion de edad, de sesso, de culto, ni de estado, porque todos somos hijos del mismo padre y llamados al mismo destino. Unidos por naturaleza, ¿por qué no lo hemos de estar por la misma fé y por el mismo amor?

Leed á Ciceron, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y vereis los consuelos que ofrecia la filosofia al dolor y á la tristeza: "Es una necesidad del hado, decian: de todo nos debemos consolar: hay que armarse de valor y arrostrarlo todo:" pero el catolicis-

mo da al simple artesano el conocimiento de verdades finas útiles que las descubiertas por la filosofia, y mas virtudes que la razon humana es capaz de producir, mas ideas sublimes que el ingenio puede concebir jamas, y mas consuelos que puede dar el mundo entero contra los dolores y el tedio. La doctrina católica es la que despues de cuarenta siglos de esclavitud propagó la libertad por entre el torrente de las edades, y adelantó la emancipacion progresiva de la humanidad en el seno de las tempestades sociales que siempre ha calmado. Ha sembrado constantemente principios de fraternidad en el mundo sin causar jamas menoscabo á ninguna de sus gerarquías. Ha reorganizado las familias sin debilitar la autoridad paterna, moderado el poder de los monarcas sin conmovier sus tronos, é introducido el orden en las repúblicas sin avasallarlas. Hace cuatrocientos años que de siglo en siglo se ha levantado una solemne voz de lo alto del Vaticano que ha protestado á nombre de la humanidad ultrajada en las personas de los esclavos. Aun hoy mismo desea el cristianismo restituir á esta casta desheredada la parte que le corresponde en la herencia comun de civilizacion que Cristo legó á los pueblos, y reanimar en ella el sentimiento de dignidad, que si se ha borrado de su frente, es porque ya no se conservaba en su corazon. La accion incesante y bien ordenada del espiritualismo católico, repara por todas partes lo que la accion desordenada del sensualismo antiguo habia destruido.

Un pueblo verdaderamente cristiano está animado de todos los sentimientos nobles y generosos, preserva su corazón de las viles pasiones, desaprueba la venganza, y detesta la injusticia. Quiere todo lo que puede hacer á su patria mas poderosa y libre; pero nunca un progreso religioso que rompa la unidad, ni una libertad contra el orden. Esta es sin duda la menor gloria tuya, Religion divina; sin embargo, esta gloria te pertenece; y los títulos que te la aseguran, están escritos con caracteres indelebiles en las columnas de la eternidad.

¡Ojalá que todas las naciones oigan siempre y comprendan tu voz! y en tus doctrinas hallarán afianzados el orden público y la seguridad personal: entonces ya no se romperán los eslabones de la misteriosa cadena, que uniéndolo el cielo con la tierra, junta todas las potestades morales desde la autoridad paternal hasta la Omnipotencia divina. Será mas firme la obediencia á las leyes y mas dócil la libertad, porque conocerán todo el valor de su energía. Conservaremos entre nosotros ese lenguaje del honor, bien entendido, esa buena inteligencia que mantiene todas las categorías, esa mútua estimación que suaviza todos los caracteres; esa moderación de genio que presta todos los servicios; esa sobriedad de los deseos necesarios á los estados, á los cuales salva la paz, y robustecen la moderación y la gerarquía de los poderes, elemento precioso de toda autoridad.

CAPITULO II.

DE LA SOBERANIA ESPIRITUAL EN LA IGLESIA.

El catolicismo es un hecho divino—Su gobierno es monárquico.—De la constitucion civil y religiosa de los pueblos.—Del Papa: es el gefe del episcopado.—De los obispos: están investidos del derecho de soberanía.—Consecuencias de la constitucion de la Iglesia católica en presencia de las necesidades de la sociedad.—De la fé, del progreso y de la tolerancia.—Las comunicaciones que la antigüedad habia inventado entre los hombres y Dios, no eran la fé.—En el catolicismo, manifestacion la mas perfecta de Dios, se encuentra la regla de los adelantamientos de la sociedad.—Palabras notables del señor Carné.—El catolicismo es el primer vínculo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos.—No ha muerto el catolicismo.

No puede uno menos de asombrarse, cuando ve que ciertos escritores contemporáneos se complacen en tratar la religion de puerilidad y de juego de niños. Por entre las sombras de los tiempos antiguos y siguiendo un camino cierto, descubrimos siempre y en todas partes las condiciones manifiestas de la sociedad del hombre con Dios, las formas del culto de admirable sencillez en el principio del mundo y bajo las tiendas de los patriarcas. Escogió Dios despues un pueblo, dándole instituciones destinadas

Un pueblo verdaderamente cristiano está animado de todos los sentimientos nobles y generosos, preserva su corazón de las viles pasiones, desaprueba la venganza, y detesta la injusticia. Quiere todo lo que puede hacer á su patria mas poderosa y libre; pero nunca un progreso religioso que rompa la unidad, ni una libertad contra el orden. Esta es sin duda la menor gloria tuya, Religion divina; sin embargo, esta gloria te pertenece; y los títulos que te la aseguran, están escritos con caracteres indelebiles en las columnas de la eternidad.

¡Ojalá que todas las naciones oigan siempre y comprendan tu voz! y en tus doctrinas hallarán afianzados el orden público y la seguridad personal: entonces ya no se romperán los eslabones de la misteriosa cadena, que uniéndolo el cielo con la tierra, junta todas las potestades morales desde la autoridad paternal hasta la Omnipotencia divina. Será mas firme la obediencia á las leyes y mas dócil la libertad, porque conocerán todo el valor de su energía. Conservaremos entre nosotros ese lenguaje del honor, bien entendido, esa buena inteligencia que mantiene todas las categorías, esa mútua estimación que suaviza todos los caracteres; esa moderación de genio que presta todos los servicios; esa sobriedad de los deseos necesarios á los estados, á los cuales salva la paz, y robustecen la moderación y la gerarquía de los poderes, elemento precioso de toda autoridad.

CAPITULO II.

DE LA SOBERANIA ESPIRITUAL EN LA IGLESIA.

El catolicismo es un hecho divino—Su gobierno es monárquico.—De la constitucion civil y religiosa de los pueblos.—Del Papa: es el gefe del episcopado.—De los obispos: están investidos del derecho de soberanía.—Consecuencias de la constitucion de la Iglesia católica en presencia de las necesidades de la sociedad.—De la fé, del progreso y de la tolerancia.—Las comunicaciones que la antigüedad habia inventado entre los hombres y Dios, no eran la fé.—En el catolicismo, manifestacion la mas perfecta de Dios, se encuentra la regla de los adelantamientos de la sociedad.—Palabras notables del señor Carné.—El catolicismo es el primer vínculo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos.—No ha muerto el catolicismo.

No puede uno menos de asombrarse, cuando ve que ciertos escritores contemporáneos se complacen en tratar la religion de puerilidad y de juego de niños. Por entre las sombras de los tiempos antiguos y siguiendo un camino cierto, descubrimos siempre y en todas partes las condiciones manifiestas de la sociedad del hombre con Dios, las formas del culto de admirable sencillez en el principio del mundo y bajo las tiendas de los patriarcas. Escogió Dios despues un pueblo, dándole instituciones destinadas

á encerrarle como en un sagrado recinto y á preservarle de la general corrupcion. La nacion judía se nos presenta llenando una gran mision, que al mismo tiempo abraza lo pasado y lo venidero: su objeto era conservar el depósito de las verdades reveladas, perpetuar en la tierra á los adoradores del Dios verdadero, y preparar todas las aclaraciones que debía recibir la fé primitiva en el tiempo de Jesucristo. Aparece por fin la divina obra manifestada en la fundacion de la sociedad cristiana. Reconoce por su fundador no á un sabio de la tierra, mas versado en la legislacion que los Solones y Licurgos, sino á un Dios ó mas bien á un hombre Dios habitando entre los hombres. La antigüedad sagrada y los mismos monumentos de la antigüedad profana le rinden homenaje: todos los tiempos que le precedieron, se levantan para atestiguar la verdad de las promesas celestiales cumplidas en Jesucristo, que se manifestó él mismo con señales infalibles que el error no ha podido imitar. Para convencer á los hombres de que era el Hijo de Dios, les dió la única prueba que no podia engañarlos: hizo obras divinas. Que vengan luego á decirnos que el catolicismo no es mas que una quimera ó un nombre falto de realidad, y que cada cual ha recibido la mision de formar por sí su religion y su fé: nosotros tenemos derecho para responder, apoyados en pruebas certísimas con el mayor grado de certidumbre histórica, que es un hecho divino, ó mas bien una reunion de grandes hechos sobre-

naturales. Los cantos proféticos habian celebrado anticipadamente su nueva aparicion, y todo testifica que la promesa se cumplió. Este es el centro á donde vienen á parar todos los acontecimientos del universo. La verdadera fé es como un sol, que habiendo salido sobre el mundo naciente despide despues de la caida del primer hombre un rayo de esperanza sobre las ruinas de nuestra abatida naturaleza. Siembra por medio de Moisés y los profetas una luz incesante y creciente por el camino que con trabajo recorre la humanidad, y de siglo en siglo sube con maravilloso progreso hasta el gran dia del Evangelio. Así, el catolicismo resulta ser el término necesario de todas las instituciones del pueblo judío y la realidad de todas las figuras. Aparece divino por los milagros que acompañaron su origen, monumentos auténticos que aun ahora se miran frecuentemente con desden, y hasta parece que á veces se teme pronunciar su nombre; pero los testimonios amigos ó enemigos de las edades contemporáneas obligan á admitirlos. Judíos y paganos todos hablan de sus maravillosas obras. Sus brillantes hechos se fundan en testimonios numerosos, graves, emanados de hombres eminentes en santidad, que esparcidos por todas las partes del mundo nada alteraron ni variaron en su relacion, y que dieron la vida por atestiguarlos. Y ¿quién se atreveria á negar el testimonio de sangre? Suben al cadalso estos héroes para dar testimonio no de las opiniones, sino de los hechos ocurridos á su

vista: ¿pueden negarse sin caer en un escepticismo espantoso? (1).

No hay nadie que ignore que hace cerca de diez y ocho siglos un hecho importantísimo ocupó un lugar en los anales de los pueblos: que á la voz de algunos hombres faltos de ciencia, de riquezas, de elocuencia y de fuerzas humanas, todo lo que hasta entonces se habia considerado como verdadero, bello y bueno, pareció de repente falso, malo y detestable. La sabiduría del paganismo fué tratada de locura; y lo que se miraba como locura, en la cruz se llamó sabiduría. Anúnciase una doctrina que superaba infinitamente el alcance del entendimiento humano, y una moral contraria á todas las pasiones del corazón; y el mundo se somete á ellas (2). Se multiplican las persecuciones, levántanse cismas y heregias, entran en la lid el filosofismo y la depravacion del hombre. En esta espantosa refriega ha vencido el catolicismo. La cruz cambió el aspecto del mundo, y no cesa de dilatar sus conquistas; y este prodigio irá continuando hasta el fin de los siglos. De este modo el catolicismo, atrave-

(1) Los discipulos de los que no quisieron creerlos, han llegado hasta el extremo de no creer su propia existencia, y de anonadarse en lo que ellos llaman humanidad: consecuencia rigurosa de la lógica inflexible del ingenio del hombre.

(2) En vano ha abortado el error en la pugna perpetua que sostiene con la verdad innumerables sistemas para negar la acción providencial y directa de la divinidad en la fundacion del cristianismo: la sensatez pública los ha condenado.

sando los tiempos, se asocia los individuos y los pueblos, y vuelve á la eternidad de que salió. Su divinidad está ligada á hechos históricos que provocan y desafían el ecsámen de la crítica man severa. ¡Oh! Si no fuera un hecho divino, mil veces habria perecido. Su existencia despues de todas las contrariedades que ha encontrado desde el principio hasta nuestros días, es un milagro suficiente para imprimir en su frente el sello visible de Dios. Así el Legislador celestial, queriendo valerse para el establecimiento del cristianismo de instrumentos privados de todo cuanto contribuye al logro de los designios del hombre, separó de la constitucion que quiso darle los recursos que le son indispensables, y no escribió nada. Sola una ley habia promulgado su soberana justicia en otro tiempo á la tierra, la ley del Sinai; y su vida y sus doctrinas no fueron mas que el comentario de aquella. Habiendo criado al hombre á su imágen y semejanza, le reparaba á su imitacion. Dijo á los Apóstoles: "Enseñad y bautizad á todas las naciones;" y á Simon, hijo de Juan: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; las puertas del infierno no prevelecerán jamas contra ella; y apenas principió la sociedad espiritual ya estaba instituida. Depositaria de la completa revelacion, habia recibido de aquel cuyas palabras todas son espíritu y vida, una doctrina, una disciplina, y un gobierno. ¡Quién tuviera suficiente voz para esclamar! O constitucion maravillosa de la Iglesia católica! Ja-

mas consiguen los legisladores disponer los ánimos, y dominar las circunstancias para combinar y poner por obra un orden social, sino á fuerza de poder y de talento. Escriben códigos, instituyen magistrados, ó bien reunidos discuten leyes fundamentales. Pero el divino Fundador habló, y á su voz poderosa como en el día en que creó la luz, la Iglesia católica fué. En tanto que los hombres, modernos fabricantes de edificio social, anulando ó formando constituciones parece que no buscan mas que el placer de destruir: (tal es la prontitud con que sus obras quebradizas se arruinan al primer embate de las tempestades); la Iglesia quedó inconstrastablemente constituida desde su cuna para durar hasta el fin de los tiempos.

No es nuestro designio probar aquí la necesidad de su autoridad. No queremos mas que esponer los principios con que se rige. La independencia del entendimiento llevada al extremo ha producido el odio á toda autoridad hasta rayar en fanatismo. Colocando la razon individual sobre la eterna y la de todos los tiempos, el filosofismo moderno ha intentado derribar de un solo golpe toda autoridad divina y humana. Los reyes han sido señalados al odio con el nombre de déspotas, y se ha creído desterrar á Dios de la sociedad (1).

Entre los escritores franceses unos no ven en el catolicismo mas que una creencia individual, que

(1) Cárlos Remusat, *Ensayos de filosofia*, 2 vol. en 8.º

hácia el quinto siglo llegó á ser una institucion por un aumento progresivo y puramente humano (1). Otros, llevando al exceso la libertad de escámen, han llegado á desterrar toda nocion de lo que es Iglesia, para reconocer en cada entendimiento el derecho de aislarse y definir, sin otro vínculo para la sociedad cristiana que el mismo principio de todas las contradicciones (2). Cosa singularísima seria que la Iglesia tuviese un fundador que nada hubiera fundado, que hubiera traído al mundo la salvacion y la verdad, sin haber pensado en los medios de transmitir las intactas á las generaciones futuras. ¿Habria dejado su obra sin seguridad, sin institucion social, como una simple teoría, meteoro brillante sin lugar determinado y sin ley? Admitir esta hipótesis, despues de haber negado su divinidad, seria disfrazarle de hombre de pocos alcances y de impostor. Habiendo venido al mundo á esponer y plantear una doctrina toda celestial, debió querer establecer una sociedad espiritual, porque está en la naturaleza de una doctrina grave, de una doctrina de concordia, de unidad y de amor, asociar entre sí á los hombres que la abracen. Necesitó, pues, esta sociedad una organizacion, un poder, que es uno de los elementos constitutivos de toda sociedad. Y ahí tenemos á la Iglesia tal como Jesucristo la formó. Es una casa con su cabeza,

(1) Guizot, *Curso de civilizacion*, p. 193.

(2) Quinet, *Revista de ambos mundos*, 15 de Abril de 1842.

una ciudad con sus magistrados, un reino con sus príncipes, un aprisco con sus pastores. Es la mas perfecta institucion social: una sociedad que lleva en sí misma el sello de una mano divina. Fenelon decia: "Los hombres pueden nombrar magistrados y jueces: solo Dios puede crear sacrificadores, y dispensadores de sus misterios." Por eso tiene esta sociedad un poder soberano é indestructible, en el que siempre se estrellarán todos los esfuerzos de la anarquía. Este poder que le ha tocado en herencia, es á un mismo tiempo de enseñanza, de defuicion, de proteccion ó de impulsión, porque se trataba de perpetuar la fé, el culto y la gracia. Como esposa del Rey invisible de la tierra y de los cielos está destinada en su nombre para gobernar el reino de Dios, situado mas allá de este mundo. Su objeto por su naturaleza y sus efectos inmediatos se refieren á la santificación de las almas, y terminan con los bienes de la mansion de los eternos resplandores. Instituida en la tierra para sustituir un principio espiritual al principio material de la antigua civilizacion cuyas consecuencias todas habia deducido el imperio romano, se unió con la sociedad civil sin confundirse. Su mision era renovar el género humano. Encarnó, por decirlo así, en la vida temporal de los pueblos; pero como una alma pura, adherida; mas no sujeta á un cuerpo mortal. Sabemos que en la edad media reputó como una obra de sabiduría ejerce un alto dominio en las cosas temporales, y dar en esta jurisdiccion órdenes que

los pueblos y reyes acataban. Pero sin duda se nos concederá que la ley del tiempo y la fuerza de las cosas obligaron á la Iglesia á ello. La misma humanidad no puede agradecer bastante el servicio inapreciable que aquella le hizo, ejerciendo la tutela durante su menoría en la vida social. Este derecho era entonces tan conforme con el órden legal y el derecho comun, como en nuestra época seria opuesto. Los tiempos han variado: ilustrados los pueblos y los reyes comprenden toda la estension de sus derechos; y mejor acaso que nunca están en camino de hacerlos respetar y valer. Lejos de disputárselos el venerable é ilustre Gregorio XVI, Pontífice que al subir á la cátedra de Pedro ha llevado todas las virtudes de su apostolado, ha declarado á la faz del universo: "Que la Santa Sede no quiere ejercer en los estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas: y que rechaza con horror la mas ligera sospecha de opinion é intencion que no fuese conforme á la mácsima de entera sumision á que están obligados los súbditos en el órden civil para con la potestad temporal (1).² "La Santa Sede no piensa, dice el Sr. Boyer, que la intervencion temporal, tal como la ejercieron Gregorio VII é Inocencio IV, pertenezca á la fé católica; y solemnemente declara que el mismo ministerio episcopal

(1) Alocuciones de 10 de Diciembre de 1837 y 13 de Diciembre de 1838 y otros. *Encíclica* del 15 de Agosto de 1832.

está sujeto en el orden temporal á la jurisdiccion de los seglares (1). Queda cerrado el campo á las declamaciones de los políticos y de los filósofos que de buena fé habian podido sospechar hasta aquí en la Iglesia designios de usurpacion al Estado. ¿Se volverá á suscitar la misma tésis contra ella? Lo ignoramos. Lo que no podemos dudar es que en el error hay una disposicion que fatiga, sin quitar al corazon que le combate, ni compasion, ni amor. Esta afflictiva disposicion es el olvido desgraciado y voluntario de los monumentos y de los datos en favor de la verdad. En tanto que esta se rodea de pruebas para descubrirse á las inteligencias, se la deja pasar como el agua que corre: ábrese un ojo medio dormido y apenas mira: vuélvese á cerrar, y continúa el sueño sin enidarse para nada de la realidad.

Pero si es verdad que el poder de la Iglesia está limitado al orden espiritual, no es menos incontable, que no depende del estado dentro de esos mismos límites. En la esfera de actividad en que la colocó su divino Fundador, no hay potestad en la tierra que no le esté subordinada. Este dogma, impugnado ó puesto en problema en otros reinos, es el fundamento en que estiba su símbolo, y la columna que la sostiene. Su divino Fundador le dió una constitucion enteramente divina. El Hijo de Dios que se hizo visible en la tierra con for-

(1) *Defensa de la Iglesia católica contra la heregía constitucional*, pag. 26.

ma humana, pone de frente y en dos líneas paralelas dos autoridades iguales, Dios y César, personificacion la una del poder espiritual y la otra del poder temporal. Luego los reyes y los Pontifices son soberanos independientes cada uno dentro de su jurisdiccion. Sobre los mismos hombres reinan estas dos potestades; y sin embargo, sus atribuciones están y debian estar separadas por límites tan precisos, que aunque cada una de ellas despliegue sus facultades en toda su estencion, puede evitar todo encuentro con la potestad paralela. Las dos deben permanecer siempre unidas y distintas. La Iglesia sometida al Estado en el orden temporal, es soberana en todos los objetos del espiritual. No le falta ninguna de estas prerogativas. Se le han cometido la doctrina de la divina palabra y la auténtica interpretacion de los diversos sentidos que pueden dársele, la decision irreformable de las diferencias que puede producir en nuestro entendimiento, el dominio y jurisdiccion en los sacramentos de la Iglesia y el poder de sacrificar. Fácilmente se ve que la autoridad instituida por Moisés, y que él mismo inclinó de antemano al morir ante la autoridad de un profeta mucho mayor que él, que habia de salir de su pueblo; y la autoridad de la sinagoga, circunscrita á las fronteras de la Judea y en los límites de las épocas de espectacion, no eran mas que un bosquejo del alto poder espiritual que debia recibir el catolicismo para todos los siglos y sobre todos los pueblos. Es de tal preeminencia

esta autoridad, que ninguna otra puede llegar entre los hombres al mismo grado. Podrá la política de las naciones afirmar las gradas de los tronos conmovidos por las facciones, estrechar los vínculos sociales con una feliz combinacion, en que los poderes administrativo, legislativo y judicial se hallen hábilmente equilibrados, donde los derechos civiles de todos estén claramente afianzados, y donde se protejan ampliamente las artes, las ciencias, el comercio y la industria; pero la autoridad humana no alcanzará mas que al cuerpo, y el alma siempre le eludirá. Aquella no conoce mas que los actos exteriores, los hechos perceptibles. Ante la ley no existen los mayores crímenes sino cuando pueden justificarse en los tribunales. Jamas penetran hasta la vida interior del hombre; y de aquí nace el axioma moderno: *la vida interior debe estar tapada*. Ningun potentado del mundo puede mandar en la persuasion de los hombres: puede sujetarlos con la fuerza ú obligarlos con la violencia; pero dominar su voluntad, es imposible. Solo la autoridad católica, porque es divina, habla en sus prohibiciones y en sus mandamientos á la voluntad del hombre, y tiene derecho de imponerles la obligacion estrecha de creer de todo corazon lo que ella ha juzgado y definido una vez. ¿Qué es la autoridad de la filosofia? Buen chasco se llevaria el que esperase de ella un resultado positivo. El filosofismo, verdadera Penelope que durante la noche deshace la tela que labró de dia, apenas ha fa-

bricado un sistema, cuando combate sus cimientos para derribarle: toma y echa á un lado, escoge y deja. No puede su autoridad tener carácter alguno de estabilidad, porque la movilidad de los pensamientos y opiniones humanas le hace incapaz de adquirir y comunicar la certidumbre (1). A la autoridad católica pertenece únicamente fijar en sus límites exactos la verdad religiosa que ha recibido. Promulgándola diariamente en el mundo, no cesa de protegerla y defenderla. Una fuerza superior á todas las fuerzas humanas, aneja á esta autoridad, conserva la integridad de la fé donde quiera que la combaten y se proclaman la ortodoxia por cuantos medios están á disposicion del hombre. Si, la armonía de las verdades católicas y su firmeza, sostenidas por la autoridad de definicion, serian bastantes por sí solas para probar el divino origen de este poder y el de la misma Iglesia. Como nunca religion alguna ha podido nacer y subsistir contra todos los medios naturales y sin recurrir á la seducccion, á la fuerza, ó á un sistema político, tampoco ninguna secta religiosa ha llegado jamas á constituir (2) un cuerpo completo y armonioso de doctrina. Recórranse los diversos sistemas religiosos antiguos y modernos: en ellos se hallará lo mas sublime que el talento humano ha inventado; pero faltarán la coherencia y la invariabilidad, el se-

(1) En la presente obra tendremos ocasion de esplanar esta tesis, que por ahora basta que enuncieemos.

(2) Entendemos por esta palabra: establecer y conservar.

llo de la divinidad. Solo el catolicismo, gracias á su poder de definicion, goza de la plenitud del poder constitutivo, resultado que no puede producir la simple escritura, supuesto que esta no puede ser comprensible para todos, y que su padre, segun Platon, no está allí para defenderle. ¡Iglesia santa! canal de las aguas de la sana doctrina y órgano de los pensamientos de Dios, madre nodriza de los verdaderos fieles, siempre combatida y siempre victoriosa, siempre amenazada de ruina y siempre en pié, tú apareces á nuestros ojos como un faro inmortal colocado por la mano de Dios sobre una roca inaccesible á las nubes. De tu seno sale una resplandeciente luz que iudica á la humanidad por entre los escollos del tiempo, el camino de los progresos, por donde debemos adelantar poco á poco hácia el puerto de la eternidad. El gobierno de la Iglesia, en la esfera espiritual que le es propia, es monárquico.

No nos detendremos en enumerar las diversas formas de gobierno destinadas á dirigir la sociedad civil, ni procederemos en esta materia por via de exclusion ó de preferencia. Teniendo que sufrir la movible influencia de las opiniones humanas y de los diferentes sucesos que cambian la faz de los imperios, se ve que los pueblos pasan sucesivamente por varias transformaciones de gobierno, segun los tiempos, las costumbres y las necesidades de cada siglo. No sucede así en la Iglesia católica. Su divino Fundador la constituyó para que perma-

nezca tal como la formó hasta la consumacion de los siglos. Ciertamente era necesario que así fuese, porque ¿quién no ve que mudando su forma esencial, se destruiria todo el órden sobre que aquel la fundó? La forma que le dió, debe ser permanente, perpetua. Naturalmente nos veriamos en el caso de responder con Fenelon á los señores Jurieu Claude y du Moulin. "Que el ministerio de los pastores es independiente del derecho natural de los pueblos; porque solo á Dios pertenece poner su palabra en la boca de un hombre para que hable en su nombre (1)." Pero mas adelante daremos á esta cuestion toda la estension que ecsige. Por ahora nos basta esponer la forma bajo la cual se ejerce la autoridad de la Iglesia católica. No sabemos cómo esplicar la obstinacion de la moderna filosofia en sostener que el origen de aquella es confuso, y que solo á la larga y por una serie de imprevistas circunstancias, llegó á organizarse, si no nos constara que es mas fácil y cómodo tener una opinion que una creencia. Desde el momento en que la autoridad de la Iglesia no fuera mas que una institucion humana, dejaria de tener derecho de obligar las conciencias.

Bien se puede afirmar que solo ecsistió en embrión en los cinco primeros siglos (2); pero no podrá probársenos que andamos desviados de la verdad,

(1) *Perpetuidad del ministerio de los pastores*, §. II.

(2) Guizot, *Curso de civil*. 31 lec.—Michelet. *Hist. de Francia* t. I. p. 112.

cuando sostenemos que el gobierno de la Iglesia es del mismo origen y de la misma data que ella; Fué establecido con el Evangelio para perpetuarle, y el papado, base de su gerarquía, fué desde entonces todo lo que debia ser como *poder espiritual*. Bajo este aspesto ha sido siempre el mismo, sin haber tenido necesidad de engrandecerse. En la persona de Pedro residieron la preeminencia y el poder monárquico. Este Apóstol fué instituido centro de la unidad y clave de la bóveda del gobierno de la Iglesia.

Apenas confesó la divinidad de Jesucristo, le dijo este: "Bienaventurado Pedro, porque no te ha revelado este misterio la carne, ni la sangre, sino el espíritu de mi Padre que está en tí; y yo, hijo de Dios vivo, te digo que te llamas Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y contra ella no prevalecerán las puertas del infierno." A Pedro se le dió esta seguridad. "He pedido por tí, para que tu fé no desfallezca, y convertido tú confirmarás á tus hermanos." A Pedro se dijeron estas palabras llenas de la virtud del poder supremo antes que se dirigiesen al colegio apostólico: "Todo lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo." En fin, solo á Pedro se le dijo: "Apacienta á mis corderos; apacienta á mis ovejas;" es decir, á los pastores y á los pueblos. Es de tal estension este poder, que no tiene mas límites que el universo entero. Desde el ardientes sur hasta el frio septentrion, entre las errantes rancherías así como en el seno

de la mas civilizada sociedad, en la choza como bajo dorados artesones, no ecsiste un mortal que no esté sujeto al poder de este báculo tutelar. Siempre y en todas partes ejerció la suprema primacia y el poder monárquico entre los demas Apóstoles. El Papa, investido por derecho de sucesion (1) con la dignidad de S. Pedro, lo ha sido tambien siempre con la plenitud de su poder. Cabeza visible de la Iglesia, es el príncipe de todos los Pontífices. Dotado de una estabilidad original en la fé, está encargado del supremo poder para definir las reglas ciertas de la fé y de las costumbres. Es el gefe del episcopado, de donde parten los radios del gobierno; la primera cátedra, la cátedra única en la cual sola conservan todos la unidad. Pontífices, pastores de las naciones, vosotros no sois mas que las ovejas de Pedro.

¡O padre comun de la gran familia! dignaos de recibir las humildes súplicas y respetuoso homenaje de un hijo sumiso que os implora. Dignaos de bendecirle desde la elevada cátedra resplandeciente de gloria que ocupais. La tradición no es menos terminante en los cuatro primeros siglos que en los siguientes. Todos proclaman con magnífico concierto las prerogativas de honor y de jurisdiccion de aquel, que investido del poder soberano en la Iglesia, se llama el siervo de los siervos. ¡Quién no tiene noticia de la carta de S. Gerónimo al Papa S.

(1) S. Pedro designó sus tres sucesores inmediatos. *Consl. apost.* VII, 47.

Dámaso? En ella protesta en medio de tres cismañ no escuchar mas que el sucesor del pescador. ¿Quién no sabe tambien este dicho de S. Agustin: *Habló Roma, se concluyó la causa?* Algunos siglos despues condenó el Papa el libro de las mácsimas de los santos. En enanto Fenelon supo ciertamente esta decision, publicó él mismo su propia condenacion en presencia de su pueblo. Retrató las proposiciones reprobadas, y condenó todo el libro y el conjunto de sus opiniones. ¿Cuántos y cuán magníficos testimonios de la conformidad dada por el mundo entero á los actos de la suprema autoridad del Papa no podriamos reproducir! Si descogiéramos la cadena de los siglos, seriamos testigos de la admirable conducta de los corintios para con S. Clemente, y de la de S. Cipriano, cuyo obispo trabajoso fué coronado por el martirio, para con la misma silla apostólica. Escucharíamos al grande Ireneo, hablando en términos sublimes de la Iglesia romana y de la primacía de su potestad. Los mismos Papas sostuvieron con energía la conservacion pública de su autoridad, sin hallar la menor oposicion en los ánimos, ni suscitar la menor reclamacion.

No podemos menos de aplaudir el tono de verdad con que un ilustre escritor de nuestro siglo (1) ha dicho (despues de un error de fecha): "Es imposible consultar con imparcialidad los monumentos del tiempo, sin reconocer que de todas las par-

(1) Guizot, *Curso de civilizacion*, 3.^{ra} lec. 1, I, pag. 108.

tes de la Europa (1) se dirigen al obispo de Roma para obtener su decision en materia de fé, y de disciplina, en las causas de los obispos y en todas las ocasiones que la Iglesia está interesada." En las circunstancias mas espinosas para ella siempre ha habido anhelo por recurrir á Roma. La desicion del Papa ha terminado todas las discusiones, y fijado las creencias. El papado es evidentemente el quicio en que gira el gobierno de la Iglesia. En medio de las tempestades sociales podrá haber parecido aquel como arrastrado por las espumosas olas de un mar borrascoso que amenazaba inundarlo todo; pero sus profundos cimientos no se han conmovido nunca, y siempre ha quedado en pié, radiante con su glorioso destino. Así como cuenta la fábula de los árabes de la gran pirámide, que edificada por reyes autediluvianos, fué el único monumento de los hombres que sobrevivió al diluvio, el papado, obra de Dios, apareció solo cuando las aguas de la impiedad bajaron en medio de las ruinas del mundo moral que acababa de ser destruido.

Posee el Papa la plenitud del poder monárquico; pero no se sigue de esto que los obispos no sean sino vicarios suyos. Participan estos del gobierno de la Iglesia, no como iguales al Papa, sino como sometidos á sus leyes y ejecutores de sus decretos. Esparcidos por el orbe, ejercen en sus diócesis, en

(1) Nosotros preferimos decir; *del mundo entero*.

virtud de la potestad de órden inherente esencialmente á su dignidad y por la jurisdiccion que la Iglesia les transmite. Reunidos, son llamados á tomar parte en las decisiones de los Concilios. Investidos de todos los derechos de la soberanía, tienen el de pronunciar decisiones sobre la fé, que exigen una obediencia provisional, y dictar leyes sobre la disciplina que obligan las conciencias. Todo sistema que propendiese á confundir el clero con la autoridad secular, distaria de la verdad, á la par que sería fecundo en desórdenes. No pudo la impiedad en Francia arrojarle á la cara denominacion mas injuriosa que la de *empleados públicos asalariados por el estado*. Por divina institucion los obispos son los sucesores de los Apóstoles: obran separadamente en su administracion; pero el episcopado es uno, y todos los apriscos no forman mas que un mismo rebaño. No hay en ella ni democracia propiamente dicha, ni monarquía ministerial. Los simples presbíteros forman parte de su constitucion como administradores y magistrados: los obispos son miembros de la soberanía, y el Papa es su cabeza.

Así la aristocracia templó la monarquía en la Iglesia segun el lenguaje de Belarmino (1). Jesucristo dijo á los Apóstoles: "Enseñad, bautizar á todas las naciones: yo estoy con vosotros." Todos recibieron el poder de atar y desatar, de retener y perdonar. Si de Pedro se dice que es el fundamento

(1) *De romano pontifice*, lib. I, c. 3, 5, 8.

de la Iglesia, tambien está escrito en otra parte que la Iglesia se edificó sobre el cimiento de los Apóstoles. Hé aquí establecida la aristocracia episcopal segun el plan divino. Dios puso á los obispos para el gobierno de su Iglesia (1): por esto se vió á los Apóstoles dirigidos por Pedro y animados por el espíritu de su cabeza encaminarse á las ciudades mas populosas, y ordenar sacerdotes y diáconos. Del mismo modo han continuado despues sus sucesores, y la tradicion de todos los siglos rinde un testimonio unánime de la autoridad espiritual de los obispos. S. Clemente Papa escribia á los fieles de Corinto: "Respetemos á nuestros obispos, y honremos á nuestros sacerdotes." S. Ignacio de Antioquía en su carta á S. Policarpo se explicaba así: "No se haga nada en la Iglesia sin vuestro consentimiento." S. Cipriano llamaba al episcopado la cumbre del sacerdocio. En todos los siglos desde el nacimiento de la Iglesia hasta nuestros dias se han demostrado la superioridad y prerogativas del episcopado. Nuestros lectores tendrán á bien perdonarnos los pormenores en que hemos entrado, porque conviene en nuestra época recordar todas las nociones verdaderas sobre el régimen de la Iglesia, muy olvidados por desgracia. Tal, pues, es su gobierno segun resulta de la sencilla esposicion de los principios y de los hechos.

¿Podremos admirar lo bastante de toda la mag-

(1) Act. XX 28.

nificencia de esta divina obra, comprender su armonía, y calcular sus asombrosos efectos? El Fundador divino de la Iglesia no pudo dejar su obra incompleta para que la acabaran de levantar las pasiones, los tiempos y las circunstancias. Por esto el catolicismo corresponde perfectamente á las tres necesidades ya marcadas de nuestro siglo: de fé, de progreso, de paz y de union.

En vano se buscarian en las antiguas religiones datos un tanto precisos sobre la fé de los pueblos. El centro necesario de las esperanzas del hombre despues de su caída, era la venida del Reparador divino prometido á la humanidad, y el conocimiento del Dios verdadero se habia adelantado á todas las supersticiones y á todos los errores. Con todo, la nacion judía esceptuada evidentemente por un destino especial consideraba una y otro con ojos carnales, y estaba dominada del deseo de las prosperidades temporales. El paganismo atribuía á las piedras y á la madera un nombre incomunicable. Si aplicando el ódio percibía por entre el prolongado eco de los siglos una voz de esperanza y de temor que le advertía que gravitaba sobre él un crimen hereditario, y le mandaba que levantara su cabeza hácia el venidero restaurador de los siglos, no era mas que un rumor confuso que al parecer no hacia sino inflamar sus inclinaciones disolutas, y adormecer sus remordimientos. Los esfuerzos mas ingeniosos del pensamiento humano no habian conseguido otra cosa al cabo de cuatro

mil años, que multiplicar toda clase de deleites y todo género de errores. Unos razonamientos sin aplicacion y sin objeto ofrecían un aspecto tan desagradable, como un contraste manifesto de cultura intelectual y de general degradacion: se habian discurrido toda especie de medios comunicativos entre los hombres y los dioses. En esta confusion no cabía la fé: un ojo observador no descubre allí, propiamente hablando, esa obligada creencia de unos dogmas por la autoridad de la palabra de Dios.

En la filosofia oriental, griega y romana se proclamaban opiniones; pero no creencias, el racionalismo y no la fé; esta fé que es el consentimiento prestado á una doctrina ó á unos hechos por la autoridad que enseña ó testifica. Si despues de muchos siglos se celebra como una emancipacion gloriosa la transformacion de las creencias en libres investigaciones de la razon humana, nos parece que vemos al astro que preside el mundo de las inteligencias, volver á la nada de donde le sacó una voz creadora, renacer el caos, y estender otra vez la oscura noche sus velos sombríos sobre elementos informes y confusos. Luchando sin cesar la humanidad con las seducciones del espíritu y del corazon, sucumbiria continuamente en la pelea, al modo que un navío agitado por la tempestad y con incierto rumbo en medio de la lóbreguez del cielo, iria á estrellarse en los escollos del piélago embravecido. En vano se repite que la única doctrina admi-

ble, la sola compatible con el espíritu del siglo y nuestra constitucion, es aquella que consiste en escoger de cada una de las creencias establecidas y admitidas la parte de verdad y de dignidad que encierran (1). El eclecticismo quebrando el sello que comprueba la divinidad del cristianismo, lejos de producir un determinado símbolo, un todo, solo podría amontonar contradicciones y ruinas, así en religion como en filosofia. Daria á luz un sistema ataviado; pero miserable, á la manera de un rico de otro tiempo cubierto con algunos harapos de púrpura que atestiguaran su antigua grandeza; pero que reducido á la mendicidad, revelaria á todos los transeuntes su estremada pobreza. No, la razon humana no puede ser un guia seguro para formar creencias: bastante tiempo se extravió y vino á encallar en tristes arenales. Necesita fé, esa fé cuyo principio es la divina gracia, que obra sobre la inteligencia y voluntad del hombre, sin alterar su libertad. Estrañamente se engañan aquellos que felicitan á su razon, emancipada de la fé sobrenatural y divina, no queriendo deber nada sino á las fuerzas naturales de la razon y de la voluntad. La naturaleza humana no puede ser una barrera levantada por las manos de Dios contra él mismo.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo objeto no es la verdad percibida por la evidencia, ó conquistada por la demostracion, sino la que conocemos cierta-

(1) Quinet, *Rev. de ambos mundos*.

mente como revelada. La una móvil tomaria todas las formas variables y diversas del entendimiento humano, cuya obra apareceria ser, mientras que la otra inmutable es la firme roca sentada por la mano divina en la playa que circuye el Océano de la vida. A sus piés van á estrellarse las olas de una delirante razon que como el ángel caido quiere hacerse igual al Eterno.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo motivo es la autoridad divina. El hombre, despues de adquirida la certidumbre de la revelacion, por motivos poderosos de credibilidad, cree á causa de la infalibilidad de Dios para conocer de su veracidad esencial para decir, y de su absoluto dominio para intimar su voluntad.

Necesidad de fé, de esa fé cuya única regla no es la autoridad privada, ni la razon individual erigida en árbitro esclusivo de la creencia; sino que su regla viva y su órgano son la autoridad de la Iglesia en el órden mas apropiado á la naturaleza y necesidades del hombre, esencialmente formado para la sociedad. Tal es la fé que eleva sus facultades á un estado sobrenatural y divino, sin anondar la razon que dentro de sus límites ejerce su imperio. Los motivos de credibilidad ecsigen de ella el ecsámen mas detenido. A menos que reniegue de sí misma, adquirida la conviccion de que Dios ha hablado, se ve obligada á someterse á su autoridad. Esta es la fé sobrenatural y divina, que hemos demostrado que con la mayor urgencia nece-

sita nuestro siglo. Esta es la que proclama el catolicismo. En su gobierno halla toda su fuerza bajo diversas relaciones, un principio doble que protege su invariable unidad, y la dilatacion de su luz, que así como un sol sin declinacion y sin aurora alumbraba simultáneamente los dos hemisferios del mundo del pensamiento. Todos los poderes de la soberanía espiritual se hallan concentrados en el Papa, único gefe supremo de la Iglesia, y la unidad de la fé no está menos representada que afianzada por la unidad del sucesor de Pedro. Investidos los obispos con los derechos de la soberanía, y repartidos por los diversos puntos del globo, son los defensores ardientes y propagadores celosos de esta fé, cuyo depósito les está confiado. Así es como halla en la autoridad infalible comunicada por Dios á su Iglesia elementos de conservacion y de perpetuidad. Si se suscitan discusiones dogmáticas, juzga el obispo en primera instancia, y el Papa en último recurso. Pero si se manifiestan escándalos; si los enemigos de Dios se atreven á insultarle con blasfemias, decia elocuentemente Bossuet, sales de tus murallas, Jerusalén, y te formas en batalla para combatirlos: siempre hermosa en esa actitud porque nunca te abandona tu belleza; pero de repente te presentas terrible, porque un ejército que parece tan hermoso en la revista, cuán terrible es cuando ve contra sí todos los arcos armados y enviertas todas las picas! Qué terrible eres, Iglesia santa, cuando marchas con Pedro á la cabeza... derribando las

soberbias cabezas y toda altivez que se levanta contra la ciencia de Dios, oprimiendo á tus enemigos con todo el peso de tus cerrados batallones, abrumándolos juntamente, ya con toda la autoridad de los siglos pasados, ya con toda la execracion de los siglos futuros!" A la manera de un rio magestuoso deriva la fé de este conjunto admirable, donde vienen á concentrarse, como las olas del Océano, todos los poderes de la soberanía espiritual. Una sola cabeza hace que en un instante se muevan todos los resortes de esta ciudad edificada sobre la montaña, y dispone sin obstáculos de todos los medios de accion que encierra. Tan distante del despotismo como de la anarquía, no tiene tampoco que sostener la incesante lucha con una democracia que interviniese sus actos, y pudiera derribarla á su autojo. En ella no se ve que se observen con desconfianza los poderes como generales rivales que en el campo de batalla se encuentran y se hieren mortalmente, hasta que el mas fuerte, arrollando al mas débil, se cubre con sus despojos, y quedando solo en pié sobre ruinas, despliega una nueva bandera. En el catolicismo la autoridad espiritual es una como su fé: su marcha es protegida únicamente por instituciones divinas como ella, y que lejos de conmovér su trono, le fortifican.

Ella anima al progreso, y propende á reunir los ánimos con los dulces vínculos de la tolerancia y del amor. Solo las inteligencias son realmente sociables, porque unas relaciones puramente físicas

no pueden constituir verdadera sociedad. Para las cosas materiales no hay mas que mezcla y clasificacion; de modo que el vínculo social no puede ser otra cosa que un conjunto de relaciones, por las cuales se unen los hombres en la parte mas elevada de su ser, la inteligencia y la voluntad. De estas relaciones que unen á los hombres entre sí, nacen deberes cuya base no puede subsistir sino en las relaciones que unen al hombre con Dios; porque la nocion de deber implica necesariamente la idea de una voluntad superior que tenga derecho de imponerse á la voluntad á quien el deber comprende, y la idea de una sancion en una justicia infinita. Por tanto, la sociedad temporal nace de la sociedad espiritual. De donde se deduce que una sociedad temporal está destinada á una perfeccion tanto mas alta, cuanto mas perfecto es el principio depositado en su constitucion por una sociedad espiritual. Véase aquí por qué en el catolicismo, la mas perfecta manifestacion de Dios, se hallan la regla de los adelantamientos de la sociedad humana y el gérmen de la mas elevada perfeccion social. Y esto nos explica tambien cómo no fué concedido á la sociedad en tiempos remotos llegar á las alturas á que ha podido levantarse desde que ilustrada con la palabra de Jesucristo se ha empapado en su sangre entregándose en las manos de la Iglesia. De esta alta autoridad espiritual, encargada de explicar durante toda la serie de los siglos la ley perfecta de justicia que el Evangelio

encierra, han salido un mundo nuevo, el descubrimiento de un conjunto de verdades que estaban en embrion en las primeras tradiciones del género humano, y la transformacion de la sociedad religiosa por la institucion de la Iglesia. El principio espiritual que ella aportó, ha sucedido al principio material de la antigua civilizacion; y la humanidad ha sido guiada por las sendas de una nueva civilizacion digna de su alto destino.

Los griegos que se habian distinguido por su exquisito gusto en las artes, por una persuasiva elocuencia y una risueña poesía, no habian variado realmente nada en el fondo las ideas y hábitos de la humanidad. Los romanos que se levantaron desde el mas débil origen hasta el mayor esplendor, sucumbieron por fin de despotismo, de miseria y de infamia con su constitucion que fué la obra maestra y el azote del antiguo mundo. Todo debia repararlo la Iglesia. A ella sola tocaba el pensamiento de humanidad, que debia regenerar al mundo y reunir todos los hombres bajo una misma bandera. Hasta entonces los elementos de próxima disolucion minaban el cuerpo social, encorvado bajo el yugo de goces materiales, abismado en una letárgica indiferencia, y caminando sin objeto y despedazado por el furor de la anarquía, ó gimiendo bajo la cuchilla del despotismo. No era el universo mas que un espacioso anfiteatro, de donde se levantaban mil clamores fúnebres y confusos como de un reñido combate de gladiadores. Pero libre

de sus mantillas la civilizacion nació del seno de la Iglesia. Basta contemplarla para ver cómo desaparece el egoismo de los dias antiguos en las olas de su caridad, y sale de ella como por añadidura la libertad de las naciones. Cuando se hundia el edificio de la sociedad añeja, al oír el chasquido prolongado de eco en eco, cualquiera hubiese dicho que todo iba á confundirse en un abismo impenetrable. Mas en medio de la polvareda amontonada por tantas ruinas, recogia la Iglesia con sus Pontífices los esparcidos escombros de la antigua civilizacion: sus multiplicados monasterios fueron otros tantos asilos abiertos á la virtud, á las ciencias y á las artes, y otros tantos focos de una nueva civilizacion, tan noble en sus emociones, como inagotable en sus recursos; de una sublime civilizacion, que debia levantar en la larga serie de los siglos, admirables monumentos de ciencia y caridad. Su gobierno espiritual consagra todos los principios de sociabilidad, y el amor fraternal que inspira, es la mas segura fianza de la estabilidad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Reprimiendo las pasiones turbulentas opone un saludable freno á los extravíos de la multitud, y en el sagrado código que le fué legado por su Fundador divino, los reyes aprenden á llevar dignamente su corona. No hay clase alguna en el estado que no haya sacado de él su dignidad; ni peligro alguno que no halle allí un muro; ni desgracia que no encuentre su remedio; ni mérito que no funde en él sus esperan-

zas; ni dolor al que no sirva de bálsamo; ni virtud que no logre su apoyo y su progreso. En él se nos descubre el modelo que las sociedades temporales deben procurar con todas sus fuerzas imitar, sin poder copiarle jamas con esactitud; la perfeccion del orden y de la libertad en la armonía de todas las voluntades, identificándose mas y mas con la voluntad infinita de Dios. Las sociedades temporales hallan evidentemente las condiciones del progreso por su union con esta sociedad espiritual. Elstendiendo el reinado de la ley de Dios, hace prevalecer la idea del derecho que cada dia deja á la inteligencia mas ancha esfera de actividad, y de consiguiente es menos necesaria la intervencion de la fuerza material. Por eso los pueblos unidos con la Iglesia, cualquiera que sea el punto de su partida, adelantarán en las sendas del progreso social. El Sr. Carné decia poco ha en la tribuna (1): "La influencia francesa va en todas partes asociada con el triunfo del pensamiento católico, y estoy íntimamente convencido de que si ocurriese un funesto divorcio entre la opinion pública y el principio católico en Francia, se resentiria profundamente la situacion de la Europa. En España el partido que con mas energía resiste á las tentativas que en la actualidad se hacen para separar á este pais del centro de la unidad católica, es el que necesaria y legítimamente hay que llamar el

(1) Sesión del 18 de Mayo de 1942.

partido francés. No es único este hecho: no ocurre solamente en España, sino en todas las partes del mundo. A la hora de esta, ya nada seríamos en Oriente, si no fuésemos aún la gran nación católica, el pueblo de las cruzadas y de S. Luis. Si se pronuncia aún el nombre de la Francia con simpatías, con respeto, con cierta confianza para lo venidero hasta en las gargantas del Líbano, es porque nosotros representamos un principio religioso, diferente del que otros dos quieren hacer que prevalezca. Si tenemos aún mucha importancia en Alemania, si causamos inquietud á algunos gabinetes, no es menos como potencia católica, que como potencia constitucional. No solo en Alemania y á las orillas del Rhin se descubre semejante situación, sino en Bélgica, en Irlanda, y sobre todo en esa heroica Polonia, que se agita hoy en su martirio. ¿Por qué palpita su corazón en consonancia con el nuestro? ¿Por qué la Polonia es y será siempre católica como la Francia? No demos pues asaltos indiscretos á la fé religiosa, á la unidad católica y no comprometamos con tanta ligereza los mas caros y mas permanentes intereses de la Francia.

Así no podemos deplorar lo bastante estos sistemas, que hostilizando al catolicismo, van á buscar la firmeza de los estados en una situación opuesta á la naturaleza de las cosas. Solo sirven de principios de universal desorganización, sustituyendo opiniones á la verdad, la licencia al orden, y la humana razón á los oráculos de la divinidad. Desde en-

tonces se manifiestan los síntomas mas inquietantes, se agitan los elementos del mal, y se convienen los del bien en objetos de odio; y conmovida la sociedad hasta sus cimientos, tiembla por su existencia en el centro de cuanto debia asegurar su tranquilidad y su dicha. Si se llegara á separar completamente la sociedad temporal de la espiritual, al instante perderia aquella las condiciones del progreso y las de la vida social. Encorvados bajo el látigo del despotismo, ó roto el vínculo social por las sangrientas manos de la anarquía, marcharian los pueblos por entre los combates de una desenfrenada licencia ó de un poder desarreglado hácia la verdadera decadencia. Una sociedad falta de creencias, no progresa mas que hácia el abismo, lo mismo que un barco desmantelado voga al acaso por mares sembrados de escollos y fecundos en naufragios. Este vínculo que todo lo une, que de todos los pueblos forma uno solo, de todas las familias una sola, y de todos los hombres como si fueran uno, es la Iglesia, el vínculo de la humanidad regenerada en Dios. No hay entendimiento despejado que no comprenda que el vínculo religioso, tal como le forma esta Iglesia católica por encima y fuera de todas las nacionalidades, es el primer lazo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos. Repugnaria al dogma fundamental de su constitución divina el que no pudiese establecer una confraternidad política entre diversos pueblos, sometidos á la Iglesia, á pesar de la diferencia

de sus legislaciones. Sí, apareció en el mundo para reunir á todas las naciones en la misma fé.

Los que aparentaren echar menos el mezquino y bárbaro civismo de los pueblos antiguos, no comprenden aquellos tiempos ni los nuestros; intentar que retrograde á ellos la sociedad actual, seria lo mismo que vestirla en su edad viril con las ropas que usaba en su niñez. Pero si nos quisieran imponer un cristianismo de lujo y de dorada civilizacion, seria lo mismo que destruir hasta los vestigios del pensamiento religioso, como de la virtud romana, que dependiendo del arado, desapareció en el lujo y delicias del imperio. Vosotros que decís que ya no es el catolicismo propio de estos tiempos, y que el suyo pasó, que ha muerto, os engañais mucho. La fe antigua es como la gloria antigua: no pueden perecer. El anillo del tosco pescador de Galilea que sella aun sus decretos, es su mas hermoso título, porque es la prueba irrecusable de su divinidad. Si estuviera muerto el catolicismo, como se ha querido suponer, tambien haria que el género humano cayendo otra vez en los horrores del paganismo, se hubiera sumergido en su triste abismo. Habríanse cambiado tambien las naturalezas divina y humana, si hubiera cesado el catolicismo de explicar su union y de ilustrar sus misterios. Pero vive, y lejos de hallarse en la agonía, descuella como una misteriosa inspiracion en las obras de la inteligencia, fijo sobre nuestro sucesivo destino, como una arca de salvacion, y un abrigo contra las tempestades

de la duda y de las pasiones. Bebiendo en este manantial de vida y de amor, la especie humana traza una línea progresiva en la civilizacion, se reconstituye la gran familia, se ilustran los entendimientos y los corazones sentenciados fuera de él al suicidio y á la desesperacion, trepan por la escarpada pendiente del Sinai, en cuya cima lograremos contemplar al Eterno en el seno de su magnificencia. ¿Estará herido de muerte el catolicismo? No: en todos los combates ha salido con gloria. No hay género de arma que él no haya destruido: á cuantos terrenos se le ha llamado, ha concurrido y conseguido el triunfo: ¡no hay enemigos que haya dejado de derrotar. El mundo puede conmoverse y caer, y un imperio desaparecer; pero el catolicismo no puede sepultarse bajo ninguna clase de ruinas. No dejará de brillar la cruz sobre los escombros de los imperios caidos, dominando el mundo desde lo alto de la inmoble piedra del Capitolio. Ha sobrevivido siempre el catolicismo á los funerales de aquellos que se habian apresurado á celebrar los suyos. Diocleciano erigió una columna para anunciar al mundo que le habia herido en el corazon: cayó la columna, el perseguidor murió y el catolicismo reina aún en toda la tierra. En el siglo octavo estuvieron bien cerca los sarracenos de darle un golpe mortal; pero Dios puso su espada en manos de un rey cristiano, y los campos franceses fueron testigos de la espantosa derrota de aquellos. Ochenta años estuvo gritando Voltaire á la Europa

entera que el catolicismo tocaba ya á su última hora. Voltaire murió, y el catolicismo no ha dejado de permanecer depositario de las promesas de aquel que le dejó por herencia todas las naciones de la tierra. Napoleon dijo al Papa que estaba cautivo entre sus manos; pero inmediatamente forzado por una inspiracion superior, aquel conquistador que amenazaba á la religion, alargó la mano y la levantó de su postracion. Los ecléticos no han cesado de variar este tema en todos los tonos imaginables: ellos caen á todas horas, y el catolicismo queda en pié sobre la fria losa que cubre sus cadáveres. Vive el catolicismo, y su marcha triunfal en el seno de la civilizacion cristiana no se detendrá hasta que la cadena de los tiempos suceda la eternidad incomensurable. El pontificado ecsiste no en estado de ruina ó decadencia, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. Vive el catolicismo y el número de sus hijos es mas considerable que en ninguno de los siglos anteriores.

Por esta autoridad de doctrina y el gobierno pastoral que le constituyen, sus conquistas en el nuevo mundo han recompensado con usura lo que ha perdido en el antiguo: y su espiritual supremacia se estiende hasta las inmensas regiones situadas entre las llanuras del Missouri y el cabo de Hornos. Grande y respetable era antes que los sajones hubiesen pisado el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen atravesado el Rhin, cuando aún florecia en Antioquía la elocuencia griega,

cuando se adoraba á los ídolos en el templo de la Meca. Grande y respetable es hoy, como lo será siempre. La misma muerte es impotente contra la promesa de inmortalidad que ha recibido: bien podemos decir con un ilustre escritor de nuestro siglo: "Es una águila herida junto á las nubes por mil tiros que se la dirigen: cae en la tierra su sangre gota á gota, se la ve con la cabeza abatida, como si señalara el parage donde va á espirar entre el polvo; pero reanímala muy pronto una fuerza secreta, y toma un vuelo tan rápido y vigoroso, que da bien á entender que nada puede fatigar su aliento, ni apurar su vigor. Así proseguirá su vuelo, sin detenerse nunca, y estendidas magestuosamente sus alas sobre todos los siglos, no se plegarán jamas hasta que los últimos restos del universo se hayan hundido. Esta duracion hará su gloria, así como sus nobles desgracias son su privilegio."

No reparemos fijar en este lugar nuestras miradas un momento. Contempla, hombre, bajo del báculo del sucesor de Pedro esa innumerable sociedad esparcida por todos los lugares del universo y heredera de las tradiciones de diez y ocho siglos, que te dice así: "Dios me fundó un dia para que durase todos, para enseñar á todas las naciones hasta el fin de los tiempos." Ella lo dice, lo afirma: cree el testimonio invencible de esta sociedad sobre este hecho social; ó si no, atrevete á responder á un pueblo entero que testifica su escistencia: tú no eres. . . .

Todo el tiempo que las naciones permanezcan fieles á la monarquía espiritual templada que las rige, será para ellas un principio de fé, de progreso y de union, y el manantial de la mas alta perfeccion material y social. Pero si llegáramos á abandonarla, sus beneficios se irian con su influencia de entre nosotros, y nos amenazarian horrosas catástrofes. No nos engañemos, y aprendamos en lo pasado lecciones para lo futuro.

CAPITULO III.

DE LOS CARACTERES DEL CATOLICISMO.

De la verdad religiosa.—Diversas oposiciones que halla el hombre en si mismo para admitirla.—Consecuencias en favor de una autoridad espiritual.—Tres principales caracteres del catolicismo: perpetuidad, universalidad y unidad.—De su perpetuidad.—Confesiones de los que le combaten.—Una religion de progreso, es decir, de suision en su esencia á todas las versatilidades del espíritu humano, es imposible.—Consecuencias en favor de la fé.—Ningun culto disidente, ni todos ellos juntos pueden ponerse en paralelo con el catolicismo en cuanto á su universalidad.—El nombre de católico le es propio, y sus conquistas son favorables al progreso civilizador.—Confesiones de los que aparecen contrarios.—De la unidad en su autoridad y en su doctrina.—La inmovilidad de que se le censura es la prueba de su inmortal certidumbre.—Jamás ha hecho la Iglesia otra cosa que confirmar ó esplicar lo que siempre se habia creído.—Tentativas inútiles de la reforma, de la asamblea constituyente y de la filosofia moderna.—Ventajas de la unidad católica aun con relacion al sistema social.—Todo respira en ella tolerancia y union.—Ningun fundamento hay para tachar

Todo el tiempo que las naciones permanezcan fieles á la monarquía espiritual templada que las rige, será para ellas un principio de fé, de progreso y de union, y el manantial de la mas alta perfeccion material y social. Pero si llegáramos á abandonarla, sus beneficios se irian con su influencia de entre nosotros, y nos amenazarian horrosas catástrofes. No nos engañemos, y aprendamos en lo pasado lecciones para lo futuro.

CAPITULO III.

DE LOS CARACTERES DEL CATOLICISMO.

De la verdad religiosa.—Diversas oposiciones que halla el hombre en si mismo para admitirla.—Consecuencias en favor de una autoridad espiritual.—Tres principales caractéres del catolicismo: perpetuidad, universalidad y unidad.—De su perpetuidad.—Confesiones de los que le combaten.—Una religion de progreso, es decir, de suision en su esencia á todas las versatilidades del espíritu humano, es imposible.—Consecuencias en favor de la fé.—Ningun culto disidente, ni todos ellos juntos pueden ponerse en paralelo con el catolicismo en cuanto á su universalidad.—El nombre de católico le es propio, y sus conquistas son favorables al progreso civilizador.—Confesiones de los que aparecen contrarios.—De la unidad en su autoridad y en su doctrina.—La inmovilidad de que se le censura es la prueba de su inmortal certidumbre.—Jamás ha hecho la Iglesia otra cosa que confirmar ó esplicar lo que siempre se habia creído.—Tentativas inútiles de la reforma, de la asamblea constituyente y de la filosofia moderna.—Ventajas de la unidad católica aun con relacion al sistema social.—Todo respira en ella tolerancia y union.—Ningun fundamento hay para tachar

al clero de intolerancia, ni á la unidad exclusiva del catolicismo.

Preguntar la importancia que tiene la verdad para el hombre, es lo mismo que poner en cuestion la inteligencia, la sociedad, la moral y la historia, toda ciencia y el destino de la humanidad. La verdad es para el alma lo que la atmósfera al cuerpo. Es el término hácia el cual gravita el entendimiento humano, así como fué su punto de partida. Uno de los caracteres distintivos de la naturaleza del hombre, es el amor á lo verdadero; porque hay en ella sublimes ideas, divinos instintos y una insaciable necesidad de verdad. Deseamos la verdad filosófica, histórica, científica y literaria: hasta en objetos que destinamos á nuestro recreo la queremos hallar, en las fábulas de los poetas y en los cuentos de los novelistas.

Mas á vista de sesenta siglos que estuvieron acordados en proclamar la importancia de la verdad religiosa, nada debe parecer al hombre mas digno que ella de ocupar la actividad de su inteligencia. Le hace falta esta verdad para andar hácia Dios como término en la patria: la necesita como camino para llegar con seguridad hasta él. Le hace falta, porque la union íntima con el infinito es el complemento de todas las facultades de su ser. Sin embargo, no se puede dudar que cierta predisposicion nuestra nos hace huir de la verdad. Parece que nuestra razon no quiere rendirse mas que á la evi-

dencia, y las mas débiles apariencias de verdad la seducen. Fácilmente admite todo lo que lisonjea á sus ciegas inclinaciones. Pero es un rarísimo valor abrazar la verdad á costa de esas inclinaciones, que muchas veces tiene uno vergüenza de confesar interiormente. La verdad católica se ofrece al hombre apoyada en motivos poderosos y del mas alto interés para convencerle y hacerse amar de él; y algunas veces el hombre la rechaza ó al menos la desdeña. Cualquiera diga que le repugna pensar en ella, ó que teme el conocerla, ó las consecuencias de su adquisicion. La fé ha llenado el mundo con sus instituciones y su gloria; y sus triunfos sobre los verdugos que no se cansaban de maltratar á los cristianos, los cuales no se cansaban de morir, son por sí mismos la demostracion de que es divina. Con todo, el entendimiento del hombre combate sus misterios, su corazon disputa sobre la moral de aquella, y su voluntad cede al menor esfuerzo para sacudir las cadenas. Ensalzando la fidelidad, vive de egoismo; hace el mal que condena, y no cesa de resistir á esta ley de verdad y de justicia, tan capaz de quebrantar el orgullo del pensamiento y de comprimir las impetuosas inclinaciones de una naturaleza corrompida que se subleva contra ella.

Los anales de la humanidad apenas son otra cosa que la relacion de los atentados de la razon contra la fé. Los muchos siglos en que el género humano estuvo espuesto á todas las aberraciones del racionalismo y de los sentidos, tienden á con-

vencernos de la necesidad urgente que tiene el hombre de una doctrina dictada á todos con autoridad. Bajo un Dios cuya naturaleza es la bondad, y bajo la mano tutelar de una Providencia cuya expresion es ternura, no se podia decir á este vasto terreno que llamamos mundo, digno sin duda de las consideraciones mas verdaderas, pero poco capaz del trabajo seguido del pensamiento: raciocina, reflexiona; tú solo debes formar tu religion y tu fé. La multitud necesita autoridad, lo mismo que la necesita el ingenio: la primera para disipar las tinieblas de la ignorancia: el último para desvanecer sus dudas. El talento no es mas que un hombre: no puede imponer á los demas creencia alguna; y se diria que cuanto mas potencia hay en una alma, tanto mas necesita de freno y guía. ¡Quién no sabe que las doctrinas religiosas inventadas fuera del círculo de la fé por ingenios muy elevados en otras materias, van cada dia á aumentar la historia lamentable de los errores humanos? Así es que el catolicismo abrió una nueva era de luz y de paz á los hombres todos, á los débiles y á los fuertes, á los grandes y á los pequeños. No abandona á ninguno á sus propios pensamientos para estudiar y resolver la cuestion religiosa, y le presenta una autoridad soberana é infalible. Sin embargo, no se le puede convencer de que haya hecho perecer la libertad de las creencias: reconoce los derechos de la razon, y por eso espone los motivos prévios para creer. Pero el que afirmase que no hay obliga-

cion de buscar y abrazar la verdad religiosa, se engañaria, porque seria lo mismo que declarar la libertad del error. El hombre tiene la facultad; pero no el derecho de errar. Así, le era necesaria la verdad religiosa, no solamente bajo la forma social, porque su origen y necesidades le impelen necesariamente al estado de sociedad, sino tambien bajo la forma de doctrina dada por una autoridad soberana. ¡Grande y magnífica institucion del catolicismo, tan en concordancia con las necesidades del hombre! Ya hemos espuesto los elementos divinos en que su constitucion descansa: el poder y la doctrina. Los testimonios irrecusables que trae consigo, van á ser el objeto de nuestras investigaciones. Tampoco pueden dejar de estar batidos en el cuño de la divinidad. Permanecia universalidad, unidad, tales son los principales caracteres del catolicismo.

El catolicismo se presenta al hombre con la mas inviolable sancion, la de todos los siglos. Rodeado de mil doctrinas contradictorias, solo él nos convida á contemplar su perpetuidad. La sociedad espiritual á que pertenece, es verdad que ha existido en diversos estados desde la cuna del mundo: el estado doméstico, nacional y univversal, que es el de la sociedad cristiana. Pero su historia es una cadena de sucesos y de hechos que nos descubren una prodigiosa serie tan antigua como la humanidad. La ley escrita preparaba todos los aumentos que la fé primitiva debia recibir en la ley de gracia:

aquella principi6 la obra divina concluida por Jesucristo. La una fu6 la figura, y la otra es la realidad. El catolicismo de hoy es la Iglesia fundada por el hombre Dios, cerca de diez y ocho siglos ha. Queriendo que la verdad religiosa que traia al mundo no pereciese jamas, instituy6 un ministerio indestructible, por cuyo conducto debia pasar aquella, de una en otra edad hasta el fin de los siglos; un ministerio que renovándose sin cesar, debia sobrevivir á todas las generaciones. Por la solemne promesa que hizo á sus Ap6stoles de su continua asistencia hasta la última edad, no reconoci6 por pastores legitimos para gobernar la Iglesia, sino á aquellos que por una sucesion no interrumpida recibiesen su dignidad y sus facultades de los Ap6stoles. Así, en vano se querria en nuestros dias disputar al catolicismo el derecho de llevar el título de Iglesia de Jesucristo. Nosotros podemos citar sin titubear el 6rden esacto de la sucesion de los Papas, empezando por Gregorio XVI, que actualmente ocupa el trono pontificio, hasta S. Pedro, que la obtuvo el primero. Podemos precisar el número de años de cada pontificado, y estender eslabon por eslabon la cadena de los obispos que se han sucedido desde el primero que fu6 instituido por el sucesor de S. Pedro en cada silla y en todo el universo. Nos bastaria oponer á los que disputasen este derecho al catolicismo, estas palabras pronunciadas en Inglaterra y copiadas no ha mucho en la *Revista de Edimburgo*, periódico

whig que se imprime en el pais de Covenant, donde ech6 muy profundas raices el presbiterianismo. "No ecsiste, ni ha ecsistido jamas en la tierra una obra de política humana tan digna de ecsaminarse y estudiarse como la Iglesia cat6lica romana. La historia de esta Iglesia une juntamente las dos grandes épocas de la civilizacion. Ninguna otra institucion aun ecsistente remonta el pensamiento á los tiempos en que salia del Panteon el humo de los sacrificios, interin que los leopardos y los tigres saltaban en el anfiteatro de Flaviano. Las dinastias reales mas orgullosas son de ayer comparadas con la sucesion de los soberanos Pontífices, que por una no interrumpida serie asciende desde el Papa que consagr6 á Napoleon en el siglo diez y nueve, hasta el Papa que consagr6 á Pipino en el octavo. Pero mucho mas allá de Pipino la augusta dinastia apost6lica va á perderse en la noche de las eras fabulosas. La república de Venecia que iba detras del pontificado en cuanto á la antigüedad de origen, era comparativamente moderna. La república de Venecia no ecsiste y el papado sí. . . . Ninguna señal indica que se acerque el término de esta soberanía. Ella vi6 el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que ecsisten hoy, y no nos atreveriamos á decir que no está destinada á presenciar su fin. . . . Cuando reflexionamos los terribles asaltos á que ha resistido, nos es difícil concebir de qué modo puede sucumbir. En verdad que ninguna otra institucion

que la que tiene esta política, hubiera resistido á tales asaltos. Nos complacemos oyendo semejantes confesiones en boca de aquellos, que por pertenecer á otro culto que el nuestro, no cesarán jamas de ser amados por nosotros como otros tantos hermanos.

El catolicismo solo tiene en su favor títulos auténticos provenientes de los mismos propietarios, porque él solo es el heredero á título universal de los Apóstoles. Como fué confiado al cuerpo entero de los pastores, su sucesion no le saca de su lugar: esta sucesion forma la continuidad del cuerpo. Cada pastor recibe á un tiempo de su predecesor y de todos sus compañeros la preciosa tradicion que juntamente con ellos transmite á sus sucesores. Es una cadena no interrumpida, cuyo primer eslabon asciende á Jesucristo, y que se estende en el curso de los siglos para reunirlos todos en la misma fé. Con este principio estrechaban los antiguos santos Padres á los hereges de su tiempo. Que nos muestren, les decian, el origen de sus iglesias, la sucesion de sus pastores; de modo que el primero de estos haya tenido por autor y predecesor á alguno de los apóstoles ó de los hombres apostólicos en cuya comunion haya perseverado hasta el fin. ¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde habeis salido? ¿Cuándo habeis venido? No cesaban de repetirles: Vosotros sois de ayer, y no venís de los Apóstoles.

La perpetuidad es el carácter del catolicismo: ningun mortal ha podido decir jamas: es obra mia, ni tampoco puede decir nadie: es obra de tal hombre;

porque nadie ha puesto en ella cosa esencial. No sabemos que nadie se haya negado á reconocer que el catolicismo se estableció con la Iglesia, y que ambas son una misma institucion. Algunos intentan persuadirse que procede como una institucion humana y política de una combinacion sucesiva de circunstancias. Sin duda podemos responder con uno de los mas distinguidos historiadores de nuestra época (1): "La Iglesia ha crecido progresivamente, y su gobierno se ha mostrado igual á los progresos de la fé; pero este mismo gobierno, parte integrante y mediacion única de la verdad que tenia que propagar, ha hecho sus progresos." Lejos de haber procedido de los hombres y de las circunstancias el triunfo, se ha necesitado un extraordinario esfuerzo de organizacion para sacar semejante ventaja de las circunstancias y de los hombres, nunca favorables y casi siempre contrarias por espacio de trescientos años. Constituida anticipadamente la Iglesia así para todos los acrecentamientos como para todos los peligros, no ha visto aparecer nada en ella por invencion, sino por virtud: nada se ha obrado en ella como modificacion, sino como consecuencia. ¿Quién puede dejar de confesar que si el catolicismo de hoy no es de institucion divina y apostólica, habria de admitirse que bajo este respecto se habia alterado gravemente la obra de los Apóstoles? En esta suposicion constarian

(1) E. Dumont.

indudablemente en los anales de los pueblos el autor, el lugar, la época, el modo de semejante innovación. Desafiamos á los mas severos críticos para que los busquen. No se ha intentado jamas ninguna variacion, aunque fuese mucho menos notable que la que se supone, sin que sea conocido su autor. Desde los primeros siglos aparecen Cerintio, Ebion, Marcion, Arrio, Pelagio. En la filosofia, la física, la química, las artes y las empresas industriales y políticas, aun despues de muchos siglos, se nombra á los autores de invenciones é instituciones nuevas. Pero ¿qué hombre es el autor soberano é infalible del catolicismo? No le hay, y él subsiste fuerte é indestructible. ¿En qué region ha nacido? Ninguna se señala.... muda está la historia.... Cualquiera nueva doctrina que se haya querido ingerir en el cristianismo, se sabe el punto donde primero se enseñó: el arrianismo en Alejandría, el nestorianismo en Constantinopla, el luteranismo en Sajonia; pero ¿dónde se ensayó primeramente la institucion humana del catolicismo? Silencio completo.... De nada serviría, despues de quince siglos, haber soñado los reinados de Constantino y de Carlo Magno y el Pontificado de Gregorio VII: solo seria una irrision amarga de la tradicion mas positiva, mas constante y universal. Esta seria ciertamente una escepcion á todos los hechos conocidos. Trátase de una grande institucion, de un cambio importantísimo ocurrido en el catolicismo apostólico del establecimiento de un

poder extraordinario; y ¡no hemos de encontrar autor ni el lugar de la ocurrencia, ni la época!

La fecha de innumerables errores se ha fijado; pero es imposible hacerlo con la de esta sublime institucion, suponiéndola obra de los hombres. No cabe en nuestro ánimo hacer á nuestros lectores la injuria de creer que desearian hallar en este lugar una refutacion formal de las contradictorias relaciones que dieron los primeros provocadores de la reforma. Mostrábanse aterrorizados, y exclamaban que la corrupcion de la Babilonia romana principió en el cuarto siglo, ó en el quinto, ó en el sexto y aun segun algunos en el undécimo. Es innegable que los griegos, despues de vivir en estrecha alianza con el catolicismo, se apartaron para proclamar su independenciam; pero el catolicismo permaneció firme é inmutable. Lo mismo que era la víspera del dia en que la Iglesia griega se apartó de él, fué el catolicismo al siguiente y lo es en el dia: en nada ha mudado. Cuando se apartó de él la Iglesia de Inglaterra, no dejó de quedar aquel, en virtud de su inmutabilidad, en posesion de todos sus derechos conforme anteriormente los gozaba; y lo mismo podemos afirmar de lo ocurrido en Alemania en el siglo XVI. No cabe demostrar de ninguna manera mudanza alguna en el catolicismo: sus títulos de legitimidad están fundados sobre los que justifican su herencia. A esto aludia Tertuliano cuando decia: "Lo que se haya admitido en la Iglesia por unánime concierto, sin señalamiento

de principio, no es error inventado, sino verdad transmitida." Ciertamente es conforme á las reglas de la crítica y del sano juicio el ver que el catolicismo, tal como hoy le confesamos, sube hasta Jesucristo su divino fundador. Es, pues, divino, y así corresponde á la necesidad de fé, necesidad tan urgente para las sociedades modernas en cuyo seno la independencia de la razon ha sembrado tantos fermentos de division y desórden. El catolicismo, retrotrayendo al entendimiento humano hasta sus pruebas fundamentales, le hace recorrer de uno en otro eslabon la cadena no interrumpida del ministerio apostólico hasta el original é incorruptible manantial de la verdad. ¿Qué mayor y mas sensible demostracion de la fé? La inestabilidad es propia del hombre: por eso sus obras están sujetas á vicisitudes incesantes. La inmutabilidad es uno de los atributos de la Divinidad, y la estabilidad el carácter de sus obras. Desde las grandes instituciones que forman época en el mundo, hasta la mas pequeña organizacion social, las que son duraderas tienen base divina. Nunca ha podido el hombre dar á sus obras existencia que no sea pasagera: delante de él todo pasa con rapidez. Sucédense las generaciones, se arruinan los mas gloriosos monumentos, unos sistemas dejan lugar á otros que los siguen y reemplazan. De tal cúmulo de grandes acontecimientos como ha presenciado nuestro siglo, aunque apenas ha principiado ya, nos quedan recuerdos. Tentados estaríamos por decir

que todo se aniquila, y que nos falta tierra en que pisar: tan esparcidas están por todas partes las ruinas que testifican á todos los siglos lo impotentes que son los esfuerzos de la inteligencia humana. El catolicismo en nada se parece á esos fugitivos meteoros, que no hacen otra cosa que atravesar los aires y desaparecer: como tiene por cuna el seno del Eterno, y es guiado por el fanal radiante con los resplandores de la luz increada, atraviesa los siglos, como el astro del dia, difundiendo la luz y la vida.

En nuestros dias ciertos entendimientos por otra parte muy elevados han pensado en no sé qué religion de progreso, que ni aun se toman el trabajo de definir, ni de comprobar su origen, ni de calcular los resultados que pueden esperarse de ella. Acaso no han considerado suficientemente que el catolicismo es la obra por excelencia divina. Para cambiarle era necesaria, no la intervencion del hombre, por poderoso que sea, sino la omnipotencia de su divino Fundador. Aquí viene perfectamente el antiguo proverbio forense: *Los convenios y leyes vigentes se modifican ó abolen del modo con que fueron establecidos.* Esperad, pues, podremos decirles con razon, las modificaciones divinas y reveladas. Y si nos preguntasen cuándo vendrán, nos apresurariamos á contestar: Poned el oido y escuchad las mil voces de los divinos orígenes que prometen la invencible perpetuidad del catolicismo en nombre del Señor y con aquella palabra que no es

transitoria. Una religion de progreso en este sentido seria una quimera. Por mas que la filosofia se esfuerce en emancipar la razon, nada puede contra un hecho grande que de un modo tan evidente nos demuestra la intervencion de la divinidad. Imposibles son el racionalismo, la duda, el cristianismo de progreso á presencia de una autoridad de institucion primitiva y divina. La indiferencia seria un crimen: se exige la fê sincera y animosa. ¡De qué gloria no es principio esta sumision!

Reducida la nacion judia á los límites de Jerusalem, no era mas que figura de la sociedad cristiana, cuyos miembros debian ser en lenguaje de los profetas tan numerosos como las arenas que cubren nuestras playas. A sus sacrificios y holocaustos debia suceder un sacrificio mas perfecto, que se ofreceria al Dios verdadero desde los lugares en que luce la brillante aurora, hasta aquellos en que sepulta sus fuegos centellantes el astro del dia. Así, la revelacion de Moisés no fué mas que una preparacion á la revelacion eminentemente universal. Esta no conoce límite alguno. No hay parage á donde no penetre, no hay clima que no alumbre, ni nacion que no le pertenezca por herencia. Todas las sectas encerradas en los límites de una organizacion particular suya y constituidas en virtud de un símbolo especial, resultante de la voluntad de los miembros que la componen, escluyen este carácter de generalidad, y todas tienen otras tantas denominaciones diversas.

En otro tiempo se conocian muchas con los nombres de marcionitas, donatistas y nestorianos, como en nuestros dias llamamos nosotros luteranos, calvinistas, anglicanos, mahometanos y otros muchos divididos en tantas fracciones de nacionalidad como cultos disidentes forman. El nombre de católico señala la sola sociedad cristiana, porque le pertenece la universalidad. A ella sola se le dijo: Predicad el Evangelio á todas las criaturas: dispersaos por toda la tierra, y enseñad á todos los pueblos. Y véase aquí cómo el catolicismo hace de todos ellos una sola familia bajo el gobierno paternal de Dios. A ella sola pertenece este carácter de potestad interior, que pueden envidiarle; pero que no pueden inventar, ni quitarle la sabiduria de los filósofos, ni la sagacidad de los políticos, ni la autoridad de los legisladores, ni el poder de los reyes. Su sacerdocio es la sal de la tierra y la luz del mundo; y su doctrina, lanzándose como el vuelo de la águila, se fija sobre todos los pueblos, describe un círculo que abraza la humanidad entera, y penetra y atraviesa los siglos y los mares hasta llegar á aquellas tribus lejanas, en que parece que no ha pensado la ciencia humana sino para señalarlas en el mapa del mundo. Bien se puede difamar y contradecir; pero es imposible ni convencerse de falso, ni impedir su engrandecimiento.

Si el paganismo tuvo sus Hércules guerreros, hoy, y siempre como ahora, tiene el catolicismo sus Hércules pacíficos; héroes cuya victoria no se cifra

en matar, sino en morir. La tierra fecundada siempre con la sangre de sus ilustres víctimas, produce cada vez mas abundante cosecha de santos. "No, la luz del catolicismo no debe perecer, decia el gran Bossuet; la antorcha de la fé no se estingue: Dios la trasporta á mas felices climas: ¡desgraciados los que la pierden de vista! Pero la luz sigue su camino, y el sol acaba su carrera." Parecia que los bárbaros iban á destruirlo todo en sus irrupciones; pero al arruinar al imperio romano, vengaban la sangre de los mártires, y se prosternaban á los piés del Crucificado. Cuando la reforma quitaba al catolicismo una porcion de la Europa, Cristóbal Colon, dirigido por uno de aquellos movimientos irresistibles que pueden llamarse inspiracion divina, descubria la América, y daba mil ochocientas leguas de costas al pueblo español donde no habia penetrado la heregia. El filosofismo del siglo XVIII en su corta carrera, sedujo momentáneamente al pueblo francés, y luego pereció; y recobrando el catolicismo su imperio, halló dispuesto el suelo de Francia para recibir la fecunda semilla de la verdad. Intentó la secta de los metodistas penetrar en una isla de la Oceanía y no pudo lograr ser escuchada. Los pobres salvages que habian recibido ya la fé católica, daban á los nuevos predicadores: "Nosotros no escuchamos mas que á los que nos envia el padre de Roma." La última revolucion que al parecer se habia llevado á efecto para aniquilar el catolicismo entre nosotros destruyen-

do el trono de nuestros antiguos reyes, tendrá por resultado el haberle propagado por el universo. El sale mas brillante que nunca del abismo en que se creia haberle sepultado. Reinará el catolicismo, dice un hábil escritor, ó habrá reinado antes del fin de los tiempos en todos los lugares habitados por el género humano. Los individuos de su comunión pueden calcularse hoy con certeza en ciento y cincuenta millones, y es fácil de demostrar que todas las sectas reunidas no ascienden á ciento y veinte. Diariamente los mas nobles caractéres, los mejores ingenios, aterrados de las estériles utopias producidas por la filosofia y de las doctrinas tan diversas y confusas que reivindican para sí la verdad religiosa sin tener ninguna de sus circunstancias, vuelven amorosos las miradas hácia esta Iglesia, que es fuerza llamar católica so pena de no ser entendidos. A veces aun á costa de los mayores sacrificios vuelven sucesivamente al gremio de esta tierra madre, que jamas dejó de amarlos, y que en cambio de su arrepentimiento los colma de beneficios y les prodiga esperanzas.

Mucho deseáramos que nuestros aventureros razonadores, sin fé en la verdad religiosa, nos dijese por fin qué entienden por lo que llaman con tanto énfasis civilizacion. ¿Será la humanidad? pero sin los principios cristianos es un foco de idolatría delirante y de horrorosos desórdenes. Civilizacion, progreso: estas grandes cosas traen en pos de sí la agitacion, el temor y una suspension terrible de lo

futuro, si á la manera de señoras de honor no componen la corte de la reina sagrada que por manos de Jesucristo en el Calvario subi6 con maravillosa magestad al trono del universo. Solo el catolicismo estiende sus favores tan lejos como su gloria. Al paso que avanza, despeja en todas partes la inteligencia humana, estimula la industria y promueve el adelantamiento de las artes. Con este motivo leemos en la *Revista de Edimburgo*, peri6dico whig, que á nadie parecerá sospechoso estas notabilísimas palabras: "Continuamente oimos repetir que el mundo se va ilustrando sin cesar, y que el progreso de las luces debe ser desventajoso al catolicismo. Nos alegráramos de poderlo creer, pero dudamos mucho por el contrario que sea una esperanza bien fundada. Vemos que hace doscientos cincuenta años que el ingenio humano ha tomado una actividad extraordinaria: que ha hecho adelantar grandemente todas las ciencias naturales: que ha producido innumerables invenciones encaminadas á mejorar las conveniencias de la vida; que la medicina, la cirugía, la química y la mecánica, han ganado mucho terreno: que el arte de gobernar, la política y la legislación se han perfeccionado aunque en menor escala. Sin embargo, vemos tambien que durante estos doscientos cincuenta años no ha hecho el protestantismo conquista alguna que valga la pena de anotarla. Mas aun juzgamos que si ha habido alguna variación, ha sido en favor de la Iglesia de Roma. ¿Cómo, pues, hemos

de esperar con fundamento que la estension de los conocimientos humanos sea necesariamente fatal á un sistema, que (para no aventurar la expresion) ha conservado su terreno, á pesar de los inmensos progresos que han hecho las ciencias desde el reinado de Isabel?"

Hemos aprendido, y ¡ojalá que nunca lo olvidemos, que el catolicismo, sin tener parte en las calamidades que afligen á los pueblos, sabe prevenirlas, así como es el único que puede repararlas. Si en otro tiempo sacó del abismo á nuestra patria toda quebrantada cuando se le resbalaron los piés en sangre, para afirmarla en nuevas bases; le hemos visto hace doce años, despues de tres dias de tormenta, orando por ella de rodillas al pié del altar herido del rayo, pero no destruido. Desde entonces cada dia adelanta con mas segura planta para obtener gloriosas conquistas. La actividad material é intelectual de las naciones civilizadas se habia hecho agresora y hostil contra el catolicismo, que impávido aguardaba la cesacion de la borrasca. Sentado en la roca de las edades frente al volcan que bramaba, y del mar cuyas olas espumosas venian á deshacerse á sus piés, dejaba llegar el momento en que las naciones, no hallando salida del laberinto de la filosofia escéptica, retrocedieran. Ha llegado este momento, y el catolicismo, descubriendo todo el genio de su espíritu antiguo, se ha puesto tambien en movimiento y camina hácia ellas. Jamás podremos contemplar como se debe

su solicitud en mezclar las solemnidades religiosas con las fiestas industriales, para santificarlas y bendecirlas, y para escitar el reconocimiento y amor de los pueblos hácia el soberano Autor de todo bien. Véase cómo se convida á sus Pontífices para consagrar con sus oraciones los nobles esfuerzos de los hombres ingeniosos que enriquecen la Francia con gigantescos establecimientos, y que nos hacen atravesar nuestra hermosa patria como por encanto. En Nancy un ilustre prelado inaugura los barcos de vapor del Mosela y del Meurtha. En Strasburgo en presencia de una multitud silenciosa, y de un ministro, que despues de haber dejado tierna memoria en el clero francés, no cesa de estimular las nuevas invenciones y de proteger los monumentos de piedad de nuestros padres, un Pontífice atrae las bendiciones del cielo sobre las máquinas locomotoras y los caminos de hierro, sobre el canal del Ill y los barcos de vapor del Rhin: celebran al mismo tiempo los triunfos del ingenio y los trofeos de la religion. En Burdeos se ha visto á una de las glorias de la Iglesia marcar con el sello de la piedad el canal de las Landas y el camino de hierro de la Tes.

En todas partes la fé religiosa sirve maravillosamente entre nosotros para santificar el progreso, y constituir sólidamente la libertad práctica de que están los pueblos tan ansiosos. Si el catolicismo penetra en la multitud, la humanidad será gloriosa y se transformará: ahí está el destino futuro

de la sociedad. Véase cómo á la voz del catolicismo han venido á militar bajo su bandera los labradores y los artesanos. En las principales ciudades de Francia subsisten establecimientos en favor de los niños pobres, que bajo la influencia de los principios religiosos, adquieren conocimientos en las diversas profesiones manuales; obra generosa y fecunda en resultados, que abraza lo presente y lo venidero de la clase indigente, y le proporciona educacion moral é intelectual. Y ¿qué diremos del ministro tan sábio é ilustrado, que con la reforma introducida en el régimen penitencial, ha hallado ingeniosamente el medio de impedir la mútua corrupcion de los detenidos con la facilidad de asistir á las instrucciones religiosas y al oficio divino? Seria un error grosero no descubrir aquí la influencia del ascendiente católico, que ha estendido sus alas protectoras sobre aquellos mismos, que rechazados por la sociedad se figuran con harta frecuencia que Dios tambien los ha abandonado. ¿Qué cosa mas misteriosa que lo que sucede ahora en las costas africanas? ¿Qué porvenir tan glorioso se ofrece al catolicismo y á la Francia! Los nombres de Muzaia y Buffarik pasarán á la posteridad como monumentos de civilizacion cristiana. Nuestros descendientes recordarán que aquellos lugares fueron testigos de un prodigio. Bajo el amparo del báculo del Pontífice santo que fué enviado á llevar á aquellos pueblos nómadas la salvacion y la paz, unas madres desoladas hallaron á sus hijos,

y unos huérfanos á sus padres. Las cadenas de la esclavitud se habian roto: parecia que los combates habian suspendido la matanza y la carnicería; y los leones del desierto habian calmado momentáneamente su furor, para dejar pasar á los que puestos ya en libertad volvian á las montañas. La civilizacion en las playas africanas depende tanto de la influencia religiosa, que generalmente se concuerda en afirmar que á proporcion de lo que esta crece y se propaga, se estiende aquella. ¡Gloria y honor al digno sucesor de los Ciprianos y Agustinos en el territorio de Africa! ¡Dios fecunde sus fatigas, y bendiga sus tareas!

Si fijamos los ojos en la Gran Bretaña, no podemos menos de advertir un movimiento muy manifiesto hácia el catolicismo. En toda la estension de los tres reinos se nota un general descontento contra el sistema de la Iglesia anglicana. Es un disgusto absoluto de los elementos que la constituyen; es el abatimiento del leñador cargado con su haz: no se queja en particular de ninguna rama de las que le componen: la carga entera es la que le fatiga y abruma. El *Teh Thablet* (1) reconoce que el *anglicanismo* no tiene unción espiritual, ni potencia eficaz, ni energía para sacar á aquel pueblo de los abismos del vicio, en que le mantienen la ignorancia. El Señor Philipps escribia no ha mucho que todo lo bueno y grande que hay en

(1) 24 Junio 1842.

aquella constitucion, existia antes de la reforma: que esta misma constitucion es obra de los reyes católicos; pero que todo lo que ha debilitado su accion y turbado su armonía, se debe al elemento que se introdujo en ella en la época del cisma de Henrique VIII, y despues de la revolucion de 1688. Multiplicando sus conquistas, el catolicismo derrama sus favores á manos llenas; y si el pauperismo devora al presente aquella tierra tan fecunda y rica, el catolicismo se muestra mas solícito para consolar todas las aflicciones, y aliviar todos los dolores. No nos admiremos, pues, de que se propague cada dia mas. Cerca de mil y quinientos individuos del clero anglicano se han alistado ya en la bandera del presbítero Newman para testificar solemnemente que el santo Concilio de Trento no erró ni en materia de fé ni en materia de moral. No pueden leerse las obras de los teólogos de Oxford, sin descubrir en las doctrinas y sentimientos afectuosos que profesan, una tendencia siempre creciente al catolicismo. La Escocia y la Irlanda se llenan de piadosos monumentos que prueban su inviolable adhesion á la Iglesia romana. Acaso no se han oido jamas protestas mas enérgicas contra los principios de los opresores de la religion y de la patria. Aceleremos con nuestros mas fervorosos votos el momento en que volviendo aquel pueblo á la fé de sus padres, goce plenamente de sus beneficios, y no cese de progresar en el orden y en el seno de la paz.

Continuando Portugal su marcha progresiva hacia la prosperidad del catolicismo, adelanta tambien en la senda de la civilizacion. Los católicos portugueses, cuyas eficaces súplicas han sido finalmente satisfechas, ven dichosamente ponerse otra vez á su cabeza á sus prelados, que llevan consigo la paz y tranquilidad de las conciencias. No dudemos que la rosa de oro, regalada á su reina por el ilustre Pontífice, que sentado en la cátedra de Pedro vela con tanta solicitud por los intereses de toda la Iglesia, sea el símbolo de una union durable y estrecha. Una detestable centralizacion política puede muy bien despojar á las iglesias de España de sus ornamentos y de sus tesoros, desterrar Pontífices ilustres, cargar de cadenas al clero y tratar de romper con la Santa Sede; pero no puede destruir el catolicismo. Lejos de haberse apartado el pueblo español de la santa doctrina de sus padres, está fuertemente apegado á la fé católica: la mayor parte de sus sacerdotes combaten con valor las batallas del Señor: y casi todos sus obispos, aunque abrumados con las mayores vejaciones, cuidan segun sus fuerzas, de la salvacion de sus rebaños. Al modo que una madre cuyos hijos son despedazados, acaba la Iglesia de levantar hasta el cielo los gritos de su ternura despreciada. La única voz que puede comunicar hasta las estremidades del mundo los gemidos de un padre, ha sonado, y todas las bocas se han abierto para impetrar las bendiciones del Altísimo en favor de la católica España. No vacilemos en creer

que tantas oraciones habrán sido acogidas en lo mas alto de los cielos. El efecto infalible de las persecuciones que ahora padece España, será purificar á aquella gran nacion católica destinada acaso á ser la antorcha del universo. Mas de una vez el fuego de la persecucion y las lágrimas del dolor han dado nuevo temple á las almas: mas de una vez tambien aquello mismo que segun los designios de la impiedad debia acabar con la fé, ha servido para hacerla invencible. La Iglesia de España se regenera combatiendo. ¿Se pueden haber olvidado los notables manifiestos publicados en todos los puntos de este reino, en otro tiempo tan católico? Mucho tiempo durará la memoria del que firmó el clero de Daroca (1). Permítasenos citarle, como que es un monumento de fé, digno de pasar á las futuras generaciones. "Atravesaremos sin temor, dicen estos valerosos atletas del santuario, el largo y escabroso sendero de las privaciones y de los ultrajes, y aguantaremos con energía cristiana los males del ostracismo, si el fatal sistema que nos persigue, nos condenase á él. Dejaremos el oro del santuario y los bienes pasajeros y terrenos á los hombres malvados, egoistas é incrédulos que nos persiguen, y para nosotros guardaremos las aficciones y las amarguras de la virtud, las delicias de nuestra fé y la consoladora esperanza de la felicidad eterna. Con la sincera expresion del cora-

(1) Del mes de Agosto de 1841.

zon en nuestros labios suscribimos esta solemne y explícita manifestacion de nuestras creencias católicas, representadas en la cátedra de San Pedro; y tenemos á honra prodigar al Pontífice supremo que tan dignamente la ocupa, Gregorio XVI, los sinceros homenajes de fidelidad, de sumision y de profunda obediencia."

En Suiza han podido tambien destruirse los conventos de Argovia, y ha sido fácil de arrojar de ellos á los seres misteriosos que desde esta vida, menos apegados á la tierra que al cielo, hacian que descendiese el rocío para fecundar sus entrañas; pero el catolicismo está muy lejos de haberse estirpado. La cuestion de los conventos en sus relaciones con el interés de la libertad de los cantones, acaba de reunir á la causa de los católicos todos aquellos que quieren permanecer fieles al pacto federal; y así los intereses de la patria se encuentran colocados bajo la salvaguardia de la opinion nacional. Persecucion sistemática de la religion y de sus ministros, exclusion del clero, aun la legal, de toda influencia en las escuelas, insultos al nuncio apostólico, y prohibicion de toda relacion con la Santa Sede: todo se puso por obra para llevar á cabo el proyecto anunciado públicamente de destruir el catolicismo en Suiza. Sin embargo, el canton de Lucerna tiene hoy un gobierno enteramente cristiano, que le conduce por los caminos de la justicia. Ha desaparecido el ódio que reinaba entre la ciudad y los habitantes del campo, y restableciéndose la

antigua union con los primitivos cantones menores. Otros dudosos vacilan, y el catolicismo presenta actualmente en Suiza un núcleo compacto, que impone á los fautores de desórdenes, y regocija aun á muchos protestantes amigos del sosiego. Estos echan en cara á los revoltosos que han resucitado con su écsageracion el catolicismo que los primeros creian ya agonizando.

El catolicismo prosigue su marcha en Prusia. En vano se representa como cosa dura el reconocer sus derechos: hay que devolverle la independencia que se le arrebató por maña ó por fuerza. Con medios mas ó menos vergonzosos se habia podido sin duda adormecer á algunos pastores del rebaño é impedir que diesen el grito de alarma; pero á la voz de la centinela que nunca duerme, todos han despertado. A la voz de Roma han palpitado todos los corazones, y cada cual ha seguido las banderas del sucesor de Pedro. Se han empleado sucesivamente la astucia, la intriga y la violencia para promover un cisma y la creacion de una Iglesia alemana. Un estadista hábil é ilustrado (1) habia acreditado sus conocimientos poco comunes en sus escritos y una imparcialidad noble en el juicio que hacia del catolicismo civilizador de la edad media. Demasiado débil para sobreponerse á los falsos principios de la filosofia del célebre Hegel, partidario ardiente de la religion racional, no ha muestra-

(1) Eichhorn, ministro de los cultos en Berlin.

do una adhesion bastante fuerte á la verdad para negar á su país la orgullosa pretension científica de que ha llegado á la cumbre de la perfeccion intelectual, que coloca á los ingenios de Europa y del mundo entero en una categoría infinitamente inferior á los filósofos prusianos. Sin duda se ha tratado de deslumbrar así á los hombres mas entendidos de Alemania, y ejercer la mas perniciosa influencia sobre el príncipe que la gobierna. Sin embargo, el catolicismo, así con la espada á la garganta como entre las cadenas, no ha cesado de progresar. El arzobispo de Colonia de quien se ha dicho: *Stat murus pro domo Dei*, ha dado tan bellos ejemplos de una firmeza inalterable, que han comunicado un nuevo impulso religioso á toda la Alemania. La conducta apostólica de este nuevo Atanasio ha llenado de admiracion á toda la cristiandad: los Países Bajos le enviaron una diputacion para rendir solemne homenaje á sus raras virtudes, y hasta el fin de los siglos se leerán para gloria del catolicismo estas palabras en la cruz que le presentaron: "A Clemente Augusto, baron de Droste de Vischering, arzobispo de Colonia, intrépido defensor de los derechos de la Iglesia en el siglo XIX, la Neerlandia católica llena de admiracion."

La Rusia, en otro tiempo católica por la conversion de Santa Oma, que introdujo allí el cristianismo hácia los años 955, ha caido, á no dudarlo, en el cisma. Los católicos que han quedado, sufren innumerables tormentos y se ven precisados á alis-

tarse en las banderas de la barbarie; pero todavía tienen sus iglesias, y permanecen como nunca adictos á la fé de sus padres. Siempre será venerado entre ellos el nombre de Pedro el Grande: vanos serán los esfuerzos para determinarlos á que abracen la religion dominante, y á que declaren que son sin saberlo ellos, miembros de la llamada iglesia ortodoxa: no puede probarse que hayan reconocido jamas su autoridad, ni responder á la solicitud que se ha hecho para que se presenten las firmas de los católicos en el acta original de sumision. La *summa lex* es la única fórmula adoptada para cerrar las discusiones de esta especie.

Ya van mas de diez y ocho siglos que el mundo ve al catolicismo trabajar sin descanso para ilustrar á los pueblos, para resucitarlos intelectualmente y darles libertad moral. ¿Quién podrá admirarlo bastante cuánto se estiende cada dia el imperio de la verdad religiosa con la palabra de los nuevos apóstoles que van á lejanas regiones á reanimar el fuego de la caridad, á costa de los sacrificios mas penosos á nuestra naturaleza? Estos pacíficos conquistadores á cuya cabeza aparece el soberano Pontífice lleno de solicitud, van á enarbolar la cruz, verdadero estandarte de la civilizacion, la cruz santa en las regiones menos amigas de la hospitalidad. Rivalizan todos en esta carrera, en que se triunfa con el sacrificio y el martirio, y todos tambien concurren poderosamente á la obra de la civilizacion del mundo. Si nos fuera dado poder graduar los

progresos que hace el catolicismo entre esos pueblos, que se sabe se arrodillan unas veces ante ídolos estúpidos, otras vagan errantes en lo escabroso de los bosques, y otras caen en el último grado de embrutecimiento; como que no los guía ni la razón humana, ni el instinto de los brutos, sin freno en sus terribles venganzas, devorando la carne de sus semejantes, ó bebiendo con placer su sangre, veríamos derramarse también con profusión los beneficios del catolicismo donde quiera que ha desplegado su bandera.

Podríamos citar en testimonio los adelantamientos que la civilización y la humanidad habían hecho entre los griegos católicos en Damasco, en el Cairo, en Jaffa, en el monte Libano desde la publicación del *hatti-cherif* de 21 de *rajad* de 1247 correspondiente al año de 1830 dado en la cancillería del Sultan. Nadie ignora el maravilloso vuelo que ha tomado el catolicismo, y con él el verdadero progreso, en los dos puntos principales del imperio otomano, Constantinopla y Smirna. Allí se mira la iglesia de los misioneros como un puerto de salvación, hácia el cual se encaminan todos cuantos quieren huir del naufragio del error. Los niños de las casas principales son instruidos desde sus primeros años tanto en las ciencias como en todas las virtudes; y unas hermanas admirables que se hallan donde hay lágrimas que enjugar, é infortunios que socorrer, se ven obligadas á multiplicar sus establecimientos para atender á las necesidades y

á las empeñadas solicitudes de las familias. Los que conozcan los pueblos orientales, sus costumbres, sus preocupaciones, sus usos y prevenciones, no podrán concebir el brillante espectáculo que ofreció pocos meses ha la caridad cristiana al mundo entero en el teatro lastimoso de la devastación ocasionada por el incendio que consumió cerca de la mitad de Smirna, á no reconocer que el catolicismo ha dado un paso importantísimo para la regeneración del Oriente. Los pormenores que se nos han transmitido sobre aquel horrible desastre, nos manifiestan un hecho providencial de grande valor para lo venidero: que el catolicismo solo está destinado á restituir al Oriente la vida social y civilizada, que perdió hace siglos. Sábese que en toda la extensión del territorio ocupado por los cristianos en Siria reina el orden: que no se ha cometido allí el mas leve acto de violencia ó de pillage, mientras que á escepcion de Beyruto y S. Juan de Acre, no hay mas que anarquía y desórdenes en los países sujetos al Sultan. Hasta los judíos y musulmanes desean que se estienda allí la dominación pacífica de los cristianos. ¡Qué alegría y qué gloria para la Iglesia ver postrarse con piedad ante la cruz del Calvario al emir Bechir-el-Kassin, descendiente del falso profeta Mahoma!

La Europa ha resonado con la ardiente apelación de los cretenses á la opinión pública del mundo civilizado, para sostener en su país los intereses del catolicismo. Nuestros descendientes leerán tam-

bien con admiracion en los anales de aquel generoso pueblo la solemne declaracion que hicieron ante Dios y los hombres: "que mártires de la fé han jurado al pié de la cruz antes morir, que someterse de nuevo al yugo de los bárbaros." ¿Quién podría referir las suaves emociones que no ha mucho se experimentaron en Roma (1), testigo de la piedad de unos interesantes neófitos que habian venido de las abrasadoras regiones de la Abisinia, para reconocer á nombre del rey de Ubia la primacia de la silla de Pedro, y reclamar por su intervencion la proteccion de la Francia? ¿Qué bellas esperanzas para la suerte futura del catolicismo! Allí, como en todos los demas puntos del Oriente, su nombre está esencialmente unido al de nuestra patria. No cesa de echar raices muy profundas en las Indias; y la civilizacion que lleva entre los gentiles, hace cada día asombrosos progresos, sobre todo desde que la ciudad, madre de una legion de intrépidos apóstoles, envió allá valerosas jóvenes (2), para procurar instituciones cristianas á las indias. Cuéntanse ya allí cerca de seiscientos mil católicos.

Y ¿cuánto tendríamos que referir de su feliz influencia en la hermosa colonia que se conoció en otro tiempo con el nombre de Isla de Francia! Parece que la Providencia se complació en proteger

(1) 17 Agosto de 1841.

(2) Señoras de Leon llamadas del corazon de Jesus y Maria.

la isla de Mauricio con su excelente clima, su magnífica posicion y prodigiosa vegetacion, solo para hacerla mas digna de nuestras simpatías y de las luces de la fé, que reflecten en aquellas regiones. Las iglesias católicas son pocas en la China; y las que hay, muy pequeñas para contener el número de unos trescientos mil fieles que se cuentan hasta el dia. Va unida al catolicismo una idea tan alta de civilizacion y de prosperidad, que es opinion generalmente difundida entre los chinos, que ninguna calamidad grave afligirá al imperio, mientras quede en pié la santa cruz colocada sobre la torre de una iglesia edificada en otro tiempo en Pekin por Hang-King, emperador amigo de los cristianos. El Tong-King oriental y la Nueva Zelanda se han abierto ante aquellos que á costa de su sangre van á anunciar la buena nueva, y las tinieblas comienzan á disiparse á los rayos de la luz evangelica. Nadie duda de la adhesion de los tesalios al nombre de Jesus el Salvador y al de la santa Iglesia cristiana ortodoxa, á la que fué prometida eterna duracion. No ha mucho que podian leerse estas palabras en su bandera desplegada. Tambien sabemos cuánto ansían en el Cabo de Buena-Esperanza nuevos recursos para levantar monumentos piadosos á la gloria del que vino para regenerar la humanidad. ¿Qué espectáculo mas grandioso que el de los Estados Unidos que acaba de recorrer el digno prelado de Lorena (1)? ¡Oh! ¡Cuán

(1) El Illmo. señor de Forbin Janson, obispo de Nancy, en Abril de 1841.

dignos son allí los cristianos por su piedad y fidelidad de todas las simpatías de un corazón francés! En las Antillas todo promete un porvenir glorioso al catolicismo. Los esclavos últimamente emancipados gozan ya de sus beneficios y los aprecian: los mismos protestantes de la colonia contribuyen con gusto por su parte para edificar iglesias. No es fácil formar esacta idea de los progresos del catolicismo en la Jamaica, á no ser por la viva satisfacción que espermentaron los testigos de la conducta admirable de los emigrados de Irlanda, y por la irritacion de la secta de los baptistas, que temen la promulgacion de la fé por las hijas de Erin.

Así, en medio de las tinieblas en que se hallan envueltos aún tantos pueblos, el cristianismo, con la divina antorcha que puede trasformarlos en hijos benditos de Jesucristo, camina á la cabeza de la civilizacion, uniendo á todas las naciones con la conversion de las hordas mas salvages á la unidad de la gran familia humana. Jamas se mostrarán mas dignos de su alto destino los grandes estados de Europa, que favoreciendo los medios propagadores del Evangelio, el cual despues de haber proscri-to usos bárbaros, les traerá en retornos lenguas desconocidas, una literatura ignorada y preciosos documentos. ¡Oh Francia, hija primogénita de la Iglesia! no ceses de llenar tu mision providencial para que triunfen los mas tiernos intereses de la humanidad.

El principio civilizador que moraliza las nacio-

nes bárbaras, está en manos del catolicismo, y es el de la fraternidad universal. Este principio las reduce no en fuerza de razonamientos y de ciencia, sino con la sola admision á la comunión de la Iglesia. La unidad le pertenece. El cristianismo es un todo perfectamente armónico: todas sus partes están ligadas, es una cadena que no se puede romper. Gobierno, dogmas, moral, todo en él es convergente hácia la unidad. Bien pueden los políticos oponerse con todos sus esfuerzos á la reunion de los poderes legislativo, administrativo y judicial en las manos de un solo gefe del estado; pero en la Iglesia el poder es esencialmente uno como la doctrina. Todos los miembros del cuerpo sacerdotal enseñan, juzgan y administran; pero cada uno segun el grado gerárquico en que se halla colocado: el soberano Pontífice por la divina supremacia, los obispos por mision divina y los sacerdotes por delagacion episcopal. La unidad forma el complemento y la perfeccion de estos diversos órdenes gerárquicos. No hay mas que un solo episcopado esparcido en todo el universo; á la cabeza tiene el papado, origen del apostolado, savia del catolicismo que representa en su unidad la de la fé. Así entendemos el ministerio, decia el gran Bossuet (1): todos reciben el mismo poder y todos del mismo origen; pero no en el mismo grado ni con la misma estension, porque Jesucristo se comu-

(1) Discurso sobre la unidad de la Iglesia.

nica en la medida que le agrada, y siempre del modo mas conveniente para establecer la unidad de su Iglesia. Por eso empieza por el primero, y en este primero forma el todo, y él mismo estiende con orden lo que puso en uno solo; y Pedro, dice S. Agustín, que en su primacía representaba toda la Iglesia, recibió el primero y el único al principio las llaves que en adelante debian ser comunicadas á todos los demas, para que aprendamos, segun la doctrina de un santo obispo de la Iglesia galicana, que la autoridad eclesiástica establecida primeramente en la persona de uno solo, no se ha repartido sino con la condicion de referirse siempre al principio de su unidad, y que todos aquellos que hayan de ejercerla, deban estar inseparablemente unidos á la misma cátedra. Esta es la cátedra romana tan celebrada por los santos Padres, donde como á porfia han ensalzado el principado de la cátedra apostólica de donde parten los rayos del gobierno.... He aquí lo que debe quedar, segun la palabra de Jesucristo y la constante tradicion de nuestros padres, en el orden comun de la Iglesia; y pues que era el consejo de Dios permitir cismas y heregías, no habia constitucion mas firme para sostenerla, ni mas fuerte para abatir estas. Por esta constitucion todo es fuerte en la Iglesia, porque todo en ella es divino y todo está unido; y como cada parte es divina, tambien el vínculo lo es, y la reunion es tal, que cada parte obra con la fuerza del todo. Por esto nuestros predecesores que tantas veces dijeron

en sus Concilios, que en sus Iglesias obraban como vicarios de Jesucristo y sucesores de los Apóstoles, á quienes envió inmediatamente, dijeron tambien en otros Concilios, como hicieron los Papas en Chalons, en Viena y otras partes, que obraban en nombre de S. Pedro, *vice Petri*, por la autoridad dada á todos los obispos en la persona de San Pedro.... Como vicario de S. Pedro, *vicarii Petri*, le dijeron aun cuando obraban por su autoridad ordinaria y subordinada, porque todo se puso primeramente en S. Pedro, y es tal la correspondencia en todo el cuerpo de la Iglesia, que lo que hace cada obispo, segun la regla y en el espíritu de la unidad católica, lo hacen con él toda la Iglesia, todo el episcopado y la cabeza de éste."

Si nos parece tan bella la naturaleza porque todos los seres se enlazan desde el infinitamente pequeño hasta el infinitamente grande; si la unidad en las obras científicas, artisticas y literarias eesalta la imaginacion y eleva el ingenio hasta el estaciarle, ¿quién dejará de esclamar con Bossuet: "¿Comprendeis ahora esa inmortal belleza de la Iglesia católica, en la que se reune todo lo bello y glorioso que han tenido todos los lugares, todos los siglos presentes, pasados y venideros? ¿Qué hermosa sois en esa union, Iglesia católica, y al mismo tiempo qué fuerte! ¿Quién no reconoceria en ella por ese augusto carácter la verdad que emana de los consejos de Dios?"

Como ninguna verdad puede proceder sino de

Dios, no es dado á la Iglesia hacer los dogmas, solo puede enseñarlos: está encargada de esplicarlos y definirlos, pero no puede tener derecho á tocarlos. Seria un grandísimo error tratar las verdades religiosas como las ciencias naturales, y creerlas sujetas á las mismas trasformaciones y á iguales vicisitudes. No deben considerarse bajo el mismo aspecto, porque las ciencias naturales son patrimonio del hombre, lo que las condeua á ser como la inteligencia humana, eternamente progresivas é incompletas: progresivas, porque cada generacion científica, procediendo de lo conocido á lo incógnito, y de los descubrimientos á los esperimentos, añade algo á la suma de observaciones recogidas por las generaciones precedentes: incompletas, porque poniendo al hombre frente á la nocion, Dios se ha reservado el supremo conocimiento, y no levanta nunca enteramente el velo que le oculta á nuestras miradas. Los pensamientos de los hombres pasan así á otros hombres para ser modificados, aumentados ó reformados; pero la doctrina católica no tiene que sufrir las debilidades humanas de la correccion y de los retoques. En tanto que todas las producciones del talento del hombre no son mas que el monumento triste de la insubsistencia y de las contradicciones de la razon humana; ecsiste sobre nuestros descubrimientos parciales la verdad una, eterna, inalterable, indepeniente de los esfuerzos que se hacen para menoscabarla, de los acerbos tiros del sarcasmo de que es objeto, de los igno-

rantes que la desconocen, y de los penosos progresos de los ingenios laboriosos en sus investigaciones. Revelándonosla Dios, ha querido que dominase en el mundo, y que el entendimiento humano la viese brillar como estrella benéfica, siempre pronta á guiarle en su camino. Esta inmovilidad que se le censura, es el carácter y la prueba de su certidumbre indestructible. No puede uno menos de admirarse ante el magestuoso conjunto y la magnífica uniformidad de las verdades que el catolicismo ha propagado, ligando todos los tiempos y todos los lugares. Nada se ha obrado en él como modificacion, sino como consecuencia: bajo este respecto se ha abstenido siempre de toda clase de novedades. “Los dogmas jamas han cambiado, ha dicho con mucha razon el autor del Ensayo sobre el panteismo. En las grandes épocas de las divinas revelaciones, se agregaron nuevas verdades á las verdades antiguas; pero lejos de destruirlas, no hicieron mas sino confirmarlas y esplanarlas. La perfecta relacion del Antiguoy del Nuevo Testamento, y la inmutabilidad del símbolo católico, son pruebas irrecusables de esta perfecta unidad.” La doctrina católica es invariable en todas sus partes é idéntica en sus dogmas y en las reglas de fé. Ingerida en todos los climas, bajo todas las formas de gobierno, entre los pueblos mas bárbaros como en las naciones mas civilizadas, no ha tenido necesidad de modificarse. Libre de las condiciones del espacio que pesan sobre todas las cosas humanas, se le ve atravesar

todos los siglos, inalterable en su esencia, sobreviviendo á todas las heregías, y nadando en su pureza sobre las olas del tempestuoso mar que sucesivamente traga todos los sistemas. Su símbolo ha atravesado diez y ocho siglos en medio de las contradicciones y de los errores, herido con la espada, amenazado de ser despedazado por los cismas, combatido por la filosofía, y conculcado por el libertinage. Y sin embargo, no hay un solo artículo de su inmutable símbolo que no haya sabido el catolicismo defender de los inquietos planes del hombre, y ninguno de los sagrados límites fijados al rededor de nuestra inteligencia, que la mano temeraria de los novadores no haya intentado vanamente remover.

Si consultamos los monumentos, se descubre una tradicion que jamas ha variado; como que la fé de hoy nada tiene que temer de la de ayer, porque es la misma fé de todos los tiempos, una sensible manifestacion de la unidad de la razon infinita. Esta unidad ha podido ser embestida á la fuerza, combatida con los artificios y denigrada con calumnias; pero esas violencias, esas astucias y esos escándalos, ni pudieron, ni podrán jamas servir sino de glorificarla. Tambien podrán aparecer nublados que la oscurezcan, mas no la eclipsarán. ¡Cuán bello es contemplar la magestuosa unidad de la doctrina católica en el seno de las fluctuaciones del entendimiento humano, de la diversidad de las opiniones que se atraviesan ó escluyen, y entre

los sistemas que se hunden y los que se levantan! La completa renovacion obrada por el Verbo eterno, proclamando la verdad, resuena aún en toda su integridad en el seno del catolicismo sin liga de doctrinas heterodoxas, tal como nos la trasmitieron los Apóstoles. Si algunos espíritus temerarios intentaron á veces apartarse de esta doctrina y contradecirla, sin duda que la Iglesia ha determinado entonces el sentido permanente de esta doctrina divina; pero no ha añadido nada de invencion humana. Jamas hace otra cosa que dar esplicaciones á lo que siempre se habia creído.

Hácia el siglo XVI se trató de romper esta unidad de fé con el especioso pretexto de la reforma. El género humano no debia ya admitir creencias dictadas por la autoridad de la Iglesia: la razon individual fué llamada á formar la fé: cada hombre pudo estender su símbolo. Desde entonces se pudo prever, antes que la misma esperiencia lo demostrase, que no se tardaria mucho en contar tantas profesiones de fé como individuos, tantas doctrinas como meses ó dias en el año: porque una vez libre la razon de toda autoridad, traspasa ó destruye todos los diques que podrian oponerse al flujo y reflujó de los pensamientos humanos y á las diferentes impresiones, cuya influencia provechosa ó nociva tiene que experimentar ella misma. Por eso el teólogo protestante Leslie reconoce que está en la naturaleza del juicio individual abortar gran variedad de opiniones contrarias, y que ese es el

móvil de todas las guerras y de todas las discordias. Separóse, pues, una rama del tronco de la creencia universal. Desde entonces cada día se han erigido nuevos dogmas entre aquellos á quienes nunca hemos cesado de amar como hermanos. Ellos rodearon nuestra cuna, y las honrosas relaciones que con algunos nos han conservado las épocas y los lugares, nos hacen estimar dignamente la fortuna de haberlos conocido. Por muchos esfuerzos que hagan para mantenerse distantes de nuestras creencias, jamas conseguirán romper los sagrados lazos que nos unen con sus personas. ¡Que no puedan leer en nuestro corazón los sentimientos que les profesamos! ¡Ojalá deduzcan del principio evidente de la unidad absoluta de la verdad, que nuestro deber comun es respetar las opiniones libres de cada uno en política; pero en materia de religion, adherirnos á la doctrina, que sola es una y verdadera.

Por no haberse penetrado íntimamente la Francia de este incontestable principio, ensayó en 1790 formar una iglesia nacional. Desgarrando la unidad de la Iglesia romana, la constitucion civil del clero no atentaba menos al poder espiritual de los Papas, que al temporal de los reyes. Deploró el mundo cristiano este suceso como una profunda llaga moral de que se veia amenazado, y que no traía por título alguno justificable. Era una estraña novedad que abria la puerta á todas las demas.

La asamblea constituyente con todo su talento,

su ardiente entusiasmo y el ascendiente de sus nuevos principios, no logró mas que crear una iglesia decrepita desde su nacimiento y repugnante por sus escándalos. Apenas vivió unos cuantos meses, y ya no le quedaba otro porvenir que ruinas. Sin subir á épocas tan distantes, ¿no tenemos á la vista terribles y asombrosos ejemplos? ¿Qué resultados felices para la religion y para los pueblos obtienen los que se esfuerzan por fundar la unidad moral y religiosa en España, en Inglaterra, en Prusia y en Rusia? Se ha trabajado para romper los vínculos que unen con la Santa Sede á todos los discípulos de la cruz, y se ha tratado de apelar de la razon divina á la razon humana. Se ha sembrado viento, y se cogen tempestades. Los horrores de la guerra, los tormentos del hambre, las proscripciones y el despotismo atraen diariamente nuevas plagas sobre esas regiones. En ellos cada clase vive aislada, llamando á la prosperidad de los otros su ruina, y á su provecho su perdicion. El espíritu de antagonismo y de disolucion se ha apoderado de las diferentes partes de aquellos estados. En lugar de armonía se oyen los gritos de la discordia, y en vez de union no se ven mas que conflictos de intereses. Ecsiste entre la aristocracia y la clase pobre una frialdad desconocida en los tiempos en que eran católicos los pueblos; y los delirios del cartismo y del socialismo se afanan para sustituir la enemistad y el ódio. ¡Desgraciadas las naciones que desconocen el fin sublime y el augusto origen

de la unidad católica! Esta es el vínculo de las generaciones pasadas con las presentes y con las venideras: con él se recobran ó reemplazan tarde ó temprano todos los demas vínculos sociales destruidos ó debilitados.

Cuando tienden á un solo y mismo fin todos los elementos de la fuerza y de la dignidad nacional, y atraen á la misma línea al pueblo y á sus gefes: cuando el clero, la nobleza y las clases industriales obran bajo la influencia de las mismas reglas, se juzgan mútuamente por los mismos principios, ven desde un mismo punto de vista sus prerogativas y respectivos derechos, y comprenden igualmente y conforme á una noción comun á todos, la importancia y la necesidad de los mútuos sacrificios: cuando todos trabajan bajo la misma ley y para el mismo fin, entonces la magestad y el poder de una nacion brillan con todo su esplendor, escribia no ha mucho un profundo é ilustrado escritor (1). Desde entonces queda afianzada la prosperidad de los pueblos con la concordia de ambas potestades, y cada una presta dentro de su esfera de actividad su apoyo con un objeto comun. Estas dos potencias obran sobre el mismo punto de la palanca, apartan toda clase de conflicto, y triunfan de todos los obstáculos.

He aquí lo que puede la unidad religiosa. Disponiéndonos á formar la sociedad invisible, de que

(1) N. Wiseman.

Dios será la cabeza y la corona en la mansion de los eternos resplandores, estrecha con su doctrina los vínculos de la sociedad visible, cuyo destino está circunscrito en el límite de los siglos. Conspira á atraer los ánimos estraviados y á conciliar los corazones desunidos, á restablecer entre los hombres y entre las naciones de la tierra la invisible unidad cuyo modelo está en los cielos. Conspira tambien á levantar la criatura inteligente á la imitacion del Criador. Como abunda Dios en misericordia y beneficios, quiere que el hombre, colmado de los favores de la fortuna, sea el consuelo y el recurso de la humanidad afligida, y que estén unidos todos los pueblos con los dulces lazos de la beneficencia y del amor. Así, porque la Francia esta íntimamente adicta á esta unidad, ha podido decir con justa razon el presidente de su academia (1) con cierto orgullo nacional: "Que en ningun pais del mundo existen tantas simpatías de fraternidad entre las diferentes clases de la sociedad, como entre nosotros. En ninguna parte vive el rico mas unido al pobre: en ninguna se acuerda tanto de que son hijos del mismo Dios, y que se dirigen hácia el mismo objeto, y que las buenas acciones no solamente son el camino del cielo, sino el origen de los mayores placeres que podemos gustar en el mundo. La Francia de todos los tiempos y de todas las épocas ha sido el pais de la beneficencia, de las simpatías en

(1) El conde Molé, sesion de 30 de Junio de 1842.

favor de la desgracia, de la igualdad delante de Dios, antes de ser el de la igualdad delante de la ley! ¡Ojalá nuestra civilizacion y nuestras luces no aumenten nada á las calidades del corazon! ¡Ojalá no formemos en nuestra nueva sociedad mas que una sola y misma familia, en que el pobre sin envidiar y el rico sin desconfianza, llenen cada cual los deberes que la Providencia les impuso, y den el ejemplo de las mismas virtudes!" ¡Qué deseos mas dignos en un cristiano y mas gloriosos para la Francia! ¡Qué deseos mas en armonía con los del gefe supremo de la Iglesia, que desde la elevada cátedra de Pedro ha hecho resonar tantas veces el universo cristiano con palabras de sumision y de paz! ¡Qué cosa mejor entendida y mas fielmente observada en todas partes del mundo católico por el episcopado! Si en Portugal, en Prusia y en España ha levantado la voz para reclamar los derechos que tiene adquiridos inviolablemente por su dominio espiritual, tambien le hemos oido protestar con la energía del respeto mas profundo y de la mas perfecta sumision, en favor de los depositarios del poder en los límites del órden temporal. Antes que faltar á la Iglesia con vituperable condescendencia ó al poder con la rebelion, ha preferido las cadenas, la deportacion, el destierro y la muerte. ¡A quién no admirará el grandioso espectáculo que está dando en Francia el episcopado, el cual, en medio de los partidos, marcha confiado y firme hácia la época de reconciliacion y de paz en que

esta hija primogénita de la Iglesia no cesa de mostrarse la reina y el modelo de las naciones cristianas? No se presenta con una bandera política en la mano: solo enarbola la cruz, y habla el nombre del Dios de caridad. Sin embargo, se le acusa de que incita á todos los excesos con la escageracion de su celo y con su intolerancia. Fácil nos seria responder victoriosamente á esta recriminacion, si en el mundo político no hubiera resonado el mas solomne homenaje tributado al episcopado francés por el señor ministro de la justicia (1): "Es verdad, dijo, que esceptuando unos pocos hechos en razon de algunas reclamaciones relativas á la libertad de enseñanza, el clero comprende y llena su mision en beneficio de la religion y del estado: que es ilustrado y virtuoso; que el gobierno y el clero tienen confianza el uno en el otro; y que esta dichosa union no es menos provechosa á la causa del órden que á la de la religion." La caridad, la tolerancia, la union y las vias de dulzura, son los únicos medios que le quedan de su antiguo esplendor para obrar el bien, como es su mision, y el episcopado lo sabe bien.

La necesidad de adherirse á la unidad, pronunciada por la Iglesia católica, parecerá acaso á muchos un motivo de recriminacion gravísimo y de intolerancia. No ha quedado sarcasmo que no se

(1) El Sr. Martin (du Nord) en la sesion de los diputados de 18 de Mayo de 1842.

haya empleado contra el catolicismo por estas palabras: *No hay salvacion fuera de la Iglesia.* No sabemos si las han comprendido los que tanto han gritado. Los que aun las combaten, ¿han profundizado formalmente su sentido? Vamos á entrar en la cuestion. El mismo Dios ha revelado la ley en que manda entrar en su Iglesia, y ha impuesto esta necesidad para la salvacion. Ninguno se salvará si **no** pertenece á la Iglesia, á lo menos con los deseos y votos de su corazon. Este deseo no necesita ser esplicito y formal, ni ser el producto de un conocimiento positivo de la verdadera Iglesia: basta que la disposicion del corazon contenga implícitamente el voto de pertenecer á la Iglesia. Este deseo supone entonces como condicion necesaria por una parte la fé sobrenatural en Dios, y por otra la imposibilidad de conocer la Iglesia. La ignorancia invencible no es por sí sola causa de condenacion. S. Pablo lo enseña, y la Iglesia lo ha definido contra Bayo. El infiel y el pagano no serán reprobados seguramente por aquello que no han podido saber. ¿Sobre qué recae, pues, la exclusion: *fuera de la Iglesia no hay salvacion?* Sobre el error voluntario y culpable por sí ó en su causa, sobre la separacion voluntaria y culpable de la unidad, y sobre la resistencia á la verdad conocida ó al menos percibida, sobre la duda voluntariamente conservada sin hacer esfuerzo alguno para salir de ella, y la negligencia en la investigacion de la verdad. Esto es lo que prescribe y condena el dog-

ma católico: *fuera de la Iglesia no hay salvacion.* Si se presenta la hipótesis de la inocencia y de la buena fé en el error con la falta de bautismo y la ignorancia de las verdades primeras y necesarias de la religion, respondemos con Santo Tomás y con todos los teólogos católicos: es necesario tener por muy cierto que para salvar al infiel, que por ejemplo, criado en los bosques ha seguido la direccion natural y verdadera de su razon, Dios le manifestará lo que necesita para formar al menos el deseo del bautismo y de entrar en la Iglesia ¿En qué, pues, es tan estraña, tan cruel y tan intolerante semejante doctrina?

Nos guardaremos bien de asegurar positivamente la reprobacion de ninguna persona, cualesquiera que hayan sido su patria, religion y conducta. Sin duda suceden misterios divinos de justicia en el umbral de la eternidad; pero tampoco podemos dudar de los misterios de misericordia y de amor. En resúmen, el error, la duda, la negligencia voluntaria y culpable excluyen de la salvacion. Así entiende la Iglesia católica el sentido del principio de unidad exclusiva. Es preciso admitir esta verdad á no negar el cristianismo, porque es verdad de fé y de razon. Mil pasages de las Santas Escrituras proclaman la obligacion de obedecer á la Iglesia, para ser miembros del cuerpo de Jesucristo y para evitar la separacion y el anatema. Como el miembro separado del cuerpo no tiene vida, fuera de la Iglesia no hay salvacion. El que no escucha á la

Iglesia, es lo mismo que los paganos. En este punto está unánime toda la tradición. ¿Qué es, pues, lo que parece extraño al entendimiento del hombre? En las ciencias, en política y en filosofía la verdad es una: se sostiene lo verdadero y se excluye lo falso. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en religión? ¿No había de haber ninguna verdad absoluta? ¿El sí y el no serían igualmente verdaderos y falsos, ó cuando menos indiferentes? Este era sin duda el desenlace del sistema de Rousseau, que en todas las religiones no descubría mas que un ceremonial arbitrario. La disciplina y las ceremonias son accesorias á una religión: el fondo le constituyen los misterios y las verdades de la fé. Discurriendo con arreglo á estos principios, ó todas las religiones son verdaderas, ó todas falsas: ó la una es verdadera, y todas las demas son falsas. ¿Todas las religiones verdaderas? Imposible, porque sería á un tiempo la luz y las tinieblas, la afirmación y la negación. Si todas las religiones son verdaderas, ¿qué habría que decir sino que el sí y el no se confunden entre sí: que no hay verdad ni error en materia de religión, y que el escepticismo debería ser la religión de todo hombre sábio que no quiere estraviarse en la región de las abstracciones y de quimeras? ¿Todas las religiones falsas? También es imposible: esto sería el ateísmo, porque no podría nadie estar obligado á creer lo falso. Una religión verdadera y las otras falsas, en hora buena: es el resultado necesario de la naturaleza de Dios,

de la naturaleza del hombre y de toda razón. Pero entonces la única religión verdadera consiste en conocer y conservar; y esta es la unidad exclusiva y la completa inadmisibilidad de la indiferencia y de la igualdad de las religiones.

Jesucristo apareció en el mundo para atraer á la unidad todas las generaciones, para reunir los hijos dispersos del criador de todo; y para conseguir esta admirable unidad instituyó la Iglesia. Obligado el hombre á tributar un culto social á Dios, autor de la sociedad, es separado del individualismo, y se restituye el título de hermano á la humanidad. El dogma de la unidad exclusiva aparta al hombre del error voluntario y culpable, de la duda, de la mala fé y de la ignorancia consentida: es verdad que esto es lo mismo que someter la libertad y la razón al yugo de la autoridad; pero es para salvarlas de un diluvio de errores, para fijarlas bien, y evitarles incomodidades y angustias: es por fin proteger la pobre humanidad contra el furor y la desesperación. Solamente los vínculos prácticos de la Iglesia pueden obtener tales resultados, uniendo al hombre con Dios y con sus semejantes. Dejád el cuidado de redactar un código de derecho de gentes á las escuelas de filosofía, á las religiones particulares, libres é independientes: el espíritu de sistema y de secta introducirán la confusión y fomentarán las antipatías: en lugar de unir dividirán. La unidad exclusiva del catolicismo junta á la universalidad de su acción, establece en el mundo

civilizado nociones comunes de justicia y de costumbres, y un lenguaje comun. Todos sin escepcion han dicho: el catolicismo es un camino seguro de salvarse. Pascal decia: Fuera de la Iglesia católica todo cuanto se puede lograr es llegar á la duda. Luego la conciencia y la razon proclaman la unidad obligatoria de la Iglesia. Esto no es intolerancia, sino el carácter esencial é inseparable de la verdad, que escige por su naturaleza que se abrace rechazando lo falso. ¿Cómo se podrá tachar de intolerancia al catolicismo que produjo á los Franciscos de Sales, Franciscos Javier, Vicentes de Paul y Fenelon, los cuales, poseidos de ardiente amor á sus hermanos, derramaron tantos beneficios en el seno de la humanidad? Conociendo el espíritu de la verdadera Iglesia, persuadieron á los reyes y á los pueblos la tolerancia y el amor á la union y á la paz. Nosotros tambien con el sentimiento íntimo y dulce que cria la posesion de la verdad, eselutimos y condenamos todo lo que no sea fé; mas nuestro amor á nuestros hermanos separados de nuestras creencias, no deja por eso de sacar de nuestras convicciones su afecto mas compasivo y humano. La unidad católica es un concierto de alabanzas: es el homenaje que tributan al Señor todos los seres que crió: es una sociedad única obligada por creencia y por amor: una, porque Dios es uno; obligada, porque la verdad obliga. De ella deriva la mas sorprendente armonía en el mundo intelectual y social. ¡Oh cuán digna es de

hacer las delicias de nuestros entendimientos y de nuestros corazones! ¡Ojalá estemos siempre é inviolablemente adheridos á ella, la amemos y la queramos! Guardémonos, pues, entre las tinieblas jque pudieran acumularse al rededor nuestro, de darnos deslumbrar por alguno de esos meteoros fallaces de la noche tempestuosa que viniere á estender sus velos: antes bien tranquilos y confiados, tengamos constantemente fijas nuestras miradas en el astro brillante que debe preservarnos del naufragio.

CAPITULO IV.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO EN LOS SEIS PRIMEROS SIGLOS.

Es uno, y sin embargo tolerante: invariable, pero favorable al progreso.

Las impugnaciones al catolicismo han provenido casi siempre de sistemas históricos erróneos.— Método en la esposición de los hechos.— En qué sentido es inmutable y móvil el catolicismo.— Su fundacion.— Movimiento de dilatacion en este periodo.— Dirígese al individuo y reforma al hombre intelectual y moral.— Descripción de lo que era entonces la antigua sociedad.— Tres siglos de persecucion.— Consideraciones sobre la divinidad del catolicismo, su unidad y su tolerancia.— De su doctrina sobre la sumision debida al poder.— Constantino da la paz á la Iglesia.— Siempre invariable el cristianismo, se muestra favorable al progreso.— Heregias, Concilios.— Respuestas á las diversas acusaciones que se han hecho á la fé católica de haber variado en los primeros siglos.— Discusion de los hechos.— Esposición de su doctrina.— Hombres de talento dedicados á defender la Iglesia.— De la civilizacion que disunde en medio de la irrupcion de los bárbaros.— Conversion de Clodoveo.— Gregorio el Grande.— Conversion de la Inglaterra.

A medida que el catolicismo ha recorrido su carrera de civilizacion por entre las edades, no ha cesado de hallar obstáculos en su tránsito; pero siempre los ha vencido. Trofeos adornaron su cuna, y sus combates han sido despues otros tantos triunfos. Participando de los atributos del Ser Divino, cuya obra es, no ha cesado jamas de oponer su poder á la fuerza para vencerla, su activa inteligencia al error para confundirle, y al ódio y al vicio su amor para arrancarles el disfraz y destruirlos. Desde su origen hasta nuestros dias es este un milagro que basta para imprimir en su frente el sello visible del Eterno. Con todo, las preocupaciones y las pasiones, ó con mas frecuencia acaso la razon emancipada de la única autoridad que puede preservarla de sus propios excesos, han atenuado la verdad de los hechos, cuya causa y consecuencias han llegado á ser objeto de falsos juicios. De aquí tanta variedad en los puntos de vista bajo los cuales se han querido considerar, y tantas diferentes opiniones como de ellos se han formado. Esto explica cómo las impugnaciones dirigidas contra el catolicismo han procedido siempre de los sistemas históricos erróneos, donde sus enemigos han buscado sin cesar armas para combatirle. Esto es lo que siembra todavía el orden intelectual y social de dudas para el entendimiento, y de amarguras para el corazon. Esto es lo que ofrece peligrosas lecciones á la avidez de la inesperienza, divisas extravagantes á la imitacion de la medianía y para-

ellos que tranquilizan la mala fé de los vicios. Allí es donde la juventud, espuesta á las mas pérfidias insinuaciones, se agita al rededor de nosotros, toma por nuevas revelaciones de la verdad las mas lastimosas aberraciones del entendimiento, y aprende á encerrarse obstinadamente en el solitario círculo de pasiones incomprensibles, de ambiciosos deseos y de sueños sin resultado.

Mientras que se ensalza al catolicismo con cierto tono sentimental y romántico que seduce á los que se paran en las apariencias, se le despoja del sello que justifica la legalidad. Se ha intentado explicar su historia con las solas causas humanas y naturales, sin intervencion alguna del principio divino, como la fé cristiana le entiende. Este es un error fundamental y la fuente primera de tantas filosofías de la historia, cuyo peligro se oculta entre la infinidad de opiniones y de sistemas. Acusan de intolerante al catolicismo, porque es *uno* en su fé; y de contrario á todo progreso, porque es invariable en sus dogmas y moral. Fácil nos será justificarle de esta grandísima injusticia que se le achaca. Otros, lo han hecho antes tan gloriosamente, que parecería de nuestra parte temeridad, si intentáramos igualarlos: bástanos proponérmolos por modelos. Sin embargo, no seguiremos la misma marcha que han trazado estos hábiles escritores tan dignos de ser nuestros maestros. Unos adoptaron el método analítico, cuya inmensa ventaja es satisfacer al hombre que solo busca hechos. Otros

preferieron el método sintético, que presentando el tejido de todos los hilos de la historia, ofrece el interés completo de una relacion seguida. El método que vamos á seguir, participa de los dos. El orden de los tiempos nos traerá los hechos mas notables de la historia que arrojan verdadera luz sobre la cuestion que nos ocupa. Segun el alcance de nuestra corta inteligencia, los presentaremos en su forma sintética con todo el movimiento y vida de que son capaces; y sometiéndolos despues al crisol de la análisis, nos esforzaremos para ilustrarlos con toda la luz que pueda reflectir un juicio prudente, para deducir de ellos las consecuencias relativas á nuestro objeto.

Si guiendo así el catolicismo en sus reveses y triunfos, en sus pruebas y victorias, en sus combates y vencimientos, trataremos de la discusion de los hechos, para rectificarlos contra aquellos que han podido desfigurarlos: justifiaremos la accion providencial sobre la Iglesia contra los que han querido negársela, y aparecerá la historia perfectamente acorde con la esposicion que hemos dado del catolicismo, en presencia de las necesidades de la sociedad. Se nos presentará en el mundo moral como el astro del dia en el natural, derramando una benéfica claridad sobre el dogma, la moral y todos los ramos de los conocimientos humanos, siempre idéntico por su admirable unidad y su perfecta armonía; y sin embargo, siempre moviéndose por los diversos elementos que las ecsigencias

de los tiempos han hecho predominar, inmutable y móvil. Inmutable en sus dogmas, en su moral y en su gerárquica constitucion, que estendiéndose han llegado á ser mas esplicitas, sin adquirir nada de nuevo: móvil en sus instituciones secundarias ó de pura disciplina, que acomoda á los movimientos de la sociedad en que toma parte por su estrecha union con la humanidad. De suerte, que para él las épocas de ascension ó decadencia no pueden causarle mejora ó deterioro intrínseco, sino únicamente alterar los límites en las relaciones mas ó menos íntimas de identidad entre los pueblos y las mismas instituciones. Así el movimiento social, ligado al catolicismo por los elementos comunes á ambos, nos les presentan en un estado progresivo aunque queda inmutable. Lejos de ser una simple apariencia del progreso humano, es su vehículo; es causa y no efecto.

El periodo de los seis primeros siglos de la era cristiana, es un gran movimiento de dilatacion, por el que la Iglesia, como conquistadora, toma posesion de los pueblos conocidos: este movimiento fué grande y generoso. Su objeto fué el establecimiento estenso de la fé y de las grandes instituciones del cristianismo; y sus resultados trajeron el adelantamiento de la inteligencia y de la voluntad humana. Este juicio, que el catolicismo mejoró al hombre individual en los primeros siglos de su existencia para llegar despues á la sociedad, entra perfectamente en el pensamiento del historiador de la civi-

lizacion europea, que dice (1): “El cristianismo en los primeros siglos de su existencia no se dirigió en manera alguna al estado social: cambió al hombre interior sus creencias y sus sentimientos, y regeneró al hombre moral y al intelectual.” Tal es tambien el punto de vista bajo que han considerado nuestros historiadores católicos aquellos primeros siglos: dice otro escritor tan sábio como modesto (2): “Hubo en el recinto de la fé y de la vida cristiana un poderoso progreso intelectual y moral. Los hábitos individuales se formaron enteramente y se afirmaron bajo el punto de vista del entendimiento y del corazon: penetró el pensamiento evangélico en todas las circunstancias y accidentes de la vida: en fin, el hombre se encontró cristiano en el mas lato sentido. Los afanes apostólicos, la invencible constancia de los mártires y el sublime ingenio de los santos Padres, nos dan la muestra de la alta inteligencia y del heróico valor de voluntad que distingue su carácter.” Sin embargo, esta regular progresion de todo durante seis siglos por un movimiento expansivo hácia las magestuosas proporciones que convienen á la sociedad católica, reveló al mundo que el cristianismo es *uno, y sin embargo tolerante; invariable, y con todo favorable al progreso.*

El mundo que venia á conquistar el cristianismo

(1) Guizot, *Historia general de la civilizacion en Europa.*

(2) El presbítero Blanc, catedrático de historia en el colegio de Esianislao.

era un gran cuerpo que parecia abandonado por el espíritu. La razon se estinguia en las tinieblas de la supersticion y de la duda: la conciencia espiraba en los placeres, y el órden moral desaparecia. Todo el género humano estaba sumido en el mundo esterior; y una precoz corrupcion, lejos de dar madurez á los entendimientos, impedia su progreso con una disipacion del pensamiento siempre mas sensual. De aquí esa codicia de riquezas y de lujo, ese furor de deleites y de mando, la opresion de los débiles, la tiranía odiosa de los fuertes, el envilecimiento del otro secso, el oprobio de la pobreza y la dura esclavitud de los vencidos, tantas ciudades destruidas y tantas naciones reducidas á la mas deplorable servidumbre. Es verdad que en la Grecia brillaban con vivo resplandor un gusto puro en las artes y un ingenio sutil; pero ¿quién se atreveria á referir las ceremonias de los dioses inmortales usadas entre ellos y sus impuros misterios? Cualesquiera que sean hoy nuestros progresos en las artes y las ciencias, los adelantamientos de la industria y la actividad de nuestras comunicaciones y nuestras obras, puede dudarse que saliesen perdidosos los romanos en la comparacion de los resultados aparentes, y que ninguna otra nacion, presente jamas un aspecto mas seductor de prosperidad y de poder. Pero ¿qué fué en resumen la civilizacion romana en su mas floreciente época? La mayor opresion de la multitud y la corrupcion general mas espantosa. La gravedad romana consagraba en

honor de sus dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores. Los filósofos, que al fin habian reconocido que habia un Dios diferente de los que adoraba el vulgo, no se atrevian á confesarlo; y aquellos por conceptuados por mas sábios, guardando el secreto, la iniciacion, solo se distinguian del vulgo en el mas frecuente hábito de los placeres. Véíaseles, ó condenados ó lisonjeando la opulencia, dedicarse á sus propias satisfacciones; y en las mas opuestas especulaciones, hasta en la indigencia cínica y el estoico fatalismo, reducir siempre á sistema la reputacion y el deleite. Avasallados los pueblos habian caido en el último grado de embrutecimiento: los mismos judíos no estaban esentos de este impulso comun. Se habia declarado entre ellos la ambicion: habíanse hecho árbitros de la doctrina y de la religion, que convertian insensiblemente en supersticiosas prácticas, útiles á su interés y á la dominacion que querian establecer sobre sus conciencias. Poseidos de un vano orgullo se atribuian á sí mismos el don de Dios. Como casta elegida y siempre bendita por espacio de dos mil años, se creia santa por naturaleza y no por gracia.

¿Qué de obstáculos para la fundacion del cristianismo! Era necesario confundir la prudencia del siglo, burlar la ciencia de los filósofos, convencer de su error á los mas hábiles, de su locura á los cuerdos, de su ignorancia á los sábios y á los pueblos de su supersticion: oponer á las brillantes fies-

tas del paganismo, á las imágenes agradables de una encantadora mitología y á todas las seducciones de las artes, una moral severa, ceremonias graves y los símbolos de un desprendimiento absoluto. No podía triunfar la fé sin combatir: las pasiones humanas estaban demasiado apegadas á la vida sensual para que aceptasen doctrina tan espiritual, pero tan severa, sin disputar la victoria: resistiéronse fuertemente reuniendo todos sus esfuerzos. A la voz de Pedro se convirtieron ocho mil judíos y lloraron su error: laváronse con la sangre que habían vertido, y ya todas las pasiones y todos los intereses se arrojaron furiosos sobre el cristianismo que se presentaba á conquistar los corazones. Pedro es amarrado con cadenas, y Estévan muere apedreado; y he aquí el mas bello espectáculo de unidad en la doctrina y de tolerancia hácia los hombres, que jamas se dió al mundo. Ni las amenazas ni los tormentos retraen á los Apóstoles de anunciar el Evangelio á las naciones con toda su austeridad; pero no oponen mas que una caridad invencible, y una dulzura inalterable á los malos tratamientos que sufren. Aumenta la persecucion, y crece la fé. Conviértese S. Pablo, se funda la Iglesia de Jerusalén, y entre tanto los hijos de la fé aprenden cada día mas á no desear otra cosa que el cielo. Admiramos aquí la tolerancia de la Iglesia: esta buena madre, primero establecida entre los judíos, estiende sus brazos hácia los gentiles, lejos de rechazarlos, para formar de unos y otros un mismo

árbol, un mismo cuerpo, un solo pueblo, al que hace participante de sus gracias y de sus promesas. Pero ¿quién podrá desconocer su adhesión inviolable á la unidad? Precisados los Apóstoles á obedecer la orden de su divino Maestro que le habia dicho: "Enseñad á todas las naciones," tratan de esparcirse por todo el universo para iluminarle con la antorcha de la fé. Antes de salir del recinto de Jerusalén, recopilarán en un cuerpo de doctrina los preceptos divinos que han recibido. Celebran un Concilio, en que Pedro habla el primero, como lo hace en todas partes. Tómanse algunas determinaciones para escimir de las ceremonias legales á los gentiles convertidos, y se reúne en forma de símbolo la doctrina que han aprendido en la escuela de Jesucristo. He aquí estas veinticinco líneas, destinadas á la instruccion de los pueblos y de los reyes, que sin alteracion atravesarán todas las edades; ante ellas se arrodillarán los mismos esterminadores, vencidos al cabo de tres siglos de tormentos y matanza; amansada la ferocidad de los bárbaros respetará la moral que de ellas dimana. Despues de una lucha constante y prolongada, se verá la filosofía obligada á entregarle sus armas. Pero ¿qué tempestad debia levantarse contra la naciente Iglesia! ¿Cuán poderoso es el interés, especialmente si puede cubrirse con el manto de religion! No fué necesario mas para que el senado se decidiese á pronunciar contra el cristianismo los decretos mas amenazadores á fin de proscribirle, para que los

emperadores desenvainaran la espada con que habian de herirle, y para que el vulgo insensato se enfureciera con el recuerdo de la grande Diana de Efeso, é intentase destruirle. Amenazado simultáneamente el antiguo mundo pagano en sus vicios y en sus errores, se subleva y se traba la pelea.

Jamas han visto los hombres un combate mas asombroso: por un lado, la fuerza material y la mas grande que ha dominado la tierra en tiempo alguno; por otro, nada mas que el poder de la palabra: de una parte el furor, por otra la paciencia: los verdugos que descargan golpes sin cesar, y los cristianos que mueren sin quejarse. Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, Maximino, Decio, Valeriano, Diocleciano y Galerio levantan cadalsos y encienden hogueras en todas partes: y los cristianos parece que sobreviven á los suplicios y renacen de sus propias cenizas. En virtud de las órdenes de estos suspicaces tiranos, ó son desterrados de muchas provincias, ó mas amenudo sacrificados en medio de los tormentos inventados con ingeniosa barbarie. Por espacio de tres siglos se ostentan contra ellos un furor y un fanatismo sin ejemplo: por un edicto se suprime hasta su nombre, y se buscan los libros sagrados para abolir su memoria. Rebosan las cárceles de víctimas, y los caminos están sembrados de cadáveres: en cada provincia se usa un género de suplicio: en Mesopotamia el fuego lento: en el Ponto la rueda, en Arabia el hacha, y el plomo derretido en Capadocia,

Látigos, garfios, agudos pedernales, planchas y asadores ardiendo, infusion de vinagre y sal en las llagas, humaredas sofocantes y hoyos para enterrar hasta la cintura, víctimas espuestas á los rayos abrasadores del sol y á la picadura de insectos venenosos: se agotan todas las invenciones de la inhumanidad mas refinada. Empléanse otros mil artificios, mas bien sugeridos por el infierno que discurridos por los hombres, para atormentar en su pudor á personas en quienes el terror no hace mella; pero triunfa la *unidad católica*: ni un solo cristiano prefiere la apostasia á la muerte.

Antes se causaban los verdugos que las víctimas: los toca una virtud celestial emanada de la cruz, las hachas se les caen de las manos, y se postran ante aquel signo adorable que les promete en recompensa de su arrepentimiento la inmortalidad, y les prodiga esperanzas. Mucho tiempo hacia que la Providencia dejaba engrandecer el poder colosal cuya ruina debia realzar el brillante triunfo del cristianismo: el imperio romano habia llegado por una progresion siempre creciente de triunfos y conquistas, á estender su dominacion, qual nunca lo consiguiera ningun otro pueblo. Las artes, las ciencias y las letras habian concentrado allí todas las luces. En este momento, único en los fastos de la historia, en que todo el género humano, reunido casi bajo un mismo pendon despide su mayor brillo, despliega el hombre Dios crucificado su bandera. Opone Roma una larga resistencia; pero el cristia-

nismo triunfa. Desde entonces se cumplen los designios de Dios: quíebrase el coloso: la gloria profana de la antigua capital del mundo pagano está prócsima á desvanecerse. Pronto veremos á los padres conscriptos, aquellas brillantes lumbreras del mundo, enagenarse de júbilo al condenar á Júpiter reconocido antes por dios del imperio, saltar de contento al vestir el manto de piedad, mas brillante á sus ojos que la toga romana, y humillar ante Jesus las faces y el hacha de Ausonia.

“En aquellos tiempos, dice el inmortal Bossuet (1), la Iglesia, aunque naciente, llenaba toda la tierra; y no solo el Oriente, donde habia comenzado, es decir la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia menor y la Grecia, sino tambien el Occidente; además de la Italia las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, el Africa, la Germania, la Gran Bretaña, en los parages impenetrables á los ejércitos romanos; y aun fuera del imperio la Persia, las Indias, los pueblos mas bárbaros, los sármatas, los dacios, los escitas, los moros, los gétulos y hasta las islas mas desconocidas.” En Trevilla de Tarso, capital de la Cilicia, irritado el pueblo contra su cruel gobernador, exclamó: “¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Cuán grande es el Dios de los mártires!” La Iglesia se estendia por todas partes, principalmente por las Galias. S. Pablo aplica á los Apóstoles este pasage del Salmis

(1) Discurso sobre la Historia universal.

ta: se dejó oír su voz en toda la tierra, y su palabra llegó hasta la estremidad del mundo. Bajo la direccion de sus discípulos no quedó apenas pais tan distante donde no penetrase el Evangelio. Cien años despues de Jesucristo, S. Justino contaba ya entre los fieles á muchas naciones antes salvages y hasta pueblos nómadas. Notemos tambien la admirable *unidad* de la Iglesia: lo que se creia en las Galias, en España, en la Germania, se creia tambien en Egipto y en el Oriente: y como no habia mas que un sol para todo el universo, se veia en toda la Iglesia la misma luz de verdad desde una estremidad del mundo á la otra.

¿Quién dejará de admirar aquí la intervencion de un poder todo divino? Vanos han sido los esfuerzos para abortar innumerables sistemas con que negarla. Atribúyase á lo que quiere llamarse ignorancia de los pueblos engañados por la perversidad de algunos impostores, á la consecuencia necesaria de un progreso social imaginario, á accidentes de lugar y de clima, á cálculos políticos ó afinidades de castas; ó bien en lugar de sostener esclusivamente tal ó cual teoría, reúnanse todas y atribúyase este progreso maravilloso á una serie de circunstancias favorables, al estado de cansancio en que se hallaban los pueblos de su culto, á la diseminacion de los judíos y á la proteccion de Roma, á la universalidad de la lengua griega, y aun si se quiere al entusiasmo bebido en el manantial mas puro de los misioneros salidos del pueblo. La recta razon ha condenado todos estos sis-

temas, y todos han tenido precision de rendir homenaje á la intervencion directa y constante de Dios en la memorable obra de la regeneracion social, que hoy convierte todas las objeciones de los filósofos en otras tantas pruebas de conviccion; porque en el instante que estas dificultades, que entonces tenian mas fuerza que al presente, se han eclipsado á vista de los hechos, como los astros de la noche delante de una brillante aurora; quedan desde luego destruidas. Cuantos mas obstáculos y mas insuperables ha debido encontrar el cristianismo, mas debemos reconocer la accion de la divinidad en el cambio universal que se efectuó. ¿Y qué prueba mas evidente se podria aducir que el modo con que se verificó?

Entre los principales reglamentos que se propusieron á Augusto, uno de los primordiales fué evitar novedades en la religion; porque nunca dejaban de causar peligrosas conmociones en los estados. "La máxima era verdadera, dice Bossuet, porque no hay cosa que mas agite los ánimos, y los impulse á extraordinarios escesos. Y sin embargo, la fé en los misterios mas incomprensibles, y la moral que doblega con tanta violencia la corrompida naturaleza en sentido contrario á sus imperiosas inclinaciones, se propagaron por toda la tierra sin escitar turbulencias. Esta es una de las maravillas que demuestra que Dios puso sus manos en esta obra. Que contemplen el catolicismo desde su cuna los que le acusan de intolerancia. Jamas se les presentará sin los símbolos de la union y de la caridad, como

un vínculo que todo lo une y enlaza, para establecer y propagar en el mundo ese amor de fraternidad que hace del universo un especioso templo, cuya bóveda es la azulada de los cielos, y de todo el género humano una gran familia, cuyo único padre es Dios.

¿Quién no se sorprenderá al ver que por espacio de trescientos años en que la Iglesia tuvo que sufrir todas las crueldades que la rabia de los perseguidores pudo inventar; entre tantas sediciones y guerras civiles; entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, no se haya jamas hallado ningun cristiano? Tertuliano (1) desafiaba á los mayores enemigos del cristianismo á que nombrasen uno solo. Es verdad que en el reinado de Neron fueron acusados estos hijos de la fé de haber intentado incendiar á Roma; pero la verdad se traslució por entre las tinieblas de la mas odiosa calumnia, y por haber sido quemados como teas incendiarias los supuestos autores de aquel atentado, no han sido reputados culpables de él. Unos hombres tan determinados á morir, y cuyo heroismo por la fé arrostraba todos los peligros, llenaban el imperio y los ejércitos; y en medio de sus largos y penosos sufrimientos, jamas promovieron la menor sedicion, y se abstenerian, asegura Bossuet, hasta de murmurar. El dedo de Dios estaba en esta obra, y ninguna otra mano que ia suya hubiera podido contener á unos hombres

(1) Apolog. 35 y 36.

exasperados con tantas injusticias. La doctrina cristiana inspiraba tal veneración á la potestad pública, y la impresión que hizo en todos los ánimos esta expresión del Hijo de Dios: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, fué tan profunda, que jamás dejaron los cristianos de respetar la imagen de Dios en los príncipes perseguidores de la verdad. Según Tertuliano, se juntaban en las ocasiones en que sucedía á la tempestad la calma, para orar en favor de sus emperadores y sus verdugos. Este carácter de sumisión resplandece tanto en todas sus apologías, que aun hoy deben inspirar á los que las conocen, la obligación de mantener el orden público.

Se había propuesto á la humana inteligencia un gran problema político para que le resolviese, y la inteligencia humana no había podido hallar su solución. Consistía en ofrecer á los pueblos una seguridad contra la tiranía, al mismo tiempo que se le prohíbe la resistencia activa á la opresión. Solo el cristianismo le ha resuelto, mostrando á las naciones en su príncipe un soberano y un padre encargado de proporcionar á todos la paz y la tranquilidad contra los atentados de la violencia y de la injusticia, y en la corona que se halla rodeada del fausto, una honrosa servidumbre para con los pueblos, supuesto que el príncipe les es deudor de una solicitud no interrumpida y hasta de su vida para protegerlos y defenderlos. El les impone como ley la sumisión, y les prohíbe la resistencia apoyada

con las armas. Estas son las severas máximas del Evangelio sobre la magestad inviolable de los soberanos. Esta doctrina sobre la fidelidad debida á los poderes constituidos, es una verdad; nosotros así lo creemos; y por eso nos compadecemos de la desgracia de nuestros hermanos que se apartan de ella, aunque por otra parte comprendemos que hay situaciones difíciles y delicadas que atenúan las faltas y disminuyen la culpabilidad.

La caridad es la palabra mas hermosa, así como la fórmula mas general de la moral cristiana. Solo un Dios era capaz de establecer su reinado, y de explicarnos todos sus deberes. Asociando á la beneficencia todos los sentimientos de una igualdad verdadera y legítima, es como el cristianismo ha llegado á regenerar el mundo; y será siempre la fianza mas segura y la única indestructible del orden y la libertad. Tal es el brillante espectáculo que sin cesar ha dado al universo admirado. Interin los idólatras y judíos eran víctimas de los odios y divisiones intestinas, todos los hijos de la fé no tenían mas que el mismo espíritu y el mismo corazón. Distinguiáanse los cristianos por su caridad desprendida de intereses terrenos; y los enemigos del Evangelio, sorprendidos de este generoso desinterés, les tributaban con admiración este testimonio á manera de elogio: ¡mirad cómo se aman! El mismo Juliano apóstata estaba tan admirado de la fraternidad evangélica, que no cesaba de escitar á los paganos á que se uniesen de este modo en todo el

ámbito de la tierra: hubiera querido que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los hijos de la cruz. ¿No responden completamente estos hechos sin réplica á las acusaciones de intolerancia que se han entablado contra el espíritu del cristianismo? Hoy, lo mismo que siempre, es uno, y sin embargo tolerante.

Después de tres siglos de persecuciones, Constantino terminó esta lucha sangrienta con un edicto memorable, y dió la paz á la Iglesia, colmándola de honores. Se le habia aparecido en el cielo el signo de la salvacion con una inscripcion que le prometia la victoria, y al siguiente dia ganó aquella célebre batalla que libertó á Roma de un tirano, y de un perseguidor al cristianismo. Este triunfo fué para aquel príncipe lo que el de Farsalia habia sido para el primero de los Césares: un título para la universal dominacion. No atribuyó esta victoria ni á su táctica militar, ni al valor de los soldados, sino esclusivamente á la proteccion del Dios de los cristianos, cuya adorable enseña se la habia presagiado. Este testimonio está inscrito por su misma mano en los fastos de la historia. No podemos creer que la ambicion, por mas que se haya dicho, tuviese ninguna parte en su conversion. Adoptó el cristianismo por el conocimiento de la bondad y de la verdad, y se dice que estuvo muy lejos de comprender todas las ventajas que podia recoger de su conversion para él y para su dinastía.

Mas apenas rodeó la cruz con una aureola de

gloria, cuando se convirtieron las disidencias religiosas en contiendas públicas. Apenas rota la espada de la persecucion, servia de trofeo del cristianismo en el mundo material, cuando principió la lucha en el pensamiento. Acabados los tormentos del paganismo, comenzaron los combates de las heregías. Cada dogma fué ocasion de una particular: todos los misterios que la Religion cristiana enseña, así á los mayores ingenios como á la infancia, fueron sucesivamente impugnados. Pero el cristianismo invencible contra los tiros exteriores, no obtuvo menos señalado triunfo de las disensiones intestinas, y esto es lo que forma el segundo carácter de los seis primeros siglos: los atrevidos atentados del espíritu de error contra las verdades de la fé y una inteligencia sublime de doctrina en los Sumos Pontífices, los santos Padres y los Concilios para defenderlas. Entonces como siempre se mostró el cristianismo *invariable, y con todo favorable al progreso.*

¿Quién podria enumerar todas las tentativas de los novadores para trastornar el fundamento de las verdades divinas, y modificar los artículos de inmutable símbolo? ¿Quién podria pintar con sus propios colores la eficacia de la palabra, y la grandiosa esposicion en que la elocuencia de los padres supo revestir la verdad de su colorido mas verdadero para responder á las sutilezas de los hereges? ¿Fué una enseñanza autorizada, que dando al catolicismo un carácter propio de su dignidad y gran-

deza, hacia progresar la inteligencia humana, y le señalaba los límites sagrados que no podía traspasar so pena de caminar hácia atrás? La razon guiada por la fé adelantó asombrosamente en las grandes esplicaciones dogmáticas, y en medio de las luchas intelectuales en que tanto se ejerció. Ya habia producido la filosofia pagana el montanismo y el gnosticismo; pero S. Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las Iglesias apostólicas, sobre todo la de Roma, la principal de todas. Aparecieron Tertuliano y Orígenes; mas ni las heregías, ni la caída de aquellos ilustres doctores habian hecho vacilar la fé católica. Pablo de Samosata, hombre vano é inquieto, enseñó su opinion judaica acerca de la persona de Jesucristo; pero fué convencido y condenado en el Concilio de Antioquia. Los novacianos y donatistas procuraron trastornarlo todo en la creencia de los fieles de Africa; pero un Concilio congregado primeramente en Roma y despues en Arlés, donde se presentaron para defenderse, los condenó. Todas las verdades fundamentales fueron combatidas: pero fecundó el catolicismo en grandes hombres, triunfó de todos los errores.

Preséntase Arrio. Enemigo de la divinidad del Hijo de Dios la combate: sus sectarios, superiores á todos los demas en talento y en virtudes aparentes, se esfuerzan para pervertir los Concilios, y alterar los símbolos. Constancio, nuevo perseguidor del nombre cristiano, se manifestó tanto mas temible,

cuanto que con el nombre de Jesucristo, hacia la guerra á Jesucristo mismo: pero venció la fé cristiana del artificio como de la violencia, de los lazos y de la irrision como habia triunfado de la espada y de los suplicios.

El Concilio de Nicea habia pronunciado ya anatema contra Arrio y su nueva doctrina. Macedonio niega la divinidad del Espíritu Santo: el Concilio de Constantinopla le condena. Celestio y Pelagio negaron el pecado original y la gracia, en cuya virtud somos cristianos; y S. Agustin confundió á estos perniciosos hereges, y con sus escritos ilustró á toda la Iglesia, á quien ninguna heregia logró corromper. Nestorio dividiendo la persona de Jesucristo, negaba á María el título de madre de Dios; pero el Concilio de Efeso depuso á Nestorio; y la doctrina de S. Cirilo, que era la de la Iglesia, fué celebrada en todo el mundo. A los veinte años Eutiques confundió las dos naturalezas en Jesucristo; y el Concilio de Calcedonia condenó á Eutiques y á su protector Dióscoro. El segundo de Constantinopla, que fué el quinto general, condenó algunos escritos favorables á Nestorio, la memoria y los escritos de Teodoro de Mopsuesta que fué el centro del racionalismo en Oriente, y los libros de Orígenes, que habian introducido allí el desorden hacia mas de un siglo.

Así se vió á la heregia, unas veces cediendo, otras audaz, tomar todas las formas y cubrirse con todas las máscaras. Pero el cristianismo, invaria-

ble en sus doctrinas, vió espirar á sus piés todas estas sectas rebeldes, una tras de otra, y las guerras que le habian suscitado, solo sirvieron para prepararle nuevos triunfos.

Si alguno se le tratase de sacar un argumento de la conducta de la Iglesia para con los hereges contra su espíritu de tolerancia, nos causaría admiracion. La verdad no puede sin duda transigir con el error que la combate. La Iglesia ha observado siempre en sus Concilios los procedimientos mas honrosos, citando á los novadores para que personalmente se presentasen en ellos, autorizándolos para que sus protectores los acompañaran, y dejándoles toda la libertad de una legítima defensa.

Tal vez se nos motejaria si pasásemos aquí en silencio una acusacion, que aun en nuestros dias se reproduce contra el catolicismo: que alteró la fé cristiana en el periodo de los seis primeros siglos. Háblase de las discusiones entre el Papa S. Estévan y S. Cipriano, obispos de Cartago. Pero ¿quién ignora que jamas se rompió la comunión entre estos Pontífices, entrambos reputados dignos de la misma corona? La doctrina que S. Cipriano sostenia, de ninguna manera estaba condenada por la Iglesia; y aunque errónea, no perjudicó á la tradicion que se sostuvo por su propia fuerza contra los especiosos razonamientos que se le oponian. Subiendo á aquella época, en que juntos el poder y el artificio llenaron la Iglesia de confusion y desórdenes, no se deja de citar la constancia del Papa Lí-

berio, que cedió al tedio del destierro; los tormentos que hicieron sucumbir al anciano Osio, y el Concilio de Rímini, que firme á los principios, se doblegó por fin á la sorpresa y violencia. Pero ¿quién podrá disputarnos que en él nada se hizo en forma? Mientras que los arrianos cambiaban de símbolo cada día, la fé de Nicea permaneció siempre la misma; esta fé cuyo intrépido defensor se declaró S. Atanasio, no obstante sus largos padecimientos. Si se objetase que los griegos tomaron motivo para su separacion de la Iglesia romana, porque la Iglesia añadió mas adelante al símbolo de Constantinopla estas palabras *y del Hijo*, responderemos que era injusto este pretesto. En aquel Concilio no se habia tratado mas que de probar la divinidad del Espíritu Santo contra la opinion de los que la negaban, y no de definir de quién procede. Su procesion del Padre y del Hijo no era ni menos verdadera, ni menos universalmente recibida en toda la Iglesia, porque no se espresase en el Concilio de Constantinopla. De modo que la Iglesia latina, al añadir las palabras *y del Hijo*, no inventó un nuevo dogma, sino que propuso únicamente lo que se contenia en la tradicion: la creencia en la divinidad del Espíritu Santo nunca ha variado. Hasta ha habido la osadía de asegurar que en los cuatro primeros siglos de la Iglesia, la doctrina era incierta y variable: que la verdad de Dios no se ha conocido mas que por partículas: que el misterio de la Trinidad continuó informe

hasta el primer Concilio de Nicea y aun hasta el de Constantinopla: que los primeros cristianos no creían que Dios fuese inmutable, y que fuesen iguales las divinas Personas: y que hasta ignoraron el misterio de la Encarnación. Categóricamente responderíamos á estas diversas acusaciones, si no prefiriésemos remitir á nuestros lectores á la obra del ilustre obispo de Meaux (1). Nos bastará afirmar que siendo divina la doctrina cristiana, no ha estado sujeta á las modificaciones de las cosas humanas que desde luego tuvo la perfección: que pertenecía á una obra salida de las manos del Eterno. Adoptando el lenguaje del célebre Vicente Lerinense (2) diremos: "que bien se pueden añadir á la fé la inteligencia, la ciencia y la sabiduría; pero siempre en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo sentimiento: que los dogmas pueden con el tiempo recibir luces, evidencia y distinción; pero que siempre conservan su plenitud, integridad y propiedad; que la Iglesia nada cambia, nada disminuye, nada pierde de cuanto le era propio, y nada recibe de lo que era ajeno." Tal ha sido la única ventaja que la Iglesia ha sacado de las nuevas decisiones á que dieron lugar las heregías que se han formado sucesivamente. "Las decisiones de sus Concilios no han hecho mas que dar á la posteridad escrito lo que habían crei-

(1) Primera advertencia sobre las cartas del señor Jurieu.

(2) *Commonitorium*.

do los antiguos por la simple tradición, abrazar en pocas palabras el principio y la sustancia de la fé, y muchas veces para facilitar la inteligencia, expresar con alguna voz nueva, pero propia y precisa, la doctrina que nunca había sido nueva. Los Concilios confirman lo que siempre se ha enseñado."

Conforme á estos principios, ¿cómo se podrá suponer que hasta el primer Concilio de Constantinopla, que se celebró en el año 381, no adoraban distintamente los primeros cristianos á un solo Dios en tres Personas iguales y coeternas, y que no creían en el misterio de la Encarnación? Mas todas estas nociones estaban contenidas claramente en la doctrina que habían recibido de Jesucristo los Apóstoles, que la compendiaron en el símbolo compuesto por ellos en el Concilio de Jerusalén el año 50 de la era cristiana. Los santos Padres no habían cesado de proclamar esta doctrina, y los primeros cristianos la habían sostenido con peligro de su vida.

He aquí lo que ha podido dar margen al error de los que reproducen estas infundadas objeciones. Mientras que la divina semilla se desparramaba en las mas remotas regiones para preparar nuevos caminos al Evangelio; las dos reglas de la fé, ó mejor dicho, las dos partes de la única regla recibían su último complemento de evidencia; la tradición en el *Commonitorium* de Vicente Lerinense en el siglo V, y la Escritura Santa por el decreto atribuido al Papa Gelasio al fin del mismo siglo ó á Hor-

misdas al principio del siguiente. Este decreto sancionó solemnemente, y consagró el cánón de las Santas Escrituras en todas sus partes. Pero ni uno ni otro inventaron ningun dogma, ni alteraron en nada la fé ya recibida.

Oigamos al célebre Vicente Lerinense (1): "La Iglesia de Jesucristo, depositaria cuidadosa de los dogmas que se le entregaron en guarda, nunca los altera en nada: no disminuye, no suprime las cosas necesarias, no añade las superfluas. Todo su trabajo consiste en pulir las cosas que se le dieron antiguamente, confirmar las que han sido suficientemente esplicadas, guardar las confirmadas y definidas, y atestiguar á la posteridad por medio de la Escritura, lo que habia recibido de sus antepasados por la tradicion sola." Y hácia el año 202 despues de Jesucristo escribia S. Ireneo: "En la imposibilidad en que nos hallamos de esponer á la vista de los hereges la tradicion de todas las iglesias, nos limitamos á señalar la tradicion de la mayor y mas antigua, conocida de todo el mundo y establecida en Roma por los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo: con esta fé conservada en aquella Iglesia por la sucesion de sus obispos, confundimos á todas las sectas, desgraciado producto de las pasiones humanas; porque con aquella Iglesia *deben concordar* todas las demas, y confrontar su fé con la suya: allí se ha conservado en su pureza la tradicion de los

(1) Commonit.

Apóstoles." Despues de tan irrecusables testimonios y sin prueba en contrario, ¿se podrá acusar al catolicismo de haber variado en su fé, durante los seis primeros siglos? A nuestra vista no cesa de aparecer *invariable, y con todo favorable al progreso.*

La lucha intelectual y material que tuvo que sostener la Iglesia durante aquellos seis siglos, fué sin contradiccion la época de los mayores ingenios que Dios ha concedido á la misma para ilustrarla y defenderla. En su polémica esplicaban los dogmas y la moral con una magestuosa esposicion. ¿Con qué fuerza de doctrina no clamó S. Dionisio, obispo de Alejandría, contra Sabelio, que confundia las tres divinas Personas? ¿Con qué celo y sabiduría no defendieron S. Atanasio y S. Hilario, obispo de Poitiers, la fé de Nicea? Juliano el apóstata pudo escluir de los honores y de las aulas á los cristianos; pero no por eso dejaron S. Basilio y S. Gregorio Nancienceno de ser unos atletas vigorosos para desconcertar á Valente, perseguidor de la Iglesia en Oriente, y quitarle toda esperanza de vencerlos jamas. ¿Cuán admirable no fué la caridad de S. Ambrosio, que contra la emperatriz Justina, madre de Mácsimo, no empleó mas que la sana doctrina, las oraciones y la paciencia! Pues con tales armas supo conservar sus Iglesias y ganarse al emperador: la superioridad de su talento y virtudes, que le constituian una de las mas esplendentes lumbreras de la Iglesia, conquistó á Teodosio. ¿Qué elocuen-

cia mas asombrosa, á la par que persuasiva, que la de S. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y antorcha del Oriente? ¿Qué sabiduría igualó á la de S. Agustin y S. Próspero contra los pelagianos y semipelagianos? ¿Qué mayor inteligencia que la del Papa S. Leon el Grande, cuya ilustracion, no menos que su autoridad, fueron acatadas por todo el universo. Entre tanto, la legislacion de la Iglesia tomaba en todas sus grandes instituciones de disciplina, formas fijas y mas generales con los cánones de los muchos Concilios que habian señalado su libertad en el cuarto siglo. La creciente accion de los Pontífices, sucesores de Pedro, se iba aumentando desde entonces por la fuerza de las circunstancias, hasta llegar á aquel imperio moral que salvó á la Europa de la edad media, y preparó los tiempos modernos. El imperio sucumbió en Occidente á manos de los bárbaros que le inundaron.

Fijemos aquí un instante nuestra consideracion sobre la Iglesia, que abriga en su seno á estos hijos del Norte, llamados por la Providencia para recoger la herencia del imperio romano, y regenerar el mundo. Dígnase de descender de su trono hasta ellos: se baja para elevarlos: no teme identificarse en cierto modo con ellos á fin de ganarlos todos para el Evangelio: entre tanto se hunde el edificio de la antigua sociedad. Al oír el crugido prolongado por los ecos, cualquiera diria que todo se iba á confundir en un abismo espantoso. Tranquilicé-

monos; allí está la Iglesia mezclada con el polvo amontonado por tantos escombros. Bajo de su bandera se alistarán los godos, los suevos, los vándalos, los borgoñones, y los francos; y la Iglesia con sus Pontífices, recogiendo las esparcidas reliquias de la antigua civilizacion, las reanimará y las conservará como depósitos preciosos en innumerales monasterios que serán otros tantos asilos de la virtud y de la ciencia. Allí se establecerá el foco de una nueva civilizacion, de esa civilizacion sobre todo cristiana de que somos hijos. Ya San Benito componia aquella preciosa regla, que todos los monjes del Occidente recibieron con el mismo respeto que los del Oriente tienen á la de S. Basilio; y ponía el sello á todos los ensayos anteriormente hechos por San Atanasio, Casiano de Marsella, S. Agustin y S. Cesareo. La fé católica, tomando sucesivamente posesion del mundo, tanto romano como bárbaro, por todas partes llevaba la civilizacion, y estimulaba al progreso.

La verdad religiosa tiene una vida que las verdades filosóficas y políticas no. Las generaciones se habian sucedido muchas veces desde la era cristiana, y el mundo moral estaba mas corrompido que nunca con motivo de la invasion de los bárbaros; pero el cristianismo no cesaba de mejorar las costumbres del nuevo pueblo, é inspirarle mas nobles sentimientos, opiniones mas ilustradas, y leyes mas humanas y mas sábias.

Clodoveo, despues de haber derrotado á los roma-

nos en Soissons, venció también á los alemanes en Tolbiak por el voto que hizo de abrazar la Religión cristiana: recibe el bautismo de manos de S. Remigio, gana para sus sucesores el título de rey cristianísimo por su adhesión á la fé, y somete al Evangelio los borgoñones y visogodos á quienes sujeta con las armas. Eran ya tan apreciados los beneficios de la Religión cristiana, que Justino, sucesor de Atanasio, se sometió con todo su pueblo á los decretos del Papa Hormisdas, y puso término á las disidencias de la Iglesia de Oriente. Los límites del reino de Francia variaban todos los dias por sus nuevas conquistas, y no cesaba el cristianismo de recorrer también su carrera civilizadora, que cada dia aumentaba en mas estensas y fecundas proporciones. Bajo el pontificado supremo de S. Gregorio el Grande, hizo cesar la peste que assolaba las provincias: instruyó á los emperadores y enseñó á los pueblos á que les fuesen obedientes: consoló al Africa sumergida en luto; y con la conversión de Recaredo, rey de los visogodos de España, que habian ya abandonado el arrianismo, aceleró la civilización de los bárbaros, y se abrió el camino de Inglaterra. Alentado el monge Agustin con las eficaces exhortaciones de San Gregorio el Grande, entra en el reino de Cant, con cuarenta compañeros, solamente armados de una cruz de madera; y la fé cristiana produce frutos abundantes: todo experimenta una feliz influencia. ¡Oh Iglesia anglicana! ¡por qué no has perseverado siempre en la fé de tus

padres? El pauperismo se ha apoderado de tí: ese cáncer te devora: cualquiera diria que estás próxima á sucumbir bajo el peso de la miseria y de la indigencia (1); pero no parecerás: tú nos presentarás el prodigio de renovación de la antigua sociedad, como cuando estaba para espirar en los horrores del paganismo. Como entonces, en la misma pendiente del precipicio que amenazaba trágarsela, fué sostenida por la sociedad cristiana, que habia comenzado á formarse en su seno; por una misteriosa inspiración parecerá que renaces de tus cenizas con el favor del catolicismo, á quien tiendes tus brazos. Contempla á la valerosa Irlanda, al ilustre O'Connell, á la célebre universidad de Oxford: adelanta, resignate y espera.

(1) Hacia el fin de la legislatura de 1842 uniéndose O'Connell á los deseos del señor Wallace que proponia á la cámara que pensar en los medios de aliviar la miseria de las clases pobres, esclamaba en la tribuna: "El pais es victima de la miseria, y los cuadros mas espantosos se suceden con rapidez." Y apenas acabó de hablar, el señor Moore de Manchester, enseñó una camisa que por espacio de cinco años consecutivos habia llevado puesta un desgraciado jornalero de Bolton, para manifestar hasta dónde llega la miseria del pueblo. Univ. 13 Jul. 1842.

CAPITULO V.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE
EL SIGLO SÉTIMO HASTA EL DECIMO TERCERO.

Es uno, y sin embargo tolerante; invariable, y con todo favorable al progreso.

Carácter de este periodo.—La vida de acción social predomina á la de la inteligencia, que no interviene mas que para servirla.—Fusion del elemento bárbaro y del elemento cristiano.—Acción social del catolicismo.—De su unidad.—De su tolerancia para con los bárbaros.—Mahoma.—Monotelismo.—Iconoclastas.—La fé cristiana se va propagando.—Proteccion de Carlo Magno en favor de la Santa Sede.—Respuesta á las consecuencias que se sacan de los hechos alegados contra la unidad de la doctrina católica.—Honorio.—Asamblea de los iconoclastas.—La unidad de doctrina concurre á producir y á afirmar la unidad nacional.—Espediciones de Carlo Magno.—Cuán favorable se muestra el catolicismo al progreso.—Durante medio siglo detiene la decadencia en lo exterior.—Los claustros sirven de asilos para las ciencias, las letras y las artes mecánicas y liberales.—Efectos de cada uno de los dos elementos que entran en la fusion para rehacer la sociedad.—Cuadro de los horrorosos excesos del elemento bárbaro.—Del Papa Gregorio VII.—Opinion de di-

versos autores sobre este Pontifice.—Respuesta á las diversas acusaciones de que fué objeto.—En el sistema feudal la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política.—Cruzadas.—Su carácter.—Sus resultados sociales.—El catolicismo permanece invariable en medio de los siglos que se suceden.—Berengario, Abelardo, Pedro de Bruys, Gilberto de la Porea, Arnaldo de Brescia, albigenses, valdenses.—San Bernardo asombra al mundo con su talento y virtudes.—S. Anselmo es el primero que aplica á la teología la precision dialéctica y el método escolástico.—Conclusion.

El hombre que habia recorrido la escala de la vida individual cristiana, y la Iglesia que habia llegado con el establecimiento de todas las grandes instituciones á sus estensas y naturales proporciones, se hallaron igualmente dispuestos para la grande acción social. Despues de tantos combates, la fé victoriosa y los ánimos llenos de energía, se preparaban á esta acción. Era menester que de las costumbres individuales pasase la fé pura y vigorosa á las costumbres públicas, y que trasformase la sociedad en su composición y en su descomposición lenta y gradual. Por esto el carácter particular de este periodo, es la vida de acción social que resulta de la energía de la fé triunfante y del elemento bárbaro; este sin duda predominó; pero no paralizó

sus generosos impulsos. Algunos historiadores nos parece que hacen poca justicia á estos tiempos, que pintan con un colorido recargado. Mezclados los bárbaros con los pueblos de la antigua civilizacion, no abandonaron en mucho tiempo sus groseros hábitos, que en tantos siglos se habian identificado con su natural ferocidad; pero la fé cristiana no habia dejado disminuir su ardor. De este fondo misto salieron dos géneros de accion muy opuestos, que arrastraban á los pueblos á los últimos límites del bien ó del mal. Cuando predominaba la fé á la energía cristiana, se elevaba al heroismo la accion social. Si al contrario, vencía el elemento bárbaro, una atroz energía se precipitaba en los horrores del crimen; y de la fusion completa de los pueblos pagano, cristiano y bárbaro, debian salir las naciones modernas. Pero antes de llegar á este resultado, ¿cuantos obstáculos tenia que superar la fé! y sin embargo, no cesó jamas de ser una *y tolerante; invariable, y á pesar de esto favorable al progreso.*

En el sexto siglo fué cuando se verificó sensiblemente la fusion de los bárbaros con las naciones ya civilizadas; y los que habian triunfado del mundo romano, no podian menos de hacer prevalecer su natural grosero. Mezcláronse, pues, su ignorancia y la aspereza de sus costumbres con la sociedad que se formaba de esta fusion. Despues de una tempestad, que todo lo habia arruinado, y removido el orbe hasta lo mas profundo, flotó la

espuma de la barbarie por mucho tiempo en la superficie de la sociedad, y penetró en todas partes, hasta en el santuario. Debemos confesarlo, el mismo clero fué arrastrado á veces hácia el abismo de la depravacion; pero nunca llegó al exceso de perversidad que algunos se han complacido en señalar. Y sin embargo, porque el catolicismo es tolerante, no desechó de su seno á los bárbaros cuyas inclinaciones disolutas condenaba, y procuró identificarlos con él, inspirándoles amor al orden, á la verdad y á la virtud. ¿Se corrompió el depósito de la divina moral pasando por manos manchadas? No: sígase toda la cadena de la tradicion: ni un solo eslabon de las reglas santas del Evangelio se rompió. Cualesquiera que fueran los vicios del hombre, la doctrina del Pontífice no cesó de ser pura. En el año 622 se erigió Mahoma en profeta entre los sarracenos, y espulsado de la Meca por los suyos, no tardó en presentar sus victorias como muestras de su mision divina. Pero la razon ilustrada por la fé, denegó esta prueba reconociendo que el espíritu de Dios no se revela por la cimitarra y el cebo de los placeres sensuales. El Coran no le ofrecia el menor carácter notable de inspiracion divina. El monotelismo que nació en el siglo VI, no se ostentó hasta el sétimo. Por una estravagancia casi inconcebible, al mismo tiempo que se reconocian dos naturalezas en Jesucristo, no se le atribuía mas que una sola voluntad; pero despues que Juan IV habia condenado ya la *ectesis* del emperador Hera-

elio en favor de los monotelitas, S. Martín Papa congregó el Concilio de Letran donde anatematizó el tipo (1) de Constante, nieto de dicho emperador, y el error del monotelismo. La Iglesia permanecía siempre tan adherida á la unidad de la fé, que el Papa, llevado de destierro en destierro, no cedió jamas en medio de los mayores sufrimientos de lo que debia á su augusto ministerio. San Máximo, célebre en el Oriente todo por su doctrina y virtud, abandona la corte inficionada de la heregía, y reprende enérgicamente á los emperadores que se habian atrevido á decidir en las cuestiones de la fé.

Entre tanto, el catolicismo hacia nuevos progresos en Inglaterra, y producía los frutos mas saludables; pero el monotelismo no dejaba de estender sus estragos de la parte de acá. El Papa S. Agatón congrega un Concilio en Constantinopla: son condenados todos los autores de la secta, y brilla la unidad de la fé con nuevo resplandor. Las naciones católicas estaban tan adheridas á la unidad de la Santa Sede, que Ceadual, rey de Inglaterra, fué á reconocer en persona la unidad de la Iglesia romana en el Papa Sergio, de cuyas manos recibió el bautismo. Los mahometanos amenazaron á la Iglesia de España, pero no pudieron abatirla. En Alemania se estableció el catolicismo por el celo de S. Bonifacio, que convirtió aquellos pueblos á la fé. Esta calma era precursora de la tempestad que en

(1) Edicto llamado así.

tales términos amagaba á la Iglesia, que hubiera perecido mil veces á no estar en la mano de Dios. Sabidas son todas las violencias que ejercieron contra ella los iconoclastas: el emperador Leon se arma con la espada del poder: trata de seducir al patriarca de Constantinopla: forma una asamblea llamada concilio; y se amotina el pueblo. Pero el Papa Gregorio II se opone á la destruccion de las santas imágenes. Los católicos perseguidos por el culto que les daban, responden al emperador que preferian todo género de padecimientos á dejar de adorar á Jesucristo hasta en su sombra. Hacia el año 787 se celebró otro Concilio en toda forma en Constantinopla, y se terminó en Nicea. Los iconoclastas fueron condenados en él, y continuaron venerándose las imágenes en la Iglesia con un culto relativo. En tanto Carlo Magno que habia confirmado á la Santa Sede las donaciones hechas por el rey Pipino, resucitaba el reinado de la piedad y de la justicia en Francia y en Italia, en España y en Alemania. El mahometismo, nacido en el siglo VI, no cesaba de combatir al cristianismo: se estendió en Oriente, y amenazaba invadir el Occidente; pero le rechazó la pujanza de Carlo Magno, que coronado emperador de Occidente en el año 800 por el Papa Leon III, conservó el título de rey de los franceses.

¿Habrá quien se obstine en no ver nada sobrenatural en medio del caos á que estaba reducida la Europa antes de dar á luz la sociedad moderna?

Búsqese otra en el mundo donde la decadencia de las costumbres no haya acarreado la de las leyes; donde unos magistrados corrompidos hayan sido siempre guardianes incorruptibles; una sociedad fundada sobre ideas de moral que los tiempos no hayan alterado jamas. En medio de las sectas que se propagaban sin obstáculos, y se ramificaban á lo infinito, se hubiera agotado el principio cristiano en estas frecuentes derivaciones, á no haber sido la obra divina. No cesó de ser la piedra angular en la cual fueron á estrellarse todas las heregias que tropezaron en él. A manera de un navío de alto bordo ha echado á pique los débiles esquifes que embarazaban su paso; y no ha cesado de mostrarse tan *uno* en su doctrina, como *tolerante* para con los pueblos á quienes ha ilustrado. Se ha supuesto que esta unidad se habia roto en tiempo del Papa Honorio I, que al parecer adoptó las opiniones erróneas de los monotelitas; pero ¿puede nadie aparentar ignorancia de todos los artificios que se emplearon para sorprenderle? Palabras ambiguas, protestas reiteradas de amor á la paz, todo se puso en práctica. Además, el Papa Honorio no aprobó de ninguna manera la doctrina de aquellos: por condescendencia usó con ellos una peligrosa contemplacion, y nada mas, consintiendo que no hablasen ya de una ni de dos voluntades en Jesucristo. También podemos responder victoriosamente á esta dificultad, que Honorio no habia obrado como Papa; como sucesor de Pedro, sino como simple doctor

supuesto que no promulgó decreto solemne. Los Sumos Pontífices no proceden nunca así cuando tratan los puntos de fé como cabezas de la Iglesia.

Para no dejar á los siglos venideros ningun pretesto de clamar por esta causa contra la perseverante unidad de la Iglesia, el Concilio de Constantinopla, sexto general, que presidió el Papa Agaton, al condenar á los monotelitas, no perdonó ni aun á Honorio que les habia guardado contemplaciones. En vano se argüiria del falso concilio convocado en Constantinopla hácia el año 754 por el emperador de Oriente para acreditar el error sostenido con tanto calor por los sarracenos contra las santas imágenes. Tenemos fundamento para no reconocer como legítimas las actas de aquella asamblea, que ni habia sido convocada regularmente, ni se habia celebrado en forma. El Papa no habia concurrido de ninguna manera á su formacion, ni asistieron segun costumbre los legados de la Santa Sede, ni los obispos ó los legados de las otras sillas patriarcales. Así es, que á instancia de Pablo, patriarca de Constantinopla, que declaraba á presencia de la emperatriz Irene haber combatido las imágenes contra su conciencia, y á la de Tarasio, su sucesor, se convocó un Concilio universal en Constantinopla hácia el año 787 para condenar á los iconoclastas. Luego la fé católica no ha variado jamas, y aunque la disciplina haya podido recibir diversas variaciones segun los tiempos y lugares, la Iglesia ha insistido

siempre, cuanto le ha sido posible, en imitar á la antigüedad.

Carlo Magno entre tanto habia vencido; pero no subyugado á los sajones. Habia reprimido á los sarracenos, y no habia cesado de atraer al cristianismo naciones infieles, y de proteger á los Papas. Estaba tan intimamente convencido de que la unidad de doctrina conviene sobremanera para producir y afirmar la unidad nacional, que convertia siempre en capitulares los cánones de los Concilios. Dividió Carlo Magno su vida gloriosa en diferentes guerras contra los árabes de España, los turingios, los avaros, los bretones, los bávaros, los esclavones mas allá del Elba, los sarracenos en Italia, los dinamarqueses y los griegos, juntamente con la obstinada resistencia de la Sajonia que atrajo diez y ocho veces sus armas. Se cuentan cincuenta y tres expediciones militares de este monarca: los motivos de las mas fueron terminar las dos grandes invasiones de los bárbaros del Norte y del Mediodia. Bajo su glorioso reinado como siempre el catolicismo se mostró *invariable, y sin embargo favorable al progreso.*

Por espacio de medio siglo contuvo la decadencia: los tribunales eclesiásticos consolidaban y entendian su jurisdiccion; y se restablecian las ciencias y la disciplina de la Iglesia. Esta, que se habia establecido por la doctrina, cobró nueva fuerza con la creacion del principado temporal de Roma. El Papa trató de igual á igual con los soberanos

de los pueblos. La Iglesia tuvo la principal parte en la creacion del nuevo sistema de monarquía que se estableció. Las ciencias y las letras que hasta entonces no habian sido en las Galias mas que lo que eran anteriormente en el mundo romano, segun la mayor ó menor tranquilidad de las diferentes provincias del imperio, encontraron en los monasterios los medios mas favorables que pueden discurrirse para las obras del ingenio.

Despues de la division del imperio de Carlo Magno, aun faltaba mucho para extinguir completamente el elemento bárbaro. "Entonces se convirtieron los conventos, dice el ilustre autor del Genio del cristianismo (1), en una especie de fortalezas donde se guareció la civilizacion. Allí se conservó la cultura de la sublime inteligencia con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política ó la libertad halló un intérprete y un cómplice en la independencia del monge, que todo lo investigaba; todo lo decia, y no temia nada. . . Sin la inviolabilidad y los ócios del claustro no se nos hubieran trasmitido los libros y los idiomas de la antigüedad, y se hubiera roto la cadena que liga lo pasado con lo presente. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, todas las artes

(1) El señor Vizconde de Chateaubriand, *Análisis razonada de la historia de Francia.*

tuvieron una serie no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Khlovig hasta el siglo en que las universidades religiosas tambien hicieron salir las ciencias de los monasterios." Observaremos en honor de las letras que el mismo Carlo Magno recomendó al Concilio de Francfort el sábio Alcuino, una de las lumbreras de su siglo y de la Iglesia de las Galias; y que todo el sínodo consintió en admitirle como un hombre sábio en las doctrinas eclesiásticas. Sabido es que la música, la pintura, el arte de grabar, y sobre todo, la arquitectura, deben mucho á los monasterios. La arquitectura llamada lombarda se refiere á la época religiosa de Carlo Magno. El cuerpo del clero estaba instruido de modo que protegia el movimiento progresivo. Así, el catolicismo fué el vínculo, el medio y el principio de civilizacion entre el mundo romano y el mundo bárbaro. El señor Guizot lo afirma, y puede creérsele (1).

Sin embargo, el bien y el mal ejecutaban cada uno sus obras con un vigor casi invencible. Todo se convertia casi en exceso, por decirlo así: los principios sociales parecian trastornados. Aparecieron hombres de una perversidad igual á la de los tiempos mas calamitosos del gentilismo, y otros de una virtud tan perfecta, que hubieran realzado la gloria de las primeras épocas de la Iglesia. Los pueblos estaban sumergidos en las tinieblas de la ignoran-

(1) *Historia de la civilizacion europea.*

cia mas grosera, mientras que se veian en su seno sábios dignos de los siglos mas ilustrados. Pero el catolicismo, por muy favorable que fuese al progreso, no dejaba de ser invariable.

El cisma de los griegos, que en el fondo no era mas que una cuestion de derecho y de autoridad, suscitó algunas cuestiones secundarias; pero se resolvieron completamente. Focio no quiere someterse, los griegos se separan de la madre que los habia alimentado hasta allí; pero no por eso dejó ella de ser lo que siempre habia sido; *una é invariable, tolerante y civilizadora.* Se habia llegado á una época de desórden y de pasiones á veces poderosas y armadas, todas violentas é intratables. No habia potencia que no estuviera en guerra consigo misma y con las demas. Parecia que todas las fuerzas sociales chocaban unas con otras, y se destruian mútuamente. Los cismas desgarraban el seno de la Iglesia. La misma potestad espiritual tenia que defender sus derechos de la potestad temporal: hasta dentro de la gerarquía habia una parte corrompida y depravada, que persiguiendo con su odio á la parte pura y santa, le hacia guerra abierta. Desde lo interior del Asia amenazaban los sectarios de Mahoma á la Europa. La Italia pensaba en conquistar el Oriente, y los guerreros normandos habian ocupado el Mediodia hacia poco tiempo.

En medio de tantos intereses rivales y de tan diversas pretensiones, en aquella refriega espantosa

en que parecian confundidos todos los elementos de la sociedad, se necesitaba un hombre de grande accion, de accion enérgica, constante y sostenida. Se necesitaba que un gran talento, entrando en aquel Océano agitado por la tempestad, y separando el bien del mal, y las tinieblas de la luz, viniese á desenredar los mil lazos con que se mantenian en choque las dos potestades que luchaban en la arena. Este fué el grande Hildebrando, llamado Gregorio VII.

Sabemos que los Hallam, los Potter y los Greisley han juzgado de muy diferente modo que nosotros á este ilustre Pontífice: tal vez algunos de nuestros escritores modernos no le han hecho toda la justicia que podia esperarse; pero somos deudores de elogios al talento del señor Villemain, ministro de la instruccion pública, que ha escrito su vida. Loor al docto profesor de historia eclesiástica en la Sorbona (1), que acaba de pagar un justo tributo público de homenaje á la memoria de aquel célebre Papa. Parécenos que muchos autores han tomado hasta aquí como motivo de accion, lo que en realidad no fué para él mas que un medio legítimo y necesario de ejecutar los proyectos mas santos; y suponen que soñó planes de reforma tan tiránicos como singulares. Si se los oye, fué el primero que concibió el designio de sujetar el estado á la Iglesia, y citar los reyes á su tribunal

(1) El señor Jager. *Pontificado de Gregorio VII.*

supremo para que dieran cuenta de sus actos.

Todos los hechos sentados en la historia nos parecen propios para contradecir los pensamientos de ambicion y de injusticia que se le atribuyen. Tratemos de formar una idea esacta del grado de poder á que habia llegado la Iglesia. Adelantando en el curso de los siglos, mudando no de principios, sino de medios de edad en edad, y modificándolos para acomodarse á las modificaciones sucesivas de la sociedad, se habia acrecentado, á pesar de las persecuciones de todo genero, y se habia elevado en las mismas proporciones que la barbarie de los nuevos pueblos la abatía. Ya se ha visto que Clodoveo y despues Clotario en el año 516, dirigieron por respeto una de sus primeras actas á los obispos y abades. Gontran y Chilperico habian remitido el fallo de sus diferencias á los obispos y ancianos del pueblo. En el año 558 se sometieron á la mediacion de los sacerdotes. En el de 627 congregó Clotario II á los obispos de Borgoña para deliberar acerca de los negocios del estado y la salvacion de la patria. El Papa Zacarías habia sido consultado con ocasion del juramento prestado á Chilperico cuando se queria llamar al trono á Pipino. (La monarquía era entonces la electiva). El Papa habia fallado y se habia seguido su decision. Pipino y Carlo Magno habian dotado á la Santa Sede, y esta dotacion temporal habia dado nueva fuerza, á lo menos exterior, á la corte de Roma. El gran nombre de esta ciudad, residencia de Sumos Pon-

tífices, habia aumentado autoridad á su supremacía, rodeándola de los lisonjeros recuerdos de su antiguo esplendor. Los privilegios que habia obtenido la Iglesia en tiempo de los otros príncipes, se habian ampliado bajo el glorioso reinado de Carlo Magno: los obispos y los enviados regios publicaban en las provincias las capitulares extendidas con el consentimiento de las asambleas nacionales.

Así, los sucesores de Pedro habian subido á la categoría de los soberanos por la ley del tiempo y la escigencia de las circunstancias con anterioridad al pontificado de Gregorio VII. No se habian ingerido ellos por sí; los pueblos y los reyes les sometian sus diferencias. No podemos, pues, atinar en qué fundamentos se apoya el historiador de la civilizacion europea para acusar á la Iglesia de haber intentado hacer prevalecer el principio teocrático en la sociedad, usurpar el poder temporal, dominar esclusivamente, y cuando no lo conseguia, apoderarse de la dominacion á costa de la libertad de los súbditos.

Fácil de explicar es el poder temporal de los Papas, y sobre todo, el que ejerció Gregorio VII, cuando se considera que saliendo las mas veces de la clase plebeya, y elevados á igual categoría que los reyes por el ascendiente de su carácter, de sus luces y de sus virtudes, se habian hecho los defensores de los derechos populares. Bajo el sistema feudal, entonces vigente, no habia mas que señores y vasallos, amos y esclavos. Los Papas servian de mediado-

res á los grandes, á fin de atraer á una sumision equitativa y por la via de la persuasion, los vasallos que se separaban de ella, y de defensores de los vasallos oprimidos. El gran historiador de Rautner refiere que los Papas, como vicarios de Dios en la tierra, estaban libres de toda dependencia eclesiástica, y eran superiores á todas las cosas terrenas, á fin de ser con la Iglesia inmutable de Dios una arma defensiva para los débiles, un poder terrible para los malos, un purificador para la potestad temporal, y un padre consolador para los esclavos y los oprimidos. No eran los Papas los que se habian arrogado esta potestad temporal: se la concedian los pueblos contra sus opresores. El testo mismo de las constituciones de diversos reinos, manifiesta evidentemente que la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política que regia entonces á la Europa entera bajo la tutela del cristianismo. En una palabra, el sistema político y social del mundo católico, escigia como principio necesario una autoridad suprema de la que hallaba relaciones intimas con esta religion que civilizaba las naciones.

Esta era entonces la ley del tiempo: era un poder de que los Papas se encontraban investidos por la fuerza de las cosas. La Iglesia, siempre dueño de sí misma, pueden mostrarse segun los tiempos protegida ó protectora. Parecia que habia aceptado la primera de dichas condiciones el

dia que Constantino estendió sobre ella el manto imperial; y entró al parecer en la segunda, cuando habiéndose hecho propietaria por las donaciones de los fieles y soberana por la concepcion de Pipino y Carlo Magno, se encargaron de la tutela de las naciones los príncipes del clero alentados con nuevos homenajes. El papado, caminando á la cabeza de la civilizacion, se adelantaba hácia el fin de la sociedad general. Le habian puesto en las manos armas bastante terribles en aquella época para derribar á los mas fuertes é intimidar á los mas audaces. Pero los soberanos que se hubieran negado á reconocerle la administracion de la tutela de los pueblos, no por eso hubieran dejado de estarle sumisos como hijos de la Iglesia, ni ésta los hubiera inquietado en manera alguna (1). ¿Cómo, pues, podria acriminarse á Gregorio VII por haber emprendido reformar al clero y librar á la Iglesia de un yugo opresor con tanta prudencia como firmeza? Sin cesar ocupaban su atencion los pensamientos de mejoras sociales, de restituir la libertad comun á todos, y defender la gloria de la Religion: los mismos pensamientos traian desasosegados á los hombres mas eminentes de aquel siglo, los Damianos, los Lanfrancs, los Desiderios, los Annon y otras lumbreras de la Iglesia. Las naciones no pueden agradecer lo bastante el importantísimo

(1) Guillermo I, conquistador de Inglaterra, nos da un ejemplo de ello.

servicio que les presentó el catolicismo aceptando la tutela durante la memoria de aquellas. Despues de haber procurado justificar al gran Pontífice Gregorio de las acusaciones que contra él se dirigen, creemos que es nuestro deber repetir aquí lo que ya hemos dicho: que el derecho de la postestad que ejerció, era entonces tan conforme con el órden legal como hoy seria contrario.

En vez del feudalismo está vigente entre nosotros el sistema de la emancipacion intelectual y social; mientras que los grandes se cuidaban entonces poco de saber leer y escribir, hoy hasta el vulgo aspira á las ciencias y á las letras, y nuestros reyes se muestran tan dignos como capaces de mandar.

Mientras Gregorio VII contuvo con una mano el movimiento de decadencia que precipitaba á la sociedad en el abismo de la barbarie, con la otra aseguró el órden social y político sobre bases indestructibles. Sin embargo, el catolicismo siempre invariable no cesó de llenar su mision civilizadora. Unido á la sociedad que amoldó con su mano, se identificó de hecho con el hombre social. La humanidad le ofrecia una basa ancha y sólida, mientras que recibia de él una participacion de su estabilidad divina. Unos dos siglos despues que el islamismo habia amenazado invadir el Occidente, este le persiguió hasta el centro de su poderío. Las cruzadas comenzadas en el año 1095, segun unos, ó 1098 segun otros, y que concluyeron hácia

el de 1270, fueron como una continuacion de aquella invasion general que habia asolado al mundo, y ademas unas guerras de represalias. El entusiasmo religioso y la fraternidad evangélica se habian conmovido á vista de las desgracias de los cristianos de Oriente; y los pueblos de Occidente se levantaron en nombre de *Dios lo quiera* para socorrer á aquellos. Dando su parte á los elementos malos que se mezclaron en aquellas relaciones belicosas, no pueden menos de admirarse al lado de grandes crimines las virtudes heroicas mas resplandecientes, una fé ardiente y unas costumbres sencillas. El catolicismo habia constituido la civilizacion europea, y queria estender su dominio: á lo menos aseguró su independenciam.

Sabidos son los resultados de las cruzadas: fueron de grandísima transcendencia bajo el aspecto material y moral; científico y político. Mientras que el Occidente desfallecia de terror, las cruzadas le sostuvieron con la energía del catolicismo, contuvieron la invasion musulmana con una poderosa diversion, estrecharon los vínculos de la disciplina y de la fraternidad, dieron tiempo á los pueblos para ensayar la libertad, y los enriquecieron con el comercio de regiones antes desconocidas. La Europa se salvó de la invasion de los turcos: la autoridad de los príncipes se robusteció al paso que se debilitó el feudalismo: el establecimiento de los consejos y de resultas, la existencia del estado llano halló una coyuntura favorable: la marina tomó im-

pulso, y progresó la civilizacion general con las reciprocas comunicaciones entre los pueblos. El siglo duodécimo es memorable por sus rápidos progresos: multiplicábanse las escuelas, abríanse colegios fuera de los monasterios, y la universidad cobraba nuevas fuerzas.

No podemos comprender cómo despues de admitir unos hechos tan incontestables se viene á acusar al catolicismo de que es hostil al progreso, á la perfeccion de la vida civil, al incremento de la sociedad y de las relaciones mútuas de los hombres. Con todo, no cedió jamas ni un ápice de su invariabilidad. Ya en el siglo XI se habia levantado Berengario contra el dogma fundamental del culto católico, y habia renovado los errores de Juan Escoto, apellidado Erígenas, sostenidos por los sacramentarios de allí á unos siglos. Enseñaba aquel que el pan y el vino no se convertian en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; pero fué condenado este heresiarca por dos Concilios, congregado el uno en Paris y el otro en Roma los años de 1050 y 1054. La doctrina de Abelardo fué roprobada en los Concilios de Sens y de Soissons: y se habia comenzado á refutar los errores de Pedro de Bruys, Gilberto de la Porea y los sectarios de Arnaldo de Brescia. Los albigenses y los valdenses, inficionados del maniqueismo, habian reanimado el progreso del espíritu filosófico: eran los precursores de Juan Hus y de Lutero. Se fulminó contra ellos anatema en el Concilio general de Letran, celebrado en el año

1213 bajo el pontificado de Inocencio III: ya habian sido condenados anteriormente por otros Concilios particulares.

¡Con cuán vivo dolor deploramos este episodio abominable de nuestra historia! Las pasiones impelieron á cometer todo género de crímenes, que la Religion cristiana no cesó de vituperar. Felipe Augusto, que durante un periodo de su reinado, habia sostenido larga contienda con la Santa Sede por el repudio de Ingelburga, se reconcilió con la Iglesia. El catolicismo, siempre *uno* en su doctrina y en su moral, no habia cesado de mostrarse favorable al progreso. Las obras de los canonistas habian descubierto el movimiento intelectual. Como la Iglesia penetraba todas las instituciones sociales que al parecer se amoldaban en su seno, el Derecho canónico habia venido á ser en cierto modo el Derecho civil y público. Aquellos siglos eran sobre todo de accion, y por eso el catolicismo prestaba entonces los mayores servicios á la humanidad. Con todo, habia producido á S. Bernardo, dotado de todas las cualidades propias para dar un empuje al progreso intelectual y á la civilizacion de los pueblos. ¿Quién no admira el talento del gran abad de Claraval, el elocuente orador que igualaba á los mas famosos de la antigüedad, y tan profundo dialéctico, que el docto Abelardo pudiera haberle tomado por maestro? Acatado sucesivamente por los reyes y los Papas, era el terror de los herejes y el objeto de un respeto profundo para la multitud del pueblo mila-

nés, á quien no pudo satisfacer hasta que se asomó á las ventanas de su habitacion para bendecirla. El catolicismo habia producido este grande hombre, que como dice un historiador, tenia el don de dominar los ánimos, y á quien se veia en un instante pasar desde su desierto á las cortes, y nunca estaba fuera de su lugar. Sin título ni carácter alguno gozaba de aquella consideracion personal, que es superior á la autoridad: era simple abad de Claraval, y sin embargo, tenia mas poder que un primer ministro de Francia, y conservaba un ascendiente sobre el Papa Eugenio III, su discípulo, que honra igualmente al uno y al otro. Fué tan extraordinario S. Bernardo, que mereció en los siglos siguientes los homenajes mas solemnes hasta de Lutero, Bucero, Ecolampadio y Calvino. Tambien apareció S. Anselmo, y el mundo reverenció en su persona á uno de los doctores mas célebres de su tiempo, el primero que habia hermanado con la teología aquella precision dialéctica y aquel método escolástico, que derraman la luz mas viva sobre la verdad, y confunden el error descubriendo sus sofismas.

Así el catolicismo en la edad media elevó á los pueblos á la vida de inteligencia; pero sobre todo á la de accion. Cuando al parecer iba á disolverse el mundo por la anarquía á resultas del estado crítico en que se hallaba, aquel que en el alto cielo tiene en su mano el corazon de los pueblos y de los reyes, hizo triunfar el principio cristiano que dió á luz la sociedad civilizada de Europa, y con ella

todo quedó cristiano. La *unidad indisoluble* del catolicismo, como un vínculo augusto, había reunido mas de veinte pueblos bárbaros bajo el mismo estandarte: su tolerancia había hecho que se reclamaran su protección y apoyo como un favor especial. La identidad de la fé fijaba *invariablemente* todas las creencias, y su noble é incesante emulación al *progreso* había exaltado la sensibilidad y la energía. ¿Quién dejará de conocerle? ¿Y quién conociéndole podrá no amarle?

No temamos esponer esta doctrina firme y decidida á la superfecundación de nuestro siglo. Reanimemos esta sociedad enferma con la única doctrina que puede restituir á sus venas el calor y la vida: esta doctrina es la santa palabra antigua é inmutable, enseñada por el órgano de la Iglesia. Ella sola es la luz que disipa las tinieblas, y la fuerza que vence todos los obstáculos.

CAPITULO VI.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO DECIMO TERCERO HASTA AGOSTO DE 1842.

Es uno y á pesar de eso tolerante: invariable y sin embargo favorable al progreso.

El cristianismo es el principio de la unidad en la civilización anterior á la Europa moderna.— De la sociedad europea.— Esposición filosófica de la doctrina católica.— Presentase en este pe-

riodo bajo la forma de evidencia racional—Enumeración de los principales acontecimientos políticos.—Juicio de las cuatro últimas cruzadas.—La manifestación del movimiento racional pasa la línea de la ortodoxia.—Cismas y heregias del siglo décimo tercero.—De la inquisición.—Pugna entre las dos potestades.—Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.—Concilio de Viena que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara.—Abolición del orden de los templarios.—Condenación de diferentes novadores y reunión de los griegos y latinos.—Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo.—Grandes hombres de la época.—Reforma de las costumbres públicas.—Palabras notables del señor Royer Coyard.—Señal de la reforma de Lutero.—De su verdadera causa.—Juicio del señor Guizot sobre esta materia.—Tolerancia del Papa para con Lutero.—Sus opiniones religiosas.—Sus principales discípulos.—Calvino.—Concilio de Trento.—Guerras de religión.—Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos diferentes.—Progreso intelectual y social en el siglo XVI favorecido por el catolicismo.—Resultado de las luchas religiosas para la razón.—Indicios de la revolución de 1789.—Su verdadera causa.—Testimonio del señor Thiers en favor de la tolerancia del clero.—De la inviolable adhesión del clero á la uni-

todo quedó cristiano. La *unidad indisoluble* del catolicismo, como un vínculo augusto, había reunido mas de veinte pueblos bárbaros bajo el mismo estandarte: su tolerancia había hecho que se reclamaran su protección y apoyo como un favor especial. La identidad de la fé fijaba *invariablemente* todas las creencias, y su noble é incesante emulación al *progreso* había exaltado la sensibilidad y la energía. ¿Quién dejará de conocerle? ¿Y quién conociéndole podrá no amarle?

No temamos esponer esta doctrina firme y decidida á la superfecundación de nuestro siglo. Reanimemos esta sociedad enferma con la única doctrina que puede restituir á sus venas el calor y la vida: esta doctrina es la santa palabra antigua é inmutable, enseñada por el órgano de la Iglesia. Ella sola es la luz que disipa las tinieblas, y la fuerza que vence todos los obstáculos.

CAPITULO VI.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO DECIMO TERCERO HASTA AGOSTO DE 1842.

Es uno y á pesar de eso tolerante: invariable y sin embargo favorable al progreso.

El cristianismo es el principio de la unidad en la civilización anterior á la Europa moderna.— De la sociedad europea.— Esposición filosófica de la doctrina católica.— Presentase en este pe-

riodo bajo la forma de evidencia racional.— Enumeración de los principales acontecimientos políticos.— Juicio de las cuatro últimas cruzadas.— La manifestación del movimiento racional pasa la línea de la ortodoxia.— Cismas y heregias del siglo décimo tercero.— De la inquisición.— Pugna entre las dos potestades.— Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.— Concilio de Viena que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara.— Abolición del orden de los templarios.— Condenación de diferentes novadores y reunión de los griegos y latinos.— Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo.— Grandes hombres de la época.— Reforma de las costumbres públicas.— Palabras notables del señor Royer Coyard.— Señal de la reforma de Lutero.— De su verdadera causa.— Juicio del señor Guizot sobre esta materia.— Tolerancia del Papa para con Lutero.— Sus opiniones religiosas.— Sus principales discípulos.— Calvino.— Concilio de Trento.— Guerras de religión.— Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos diferentes.— Progreso intelectual y social en el siglo XVI favorecido por el catolicismo.— Resultado de las luchas religiosas para la razón.— Indicios de la revolución de 1789.— Su verdadera causa.— Testimonio del señor Thiers en favor de la tolerancia del clero.— De la inviolable adhesión del clero á la uni-

dad con motivo de la constitucion civil y bajo el directorio.—Condenacion de la constitucion civil.—De las diferencias entre Napoleon y Pio VII.—Testimonio patente de unidad de parte de los obispos de Francia en el Concilio de Paris de 1811.—Estado del catolicismo en tiempo de la rama primogénita de los Borbones, durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X.—Causa de la caída del trono.—Revolucion de 1830.—De sus primeras consecuencias.—Estado del catolicismo bajo el reinado de Luis Felipe I.—Novadores del siglo XIX.—Documentos justificativos de la unidad y de la tolerancia del catolicismo.—De su impulso al progreso.—Motivos de fusion entre los hombres de cualquier opinion y partido que sean.

Sorprende la unidad que se observa en la civilizacion de los pueblos desde el Calvario hasta la de la Europa moderna. Su principio se halla en el seno del cristianismo, que reunió las diversas formas bajo que se presentó aquella. Los griegos y despues los romanos trajeron con sus armas la civilizacion á las Galias medio salvages. Los bárbaros vinieron á establecer su gerarquía militar: se formó el sistema social; y el catolicismo dió á esta sociedad la forma y la vida. Las notables páginas de la historia de la civilizacion en Europa dan fé de ello. “La presencia de una influencia moral, el sosten de una ley divina y la separacion del po-

der temporal y del poder espiritual son los tres grandes beneficios que la Iglesia cristiana derramó sobre el mundo europeo en el siglo V.” Posteriormente á esta época si al parecer se concentraron aquellos dos poderes en la mano de los Pontífices, ya hemos explicado las causas. Con todo, no tardó en dividirse la autoridad entre el gefe feudal y los gefes secundarios llamados vasallos, que se la disputaron á poco. Se habia introducido la anarquía feudal. Entre tanto, el catolicismo no habia detenido su marcha civilizadora. En efecto, de su seno salió la sociedad moderna europea; pero no podia permanecer en la debilidad intelectual de su infancia.

Despues del descanso del siglo X, la razon se puso en marcha para llegar al conocimiento de las causas y de los efectos, de los principios y de las consecuencias, de los seres y de las formas. A los siglos de establecimiento y consolidacion de la doctrina teológica, sucedió su incremento filosófico. Como la edad media habia mezclado las instituciones civiles y eclesiásticas por la grande accion social que en ella se habia efectuado, para sacar de la íntima union de aquellas la constitucion cristiana de la sociedad; la época del raciocinio vino á aprocsimar, á unir las ideas naturales y las verdades de la fé, para que de ahí brotara la ciencia ó la filosofia cristiana. Presentóse, pues, la doctrina católica bajo la forma de la evidencia racional. La razon quiso explicar la fé.

Hemos llegado al periodo mas curioso, como tambien mas importante, del grande acto intelectual, social y cristiano que está lleno de gravísimos acontecimientos. Hombres y cosas, todo se acelera asombrosamente. El despertamiento de la razon suscita cada día una doctrina nueva: las conmociones políticas tal vez mas borrascosas en todos los anales de los pueblos suceden á la revolucion religiosa mas grande. El genio de la filosofía se fija sobre el mundo del pensamiento, enarbola su estandarte, y señala sus conquistas. Las pasiones de una multitud amotinada derraman la sangre de los reyes, y la anarquía se ve obligada á doblegarse al brazo de hierro que la subyuga. El hombre grande restablece el equilibrio en la balanza del destino europeo. Cae el coloso, y la Francia logra ver otra vez á sus antiguos reyes. A las suaves emociones de la mas pura alegría, suceden por un momento las angustias del temor: digno, segun las apariencias, de mejor suerte aquel de quien puede decirse como de Alejandro: *Sicut terra in conspectu ejus*, debía ir á espirar en el destierro. Al dejar su patria no se reservó mas que la esperanza: al dejar la vida solo conservó la gloria.

El regreso de los reyes de Francia restituye la paz y la abundancia: el trono se afirma: el pueblo de Paris se amotina: en tres dias se levanta un nuevo solio sobre las ruinas del antiguo. Amenazada la nacion en sus intereses mas preciosos, prevee

sus desgracias y tiembla; una mano poderosa encadena el genio de la rebelion; y mientras que la Francia fija dichosa sus miradas en un trono de verdad, ramage que crece en su suelo regado con tantos sudores, ve caer el apoyo de la nueva monarquía. Muere el duque de Orleans. ¡Cuán frágiles, y falaces son las esperanzas humanas! A Dios solo pertenecen la vida y la eternidad.

Por entre este estrépito general, en medio de esta escena tan variable, los hombres y las cosas aparecen y desaparecen, todas van y vienen. En medio de estos vientos desencadenados, de las tempestades que braman, de cetros rotos y de tronos que se hunden y se levantan, el catolicismo no ha cesado jamas de parecer *uno* y á pesar de eso *tolerante; invariable*, y sin embargo *favorable al progreso*.

Parecia que las cruzadas del siglo XII habian abierto los caminos del Oriente á la civilizacion cristiana, y el imperio de Constantinopla, adquirido por los franceses, era como un baluarte levantado sobre el Bósforo que sirviera de punto de reunion y de partida para las conquistas futuras. Cuatro cruzadas se llevan á cabo en el siglo XIII. Damietta es tomada, y Jerusalén cedida: Sidon y S. Juan de Acre son fortificados. Obligados los cruzados á abandonar las playas de Africa, no lo hicieron hasta despues de vencer á los moros, é imponer á Mohammed Munstanser un tratado favorable á los cristianos. Los que afirman que las cruza-

das fueron guerras de devociou, y nada mas, para los Papas, se engañan admirablemente: nosotros los exhortamos á que lean el discurso de Urbano II en el Concilio de Clermont, y que suban hasta la época de la batalla naval para siempre memorable de Lepanto, donde el vencedor no fué tanto D. Juan de Austria, quanto el Papa Pio V, de quien decia Bacon: "Estraño que la Iglesia romana no haya canonizado aún á este grande hombre." Entonces se convencerán de que los Papas no dejaron de vigilar al mahometismo hasta que se durmió con un sueño letárgico. Entonces quizá mas que nunca pareció que la causa de la civilizacion era la del mismo Dios. Si se trataba de librar el único sepulcro que no tendrá que restituir nada al fin de los tiempos, tambien, se trataba de arrancar á los hijos de la fé de la mas dura esclavitud. Pero las conquistas del cristianismo debian hacerse con la palabra y no con la espada.

Las cruzadas del siglo anterior habian sido un preparativo para el periodo siguiente por medio de resultado políticos que facilitaban mas el movimiento regenerador y por medio de comunicaciones que traian focos de luz á Europa. En el siglo siguiente el conocimiento razonado que hacia pasar la doctrina al estado de ciencia, era sin duda el mas perfecto en sí mismo: pero la manifestacion de este movimiento racional traspasó la línea de la ortodoxia. La autoridad le detiene, y herido el amor propio de algunos, vuelve sus esfuer-

zos contra ella. "Hay voluntades é inteligencias, dice el señor Ozanam, que se complacen en una soledad soberbia, y que eludiendo las leyes comunes forman el cisma y la heregía." De mucho tiempo atras dominaba aquel en Oriente, y este mas variada en sus formas y menos circunscrita en su accion, aparecia en todos los puntos de la sociedad cristiana; pero ni se rompió la unidad del catolicismo, ni se entibió su amor á la tolerancia.

A principios del siglo XIII las tradiciones del maniqueismo, conservadas largo tiempo en algunas escuelas del Asia, y traídas á Europa á la vuelta de las primeras cruzadas, habian echado profundas raices en las montañas del Albigés. Habiendo crecido rápidamente, estendian sus ramas amenazadoras que ocultaban la verdad y abrigaban el crimen. El cuarto Concilio de Letran pronunció anatema contra la secta; pero los restos del error condenado continuaron esparcidos mucho tiempo, y recordaban la ecsistencia de aquella. Entonces se vieron innumerables cuadrillas de sectarios armados de espadas para proclamar el estado de guerra, y de disciplinas para anunciar la penitencia: recorrían las ciudades y los campos con el nombre de pastorcillos y flagelantes. Introducian sus hábitos vagamundos en el órden de las ideas religiosas, y dogmatizaban contra Roma, contra la gerarquía eclesiástica, y contra toda la economía del catolicismo. De los restos de estas cuadrillas de frenéticos se formaron los *fatricelos*, que con

tan humilde nombre trataron de erigir entre sí una especie de Iglesia plebeya, y mas adelante coronaron sus doctrinas de la comunidad de bienes con el dogma de la comunidad de mugeres. Tres mil de estos sectarios discurrían por los valles de Piamonte bajo la conducta del monge Dulcino, hasta que sitiados por un ejército regular, tuvieron que rendirse á la fuerza y al hambre.

En estos últimos tiempos parece que han querido resucitar en la secta de los sansimonianos. Conocidos son generalmente los medios de seducción que ésta ha empleado: libros, periódicos escursiones llamadas apostólicas. Todo ha concluido con debates escandalosos, y los nuevos sectarios han desaparecido sin dejar en pos de sí otra cosa que la demostracion mas evidente de la inutilidad de los esfuerzos que sus padres habían hecho. Las opiniones de los *fatricelos* reproducidas en cierto modo por Arnaldo de Villanueva, debían ser aceptadas en lo sucesivo como patrimonio de Wiclef y Juan de Hus, precursores de Lutero. Al mismo tiempo una fraccion del orden de S. Francisco, estraviada por el orgullo de la pobreza, y separándose de la ortodoxia con la denominacion de hermanos espirituales, fué á anunciar una nueva forma del cristianismo y el advenimiento de un Evangelio mas perfecto, salido de no sabemos qué mano desconocida. Así la misma época en que se veían secarse los últimos vástagos de los sistemas dualistas y místicos de las primeras edades, germina-

ban las primeras semillas de las doctrinas protestantes y racionalistas de los últimos tiempos. Tentados estamos por creer que Hermes y el señor Lherminier han ido á buscar sus inspiraciones en los libros de aquellos monges descalzos hostiles á su madre, que por ser vieja, no estaba entonces como tampoco hoy esenta de *manchas y de arrugas*.

Con todo, en medio de las manifestaciones perversas del pensamiento humano permanecían el dogma y la moral católica en la unidad, inmutables en sí mismos, aunque se esplicaban y aclaraban en las definiciones provocadas por la controversia. Cuatro Concilios ecuménicos, celebrados en menos de un siglo, fulminaron anatema contra los novadores, extendieron el círculo de la doctrina, y multiplicaron las aplicaciones de la legislacion religiosa. Su unidad se fortificó con la reunion de los griegos á la Iglesia romana, trayendo en pos de sí á los pueblos de la Bulgaria y de la Rusia, vasallos intelectuales de la civilizacion bizantina. Proclamóse entre los aplausos de todo el orbe católico en el segundo Concilio de Leon. Si trata uno de esplicar las causas de estas agitaciones incesantes contra el catolicismo, se hallan en la libertad de la razon que fué el carácter propio de este periodo, en la autoridad de la Iglesia que contuvo en justos límites á la misma razon que orgullosa de sus primeros pasos se precipitó en la senda peligrosa de la emancipacion, y en la tendencia de los monarcas á apoderarse otra vez

del patronato que habian solido ejercer sobre el sacerdocio los teólogos coronados del bajo imperio. Algunos historiadores al llegar á esta época, han creído que tenian poderosos motivos para acusar al catolicismo de intolerancia manifiesta, y ha habido una complacencia en presentar los cuadros mas horribles de la inquisicion y de las encarnizadas contiendas entre los Papas y los príncipes. Nosotros preguntaremos á estos escritores si han juzgado siempre imparcialmente los hombres y las cosas. Consultemos los hechos, y no veremos otra cosa que la historia misma de la debilidad de nuestra razon y de sus tentativas tan orgullosas como temerarias de independencía.

Es verdad que la inquisicion nació en tiempo de Felipe Augusto de la guerra entre Raimundo VI y los principales gefes coligados contra él, Eudo, duque de Borgoña, Henrique, conde de Neverss, y Simon, conde de Montfort. No podemos menos de verter lágrimas por las desgracias que affigieron á Beziers y á Tolosa. Sin embargo, la inquisicion no pudo durar mucho en Francia, porque encontró una rival poderosa en la justicia de los parlamentos: propiamente no hizo mas que aparecer. Tal vez abau- donó su mision primitiva y se deshonoró poniéndose al servicio de las pasiones de los príncipes; pero con suma dificultad probarian nuestros contradic- tores que no se haya mostrado aquella siempre jus- ta y muchas veces hasta misericordiosa bajo la ma- no de los Sumos Pontífices. No ejerció menos rigor

contra los perturbadores del sosiego moral de la cris- tianidad, que los magistrados contra los súbditos re- beldes de la provincia mas oscura (1). Si la mayor parte de los que leen las fastidiosas pinturas que de ellas se nos han trazado, se penetran de indig- nacion, es porque pueden muy bien haberse recar- gado las sombras en los cuadros que nos han queda- do: ademas, estamos acostumbrados á juzgar de aquellos tiempos por los nuestros. Sucede con la in- quisicion como con los hábitos de los religiosos, si nos parecen hoy tan extraordinarios, es porque da- tan de la época de la institucion de aquellos órde- nes. Otros tiempos otras costumbres.

Se clama con vehemencia contra la intolerancia del catolicismo en el siglo XIII, y se disculpan to- dos los embates de que fué principalmente víctima el clero. Sin embargo, se le acometió de todas ma- neras, en su administracion y sus propiedades ne- gando la legitimidad de sus derechos, en sus funcio- nes combatiendo la necesidad de su mision, y en todo lo que tenia relacion con su ministerio. Los Papas habian sufrido con paciencia durante tres siglos los insultos de los Césares alemanes sin aten- tar jamas á la dignidad de su diadema, cuando se levantó la grande alma de Inocencio IV contra Federico II, emperador de Alemania. Heredero

(1) Podemos indicar á los que deseen mas amplias aclaraciones sobre esta materia, la lectura de *Parad.* XII, 97. establecimiento de la inquisicion.

este de la casa de Suabia que fué la eterna enemiga de la Santa Sede, juró una paz selemne; y sin embargo, hizo una guerra de cuarenta años. Aun antes de convocar el Concilio universal celebrado en Leon el año 1245, propuso el Papa Inocencio á Federico la penitencia y el perdon. Pasaron dias cortos y serenos sobre la Santa Sede; y el mundo entero admiró al hombre, modelo de la edad media, á quien una pluma tan ejercitada como hábil, ha apellidado *legislador, héroe y santo*.

Como el labrador deja una tierra en barbecho entre dos cosechas; así la Providencia dejaba descansar la Francia entre dos grandes reinados: Felipe el atrevido vivió entre S. Luis y Felipe el Hermoso. Son célebres las contiendas de este último con Bonifacio VIII. La Alemania, la Inglaterra, la España y la Italia estaban divididas lastimosamente de resultas de las disputas que se habian originado acerca del derecho divino de los reyes, las prerogativas de los parlamentos, las reservas con las cuales se concedian los tronos, y los fueros de las ciudades. Los Papas intervenian para terminar las diferencias y disolver las ligas formadas contra los soberanos; pero ciertos grandes vasallos de la corona se habian coligado contra las jurisdicciones eclesiásticas, y se habian manifestado desconfianzas de otra clase en la pragmática sancion. Las dos potestades espiritual y temporal descendieron otra vez á la arena. Dícese que se trataba de la esaccion de un tributo impuesto ó

que se iba á imponer al clero, y de la intrusion de Felipe en la ereccion y administracion de las sillas episcopales. No nos tomaremos la libertad de juzgar todo lo que se hizo entonces. Bástanos responder á la acusacion de intolerancia que se hace á la Iglesia, tomando ocasion del pontificado de Bonifacio.

Si confesamos con gusto que este Papa dotado de una rara energía y de hábitos severos careció tal vez de moderacion, y atropelló por los miramientos, ó se engañó en el conocimiento de aquella época tan diferente del siglo de Gregorio VII; no puede negársele el derecho que estaba de su parte. El Concilio general de Viena declaró que en nada de cuanto habia practicado, se habia hecho culpable de heregía. El Papa dió tambien un decreto en que prevenia que no se pudiese echar jamas en cara al rey ni á sus sucesores lo que habia hecho contra Bonifacio. Así, deseosos nosotros de entrar en las miras de tolerancia del sumo Pontífice Clemente V, no reprocharemos á Felipe el Hermoso el haberse escedido de sus derechos, faltado á las formas, comprometido los intereses públicos y escitado la indignacion universal con los malos tratamientos que hizo sufrir al Papa Bonifacio. Nadie puede negar á éste el derecho que tenia de reclamar unas libertades juradas, de defender unas propiedades adquiridas, y hacer ejecutar unas leyes reconocidas. Despues de estas breves esplicaciones se nos permitirá manifestar que los Papas,

al deponer á los emperadores, obraban tal vez mas bien como protectores de los pueblos, que como gefes de la Iglesia. De manera que por este hecho no hay fundamento para sostener la acriminacion de intolerancia contra el catolicismo. Su bondad no puede degenerar en debilidad, ni perjudicar á la unidad su condescendencia. Favorece al progreso y siempre permanece invariable. El Concilio de Viena, celebrado en el año de 1311 terminó las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara, y trató tambien de la órden de los templarios. Parece probado victoriosamente que los caballeros pertenecian á la secta de los maniqueos. Bajo el clima voluptuoso del Oriente y en medio de las costumbres sensuales de los pueblos musulmanes se dice que se dejaron vencer de la seductora, pero triste tentacion del mando, del oro y de los placeres. La abjuracion de las reglas traia consigo la apostasia de las doctrinas. El mundo cristiano quedó aterrado al oír la relacion de todas las acusaciones entabladas contra aquellos religiosos caballeros, que acaso eran culpables de pasiones y de errores nada mas; pero el catolicismo ni podia consentir que se alterasen su fé ni su moral. Se cortó la mano derecha para salvar el corazon y pronunció sentencia de condenacion contra los templarios.

¿Quién ignora el ruido que metió en el mundo católico la abolicion de esta órden? Pero la fé permanecia invariable. Juan Hus, Wiclef, Juan Petit y Gerónimo de Praga se declararon en adelan-

te contra el augusto sacramento de la Eucaristía y la potestad de la Iglesia, y disputaban su doctrina sobre la sumision debida á los príncipes. El Concilio de Constanza los condenó (pero no pronunció sentencia contra ellos) al cruel suplicio que acompañó á la muerte que les impuso el brazo secular (1). Animada la Iglesia de un amor ardiente á la tolerancia y la unidad dió un salvoconducto á los bohemios para tratar de una franca reunion en el Concilio de Basilea, convocado por el Papa Eugenio en el año 1431, y á los ocho se firmó un decreto de union entre los griegos y latinos en el Concilio de Florencia por la activa y constante solicitud de aquel Pontífice.

Sin embargo, el catolicismo no cesaba de impeler al progreso. Los bárbaros habian comenzado por degollar á los clérigos y á los monges, y convertidos al cristianismo se postraron á sus piés y contribuyeron solícitos á la fundacion de los colegios y universidades. La luz venia de dos focos principales, la predicacion y la enseñanza. Los honores y el poder de la cátedra evangélica se aumentaron con la institucion de los religiosos del órden de Sau-

(1) De este hecho no puede tomarse ocasion para acusar de intolerancia y de crueldad á la Iglesia. La ley de aquellos tiempos era la que habia establecido la pena de diversos géneros de muerte para ciertos crímenes. A los ladrones de la Iglesia les arrancaban los ojos. El vicio que fué la ignominia de la antigüedad, era castigado con la mutilacion en primera ofensa, la pérdida de un miembro en caso de reincidencia, y la hoguera si se cometia por tercera vez. Por un segundo infanticidio era quemada la mujer despues de muerta.

to Domingo, y se multiplicaron los predicadores, semejantes á antorchas agitadas, cuya luz ilumina todos los puntos de un lugar oscuro. Pero la enseñanza residía en las universidades, que la potestad religiosa fundaba en los puntos mas importantes de la cristiandad, como fanales para alumbrar el camino de las inteligencias. El Concilio de Letran habia instituido escuelas gratuitas en todas las Iglesias episcopales, y Bonifacio VIII, en medio de las tempestades que bramaron sobre su cabeza, halló tiempo de fundar en Roma la Sapiencia y unas escuelas célebres en Aviñon. En el reinado de Felipe el Hermoso que instituyó la universidad de Orleans, se vió establecerse el colegio de la reina de Navarra, el del cardenal le Moyne y el de Montaignu, arzobispo de Narbona. Los combates que la Iglesia habia tenido que sostener contra el cisma, la heregía y el despotismo, no habian contribuido poco á sacar de su cubierta grosera á la razon, que debia legarse en herencia á las naciones modernas. El movimiento general de los entendimientos no cesó de ser ascendente desde el siglo XIII. Santo Tomás de Aquino, S. Buenaventura, Alberto, Rogerio Bacon, Henrique de Gante, Hugo de Saint Cher, Alejandro de Hallais, Alano de l'Ylle, Ivo de Triquer, Jacobo de Voragines, Guillermo Duranti, Juan de Dondis, Pedro d' Ailly, Gerson, Juvenal, Pico de la Mirándula, Chartier, Martuel de Anvernia, Francisco Vilon y Roberto Gaguin componen la cadena de aquellos hombres, que nos

traen de los primeros dias de la edad media al tiempo del renacimiento de las letras. Grande fué su celebridad, y el cognomento con que se los distinguió, prueba la admiracion de sus siglos. Alberto fué apellidado el Grande; Santo Tomas de Aquino el Angel de la escuela; S. Buenaventura el doctor seráfico; Rogerio Bacon el doctor admirable; Henrique el Grande el doctor selemne; Henrique de Suza el esplendor de la jurisprudencia; Alejandro de Alais el doctor irrefragable, y Alano de l'Ylle, el doctor universal.

En el siglo XIII fué cuando se halló constituido el movimiento filosófico en la escolástica, que estaba entonces en su apogeo. Santo Tomás de Aquino, que se asemeja en el ingenio á Platon y Mallebranche, y en la claridad y la lógica á Aristóteles y Descartes, resumiendo las obras y los muchos ensayos de dos siglos, produjo esa *Suma* que el nuestro admira todavía. "Esa era, dice un escritor tan virtuoso como erudito (1), la marcha regular, el verdadero movimiento católico, en que la fé y la autoridad encargadas de conservar su depósito, dirigian los nobles esfuerzos de la razon." Desgraciadamente no tardó en desviarse este movimiento. Sin embargo, no cesaron de fomentarse las letras y las ciencias desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del de Carlos V, y en los de Carlos VIII, Carlos IX, Enrique III, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV,

(1) El presbítero P. S. Blanc.

y Luis XVI. La nobleza y el clero concurrían con admirable celo al acrecentamiento y prosperidad de los colegios y cátedras. Los progresos de la civilización seguían de cerca á los adelantamientos que el esplendor de la fé cristiana daba á la ciencia. El feudo que nació en la época en que los siervos germanos vinieron á romper los grillos de la servidumbre, había constituido la feudalidad: era la confusión de la propiedad y de la soberanía. Y con todo se dice que la creación de estados nobles en el régimen feudal era una idea política la más extraordinaria y profunda. Pero en tanto que entre las naciones antiguas derivó el Derecho civil del Derecho político, en Francia este debía derivar del Derecho civil.

Felipe el Hermoso inauguró uno de los siglos más fecundos en transformaciones sociales. La libertad religiosa, civil y política dió un paso considerable por la pugna de las dos potestades: conoció la razón de estado, y comenzó la conversión del vasallo en súbdito. Estableció la monarquía de los tres estados; y la monarquía parlamentaria, que hizo después un papel independiente en tiempo de la Fronda, desapareció en el reinado de Luis XIV, se rompió en el de Luis XV, y restablecida en el de Luis XVI, sirvió para reconstituir los estados generales de 1789. En el reinado de Felipe coincidió el descubrimiento de la brújula con el de la pólvora. Todos los reyes sus sucesores fueron los protectores de las ciencias, de las letras y de las

artes. A la arquitectura griega, lombarda y gótica había sucedido ya esa arquitectura de ogivas, que fué una conquista de las cruzadas de Felipe Augusto y de S. Luis. Si en tiempo de Felipe V se observaba ya que gustaba de rodearse de poetas y de sábios, nos bastará nombrar el gran siglo de Luis XIV que produjo los Mateos Molé, los de Retz, los Condé y los Turenas, los Racine, los Corneille y los Daguesseau, los Bourdaloue, Massillon, Fénelon y Bossuet. Pero la civilización consiste sobre todo á nuestro juicio en mejorar la multitud purificando sus costumbres; y con más particularidad bajo estos respetos extendía el catolicismo sus conquistas.

Los bárbaros habían venido á establecerse en medio de la sociedad romana depravada por el lujo, degenerada por la esclavitud y pervertida por la idolatría. Los mismos francos tenían costumbres muy disolutas cuando entraron en las Galias. Así, todos los apetitos de la naturaleza se propagaban sin oposición en el seno de aquellos pueblos, compuestos de las ruinas de otras mil sociedades. En aquella mezcla universal de propiedades, de leyes, de libertad y de servidumbre, de espectáculos incoherentes y de usos contradictorios, el catolicismo solo con sus creencias y solemnidades podía procurar con algún fruto curar la gangrena de los tiempos bárbaros. Estendiéndose cada vez más, amenazaba invadir todas las edades y todas las condiciones; y no faltó á esta misión civilizadora. Los

Concilios reproducen sin cesar las quejas contra la licencia, y prescriben los remedios que se le han de aplicar. En el reinado de Felipe el Hermoso se convoca espresamente un Concilio para atajar el desenfreno de las costumbres. Cuatro Concilios generales y varios provinciales persiguen la simonía y la molicie hasta dentro del santuario, y penetran en el fondo de los monasterios para restablecer la disciplina. Una constitucion con que Bonifacio VIII honró su pontificado, prohibia con *justísima razon* el abuso de las censuras á los jueces eclesiásticos. En otras disposiciones legislativas se desplegaba la mayor severidad contra el robo, la usura y el adulterio. No se mostró S. Bernardo mas indulgente con los vicios de su siglo. Sin embargo, parecia que debia renacer la virtud de las multiplicadas reformas que se hacian en las costumbres. Estas eran mas puras y suaves á medida que se propagaba el culto de la Virgen María, sancionado con divina sancion por las maravillas que se obraron en la colina de Loreto. Los religiosos de San Francisco y de la Merced habian manifestado al mundo cuántos beneficios sabe derramar la religion sobre el infortunio para aliviarle.

¿Quién podria enumerar todos los triunfadores pacíficos de los vicios y de las pasiones que el catolicismo ha producido desde entonces, todos los sagrados órdenes que la Providencia ha suscitado cada uno con una mision que parece siempre análoga á las urgentes necesidades de su siglo, todos

los sacrificios que hacian palpar á unos corazones ardientes de amor para socorrer á sus hermanos, tantas lágrimas enjugadas y tantos dolores aliviados! “Las sociedades humanas, decia un grande hombre (1), nacen, viven y mueren sobre la tierra: allí se cumple su destino; pero no contienen al hombre todo entero. Despues que se ha alistado en la sociedad, le queda la parte mas noble de sí mismo, esas elevadas facultades, por las cuales se levanta á Dios, á una vida futura, á unos bienes desconocidos en un mundo invisible. Nosotros, personas individuales é idénticas, verdaderos seres dotados de la inmortalidad, tenemos otro destino que los estados.” Y esto es lo que el catolicismo ha comprendido tan bien. Sus esfuerzos han sido siempre convergentes, tanto hácia el bien espiritual de cada individuo, como hácia su fin comun. Las religiones de la antigüedad, todas nacionales, se adherian á la ecsistencia de una sociedad que se creia indestructible: parecian hechas para el estado, no para el hombre. Al contrario el catolicismo descubriendo en cada hombre una imagen de la Divinidad, le atribuye un valor personal independiente de su valor social, y cree que para conducirlo al cumplimiento de su destino, no está de mas reunir todas las fuerzas del culto y de la doctrina. Así es que por un magnífico conjunto de medios de institu-

(1) El señor Royer Collard sobre el proyecto de ley relativo al sacrilegio.

cion divina, se apodera del hombre para hacerle pasar de la vida de la naturaleza á la de la gracia, perfeccionarle en ella, y guiarle á la vida de la inmortalidad. Su ingenio no habia cesado jamas de sugerirle recursos nuevos y secundarios en su marcha civilizadora por entre esos siglos favorables al talento, ya por la soledad de los claustros, ya por la estrañeza y diversidad del mundo.

El catolicismo fué la ley religiosa de la Europa entera en la edad media. En el siglo XV, sobre todo, se conoció que habia alguna agitacion en la conciencia de los pueblos, y que era conveniente una reforma. El periodo de este hecho grande estaba reservado al siglo XVI. Juan Hus habia proclamado el principio de independencia del antiguo maniqueismo enarbolando el estandarte en el seno de la Europa continental. Lutero, imbuido en sus insidiosas máximas, las trasformó en dogmas, é hizo una religion: el odio que concibió contra el Papa y las prácticas de la Iglesia romana, fué implacable. Resumir en un hecho general la serie de hechos tan variados á que dió lugar aquella revolucion religiosa, es una tarea difícil que no nos hemos impuesto. Nos basta probar nuestra tesis: el catolicismo es *uno*, y con todo eso *tolerante; invariable* y sin embargo, *favorable al progreso*. Parecemos que no llevan fundamento los que ven la causa de la reforma en la envidia que ocasionó á Lutero el que se hubiese encomendado á los dominicos la distribucion de las indulgencias. Este

reformador hizo sostener tésis públicas en el año de 1516, y los hombres ilustrados vieron en ellas el gérmen de los errores que enseñó despues, mientras que Leon X no concedió las indulgencias plenarias hasta 1517. No tienen mas razon los amigos de la reforma para buscarla en la necesidad de corregir los abusos ecsistentes en la Iglesia. No puede ocultársenos que el clero se hallaba generalmente envilecido por la simonía, que los príncipes favorecian demasiado, y por la incontinencia que es su resultado. Al recordar los escesos de aquellos que fueron puestos para ser la sal de la tierra, el corazon rebosando afliccion no puede exhalar su dolor mas que con lágrimas y suspiros. ¡Cuán lamentable es que tales desórdenes hayan dado cierto pretesto especioso á las luchas intestinas y escandalosas que se siguieron! A nada menos iban encaminadas que á destruir en el ánimo de los pueblos toda consideracion hácia el orden eclesiástico. Pero ¿qué necesidad habia de Lutero para resucitar la austeridad de costumbres en el clero y en el seno de las naciones? ¿No estaban ahí los Concilios, centinelas vigilantes, para conseguir aquel objeto? ¿Faltaron jamas al cumplimiento de un deber tan importante? Además, bien tristes hubieran sido los medios de reforma adoptados por Lutero, que dejó el hábito de agustino para casarse con Catalina de Bore, y dió rienda suelta á todos los placeres sensuales. He aquí tambien un testimonio de que no puede dudarse. "No es cierto, dice el señor Guizot

(1) que en el siglo XVI fuese muy tiránica la corte de Roma, y que los abusos propiamente dichos fuesen mas escandalosos que nunca: jamas habia sido mas tolerante el gobierno eclesiástico:" confesion formal que queremos acatar á favor de nuestra tésis. "A mi parecer, continúa el señor Guizot, la reforma no fué ni un accidente, resultado de una gran casualidad ó de algun interés personal, ni una simple mira de mejora religiosa, el fruto de una utopia de humanidad y de verdad. Tuvo una causa mas poderosa que todo eso, y que domina todas las causas particulares. Fué un grande impulso de libertad del entendimiento humano, una nueva necesidad de pensar de juzgar libremente, por su cuenta y con sus solas fuerzas, de los hechos y de las ideas que hasta allí recibia la Europa ó estaba obligada á recibir de manos de la autoridad. Es una gran tentativa de emancipacion del pensamiento humano, y para llamar las cosas por su nombre, una *insurreccion* del entendimiento humano contra *el poder absoluto* en el órden espiritual. Tal es á mis ojos el verdadero carácter general y dominante de la reforma." De buena gana aceptamos este juicio del señor Guizot, que está en completa analogía con aquellos tiempos, en que levantándose la razon por un movimiento de reaccion, fué violenta y sediciosa.

En vez de hermosear con una aureola luminosa el dogma católico por obediencia y por respeto, le

(1) *Historia general de la civilizacion en Europa.*

mutiló rasgando los títulos de la única autoridad que debia dirigirla. Diversos conflictos habian originado la discusion sobre las cuestiones de autoridad y de jurisdiccion. La razon altiva se apoderó de ellas para intentar corroer la cadena con que creia humillado profundamente su orgullo. Se empeñó la lucha, y el movimiento racional se abrió camino á todos los errores. Pero la verdad católica, despues de haber luchado cuerpo á cuerpo con ella, la derribó en tierra, y permaneció siempre invariablemente una. Por tolerancia habia consentido el Papa Leon X en que Lutero se retractase solamente á presencia de Cayetano, su legado, cuando á la obstinacion del heresiarca no debia oponer mas que su poder. El Sumo Pontífice, que no desdijo nunca del esplendor de su nombre, anatematizó todos los escritos de Lutero en una bula de 20 de Junio del año 1520. Este, sin hacer caso de los rayos del Vaticano, combate sucesivamente al Papa, á la Iglesia y sus sacramentos: no hay error que no abrace; pero la fé permanece inalterable. La facultad de teología de Paris se unió al Papa para anatematizar al nuevo herege. La reforma habia estallado cuando Francisco I y Carlos V, la Francia y la España, estaban en guerra, cuando la casa de Austria se levantaba é iba preponderando en Europa, y cuando la Inglaterra, por medio de Enrique VIII, intervenia en la política continental con mas regularidad, perserverancia y estension que lo hiciera nunca. Todas estas circunstancias favorecieron

la propagacion del luteranismo, que fué la obra del interés en Alemania, de la licencia en Inglaterra y de la novedad en Francia. Para atraer á sí los príncipes y por cada uno de ellos á todo un pueblo, nada le era costoso. Despues de muchas tentativas para oponerse á escenas escandalosas, Cárlos V, incapaz de resistir á los príncipes confederados llamados protestantes desde la dieta de Spira y á las armas otomanas, les concedió la libertad de conciencia en Nuremberga hasta la convocacion de un Concilio general. Lutero murió en el año 1546 á los 63 de su edad; pero la secta, que se habia dividido en vida suya, se volvió á dividir á la manera de un arroyo que se pierde en la multitud de sus canales por mil derivaciones diversas.

Entre los principales discípulos de Lutero se cuenta á Calvino, Zuinglio, Osiander y Melancton, que aunque al parecer echaban menos lo pasado, propendian hácia un porvenir desconocido para ellos. La libertad de pensar y de creer producía diariamente nuevos símbolos: en los países sometidos á la reforma no habia mas que opiniones aventuradas, decisiones temerarias y declamaciones arrebatadas. El libre albedrío, los votos, el culto exterior, la invocacion de los santos, el Papa, los obispos, los sacerdotes, las fiestas, las bendiciones, las cruces, las indulgencias, las misas, el purgatorio, todo era inútil, hasta la necesidad de las buenas obras, porque *la fé sola* justificaba. El santo Concilio de Trento celebrado el año 1537 vino á vengar á la Igle-

sia de todos estos errores, esplicó la fé cristiana, y confirmó la antigua disciplina. Así tomó aquella su propia defensa y la de los principios conservadores de que es depositaria. Pero el concurso de las circunstancias habia sido tal, que Lutero y Calvino habian bastado para abrasar el edificio religioso y social. Nos aterramos y nos llenamos de horror con la sola idea de las guerras llamadas *religion* que llenan el siglo XVI en Francia. La vida de la reforma se encierra entre el año 1520 en que Lutero quemó públicamente en Witemberga la bula de Leon X que le condenaba, y el de 1648, fecha de la conclusion del tratado de Westfalia. Así la lucha entre los estados católicos y protestantes, el mayor efecto de la revolucion religiosa, duró desde el principio del siglo XVI hasta mediados del XVII. Por el tratado de Westfalia, concluido en el año 1648, segun el señor Guizot, los estados católicos y protestantes se reconocieron reciprocamente, y se prometieron vivir en paz y en la amistad, prescindiendo de la diversidad de religion. La fé católica permanece *una* en su doctrina; pero *tolerante* como siempre para con las personas.

El que no obra segun estas máximas, no conoce su espíritu, que es un espíritu de union, de caridad, de paciencia y de proteccion. El que so pretexto de divergencia de culto aborrece á sus hermanos disidentes en creencias, abjura el catolicismo y renuncia á iniciarse en la familia cristiana. ¡Ah! ¡que no podamos borrar con nuestras lágrimas esas tris-

tes páginas de la historia en que se pintan los espantosos excesos de los dos partidos contendientes, que bajo el pretexto de religion combaten y se despedazan, sucesivamente vencedores y vencidos firman tratados de paz, y luego con menosprecio de la fé jurada vuelven á tomar las armas y arrastran á la lid á los grandes, á los príncipes y á los reyes, é incitan á las ciudades y provincias á la insurreccion! La Europa entera parece que se cubrió de luto, y donde quiera no se oian sino gemidos y gritos de desesperacion. No es nuestro objeto juzgar á los hombres sino las cosas. No examinaremos cuál de los dos partidos se mostró menos tolerante en la lucha comun: nos basta consultar los hechos. “La reforma, dice el señor vizconde de Chateaubriand (1), despertó las ideas de la antigua igualdad. Propiamente hablando, la verdad filosófica revestida de una forma cristiana combatió la verdad religiosa..... Bajo el aspecto religioso la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la falta completa de fé; y la razon es que la independencia del entendimiento viene á pararen dos abismos, la duda ó la incredulidad. Y por una reaccion natural, la reforma, apareciendo en el mundo agresora, puso al catolicismo en la necesidad de resistir á sus incesantes embestidas y á sus invasiones. Así se la podría acusar de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furores de la

(1) *Análisis razonada de la Historia de Francia.*

liga, del asesinato de Henrique IV, de las muertes de Irlanda, de la revolucion del edicto de Nantes y de las dragonas (1). El protestantismo clamaba contra la intolerancia de Roma, al paso que degollaba á los católicos en Francia, aventaba las cenizas de los muertos, encendía las hogueras de Sirven en Ginebra, se manchaba con las violencias de Munster, y dictaba las leyes atroces que oprimieron á los irlandeses, apenas libres en el dia, despues de algunos siglos de servidumbre.” Nos parece que el juicio de estos hechos, justifica bastante al catolicismo para tapar la boca á los que intentaran deducir consecuencias de ellos para gritar todavía intolerancia. La Iglesia tendria siempre fundamento para responder: Hace muchos siglos que estaba yo en posesion: acometida en la creencia de los pueblos he debido defenderla: desapruero los excesos de crueldad que han sido la consecuencia deplorable; pero no soy de ningun modo la causa de ellos. En este sentido decia el ilustre autor ya citado: “La Religion cristiana entra en una nueva era: como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera trasformacion: dejó de ser política, y se hace filosófica sin cesar de ser divina: su círculo flexible se estiende con la ilustracion y la libertad, mientras que la cruz señala para siempre su centro inmóvil.”

(1) Así se llamaron las persecuciones de los protestantes en tiempo de Luis XIV, porque se empleaban dragonas en ellas.

Cesen, pues, las antipatías entre las diversas comuniones. Unanse en el beso del mismo amor los hombres, cualquiera que sea su procedencia, y estrechense al pié del Calvario, origen comun de la gran familia regenerada. Afírmese la concordia mas perfecta entre los disidentes, y anúdense otra vez por conviccion y en paz los vínculos rotos, para que se forme un pueblo de verdaderos hermanos. Este es el deseo mas ardiente de nuestro corazon, el objeto de las mas dulces esperanzas, y el fin constante de todos los esfuerzos de cualquiera que tiene un corazon ilustrado por la fé.

Entre tanto, la civilizacion iba creciendo: el descubrimiento de la América, la toma de Constantino-
pla por los turcos y la invencion de la imprenta, estendian el dominio de la inteligencia y de la moral. Aquel fué el tiempo en que la literatura italiana resplandecia, y comenzaba la literatura francesa y la inglesa: aquella fué la época de los progresos mas activos del sistema comercial. La actividad del entendimiento humano se manifestaba en todos sentidos.

Se ha preguntado si el movimiento de oposicion á la Iglesia, al paso que estimulaba la accion intelectual, no perjudicó mas bien que sirvió al verdadero progreso. Responderemos con el Sr. de Chateaubriand que si Lutero y el protestantismo no hubiesen venido á violentarlo todo, el progreso y la reforma, pero legítimos y católicos, hubieran llegado con mas lentitud sin duda, pero tambien con mas

regularidad, y sobre todo sin tanto escándalo, ni guerras, ni efusion de sangre. Otro autor no menos estimable ha añadido, que aunque reconoce la poderosa influencia de la lucha exterior sobre la accion interna de la Iglesia, está persuadido al mismo tiempo de que la oposicion del protestantismo y luego del filosofismo, tan ilegítima ya y tan errónea, fué tambien desgraciada bajo este concepto por su mismo exceso. No solamente estimuló el movimiento en lo interior del catolicismo, sino que rompió su justa medida precipitándola esclucivamente en combates intelectuales. Valia infinitamente mas que todas las facultades caminasen juntas, cada una segun su ley, aunque llegasen un poco mas tarde.

Pero tenemos que confesar que hay épocas en que la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes imprevistas acarrear variaciones en las ideas, en las leyes y en las costumbres. Este es el resultado de la marcha á veces forzada de la civilizacion hácia la perfeccion inherente á la naturaleza humana. Lutero con la reforma estaba á orillas de un universo nuevo; y sin embargo, el catolicismo, permaneciendo *invariable*, no dejó de impeler al *progreso*. Cubrió la Europa de monumentos religiosos; y como en otro tiempo produjera un Leon para proteger al mundo civilizado contra Atila, produjo otro Leon para poner término al estado bárbaro de las facciones, y embellecer la sociedad que ya no era necesario defender. Continuó su obra de restaura-

cion, y rodeado de una nueva generacion de Pontifices, y sostenido por nuevos órdenes monásticos, apareció mas puro y magestuoso.

A pesar de la esageracion del racionalismo, habia habido un progreso real; pero un progreso prudente y continuo, un verdadero progreso de la razon. Descartes, Bossuet, Pascal y Fenelon parecia que habian engrandecido la humanidad con su talento. Entre tanto, el jansenismo que atormentaba á la Iglesia hacia dos años, acababa de ser herido en el corazon, y no tardó en espirar en las convulsiones del cementerio de S. Medardo.

Ya se acercaba la época en que la libertad, hija de la razon, era llamada á suceder á la antigua libertad, hija de las costumbres. Montesquieu, Rousseau, Raynal y Diderot en medio de sus declamaciones, fijaban la atencion de la multitud sobre los derechos de la libertad política. La autoridad que siempre habia sido disputada en las asambleas legítimas de la nacion y en los tribunales superiores bajo el reinado de Luis XIV, á quien sin embargo ningun parlamento se atrevió á hacer representaciones, se puso en litigio otra vez, y con mas calor despues de la muerte de aquel monarca. Voltaire hacia el papel mas importante, y Ferney se habia vuelto la corte europea.

La reforma preñada de la indiferencia de las religiones, en lenguaje de Jurieu, y manantial del ateismo mas puro segun Bossuet, habia dado á luz la filosofía del siglo XVIII, que á su vez debia abor-

tar una revolucion. Lutero habia trasformado en dogma el principio de independenciam sostenido en otro tiempo por los maniqueos, y Mirabeau quiso aplicarle al mundo político. *El primero no habia querido Papa, y el segundo no quiso reyes.* "Todo ademas contribuía á una revolucion, dice en su historia el señor Thiers. Un siglo entero habia contribuido á descubrir los abusos y llevarlos hasta el esceso: dos años á escitar á la rebelion y á ganar á la multitud popular haciéndola intervenir en la contienda de los privilegios: finalmente, algunas calamidades naturales y un concurso fortuito de diversas circunstancias, acarrearón la catástrofe cuya época podia muy bien diferirse, pero cuya ejecucion tarde ó temprano era infalible. Estaba empeñada una larga lucha entre los parlamentos, el clero y la corte á presencia de una nacion agotada con prolongadas guerras: hácese las elecciones, y se abren los estados generales." Aunque calculamos con el señor Thiers las diversas causas de la revolucion, creemos poder decir con tanto fundamento como verdad, que la principal causa de ella consistió en la razon, que estraviada por las pasiones, no conoció ya freno y aspiró á la emancipacion de toda autoridad. Otras mil causas favorecieron sus triunfos, y estalló la revolucion. Así, el catolicismo ha estado siempre en accion contra el movimiento de insurreccion que le ha perseguido incesantemente; pero nunca ha dejado de ser *uno y tolerante.*

Ya habia admirado el universo la caridad de Fe-

nelon durante el cruel invierno que se siguió á los desastres de Luis XIV; y á la apertura de los estados generales se pudo juzgar del espíritu de tolerancia que animaba al clero. Cuenta el señor Thiers que el discurso del obispo de Nancy, en que abundaban los sentimientos generosos, fué aplaudido con entusiasmo á pesar de la santidad del lugar y la presencia del rey: que la emocion fué general; y que repentinamente se acabaron los ódios en mas de un corazon, y tuvieron entrada la humanidad y el patriotismo." Esta ha sido siempre la divisa del cristianismo: *olvido de las injurias y amor de los enemigos*. Si á poco se trata de la verificacion de los poderes y de deliberar acerca de la invitacion que en nombre del Dios de paz hacen los diputados del estado llano para que se reuna el clero con ellos en el salon de la asamblea, á fin de escogitar los medios de efectuar la concordia, muchos miembros de aquel responden con aclamaciones, y aceptan lisa y llanamente el proyecto que se les habia presentado. Pero nunca llevó el clero su tolerancia hasta romper la unidad católica. Inmediatamente que la asamblea constituyente decretó el proyecto de la constitucion civil del clero, este se opuso con energía á tal usurpacion de la autoridad espiritual. La revolucion avanzó en sus caminos de invasion, de destruccion y de muerte. Levantaos, gloriosos Pontífices, y vosotros, sacerdotes del Señor, al estruendo de la nueva tempestad que brama sobre vuestros palacios y vuestros templos, ó mas bien

huid, huid de la tierra que os traga. Se os escige un juramento. . . pero continuareis estrechamente unidos á la Iglesia. Antes os dejareis encerrar en las cárceles ó asesinar al pié de los altares, que abandonarla.

Por entre las ruinas y los cadáveres palpitantes que señalaban el paso de aquella plaga asoladora, el catolicismo guiaba á sus hijos fieles. Los unos se dirigian á regiones estrangeras, mientras que otros se mantenian en el suelo patrio donde bajo formas diversas no cesaban de invocar las bendiciones del cielo, y abrir á las almas los manantiales de la gracia para hacerlas dignas de la verdadera gloria. La lucha estaba empeñada, y era formal, activa, implacable: una de las partes debia sucumbir. La Religion combatida de todas partes cejó un instante; pero hizo como los partos, que al huir arrojaban el dardo mortífero al pecho del vencedor: y la revolucion halló su ruina completa en el terreno mismo que al parecer habia dejado momentáneamente la Religion en su poder. Habia descargado la tempestad, y se calmó despues de haberse desencadenado todas las pasiones. La licencia de pensar y de obrar fué inmolaada por uno de los héroes que la misma revolucion habia dado á luz. Cuando se retiraron las olas de la anarquía, apareció Napoleon á la entrada de un nuevo universo, como aquellos gigantes que aparecieron despues del diluvio. A su regreso de Egipto se apoderó de la espada del mando; y la unidad del catolicismo que tenia que correr aun graves peligros, los venció.

Es verdad que la constitucion civil del clero arancó al sacerdocio muchos hijos desdichados; pero la mayor parte desaprobaron luego el error que los habia seducido. El cisma de los disidentes con que se metió entonces tanto ruido, no era mas que una quimera, porque era imposible ser cismático profesando la fé de la Iglesia con riesgo de sus bienes, de su libertad y de su vida, y permaneciendo notoriamente en la comunión de aquella. Además, ¿quién no tiene noticia de los breves de Pio VI para condenar la constitucion civil y la decision de la Iglesia universal que se siguió de aquí? Entre los ciento treinta y un obispos que ocupaban las sillas de Francia cuando la expedicion de dichos breves, ciento veintisiete se adhirieron muy esplicitamente á esta decision: mas de ciento treinta y cinco obispos extranjeros se unieron á ellos por una adhesion tan positiva, y en ninguna parte se oyó reclamacion alguna de los primeros pastores. Así, pues, la sentencia que nosotros alegamos, emana del cuerpo entero de la Iglesia doctrinante. Por eso se miró como definitiva. Las alocuciones de Pio VII, de 24 de Mayo de 1802, y 26 de Junio de 1805, lo testifican. Se vió salir la unidad del catolicismo de entre las olas que amenazaban tragarle, radiante con las glorias de su destino. El cristianismo lo habia resuelto todo; y del Oriente al Occidente cantaba la humanidad su himno de descanso, de regeneracion y de la ciencia con su *Hosanna* de gloria al Crucificado.

La paz de Tilsitt habia confirmado á Napoleon en el mas alto grado de pujanza á que podia llegar, y vencedor en Wagram se embriagó con sus triunfos, que prepararon la caida de un trono tan maravillosamente levantado; pero la Iglesia debia quedar en pié, á pesar de los esfuerzos que él hubo de hacer para derribarla ó levantarla otra vez. En su ambiciosa política reunió los Estados romanos á su imperio en el mismo año que dictó al Austria la paz de Viena. El Papa se opone á aquella usurpacion, y el catolicismo es herido en su cabeza; pero no por eso debia alterarse su unidad. Halló garantías en el concordato firmado por el digno sucesor de Pedro, y en ciertas miras de orden público y de paz para la Iglesia, y de independencian para la Santa Sede. El Concilio nacional convocado por Napoleon el 9 de Julio de 1811, dió el espectáculo mas grandioso al mundo cristiano. Armados nuestros Pontífices del escudo de la fé, desafiaron á aquel que queria sojuzgar al universo: vislumbraron que se trataba de menoscabar la unidad de la Iglesia, y con una fé fuerte y valerosa le respondieron *non licet*; y la unidad quedó intacta. El Sumo Pontífice, de alma grande y corazon expansivo, fué trasladado de Savona á Fontainebleau, donde padeció hasta el año 1813 todos los dolores de un penoso destierro; pero tantas humillaciones no podian menos de presagiar un triunfo glorioso en un tiempo cercano. El 25 de Enero del mismo año, el Papa firma un nuevo concordato bajo

cláusulas condicionales; y al punto levantando el catolicismo su oriflama, anuncia al universo que Jesucristo ha mandado de lo alto de los cielos, que reina y que es vencedor. Bolonia habia abierto las puertas al mas santo Pontífice; y la unidad se afirmaba en el mundo cristiano.

La derrota de Leipsick vino á cerrar los anales de tantas conquistas. Mientras que Pio VII, que habia vuelto triunfante á la capital de sus Estados, dirigia á su voluntad la nave de Pedro entre las olas tumultuosas de los pensamientos humanos, su perseguidor iba á morir de remordimientos y de tedio en una isla remota. Su trono se habia hundido, y sobre sus ruinas se levantaba el de la flor de lis. La Francia logró ver otra vez á sus antiguos reyes; y el catolicismo, siempre invariable, no cesaba de caminar en las vias de la *tolerancia y del progreso*. El espíritu público, todas las necesidades de la nacion estaban satisfechas. Un puñal regicida vino á sumergir á la Francia en el luto; pero la Religion acudió á enjugar sus lágrimas y calmar sus agudos dolores. Al autor de la carta acababa de suceder aquel noble monarca, cuyas tristes cenizas descansan lejos del sepulcro de sus abuelos. Bajo su cetro parecia que lo presente habia encontrado seguridades, y lo futuro sus esperanzas. La libertad, lejos de eclipsarse, se embellecia con el esplendor de su diadema; y en presencia del pacto de familia, imponente á la par que regenerador, aparecieron reunidos en perfecta ar-

monía en Reims la santidad de los altares y las garantías de los pueblos. Las faltas de diversos ministerios y la resistencia de las cámaras, produjeron la catástrofe que hundió el trono de la rama primogénita de los Borbones. ¡Qué entendimiento, por penetrante que fuese, hubiera podido leer desde entonces en las páginas de lo futuro la larga serie de acontecimientos de que hemos sido testigos hasta el dia! “La Providencia, ha dicho con grandísima fuerza de razon el señor Guizot, no está sujeta á estrechos límites: no se inquieta por sacar hoy la consecuencia del principio que sentó ayer: ya la sacará dentro de siglos, cuando haya llegado la hora: y por raciocinar lentamente segun nosotros, no es menos segura su lógica.”

De pronto fermentó un espíritu de rebelion en el seno de la Europa: parecia que se respiraba un aire inflamado: ruidos soterráneos, presagios siniestros de nuevas y deplorables calamidades aturdiran los oidos. Cualquiera hubiese dicho que estábamos amenazados de aquellas sacudidas violentas, que no solo derriban aldeas y algunas ciudades, sino que arrancan de cuajo antiguos y sólidos imperios. Creyóse que aparecian las sombras formidables de 1789, para recobrar en un dia todo el terreno de que parecian desposeidas para siempre. Cada cual temia menos por su libertad y por su vida que por la Religion en Francia, no porque pueda ser destruida, sino perseguida y trasportada como una nube fecunda á climas mas dichosos. Se conocia el en-

carnizamiento inconcebible del directorio y de la convencion para perseguir con su ódio las creencias religiosas, y todos los hombres de orden se presentaban ó á huir como en otro tiempo del suelo asolado de la patria, ó á perecer degollados al pié de los altares en señal de fidelidad. Algunos ignorando, á lo que me parece, que la verdadera libertad consiste en el cumplimiento de todos sus deberes, é impelidos por un amor desenfrenado de la independencia, llevaron el ódio á toda autoridad hasta el fatanismo, y lejos de edificar no supieron mas que destruir. No volveremos á trazar el cuadro aflictivo de los duros golpes dados al catolicismo con la misma hacha que habia roto los grados del trono hundido, ni los lamentables dolores que se exhalaban de las bóvedas de los templos santos profanados y de entre la ruina de los símbolos abatidos de la fé cristiana. El catolicismo siempre *uno, pero tolerante*, á ejemplo de su divino Fundador, no proferia mas que palabras de resignacion y de perdon: para confirmar la fé de los débiles, parecia que repetia con el profeta: Mis enemigos me han acometido muchas veces; pero no han podido vencerme jamas.

La Providencia se burló de la falsa sabiduria, y dirigia los acontecimientos de tal suerte, que todos los pensamientos de esta quedaron confundidos. Un rey de raro valor y de vastas y profundas miras, á quien la Providencia ha protegido tantas veces y tan milagrosamente, y una reyna piadosa,

siempre madre de los pobres y siempre probada con crueles sobresaltos, debian preservarnos de tantos peligros y ser una prenda poderosa de la seguridad futura. El poder conservador, espuesto sin cesar á las pasiones de la multitud, y siempre en visperas de ser derribado por el choque de las fracciones, pero tranquilo á presencia de tan grandes acontecimientos y confiado en lo futuro, ha triunfado hasta el dia de las divisiones intestinas. Trabajando eficazmente la Francia para emancipar la Religion del yugo de hierro que la revolucion queria hacer pasar sobre nuestras cabezas, ha permanecido *católica*. El catolicismo no cesa de manifestarse entre nosotros con todos los tesoros de su magnificencia, *uno y tolerante, invariable y favorable al progreso*.

No hablaremos aqui de las tentativas de nuestros filósofos *humanitarios*, para sustituir una religion nueva á la que diez y ocho siglos há corresponde tan bien á las necesidades del entendimiento y del corazon del hombre, y á su destino social. Los discípulos de Fourier y de San Simon no han sido mas que huéspedes de un dia, sentados al banquete social para aterrar con su tránsito. Su memoria ha perecido, y la verdad desconocida ha recobrado sus derechos. Una Iglesia llamada *católica francesa* debia con grande escándalo de la humanidad, presentar en la escena del mundo y bajo las formas mas innobles, lo mas sagrado y respetable que tiene la sola Iglesia verdadera. Rompiendo con las tra-

diciones de lo pasado no admite mas que simples reglas de opinion. Pero el catolicismo no ha padecido menoscabo alguno, por esos sarcasmos rencorosos y esas parodias sacrílegas. A fin de no darle importancia ha desviado de ella sus miradas, y dejándole la triste libertad, tal como Dios la deja á la injusticia, de escribir en su bandera desplegada *falta de toda creencia*; y tolerante, si pudiera decirse, para con esa nueva torre de Babel hasta el esceso, no cesa de deplorar la pérdida de aquellos á quienes el error ha seducido. Era inminente un cisma para el siglo XIX. El que hasta el año de 1830 se habia mostrado en la brecha con la fuerza de un leon para defender la Ciudad Santa, ó como un muro inespugnable levantado para preservarle de los golpes que se le dirigen, flaquea y á poco solo deja ver vastas ruinas. De los principios de una teocracia absoluta pasa á los de una democracia sin límites. La autoridad, dice él no es mas que una palabra, y llama tiranía á toda potestad. La libertad en sus escritos es sinónimo de licencia, y en nombre de la razon individual instiga á la insurreccion. Quiere imponer á la Iglesia otra constitucion que la suya, y entronizar una gerarquía nueva. Alternativamente ensalza la razon sobre la fé, ó corrompe la fé para coordinar sus luces con las de la razon. Confunde todas las nociones admitidas de derechos y de deberes: sofista hábil en sus pruebas, oscuro en su lenguaje fogoso amenazaba demolerlo todo para reedificar segun

decia; pero la centinela que vela y no duerme jamas sobre la nave de Pedro, levantó la voz. Entouces como siempre el catolicismo se mostró tan inviolablemente adicto á la *unidad* de doctrina, como al espíritu de tolerancia y de caridad que le anima. El Sumo Pontífice á quien el Señor ha dado, como en otro tiempo á su profeta, una frente de bronce para resistir á los que tienen la frente de piedra, habia hecho presentir ya todo su pensamiento; y habia emanado una primera encíclica de la Santa Sede. El Papa habia felicitado á uno de los secuaces de la doctrina de Lamennais porque no tomaba ya ninguna parte en ella, y á poco la condenó como absurda y soberanamente injuriosa á la verdad católica. El celo de aquel cuya caída deploramos tan amargamente, le habia grangeado el título de padre de la Iglesia por parte de algunos admiradores: su obstinacion le valió el de apóstata en la boca de todos los cristianos. ¡Oh! ¿que no podamos con votos ardientes y amargas lágrimas y aun á costa de nuestra vida conseguir una gracia eficaz del Eterno que le restituya al aprisco!

Así el catolicismo, á veces tan desconocido y otras muchas tan mal juzgado, lejos de ser el centro inflexible del despotismo y de la inmovilidad, es el *tipo* mas perfecto de una sociedad progresiva destinada á la conquista pacífica de la libertad bajo el estandarte de la fé. Es el elemento de la civilizacion moderna como lo fué en tiempos pasados. No puede haberse olvidado su gran parte de

influencia sobre las instituciones y costumbres de los pueblos. Los anales de las naciones están abiertos á las miradas de todos, y nadie puede negarlo con justa razon. Sabido es cuánto ha hecho nuestro venerable Pontifice colocado en la silla de Roma, á favor de los negros (1). Su voz se levantó fuerte y poderosa para resonar en todo el mundo cristiano, á fin de que toda criatura sea llamada á gozar del beneficio de la libertad de los verdaderos hijos de Dios. Y si sorprende la unidad que reina en las civilizaciones que han precedido á la de la Europa moderna, ¿no queda uno mas sorprendido cuando considera esta? ¿No es evidente que en la civilizacion de los diferentes estados de Europa se descubre cierta unidad que dimana de hechos casi idénticos, á pesar de las grandes diferencias de tiempos, lugares y circunstancias, que se refiere á los mismos principios, y que tiende á producir poco mas ó menos resultados análogos en todas partes? Tiene alguna unidad, y sin embargo, no es menos prodigiosa su variedad. Los rasgos de su fisonomía están diseminados. Ella ofrece ejemplos de todos los sistemas y de todos los ensayos de organizacion social que ecisten unos junto á otros. A pesar de su diversidad tienen todos cierta semejanza y cierto aire de familia que es imposible desconocer. Si es inferior, dice el señor Guizot, al adelantamiento correspondiente en las civiliza-

(1) Encíclicas de 1839 y 1840.

ciones antiguas, cuando se considera el conjunto, la civilizacion europea aparece incomparablemente mas rica que ninguna otra, porque ha producido á un tiempo muchos mas adelantamientos diversos: de quince siglos á esta parte no ha cesado de crecer su progreso." "La civilizacion europea, continúa el mismo escritor, ha entrado, si es permitido decirlo, en la eterna verdad, en el plan de la Providencia, y marcha segun las sendas de Dios". Este es el *principio racional* de su superioridad. La Providencia da un paso y han trascurrido siglos. ¡Cuánto tiempo, cuántos acontecimientos, antes que la generacion del hombre moral por el cristianismo haya ejercido su grande y legitima influencia sobre la generacion del estado social! Sin embargo lo ha logrado: ¿quién puede desconocerlo hoy? Así apenas hay una idea grande, un principio de civilizacion, que para estenderse por todas partes no haya pasado primero por la Francia. ¿Por qué? Porque la Francia ha permanecido católica.

A nuestros ojos la salvacion y la gloria de la humanidad están en la union de la inteligencia y del sentido, del raciocinio y de la accion, de la ciencia y de la fé, en el perfecto acuerdo entre el clero que continúe desempeñando su mision de las sublimes y saludables doctrinas de la Iglesia en medio de los pueblos, y la universidad que cultive los entendimientos y difunda las ciencias humanas en armonía con la fé y la caridad, en la completa

concordia del poder espiritual con la potestad temporal, cada uno colocado dentro de la esfera activa de sus atribuciones; pero prestándose un concurso franco y leal en los objetos mistos sin ninguna repugnancia y sin desconfianza recíproca; por último, en la reunion de estos diversos elementos del movimiento social. Semejante orden de cosas presentaría á todos los hombres, creyendo y amándose, felices por la armonía de la verdad y de la caridad, que haría de todos un solo corazón y una sola alma. Y tanto mas viva y fuerte será la fé, cuanto que la mayor parte de aquellos volverán á ella despues de haber apurado todos los errores.

¿Qué obstáculos, pues, podrian oponerse á esta fusion, cuya necesidad se siente cada dia con más urgencia en la sociedad? Se desea una union, una conciliacion, una transacion: esta es la palabra que hemos oido repetir despues de algunas discusiones sobre puntos importantes de dogma religioso y de ciencias sociales, y nadie quiere dar un paso adelante. La filosofia se esfuerza para mantenerse firme: los cultos disidentes se observan; y la economía política de los pueblos quiere volar con sus propias alas. Permítasenos juzgar, segun el débil alcance de nuestra inteligencia, de estos diversos elementos de organizacion social y de las relaciones que podrian establecerse con la fé cristiana. Siendo la obra de Dios debe ser siempre el alma de las obras del hombre, á no que se condenen estos á ser unos cadáveres secos, privados de sentido y de vida.

¿Y por qué? ¿No se podría á la luz de la antorcha de la fé ir á beber en la fuente de las artes, de las letras y de toda ciencia, aquel entusiasmo que nos eleva á la contemplacion de lo verdadero y lo bello? ¿Ir á la conquista del mundo sensible por medio de la libertad y de la inteligencia? La religion, lejos de combatir la industria, la comprende y la refiere á unos principios que dominan á los que la economía política abona. En vez de cortar las alas al arte le sigue en su vuelo, mide su alcance y objeto, y como hermana de la verdadera filosofia, ilustra á aquel y le fecunda.

CAPITULO VII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LA FILOSOFIA DEL SIGLO XIX.

Resúmen de los capítulos precedentes.—Diversos puntos de vista bajo los cuales considera al catolicismo la filosofia del siglo XIX.—En vez de individualizar generaliza.—De su propension á sustituir la razon universal á la revelacion.—Opiniones de nuestros filósofos en esta parte.—La soberanía de la razon universal resume todos sus sistemas. Pruebas en apoyo.—Sin embargo, el elemento moral se reconoce indispensable á la sociedad.—Consecuencia en favor de la alianza de una verdadera filosofia con el catolicismo.—Juicio de la teoría de la soberanía

concordia del poder espiritual con la potestad temporal, cada uno colocado dentro de la esfera activa de sus atribuciones; pero prestándose un concurso franco y leal en los objetos mistos sin ninguna repugnancia y sin desconfianza recíproca; por último, en la reunion de estos diversos elementos del movimiento social. Semejante orden de cosas presentaría á todos los hombres, creyendo y amándose, felices por la armonía de la verdad y de la caridad, que haría de todos un solo corazón y una sola alma. Y tanto mas viva y fuerte será la fé, cuanto que la mayor parte de aquellos volverán á ella despues de haber apurado todos los errores.

¿Qué obstáculos, pues, podrian oponerse á esta fusion, cuya necesidad se siente cada dia con más urgencia en la sociedad? Se desea una union, una conciliacion, una transacion: esta es la palabra que hemos oido repetir despues de algunas discusiones sobre puntos importantes de dogma religioso y de ciencias sociales, y nadie quiere dar un paso adelante. La filosofia se esfuerza para mantenerse firme: los cultos disidentes se observan; y la economía política de los pueblos quiere volar con sus propias alas. Permítasenos juzgar, segun el débil alcance de nuestra inteligencia, de estos diversos elementos de organizacion social y de las relaciones que podrian establecerse con la fé cristiana. Siendo la obra de Dios debe ser siempre el alma de las obras del hombre, á no que se condenen estos á ser unos cadáveres secos, privados de sentido y de vida.

¿Y por qué? ¿No se podría á la luz de la antorcha de la fé ir á beber en la fuente de las artes, de las letras y de toda ciencia, aquel entusiasmo que nos eleva á la contemplacion de lo verdadero y lo bello? ¿Ir á la conquista del mundo sensible por medio de la libertad y de la inteligencia? La religion, lejos de combatir la industria, la comprende y la refiere á unos principios que dominan á los que la economía política abona. En vez de cortar las alas al arte le sigue en su vuelo, mide su alcance y objeto, y como hermana de la verdadera filosofia, ilustra á aquel y le fecunda.

CAPITULO VII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LA FILOSOFIA DEL SIGLO XIX.

Resúmen de los capítulos precedentes.—Diversos puntos de vista bajo los cuales considera al catolicismo la filosofia del siglo XIX.—En vez de individualizar generaliza.—De su propension á sustituir la razon universal á la revelacion.—Opiniones de nuestros filósofos en esta parte.—La soberanía de la razon universal resume todos sus sistemas. Pruebas en apoyo.—Sin embargo, el elemento moral se reconoce indispensable á la sociedad.—Consecuencia en favor de la alianza de una verdadera filosofia con el catolicismo.—Juicio de la teoría de la soberanía

de la razon universal en sus pruebas, sus principios y sus consecuencias.—La filosofia no corresponde á las urgentes necesidades de nuestra época.—Lejos de atraer á la fé conduce al ateísmo.—En vez de propender al progreso se agita dentro de la esfera del escepticismo, y no puede producir mas que la discordia y el egoísmo.—Muchas pruebas en apoyo.—Homenaje personal tributado á nuestra filosofia.—La filosofia impotente y estéril bajo este respeto social, debe convertirse hácia el catolicismo.—Ventajas que debe esperar de él.—Para obrar esta union no tiene que recorrer tanta distancia como comunmente se figuran algunos.—Tentativas infructuosas hechas hasta aquí por la filosofia.—Iban encaminadas nada ménos que á acarrear la ruina del catolisismo.—Admita la filosofia el hecho divino y sus rigurosas consecuencias, y está efectuada la alianza.

Ya hemos llegado al punto eminente de la cuestion que nos habiamos propuesto resolver. El catolicismo satisface plenamente las necesidades de nuestra época; de donde se sigue una consecuencia importante. Los principios y las leyes especiales de la sociedad son los principios y las leyes mismas que han dirigido la constitucion de la Iglesia, y que dirigen aun su destino sobre la tierra bajo la accion de Dios y del hombre. Por eso hemos demostrado que el catolicismo en su gobierno, en

señanza y caractéres, es uno y tolerante, invariable, y sin embargo, favorable al progreso. Hemos consultado sus anales; y los hechos han venido á confirmar nuestra tésis. De manera, que ya no deberia vacilarse en proclamarle coma la señal y la condicion de toda perfeccion individual y social. Abre al entendimiento humano las fuentes de la verdadera filosofia, elevándole por la fé al conocimiento de la personalidad del ser infinito, y bajando despues como el águila en su rápido vuelo hácia el mundo de las cosas criadas, se muestra en perfecta armonía con la naturaleza y la esperiencia. Se asocia gustosa la razon, y acoge la buena fé. Sus miras en favor del talento son sublimes, é inefables sus doctrinas para los corazones sensibles. Condena el vicio é insinúa la virtud: inspira la caridad y no desecha ninguna forma social. Es la última palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo: encierra todo lo que falta á nuestra razon para llegar á la nocion pura y cierta de las verdades fundamentales, y sostiene con mano firme y segura el mas hermoso edificio de ideas generales, é incontestables principios que nos es dado contemplar en sus magestuosas proporciones durante esta vida.

Sin embargo, la filosofia del siglo XIX caminando por la senda de la ecsageracion, ha elevado la razon humana á par de la razon divina: ha proclamado la absorcion de lo finito por lo infinito, uno y otro identificados y convertidos en una sustancia

única. Dios no es á sus ojos mas que una abstraccion, un modo de que se reviste la inteligencia que quiere levantarse al apogeo de la ciencia. Desde entonces la religion se ha trasformado en puro simbolismo, en una belleza ideal, en un conjunto maravilloso de hechos psicológicos, en un incremento progresivo de la inteligencia; en una palabra, en cierta cosa poética y sentimental. En él no se descubren mas que alegorías é imágenes que son todavía el patrimonio de los tontos y de los simples: sola la filosofia aparece digna de recibir el culto del ingenio. De ahí se ha llegado á distinguir dos clasificaciones en la especie humana, dos castas aparte, los ignorantes y los sábios. Para los primeros es el ceremonial religioso; pero para los segundos la ontología del culto, una creencia móvil como la verdad; mejor haremos en llamarla una opinion religiosa, cuya variedad puede mudarse de hoy á mañana ó experimentar modificaciones incesantes. En estas cuantas palabras creemos haber formado el diseño de la fisonomía filosófica de nuestra época; nos guardaremos muy bien de atribuir sus diversos sistemas á cada uno de los hombres cuyo talento apreciamos. Solo hemos querido bosquejar la afinidad que tienen entre sí estas ideologías filosóficas del siglo XIX. Así no aspiramos á reducir las á un carácter genérico y espresar su fondo con una denominacion comun: otros han ensayado este trabajo con acierto; y nosotros hemos aplaudido gozosos el fruto que han obtenido. Se ha intentado

probar que el panteismo resume las diversas formas de que se ha revestido el genio filosófico de nuestra época. La mayor parte de nuestros filósofos están muy lejos de convenir en esto, pero todavía no han justificado sus doctrinas.

Por nuestra parte, no tenemos que entrar en esta discusion. Cada sistema podria ofrecernos matices delicados que nos costaria trabajo coordinar al rededor de la unidad: ademas, para llenar la tarea que nos hemos impuesto, basta juzgar de la diversa tendencia de aquellos.

Apenas nos separan del siglo XVIII unos cuantos años, y sin embargo, la escuela filosófica ha recorrido desde entonces una distancia infinita. A las formas insuficientes y gastadas de su antecesor el siglo XIX, ha conocido la necesidad de sustituir otras mas completas. Encargado de llenar los vacíos de aquel, ha trabajado para elevar el método racional á su mas alta potencia; y en vez de mostrarse abiertamente hostil á todas las creencias, se ha dedicado á conciliarlas todas con una nueva filosofia. Debemos á lo menos tener en cuenta sus esfuerzos, ya que no podamos aplaudir los resultados que ha conseguido. Ha tratado de reunir los entendimientos divergentes; pero no ha podido vencer la anarquía en el mundo del pensamiento y de la opinion. La mano del hombre es demasiado débil para sentar dogmas y fundar creencias. Lejos de volver al seno de las doctrinas católicas ha continuado siendo su antagonista:

abriéndose un nuevo camino no ha admitido los preceptos de aquel sino como un grado para subir á las manifestaciones sublimes de la razon, no individual sino general de la humanidad. Consultemos sus diversos sistemas antes de intentar juzgarlos en todas sus relaciones.

Estaba reservado á la Alemania marchar la primera por esta via que llama reparadora de lo pasado y fecunda para lo venidero. "La religion y la filosofia, decia el célebre Hegel, tienen el mismo objeto; pero la segunda es muy superior á la primera, porque llega por si misma á concebir clara y evidentemente los principios de todas las cosas, que la religion no hace mas que indicar de una manera oscura y encubierta." La mayor parte de los hombres distinguidos y sábios de Berlin han adoptado estas ideas. He aquí por qué no manifiestan ódio ni aversion hácia los que están apegados aun á doctrinas religiosas positivas: se compadecen de estos hombres; pero respetan sus buenas intenciones. "¿Todavía necesitais, les dicen, una religion revelada, un culto exterior, unas ceremonias? Bueno: comprendemos perfectamente vuestro estado, porque ha sido el nuestro; pero acaso saldreis de él, si penetráis mas adelante en los estudios filosóficos, si la luz de la ciencia ilumina al fin vuestra razon." La religion revelada no es á sus ojos mas que un estado transitorio, por el cual pasa la humanidad para llegar á la cumbre de la ciencia. Segun ellos la razon general debe elevar la humanidad á un

grado mas perfecto de adelantamiento intelectual.

Nuestra filosofia, olvidando el grado de preeminencia que la Francia ha adquirido por su mision civilizadora entre todos los pueblos, ha ido á tomar prestadas ciertas inspiraciones y luces mas allá del Rin; y unos nombres ilustres han venido á aumentar la lista de los filósofos modernos, que simples partidarios de Kant al principio, han concluido por sobrepujar su sistema. El señor Cousin ha alabado el racionalismo de este filósofo profundo á la par que erudito, como el monumento mas sólido y atrevido que ha levantado el genio filosófico á la virtud desinteresada. Ha dicho de Leibnitz que sus opiniones no son solamente un sistema, sino un método, cuyo carácter eminente consiste en no desechar nada y comprenderlo todo para emplearlo todo. No hay, pues, que admirarse del eclecticismo que aquel ha introducido el primero entre nosotros. "Supuesto que se buscan, ha dicho, antecedentes en estas débiles lecciones, lo confieso con gusto, se refieren á Leibnitz." Nadie podrá negarnos que el vasto saber de aquel grande hombre le inclinaba al eclecticismo, mientras que al parecer se apegaba al espiritualismo por su monadologia. El señor Cousin ha encontrado en la razon humana y la razon divina la idea de lo infinito, la idea de lo finito y de sus relaciones, los mismos elementos, los mismos procedimientos, por consecuencia una perfecta identidad; y segun él la revelacion no es mas que el efecto producido por la facultad de ins-

piracion elevada á su mas alta potencia. Bastante da entender que la razon es toda y la fé nada, ó á lo menos que esta debe estar dominada por la razon. Así ha dicho el señor Barchou de Penaen en el paralelo entre el señor Cousin y Hegel (1): "que el fundador del eclecticismo veia en la historia el progreso continuo de la humanidad como Hegel, y que sus puntos de vista sobre la religion y la filosofia son análogos."

El señor Jouffroy presenta el cristianismo como una institucion degradada; pero segun él despertada la razon debe elevar un nuevo dogma sobre las ruinas del antiguo. Habla de la necesidad de un simbolismo y de sus metamorfosis sucesivas. En esta doctrina nueva parece que fija largas esperanzas y vastos pensamientos. El señor Damiron se queja amargamente de la oscuridad de los misterios, y no ve en la revelacion mas que la espontaneidad de nuestra naturaleza. La base sobre que se fundan las esplicaciones de la doctrina católica, es la inspiracion general de la humanidad, y la necesidad que esta tiene de espresarse en alegorías y símbolos. El señor Michelet, autor de una filosofia histórica, no admite mas que una pugna entre la libertad y la fatalidad: Dios y el hombre lo hacen todo. El señor Lherminier, sosteniendo la soberanía del entendimiento humano y su incremento progresivo é indefinido, afirma que la razon

(1) Historia de la filosofia alemana, t. II.

de las cosas está en el entendimiento humano, y que la filosofia sigue preparando para las sociedades otra creencia y otros símbolos cuando la religion se para. El señor Guizot admite la soberanía de la razon individual, y no ve en la civilizacion mas que el producto del incremento de las facultades humanas. Los secuaces de San Simon y de Fourier, aspirando á la gloria de constituir sociedades fuera de la fé, se apoyan únicamente en las fuerzas de la razon y de la pasion, y proclaman la rehabilitacion de la materia y de la carne. El señor Leroux, remontándose á las regiones superiores de la filosofia, prescribe, es cierto, límites al individualista racionalismo; pero rompiendo con las tradiciones católicas, invoca las de la era moderna y las creencias é ideas actuales de la humanidad, es decir, la razon de los pueblos, ó en otros términos una religion nacional. Hasta aquel ingenio que en otro tiempo sacaba sus inspiraciones de la fuente de la verdad católica, ha intentado combatir. El señor Lamennais, admitiendo la movilidad de toda verdad en el sentido de que puede volverse un error, ha destruido toda la inmutabilidad de aquella y sujetado la fé á los progresos de la razon. El doctor Strauss (1), cuyo racionalismo se ha elevado á la mas alta espresion, aconsejaba con franqueza á los ministros del culto que participasen de sus opiniones, que cerraran la puerta del templo á

(1) Prólogo, p. X.

no que quisiesen entronizar en él la filosofía. Finalmente, para el señor C. de Remusat, la razón, y solo la razón, es todo: fuera de ella no admite nada, y la religión es una especie de falta de sentido. ¿Quién puede, dice, ocupar el lugar de la verdad religiosa, reemplazar á la tradición y aventajar á las costumbres? ¿quién puede consagrar los intereses establecidos? La razón sola..... elevad la razón, y será la filosofía (1).

En medio de estos diversos sistemas se ve aparecer un punto hácia el cual van todos convergentes, la soberanía de la razón, ya individual, ya general. Perdónesenos que emitamos nuestro insignificante dictámen sobre este punto. Después de haber examinado detenidamente el carácter de la filosofía de nuestra época, no ha podido ocultárenos que adoptando en un todo la potencia que daba á esta facultad discursiva de conocer el eclecticismo fenomenal de Kant, ha pretendido la filosofía que la razón humana *á posteriori*, principio de todos los conocimientos contingentes, es *á priori* (2) el principio de todo los conocimientos necesarios, es decir, inherentes á la naturaleza de la misma inteligencia. Así, el pensamiento que nos parece resume todas las opiniones de nuestros filósofos,

(1) *Ensayo de filosofía.*

(2) Kant entiende por conocimiento *á priori* unos conocimientos primeros ajenos de los sentidos, que no provienen ni de la experiencia, ni de ninguna impresión sensible. Los conocimientos empíricos que tienen su origen en la experiencia, son *á posteriori*.

tienen conexión íntima con el de Hegel. Este sostiene que la razón humana ha llegado á un grado de complemento y madurez, que la pone en estado de aspirar con sus propias fuerzas al conocimiento de todas las verdades que el hombre había aceptado en otro tiempo como provenientes de un origen superior y comunicados por la revelación. Hasta llega á decir que la razón humana penetra mucho más en la inteligencia íntima de estas verdades, que aquellos hombres que iluminados de una luz sobrenatural intentaron explicarlas.

Tal es la expresión viva y animada de la filosofía moderna: la soberanía general de la razón universal de la humanidad, que viene á disputar al catolicismo el imperio moral y civilizador de que está en posesión hace más de diez y ocho siglos. La liza está abierta: los contendientes están á la vista, y el universo mira. Este antagonismo ha descendido del mundo del pensamiento hasta las regiones más inferiores del mundo social, y se ha propagado de uno en otro á todos los estados de Europa. Descúbrese en el terreno de la inteligencia y de la moral, y como que se ha infiltrado en todas nuestras instituciones; y ensanchando todos los pueblos la arena parece que han bajado á tomar parte en los honores del combate. He aquí sin duda el enigma que presenta para explicar la actual situación de la sociedad: la lucha empeñada en toda la vasta extensión de la Europa, en el mundo literario y científico, entre la potestad temporal y la espi-

ritual, la universidad y el episcopado, entre los cultos disidentes, en el seno de los cuerpos legislativos lo mismo que en los consejos y en la discusion de los principios que deben dirigir la economía social de los pueblos. La inteligencia, el sentimiento y la acción son alternativamente combatidos y valerosamente defendidos; y esta lucha debe ser decisiva para el destino del mundo. Considérense los acontecimientos de que sucesivamente son ó han sido teatro Francia, Prusia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Italia, Portugal y España; y no creemos que haya quien contradiga este juicio.

Sin embargo, como la efervescencia de la edad media entorpeció la marcha del mundo hácia la madurez, el antagonismo del siglo XIX paraliza la de la sociedad europea hácia su estado normal elevado á la mas alta potencia. A lado de los importantísimos resultados comprobados por los progresos de las ciencias, parece que el frio egoísmo ha secado los corazones. Nadie puede prescindir de un secreto presentimiento de una ruina completa ó de una resurrección próxima de propensiones y de principios. Cada día se manifiesta mas una alteración profunda en nuestro estado social; y se conviene mas que nunca en que las luces son insuficientes para nuestro siglo y que le es indispensable el elemento moral. ¿Qué cosa, pues, podría retardar aun la unión de la razón y de la fé, de la filosofía y de la doctrina católica? La Iglesia no excluye la ciencia, antes la honra y la estimula. Únicamente aspira á

poner la inteligencia en posesion de las luces de la fé adornadas de los rayos de la ciencia, y á penetrar los corazones, la moral pública y nuestras instituciones sociales de los sentimientos generosos que una caridad compasiva y universal inspira.

No podemos comprender la repugnancia que la filosofía experimenta en aceptar este programa. Párecenos que ha comprendido mal su gloriosa etimología y la misión sublime que le queda que llenar. Algunas rivalidades miserables, algunas delicadezas insignificantes en las personas ó por las cosas, no pueden disculpar á nuestros ojos cualquiera tardanza que se ponga á esta conciliación franca y leal entre los discípulos de la verdad revelada y los admiradores exclusivos de las conquistas de la inteligencia, la doctrina católica y la doctrina humana. ¿No tocarían una parte bastante grande y honorífica á la filosofía si se forzase en alcanzar la verdad y hacerla constar en leyes que dirijan el orden físico y social en las ciencias exactas y naturales, en su aplicación á toda institución humana, y en concurrir á todos los establecimientos que pueden asegurar la prosperidad de los estados? En cualquier hipótesis el entendimiento del hombre se verá, tarde ó temprano, precisado ó por temor ó por amor á ceder al poderoso atractivo de las luces divinas. El hombre se agita y Dios le lleva, decía el gran Bossuet, y la Iglesia, esposa virginal del Esposo celestial, no es llamada jamás al combate sin que alcance la victoria.

Pero ¿por qué la convicción íntima de su propia inferioridad no ha de ahorrar á la filosofía la humillacion de la derota? En la realidad ¿con qué preciosas ventajas pueden dotar á la humanidad la filosofía entregada únicamente á sus propias inspiraciones? Ella proclama la soberanía general de la razon universal: este es un alimento para las pasiones de la multitud, su loco orgullo y su escesivo deseo de independencia; pero no por eso dejan de quedar los hombres sin creencias, sin reglas de moral y privados de todo vínculo social. Procuremos profundizar la cuestion con toda la gravedad que exige en sus pruebas y en sus principios, y sobre todo en las tres relaciones de las necesidades que se descubren en la sociedad moderna con todo el convencimiento de su energía.

“Tres siglos de revoluciones religiosas y políticas habian constituido el individualismo, dice el excelente autor del Ensayo sobre el panteísmo. La razon individual parecia destinada para siempre al gobierno de las inteligencias. Su triunfo se proclamaba en todas partes, y su triunfo debia ser eterno.

Y sin embargo, en manos de unos filósofos se rompe el instrumento que se decia propio para las cosas mas grandes, con el cual debia concluirse la emancipacion del entendimiento humano, y fundarse la felicidad sobre la tierra de una manera completa y durable. Arrojanse algunas palabras de desprecio al rostro de la razon individual, y estas palabras no salen de bocas católicas. Dícese en

su cara que ella sola no puede llevar las riendas de la inteligencia, y que es inepta para conducir el curso del destino humano. Se invoca la razon de los siglos, y se proclama la necesidad de la tradicion. Esta impugnacion contra el método individual salió de las filas de la escuela progresiva. El señor Leroux despues del señor Guizot, y tomando inspiraciones de los sistemas de los señores Cousin, Jouffroy y Damiron, ha proclamado la necesidad de la tradicion. Aunque la manera como la entiende diste del sentido católico, y la siente sobre un fundamento ruinoso, no por eso es menos notable esta confesion.” Resume la filosofía entera del siglo XIX en la soberanía general de la razon universal de la humanidad.

¿Cuáles son sus pruebas? Poco completas á nuestro juicio. En efecto, si tomamos la razon universal de la humanidad en su rigurosa acepcion fuera de la fé, no será mas que una quimera, porque en el conflicto de las opiniones tan diversas como los grados de adelantamiento de la razon individual, ¿qué medio quedaria para comprobar el consentimiento absoluto, único que podia constituirla? Y si no se entiende mas que en un sentido relativo, ¿quién podrá determinar el grado de generalidad suficiente, á fin de que se la pueda reconocer? Además, la filosofía admite las doctrinas progresivas y la verdad móvil. Pero en esta hipótesis, mientras que se creyera descubrir bajo todas sus formas lo que en realidad no se habria conocido mas que ba-

jo una de ellas, y lo que hoy es *verdad* puede mañana volverse *error*; donde no hubiera nada fijo, ni inmutable, en medio de contradicciones instantáneas, ¿cómo podría manifestarse la razón universal? ¿Dedónde le vendría la certeza? De la infalibilidad sin duda del género humano, de ciertas nociones, de ciertos principios que son la misma verdad, y de que está en posesión el entendimiento humano; pero según la filosofía del siglo XIX hasta la era de la perfectibilidad moderna, el entendimiento humano ha sido constantemente el juguete del error. La historia no es más que una serie de errores necesarios: toda la Europa en la edad media fue víctima de una fatal ilusión, y antes del cristianismo no se vieron en el mundo entero sino las supersticiones más locas, los cultos más absurdos que subsisten aun entre todas las naciones orientales.

Sin embargo, á presencia de esta multitud de errores llamados inevitables, proclama la filosofía moderna la infalibilidad de la razón humana. Está convencida profundamente de que la razón que se ha extraviado hasta nuestra época, manifestará de aquí en adelante la verdad, y que el consentimiento que ha sancionado el error hasta nosotros, será el fiador infalible de la verdad. ¿Cómo no se conoce que habiendo sancionado este consentimiento el error hasta nuestros días, según la filosofía, en el hecho mismo se ha debilitado y queda incapaz de apoyar los principios que presenta como la verdad? Y sin embargo, parece que esta razón tan

quimérica, tan móvil y tan errónea, es la que se quiere sustituir al catolicismo, y extender su cetro no solamente al dominio del reino sensible y criado, sino hasta las más elevadas regiones del mundo invisible é inmortal. Así, habiendo tomado alas se elevó con un vuelo rápido hasta lo más encumbrado de los cielos para igualar al Altísimo.

Esta teoría de la filosofía incompleta en sus pruebas es falsa en sus principios: ha identificado la razón divina con la razón humana, es decir, traido Dios al hombre (1). “Lo que forma el fondo de nuestra razón, dice uno de sus escritores, forma el fondo de la razón eterna, es decir, una triplicidad que se resuelve en unidad, y una unidad que se convierte en triplicidad, la idea del infinito, la idea del finito y la relación de los dos términos. La vida en Dios no es otra cosa que el movimiento que va de la unidad á la multiplicidad, y que vuelve la multiplicidad á la unidad. Así, en la inteligencia divina no hay más que la idea de lo infinito, de lo finito y de su relación.” Y en otra parte dice: “El *yo* no es la sustancia sin duda; pero no es ni puede ser más que una forma sublime de ella (2). No dándose Dios sino en cuanto causa absoluta, por este título no puede menos de producir; de modo, que no hay Dios sin mundo, como no hay mundo sin Dios. Es un Dios, continúa, sus-

(1) Curso de 1823, lección 5.

(2) Argumento del Fedon.

tancia y causa á un tiempo, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, individualidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre del ser y en su grado mas humilde, infinito y finito juntamente, triplo infinito, es decir, á un tiempo Dios, naturaleza y humanidad (1).”

Este sistema estriba evidentemente en el principio de una sustancia única, de que Dios y el hombre no son sino los accidentes, las modificaciones, las formas: no tienen mas que una sustancia incalificable, de la cual nada se puede afirmar ni negar: no son mas que una abstracción sin vida y sin valor.

La teoría del progreso continuo é ilimitado del entendimiento humano, propende tambien á la deificación de la razón humana á quien ha tocado en herencia la infinidad. Es verdad que el señor Leroux ha parecido que admitía la personalidad de Dios distinta del mundo; pero las esplicaciones que da de la creación, le han precipitado en la confusión de lo finito é infinito (2). “La creación, dice, no es otra cosa que el producto instantáneo del poder, de la sabiduría y del amor de Dios: es la consecuencia inmediata de la existencia del Criador, y no hay suspensión entre la conclusión de la generación divina y el principio de las emanaciones del ser Criador. La existencia de Dios no era buena antes de la emanación del universo. Este no tiene

(1) Prefación de la primera edición de los *Frag. filosóf.*

(2) *Nueva enciclopedia*, art. *ciclo*.

otro principio que el principio del mismo Dios.” De donde se sigue evidentemente que no pudiendo manifestarse Dios, era indispensable el mundo á la existencia divina. He aquí, pues, al señor Leroux precisado á confundir lo finito y lo infinito, y á emitir el cambio de Dios en hombre.

Estas proposiciones: lo finito no es mas que lo infinito, bajo otro aspecto, infinito se hace finito, lo finito y lo infinito son idénticos, ¿no presentan una contradicción manifiesta? ¿Qué es lo infinito? Lo que no es capaz de aumento ni de disminución, un ser de una perfección soberana, sin restricciones, sin límites, que no puede tener principio ni fin, al cual no se puede aumentar ni quitar nada. Lo infinito es perfectamente uno, simple, indivisible. Esta idea es en el hombre tan distinta, que la separa fácilmente de todo lo que no pudiera convenirle. Todos los hombres llevan en el fondo de su conciencia esta grandeza que nada es capaz de borrar ni de destruir: todos los razonamientos posibles vendrán siempre á estrellarse en esta creencia invencible. La humanidad cree en un ser, no ficticio sino real, soberanamente inteligente, sábio, justo, bueno, en una causa personal; y esta creencia es la base de su vida moral y de sus esperanzas. ¿Qué es lo finito? Lo que puede estarse aumentando ó disminuyendo siempre, todo lo que es múltiplo, limitado, mensurable, todo número colectivo ó sucesivo, todo compuesto que tiene partes distintas é independientes en su existencia, y cuya no existencia

puede concebirse claramente. Por mas esfuerzos que se hagan para asombrar á nuestra inteligencia con la inmensidad de los espacios y la multitud de los seres, siempre se podrá aumentar un espacio á aquellos espacios, un número á aquellos números, otros seres á aquellos seres. Así, pues, lo que no es capaz de aumentarse ó disminuirse, ¿seria idéntico á lo que podrá aumentarse ó disminuirse siempre? Lo que no tiene límites, ¿seria idéntico á lo que siempre es limitado? ¿No es esto afirmar y negar el mismo objeto? ¿No es contradecirse? ¿Cómo se ha de admitir que lo que es uno y sin límites, sea idénticamente la misma cosa que lo que es limitado y múltiplo? ¿Cómo admitir que lo que no es capaz de aumento ó diminucion, sea idéntico á lo que siempre puede aumentarse ó disminuirse? ¿Hubo jamas una hipótesis mas contraria á la recta razon, á las nociones que la naturaleza de los dos términos finito ó infinito abraza necesariamente?

Para eludir estas consecuencias ha supuesto la filosofia que solo lo infinito existe, y que lo finito no es mas que una apariencia, una ilusion, que no tiene realidad verdadera. Permítasenos advertir que las ideas de lo finito, son inseparables de las de lo infinito en nuestro entendimiento; y que si las primeras no tienen ninguna realidad, no pueden tenerla mas las segundas. Las unas y las otras se nos aparecen en el *yo*: si el *yo* no es real, ¿por qué lo han de ser las ideas que manifiesta? ¿Por

qué han de tener mas realidad que el *yo* mismo? Cualquier hombre puede decir con justa razon: Yo existo y siento que no soy el infinito; luego soy distinto de él. En vano se niega la realidad del mundo, la personalidad humana: en vano se defiende que estas cosas no son mas que apariencias: la humanidad cree en la realidad del mundo como en la del *yo*. Suponer lo contrario es oponerse á la recta razon. Sabemos que se ha dicho: "Los límites no tienen existencia absoluta: en el fondo no son nada." A esto respondemos que los límites, en cuanto límites, pueden no ser mas que abstracciones; pero sin embargo, los seres limitados son algo real, y es indestructible esta opinion de la realidad del *yo* y del mundo. La realidad de lo finito, lejos de ser contradictoria con la nocion de lo infinito, está en completa armonía con ella, porque es mas perfecto producir alguna cosa distinta de sí, que no poder hacerlo. La existencia real y distinta de lo finito está ligada con la verdadera nocion de lo infinito, porque identificando lo finito con lo infinito, se le aniquila. En efecto, no se encuentran en la totalidad de los seres finitos la inmutabilidad, la unidad y la perfeccion soberana que caracterizan á lo infinito, mientras que este se nos presenta tal como tenemos idea de él, pintándonosle como que contiene en un grado eminente todas las perfecciones que comunica en un grado limitado. Entonces llena plenamente la idea que tenemos de la perfeccion infinita, de un ser simple

é inmutable, que no tiene ningunas modificaciones; pero que encierra todas las perfecciones de todas las modificaciones mas variadas en su inalterable simplicidad. Los seres de que se compone el universo, no son simples modificaciones de la sustancia divina. Aunque tengan la raiz de la existencia en Dios, no dejan de ser distintos de él con toda la distancia que separa lo finito de lo infinito. El estudio del universo nos revela sin duda la grande unidad de que derivan todas las existencias, y á donde todas van á reunirse; y es cierto que no podemos concebir la multiplicidad sin la unidad. Tiene uno que referir por fuerza el primer término al segundo, las unidades relativas á una unidad superior, de las que son reflejo todas las otras. Pero no pudiendo reducirse unas en otras estas ideas, deben necesariamente ser distintos los objetos que les corresponden. "Y cualquiera que quisiese concluir de la necesidad de estas relaciones que existe sola la unidad suprema, dice el señor Ancillon (1), trataria de sacar de la idea de la unidad, lo que no contiene: abusaria de esta idea." De que puede concebirse lo relativo sin lo absoluto, no se sigue que lo relativo no sea nada; y porque una sustancia productora y una sustancia producida tengan los mismos atributos, no se sigue que no sean numéricamente distintas. Si la causa debe contener lo que hay en el efecto, puede contener

(1) Tomo 1. p. 356.

de una manera infinita lo que le comunica bajo un modo finito.

Entonces, aunque las sustancias producidas están contenidas eminentemente en su causa, tienen, sin embargo, atributos esencialmente diferentes. Luego la identidad de la razón divina con la razón humana es inadmisibile; luego la soberanía general de la razón universal de la humanidad, que parece se quiere sustituir al catolicismo, es un principio falso en el sentido de la filosofía del siglo XIX.

Impórtanos sobre todo calcular sus consecuencias.

Lejos de corresponder esta teoría á las urgentes necesidades de fé que tiene la sociedad moderna, conduce rigorosamente al ateismo. En vez de estimular al progreso, hace retroceder la inteligencia undiéndola en el escepticismo. En vano nos halagaria con la esperanza de hacernos vivir en el seno de la tolerancia, de la union y de la paz: no puede menos de producir el egoismo y la discordia.

Con todo, queremos repetir que no hay nada personal en esta discusion. Tenemos que juzgar de principios y de una teoría: nuestro deber es decir lo que pensamos; pero no imputamos sus consecuencias á los autores que las han emitido. Nos complacemos en reconocer, tal vez mejor que nadie, que la conciencia humana es un santuario impenetrable cuyo único juez es Dios.

Ya se ha visto que la gran teoría de la soberanía de la razón humana, que nos parece resume

la filosofía del siglo XIX, se funda en la necesidad de la creacion en la identidad de la razon divina y de la razon humana, entre lo infinito y lo finito, y en la movilidad de la verdad proclamada con relacion al hombre esencialmente variable. Todos estos principios que le sirven de base, están además contenidos claramente en algunas líneas de los monumentos filosóficos de nuestra época. Permitásenos citarlas. "Lo infinito es la causa absoluta (1), que necesariamente crea y necesariamente se acrecienta: no se concibe unidad sin multiplicidad. La unidad tomada aisladamente, la unidad indivisible, la unidad que queda en las profundidades de su existencia absoluta que no se convierte jamás en multiplicidad, en variedad, en pluralidad, es por sí misma como si no fuese." Y en otra parte (2) dice: "El movimiento interior de las fuerzas del mundo en su progreso necesario, produce de grado en grado y de reino en reino ese ser maravilloso, cuyo atributo fundamental es la conciencia; y en esta conciencia hemos encontrado los mismos elementos que bajo de condiciones diferentes habíamos encontrado ya en la naturaleza y en Dios mismo. La condicion de la inteligencia es la diferencia, y no puede haber acto de conocimiento sino donde hay varios términos." En dictámen de otro autor (3), la Trinidad, el Verbo no son otra

(1) Cousin, *curso de 1828*.

(2) Id. lecc. 5 y 6.

(3) Damiron, *Ensayo acerca de la historia de la filosofía en el siglo XIX*.

cosa que lo infinito, lo finito, incremento necesario de lo infinito y la relacion de los dos términos. Finalmente, la creacion no es, según el pensamiento del señor Leroux (1), más que la consecuencia inmediata de la existencia del Criador. Réstanos probar el peligro de las consecuencias que se deducen rigurosamente de estos principios, y van de rechas al ateísmo.

No nos negamos á admitir que sea más perfecto poder producir alguna cosa distinta de sí, que no poderlo hacer, y que lo infinito es fecundo, es decir, poderoso para hacer existir lo que no existía. Pero sostener que Dios no podía manifestarse, y que la creacion es necesaria, es desconocer evidentemente en Dios todo acto de libertad, y negar toda suposicion de que hubiera podido continuar en su esfera de escentricidad si hubiera querido. Es no conocer en él más que una necesidad vaga, una fuerza oculta, sin razon, sin sabiduría y sin objeto; negarle la perfeccion cuya idea está obligada toda teoría filosófica á esplicar, así como á demostrarnos el objeto que á ella corresponde. En resúmen, es *el ateísmo*. Sostener que Dios no podía manifestarse, y que la creacion es necesaria, es afirmar que el mundo era indispensable á la existencia divina, que forma parte integrante de lo infinito; es negar á la sustancia divina una vida propia, es destruir en Dios toda personalidad, y

(1) *Nueva enciclopedia*.

reconocerle únicamente como una abstracción incomprendiblemente para el pensamiento: en otros términos, es la negación de Dios.

Vanos serían los esfuerzos para descubrirnos en la totalidad de los seres todos los atributos propios de la perfección divina, cuya idea tenemos. Dios concebido así no sería más que la colección de las partes; y una agregación de partes realmente distintas unas de otras, no podría ser esa unidad infinita de que tenemos idea. No hay esfuerzo que pueda sacar lo absoluto de lo contingente, ni la unidad de la pluralidad, sumada tantas veces como se quiera. Todo compuesto no puede ser el verdadero infinito: un solo ser que sin partes existiese infinitamente, es infinitamente más perfecto; y tal es la grande idea que tenemos del infinito, que encierra todas las perfecciones en la simplicidad más absoluta. Así, pues, suponer á Dios un ser colectivo es anonadarle.

La negación del infinito es también una consecuencia que se deduce rigurosamente de la identidad de la razón divina y de la razón humana; porque desde luego que se admite que los mismos elementos constituyen la una y la otra, se sigue que la razón divina que no tiene vida propia, crece progresivamente con la razón humana, y de consiguiente, que la razón divina es incomprendible: que el infinito, que Dios no es. ¿Qué vista, por poco observadora que sea, no descubriría el ateísmo más claro en la teoría que llama á Dios simultáneamen-

te finito é infinito, eternidad y tiempo, naturaleza humanidad (1)? “La conclusión de esta confusión ¿no supondría que Dios está sujeto á todos los desórdenes, á todos los padecimientos y agitaciones de la especie humana? A esta idea se conmueve el corazón, y nos avergonzaríamos de ser hombres si no nos acordásemos que somos cristianos. Sí, sin duda el ateísmo consiste en negar á Dios, y se cae en él sustituyendo al ser infinito las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Tenemos que sacar la última consecuencia del principio de la verdad móvil. “El entendimiento humano, se nos dice (2), no viaja de la verdad al error y del error á la verdad, sino de una verdad á otra, ó por mejor decir, de un aspecto á otro de la verdad. El principio de la movilidad de las cosas humanas, está en la movilidad de las ideas de la inteligencia humana, que varían de un tiempo á otro y de un país á otro: varían como el conocimiento humano, y el conocimiento humano crece y decrece.” Debemos, pues, concluir que no hay nociones invariables con respecto al hombre; luego no hay para la especie humana verdad fija, inmutable, á escepción tal vez de algunas verdades matemáticas; luego en el mundo intelectual y sensible, en moral, lo mismo que en metafísica, no hay puntos fijos y determinados para el hombre. Lue-

(1) El señor Cousin, pref. de los *fragm. filos.*

(2) El señor Jouffroy, art. de la Sorbona y de los filósofos.

go nos vemos rigurosamente obligados á deducir: que para la humanidad no hay Dios, porque podria muy bien sucesivamente considerarle como espíritu ó como materia, como materia y espíritu, como finito é infinito, como causa ó efecto; y ¿qué sabemos si como ser y no ser? En una palabra, esto es negar á Dios, á fuerza de querer considerar su nocion bajo incesantes trasformaciones. Así este principio de la verdad móvil con respecto al hombre, conduce al fatalismo, del que viene á ser juguete el destino humano.

No queremos mas pruebas que la continuacion de la esposicion de este sistema. "Los siglos, se dice, no son mas culpables de sus opiniones que los hombres de las opiniones de su siglo. Un siglo no es responsable ni de lo que es, ni de lo que piensa. Un siglo sale de otro, una opinion de otra; y si se acusa á este otro siglo y á esta otra opinion, se hallará que están inocentes de lo que han sido, y por consiguiente de lo que han producido (1)." Pero la nocion de fatalidad es tan opuesta á la de Dios, como la idea de tinieblas á la de luz. El principio de la verdad móvil conduce rigurosamente al ateísmo; con todo, la imparcialidad que debe ser el carácter distintivo de todo escritor, nos impone el deber sagrado de declarar que el señor Jouffroy reconoce formalmente una nocion eterna de justicia, que la libertad está destinada á realizar.

(1) *El Globo*, p. 54.

Pero descubrimos tan poca ligazon entre esta nocion y su gran principio de la verdad móvil, que no podemos esplicar la contradiccion por lo menos aparente que nos ha chocado.

Creemos haber demostrado suficientemente que las bases sobre que se funda la teoría de la soberanía de la razon humana, conducen al ateísmo. La filosofía, orgullosa como otro Alejandro, por algunas conquistas, quiere usurpar los títulos y derechos de la divinidad. El señor C. de Remusat pretende siempre para ella el lugar y la influencia suprema del culto y del altar. No ve la suerte futura de Francia mas que en el destino futuro de la filosofía, porque segun él, habiendo muerto tradicion, autoridad, religion, dogma, fé, todo, la filosofía sola es capaz de reanimar los restos de la civilizacion. Y en un siglo en que la sociedad experimenta una necesidad tan urgente de fé, ¿podrian los pueblos verse desheredados de la verdadera nocion del ser que es principio de aquella! Y despues que el racionalismo ha dejado un vacío tan grande en las inteligencias, ¿podrian estar amenazadas todavía en el fundamento de toda creencia! Y despues de no haber recogido mas que abatimiento y desesperacion de las vanas teorías que las habian seducido, ¿podrian todavía las naciones ir á mamar el olvido de Dios á los pechos de una advenediza que usurpase el lugar de su verdadera madre! Pero ¿quién no sabe que con el pensamiento del hombre sucede lo que con los otros productos

de su actividad? La razon del hombre pasa: la de Dios queda. La religion sola tiene y puede tener el problema de nuestro destino. ¡Oh Dios! A quien se afirma queriendo negarle; *¡oh Ser de los seres!* á quien en vano intentan desconocer los que le deben la existencia; ¡oh foco de luz! á quien inútilmente se trata de cubrir de tinieblas; ¡oh belleza siempre antigua y siempre nueva! Dad á nuestra débil razon el apoyo que implora de vos, y á todos los corazones el puro amor.

Los pueblos, cansados de vanos ídolos, quieren á toda costa la verdad bajo todas sus formas; pero ante todo la verdad religiosa. Estos gritos tan sinceros nos hacen esperar que no vemos los dolores de la muerte, sino los del parto en los males sin cuento de que las naciones son víctimas. La sociedad moderna tenia una necesidad urgente de dos cosas; de la fé para comunicar con Dios, y de la ciencia para comunicar con los hombres. Tales son los medios providenciales puestos en sus manos para disipar todas las nubes que vemos aun vagar en torno de nosotros. Cuenta la sociedad en su seno discípulos fervorosos y tambien hombres grandes en las letras, las ciencias y la historia. El universo los contempla, y la religion ha escrito sus nombres sobre la columna de los siglos. Pero todo pensamiento que contradiga un pensamiento de Dios, es un error, y toda ciencia que se ponga en oposicion con la fé, en vez de adelantar retrocede. Tal es el peligro de las consecuencias que trae la

teoría de la soberanía de la razon universal de la humanidad.

El hombre debe propender sin duda á progresar. El refiere á Dios los homenajes de las criaturas insensibles y faltas de razon. Si su cuerpo se forma de elementos terrenos, su alma está hecha á semejanza de Dios y es capaz de poseerle. Su destino es conocerle, glorificarle y encaminarse á él. Entre Dios y el hombre se ha establecido una sociedad santa. La razon divina ilumina á este con las ideas que le comunica, como el astro del dia ilumina al globo con los rayos que emanan de él. Fecunda sus pensamientos, y solicita la reaccion vital de una adhesion libre y del amor. Cuando se admite la accion de una providencia y la restauracion del ser degradado y llamado de Cristo á la perfeccion, el progreso es inteligible. Pero si el hombre llega á tener por cadena de esclavitud la que le une á Dios, y la rompe: si no se quiere una providencia que arreglándolo todo ordenada y sábiamente, y proporcionando los medios á los fines, llama el hombre á la vida racional, moral y sobrenatural: si no se ve en él mas que una fuerza necesitada, indeterminada y ciega; ó bien si se le supone causa productora de la verdad por una elaboracion progresiva de sus facultades, entonces nos parece arbitrario el principio del incremento sucesivo intelectual y civilizador, y condenado á no producir mas que resultados puramente negativos, es decir, á hacer retroceder lejos de hacer adelantar.

Decimos arbitrario, porque no puede demostrárenos por qué el hombre no está obligado á manifestar sus potencias sino una despues de otra, y por qué la perfeccion está para él al cabo de la carrera y no en el punto de partida. Decimos arbitrario, porque no podría esplicársenos la chocante desigualdad en el destino de las diversas edades de la humanidad, y probársenos que el hombre ha inventado el pensamiento y la palabra, promulgando las leyes de su corazon, y creado las diferentes condiciones de la vida. Añadimos condenado á hacer retroceder lejos de hacer adelantar; lo que á nuestro juicio no es el progreso que consiste y debe consistir siempre en el incremento de la verdad y de su aplicacion bajo todos sus aspectos; porque en la hipótesis duda el hombre sin Dios, sin infinito, y sin tipo eterno del bien y de la belleza no podría encontrar los elementos del progreso mas que en su propia naturaleza. Y ¿quién no sabe cuán encerrada está en estrechos límites? ¿Quién no sabe que es víctima de mil pasiones que la tiranizan, de necesidades que la sitian, y de miserias que la asaltan? Si se nos objetasen los progresos conseguidos en la ciencia del cálculo, responderíamos primeramente que no es el progreso de que queremos hablar, pues le entendemos solamente de un incremento de la humanidad en todos sentidos, es decir, bajo el respeto intelectual, moral y social. Despues haremos observar que estos progresos resultan de la esencia misma de las ciencias esac-

tas, en las que siendo toda proposicion la verdad absoluta, hemos adquirido irrevocablemente cada conquista; pero que no derivan de la ley de nuestra perfectibilidad, porque nosotros no podemos hacer lo que es ya. Y he aquí como irresistiblemente nos vemos conducidos á levantaros hácia el Ser Soberano, tipo de toda perfeccion, que es el fundamento sobre el cual debe trabajar la humanidad si quiere adelantar. Como la negacion de este Soberano Ser trae en pos de sí la de toda verdad, viene á ser una rémora para la humanidad, que se ve forzada á permanecer en la inaccion, y de allí á poco á andar hácia atras. El solo progreso realizable para la humanidad, es aquel que tenga por tipo el divino modelo cuya perfeccion es infinita, por medio la union mas ó menos estrecha con el soberano bien, que únicamente puede encontrarse en el Ser Supremo, y por objeto el destino ulterior que la fé nos deja entrever.

Tal es la senda que ofrece el catolicismo á nuestra actividad. El entendimiento humano se ha abierto un camino nuevo sin saber muy bien á dónde irá á parar. Despues de haber apurado los sistemas particulares, demasiado incompletos para dar razon de las cosas, le ha dominado la necesidad de una esplicacion mas comprensiva. En vez de continuar invocando la razon individual, ha aspirado á la perfectibilidad indefinida, y para eso ha proclamado en el siglo XIX la soberanía de la razon universal de la humanidad. Esta teoría filo-

sófica puramente negativa no podía menos de precipitarle en el escepticismo. Una consecuencia tan funesta, porque se opone á la naturaleza del hombre, y subversiva de todas sus relaciones, no puede menos de acusar el principio de erróneo.

Deduzcamos las consecuencias. Sentar principios que se destruyen recíprocamente, admitir esplicaciones de las cosas, diversas y contradictorias entre sí, y callar acerca de cuestiones importantes, es sin disputa confesar su impotencia y dar lugar á la duda: es precipitar la inteligencia humana en las profundidades del escepticismo mas cruel. Mas nosotros creemos haber demostrado con los testimonios inequívocos de la filosofía contemporánea, que la soberanía de la razon universal de la humanidad, encierra la confusion de lo absoluto y de lo relativo, de lo necesario y de lo contingente, de lo eterno y de lo temporal, de la unidad y del múltiplo, del finito y del infinito, del móvil y del invariable. Estos términos son los mas contradictorios entre sí, porque son la espresion de las cosas mas opuestas; luego la teoría es errónea y no produce otra cosa que escepticismo. Nadie puede evadirse de él sino por medio del conocimiento de la verdad, que es el objeto propio de la razon del hombre, y el fin hácia que debe propender todo progreso intelectual. Mas este sistema filosófico que parecia querer esplicarlo todo y ser favorable al progreso, no es en el fondo sino una negacion perpetua y estéril de todas las cosas.

“Las cuestiones de origen y de fin son insolubles, confiesa el señor Leroux: nos hallamos entre dos misterios.” No puede esplicarnos la naturaleza del mal y el origen de las religiones positivas, ni resolver los problemas que la idea de Dios, del hombre y del mundo nos presenta; y hasta se ve precisado á negar las nociones recibidas de verdad y de progreso. Niega la personalidad humana: el *yo* no es la sustancia, y no puede ser sino su forma sublime; de donde resulta que nuestro ser pensador no es mas que un accidente: que el finito es una apariencia, una ilusion, y que no tiene verdadera realidad. El mundo en cuanto múltiplo no ecsiste: lejos de ser una realidad no es mas que una fantasma. Parecerá que no niega el infinito, y aun confesará que no tiene límites, que todo lo comprende, y que fuera de él no se concibe nada; pero al paso que lo afirma, desfigura de tal modo la nocion que tenemos de él, que no se puede confesar su ecsistencia real. Le niega la personalidad, la inteligencia, la voluntad, la libertad y la vida propia: no presentan en donde quiera sino seres finitos sin realidad, y uno absoluto de quien no se puede afirmar ni negar nada. Pero ¿qué es este absoluto? La confusion del objeto y del sugeto, del efecto y de la causa, del espíritu y de la materia: bajo el punto de vista de la identidad de la razon divina y de la razon humana, del finito y del infinito, y de la verdad móvil, se desvanecen todas las distinciones. No subsiste ya idea de verdad, de religion,

de deber, de bien y de mal: todas estas nociones van á sumergirse en el abismo del escepticismo. En efecto, si la verdad cesa de presentarse al hombre bajo un carácter absoluto é inmutable como el ser, necesariamente se vestirá siempre de formas opuestas y contradictorias, á lo menos por relacion á él; luego el hombre no tendrá jamas la nocion real de la verdad.

No hay religion posible, porque esta no es ni puede ser mas que la relacion del hombre á Dios; mas para que haya relacion, es preciso admitir dos términos realmente distintos, Dios y el hombre. Identificada la razon divina con la razon humana, y por la absorcion del finito con el infinito, se destruye un término; luego no pueden ecsistir relaciones. Entonces no hay ya religion, como tampoco ley ni deber. Con la nocion de personalidad negada á Dios se desvanece la idea de la ley, y admitiendo la verdad móvil desaparece todo pensamiento de deber, que no seria ya mas que una disposicion arbitraria del hombre. No hay distincion entre el bien y el mal, porque si todo es idéntico, no se distingue el vicio de la virtud. Bajo el reinado de la necesidad, la libertad es una quimera con que el hombre no seria responsable de sus actos, y así lo vemos confirmado con el testimonio ya citado del señor Jouffroy. Pero despues de haber negado todas las distinciones ¿á qué conservar la de la identidad universal mientras que no podria concebirse y afirmarse sino por la distincion de la diversidad, que no

ecistiria ya en la hipótesis? Así todo huye, toda idea desaparece, todo va á anonadarse en el espantoso escepticismo: verdad, moral, ley, religion, deber. . . .

Si tales principios no trajesen el caos para dar muy pronto lugar á nada, ¿no creeria uno que los veia fundar sobre la tierra el reinado de la fuerza y del egoismo, levantar horrible confusion de gemidos, de lágrimas y de suspiros, y presentar el triste espectáculo de los asesinatos, y de la sangre? No dependiendo el hombre mas que de sí mismo, no quedando ya consuelo á la queja, ni remordimientos al corazon; ¿á qué escesos no le arrastrarian sus impetuosas inclinaciones? Se verian el desenfreno y la lucha de todas las pasiones humanas, el mas débil oprimido por el mas fuerte, rotos todos los vínculos, la confusion en las familias, la anarquía en la sociedad y en el género humano como en un combate de gladiadores de donde saliesen mil clamores fúnebres, luchando con la muerte en un valle de desolacion y de horror. . . . A esta vista no sabemos qué terror secreto se apodera de nuestra alma: estremécese y queda helada como si la hubiera tocado la mana yerta de la muerte. ¡Oh Dios! que el hombre os conozca y os ame, y detestará unas doctrinas propias para arrebatarle toda esperanza. No tememos en verdad que pueda acusársenos de esageracion. Las consecuencias que acabamos de deducir, nos parecen esencialmente unidas á los principios, y á veces son la espresion de las obras mo-

dernas que ya hemos citado. Tales han sido los funestos resultados de los sistemas filosóficos que se han querido edificar fuera del cimiento ó en oposicion con la fé.

Consúltense el periodo griego, la edad media y la época racional, y no se echarán de ver mas que contradicciones manifiestas y ruinas llevadas por las inundaciones del error y de los vicios. La India fué la cuna del panteismo antiguo, que se refleja todo entero bajo diversas formas en la mayor parte de las obras de la filosofía moderna, y ya se sabe á qué estado de aberracion y flaqueza reduce el entendimiento humano. La escuela jónica nos ofrece un cosmologismo sensualista y materialista que sobrepuja á toda espresion.

Para demostrar los átomos invocaba Demócrito la imposibilidad de una division á lo infinito; y de la imposibilidad de señalar un principio al tiempo, al espacio y á los movimientos, deducia su eternidad. Segun él los átomos redondos de que se compone el alma, y que mueven el cuerpo, son unos átomos de fuego. Las indiferentes agregaciones de átomos que constituyen el mundo, proyectan sin cesar á su rededor unas particulas sutiles que las representan. Estas fantasmas corporales, especies espresas de los objetos como se llamaron mas adelante, vienen á herir nuestros sentidos y á imprimirse en ellos, convirtiéndose tambien en especies impresas: de ahí primero la sensacion y luego el pensamiento. El fin de la existencia se reducía

para Demócrito á este precepto: Gozad de la vida: el medio conducente es la igualdad de genio.

La escuela itálica nos da un cosmologismo idealista. Tendriamos que hablar de Pitágoras; pero llegamos á toda prisa á la escuela mista, á la que pertenece Diógenes de Apolonia en Creta, que consideraba el aire como el elemento fundamental de la naturaleza, y le daba los atributos divinos. A esta escuela ecléctica sucedió la escuela sofística, que profesó un escepticismo declarado. “Los dioses ¿son ó no son? Eso es lo que yo no puedo decir,” escribia entonces Diágoras de Melos. La cosmología de lo pasado llegó á ser muy pronto una antropología para la ciencia. El movimiento de la filosofía socrática sustituyó la providencia al destino en las creencias humanas y el móvil positivo del amor al móvil negativo del temor.

Sin detenernos en la doctrina académica que nos proporcionaria la ocasion de esplanar el bello idealismo de la filosofía de Platon, llegamos al estoicismo. Su carácter fué un verdadero eclecticismo, que no niega nada sino que subordina solamente en su orden de dependencia racional las realidades de que se compone el hombre y el universo. Sabido es que el señor Cousin no reprende en esta doctrina mas que lo que él llama *suegismo sublime*. Con todo, nos parece que no puede alabársele por haber admitido dos principios eternos, el uno pasivo ó la materia, y el otro activo ó Dios. El estoicismo reconocia la union de la Providencia y del destino

en el mundo. Las tres escuelas cirenaica, peripatética y epicúrea profesaron el sensualismo. No puede uno menos de asombrarse al oír á Aristóteles legitimar la esclavitud y admitir la eternidad del mundo, reconociendo al mismo tiempo un Ser Supremo distinto del universo. En concepto de Epicuro, el placer es el soberano bien del hombre. Los dioses, según él, se componían de átomos, y la figura mas perfecta era necesariamente la de los dioses.

La filosofía escolástica es la de la edad media, y consiste en el predominio del elemento religioso sobre todos los elementos humanos: á decir verdad no es mas que una teología. Así es que ella solo encerró indudablemente mas verdades que todas las otras escuelas de las edades filosóficas. Fuera de algunas escepciones, todos los filósofos que aparecieron en esta época, fueron admirados como grandes hombres. Basta nombrarlos: Alcuino, Alberto el Grande, S. Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. Los alumbraba la fé; y así su ciencia fué trascendente. Rogerio Bacon comenzó á conmover la filosofía de la edad media, que mas adelante debia arruinar Francisco Bacon.

Es de sentir que este filósofo abriese la senda al sensualismo de una manera tan decisiva; pero Descartes fijó sus miradas en las vías del idealismo. El espinosismo parecia destinado á arruinar todos los verdaderos principios sentados por la escolástica. No hay quien pueda figurarse todas sus aberracio-

nes. Espinosa enseñaba que importa poco que se haga de Dios una materia ígnea, un espíritu, una luz, un puro pensamiento: que llene el mundo y que gobierne el universo. Afirmaba que Dios es todo lo que es, y que no vemos por todas partes mas que el pensamiento y la estension. Dios es, según él, la estension sin limites, el pensamiento absoluto: Dios une en sí la necesidad y la libertad. Todo lo que acontece, está determinado en Dios por su naturaleza. Nos parecería que los sansimonianos habian tomado la metafísica de Espinosa, si pudiéramos suponer con algun fundamento que sus aberraciones les habian dejado una. Malebranche y Leibnitz se inclinaron al panteísmo espiritualista; pero porque se adhirieron á los principios de la filosofía cristiana, fuera de algunas opiniones esageradas, siempre serán dignos de proponerse como modelos al ingenio del hombre. Hume es quizás entre todos los filósofos el que vistió el escepticismo con la forma mas seductora, y cayó tambien en errores mas graves: verdaderamente fué el juguete de la razon. Suponia que la nocion de los hechos de esperiencia trae siempre consigo la duda. Según él, lo contrario de lo que creemos cierto de este orden de cosas, puede decirse sin absurdo, y puede ser verdadero.

“¿Hay en el mundo una proposicion mas inteligible que esta, (decia): los árboles florecerán en el mes de Diciembre, y perderán las hojas en el mes de Mayo?” Enseñaba que nuestra creencia con respecto á la realidad de un hecho, descansa en la

sensacion, en la reflexion y en una induccion de la causa al efecto. Solo las ciencias abstractas tienen alguna solidez. “El pan que yo comia (dice en el segundo *Ensayo*), estaba dotado entonces de tales virtudes secretas; pero ¿se sigue que otro pan deba alimentarme tambien en otro tiempo, ó que deban encontrarse siempre las mismas virtudes con cualidades semejantes? Aquí no hay sombra de necesidad (1). Los que afirman que no ecsiste mas que una causa siempre activa á la que hay que referir el movimiento del mundo, y que esta causa es Dios, esplican lo que no se sabe, porque no se sabe mas (2). Cuando yo pienso que los hombres han medido el sol, y no están de acuerdo sobre los principios de la moral, esto hace desconfiar mi entendimiento de mi teoría (3). Todo es enigma y mistetrio. La duda, la incertidumbre y la irresolucion, son los únicos frutos de nuestras investigaciones mas exactas.” Se nos dispensará que no demos otras pruebas de una razon delirante. Tomás Reid, esplicando rigurosamente la teoría de la recta razon, arruinó las bases del escepticismo de Hume.

Kant, cuyo sistema se resume en eclecticismo *fenomenal*, dejó al mundo el sentimiento de que sus creencias religiosas no tuviesen nada positivo y determinado. Con todo, un dia se le oyó esclamar:

(1) 7.º *Ensayo de la idea del poder.*

(2) Sec. IX, §. 1. *Investigaciones sobre los principios de moral.*

(3) *Historia natural de la religion.*

mar: “Hay un Dios.” El 2 de Junio de 1803 el célebre orientalista Hasse, su amigo íntimo, le preguntó qué se prometia de la vida futura: quedó Kant absorto por un instante, y luego respondió: “Nada determinado.” Algun tiempo antes habia dicho espresamente: “No tengo ninguna nocion del estado futuro.” En otra ocasion se declaró con respecto á la misma cuestion por una especie de metempsicosis. Parece que la imaginacion sedujo su razon. De la esplicacion que daba á las doce formas del entendimiento, se sigue que el conocimiento real no es mas que una forma del entendimiento aplicada á una deposicion sensible; y de consiguiente, que no conocemos sólida y legítimamente mas que las formas del entendimiento dentro de nosotros, y fuera, los accidentes materiales en todas partes y siempre el fenómeno, jamas el *númene* ó *el ser*. Por eso las antinomias ó debates contradictorios que propone sobre las cuestiones de la sustancia y del destino futuro del alma, de la eternidad ó de la creacion del mundo, de la divisibilidad ó de la simplicidad de los elementos sustanciales, de la continuidad ó de la contingencia de la causa y del ser en el universo, finalmente, de la ecsistencia de Dios demuestran á su parecer que los objetos suprasensibles de estas ideas, eluden *toda afirmacion*, como tambien y por el mismo motivo *toda negacion legítima*.

He aquí cómo viene á parar el racionalismo en escepticismo sobre las cuestiones mas importantes

que puede ventilar el entendimiento humano. Ya hemos citado los nombres de los filósofos mas famosos de nuestra época, Cousin, Guizot, Jouffroy, Damiron, Lherminier, Michelet y Pedro Leroux, y nos hemos atrevido á juzgar sus sistemas; pero no ha sido por un sentimiento de presuncion. Nuestra propia incapacidad nos hubiera hecho rehuir esta tarea: si no hemos vacilado en acometerla, es porque hemos buscado las doctrinas de un maestro mas grande. No hemos seguido nuestras propias ideas, sino las de la fé, que sabe dar aun á las inteligencias mas comunes lo que el talento solo no encontrará jamas en todo lo que no se ha dejado á la controversia de los hombres, la verdad. La fé nos ha valido mas para este juicio que el entendimiento y el ingenio.

Si no hemos hablado todavía de las consecuencias de los principios emitidos por los secuaces de San Simon y de Fourier, es porque hemos creido que basta esponerlos para escitar la indignacion de cualquiera que tenga corazon de hombre, cerrando así con la lista de los filósofos la historia de los grandes extravíos de la razon humana, desviada de los senderos que la antorcha de la fé ilumina. Nos hubiera costado dificultad el creerlo si nosotros mismos no lo leyéramos. El mal, dicen los primeros, como existencia positiva, no puede concebirse, todo es bien, todo es bueno, porque todo es uno (1).

(1) Exposicion de la doctrina sansimoniana, 2.º año, p. 104.

El mal es puramente relativo al hombre. A vista del pensamiento sansimoniano desaparece la disciplina de reserva, de pudor y de perpetuidad de los lazos individuales del himeneo. La movilidad y la inconstancia son modos de la vida tan divinos como la estabilidad, la fidelidad jurada y la constancia. Los enlaces fundados en los afectos pasajeros son tan legítimos y santos, como los que se sancionan con la promesa religiosa y las leyes: las pasiones sensuales no son otra cosa que la necesidad. Los sansimonianos proclaman la promiscuidad, y con ella la abolicion de todas las ideas de familia, sobre las cuales estriban la duracion y la felicidad de las sociedades, cualquiera que sea su forma. Los partidarios de Fourier, emiten los mismos principios, y no conciben el estado normal del destino humano sino por medio del incremento ilimitado de todos los instintos, cualquiera que sea su naturaleza.

Cubramos con un velo tan detestables escesos, y dediquémonos á amar la virtud que es la vida del corazon, como la verdad es la del entendimiento. Uno de nuestros filósofos ha osado afirmar que la fé cristiana está ingertada en cierta manera en el árbol de la duda, y que la duda vaga y la duda metódica encuentran contra toda verosimilitud una autoridad y una propaganda en la religion: hasta en nuestros seminarios ve escuelas de pironismo. No lo lleve á mal el señor C. de Remusat; pero padece un error gravísimo y nadie le creerá. La

filosofía viene á parar en el ateísmo, substituyendo al ser de los seres una ciega necesidad ó una simple abstracción, en un escepticismo universal reduciéndonos á la imposibilidad de afirmar y de negar nada, y en un irremediable antagonismo y en la anarquía con la negación del mal. En sus teorías se muestra opuesta á la naturaleza y á todo progreso verdadero: si fueran realizables aquellas, se conmovería la sociedad en sus bases, se acabaría la vida, y se anonadaría la humanidad. Al contrario el catolicismo, está en perfecta armonía en sus dogmas y moral con el género humano. Ya hemos visto que corresponde admirablemente sobre todo á las necesidades de las sociedades modernas. Donde la filosofía se ve obligada á confesar su impotencia, nos asombra el catolicismo con los resplandores que despide en torno nuestro; y mientras que aquella no puede dar otro consuelo al hombre agitado por los remordimientos ó juguete de la fortuna que estas palabras: *Es necesario*, el catolicismo le abre fuentes de gracias y le prodiga esperanzas. A los desdichados les ofrece recursos, y al entendimiento humano, jadeando por el camino de la vida en busca de la verdad, le enseña el primer principio en lo mas encumbrado de los cielos.

Sin duda que el catolicismo tiene misterios profundos para la razón limitada del hombre; pero no son contradictorios en sí mismos, ni opuestos á la naturaleza: admite realidades y no sombras. Si no explica todos los hechos, el *cómo* y el *por qué* en to-

das las cuestiones, indicándonos su causa y los límites de la razón humana y en la infinitud de la razón divina, siempre da poderosos motivos para creer lo que supera á nuestros alcances. ¡Con qué precisión explica á Dios, al hombre y al mundo! En todas partes nos da las mas altas ideas de ellos. "Las cuestiones mas importantes, dice el ingenioso autor *del Ensayo sobre el panteísmo*, que el entendimiento humano puede suscitar, y que los antiguos sistemas resuelven tan incompletamente, son las del ser, del mal, del origen y del fin de las cosas. Estas cuestiones que la filosofía racionalista ha bosquejado apenas, y que teme, porque no se siente con fuerza para resolverlas, constituyen el terreno en que mejor quiere explicarse la lógica católica. Allí ostenta ella todas sus fuerzas ó invoca á un tiempo la tradición, los sentidos y la razón."

¡Qué admirables especulaciones sobre el ser nos presentan los filósofos católicos desde S. Agustín hasta Malebranche! La cuestión del mal, á causa de su conexión con las bases del cristianismo, ha llamado sobre todo la atención de los filósofos cristianos. Se han interenado con valor en sus oscuras profundidades, y nos presentan la solución mas completa y mas satisfactoria de la cuestión mas difícil (1). Enriquecidos con todas las tradiciones divinas y humanas; cuánta luz no han difundido sobre el origen y el fin del hombre! Por

(1). Del libre albediro, S. Agustín.

medio de sus principios se puede formar la filosofía de la historia. También ha ventilado estas árdnas cuestiones la filosofía del siglo XIX: las ha considerado de frente, y ha propuesto una solución. Perdónesenos si no lo comparamos con la solución católica: lo dicho ya nos parece que basta para demostrar de qué lado se encuentra la superioridad.

De aquí en adelante quedan comprobados dos hechos: el primero, que las cuestiones más importantes y difíciles de la filosofía que arredran al racionalismo y que el eclecticismo toca superficialmente nada más, forman el patrimonio privilegiado de la ciencia católica: el segundo, que por más que nuestros sistemas filosóficos proclamen la soberanía de la razón universal, están muy lejos de satisfacer las necesidades urgentes de la sociedad.

Para todo entendimiento elevado, para cualquier hombre que ama de veras á su patria, para el ciudadano que quiere el bien de sus semejantes, para una alma capaz de las sublimes impresiones de la virtud, parécenos que solo queda una cosa que desear: *la alianza sincera de la filosofía moderna con la doctrina católica*, no porque esta necesite semejante unión para conseguir su noble destino, sino porque aquella no puede cumplir su misión civilizadora en el seno de los pueblos, sino remitiéndose á los principios católicos. Esta feliz alianza aceleraría la marcha de la sociedad hácia una completa civilización, hácia un estado de sosiego ardentemente deseado.

No se crea que la filosofía tuviese que andar tanta distancia como comunmente se figuran algunos: sin cesar viene á parar al mismo terreno que la teología; y de hecho su punto de partida es común. Todos los conocimientos que una y otra adquieran, sean de la naturaleza que quieran, tienen igualmente por primer fundamento la fé, porque para cada raciocinio que hace el hombre, hay una primera verdad que es su base, y cuya certeza trataría en vano de demostrar en el fondo de su *yo* y como si le fuera propia. De suerte, que respecto de esta primera verdad, sufre la ley de la autoridad: hace un acto de fé. Esta es la convicción que llamaba Kant *creencia* y no *saber*. Lo que realmente diferencia la fé del teólogo de la del filósofo, es que este se detiene en las verdades que Dios nos revela por una palabra interior, mientras que el teólogo estiende también la fé á la revelación que la palabra exterior ha efectuado. La doctrina católica procede por vía de autoridad, y la doctrina filosófica por vía del libre escámen. Con todo, Pascal, al indicar el exceso igualmente peligroso de escluir la razón y de no admitir más que ella, parece que señala el medio de unión de una y otra. “Dios, dice, no entiende que sometamos á él nuestra creencia sin razón.” Y he aquí cómo venimos á parar en el catolicismo que hace más de diez y ocho siglos está convidando á la razón para que se asegure de que Dios ha hablado, y luego se someta.

No se busque aquí la ocasion de acusarnos de partidarios del oscurantismo ó retrógrados: nos gloriamos de pertenecer á nuestro siglo. En la union que deseamos no intentamos de modo alguno hacer retrogradar á la inteligencia hácia la edad media. Entonces la filosofia tomó un carácter que no convendria ya á nuestra época. No cese, pues, de estender sus conquistas: progresen las ciencias, y difúndanse las luces; pero queden intactos y venerados los principios y consecuencias de la fé, y la vida social será ensalzada hasta el heroismo.

Por otra parte, en vano aparentaria la filosofia desconocer su necesidad de esta alianza para cumplir la verdadera y sublime mision; y ¿por qué en esta coyuntura en que la sociedad reclama mas que nunca el concurso unánime de todas las luces y de los esfuerzos generosos, no ha de acabar aquella la obra que tantas veces ha tanteado? La escuela espiritualista, fundada por Descartes, y continuada por Malebranche, fué al parecer la señal de una concordia definitiva de la filosofia, y del dogma religioso; pero no tardaron en desvanecerse estas halagüeñas esperanzas con las doctrinas sensualistas de Gassendi, espuestas por Locke y Condillac. El siglo XIX trajo un nuevo modo de considerar la filosofia. El señor Cousin le introdujo en Francia con aplauso, y el eclecticismo moderno, mas lato que el antiguo, llamaba indiferentemente á sí todos los sistemas. Colocándose entre el espiritualismo de la escuela alemana y el

espíritu de las doctrinas del siglo XVIII, entre la Sorbona y la escuela de Voltaire, se propuso reunir todas las sectas bajo su bandera para formar una sola: era un pacto entre la filosofia y todas las creencias, una tentativa de conciliacion; pero no pudo aceptarla el catolicismo porque propendia á destruirle. Como fiel guardian de la revelacion, no podia sacrificarla á las preocupaciones de los que le eran hostiles; y procediendo en materia religiosa por via de autoridad, no podia reconocer derechos ilimitados en la razon humana. La lucha ha continuado, y no ha cesado de prevalecer el catolicismo.

Se ha anunciado como prócsimo el advenimiento del nuevo dogma; mas el antiguo se sostiene, y el nuevo no parece. No por eso la filosofia se ha estado ociosa. El señor Damiron ha propuesto un compromiso entre el eclecticismo y el catolicismo. En este contrato el eclecticismo debia aceptar todos los dogmas con la condicion de esplicarlos; mas como la esplicacion que daba de ellos, los reducía á simples hechos psicológicos, á alegorías y símbolos, hubiera muerto el catolicismo desde el dia mismo que hubiese cimentado esta union. El señor Guizot ha dado un paso en la via de la conciliacion que se le debe agradecer. Su elevado entendimiento le ha hecho confesar la necesidad de una tradicion: censura á la reforma y á la filosofia porque la desconocen y desdeñan; de donde resulta, segun él, un vacío, un hueco, una cosa incompleta en la sociedad. Esperamos que no tarde en defi-

nirla. El señor Leroux, desechando el individualismo, porque no ofrece ninguna certeza, y no engendra mas que anarquía intelectual, alaba á los católicos que proclaman la necesidad de una tradición. Hasta aquí está en lo cierto y se acerca; pero se aleja en el punto que suponiendo que esta tradición es añeja y sin influencia, da la de la era moderna por base de su doctrina de progreso y de perfectibilidad.

Así, todas las tentativas de la filosofía han quedado impotentes hasta el día, porque no ha querido á lo que parece la union sino con mas condiciones que debian acarrear la ruina del catolicismo. Sin duda el hombre quiere y debe elevarse á la inteligencia, y debe procurar comprender lo que adora. Pero los dogmas son hechos divinos, hechos reales, objeto de la fé. Cese, pues, la filosofía de negarlos ó de no ver en ellos sino poesía: no destruya las bases de la fé, y se efectuará la alianza franca y leal.

El racionalismo, revestido de formas diversas, no será entonces una nueva rémora para nuestra época en su marcha ascendente. La humanidad progresará no solamente en el individuo, sino tambien en la especie sin obstáculo. Estos incrementos sucesivos llegarán á ser un vasto campo de observacion y de estudio para la filosofía, que aspira al conocimiento completo de la humanidad. Entonces la filosofía, expresion mas íntima y clara de la cosa expresada, no encerrándose en el horizonte de miras

esclusivas y á veces injustas, representará profundamente y con fidelidad las diversas apariencias de la ecsistencia humana. Nuestro siglo que viene despues de los periodos ecsuberantes de accion y suturados de racionalismo, y que se aprovecha de las luces que han aglomerado los siglos anteriores á espensas propias, volverá al estado normal. La accion mas enérgica será dirigida por la mas alta sabiduría, y Dios será amado porque será conocido.

En épocas agitadas como la nuestra, cuando incessantemente aparecen en el horizonte señales amenazadoras, y se turba la vista á fuerza de contemplar el terreno movedizo que tiembla bajo nuestros piés, toca acelerar la conversion de la sociedad hácia los verdaderos principios religiosos, de quienes debe recibir el impulso que puede salvarla, y al que debemos concurrir todos con todos nuestros esfuerzos. Y ¿por qué habia de faltar este concurso en una causa de vida ó de muerte para la humanidad!?

CAPÍTULO VIII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX. ®

De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el elemento mas poderoso de organizacion social. —Cultos mas generalmente difundidos en las

nirla. El señor Leroux, desechando el individualismo, porque no ofrece ninguna certeza, y no engendra mas que anarquía intelectual, alaba á los católicos que proclaman la necesidad de una tradición. Hasta aquí está en lo cierto y se acerca; pero se aleja en el punto que suponiendo que esta tradición es añeja y sin influencia, da la de la era moderna por base de su doctrina de progreso y de perfectibilidad.

Así, todas las tentativas de la filosofía han quedado impotentes hasta el día, porque no ha querido á lo que parece la union sino con mas condiciones que debian acarrear la ruina del catolicismo. Sin duda el hombre quiere y debe elevarse á la inteligencia, y debe procurar comprender lo que adora. Pero los dogmas son hechos divinos, hechos reales, objeto de la fé. Cese, pues, la filosofía de negarlos ó de no ver en ellos sino poesía: no destruya las bases de la fé, y se efectuará la alianza franca y leal.

El racionalismo, revestido de formas diversas, no será entonces una nueva rémora para nuestra época en su marcha ascendente. La humanidad progresará no solamente en el individuo, sino tambien en la especie sin obstáculo. Estos incrementos sucesivos llegarán á ser un vasto campo de observacion y de estudio para la filosofía, que aspira al conocimiento completo de la humanidad. Entonces la filosofía, expresion mas íntima y clara de la cosa expresada, no encerrándose en el horizonte de miras

esclusivas y á veces injustas, representará profundamente y con fidelidad las diversas apariencias de la existencia humana. Nuestro siglo que viene despues de los periodos ecesuberantes de accion y suturados de racionalismo, y que se aprovecha de las luces que han aglomerado los siglos anteriores á espensas propias, volverá al estado normal. La accion mas enérgica será dirigida por la mas alta sabiduría, y Dios será amado porque será conocido.

En épocas agitadas como la nuestra, cuando incesantemente aparecen en el horizonte señales amenazadoras, y se turba la vista á fuerza de contemplar el terreno movedizo que tiembla bajo nuestros piés, toca acelerar la conversion de la sociedad hácia los verdaderos principios religiosos, de quienes debe recibir el impulso que puede salvarla, y al que debemos concurrir todos con todos nuestros esfuerzos. Y ¿por qué habia de faltar este concurso en una causa de vida ó de muerte para la humanidad!?

CAPÍTULO VIII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX. ®

De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el elemento mas poderoso de organizacion social.—Cultos mas generalmente difundidos en las

sociedades modernas.—De los judtos.—Del islamismo.—De la reforma.—En qué se diferencia del catolicismo.—Todo culto religioso debe reunirse á los principios católicos para cumplir su mision civilizadora.—De qué lado se manifiesta la verdad con esplendor.—De la autoridad de la Iglesia en general.—Es y debe ser visible.—Del Papado.—Negarse á reconocer al Papa es negar á la Iglesia su propia existencia.—De la infalibilidad de la Iglesia.—El hecho confirma el derecho.—Certeza de razon.—Via de conciliacion abierta á los cultos disidentes.—De los griegos cismáticos.—Motivos que tienen para reconocer la supremacia de la Santa Sede.—¿Qué no deben esperar de la Iglesia?—De la reforma.—Poderosos motivos que tiene para reconocer el papado y la infalibilidad de la Iglesia.—Sus tentativas de reunion al catolicismo.—Causa por qué todas se han frustrado.—Diversas esplicaciones sobre este punto.—Una palabra sobre el proyecto de reunion por el señor Montlosier.—De las obras del señor Merle Albiné y del señor Bost.—Los mejores ingenios de la reforma vuelven sus miradas hácia la antigua Iglesia su madre.—Del movimiento religioso en Inglaterra.—La paz durable y la gloria de los estados dependen sobre todo de la unidad de los principios religiosos.

No hay mas que un solo y mismo Dios para todos los pueblos: ¿cómo, pues, se esplican tantos

cultos diversos de que es objeto? El sí y el no se encuentran en ellos: unos afirman lo que los otros niegan. La indiferencia religiosa, y por resultas la incredulidad, serian la consecuencia rigorosa, si una creencia comun á todos los pueblos y á todas las edades no produjera la solucion completa de este problema. Hay un Dios: la Religion es necesaria: este es el grito de la humaidad. “El hombre, ha dicho un célebre escritor de nuestra época (1), encerrado en los límites del mundo, no ve nada sino por entre él y bajo sus mismas formas: supone (nosotros preferimos decir concibe) irresistiblemente alguna cosa que es para él la sustancia, la causa y el modelo de todas las perfecciones que descubre en sí mismo y en el mundo.” Bajo cualquiera denominacion que se designe á Dios, sus obras y su palabra le manifiestan, la razon mas pura le confiesa, le nombran todas las lenguas que hablan, todas las ramas de la gran familia, y cada generacion, cada siglo le atestiguan. Es por sí mismo, y su inagotable fecundidad ha producido todas las cosas criadas. Anterior á todos los seres, ninguno ha podido medir la accion de su poderío, ni poner un término á las efusiones de su bondad. En vano se buscaria el grano de arena en que fuesen á acabar las olas de este océano de vida. En este gran ser todo es ilimitado é infinito: con todo, nos guardaremos muy bien de dar á estas palabras

(1) El señor Cousin, Curso de la historia de la filosofia.

el sentido que la mayor parte de los filósofos modernos. Confundiendo las nociones del mundo típico y las del mundo realizado, hacen de Dios un gran todo materializado, cada una de cuyas moléculas es una porción de su ser divino. Afirmar un Dios semejante, sería negar su existencia. De la noción general de este Ser Supremo han deducido todos los pueblos la necesidad de la Religión.

Lejos de ser un lujo del pensamiento, una quimera salida de los delirios de algunos hombres de talento, propagada y sostenida por la autoridad de sus ejemplos, tiene sus fundamentos en las nociones que poseemos de la divinidad, y en la naturaleza que nos es común á todos. "El hombre piadoso y el ateo, decía Montesquieu, hablan de la Religión: el uno de lo que ama, y el otro de lo que teme: tan natural nos es unimos á la divinidad por el vínculo religioso." En efecto, si en cualquier otra cosa separan á los hombres la desproporcion de las edades, la diversidad de los empleos y la desigualdad de las condiciones, reúnen todos en los homenajes que rinden al autor de su existencia: á todos los mueven los mismos motivos, cuyos resultados son los lazos mas inviolables de la sociedad. La Religión, necesaria al vulgo como freno, no es menos indispensable á los grandes del mundo. Ella sola puede ejercer en todas las clases el imperio que en vano se intentaría sustituir con una legislación humana, buscando un moderador en el poder de la multitud. Las mismas leyes suelen ser obstáculos

impotentes contra las pasiones desorganizadoras: solo la Religión no puede eludirse. Por eso se ha dicho con muy profunda razón, que la acción divina sobre la conciencia del hombre, es el primer gobierno. El culto religioso es el elemento mas eficaz de organización social.

De estos datos confesados por el género humano, se sigue que no puede existir mas que una sola Religión verdadera, una sola autoridad legítima, á la que debe el hombre pedir la regla de sus relaciones con Dios. Como esto es uno, la verdad es una. Muy bien puede decirse mi gusto; pero no mi verdad, porque la verdad es el bien comun de todas las inteligencias, y una vez probado lo verdadero, no se propone al libre albedrío de cada uno, sino que se impone con una autoridad irresistible á la creencia de todos. Mas ¿dónde está esa religión revelada? ¿Cuál es la autoridad por la que se han promulgado en el mundo las leyes de la sociedad del hombre con Dios? La Iglesia católica resuelve todas estas cuestiones con el hecho de la misión del Salvador, y he aquí la solución del problema que nos hemos propuesto. Los pueblos que están sujetos á la Iglesia, proceden con ella por *via de* autoridad; y los que afectan desconocerla, no tienen otra guía que su razón. Aquellos no tienen mas que una sola y misma creencia: de estos puede decirse: *quot capita tot sensus*. No entra en nuestro plan enumerar las diversas sectas que han aparecido en el mundo desde la era cristiana. Consi-

derando en este escrito el catolicismo á presencia del siglo XIX, solo tenemos que indicar las mas notables en las sociedades modernas.

Hace muchos siglos que el judaismo no forma un cuerpo de nacion. A la ley escrita abrogada con la vanidad del Mesías, ha sucedido la ley de la nueva alianza. Si por un profundo designio de la Providencia aquel pueblo heredero de las antiguas promesas cubre aún el mundo con las reliquias de su ruina, su nombre que sobrevive á la catástrofe mas espantosa, y sus restos dispersos en todas las naciones, sin confundirse jamas con ellas, parecen destinados á ser un monumento eterno del terrible castigo fulminado contra él. Sin embargo, hay hombres en su seno que suspendiendo su carrera errante, levantan á veces la cabeza encorvada al parecer con el peso de su alma, ven la gran ciudad edificada sobre la montaña, reconocen la Iglesia depositaria de las nuevas promesas, é iluminados repentinamente con las luces de la gracia, se dedican á amarla. Entonces cae ante ellos la barrera mas alta que los separaba del cristianismo. ¡Oh Roma! ¡qué gracia he encontrado en tu seno! esclamaba no ha mucho ese jóven de sentimientos enérgicos y hasta violentos, que habiendo alimentado en su alma todas las preocupaciones y todo el ódio implacable y sombrío de su secta contra el cristianismo, se ha convertido en discípulo fervoroso de la Iglesia, y se espera que llegue á ser su apóstol. Jóven, rico, con los hábitos de la elegancia y los

gustos frívolos y brillantes que dan á los de su edad la educacion y la fortuna, pasaba como á su pesar por Roma para encaminarse al Oriente: parecia que no habia ido á Italia sino á disfrutar de la dulzura de sus templados inviernos, y encontró la suavidad de la gracia. Algunos rayos de las antiguas glorias de aquella region, y los resplandores de la fé le prodigan los de la esperanza. El inmortal esplendor de su cielo y la que es reina de él, parece que le descubren todas sus grandezas y el encanto siempre renovado de sus antiguos recuerdos, y nace bajo de sus piés la virtud. Contempla las ruinas consagradas en la historia y los magníficos templos que ostentan orgullosos la gloria de los héroes de la fé. La iglesia de S. Andrés es pobre, pequeña y poco concurrida: allí es donde Alfonso María de Ratisbona se postra de rodillas como anonadado, y luego se levanta deshecho en lágrimas y pide un sacerdote católico. El 20 de Enero de 1842 se habia levantado judío, y se acostó cristiano. Hay cosas de un órden tan superior y tan santas por su naturaleza, que á la Iglesia sola corresponde publicarlas con toda la magestad de la palabra. Un decreto de la corte de Roma acaba de certificar que esta conversion tiene todos los caracteres de un verdadero milagro. A los judíos que se obstinan aún en no reconocer á la Iglesia católica, no opondremos mas que este hecho, uno de los mas decisivos de la historia para convencerlos.

No hablaremos del islamismo. Nuestra nacion, en guerra con la barbarie africana, triunfará de la media luna con el valor de nuestros soldados y la pericia de sus generales; y los hijos de Mahoma, testigos de la magestad de nuestras ceremonias, abandonarán sus preocupaciones y caminarán hácia la verdadera fé como sin saberlo. Los cultos disidentes que están mas en contacto con el catolicismo, se reducen á las iglesias orientales, el luteranismo y el calvinismo.

Estas sectas divididas en principios y en creencias, se reunen para combatir el catolicismo sobre diversos puntos. Miguel Cerulario consumó el cisma que habia comenzado Focio en el siglo XIX; y el principal de todos sus errores consiste en no reconocer al Papa. Lutero, gefe de la reforma, se declaró sucesivamente contra todos los dogmas y la disciplina de la Iglesia; y aun hoy, á pesar de la incesante variedad que han experimentado las doctrinas de aquella secta, el vasto campo de batalla es la supremacía del Papa. Por fin, Calvino, discípulo de Lutero, dió mas estension á la heredad que su maestro y modelo le habia dejado, y cayó en mayor número de errores. No nos detendremos en todos los puntos de doctrina que disputaba al catolicismo, la ecsistencia del purgatorio, la necesidad de las buenas obras, la presencia real, el culto de las imágenes, la confesion auricular, ¿quién sabe? No acabaríamos si hubiéramos de hacer una completa enumeracion. Además, las variaciones que

han ocurrido en las creencias de los calvinistas son tantas, que seria tentar un imposible si se quisiera reunir las en un solo símbolo. Cada dia produce nuevas fracciones, y cada una forma un símbolo nuevo para sí. Pero todas se reunen para desechár el papado y disputar la infalibilidad á la Iglesia. Así, la supremacía espiritual del Papa y la autoridad infalible de la Iglesia, son los principales puntos disputados en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, en Prusia, en Rusia, en todos los puntos donde han penetrado el cisma y la heregía.

¿Habrán de desvanecerse nuestras esperanzas de que vuelvan las creencias á los verdaderos principios para poner un término, á lo menos en Europa, á este estado de hostilidad que bajo especiosos pretestos agita la sociedad, la divide de mil maneras diversas, paraliza sus esfuerzos hácia mejor porvenir, y hace doblar á los unos la cabeza bajo la cuchilla del despotismo (en Rusia), mientras que otros corren desbocados á la anarquía? En vano se intentará buscar la prosperidad social, ó aceptando todos los cultos religiosos bajo cualquiera forma que se presente, ó escogiendo por un principio de eclecticismo lo que parezca mejor de los diversos cultos coexistentes para formar una religion nacional. En la primera hipótesis no siendo uniforme la creencia de los pueblos, la tendencia general de las acciones no estará en armonía con un fin comun, porque la sociedad de los espíritus es el alma de toda

sociedad humana: cuando aquella está dividida en principios y creencias, esta se halla rigurosamente sujeta á oscilaciones, á divisiones y á disensiones intestinas que traen consigo todos los males á que tantas veces se hallan espuestas las sociedades. La última hipótesis tendria el triste inconveniente de ininar los fundamentos de la Religion, su divinidad. El todo que se formase de las diversas creencias, no pasaria de ser una obra de los hombres. Por tanto, cada cual podria libremente admitir ó desechar este culto. La única religion verdadera puede corresponder á las necesidades de la sociedad (1). Con esta condicion sola puede el culto religioso, considerado como elemento de organizacion social, llenar satisfactoriamente su mision civilizadora en el seno de los pueblos. Debe, pues, ser el objeto primero de nuestras investigaciones, discernir de qué lado está la verdad; porque así como la ciencia y la fé no pueden jamas el catolicismo y los cultos disidentes aliarse fuera de la unidad. En seguida pasaremos á juzgar de las disposiciones reciprocas de las partes y de los medios conciliatorios abiertos á las diversas *comuniones* esparcidas por el mundo.

Antes de entrar en la cuestion de la supremacía de la Santa Sede, nos es indispensable determinar

(1) Invitamos á nuestros lectores á consultar la obra del señor Balmes intitulada: *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.*

su sentido católico, que es este. El Papa posee la jurisdiccion en las cosas espirituales sobre la Iglesia entera, de la que es el gefe visible, el centro de la unidad y la fuente de la autoridad. He aquí la prueba de esta proposicion. Resulta de lo que hemos dicho ya de la Iglesia, que se presenta á nosotros, así en todas las páginas de las divinas Escrituras como por las intenciones mismas de Jesucristo, bajo la forma de sociedad espiritual. De este principio hemos deducido con todo rigor esta consecuencia: luego necesita la Iglesia una autoridad que ligue estrechamente todas sus partes en una perfecta unidad de creencia. No hay quien se atreva á disputárnosla, porque lo que constituye toda sociedad es el poder, y de la naturaleza de éste depende la naturaleza de la sociedad. Donde el poder supremo, la soberanía pertenece á todos ó á muchos, la sociedad es democrática ó aristoerática. Donde uno solo es soberano, y todos los poderes ecistentes le están subordinados, la sociedad es monárquica; pero siempre se necesita una soberanía, un poder supremo que tenga derecho de mandar y á quien se deba obedecer para que ecsista una sociedad cualquiera. En todos los estados se reconoce la necesidad de un gefe: con mucha mas razon es indispensable en una sociedad espiritual. La autoridad es mas necesaria en ella que en ninguna otra, porque la Religion está destinada á arreglar no solamente las relaciones exteriores del hombre, sino á penetrar en el secreto de su entendimiento y

de su corazón para iluminar el uno con una verdadera luz, y formar el otro en la virtud. A una sociedad espiritual le es necesaria una autoridad para disipar las tinieblas entre la multitud, tribu real de niños, de sencillos, de ignorantes, de débiles é irresolutos, y para servir de guía tutelar al ingenio. El escudriñador temerario de la magestad divina será oprimido con su gloria. Debería bastar el traer á la memoria todas las doctrinas religiosas inventadas y profesadas fuera de la fé de autoridad por inteligencias en lo demas muy elevadas, para concluir que si hay un Dios, una Providencia, es absolutamente necesaria una autoridad.

El género humano, por largos siglos víctima de todas las aberraciones del racionalismo y de los sentidos, debe convencernos de la extrema necesidad en que nos hallamos de una doctrina venida de arriba, y dispensada, dictada á todos por autoridad. La razón natural basta para abrazar y querer como una necesidad de evidencia y el remedio mas suave de todos nuestros males, un poder de enseñanza y la sumision que se le debe. La sociedad espiritual de la Iglesia necesita una autoridad proporcionada á la sublimidad de su legislación toda divina: necesita una union entre sus miembros que asciende la perpetuidad de la sociedad general de una manera mas segura que todas las penas afflictivas; y esta union no podria ecsistir sin un centro comun en que fueran á parar todos los miembros de esta sociedad espiritual. Luego la Iglesia necesita una autoridad.

¿Cómo debe ejercerse? Esta es la cuestion que se presenta aquí como de suyo. Dios es sin duda el gran regulador de la humanidad; pero su accion sobre el hombre es esencialmente invisible. Sin embargo, la unidad religiosa, elemento constitutivo de una sociedad espiritual, es un fin sensible que depende de circunstancias exteriores. Necesitaba, pues, la Iglesia una autoridad visible delegada de Dios para conseguir este objeto, unir las naciones, elevarlas segun la espectacion universal á un estado mas perfecto bajo el imperio de una ley divina para siempre inmutable. Para cumplir este gran designio de misericordia y de amor, concebido de toda eternidad en el seno del Padre, instituyó Jesucristo un sacerdocio nuevo para gobernar esta sociedad espiritual, y dijo al hijo de Jonas, á quien llamó Cefas, es decir, Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Y despues: "Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra quedará tambien desatado en el cielo." Habiéndole preguntado tres veces el Señor despues de su resurreccion: "Pedro, ¿me amas?" le dijo: "Apacienta mis ovejas y mis corderos." Tales son las pruebas decisivas de la supremacia espiritual, de la preeminencia de honor y de jurisdiccion de Pedro. Hele aquí distinguido de todos los demas pastores por el mismo supremo pastor, y distinguido por la estension de

su poder, que no admite otro superior ni igual, supuesto que se le sujeta la Iglesia entera.

Si él es la base de la Iglesia, sus privilegios tienen el derecho de intervencion universal y la autoridad suprema para ligar todas sus partes, y porque la Iglesia no debe perecer jamas, Pedro no es únicamente su primer operario, sino el apoyo universal que liga todas las piedras del edificio, y su base indestructible. A Pedro se le confia la fuente de la autoridad y de la potestad espiritual. Las llaves son el símbolo del poder soberano, y la accion de entregarlas se ha mirado siempre como la señal de la investidura de la potestad. En este sentido se toma en nuestras divinas Escrituras. Sabido es que en Oriente es muy perceptible esta conexcion del poder supremo con sus emblemas; y aun en Occidente, cuando se ofrecen las llaves de una ciudad á un conquistador, es señal de que se reconoce su imperio. Pedro fué investido de la soberanía espiritual. El poder de atar y desatar implica necesariamente una jurisdiccion, y la mision de apacentar el rebaño entero, designa claramente una autoridad general sobre los fieles y pastores, que no puede desconocerse.

Sin embargo, algunos contradictores sistemáticos han alegado que Pedro no habia tenido una supremacía de jurisdiccion, porque no habia recibido personalmente ningun poder que mas adelante no se hubiese concedido colectivamente á todos los Apóstoles. Pero ¿quién podria persuadirse que los

poderes especiales recibidos por Pedro, pudieron invalidarse con la mision que le fué comun con los Apóstoles? Al contrario, este solo hecho constituye una superioridad relativa á favor de Pedro. Aun cuando no hubiera recibido mas que lo que se dió á los Apóstoles de un modo colectivo, por solo el hecho de habérsele concedido este don de una manera muy especial, le hubiera recibido en grado superior. El docto Orígenes hace esta observacion: "Lo que se habia dado primero á Pedro, dice, parece que se dió despues á todos los Apóstoles; pero como debia conferirse á Pedro una mision privilegiada, hubo algo personal en su investidura. *Yo te daré las llaves del reino del cielo.* Esto estaba dicho y hecho (porque para Dios decir es hacer) antes que viniesen estas palabras: Lo que desatáreis en la tierra. Y si estudiamos atentamente las palabras del Evangelio, nos convenceremos de que las últimas frases se dirigen á Pedro y á los demas Apóstoles; pero que la primera, dirigida á Pedro, lleva consigo una gran superioridad de jurisdiccion y de dignidad." Ademas, debemos añadir que la mision de apacentar el rebaño no se da en ninguna parte á los otros Apóstoles, sino únicamente á Pedro. A él solo se le habia dicho tambien: "Yo he pedido por tí en particular para que tu fé no desfallezca: así, cuando te conviertas, cuida de confirmar á tus hermanos."

Tantas pruebas demuestran victoriosamente la sublime preeminencia y la supremacía espiritual

de autoridad dada á Pedro. Estas gloriosas prerogativas han pasado á todos los Papas sus sucesores, y la supremacía de la Santa Sede se ha transmitido de siglo en siglo como una institucion divina en la Iglesia de Dios, de que es una parte integral y esencial. ¿Quién se atreveria á negarlo? ¿Podria suponerse por un instante que Jesucristo hubiese dado á su Iglesia una base que debiera sufrir alteracion alguna? ¿No exigen la naturaleza y los mismos fines de la Iglesia que el tiempo que todo lo altera, no pueda alterar su constitucion gerárquica? ¿Tan poco cuidadoso habria sido de su obra el arquitecto de esta ciudad santa, que hubiera querido que despues de la muerte de Pedro se viniese abajo el edificio que habia levantado? De buena fé ¿se puede negar á un Dios la prudencia que sin contradiccion se concederia á cualquier hombre? Ademas, la supremacía de jurisdiccion en la Iglesia es el único medio de conservar la unidad de fé, que es el elemento constitutivo de toda sociedad espiritual; luego debe participar de su perpetuidad. Y tan cierto estuvo en el ánimo del Salvador que la autoridad de Pedro pasase hasta el último de sus sucesores, que él mismo lo esplicó con estas palabras: “Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.” Así sancionó solemnemente su obra. A todo lo que acababa de hacer, tanto á favor de Pedro como de los otros Apóstoles, aseguró la perpetuidad.

“No hay cosa tan invenciblemente demostrada

en la historia eclesiástica, decia el señor conde de Maistre, sobre todo para una conciencia que no disputa jamas, como la supremacía monárquica del Sumo Pontífice. Apenas se atreve uno á citar hoy los testos que de edad en edad prueban la supremacía romana del modo mas incontestable desde la cuna del cristianismo hasta nuestros dias. Son tan conocidos estos testos, que al citarlos parece que quiere uno ostentar una vana erudicion.” Sin embargo, no podemos menos de echar una ojeada rápida hácia esos monumentos preciosos de la mas pura tradicion. Ireneo, que habia conversado con los discípulos de los Apóstoles, apelaba ya á la cátedra de S. Pedro como regla de la fé, y confesaba este principado regente, que tan célebre se ha hecho en la Iglesia (1). “Como seria demasiado largo escribir, anotar la larga serie de los sucesores de los Apóstoles, me limitaré á la silla de roma, la mas grande, la mas antigua y la mas ilustre Iglesia del universo, fundada por los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, la cual ha recibido de ellos su doctrina, que ha sido anunciada á todos los hombres, y por intermedio de sus obispos ha llegado hasta nosotros. A esta Iglesia deben recurrir todas las otras á causa de su supremacía.” Tertuliano exclamaba ya á fin del siglo II (2): “He aquí un edicto, y edicto perentorio procedente del Sumo Pon-

(1) Adv. Hæres., lib. 3. cap. 3.

(2) De pudicitia, cap. IX et de præscript. cap. XXXVI.

tífice, *del obispo de los obispos*. El Señor dió las llaves á Pedro y *por él* á la Iglesia. Si se trata del Africa, dice, Roma no está lejos, y poco tiempo basta para consultarla." S. Cipriano decia (1): "Despues de estas tentativas habiendo elegido obispo por sí mismos se atrevieron á sellar y enviar cartas de cismáticos y de hombres profanos á la cátedra de S. Pedro y á la Iglesia principal, *donde la unidad sacerdotal tiene su origen*, sin reflexionar que los miembros de esta Iglesia son aquellos romanos cuya fé alabó S. Pablo, y en los cuales no tiene cabida la perfidia." Despues de referir las inmortales palabras, *tú eres Pedro*, añadió: "De ahí deriva la congregacion de los obispos y la forma de toda la Iglesia; de su seno salió la unidad, y está al abrigo de todo error por una proteccion especial de la divina Providencia." No menos claramente se espresa S. Agustin (2) instruyendo á su pueblo y con él á toda la Iglesia. "El Señor, dice, nos encomendó sus ovejas, porque las encomendó á Pedro."

En las actas del Concilio de Sardica en Tracia, celebrado á instancia de S. Atanasio y con asistencia de trescientos obispos, leemos: "Parecerá muy conveniente que los sacerdotes en todas las provincias se refieran á la cabeza de la Iglesia, es decir, á la cátedra de S. Pedro." S. Basilio el Magno

(1) *Epist. syn-d. ad Julium rom, con gent. t. 2 et P. XXVII, XXXIII.*

(2) *Serm. CXCVI.*

recurrió al Papa Dámaso en la miseria de su Iglesia, y para moverla mas, le recordaba todas las ocasiones en que los Pontífices romanos de los tiempos pasados habian intervenido en los asuntos de su silla. S. Gerónimo escribia al Papa de esta suerte (1): No quiero seguir mas que á Cristo, unido á la comunion de vuestra santidad, es decir, á la cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta roca está fundada la Iglesia. Cualquiera que conduce el rebaño fuera de esta casa, es un hombre profano.... El que no riega con vuestra santidad, pierde el trabajo." S. Juan Crisóstomo decia al Papa (2): "Me dirijo á vos, para pedir os en primer lugar que lo que se ha hecho tan inicuaamente contra mí en mi ausencia, y cuando yo no me negaba á someter mi conducta á una informacion, sea anulado: despues que los que han procedido así contra mí queden sujetos á un castigo eclesiástico. Admitidme ademas, aunque no he sido convencido de ninguna transgresion, á gozar del consuelo de vuestras cartas y de la sociedad de mis primeros amigos." Y en otro pasage: "¿Por qué razon, dice, derramó Jesucristo su sangre? Ciertamente por salvar las ovejas que encomendó á la guarda de Pedro y de sus sucesores."

Siempre han sido considerados los Papas como los gefes supremos de la Iglesia, y han desplegado

(1) *Epist XIV ad Damasum, t. IV.*

(2) *Epist.—ad Innoc. t. III, et de sacerdot, t. I, l. 2, C, 1.*

las facultades de tales. No entraremos en pormenores sobre este punto: solamente añadiremos que algunos Concilios generales han reconocido solemnemente la suprema autoridad del Papa. Así en el de Efeso, Felipe, uno de los legados del Papa Celestino, habló á aquella venerable asamblea en estos términos: "Nadie pone en duda, y todos los siglos han creído que el Santísimo Padre, el príncipe de los Apóstoles, el pilar de la fé y el fundamento de las Iglesias, recibió de nuestro Señor las llaves del reino y la facultad de atar y desatar. Ahora vive en sus sucesores, y ejerce siempre esta autoridad por sus manos." Entre los seiscientos obispos que oyeron leer la carta que el Papa Leon había escrito al Concilio de Calcedonia, informándole de que su carta á Flaviano había resuelto plenamente todo lo que es de fé sobre el misterio de la Encarnacion, no hubo una voz que reclamara. De este mismo Concilio salieron aquellas aclamaciones unánimes: *Pedro ha hablado por la boca del Leon: Pedro está siempre vivo en su silla.* "Concluido el Concilio se dirigieron á aquel santo Pontífice en estos términos: "En la persona de Pedro que se ha hecho nuestro intérprete, perpetuais por orden de vuestro maestro la cadena de la fé que baja hasta nosotros. Por eso mirándoos como nuestra guía hemos dado á conocer la verdad á los fieles no por una interpretacion particular, sino por nuestra confesion unanime. . . . Como la cabeza domina á los miembros, así vos presidís nuestra reunion por me-

dio de aquellos á quienes habeis dado esta comision. Os suplicamos, pues, que honreis nuestra resolucion dándole la forma de decreto. Como respetamos la cabeza de la Iglesia, rogamos á vuestra eminencia que haga eficaces unas medidas tomadas en beneficio de vuestros hijos."

Seria superfluo acumular citas de las autoridades sacadas de la Iglesia latina. "No hay unidad de Iglesia, decia Santo Tomás, sin unidad de fé; pero no hay unidad de fé sin un gefe supremo (1)." Belarmino se esplicaba así: "¿Sabeis de qué se trata cuando se habla del Sumo Pontífice? Pues *se trata del cristianismo.*" Sabida es la expresion tan ingeniosa de S. Francisco de Sales: "*El Papa y la Iglesia es todo uno.*" Gerson confesaba que Jesucristo fundó su Iglesia sobre un solo monarca supremo, el Pontífice romano, en el cual solo reside la potestad eclesiástica en su plenitud. Esta era tambien la doctrina de Almaino á quien no se acusará, como ni tampoco á Gerson, de que quisieran adular á Roma. "El Papa solo, dice, posee una autoridad primitiva que somete á él todos los demas sin que él esté sometido á ninguno." Y el gran Bossuet ¿qué no dijo en su famoso sermón de la unidad? "La Iglesia romana no conoce heregías: la Iglesia romana no ha errado jamas: Pedro permanece en sus sucesores el fundamento de los fieles."

(1) *De summo Pontífice in pref.*

En 1810 ¡qué homenaje tan notable dió al papado el consejo eclesiástico encargado por Bonaparte de responder á ciertas cuestiones! Un Concilio general, respondieron los diputados, no puede celebrarse sin la cabeza de la Iglesia; de otro modo, no representaria la Iglesia universal." Es verdad que en el curso de la discusion dejaron escapar que el Concilio general es la única autoridad en la Iglesia superior al Papa; pero al punto añadieron un correctivo, diciendo que pudiera acontecer que el recurso al Concilio sea imposible, ya porque el Papa se negase á reconocer el Concilio general, ya etc. Este hubiera sido el caso de recordar las palabras tan notables de Thomassin: "No peleemos por saber si el Concilio ecuménico es superior ó inferior al Papa. Contentémonos con saber que el Papa, en medio del Concilio, es superior á él, y que el Concilio decapitado de su gefe es inferior á sí mismo."

Nada, pues, podria probarse si estos multiplicados y patentes testimonios de todas clases no bastaran para demostrar la creencia de todos los siglos en la supremacia de la Santa Sede. El Africa, la Siria, el Asia menor, Francia, España é Italia proclaman en alta voz las sublimes prerogativas del padre comun de los fieles, del gefe supremo y visible de la Iglesia.

Y ¿quién no convendrá en que negarse á reconocer el papado, ó tratar de limitar su poder dentro de la esfera de las cosas espirituales, seria tam-

bien negarse á reconocer á la Iglesia católica su propia existencia? Combatir su autoridad es trastornar el orden que Jesucristo estableció, alterar la sociedad misma que vino á formar, y cambiar su naturaleza, reducirla á un cuerpo sin cabeza ó tratar de sustituir un gobierno arbitrario y humano al que recibió. Ella es lo que Dios la hizo, ó no es nada. Cambiar la naturaleza de esta sociedad divina, seria evidentemente destruirla, trastornarla combatiendo su constitucion, y despojarla de sus caractéres indispensables. No seria ya *una* si no existiese centro de unidad. No seria ya universal si no anunciasen todas las naciones la misma fé, y porque donde se detiene el poder, allí tambien se detiene la sociedad. No seria ya perpetua, pues que la fé sometida á la arbitrariedad de la independencia individual, cesaria de ser idéntica en todos los tiempos y lugares. Finalmente, no seria ya santa, porque estaria privada de la facultad de juzgar soberanamente de la doctrina. Conmover la autoridad sobre la cual fundó el Salvador su Iglesia, es conmover los cimientos de esta misma Iglesia, y destruida la Iglesia no hay medio alguno de conservar la sombra siquiera del cristianismo. Se reducen á polvo sus obras mas preciosas, se aniquilan todos sus títulos, y se arrojan al viento sus letras de divino origen rasgadas por manos sacrílegas. Por eso un autor de vastos conocimientos no titubeaba en otro tiempo en llamar toda embestida contra el poder del Sumo Pontífice

un crimen de lesa religion para el cristiano, y un crimen de lesa sociedad para el hombre de estado.

La historia del pontificado liga las dos grandes épocas de la civilizacion, y es la única cadena que sin solucion de continuidad aparece de edad en edad, atraviesa todos los siglos, y va á anudar los primeros eslabones de la historia sagrada con los últimos de la profana. Jamas ha habido una dinastía que llegue á la mitad de la duracion inmensa que marca la carrera del pontificado por entre tantos obstáculos y vicisitudes. Ninguna potencia del mundo ha ejercido una influencia semejante á la suya para acelerar la civilizacion de los pueblos. La Escocia, la Irlanda, la Inglaterra, la Germania, la Dinamarca, la Hungría, la Polonia y las Indias Orientales y Occidentales debieron á la Santa Sede su conversion, unas costumbres mas puras y la nobleza de relaciones sociales desconocidas hasta entonces. La vida de las naciones europeas tiene su origen en la potestad pontificia. La última palabra de toda ley para la sociedad espiritual está en Roma, de donde parte el reflejo de deslumbrantes resplandores para iluminar el universo; y las bendiciones del padre universal de los fieles, atravesando los mares y las rocas escarpadas, llegan hasta las regiones mas remotas. ¡Oh Dios! disipad las preocupaciones de aquellos hermanos nuestros muy amados que desconocen aun la mano tutelar y tan pródiga de bienes del Sumo Pontífice.

La autoridad espiritual en la Iglesia no solamente debe ser visible sino tambien infalible en la fé, porque está esencialmente destinada á conducirnos á la certidumbre. He aquí sin duda una palabra muy estraña á vista de la fragilidad humana y de la esperiencia perpetua de nuestros errores: una palabra despreciada frecuentísimamente en el pensamiento de ciertos sábios, y sin embargo, victoriosa de tantos asaltos y que sobrevive á tantas ruinas; una palabra que solo la Iglesia católica se atribuye, la infalibilidad. Esta es la participacion de uno de los atributos mas preciosos de la divinidad, dada á unos hombres de la tierra. Este guia infalible en las cuestiones religiosas es el mayor beneficio del cielo. Solo con él se remedian nuestros males. Antes de venir á las pruebas sobre que se apoya esta verdad, conviene determinar el sentido en que atribuimos la infalibilidad á la Iglesia.

La infalibilidad de la Iglesia es una autoridad que no puede engañarse ni engañar: es la infalibilidad de definicion, de juicio y de enseñanza en lo que toca á la fé: es un don sobrenatural que reside en el cuerpo episcopal reunido á su cabeza; de modo que la Iglesia católica, considerada como autoridad enseñante é infalible, se compone formalmente del Supremo Pontífice y de los obispos en comunion con él. Así lo reconocemos, ya en los Concilios generales, ya en un decreto dogmático de la Santa Sede dado para toda la Iglesia. Es-

ta infalibilidad en sí misma es una asistencia especial y perpetua del Espíritu Santo, por efecto de la cual no puede errar jamás la cabeza de la Iglesia al determinar el sentido de un artículo de fé. He aquí, pues, cómo hemos venido á parar al punto de probar la infalibilidad sobrenatural y divina del supremo pastor de la Iglesia, gran privilegio que hizo parte de la institucion primera del cristianismo.

A Pedro le dijo nuestro Maestro, declarado por el Padre Eterno su Hijo muy amado en las orillas del Jordan y despues en la montaña: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella." Mas estas potestades que son sobre todo unos espíritus de mentira, prevalecerían si llegara á inficionarse el cuerpo de la Iglesia con algunos errores contra la fé. Luego la Iglesia no podrá enseñar jamás la falsedad; luego es infalible. Véase cómo Jesucristo confiere su autoridad á los Apóstoles y á todos sus sucesores: "Toda potestad me ha sido dada: como mi Padre os ha enviado, os envío yo: id, doctrinad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todo lo que os he prescrito, y yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Si la Iglesia pudiera errar ó faltar su autoridad un solo día, sería vana la promesa de Jesucristo, y su palabra una impostura. Pero si se reconoce la infalibilidad de la Iglesia, todo es claro

y queda cumplido. ¿Quién no ve en estas palabras una promesa solemne de asistir á la Iglesia hasta el fin de los tiempos y de impedir que mezcle el error con las verdades de que es depositaria? No ignoramos que algunos han supuesto que en dichas palabras no se contiene otra cosa que una simple seguridad de que el cuerpo de doctrinas y creencias que constituyen el cristianismo, no desaparecerá de la tierra; y aun otros se han figurado ver una promesa hecha por Jesucristo á cada miembro de la Iglesia de ilustrarle individualmente en todas las materias concernientes á la fé. Pero analicense las diferentes frases que componen este pasage; y estableciendo su esacta significacion con una comparacion formal de otros pasages; y examinando despues las relaciones que entre sí tienen, no podrá menos de hallarse la significacion general del conjunto de aquellas palabras.

Entonces se hará manifesto que la asistencia que Jesucristo prometió á los Apóstoles, se estiende á todos sus legítimos sucesores, y que debe durar hasta el fin del mundo, es decir, del orden actual de cosas. En este mismo sentido les dijo: Yo pediré á mi Padre y él os dará otro consolador que permanezca con vosotros para siempre, espíritu de verdad." ¿Hay cosa tan clara como esta promesa de infalibilidad hecha á los Apóstoles y á los pastores de la Iglesia? También habia dicho á los Apóstoles: "El que os escucha me escucha." ¿No es esta la prueba da la personificacion de Jesucristo traslada-

da á la Iglesia, y de que su infalibilidad ha venido á ser la infalibilidad de la Iglesia?

Sabemos que ostentando gran lujo de griego y de siríaco, se puede arrancar violentamente á las palabras su sentido natural y sencillo, forjar *el simbolismo y el mito*, y engañarse con todos los delirios atrevidos del naturalismo y de la exegesi alemana. Pero el hombre imparcial y sensato no puede declararse contra el sentido inherente á las palabras, que prueban tan victoriosamente la autoridad infalible de la Iglesia. Aquí, como en todas partes, hay que buscar la verdad en un conjunto de hechos, de palabras ó de principios, y no en pormenores numerosos y sofisticos. Calcúlense las intenciones, el objeto y las palabras del celestial Fundador, reunidas en la naturaleza de las necesidades reconocidas y de los auxilios preparados, y se leerá la infalibilidad de doctrina para la Iglesia, á no que haya una resolución anticipada de no querer leer ni comprender nada. Esta cuestion es enteramente de conciencia y de buena fé. ¡Ah! si se quiere, si se ama sinceramente la verdad, fuerza será arrojar-se con toda confianza en los brazos de la Iglesia, que llena de ternura estrechará en su corazón á sus hijos, objeto de su amor constante.

El hecho confirma el derecho. Se fundó la Iglesia, vivió, y su vida ha llenado el mundo. Desde su cuna no ha dejado de obrar como autoridad divina é infalible. Sus Apóstoles enseñaron en nombre de su Maestro con la autoridad mas absoluta

en la fé. Nombraron obispos que debian ejercer su mision con autoridad, y pronunciaron anatema contra los que no guardasen las verdades y las doctrinas trasmitidas por los que los habian instituido. Desde el primero y segundo siglos se multiplican las disidencias y heregias. La historia atestigua que desde entonces hubo separacion y condenacion de los hereges: lo que sin duda era dar testimonio de la infalibilidad. A medida que se levantaban errores, se dejaba oír una misma voz para confundirlos; y esa misma autoridad ha hablado de época en época, y declarado infalible de hecho la autoridad católica reconocida por todos los obispos ortodoxos de Occidente y Oriente. Desde su origen la Iglesia ha ejercido actos de infalibilidad; pero el hecho no ha podido subsistir sin el derecho, porque el ejercicio de la infalibilidad sin derecho, hubiera sido una usurpacion monstruosa y sacrilega por parte de la Iglesia. Sin carácter evidente de divinidad, esta infalibilidad no hubiera tenido consistencia alguna, ni hubiera sometido al mundo; y sin embargo, no ha cesado de ser permanente y activa. Quince siglos habian trascurrido desde la cuna de la Iglesia hasta Lutero, y ni una boca se habia abierto aún para disputar á aquella la infalibilidad. Pero entonces se comenzó *no á creerla, sino á disputarla* (1).

(1) En este sentido ha de entenderse tambien lo que decian de Bossuet y Fleury. *Hist. de las var. doc. just.*

Después de los testimonios de una práctica tan constante y de la tradición de muchos siglos en favor de la infalibilidad de la Iglesia, ¿quién podría denegarla, figurándose que Dios hubiera abandonado la humanidad á las olas tumultuosas de sus pensamientos? ¿Podría suponerse que la Iglesia, sus Apóstoles, Pontífices, mártires y doctores, y todos sus santos hubieran sido engañados ó impostores? ¿Qué inverosimilitudes!

Se ha imputado al catolicismo, pero injustamente, que probaba por un círculo vicioso la infalibilidad de la Iglesia con la Escritura, y la verdad de las Escrituras con la infalibilidad de la Iglesia. La Iglesia tiene motivos de credibilidad que le son propios, y la Escritura tiene los suyos. ¿Por qué no se ha de encontrar la mas grande y mas hermosa ley de naturaleza en el orden espiritual y moral lo mismo que en el orden físico? ¿Cómo el que ha fijado en sus órbitas por la atracción esos astros inciertos, errantes en el espacio, no habia de haber sabido también guiar y fijar las inteligencias al rededor de un vasto centro de acción, de verdad y de vida? Sin embargo, el mundo de las inteligencias es muy superior al mundo material. ¿No seria locura desterrar una Providencia ordenadora del mundo de los espíritus? Nuestro siglo que vive de generalizaciones, y que procede sin cesar por analogía ¿no cesará de generalizar y de concluir hasta que este mismo procedimiento le conduzca á reconocer la verdad católica?

Pero ¿quién podrá dejar de admitir la infalibilidad de la Iglesia, si considera que necesariamente hay una autoridad soberana en toda sociedad para gobernar todos sus miembros en relación con su fin, el orden, la justicia, la prosperidad pública é individual? Luego la Iglesia, que también es una sociedad, tiene una autoridad; pero porque esta sociedad es espiritual y está constituida para la fé, se sigue evidentemente que debe ser infalible la autoridad de la Iglesia, mucho mas cuando la inteligencia cuya sumisión exige, no está obligada á obedecer sino la verdad, y sin infalibilidad no habria sociedad, ni autoridad, ni fé.

Por eso escribía el señor conde de Maistre (1):

“Cuando decimos que la Iglesia es infalible, no pedimos ningun privilegio particular para ella. Solo pedimos que goce del derecho comun á todas las soberanías posibles, que necesariamente obran todas como infalibles; porque todo gobierno es absoluto, y desde el instante en que puede resistirsele so pretexto de error ó de injusticia, deja de existir. Sin duda que la soberanía tiene formas diferentes: en Constantinopla no habla como en Lóndres; pero cuando ha hablado á su modo en una y otra parte, tan sin apelación es el *bill* como el *felsa*. Lo mismo sucede en la Iglesia: de un modo ó de otro es menester que se gobierne como cualquiera otra asociación: de lo contrario no habria agregación, ni

(1) Del Papa.

conecion, ni unidad. Luego este gobierno es por su naturaleza infalible, es decir, absoluto. La infalibilidad en el orden espiritual y la soberanía en el orden temporal son sinónimos.”

La idea de una Iglesia infalible resulta de la de religion, que se opone á una fé arbitraria é independiente de un Juez soberano, y espresa un nudo sagrado que liga los entendimientos y une los corazones. Mas sin un tribunal absoluto, infalible, no hallaria la inteligencia término á sus incertidumbre y dudas en la fé.

La misma nocion de la verdad nos conduce á la infalibilidad de la Iglesia, porque la verdad y el ser son idénticos: es la espresion de las relaciones que ponen en armonía y unen todos los seres entre sí, Dios y el mundo, el hombre y sus semejantes. Ella descubre á las inteligencias su naturaleza, su fin y las leyes que deben conducir las á ella. Y esta verdad proviene de Dios, porque el hombre, sombra del ser y móvil como ella, no ha podido sacar de su propio fondo esta gran idea de la verdad. Mas siendo manifestada esta verdad de Dios á los hombres, ha debido revestirse de fórmulas necesarias, de la forma de dogmas para trasmitirse de generacion en generacion, porque debe perpetuarse con la sociedad. Así, bajo este respecto la verdad se convierte en tradicion social, connotada con el sello de su celestial origen. Y ¿cuál seria su suerte si quedara abandonada al hombre? ¿Qué seria de este dogma, invariable por su naturaleza,

confiado á su razon móvil? No se perpetuaria si Dios no asistiera á este ser de un dia, y seria destruido á lo menos en su espresion social si no estendiese Dios á todos esta nocion individual. La revelacion divina pereceria en las manos del hombre, si Dios no hubiera dotado de infalibilidad al depositario de su verdad.

Ya se ve con qué rigor se deduce esta base de la doctrina católica de la nocion de una verdad divina. Ademas, si se niega la infalibilidad á la Iglesia, todo se hunde, Religion, moral, sociedad. En efecto, sus decisiones cesarian entonces de ser obligatorias, porque nunca puede uno estar obligado á creer lo que es falso: se apelaria al juicio del hombre, á la razon individual: en virtud de su independencia, la razon podria afirmar, negar ó quedar en la duda: la Religion sin dogmas fijos, sin culto determinado no seria mas que una opinion libre que podria uno variar y destruir. Pero entonces ya no habria preceptos ciertos, ni deberes, ni moral. La razon individual, juez de los dogmas, lo seria tambien de los preceptos: cada uno formaria su moral y su creencia, y del mismo modo que podria admitirse como verdad lo que otros llamaran error, podria uno amar como bueno lo que otro detestase como vicio. El bien y el mal, el vicio y la virtud se confundirian, y se harian ó evitarián instintivamente.

¿Qué seria de la sociedad en medio de estas tinieblas, espuesta al escepticismo universal? ¿Podria

subsistir en la ignorancia de sus propias leyes y de las condiciones de la vida social? ¿No necesita mas que el individuo de doctrinas ciertas? Sin ellas ¿cómo salvaria del nafragio la creencia de sesenta siglos? Pues ahí se llega de grado en grado cuando se abandona el principio fundamental de la Religión cristiana: no habiendo verdades ciertas, tampoco habrá leyes inmutables y obligatorias, tampoco vínculos entre los individuos y las naciones. Estas proposiciones están estrechamente ligadas entre sí. Una vez admitida la autoridad de la sola razon en materia de fé, por mas esfuerzos que se hagan para detenerse en la pendiente de la duda, las irresistibles consecuencias de este principio van á parar á un abismo, y no queda otra doctrina que la duda, ni otro porvenir que la nada.

La humanidad necesitaba un tribunal que fuera guardian é intérprete infalible del sagrado depósito de las verdades reveladas. Tal vez se nos remita al ecsámen individual de las divinas Escrituras; pero ¿quién no sabe que ha sido el objeto de una infinidad de disputas, la fuente de todas las heregías y el origen de todas las sectas? Admitir este principio seria dejar á cada uno el derecho de oponer razon á razon y testimonio á testimonio: uno podria decir: la verdad está de mi parte, y mis razones son sólidas; mientras que otro de diferente opinion creeria que sus razones no tenian réplica. Entonces nadie querria ceder á su igual; y ¿qué medio quedaria para cerciorarse de que debe preferirse el sentido

de este al de aquel? ¿Cómo podria reconocerse la verdad en medio de todas las divagaciones del entendimiento humano? ¿Qué seria ademas un sentido oculto y dudoso, cuando se trata de una de las primeras necesidades del hombre y de la sociedad? La palabra divina, contenida en las Santas Escrituras, va de la eternidad á la eternidad: baja del seno de Dios hácia el hombre á fin de mostrarle el camino que debe conducirle por esta vida de pruebas. Pero el principio que libra su interpretacion á la razon particular de cada hombre, destruye toda fé comun y cierta, y abre un abismo en el que va á sepultarse el conjunto de las verdades reveladas. Entonces el entendimiento humano llega á la incertidumbre de toda doctrina y á las tinieblas del escepticismo, y se estingue la luz, mientras que se proclama soberana la razon que ha acabado con la autoridad.

Despues del trascurso de muchos siglos, á resultas de una resolucion tomada, se dijo un dia: La Iglesia no tiene ya autoridad: á cada uno toca interpretar, juzgar y formar la fé: la opinion es la primera y la única potestad legítima." Entonces se concedió toda independencia á la ecsaltacion de las ideas y de las ilusiones individuales, y el oráculo sagrado debió cumplirse tristemente: "Todo reino dividido contra sí mismo será desolado." El pais en que se dieron estos gritos, se convirtiò en un volcán, cuyas espantosas erupciones llevaron sus estragos á todas partes. Todavía brama el cráter

del volcán: la pasión de independencia que escalta todas las imaginaciones, caracteriza los extravíos de todo género, destruye toda base de certidumbre y todo motivo de subordinación, y propende á poner en cuestión toda la organización social. Nosotros lo hemos visto y lo vemos todavía: estamos presenciando el caos más inextricable de opiniones, de ideas y de doctrinas religiosas, verdadera confusión donde nada por encima y aparece aun en algunos corazones generosos el pensamiento católico. Cuando uno vuelve á abrir su alma á todas las luces del catolicismo y á la unión interior de la gracia; cuando uno pone su entendimiento y su corazón bajo la autoridad tutelar de la Iglesia, entonces sucede una gran calma. En el seno mismo de las sombras y de las santas oscuridades de la fé, se respira el bienestar de una claridad divina; y cuando renace diariamente con la vida el sentimiento de la fé, se despierta uno dando gracias al cielo por este asilo seguro en este valle de paso y destierro.

Debíamos comenzar por probar el dogma católico: réstanos discutir las vías de conciliación abiertas á los cultos disidentes.

Los cismáticos griegos están separados de la Iglesia católica, porque no quieren reconocer la supremacía de la silla pontificia, es decir, el principio de unidad que constituye la fuerza del catolicismo. Sabido es que apenas establecida la cadena que unía con la Santa Sede á los patriarcas de Constantinopla, se rompió hácia el año 866 por las

manos de Focio, de funesta y odiosa memoria. La humanidad no tiene menos cargos que hacerle que la religión, para con la cual fué tan culpable. Fuera de las pruebas en que hemos fundado la supremacía de la Santa Sede, ¿cuántos motivos particulares tienen los griegos para aceptarla! No puede ocultárseles que todos los doctores de la Iglesia de Oriente, los Clementes de Alejandría, los Atanasios, los Basilio, los Cirilos, los Crisóstomos y otros muchos reconocieron la supremacía de la Iglesia de Roma, con la cual formaban un mismo cuerpo. No pueden poner en duda que Focio mismo se había dirigido sucesivamente á los Papas Nicolás I y Juan VIII para que confirmaran su elección, y que en el año 1019 envió el emperador Basilio embajadores al Papa Juan XX, á fin de pedirle el título de patriarca ecuménico por lo respectivo al Oriente para el patriarca de Constantinopla, así como el Papa le disfrutaba sobre todo el mundo. En 1075 Demetrio, arrojado del trono de Rusia, apeló al Papa como juez de todos los cristianos. El 8 de Julio de 1274 los griegos enviados al Concilio de Leon por el emperador Miguel, entregaron la carta de su soberano y la de treinta y cinco obispos, en las cuales se adherían plena y libremente á la profesión de fé enviada á Miguel por Clemente IV, siete años antes. Jorge Acropolita, gran logotetes, hizo juramento en nombre del emperador abjurando el cisma, aceptando la profesión de la fé de la Iglesia romana, y reconociendo su primacía. No pueden

los griegos haber olvidado que el 8 de Junio de 1439 amaneció para la Rusia un gran día, en que Dios ostentó su misericordia en favor de aquella, porque le fué dado volver al seno de la unidad católica de la cual se había separado. Despues de una formal discusion, el emperador Paleólogo en persona y escepto Marcos de Efeso, todos los vicarios de los patriarcas que habian asistido al Concilio de Florencia, firmaron la definicion y el proyecto de union á la Iglesia romana, y reconocieron la primacía de la Santa Sede. El arzobispo de Kiow, metropolitano de toda la Rusia, suscribió con los griegos el célebre decreto de union; y sus colegas en el episcopado no cesaron de dirigir sus esfuerzos hácia el mismo objeto.

No pueden disconvenir en cuanto á este hecho. En el año 1536 los obispos rusos que estaban sujetos á la dominacion de Sigismundo III, rey de Polonia y gran duque de Lituania, cediendo al solo conocimiento de la verdad, y escitados únicamente por el deseo de su salvacion y la de sus ovejas, enviaron dos colegas suyos á la cátedra de Pedro, en nombre de todo el clero y del pueblo, pidiendo entrar de nuevo en comunion con la Iglesia romana y volver á la antigua unidad con ella.

En vista de tan solemnes y meditados testimonios, dados por los griegos antiguos y modernos á la supremacía de la Santa Sede, ¿les podria costar mucho reconocerla en el dia? Pero ¿no ven que sus propios rituales ofrecen en esta parte confesiones

tan formales y poderosas, que apenas comprende uno cómo se resiste á rendirse la conciencia que consiente en pronunciarlas? Pero ¿no convendrán en que ellos mismos citan hechos en apoyo de la supremacía del Papa? ¿No conocen que una vez roto el vínculo de unidad no hay tribunal comun, ni por consiguiente regla de fé invariable, y que para ellos todo se reduce al juicio particular y á la supremacía civil? Pero ¿no ven que sus iglesias separadas de la Santa Sede, escribia un ilustre autor, pueden compararse á cadáveres yertos, en los que el frio ha conservado las formas, y que no quedará sino polvo en cuanto sople sobre ellos el viento de la ciencia? ¿No conocen que el *iluminismo*, el *rascolnismo* y otros principios mas peligrosos aun los dividen y devoran?

Para levantarse al nivel de la civilizacion europea y volver al seno de la Iglesia, no hay mas que un camino para los griegos, el que han abandonado: reconocer la primacía de jurisdiccion y de honor del Sumo Pontífice. ¿Qué favorables disposiciones no deben esperar en el gefe supremo que gobierna la Iglesia! Recuerden la tierna caridad con que el Papa Clemente VIII los recibió en otro tiempo en medio de los aplausos del universo católico: qué solicitud les manifestó la Santa Sede; con qué indulgencia los trató, y con qué celo los auxilió de todas maneras. Como en el Concilio general de Florencia se les habia permitido reservarse los privilegios y los derechos de los patriarcas de

Oriente, en 1596 se les dejó la libertad de conservar todas sus ceremonias y usos. No dudemos de la tierna solicitud con que el Sumo Pontífice, sentado hoy en la cátedra de Pedro, los recibiría en el seno de la unidad. Permítasenos presentar á los griegos un testimonio inequívoco en el afecto constante y en el ardiente celo que muestra aquel á favor de los doce millones de católicos diseminados en los Estados rusos. Si en tantas ocasiones se ha complacido el príncipe de los pastores en asegurar al emperador que lejos de aprobar el espíritu de insurrección contra las potestades legítimas, la Iglesia le reprueba al contrario y le condena enérgicamente, tampoco ha cesado de representarle con tanta enegía como miramiento, los derechos que tienen á su alta proteccion y á toda su justicia los católicos de su vasto imperio.

Si no ha sonado aún la hora de que vuelvan los griegos al seno de la unidad, no por eso es menos incontestable la verdad que combaten: abiertas les quedan las vías de conciliación, y esperemos á lo menos de la equidad y del ánimo elevado del poderoso emperador de Rusia, que acogiendo con benevolencia los deseos del jefe supremo de la Iglesia, ponga término á sus tormentos.

Sabido es que Lutero y Calvino fueron los autores y los corifeos de la reforma. No negaremos que reinaban entonces muchos abusos en la Iglesia: la licencia habia menoscabado hasta la dignidad del santuario; y las costumbres de ciertos clérigos

eran disolutas; pero nada podía autorizar á aquellos reformadores para combatir la integridad de la fé. Enardecidos y estraviados por una ciega confianza en su propia sabiduría, no supieron discernir de los dogmas los errores, y de las sábias instituciones los abusos reprobables. Reducidos á condenar lo que acababan de defender, ó á defender lo que acababan de condenar, se dejaron seducir por el orgullo, y á poco nada pudo contenerlos en justos límites. Parecía que un poder irresistible los impelia á cometer todo género de excesos; y era la lógica del error tan imperiosa como la de la verdad. Un dogma católico sobre todo debía ser el objeto de sus acometidas, porque es la clave de la bóveda del edificio religioso: así dirigieron todos sus tiros contra él. Al mismo tiempo que negaban la autoridad de la Iglesia, declamaron contra el papado, principio vital del catolicismo, centro de unidad que reúne las inteligencias por la fé á los mismos dogmas, y que concilia las voluntades por la sumisión de la gerarquía con que está constituida la Iglesia. La reforma no ha cesado despues de combatir esta piedra fundamental del edificio misterioso de Cristo. La memoria mas prodigiosa sería insuficiente para recordar, los solos títulos de los libros ó libelos publicados contra ella durante estos tres siglos. Así, no queriendo nosotros seguir á los luteranos y calvinistas en el vasto campo de sus disidencias, nos contraeremos á la cuestion del Papa y de la infalibilidad de la Iglesia, como las

únicas cuya solución debe necesariamente producir toda conciliación franca y durable.

Parece que se obstinan en desechar este dogma, no obstante las sólidas pruebas en que descansa. Los hombres mas ilustrados que hacen época en los fastos del protestantismo, y hasta los autores de la reforma, han profesado en muchas ocasiones otras opiniones con respecto á esta institucion que las del vulgo. Al parecer han experimentado en esta parte mas pesar que repugnancia; y casi estaríamos tentados por decir en sus pensamientos podrían leerse mas elogios que vituperios. No bastaría un tomo entero para recopilar todos sus testimonios. En un libro que escribía Lutero contra Silvestre de Piera, alegaba estas palabras de Jesucristo: Tú eres Pedro... y estas: Apacienta mis ovejas.... "Todo el mundo, dice, confiesa que la autoridad del Papa proviene de estos pasages." Allí mismo, despues de decir que la fé de todo el mundo debe conformarse con la que profesa la Iglesia romana, continúa así: Doy gracias á Jesucristo de que conserva sobre la tierra esta Iglesia única por un gran milagro que por sí solo puede demostrar que nuestra fé es verdadera, de suerte que no se ha separado jamas de la verdadera fé por ningun decreto." "Confieso, escribía al cardenal Cayetano, que me he arrebatado indiscretamente, y que he faltado al respeto debido al Papa.... dignaos de dar cuenta del asunto al Santo Padre: yo no desco mas que oír la voz de la Iglesia y se-

guirla (1)." En 1518 dedicando sus controversias á Leon X, le decia: "Santisimo Padre, me postro á vuestros piés, y me ofrezco con todo lo que puedo y tengo: dad la vida ó la muerte, aprobad ó reprobad: reconozco vuestra voz por la voz de Cristo que reina y habla en vos." Es admirable el modo con que se espresaba Melancton en una carta suya. "Nuestras gentes están de acuerdo en que es permitida la política eclesiástica, en la que se reconocen obispos superiores de varias Iglesias y el obispo de Roma superior á todos los obispos.... Así no hay disputa sobre la superioridad del Papa y sobre la autoridad de los obispos, y tanto éstos como aquel, pueden fácilmente conservar esta autoridad, porque la Iglesia ha menester de conductores que mantengan el orden, que vigilen sobre los que son llamados al ministerio eclesiástico y sobre la doctrina de los presbíteros, y para ejercer los juicios eclesiásticos; de suerte que si no hubiera tales obispos, seria preciso hacerlos. La monarquía del Papa serviría tambien mucho para conservar el consentimiento en la doctrina entre varias naciones: así, fácilmente habria concordia sobre la superioridad del Papa si la hubiera en todo lo demas." ^(R)
¿Puede haber cosa mas clara y terminante?

Tambien Calvino decia (2): "Dios ha colocado el trono de su religion en el centro del mundo, y

(1) Bossuet, Hist. de las var., lib. 1, n.º 21, 22.

(2) Inst. VI, §. II.

ha puesto un Pontífice único, hácia el cual están obligados todos á volver los ojos para mantenerse con mas fuerza en la unidad." El docto Grocio declaraba sin rodeos que sin el primado del Papa no habria medio de terminar las disputas y fijar la fé (1). Casubon confesaba que el Papa era el instrumento de que Dios se ha servido para conservar el depósito de la fé en toda su integridad durante tantos siglos. Puffendorf afirma que la supresion de la autoridad del Papa ha sembrado infinitos gérmenes de discordia en el mundo; porque no habiendo ya autoridad soberana para terminar las disputas que se originaban en todas partes, se ha visto á los protestantes dividirse entre sí, y despedazarse las entrañas con sus propias manos (2). Jacobo I, rey de Inglaterra, Leibnitz, Sayvel y otros muchos encontraban muy razonable la institucion del papado; y el doctor inglés Carthwrith hacia á su Iglesia este argumento tan sencillo, pero de tanta fuerza: "Si la supremacía de un arzobispo de Cantorbery es necesaria para mantener la unidad de la Iglesia anglicana, ¿cómo no le seria la supremacía del Sumo Pontífice para mantener la unidad de la Iglesia universal (3)?"

Terminaremos con los testimonios de dos protestantes de los mas sábios, Muller y Bonnet. El

(1) *Volunt pro pace eccles. art. VII.*

(2) *De monarch. pontif. rom.*

(3) *In defensione Wirgiti.*

primero, hablando de la irrupcion de los bárbaros, dice. "Era menester educar á los bárbaros nuestros padres y hacerlos atravesar mil errores, antes que pudiese aparecer la verdad en su sencillez sin deslumbrarnos. ¿Qué sucedió? Dios les dió un tutor que fué el Papa... ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el Papa? Lo que ha sido de los turcos, que no habiendo adoptado la religion bizantina, ni sometido su sultan al sucesor de Crisóstomo han quedado en su barbarie." El segundo le respondia el 11 de Octubre del mismo año: "Puedo deciros que vuestra manera de considerar el imperio papal, es precisamente la que yo adoptaba en mi plan: yo le presentaba como un gran árbol, á cuya sombra se conservaba la verdad para hacerse algun dia un árbol aun mucho mayor, que haria secarse al que no debia durar mas que un tiempo, un tiempo y la mitad de un tiempo (1)." Podriamos citar tambien diversos sínodos, en los cuales reconoció la reforma la necesidad de una autoridad en la Iglesia.

Después de unas confesiones tan formales y de tanto peso ¿no es de admirar que en Alemania, en Suiza en Inglaterra y en Francia se resistan los reformados á admitir la supremacía de la Santa Sede? Si los motivos de creer en ella que el catolicismo les presenta, no les parecen capaces de convencer-

(1) *Joh. von-Müller samtllichz Werke; Fünftenler theil, en 8.º, p. 336, 342 y 343.*

los, á lo menos las opiniones de los autores de la reforma deberían tener algun crédito para ellos. Deberían á lo menos estar de acuerdo con los que formaron su profesion de fé; pero la verdad es que para ellos sonó la hora de la emancipacion del entendimiento humano, cuando la grande trasformacion del siglo XVI. Entonces adoptando sin restriccion el gran principio proclamado por Lutero, vino á ser la única regla de fé la interpretacion de la Santa Escritura por la razon individual, y cada uno se formó su símbolo. No estrañemos, pues, que la reforma piense hoy tan de diversa manera que sus padres. Pero ¿á dónde llegará con tales principios? La exhortamos á que lo medite con toda la seriedad que requiere una cuestion de resultados tan trascendentales. Echando una mirada hácia atras y considerando el término á donde ha llegado, juzgue por analogía de lo que puede prometerse en lo sucesivo. A presencia del abismo que se abre á sus piés, no debería ya vacilar en volver al puerto.

Lutero, despues de haber reconocido la soberanía de la razon individual en materia de religion, é investido á todo ser pensador del derecho de interpretar las Escrituras y de rever todas las decisiones de la Iglesia, no tardó en gustar por sí mismo los amargos frutos del árbol de la libertad que habia plantado. Todos los dias veia, para hablar el lenguaje enérgico de Bossuet, irse la reforma á pedazos, y escapársele algunos dogmas de la antigua fé romana que creyó debía conservar. Vió cumplirse

en él el oráculo profético de S. Agustin contra todos los sectarios: "Cogieron el cuchillo de la division para separarse de la Iglesia romana: aquel cuchillo quedó en sus manos; y ved en cuántas particillas se dividen ellos." Dios permitió que esta division comenzase por los gefes. El anabaptismo cayó como una tempestad sobre la Alemania, mientras que Lutero permanecía en su misteriosa prision de Warteburgo; y sus amargas quejas no le atrajeron los discípulos que habian abrazado la nueva doctrina. Zuinglio y Ecolampadio se levantaron como otra cabeza de la reforma. Carlos-tadio rompió con él, y la fé de Bucero fué á veces un problema. A ejemplo de Lutero Melancton y Calvino lloraron amargamente la anarquía que á su vista devoraba la reforma naciente. "El Elba con todas sus olas, decia Melancton, no hubiera podido suministrarle bastante agua para llorar tantas desgracias." La Santa Escritura que debia dar la misma fé á todos los creyentes, se habia convertido ya en un manantial de divisiones; y al proclamar ellos la autoridad de la razon individual, habian abdicado todo derecho de contener el torrente de las opiniones.

Apenas habia comenzado la ruptura de Lutero con la Iglesia romana, cuando ya conoció el here-siarca la necesidad de buscar un principio de unidad en cualquiera parte, á fin de reunir su doctrina en un mismo símbolo. Esta fué la razon ulterior por qué consintió en entregar el gobierno de aque-

lla sociedad, cuyo fundador se declaraba, á la voluntad inconstante de todos los príncipes. Pero este dique no fué poderoso á contener el torrente aumentado con nuevos símbolos y controversias sin fin. La reforma estaba condenada á caminar. Jurieu habia tratado de traer las creencias á puntos fundamentales, y á mediados del siglo XVIII vacilaban ya los mismos artículos conmovidos é inciertos. Entonces se vió un espectáculo extraño: la reforma negando una por una sus propias doctrinas, y caminando á largos pasos hácia el abismo de la duda. D'Alembert no descubria ya en Ginebra mas que un débil motin de diferencia entre la reforma y el deísmo (1). "Se pregunta á sus ministros, decia J. J. Rousseau, si Jesucristo es Dios, y no se atreven á responder. No se sabe ni lo que creen ni lo que no creen, ni aun se sabe lo que aparentan creer (2). No tardó en declarar una voz que era preciso abstenerse de llamar á Jesucristo Dios Hijo, y que por su naturaleza es inferior á Dios Padre (3): desde entonces la reforma ha marchado con mayor rapidez hácia el deísmo, y no ha descubierto mas que un sentido ideal y místico en los libros de la Santa Escritura. Eichorn no veía otra cosa que un *mito* en los hechos pasados en el paraiso terrenal. En Inglaterra se ha preguntado

(1) *Enciclopedia*, art. *Ginebra*.

(2) Segunda carta de la Mont.

(3) Esta tesis fué defendida en Ginebra el año 1777.

qué razon poderosa hay para creer en una revelacion escrita, y ha habido la osadía de sostener que el Evangelio no puede defenderse por medios racionales. En Francia se niega igualmente la inspiracion de una parte de los libros santos, y se reduce la Religion á un sentimiento indefinible que se manifiesta bajo diferentes formas segun los tiempos y paises. La exegesis protestante disputa hoy á Moisés hasta el Decálogo y la unidad misma de Dios, y los señores Bohén, Quinet, Gesenius y Lengerke consideran todos los libros del Antiguo Testamento ó como apócrifos, ó como ampliaciones literarias.

Despojado así de su carácter profético el Antiguo Testamento, el Nuevo ha parecido á otros un tejido de emblemas y *mitos* (1). "Para mí, dice el superintendente general Rœhr, la Escritura es como cualquier otro libro; no reconozco autoridad en ella sino en cuanto concuerda con mi propia conviccion: no la miro como la regla de mi creencia, sino que me sirve únicamente de prueba de que algunos hombres sábios de la antigüedad pensaron como yo (2)." "Tales han sido, dice Bretschneider, los progresos de la inteligencia en nuestros dias, que no solamente la interpretacion sino hasta el contenido de las Escrituras, han venido á ser patrimonio

(1) El Señor Daub, prof. de teolog. en la universidad de Heidelberg.

(2) Carta sobre el racional. P. 15.

de la ciencia (1).” Segun una multitud de escritores de la reforma, la doctrina de los Evangelios es tan muerta como la de la tradicion oral. Es probable, dicen, que no se ha recibido ciertamente la doctrina pura de Cristo por los documentos del Nuevo Testamento, ó á lo menos que se han intercalado en ellos muchos errores; y se añade que valdria mas que no tuviésemos ninguna noticia de Jesucristo, de quien no admite Struss mas que la crucifixion: todo lo demas son para él *mitos y visiones*.

La verdadera Religion no tiene otro origen que la razon humana. Las Escrituras son tan santas como los escritos de Platon y de Virgilio. Todo lo que se llama milagros, debe considerarse como fábulas. La personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo, la Trinidad á la inmortalidad del alma y el juicio final, se confunden en una mitología panteísta. A ese punto ha llegado la reforma de Lutero en Alemania. ¡Qué espectáculo tan triste! ¡El divino libro rasgado así, despedazado por las manos que parecian encargadas de conservarle y defenderle! Es verdad que todas las sectas protestantes no han llegado ahí; pero no puede ocultarse que en todas partes propenden al deísmo. En vano querrian buscar el principio de unidad en la fuerza moral de sus ministros. Como no admiten autoridad infalible que se oponga á la anarquía de

(1) *El seminismo y el cristianismo.*

los entendimientos, y proclaman soberana la razon, no pueden resistir á la inundacion de los errores. La senda en que se han metido, debe producir la ruina del cristianismo reformado, aun en concepto de muchos escritores suyos (1). Bayle, aunque protestante, habia previsto á dónde se llegaría con este método racional. “Es mas útil de lo que se piensa, decia, humillar la razon del hombre demostrándole con qué fuerza se burlan de sus luces las heregías mas insensatas para embrollar las verdades mas capitales. Esto debe enseñar á los socinianos, que quieren que la razon sea la regla de la fé, que se estravian en un camino de perdicion, propio solamente para conducirlos de grado en grado hasta negarlo todo ó dudar de todo. Pues ¿qué se ha de hacer? *Hay que cautivar el entendimiento bajo la obediencia de la fé* (2).” Estas palabras equivalen á estotras: hay que volver á la unidad católica. Bayle no hubiera intentado el primero esta reunion; Melancton antes de él habia tenido ese pensamiento, y en la asamblea de Smalcalde fué de parecer que se reconociese el Concilio convocado por el Papa. Toda la secta instaba por su convocacion, y Melancton esperaba de él el fin del cisma; pero tan bellos principios no produjeron ningun resultado, porque con la mayor injusticia se queria escluir de él al Papa y á todos los que ha-

(1) *Revista de ambos mundos*, Diciembre 1838, art. *vida de Jesus*.
(2) *Dic. hist. y crit.* art. *Paulicianos*.

cian profesion de estarle sometidos (1). Despues se convocaron varios sínodos para este efecto, y en ninguno de ellos pudieron ponerse de acuerdo; sin embargo, la reforma no se cansó de solicitar esta reunion. No hablaremos de las sábias conferencias de Bossuet con Claude, en las que son de notar tanto vigor en la defensa de la fé, como indulgencia en las discusiones de los proyectos. Un ministro del santo Evangelio escribia no hace muchos años, segun refiere el señor conde de Maistre (2): "Si, los reformadores son los que tocando á rebato contra el Papa y contra Roma, han dado el primer golpe al antiguo y respetable coloso, y dirigiendo los entendimientos de los hombres hácia la discusion de los dogmas religiosos, los han preparado á discutir los principios de la soberanía. Ha llegado el tiempo de proseguir su obra, ese palacio soberbio destruido con estrépito. . . . Y acaso ha llegado la ocasion de hacer volver al seno de la Iglesia los griegos, los luteranos, los anglicanos y los calvinistas. . . . A vos os toca, Pontífice de Roma. . . . mostraros el padre de los fieles restituyendo al culto su pompa, y á la Iglesia su unidad: á vos, sucesor de San Pedro, os toca restablecer la Religion y las costumbres en la Europa incrédula. . . . Aprovechad, pues, Santo Padre, la ocasion y las disposiciones favorables. . . . haciendo en el dogma los sacri-

(1) Bossuet *Hist. de las var.* lib. V, art. 25.

(2) *Del Papa.*

ficios que las circunstancias eesigen; uníos á los sábios cuya pluma y cuya voz dominan á las naciones. Dad á la Europa incrédula una religion sencilla, pero uniforme; y sobre todo una moral purificada, y sereis proclamado el digno sucesor de los Apóstoles." ¡Qué preciosas confesiones! ¡Qué deseo vehemente de volver al seno de la unidad! Pero al mismo tiempo ¿quién no convendrá que no puede concluirse ninguna alianza mientras se eesijan concesiones en cuanto al dogma? Tocar á él seria aniquilarle. Dios le ha revelado, y el entendimiento humano no puede añadirle ni quitarle nada. La verdad eterna es el garante de todas y cada una de las verdades reveladas y propuestas por la Iglesia á la fé de los pueblos. En cuanto se desechase una sola, no habria razon para dejar de escluir las otras. Obrar de esta suerte seria sustituir en la Religion la razon humana á la razon divina; y desechariamos el sello que comprueba la legalidad de aquella. Semejante pacto de alianza seria *un delito de muerte* para el catolicismo. Su regla de fé es inmutable y no se reforma.

¿Habremos, pues, de perder para siempre la esperanza de todo medio conciliatorio? No sin duda. La reforma puede hacer lo que á nosotros nos está prohibido: como que es obra del hombre, le es dado perfeccionarse, sin destruirse, poniéndose en completa armonía con el catolicismo que es la obra de Dios. Esta reunion no puede consistir únicamente en simples imitaciones de su ceremonial:

mientras la reforma no saliese de esta esfera reducida de actividad, siempre se quedaria á grandísima distancia. En cualquier proyecto de union, es indispensable que entre el reconocimiento del papado y de la infalible autoridad de la Iglesia; y de buena fé ¿qué obstáculo insuperable puede tener la reforma para aceptar ambas cosas?

¿Se obstinará la Iglesia anglicana en disputar al Papa su soberanía en el orden espiritual? Pero tambien admite las Escrituras: se precia con justo título de superioridad de saber y de razon, y la antorcha de la tradicion no se ha estinguido enteramente en ella: consúltelas, y la respuesta de aquellas desvanecerá toda duda. Todos los siglos, desde la cuna del catolicismo hasta nuestros dias, han confesado y reconocido al Papa por cabeza visible de la Iglesia; y los esfuerzos de la heregía para librarse de su autoridad, suponen su ecsistencia. Ademas, la Iglesia de Inglaterra ecsige obediencia para sus obispos invocando las palabras dirigidas á los Apóstoles: id y enseñad: . . . luego se apoya en la mision dada á estos en el Evangelio para probar su autoridad. No sabemos, pues, explicar su resistencia á admitir el primado de jurisdiccion y de honor en los Sumos Pontífices, sucesores de S. Pedro, que la recibió de Jesucristo en las inmediaciones de Cesarea y á orillas del mar de Galilea. Las palabras del Salvador fueron igualmente claras, y debieron tener su efecto tanto respecto de Pedro como de los Apóstoles: y si el pasaje con-

cerniente á estos no puede tener un sentido restrictivo, no vemos cómo las palabras dirigidas á Pedro, habrian limitado á su persona y á su vida las promesas que se le hicieron.

Si los obispos anglicanos intentan probar su mision con las palabras que hemos indicado, ¿por qué les parece mal que los Papas asienten sus derechos sobre las que comprueban los privilegios de Pedro? ¿Temerá la Inglaterra que el papado revindique algunos derechos sobre lo temporal de sus reyes? Mas no puede haber olvidado que el Sumo Pontífice Gregorio XVI, profesando en todas las circunstancias la mácsima de perfecta fidelidad á la potestad temporal en el orden civil, ha declarado solemnemente que no quiere estender su poder de un modo inconciliable con los derechos de los soberanos, ni ejercer en los Estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas. ¿Bajo qué pretesto, pues, deja de reconocerse en su persona la supremacía espiritual independiente de los poderes del Estado? Pero el anglicanismo ¿no echa de ver la tendencia bien manifiesta de la nacion hácia el catolicismo? El poder pontificio, la autoridad de la Iglesia, son reconocidos cada dia mas en Escocia, Inglaterra é Irlanda. La célebre universidad de Oxford ha desplegado la bandera, y todos se incorporan á ella, animándola la universidad de Cambridge, que al principio se habia manifestado hostil á la conversion hácia las ideas católicas. El puseismo triunfa de todos las

obstáculos, y rebosa por todas partes. Ya se sabe que ser puseista es anatematizar el principio vital del protestantismo, alejarse cada vez mas de las doctrinas de la reforma anglicana, deplorar la separacion de la Iglesia de Roma, y mirar á ésta como la madre que nos ha engendrado en Cristo. Ser puseista es denunciar la Iglesia anglicana como reducida á la esclavitud y cargada de cadenas, declarar que los artículos de la fé anglicana se compusieron en un tiempo de hostilidad contra el catolicismo: que las Escrituras no son la única regla de fé: que la Biblia sin anotacion ni comentarios, puesta en manos de las personas ignorantes, no es propia para dirigir el curso ordinario de la vida, de modo que se alcance con certeza la salvacion eterna: que Jesucristo está presente en la cena eucarística: que es una costumbre santa orar por los difuntos: que se puede creer en la ecsistencia del purgatorio: que pueden venerarse las reliquias é invocase los santos; y que hay siete sacramentos (1). Es tan perceptible el movimiento religioso de Inglaterra hácia la autoridad del Papa, que parece que tiene algo de entusiasmo. No ha mucho que escribia el señor Palmer al señor Golithy: "Si desear el restablecimiento de la unidad con la Iglesia de Roma es un deseo de papista, en ese caso declaro que soy papista en el fondo de mi al-

(1) Cada una de estas frases está sacada de algun escrito de los puseistas. *Unicrs* 30 de Agosto de 1842.

ma." ¿Qué es, pues, lo que puede contener este impulso generoso? ¿En qué consiste que no arrastra á toda la nacion inglesa? ¿No ha pasado aún por bastantes errores? ¿No le parecerá bastante pesado el yugo opresor del pauperismo que pesa sobre su cabeza, para alargar los brazos hácia aquel de quien nos viene todo auxilio? ¡Ah! Reanímese la fé en todas las clases sociales con el recuerdo de los beneficios de que la colmó el cielo en otro tiempo. Los Papas no cesaron jamas de declararse sus protectores y sus padres; muéstrese, pues, ella digna otra vez de la solicitud y del amor de los mismos.

¿Qué dificultades graves nos opondrá la reforma para la reunion que desea? Estamos dispuestos á concederle todo lo que puede ser concedido; pero no podemos jamas menoscabar las bases indestructibles del catolicismo. La reforma conviene, sobre todo en Francia y en Alemania, en que la razon individual no basta para ser árbitro esclusivo de la fé. Muchos le sustituyen la razon general, y entonces son arrastrados á la pendiente rápida, donde los colocan los principios filosóficos de nuestra época, y no pueden menos de parar en el escepticismo.

Se nos objetan muy á menudo los vicios y la ambicion de los Papas; y se nos dice que por espacio de siglos se han sentado en la cátedra de S. Pedro Pontífices de costumbres disolutas, y siempre prontos á derribar la corona de las sienas de los re-

yes. Bajo este pretesto se discurre quedar dispensados de reconocer su autoridad. No debemos rechazar semejante objecion, porque los católicos no han supuesto jamas que los Papas estén libres de prevaricar. El Salvador, al darles un poder tan grande, les dejó el libre albedrío, y están como el mas humilde de los fieles bajo la influencia de la culpa original. Confesamos que algunos Papas habrán podido mostrarse á veces poco dignos de su santo ministerio; pero ¿qué se infiere de ahí? Si generalmente se deben honor y respeto á los que están revestidos de una dignidad cualquiera, prescindiendo de sus cualidades ó defectos, con mucha mas razon no debe ningun hombre tratar de alterar por este motivo el sentido de la palabra de Jesucristo, ó juzgar desventajosamente la ecsistencia del pontificado. Sin duda que los Papas no son impecables; pero no dejan de ser dignos para siempre de veneracion. Entre los Apóstoles hubo un Judas; y si su traicion no alteró la dignidad ni disminuyó la jurisdiccion del apostolado, ¿cómo habria valor de desechar el papado á causa de los crímenes de algunos Pontífices? Nadie ignora que todos los Sumos Pontífices de los cinco primeros siglos de la Iglesia, á escepcion de Liberio, han ocupado un lugar en el catálogo de los santos; y hasta algunos escritores protestantes han tributado los mas honrosos testimonios á las virtudes de los Papas que antecedieron próximamente ó se siguieron á la reforma hasta nuestros dias.

Ha habido complacencia en acusar de ambicion á los de la edad media. Pero ¿no hemos visto publicarse muchas obras, cuyos autores siendo protestantes han rehabilitado la memoria de los que se nos habian pintado como desmesuradamente sedientos de engrandecimiento y envidiosos del poder temporal de los reyes? Gregorio VII é Inocencio III, cuentan hoy sus panegiristas entre aquellos (1). Aun en la hipótesis mas favorable á las pretensiones de la reforma, no podria deducirse nada contra la institucion de los Papas. De un hecho particular no se puede sacar una conclusion general. Ademas, ¿quién no convendrá en que si el abuso de los poderes probase algo contra la autoridad del que los ejerce, no habria ya autoridad sobre la tierra? Con gusto, pues, consentimos en conceder á la reforma que los Papas no están libres de las flaquezas de la humanidad; pero rogamos á aquella que convenga con nosotros en que sus prevaricaciones no pueden destruir en nada la institucion divina del Papado.

La reforma tiene que glosar acerca de la jurisdiccion temporal de los Papas. Tambien le concederemos que la supremacia espiritual de que están investidos, no trae necesariamente consigo aquella posesion, y añadiremos que la soberanía sobre los Estados romanos no forma siquiera parte integran-

(1) Obra del señor Voigt, aprobada por los mejores historiadores de la Alemania moderna, &c.—Id. Harter, ministro de la Iglesia protestante de Alemania.

te de su dignidad. Con todo, debe reconocerse con muchos escritores aun protestantes (1) cuán ventajoso es así para la Iglesia como para las sociedades, que los Papas estén enteramente independientes de los soberanos. ¿Por qué, se nos pregunta, no apareció la autoridad papal en los primeros siglos? Después de todas las esplicaciones que hemos dado ya de esta tésis, nos bastará responder que los Papas han sido mirados constantemente como gefes espirituales: que ejercieron en los cuatro primeros siglos una jurisdiccion incontestable y no disputada; y que si su autoridad se ostentó mas en las edades posteriores, fué por la mayor urgencia de las necesidades de la Iglesia.

Se nos acusa de que adoramos al Papa: injustamente lo ha afirmado la reforma. Pregúntese al último católico, recórranse todos nuestros libros, y fácil será convencerse de que estamos lejos de tributar honores divinos al Papa. La reforma se resiste á reconocer la infalibilidad de la Iglesia, al paso que concede este privilegio á la razon individual, á lo menos en el sentido filosófico á la razon general de la humanidad. Juzgue con ánimo elevado é imparcial de qué lado debe inclinarse mejor la balanza. Algunos protestantes nos han declarado á nosotros mismos que admitirian gustosos un gobierno constitucional en la Iglesia; pero les pedimos que observen que este gobierno no seria centro

(1) El señor Hume, *Hist. de la casa de Tudor*, t. 2, p. 9.

de la unidad en cuanto la fé cesase de ser idéntica en todas partes; y querer dar una nueva forma á la Iglesia, seria destruirla. Tampoco podemos convenir con el parecer del señor Montlosier, que nos aconseja sin rodeos que quitemos de nuestra Religion sus dogmas, sus misterios y sus artículos de fé, y que no conservemos mas que las ceremonias que le parecen bellas y pomposas (1). Los artículos de fé de una religion forman su sustancia y su fondo: la disciplina y las ceremonias son partes accesorias.

Los señores Merle de Aubigné y Bost han publicado no ha mucho ciertos escritos, en que abundan las invectivas contra el papado y la gerarquía católica: no necesitamos refutarlos. Bástanos decir con el presbítero Magnin, que ha respondido á sus impugnaciones con tanto talento como energía, que semejantes ignominias quedan á cargo de su inventor. No hacen mas que rebajar el precio de una causa, y seguramente no es el de la nuestra. Salgan algunas otras obras de este gusto, y los protestantes sinceros á quienes querremos siempre como hermanos muy amados, á falta de razon para reprobar la heregía, conocerán que los viles medios empleados para retenerlos les bastan para librarse de ella.

¿No vemos diariamente que los hombres de mas noble carácter y de ingenio mas perspicaz, aterra-

(1) En su libro *Del sacerdote*.

dos de la irremediable confusion que presencian en el protestantismo, vuelven amorosos sus miradas hácia la antigua Iglesia su madre, y entran unos tras de otros en su unidad, á veces á costa de los mayores sacrificios? Entre las dinastías soberanas el amable príncipe Adolfo de Mecklemburgo y su hermana Carlota, princesa real de Dinamarca: en la república de las letras y de las artes un Winckelmann, un Zoega, un Harmann, un Stolberg, un Werner, un Federico Schlegel, un Cárlos de Haller, un Esslinger y otros muchos cuyos nombres solos llenarian volúmenes enteros. ¿En qué consiste que este movimiento no se estiende á Francia, á Alemania y á Suiza en un radio mas vasto? Por un lado convienen los protestantes en que la confusion de las palabras y de las ideas ha llegado al colmo entre ellos: por otro ¿qué no pueden esperar de la indulgencia de la Iglesia? Ya saben hasta dónde llegó en este punto el ilustre Bossuet que sirvió de intérprete de aquella. No pueden negar sus homenajes al digno Pontífice Gregorio XVI, con el cual han subido á la cátedra apostólica todas las virtudes de Pedro. Todo el mundo cristiano tiene forzosamente que hacer justicia á su firmeza en la fé y á su bondad para atraer á los mismos que le ultrajan. ¿Qué testimonio no ha dado de su ardiente amor por la paz á la Iglesia reformada de Prusia y de Alemania, levantando el impedimento diariamente del matrimonio entre católicos y protestantes!

Como hijos de un mismo padre y llamados á cumplir el mismo destino, reunámonos para admitir la grande institucion llamada pontificado, ese poder maravilloso, cuyo secreto misterioso se oculta á las investigaciones de la sabiduría humana, que nació en medio de las tempestades y crece bajo el hierro de las persecuciones. Ha atravesado diez y ocho siglos como un dia: ¡cuántas generaciones han doblado la rodilla ante él! ¡cuántos pueblos ha visto nacer y morir! Innumerables borrascas han pasado por cima de su cabeza, y sin embargo, él está en pié, firme é inmóvil como la pirámide del desierto: su brazo se estiende hasta los confines del mundo: su cetro domina el tiempo y el espacio; y sentado sobre lo pasado está ahí para asistir á las naciones en su carrera é indicarles su término. En vano se colocaria en las regiones de la inteligencia la palanca con cuyo auxilio se intentase conmooverle ó derribarle: solo hay fuerza cuando el apoyo es la verdad. Y ¿qué tendrá que temer el poder papal de la potencia de la razon, cuando aquel ha recibido de arriba *la sublime mision de enseñar al mundo?*

No cesemos de aplaudir el proyecto de atraer todos á la unidad de creencia y de opiniones bajo la influencia de una conviccion libre y profunda. La union de los pueblos depende en especial de su union en los principios religiosos. Solo en la unidad están su salvacion y una gloria durable, y no puede haber unidad mas que con la autoridad. "Toda nacion europea (ha dicho un hombre de pro-

fundo saber) que se sustraiga á la influencia de la Santa Sede, caminará insensiblemente hácia la esclavitud, ó se precipitará en la revolucion, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia traerá otra vez á toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo."

CAPITULO IX.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE ECONOMIA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Importancia de la economía social.—Su objeto y fin.—Lo que pensaban los antiguos de ella.—Mejora que el cristianismo ha introducido en esta ciencia.—Diversos sistemas adoptados por los economistas modernos.—Falsa teoría de la producción de las riquezas fundada en el monopolio industrial, en la filosofía sensualista y en la moral egoísta del interés personal.—Quesnay, Smith, Ricardo, Say, San Simon, Fourier y Ruberto Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores de Conx y conde de Villeneuve de Bargemont.—Tentativas del filsofismo social para insinuar que el catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.—De sus funestos resultados en Europa.—Para poner término á estos

males, hay que juntar la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir eficazmente á aumentar los elementos de la fortuna pública.—El espíritu de sacrificio que inspira, es la demostración de esta verdad.—Testimonio del señor Eugenio Buret que suministra pruebas de hechos.—Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables al incremento social.—Votos del autor.—Conclusion de la obra.

La importancia de la economía social esplica la profusion de sistemas á que ha dado márgen. Todo individuo siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar. Por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad, que la ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes que dirigen la formación, repartición y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos. Tratada en su totalidad, abrazaria la historia de la civilización entera. Segun la acepción de la palabra, es la de la economía social; lo que debe darnos á entender que no puede circunscribirse en los límites que la mayor parte de los escritores le señalan.

Como ha notado muy bien un juicioso autor, desde que se ha probado que las propiedades inmateriales, como el talento y las facultades personales

fundo saber) que se sustraiga á la influencia de la Santa Sede, caminará insensiblemente hácia la esclavitud, ó se precipitará en la revolucion, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia traerá otra vez á toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo."

CAPITULO IX.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE ECONOMIA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Importancia de la economía social.—Su objeto y fin.—Lo que pensaban los antiguos de ella.—Mejora que el cristianismo ha introducido en esta ciencia.—Diversos sistemas adoptados por los economistas modernos.—Falsa teoría de la producción de las riquezas fundada en el monopolio industrial, en la filosofía sensualista y en la moral egoísta del interés personal.—Quesnay, Smith, Ricardo, Say, San Simon, Fourier y Ruberto Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores de Conx y conde de Villeneuve de Bargemont.—Tentativas del filsofismo social para insinuar que el catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.—De sus funestos resultados en Europa.—Para poner término á estos

males, hay que juntar la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir eficazmente á aumentar los elementos de la fortuna pública.—El espíritu de sacrificio que inspira, es la demostración de esta verdad.—Testimonio del señor Eugenio Buret que suministra pruebas de hechos.—Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables al incremento social.—Votos del autor.—Conclusion de la obra.

La importancia de la economía social esplica la profusion de sistemas á que ha dado márgen. Todo individuo siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar. Por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad, que la ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes que dirigen la formación, repartición y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos. Tratada en su totalidad, abrazaria la historia de la civilización entera. Segun la acepción de la palabra, es la de la economía social; lo que debe darnos á entender que no puede circunscribirse en los límites que la mayor parte de los escritores le señalan.

Como ha notado muy bien un juicioso autor, desde que se ha probado que las propiedades inmateriales, como el talento y las facultades personales

adquiridas, forman una parte integrante de las riquezas sociales: que los servicios prestados en los cargos mas elevados tienen su analogía con las ocupaciones mas humildes; desde que se han establecido con toda claridad las relaciones del individuo con el cuerpo social, y de éste con aquel y sus reciprocos intereses, se ha averiguado que la economía social, cuyo objeto al parecer no era mas que los bienes materiales, abraza el sistema social entero. Considerada bajo este aspecto, toca á todas las ciencias y aun las abarca todas. Circunscribiéndose en la esfera de su actividad especial, nos conduce de los efectos á las causas, y de las causas á los efectos, y se compone no de hipótesis, sino de hechos: se funda en la esperencia y en realidades. Revela al hombre por qué medios se producen los bienes con los cuales subsiste la sociedad entera, é indica á cada individuo cómo puede multiplicar los recursos que la Providencia le ha distribuido. No se necesita mas para justificar la alta importancia atribuida á esta ciencia. No entra en el plan que nos hemos propuesto, explicar los diferentes sistemas á que dió márgen desde la mas remota antigüedad. Nos limitaremos á decir sobre este punto, que los antiguos reflexionaron poco al parecer sobre el conjunto de los conocimientos que forman hoy el patrimonio de aquella.

Los griegos y los romanos no fundaban su subsistencia y sus acumulaciones mas que en la conquista y en la depredacion. La crematística sin

embargo era una ciencia caracterizada por Aristóteles. El señor de Sismondi ha ponderado muchísimo la precision con que Platon mismo se esplicó acerca de ella; pero aun no se habia pensado en darle una forma científica, un objeto distinto y separado de los otros ramos de la ciencia social por medio de la observacion y de la generalizacion de los hechos. Ademas de la desigualdad de las condiciones humanas, llevada hasta el último término por la esclavitud, debia reducirla necesariamente á estrechos límites. Los antiguos consideraban la riqueza como un hecho, y no habian cuidado jamas de investigar su naturaleza y causas: la abandonaban enteramente á los esfuerzos individuales de los que se ocupaban en crearla; y cuando el legislador era llamado de cualquiera modo á limitarla, no fijaba jamas su atencion en el interés pecuniario de la generalidad. Las ciencias cuyo objeto era cada uno de los ramos de la riqueza territorial, no se referian á un centro comun, no eran otros tantos corolarios de una ciencia general, sino que se trataban aisladamente y como si todas tuvieran en sí mismas sus propios principios (1).

Apareció el cristianismo, y el hecho solo de su influencia sobre el orden moral y material del universo, es un manantial inagotable de contemplacion y de estudio. Mejoró todos los sistemas que dirigian entonces la economía social de todos los pue-

(1) El señor de Sismondi.

blos. Despues se ha trabajado mucho, así en Francia como en Inglaterra, en Alemania y hasta en Prusia y en Rusia para explicar las leyes secundarias que arreglan el progreso de la fortuna pública; pero es de sentir que la admirable sagacidad de que se han dado pruebas, no haya ido siempre á buscar sus inspiraciones en los principios verdaderos é indisputables. Turgot y Stevar determinaron las leyes que arreglan la distribución del producto total de la tierra con el nombre de arrendamiento, de las ganancias del capital y de los jornales segun el estado de la civilizacion. Hicieron que dependiera de la fertilidad de las tierras, del aumento de los capitales y de la poblacion, de la habilidad de los cultivadores y de los instrumentos empleados en la agricultura. Los economistas secuaces de Quesnay, creian que nada se les podia objetar cuando sentaban el principio de que siendo la tierra únicamente la que puede producir, no hay otro producto real que el producto neto de las tierras. De donde concluian que era menester cargar la totalidad del impuesto directamente sobre las tierras. Smith se dedicó á explicar el mecanismo de las leyes de la produccion, de la distribución y del consumo de los valores enagenables, á sentar principios y á sacar de ellos conclusiones aplicables á la industria. Se ha defendido despues que la riqueza era únicamente el producto del trabajo. A principios del siglo XIX, el señor David Ricardo aseguró, conforme á unos principios tal vez demasiado absolutos, que el au-

mento de los impuestos no menoscababa en nada el producto y el consumo del pais. Quería que se cambiasen billetes de banco por barras de oro. Uno de sus principales adversarios fué el señor Bosanquet, cuyos errores de hecho y de deducción, en decir del doctor Compeleston, pusieron en evidencia el talento del escritor que salió á vindicar la verdad. J. B. Say rehabilitó con aplauso las obras de la inteligencia que Smith habia separado como improductivas, y logró disponer la ciencia en un orden mas metódico é instructivo enriqueciéndola con investigaciones esactas y profundas.

Conocemos que se necesita un talento muy superior al nuestro para hacerse árbitro en semejantes materia. Así es que no nos hemos propuesto examinar la economia social en sí misma, y someter á nuestro cálculo la produccion de las riquezas, la aplicacion de los principios de la economia política á los diversos géneros de industria, los cambios y monedas, la influencia de las instituciones sobre la economia de las sociedades, la manera con que deben distribuirse las rentas en la sociedad, el número y condicion de los hombres, los consumos que se efectúan en la sociedad, y las rentas públicas. Tales consideraciones sobrepujarian visiblemente nuestros alcances, y no se dirigirian á nuestro objeto.

No basta someter los sistemas mas recientes al cálculo mas esacto: considerarlos no tanto en sí mismos cuanto en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas, es la tarea que hay

derecho á esperar de nosotros. San Simon, Cárlos Fourier y Roberto Owen son unos pensadores extravagantes, y los primeros de nuestra época que han desplegado la bandera de la nueva era de organizacion social. Aquellos tres nombres componen por sí una familia: en ningun otro se encuentra ni tanta audacia, ni tanta ambicion.

Honrando el talento donde quiera que le encontramos, y agradecidos á todo hombre que se consagra á la gloriosa, pero difícil tarea de servir á su patria, nos mantendremos en la mas rigurosa reserva en cuanto á las personas: solo tomaremos en cuenta las cosas. Los sistemas de los economistas que acabamos de nombrar, ofrecen una completa abstraccion de las ideas religiosas. Sentando el principio del trabajo y de la civilizacion sobre la escitacion incesante de las necesidades, han fundado la teoría de la produccion de las riquezas en el monopolio industrial, la filosofia sensualista y la moral egoista del interés personal. ¿Qué puede esperarse de sus esfuerzos aunque sean reunidos? A presencia de las urgentes necesidades del siglo XIX, todas sus tentativas han sido impotentes.

Hay que convenir en que la sociedad tiene necesidad de la fé, de esa fé cristiana, no menos ilustrada que activa, que con sus promesas y temores escita al hombre á todo lo que es grande, noble y virtuoso, y le desvia de todo lo que propende á la vileza é infamia. Tiene necesidad de esa fé que hace al hombre tan celoso de sus derechos como

fiel al deber; de esa fé que en compensacion de las penas inseparables de la vida, le asegura los consuelos de la inmortalidad. ¿Qué han hecho nuestros llamados economistas para reanimarla en la multitud?

Al título de experimentador y de publicista, quiso San Simon, es verdad, agregar el de reformador religioso. Figurándose que el catolicismo no estaba ya en armonía con el progreso de las ciencias positivas, se esforzó á introducir en el mundo un nuevo cristianismo, que hacia consistir enteramente en el amor recíproco entre los hombres. A sus ojos este era el único artículo de fé inspirado por Dios. El único objeto de la religion debia consistir en dirigir la sociedad hácia la mejora mas rápida posible de la suerte de la clase mas numerosa y pobre. No hablaba de nuestros dogmas mas que para negarlos, de las divinas Escrituras sino para contradecirlas, y del Papa mas que para blasfemar. Sus sucesores, propagadores ardientes de las lecciones que habia recibido de su maestro, y redactado su llamado Símbolo, rebajaban la divinidad hasta igualarla con el hombre, y levantaban á San Simon hasta hacerle igual á Dios. Para sustituir la fé cristiana, llamaba en ayuda de su nuevo sistema social la ciencia de la especie humana, y revelándose contra el dualismo católico, reunieron sus esfuerzos para proclamar la rehabilitacion de la materia y de la inteligencia, de la carne y del espíritu. Los discípulos sin duda como

su maestro, afirmaban que únicamente querían dar al cristianismo una nueva transformación y no pudo creérselos bajo su palabra. Se esforzaban á sustituir una base enteramente humana á la fé divina y á la moral severa y pura del Evangelio las risas y los placeres, la loca alegría y las voluptuosas emociones del vicio.

Fourrier habló á veces de Dios, del cristianismo y de la revelación, de modo que hacía creer que conservaba aun ideas exactas de estas cosas; pero seguía como sin saberlo la senda panteísta, y no podía parar más que en un abismo. Su cosmogonía y su psicogonía ofrecen tal anomalía que son un verdadero caos. Una razón delirante en oposición con la fé revelada sube sobre la trípode y anuncia oráculos. Toda creencia sucesiva se obra por la conjunción del fluido austral y boreal: las almas humanas se transfunden siempre en cuerpo á fin de no privarse jamás de las sobreexcitaciones sensuales. Todas las pasiones deberían tener su incremento libre y completo: buenas ó malas todas son de inspiración divina, y por lo mismo legítimas. La atracción apasionada es la voz de Dios, una brújula de revelación permanente. Con la ayuda de un neologismo pomposo, no hay cosa que no ensaye contra los verdaderos principios religiosos. Nadie duda hoy que se dirigía á un paganismo refinado.

Roberto Owen andaba entonces ocupado en sus sociedades cooperativas en Inglaterra, y se abría la

senda sensualista fatalista. No veía en el hombre más que el juguete de las circunstancias, y cerrando los ojos sobre la perturbación causada en la economía del ser moral por la caída del primer hombre, nadie le parecía bueno ni malo al nacer. Pretendiendo libertar á la humanidad de toda privación y de toda regla, no le proponía otra recompensa en la tierra, que el consuelo de la virtud y la plena satisfacción de los sentidos.

Si con tales doctrinas se han podido figurar algunos que se reanimaría la fé de la multitud, se engañan admirablemente. Nosotros no podemos prever más que resultados enteramente contrarios. Las consecuencias terribles, pero rigurosas, son la exclusión de toda creencia sobrenatural y divina, y la ontología de las potencias pasionales con todos sus excesos en el hombre.

¿Qué podía ganar con estos sistemas el progreso verdadero hácia el cual se ven impelidas las sociedades modernas? El sansimonismo, como prenda de unión y de progreso, pedía la gerarquía de las capacidades, el adelantamiento de la industria, y la experimentación sucesiva y personal por entre las posiciones sociales más diferentes. La luz que debía fecundar lo porvenir, era la ciencia general que iba á desplegar sus magnificencias. Adjudicando á los jefes de la doctrina la reversion de todos los bienes, desheredaba á la multitud de todo derecho de sucesibilidad. A falta de toda ventaja, esta utopía era á lo menos muy ingeniosa para

sensacar en beneficio de algunos la propiedad de los bienes de la nueva familia. El sistema de Fourier, no descubriendo mas que insensatez y decastrados en la civilizacion actual, únicamente veia la senda abierta á la prosperidad de los pueblos en la satisfaccion de todas las facultades y de todas las pasiones. Proponiéndose al parecer una organizacion de trabajo industrial y agrícola, propendia á sustituir á los esfuerzos incoherentes, decia, de nuestros comunes divididos, el esfuerzo combinado y fecundo de los comunes asociados.

Entre los trabajadores debia ecsistir la mejor armonia por la sola virtud de lo que él llamaba *el mecanismo seriario*. Segun la fórmula que se ha hecho célebre, todos los hombres debian estar asociados en capital, trabajo y talento. Owen metido en las vias del fatalismo no descubria en el hombre mas que un compuesto de organizacion original y de influencias esterores. Segun él, debia abolirse la propiedad individual: la comunidad absoluta y la perfecta igualdad, eran las únicas bases posibles de una sociedad progresiva.

¿En qué, pues, podian venir á parar las teorías de estos tres reformadores? ¿Qué garantía de perfeccion social podian dar á la sociedad en definitiva? ¿Qué idea nos dan del hombre reduciéndole en cierta manera á la condicion del bruto, y haciéndole obedecer sin cesar al cabezon de la fatalidad? ¿De qué progreso puede ser capaz el hombre á quien aquellas no conceden el ejercicio de nin-

guna facultad espontánea? Por eso propenden á romper la individualidad para entronizar la comunidad. Pero ¿quién no ve que este espediente es un puro ideologismo, un sueño vano, porque habria que negar las pasiones para reducirlas á la resignacion? ¿Cómo se conseguiria cuando estas mismas teorías tratan de concederlas una satisfaccion ilimitada? El mismo Fourier conocia muy bien su importancia, cuando confesaba que queria hacer una esperiencia y no fundar una escuela.

Estos sistemas no podian cooperar al progreso del entendimiento humano en las ciencias, pues que en vez de aplicarle á ramos especiales de este género, le aplican simultáneamente á toda la generalidad que aquellas comprenden. La inteligencia, como perdida en este vasto terreno, no sabe á qué agregarse, y trepando una altura para medir su estension, ciera los ojos para no descubrir ya nada. La economía social que estos supuestos economistas tomaban al parecer tan á pechos, no iba á ganar nada. No viendo ellos la fuente de la fortuna pública mas que en la industria y en la comunidad de los bienes, cuya propiedad era esclusiva en beneficio de los gefes de la doctrina, nada podian hacer para la mejor materia de las sociedades. Los hechos demuestran que la verdadera fuente de la riqueza es la propiedad, y la propiedad repartida por particillas, individualizada, á fin de equilibrar los goces con las obligaciones, y graduar la recompensa en proporcion del trabajo. La feli-

cidad pasiva y parecida á la del bruto que se prometia al hombre, no pudo ser digna de él: quiere este recibir el justo precio de sus esfuerzos y de sus combates, á lo menos bajo el aspecto mas noble de sus dos destinos. En cuanto le ocurra la menor duda, lejos de andar, se detiene; y en vez de avanzar retrocede.

Sin duda estos nuevos sistemas han proclamado el amor de sus semejantes y unos principios de fraternidad. Convidan la humanidad á unas relaciones de otra naturaleza, y le indican un vínculo de afecto que debe unir á todos sus miembros, y hacerlos caminar en paz, con orden y con amor hácia un destino comun. Pero escluyendo por un lado toda intervencion coercitiva, y soltando por otro las riendas á todos los deleites, proclamando la promiscuidad, y declarando que la ley del universo debia ser en adelante la satisfaccion mas completa de las pasiones *en todos los puntos y en todas las cosas*, ¿no es evidente que en vez de unir á los hombres era este el único medio de desunirlos, y que lejos de estrechar los lazos sociales era romperlos?

Repítanse, si se quiere, con un escritor nuestro (1), los servicios que estas teorías han prestado á la humanidad. Por nuestra parte, uniéndonos con gusto á él para señalar los escollos de aquellas,

(1) El señor Reybaud. *Estudio de los reformadores contemporáneos.*

creemos un deber nuestro declarar en alta voz, conforme á nuestra conviccion personal, que la aparicion de dichas teorías en el mundo será siempre estéril para las mejoras sociales, y que su paso por la tierra completamente inútil para el bien, puede ser á cada instante la ocasion ó el pretesto de propender hácia unas consecuencias desastrosas. El aniquilamiento de toda religion, la abolicion de las instituciones fundamentales de la sociedad, la sangre... las lágrimas serian el único patrimonio de esta sociedad, juntamente con la embriaguez del deleite.

A este mal, que como un cáncer queria agarrarse al cuerpo social para devorarlo, opuso la Providencia un antidoto, levantando dos hombres que comprendieron su siglo y las necesidades de él, y des-cogieron la cadena de las verdades fundamentales de toda economía verdaderamente política y social. Sacaron de su alta inteligencia, luminada con las luces de la fé y de su corazon adornado de todas las virtudes, unas convicciones profundas, que revelaron al mundo la parte de influencia que indisputablemente han adquirido los principios religiosos en la economía social de los pueblos. El señor C. de Coux, profesor de economía política en la universidad católica de Malinas, y el vizconde de Villeneuve Bargemont, diputado francés, se han mostrado igualmente dignos de ocupar una página inmortal en nuestros anales. Con la luz de las dos antorchas de la ciencia y de la fé, el uno no cesa de

explorar las causas generadoras de la riqueza y las leyes generales que la rigen en su reparticion y acrecentamiento, y el otro traza la historia completa de la economía política con magníficos rasgos. Hace resaltar admirablemente las relaciones que la unen con las verdades reveladas y la moral cristiana, la influencia que las instituciones políticas y las creencias religiosas han ejercido constantemente sobre la condicion material de los pueblos, y la concordia íntima que ecsiste entre el órden moral y el industrial de las sociedades.

Nosotros no quisiéramos oponer otro broquel á los dardos aguzados de los adversarios de la verdad católica, que se han esforzado á establecer un antagonismo fatal entre aquella y la prosperidad material de los pueblos. Han querido hacer creer que el catolicismo es enemigo natural y necesario de la agricultura, de la industria y del comercio, y no hay medio que no hayan tanteado para sublevar contra él el amor de la familia y de la patria. Este torrente devastador ha abierto unas brechas tan grandes en la conciencia pública, que es difícil todavía sondear su profundidad. Si se quieren penetrar las cosas á fondo, inevitablemente se encontrará, ya en la inteligencia, ya en el corazón de las sociedades modernas, ese gusano roedor que amenaza devorarlas, el foco de un fuego oculto que las consume, el origen de ese disgusto general que sucesivamente se resuelve en crímenes, y el no poder sufrir ninguna calamidad, ni

aun aquellas que providencialmente se adjudicaron, por decirlo así, á la naturaleza humana.

Se ha observado que la clase media y el pueblo en el siglo XIX, están mas corrompidos que los ciudadanos y la plebe del régimen antiguo (1). A lado de grandes caractéres, de virtudes heróicas y de prodigios de virtud de que somos testigos, ¡qué caos de crímenes y discordia, de licencia desenfrenada y de espantosas miserias! Sin duda sentimos una admiracion respetuosa hácia esos modelos sublimes de piedad y de virtud, hácia esas imágenes vivas de la perfeccion humana que son ornamento inmortal de nuestro siglo; pero no pueden cerrarse los ojos sobre la indiferencia de ciertos hombres por la verdad religiosa y sobre su desprecio de las leyes de la moral. ¡Cómo las infringen y combaten muchos escritores nuestros! ¡Cuántas máximas perniciosas en sus composiciones dramáticas! ¡Qué inmoralidad en la materia de sus escritos! El soplo abrasador de tantas revoluciones que ha pasado por cima de nuestras cabezas, ha reanimado el impulso por otra parte tan natural al hombre hácia la codicia. La elevacion rápida de los unos no sirve sino de irritar las heridas y avivar las esperanzas de los otros. La juventud corre impaciente tras la riqueza y la celebridad, y su corazón es altivo y arrogante. Todo parece organizado para escitar el anhelo de las clases tra-

(1) El señor Matter.

bajadoras por mejorar su situación. Sus necesidades, sus padecimientos, y á veces la pasión, les hacen sentir infinitos deseos. Mientras que nuestros políticos no ven el progreso social mas que en el equilibrio de las instituciones constitucionales, aquellas clases escitadas por los debates que pasan á su vista, ventilan las cuestiones cuya resolución puede cambiar su suerte, y discuten los problemas mas complicados de organización social. Este ardiente deseo de cambio entre ellas, este despertamiento de su inteligencia acerca de todas las cuestiones de transformación política, de modificación de las relaciones existentes entre los maestros y los trabajadores, la apelación constante á los instintos groseros y á las pasiones vituperables del pueblo, la impaciencia con que se lleva el yugo de la ley, y el ódio á toda autoridad: tales son los frutos producidos por los sistemas de esos economistas que han acabado con las tradiciones religiosas.

Viendo que los pueblos europeos, agitados por necesidades irresistibles, fermentan y hierven dentro de límites demasiado estrechos, se esclama: Proteged la industria: dirigid hácia sus pacíficas conquistas esos brazos innumerables que amenazan incesantemente armarse contra nuestras leyes, y esa actividad intelectual que pide alimento. Pero ¿quién no ve que no bastaría aumentar, aunque fuera en proporciones enormes, el movimiento del trabajo y de la producción? Aumente mas la Eu-

ropa su actividad creadora: multiplique sus caminos de hierro y sus máquinas de vapor elevadas á la mas alta potencia de celeridad: ocupe á millares de operarios: de bonísima gana aplaudiremos estos diferentes medios de aligerar el yugo del pauperismo; pero la experiencia diaria demuestra lo que puede esperarse de ellos. Con el uso único de estos recursos, la Europa no satisfecería plena y enteramente la necesidad general que la atormenta; y el fruto que sacase, distaría mucho de producir una verdadera mejora social. No puede uno considerar atentamente los estragos profundos del pauperismo que está desolando ahora á la Inglaterra, los dolores que hace sufrir á una multitud tan numerosa de habitantes, y los trastornos que amagan, sin experimentar un sentimiento de inesplicable tristeza, semejante al que inspira la vista de un anciano que se va apagando en lenta y penosa agonía. Esa nación tan vanagloriosa con su preponderancia marítima, ¿se aproximará al último día de las sociedades culpables? ¿Será semejante su suerte á la de aquel padre que nos pinta Dante en un calabozo sepulcral, condenado á espirar sobre los cadáveres de sus hijos que murieron pidiéndole pan.

Los hombres cuyos principios han preparado estos resultados horribles, quisieran atajar su incremento; pero ¿qué pueden hacer contra los progresos del mal los que han arrojado la semilla de él en el suelo británico? Pudieron abrir el abismo; pero

cerrarle no: pudieron dar la muerte; pero restituir á la vida jamas. Ahí como en otras partes, si se quiere buscar el remedio á las grandes llagas sociales, hay que recurrir no solamente á los hombres, sino á Dios. Y ¿por qué esa obstinacion de no querer conocer la necesidad de pedir al arquitecto que levantó el magestuoso edificio de las sociedades humanas, los medios con que podrian apuntarse sus ruinosas paredes?

El mismo que sentó los cimientos, ha debido dar todos los medios de conservacion: conque para poner un término á las privaciones de las clases laboriosas no basta fijarse en cálculos de escritorio, ni en especulaciones de comercio. No ha de computarse solamente, como lo hacen algunos economistas de cortos alcances, si los alimentos animales son preferibles á los vegetales: cuál es la influencia de la baratura de los granos sobre las rentas: cuál es el efecto real del aumento que la marcha de la sociedad produce en el precio del producto en bruto, sobre los jornales y las ganancias: si el sistema prohibitivo debe prevalecer sobre el de libre circulacion: si en la teoría del cambio es feliz la idea de cambiar los billetes de banco por barras de oro de peso y pureza contrastadas: finalmente, por qué medios *puede hacerse que rindan los impuestos todo lo que son capaces de producir.* Es preciso empezar por recurrir á Dios, y reconocer al mismo tiempo que la Religion que enseña toda verdad y da fuerza para cumplir las virtudes mas grandes,

es la que proporciona á la multitud aun aquí en la tierra la mayor suma de prosperidad. Es menester que la ciencia de la economía social, lejos de permanecer indiferente al movimiento reparador dado á la inteligencia humana, reciba el reflejo luminoso de la eterna verdad, y que el acuerdo entre ella y los principios católicos se haga ostensible á los hombres de recto corazón. Entonces la caridad mitigará los males y los contrastes de la desigualdad social, y la economía política cumplirá completamente su excelente y glorioso destino.

Vanos serán los esfuerzos de los que en su atolondramiento desconocen la dichosa influencia del catolicismo para la prosperidad pública sobre las generaciones que se suceden. ¿Quién puede disputarnos cuánto puede contribuirse á acrecentar los elementos de la fortuna pública con el espíritu de sacrificio que inspira, la proscripcion de los vicios que condena, la prescripcion de las virtudes que proclama, y los deberes que impone? A él le pertenecen la inteligencia de la necesidad del pueblo, la expansion del corazón y la fuerza del ingenio: á él tambien las vivas inspiraciones y las miras lejanas de lo porvenir. Tal es, lo confesamos, la debilidad de nuestra naturaleza, que un culto que únicamente tuviese en su abono la verdad, correria grande riesgo de contar un corto número de prosélitos. Del mismo modo que la inteligencia no puede acceder á quedar en inaccion en el camino de la ciencia, el ardor de nuestra codicia no po-

dria dejarnos condenados á vegetar en las angustias de una miseria perpetua. Pero el Dios de las misericordias eternas no nos ha reservado para una prueba tan peligrosa. “Esforzaos, nos ha dicho, á merecer la bienaventuranza de los cielos con obras de justicia, y todos los demas bienes os serán concedidos.” Así las imágenes del mundo presente están unidas á las realidades del mundo futuro, y lo que comienza en el tiempo, acaba en la eternidad.

El catolicismo es el nudo que constituye á un tiempo nuestros dos destinos: es una madre que, llena de prevision y de ternura, no solamente estiende su solícito cuidado á la conservacion y acrecentamiento de la vida del alma, sino que abraza en su divino anhelo esta vida corporal á la que amenazan tantos accidentes, y que es en la tierra la condicion necesaria del mérito y de la recompensa, el precio de la gloriosa inmortalidad. Aunque al parecer no sea su objeto mas que hacernos felices en la otra vida, concurre poderosamente desde este mundo á hacer nuestra felicidad. Asegurando al individuo su dicha eterna, prepara en el tiempo la de la sociedad.

Convenia que así fuese, porque no sucede con la sociedad como con el individuo bajo el respecto de su mútuo destino. Si este padece en la tierra, sus penas pueden ser recompensadas ámpliamente mas allá del sepulcro con una felicidad interminable. Pero la sociedad como ser moral nace y muere aquí; y si debe tener castigos ó recompensas, solamente

en la tierra puede recibirlos, á lo cual ha proveído abundantemente el Criador. A fin de recordar al hombre formado de dos sustancias el objeto verdadero de sus afanes, ha querido que dependa las mas veces la salud corporal de la perfeccion del alma humana que le aleja de nocivos excesos. Así, para recordar su fin verdadero á las sociedades humanas, igualmente formadas de dos sustancias, ha querido poner por primera condicion de la felicidad social la posesion de la verdad religiosa. Como el cuerpo del hombre necesita un pan material, la sociedad temporal ha menester de la agricultura y la industria. Pero como el alma humana reclama el pan de la inteligencia, la sociedad espiritual, que es el alma de toda agregacion de individuos, reclama la verdad religiosa. Por eso la union del trabajo y de la Religion produce el órden y la paz en los Estados.

Mas del mismo modo que si el hombre llega á consumirse en las convulsiones del error ó á debilitarse en el vacío que á su rededor deja la ignorancia, no puede encontrar salvacion sino dando otra vez á su alma un alimento conveniente que la mantenga; así las sociedades, trabajadas por una desazon general ó agitadas por los torbellinos de las pasiones humanas, no pueden poner un término á sus oscilaciones, sino recibiendo las inspiraciones del catolicismo, único capaz de ayudar á reanimar á las sociedades espirantes.

En efecto, no se nos puede disputar con razon

que el espíritu de sacrificio que se resume en la sujecion del interés privado al interés general, no sea una de las primeras leyes cuyos efectos son invariables para la fortuna pública, uno de los primeros rudimentos de la riqueza social. Como los elementos de la duracion de una sociedad son tanto mas poderosos, cuanto mayor la adhesion mútua de los que la componen; tanto mayores serán las ventajas sociales que se repartán entre todos, cuanto mas energía tenga el espíritu de sacrificio. Por eso la doctrina católica que manifiesta este espíritu de sacrificio en el término de su perfeccion, es dentro de la esfera de su actividad una de las condiciones esenciales á la prosperidad material de la multitud. Quizá se le crea contrario al progreso de cada fortuna individual y poco favorable á la fortuna pública, porque ecsige una abnegacion continua y una resignacion constante del hombre, y clasifica entre los mayores vicios la sed desordenada de riquezas; pero es una equivocacion grandísima.

Cuando el cristiano subordina su interés privado al interés de todos, la sociedad saca ventaja de su desinterés y privaciones. Si da pan al pobre, este encuentra lo que la caridad saca á aquel. Si llena sus promesas con fidelidad, su buena fé y su puntualidad aprovechan á los que están en relaciones de negocios con él. Hasta los alimentos de que se abstiene por virtud, sirven para sustentar á sus semejantes. Así, los sacrificios del cristiano, aunque

su principio esté en el amor de Dios, tornan siempre en beneficio de la sociedad. Si parece que empobrecen á los que los hacen, enriquecen siempre al prójimo en cuyo favor se presentan. Por consiguiente, cada miembro de una sociedad católica encuentra en los sacrificios de otro una amplia compensacion de los suyos propios. Así es, que cuando en vez de buscar la riqueza de cada uno en la riqueza de todos, se ha tratado de tomar su principio generador del desenfreno de todas las codicias, ha invadido al mundo una concurrencia doblemente ruinosa. Tal fué el fatal resultado de los principios admitidos por los economistas del siglo XVIII; y eso es lo que ha hecho estériles las grandes tareas de los Smith, de los Say y de los Ricardo.

El señor Eugenio Buret, cuya obra sobre la miseria de las clases laboriosas es una de las mas notables que la filosofia práctica y la escrupulosa observacion de los hechos han producido, está lejos de adoptar la teoría de aquellos escritores sobre la baja de los jornales. Deplora amargamente sobre todo que solo hayan visto en el trabajo un valor de cambio y no el valor moral que se halla igualmente en él. Quéjase con razon de que despreciando con harta frecuencia la moral, han hecho la ontología de la riqueza. "La actividad industrial, dice, no ha tenido otro objeto: la Inglaterra, los Estados Unidos y la Francia han emprendido la conquista de ella, como los conquistadores que comen-

zaron la historia moderna se apropiaron el suelo. La nueva industria ha procedido por los vigorosos esfuerzos de una fecunda anarquía, y se ha precipitado sobre el terreno de la producción como en una refriega. Su objeto era la posesión, la riqueza y no la felicidad de los hombres." Acusa á aquellos economistas de que han olvidado en sus fríos cálculos, que la vida, la salud y la moralidad de muchos millones de hombres están comprometidas en la cuestión. Juzga que si no se corrigen á tiempo el desacuerdo que ecsiste entre nuestros sistemas de economía social seguidos hasta el día, y los principios morales en que descansa nuestra civilización, será una causa incesante de peligros para la sociedad. Nos proporciona una prueba incontestable de hecho, que tiende á convencernos de la insuficiencia de los sistemas que se conciben con esclusión de los principios católicos. Ese es el fenómeno de la miseria al lado del gran fenómeno de la riqueza. Observa que entre las naciones mas civilizadas hay pueblos enteros reducidos á la agonía del hambre, á las angustias de la miseria física y moral. En donde quiera ve que la miseria acelera el paso con el progreso de la industria, y no puede uno menos de asombrarse de la fuerza de los raciocinios con que apoya esta observación. Cita la miseria comprobada en algunos lugares de Francia. Los departamentos mas ricos y populosos son los que cuentan mas indigentes. Así reclama con toda energía la saludable influencia del

catolicismo en auxilio de la economía social, que tiene que ocuparse con especialidad en perfeccionar moralmente á los pueblos.

Nuestros economistas mas recientes parece que convienen en esto. Conocido es el célebre sistema de Malthus sobre el principio de la población, que tan deplorables resultados ha tenido en Inglaterra y en Francia, y el relativo á la dirección que debe darse á la caridad pública. El señor Ballanche, remontándose á las mas altas consideraciones filosóficas, morales y sociales, proclama el sentimiento religioso, inmortal como nosotros, y la certeza de que Dios no cesa de velar sobre el destino del género humano. "Esta es, dice, el arca de la alianza que va siempre delante del pueblo." El señor de Villermé da la mayor importancia á la influencia moral y religiosa sobre los resultados de la industria. Los señores Duchatel, Blanqui, Dros y de Laborde nos parece que han considerado juiciosamente el espíritu de asociación.

El señor J. A. Robert, en su obra intitulada Plutonomía, explica admirablemente la economía social bajo su verdadero punto de vista: hace consistir la civilización en el progreso de la moralidad, de la ilustración y de la riqueza. "El cristianismo, dice, ha realizado el sueño de Arquímedes, creando la palanca desmesurada y omnipotente, que tiene un extremo en los cielos á los piés de la divinidad, y con el otro toca en el corazón humano. El cristianismo ha elevado la humanidad, y sobrepuéstola

á ella misma. El solo introduciendo en el mundo moral la igualdad ante Dios y en la Iglesia, ha podido hacer esperar á los hombres el prodigio de la igualdad ante la ley. Solo él ha podido proporcionar á la pobreza la compensacion de los gozes del lujo. El cristianismo es la civilizacion por excelencia: no hay perfeccion indefinida mas que para los cristianos. Solo ellos pueden adornar la tierra hermoseándola y fecundándola, porque ellos solos saben santificar el trabajo y ennoblecer el jornal, y ellos solos pueden poblar el suelo de esperanzas al regarle con su sudor.”

Si son inminentes algunas catástrofes en decir de muchos, á la doctrina católica toca precaverlas. Para poner un término á los padecimientos de las clases laboriosas, es preciso enseñarles y hacerles amar los principios religiosos, que iluminando toda inteligencia, dan fuerza para llenar todos los deberes. Es menester que la sociedad encumbre su vuelo hácia las alturas del pensamiento divino en sus instituciones, en sus leyes, en las formas diversas de su existencia. ¿Quién no sabe que del seno del catolicismo emanan las tres condiciones indispensables al adelantamiento de la industria, á los progresos de la agricultura y de las ventajas del comercio, la seguridad, la libertad y la caridad?

Así como entre la multitud de los cautivos se reconoce á los monarcas destronados en el peso de sus cadenas, del mismo modo se presenta á los ojos de todos el hombre agobiado con la enorme carga

del pecado original. No tenemos suspiros bastantes para dedicar uno á cada especie de las miserias que le asalten. El trabajo que al principio fué una distraccion nada mas, se ha convertido en una sujecion importuna para él, la dura ley de la necesidad. Siendo condicion de la riqueza humana, implica con el convencimiento de nuestras muchas y urgentes necesidades la certeza de satisfacerlas. Quítese al trabajador la seguridad del jornal, al labrador la esperanza de las cosechas, al hombre industrioso el fruto de su laboriosidad, y al negociante la probabilidad de la ganancia, y no tardaria el género humano, entregado á la ociosidad, en disputar su pasto precario á los animales. Sin esta seguridad, el arado quedaria abandonado, y los talleres desiertos. Ella despierta al labrador con la aurora, alivia los brazos fatigados del artesano, y cubre los mares de pilotos. La seguridad es el motivo determinante del trabajo; y á medida que se altera, se embotan las fuerzas generadoras de la riqueza, y quedarian completamente estériles si aquella llegase á desaparecer del todo. Pero ¿qué vendria á ser esta seguridad generadora de todas las riquezas, que en suma no es mas que un derecho de propiedad, si no presupusiera un poder protector? La conciencia individual no seria una muralla insuperable contra el depotismo que la altera, y contra la anarquía que á cada instante amenaza tragarla como un abismo insondable. Solo unos grandes principios de sociabilidad pueden afianzarla á

la humanidad; y la historia, de acuerdo con la razón, prueba con toda claridad posible que la sociabilidad procede de las creencias.

Las tradiciones de todos los pueblos nos repiten con el autor del Génesis, que el primer hombre salió sociable y creyente de las manos del Criador. La misma filosofía ha venido al punto de explicar la sociedad por medio de una potencia sobrenatural; y las luces de la razón nos persuaden que cuanto más puras son las creencias de los pueblos, más recta es la tendencia general de las naciones, y más en armonía está con el orden: en consecuencia, el derecho de la propiedad es más inviolable, y más completa la seguridad del jornal. Por este título el catolicismo proporciona á los pueblos una superioridad radical en materia de economía. Como expresión del pensamiento divino más perfecto, es la doctrina más verdadera, y de consiguiente el manantial social más fecundo en las riquezas. Solo él llena de una manera absoluta las condiciones inherentes al culto de una sociedad. Los elementos de riquezas acrecen en la forma que les es propia, por el concurso de la agricultura que produce las primeras materias, por la industria que las trabaja, y por el comercio que las cambia. Por eso á medida que llegasen á debilitarse las creencias católicas en el seno de las naciones, perdería la seguridad pública de su estabilidad en idénticas proporciones (1).

(1) En las obras de los señores de Coux y Villeneuve de Bergemont se hallan importantes explicaciones sobre esta materia.

Amigo el catolicismo del orden y de la paz, condena con no menos severidad el despotismo que la anarquía, que menoscaban peligrosamente la fortuna pública. Destruye en su germen las pasiones perturbadoras, consuela en todos los padecimientos, y realiza el incremento infinito de la confianza recíproca, al que deben todos los ramos de la producción tan grande parte de su fecundidad. Compárese el estado de los pueblos que viven á la sombra de la ley cristiana, con el de las que han quedado fuera de ella hasta aquí, y no podrá menos de confesarse que constantemente las ha guiado por las sendas de una civilización digna de su alto destino; porque ¿quién podría dejar de convenir en que la fortuna pública está siempre en relación con el grado de seguridad y de libertad de que disfrutaban las naciones? Si el catolicismo nos asegura el primero de estos principios generadores de la riqueza, ¿cuán abundante parte no nos da del segundo!

No presenta ningún sistema gubernativo, ninguna ley civil; y su intervención en esta parte no pasa de la consagración de todo orden existente. Proclamando la sumisión indispensable para el mantenimiento de la tranquilidad pública, solo asienta principios generales. Prescribe deberes personales al creyente, y deja á la conciencia colectiva de los pueblos el cuidado de acomodar á él su organización esterior sin el concurso de una culpable violencia. La naturaleza de los poderes y sus diversas atribuciones en la esfera que les es propia, le im-

portan muy poco, con tal que todos estén animados de su espíritu, y que su moral ejerza una influencia decisiva en las leyes, en los usos y costumbres públicas. El poderío de las naciones y su verdadera energía dependen de la perfecta armonía de las creencias religiosas con las instituciones civiles. Entonces el interés temporal presta su fuerza al interés espiritual, y concurren juntos al mismo objeto, á la conservacion y al incremento de la sociabilidad general por la conservacion y el incremento de la sociabilidad individual. Así la Religion de Jesucristo se presta con admirable facilidad á las ecsigencias mas diversas de tiempos y lugares; y por esto en parte ha recibido de sus mismos enemigos el precioso título de católica.

Con todo, no hay que confundir la libertad con la licencia. Cuando la industria ha tomado tan rápido vuelo en Inglaterra y en Francia, el principio fundamental ha sido *el dejar hacer y dejar marchar*. Pero porque la industria no puede nacer sin la libertad, ¿debe concluirse que la libertad es todo, y que basta para gobernar el mundo dejarle que ande solo? No, porque nadie se atreveria á sostener que los intereses de los individuos y de las clases de individuos se equilibran de modo que formen una armonía universal. No debe perderse jamas en seguridad lo que se gana en libertad. Si la una, dice ingeniosísimamente un hábil economista, es el suelo que sostiene la prosperidad pública, y la savia que la alimenta; la otra es la luz que la colorea y el ro-

cío que la riega. Esta es la obra del catolicismo.

El establece una igualdad real compensada la superioridad de los unos sobre los otros con obligaciones mas terribles, y así hace á los pueblos mas libres y felices. El, despues de cuarenta siglos de servidumbre, propagó la libertad nacida de la sangre de Jesucristo, y adelantó la emancipacion progresiva de la humanidad entre las calamidades y las tempestades sociales que siempre ha calmado. El, despues de haber libertado de las cadenas de la esclavitud, á pueblos degradados por una larga y dura opresion, los ha hecho llegar á la industria inteligente y á la propiedad, asegurando la suerte de nuevos libertos por mil medios. Por último, él nos revela cada dia derechos tanto mas preciosos, cuanto la eternidad es superior al tiempo, y cuanto que insiste sobre los medios legítimos con que hay que conquistarlos. *Va siempre fortificando el orden con la libertad, y la libertad con el orden.*

Enseña á las clases laboriosas á evitar casi siempre los tormentos de la indigencia con los deberes que les impone. Si las causas del pauperismo, por parte de los que son víctimas de él, se reducen á la pereza ó á los escesos que absorben el producto del trabajo, y acarrea á veces largas y dolorosas enfermedades, el cristianismo combate ambas causas. Recuerda al hombre que debe ganar el pan con el sudor de su rostro, y le prescribe severamente que enfrene las pasiones fogosas.

El filosofismo, borrando los nombres de Provi-

dencia y de inmortalidad, secando la fuente de las inspiraciones fecundas, endureciendo el egoismo y desatando las ambiciones, sentó el amor al dinero como axioma. El cristianismo condena este amor desordenado de las riquezas, uno de los manantiales tristemente fecundos en desórdenes para la humanidad, ese orgullo materializado que se rebela contra el orden establecido por el sábio dispensador de todos los dones. Fulmina anatema contra ese egoismo de la posesion, y no nos descubre mas que engaños en la codicia, que ostentando cada dia nuevas esigencias en nuestro siglo, apenas descansa cuando ya está rebosando oro. Tales medios pueden escitar la industria por algun tiempo; pero no tardan en convertirse infaliblemente en ruina de las costumbres y de todas las virtudes religiosas y sociales.

El catolicismo, lejos de aislar y desunir destruyendo todas las relaciones entre los poderosos y los débiles, nos presenta fundada la sociedad cristiana en los dos vínculos de la fuerza y la debilidad: la una impone el deber de proteger, y la otra da el derecho de reclamar un apoyo. Opone el sacrificio de cada uno á la utilidad de todos, para destruir el egoismo materialista cual le han formado los filántropos de nuestro siglo; y no cesa de sembrar principios de fraternidad en el mundo, pero sin menoscabar ninguna de sus gerarquías. Su espíritu compasivo con los débiles y con la desgracia, y enemigo de la violencia, inspira á los hombres las

ideas de sacrificio de su divino Fundador. Impone á todos la caridad como ley, dándole por sancion penas y recompensas eternas; escita los corazonces capaces de nobles emociones, y por temor ó por amor estrecha al rico para que abra su mano en el seno de la indigencia, y alivie el infortunio del miserable. ¿Puede haber un medio mas propio para asegurar los progresos de la prosperidad pública?

El catolicismo enseña á los opulentos que los bienes no se les han dado para ellos solos, que con la riqueza se les ha confiado la empresa mas noble: que son los representantes de la Providencia y encargados de atender á todas las necesidades humanas con una prudente cordura: mision magnífica si la comprenden; pero de una tremenda responsabilidad, porque Dios les pedirá cuenta de todas las murmuraciones de la indigencia contra su bondad paterna. Para estimularlos con el ejemplo, nos hace como asistir al espetáculo que en todas las grandes épocas han dado algunos cristianos, despojándose voluntariamente de sus riquezas para distribuir las á los desgraciados. Sea cuando arruinado el imperio romano se retiraron las virtudes cristianas bajo las palmeras de la Tebaida, en las rocas de Subiac y del monte Casino; sea cuando volviendo al seno de las nuevas sociedades aparecieron las mismas virtudes entre los hombres con S. Francisco de Asis y S. Bernardo; sea cuando la ciencia que cura las enfermedades, muda y des-

concertada con los estraños síntomas de la plaga devastadora, tenia no ha mucho que presenciar los estragos de aquella sin poderlos atajar, dejando pasar en silencio la cólera de Dios, y la caridad que con su vista perspicaz penetraba la causa secreta de la ansiedad de los moribundos, les prometia adoptar á sus hijos abandonados y servirles de padre; finalmente, sea cuando se dispersaron por el universo las piedras del santuario de la ilustre Iglesia de España, la caridad se muestra tan admirable en nuestros dias, que á todos los recoge, y los pueblos rivalizan dignamente en los actos prodigiosos de aquella virtud, con sus venerables Pontífices, que despojándose de su patrimonio y de cuanto poseen, restauran á sus espensas los nobles restos de una borrasca deshecha (1).

Fácil es concebir que una religion que respeta la indigencia y santifica las lágrimas, ordena el desprecio de las riquezas y aconseja su abandono, hará refluir incesantemente abundantes socorros hácia las clases menesterosas. Pero no se comprende bastante la delicadeza que inspira para con las almas quebrantadas con dolores de toda espe-

(1) Todos los obispos franceses han acudido unánime é instantáneamente á socorer á los refugiados españoles. Pero como rasgo digno de trasmitirse á la posteridad, debe citarse la conducta admirable del Illmo. señor de Prilly, obispo de Chalons, que hace un año entero que está satisfaciendo con caridad paterna las necesidades de doce de aquellos infortunados á quienes da habitacion en el palacio episcopal, y hace sentar todos los dias á su mesa.

cie, los medios que sugiere para ausiliarlos, sin obligarlos á sonrojarse de haber alargado la mano, y para librarlos del peso á veces tan enorme del agradecimiento. No se conoce bastante su tierna inquietud por aquellas débiles criaturas, fruto del crimen las mas veces, y que serian otras tantas víctimas condenadas á la muerte desde su nacimiento, si la religion no tuviera fijos los ojos sobre su cuna. Severa por exceso de amor, amenaza hasta con anatema á las que les sirven de madres, si por olvido voluntario de las precauciones fundadas en la esperiencia, espusieren á perecer aquellas tiernas plantas antes de tiempo. Así, es un deber para nosotros aplaudir la alta solicitud, los esfuerzos constantes y generosos que han cubierto el suelo de Francia de establecimientos piadosos, donde es recogida la infancia abandonada, é instruida desde luego en las virtudes religiosas y sociales. Aplaudimos de buena gana la rehabilitacion de los tornos para los espósitos que se habian suprimido, la prosperidad de las escuelas de párvulos, de los hospicios para ancianos y enfermos y de las cajas de ahorro, de prevision y de socorros mútuos. Si se nos permite que al concluir esta obra espresemos nuestros deseos en beneficio de la economía social de Francia, reclamaremos con instancia una educacion religiosa para la juventud, la propagacion de las casas llamadas talleres de caridad, como ecsisten en Marsella y en Burdeos, una parte mas amplia de estímulo á la agricultura y la mejora de nuestras

colonias, que bajo tantos aspectos se ha hecho indispensable, y con cuya suerte futura está unida tan íntimamente nuestra prosperidad nacional.

Si á pesar de nuestros esfuerzos para conseguirlo, nuestra esplicacion ha sido infructuosa, consolémosnos á lo menos con el pensamiento que nos ha inspirado este escrito. ¡Ojalá que él contribuya á atraer los ánimos á las santas creencias y á la fé antigua, de que desviaron á los mas las fascinaciones de una ciencia falsa ó incompleta! ¡Ojalá que la armonía de la razon con la fé traiga pronto á una unidad sublime la filosofia, los cultos disidentes y la economía política! Recibiendo entonces estas diversas ramas del árbol social una savia purificada, entrarán como otros tantos elementos de orden, de virtud y de prosperidad en las direcciones dadas á la organizacion de la gran familia cristiana. La fé, reina del entendimiento y del corazon, entenderá sus nobles conquistas á larga distancia, y los franceses se amarán todos como hermanos. Quedará demostrado hasta la evidencia que del catolicismo, fuente de las verdades religiosas y morales, derivan los principios generadores de los verdaderos bienes; los únicos que aseguran un bienestar cierto á los individuos y una prosperidad durable á los imperios.

FIN.

INDICE.

INTRODUCCION.

Sumario.

Tres necesidades urgentes se descubren en las sociedades modernas con todo el sentimiento de su energía: 1. ° el racionalismo ha dejado tal vacío en las creencias de los pueblos, que sola la fé puede llenarle y poner término á sus oscilaciones.—2. ° El entendimiento humano ha progresado en una escala tan vasta, y ha tomado tal impulso la industria, que la poblacion acrecentada dentro de semejantes límites reclama mas que nunca en favor del progreso.—3. ° Hay tantos hombres que solo han recogido errores y engaños de las vanas teorías que los habian seducido en las largas y penosas luchas en que se empeñaron, que quieren en adelante paz y union.—4. ° Exposicion del asunto.—5. ° Division de la obra..... 4

CAPITULO PRIMERO.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Sumario.

Necesidad de una doctrina para las sociedades.—Consecuencias de este principio.—Elementos de la doctrina católica.—De la revelacion.—Lo que es segun la filosofia del siglo XIX.—Confesiones de los antiguos filósofos.—De la tradicion.—Autenticidad de los libros santos.—Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la razon.—Necesidad de la fé.—Teorías filosóficas de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.—Corolarios en favor de la necesidad que tienen las sociedades modernas de fé, de progreso, y de paz y union.—Relaciones entre la razon y la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.—Consideraciones sobre los resultados generales de los diversos sistemas filosóficos tanto antiguos como modernos..... 25

colonias, que bajo tantos aspectos se ha hecho indispensable, y con cuya suerte futura está unida tan íntimamente nuestra prosperidad nacional.

Si á pesar de nuestros esfuerzos para conseguirlo, nuestra esplicacion ha sido infructuosa, consolémosnos á lo menos con el pensamiento que nos ha inspirado este escrito. ¡Ojalá que él contribuya á atraer los ánimos á las santas creencias y á la fé antigua, de que desviaron á los mas las fascinaciones de una ciencia falsa ó incompleta! ¡Ojalá que la armonía de la razon con la fé traiga pronto á una unidad sublime la filosofia, los cultos disidentes y la economía política! Recibiendo entonces estas diversas ramas del árbol social una savia purificada, entrarán como otros tantos elementos de orden, de virtud y de prosperidad en las direcciones dadas á la organizacion de la gran familia cristiana. La fé, reina del entendimiento y del corazon, entenderá sus nobles conquistas á larga distancia, y los franceses se amarán todos como hermanos. Quedará demostrado hasta la evidencia que del catolicismo, fuente de las verdades religiosas y morales, derivan los principios generadores de los verdaderos bienes; los únicos que aseguran un bienestar cierto á los individuos y una prosperidad durable á los imperios.

FIN.

INDICE.

INTRODUCCION.

Sumario.

Tres necesidades urgentes se descubren en las sociedades modernas con todo el sentimiento de su energía: 1. ° el racionalismo ha dejado tal vacío en las creencias de los pueblos, que sola la fé puede llenarle y poner término á sus oscilaciones.—2. ° El entendimiento humano ha progresado en una escala tan vasta, y ha tomado tal impulso la industria, que la poblacion acrecentada dentro de semejantes límites reclama mas que nunca en favor del progreso.—3. ° Hay tantos hombres que solo han recogido errores y engaños de las vanas teorías que los habian seducido en las largas y penosas luchas en que se empeñaron, que quieren en adelante paz y union.—4. ° Exposicion del asunto.—5. ° Division de la obra..... 4

CAPITULO PRIMERO.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Sumario.

Necesidad de una doctrina para las sociedades.—Consecuencias de este principio.—Elementos de la doctrina católica.—De la revelacion.—Lo que es segun la filosofia del siglo XIX.—Confesiones de los antiguos filósofos.—De la tradicion.—Autenticidad de los libros santos.—Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la razon.—Necesidad de la fé.—Teorías filosóficas de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.—Corolarios en favor de la necesidad que tienen las sociedades modernas de fé, de progreso, y de paz y union.—Relaciones entre la razon y la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.—Consideraciones sobre los resultados generales de los diversos sistemas filosóficos tanto antiguos como modernos..... 25

CAPITULO II.

DE LA SOBERANÍA ESPIRITUAL EN LA IGLESIA.

Sumario.

El catolicismo es un hecho divino.—Su gobierno es monárquico.—De la constitucion civil y religiosa de los pueblos.—Del Papa.—De los obispos.—Consecuencias de la constitucion de la Iglesia católica á presencia de las necesidades de la sociedad.—De la fé, del progreso y de la tolerancia.—Las comunicaciones que habia discurrido la antigüedad entre los hombres y Dios, no eran la fé.—En el catolicismo, manifestacion de Dios perfectísima, se halla la regla de los adelantamientos de la sociedad.—Palabras notables del señor Carné.—El catolicismo es el primero de los vinculos políticos y la salvaguardia mas fuerte de la libertad de los pueblos.—El catolicismo no ha muerto.....

83

CAPITULO III.

DE LOS CARACTERES DEL CATOLICISMO.

Sumario.

De la verdad religiosa.—Diversas oposiciones que el hombre encuentra en sí mismo para admitirla.—Consecuencias en favor de una autoridad espiritual.—Tres principales caracteres del catolicismo.—Perpetuidad, universalidad y unidad.—De su perpetuidad.—Confesiones de los que la combaten.—Una religion de progreso, es decir, sujeta en su esencia á todas las versatildades del entendimiento humano, es imposible.—Consecuencias en favor de la fé.—Ninguno de los cultos disidentes, ni aun todos reunidos, pueden entrar en paralelo con el catolicismo bajo el respecto de la universalidad.—Le es propio el nombre de católico.—Sus conquistas son favorables al progreso civilizador.—Confesiones de los que parece que le son hostiles.—De la unidad en su autoridad y en su doctrina.—La inmovilidad que se le reprocha, es la prueba de su inmortal certeza.—La Iglesia no ha hecho nunca mas que confirmar ó esplicar lo que siempre se

mento mas poderoso de organizacion social.—Cultos mas difundidos en las sociedades modernas.—De los judíos.—Del islamismo.—De la reforma.—En qué se diferencia del catolicismo.—Todo culto religioso debe aliarse á los principios católicos para llenar su mision civilizadora.—De qué lado se manifiesta con esplendor la verdad.—De la autoridad de la Iglesia en general.—Es y debe ser visible.—Del papado.—Negarse á reconocer al Papa; es denegar á la Iglesia su propia ecsistencia.—De la infalibilidad de la Iglesia.—El hecho confirma el derecho.—Certidumbre de la razon.—Via de conciliacion abierta á los cultos disidentes.—De los griegos cismáticos.—Motivos que tienen para reconocer la supremacia de la Santa Sede.—¿Qué no deben esperar de la Iglesia?—De la reforma.—Poderosos motivos que tiene para reconocer el papado y la infalibilidad de la Iglesia.—De sus tentativas de reunion al catolicismo.—Causa por qué se han frustrado todas.—Diversas esplicaciones sobre este punto.—Una palabra sobre el proyecto de reunion del señor Montlosier.—De las obras de los señores Merle D'Aubigné y Bost.—Los ingenios mas eminentes de la reforma vuelven los ojos hácia la antigua Iglesia su madre.—Del movimiento religioso en Inglaterra.—La paz durable y la gloria de los Estados, dependen sobre todo de la unidad de los principios religiosos.....

327

CAPITULO IX.

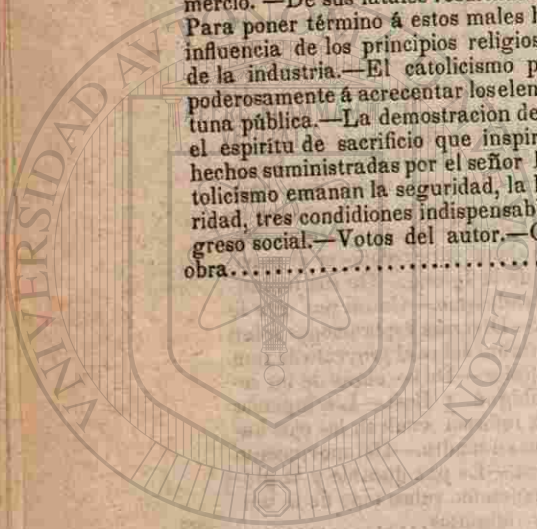
DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE ECONOMIA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Sumario.

Importancia de la economia social.—Su objeto y fin.—Lo que juzgaban de ella los antiguos.—Mejora que el cristianismo introdujo en esta ciencia.—Diversos sistemas de los economistas modernos.—Falsa teoria de la produccion de las riquezas, fundada en el monopolio industrial, en la filosofia sensualista y en la moral egoista del interés personal.—Quesnay, Smith, Ricardo, Say, San Simon,

Fourrier y Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores Coux y Villeneuve de Bargemont.—Tentativas del filosofismo de la economía social para insinuar que el catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.—De sus fatales resultados en Europa.—Para poner término á estos males hay que unir la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir poderosamente á acrecentar los elementos de la fortuna pública.—La demostracion de esta verdad es el espíritu de sacrificio que inspira.—Pruebas de hechos suministradas por el señor Buret.—Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables para el progreso social.—Votos del autor.—Conclusion de la obra.....

390



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

